OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXVI

VIDA DE GOETHE

RUMBO A GOETHE

TRAYECTORIA DE GOETHE

ESCOLIOS GOETHIANOS

TEORÍA DE LA SANCIÓN



letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

letras mexicanas

OBRAS COMPLETAS DE ALFONSO REYES

XXVI

OBRAS COMPLETAS DE
ALFONSO REYES
XXVI

ALFONSO REYES

Vida de Goethe

Rumbo a Goethe

Trayectoria de Goethe

Escolios goethianos

Teoría de la sanción

letras mexicanas

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 1993

Carretera Picacho-Ajusco 227; 14200 México, D. F.

ISBN 968-16-0346-X (Obra completa)
ISBN 968-16-3785-2 (Tomo XXVI)

Impreso en México

INTRODUCCIÓN

Los estudios de Reyes sobre Goethe

Una persistente fascinación

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA, el amigo y preceptor, había establecido las lecturas fundamentales que debía hacer todo aspirante a hombre culto: Homero, los trágicos, Platón, Dante, Shakespeare, Goethe. Alfonso Reyes, el discípulo adicto, seguiría la prescripción. Pero le añadió los autores españoles, Góngora sobre todo, y nuevas lecturas francesas, especialmente Mallarmé. Los griegos tendrán una larga frecuentación, que culminará en los grandes estudios de su época de madurez (1939-1950). Dante y Shakespeare aparecerán en la obra de Reyes como un trasfondo permanente, y al florentino dedicará unas páginas perspicaces ahora recuperadas ("Dante y la ciencia de su época"). La afición a Goethe será una de las constantes en la obra de Alfonso Reyes, tanto como las de Góngora y Mallarmé, predilecciones todas que tuvieron sus primeras manifestaciones en estudios de *Cuestiones estéticas*, de 1911.

El breve ensayo "Sobre la simetría en la estética de Goethe", fechado en abril de 1910, cuando su autor iba a cumplir 21 años, no es el intento de un principiante sino una especie de apunte casual a propósito de una particularidad en el arte literario de Goethe. Aunque la observación de la simetría no sea sorprendente, el lector tiene la impresión de que existe una vieja familiaridad del joven autor con las parejas de personajes del *Fausto*, de *Las afinidades electivas* y del *Werther* que entrecruzan sus destinos como en pasos de danza.

Después de este testimonio inicial, a lo largo de su carrera literaria, Reyes sigue frecuentando las obras de Goethe, y escribe mucho acerca de él. En dos ocasiones publica estudios para cumplir requerimientos externos: las conmemoraciones del primer centenario de la muerte del sabio en 1932 y del segundo centenario del nacimiento en 1949. Un lustro más tarde, en 1954, libre de presiones, publicó la *Trayectoria de Goethe*. Y en los intermedios, Reyes retocó, corrigió, desechó y amplió sus apuntes, empeñado en dibujar el perfil humano y el sentido de la obra de un personaje que le fascinaba, acaso más que ningún otro.

Después de aquel primer ensayo de 1910, en las décadas siguientes nada sobre Goethe había publicado Reyes. A fines de 1931, la revista *Sur,* recién fundada en Buenos Aires, pidió a Reyes, entonces embajador en Río de Janeiro, un artículo para la conmemoración del centenario de Goethe. Reyes contestó a Victoria Ocampo: "Improvisaré sobre Goethe." Abriendo el número 5, del verano de 1932, se publicó "Rumbo a Goethe".

Al principio de su extenso estudio —80 páginas de la revista—, dice Reyes con vivacidad expresiva:

> La obligación del aniversario me arrebata estas cuartillas en desorden y estas digresiones a medio escribir. Ni siquiera tuve tiempo de ser conciso. Ojalá el lector perdone mis rodeos, mis idas y venidas. Por una vez, acudo al toque de revista con el dormán desabrochado y el lazo deshecho todavía. Peor sería faltar: tengo mis motivos para hacer acto de presencia.

Explica en seguida que "Goethe y los trágicos griegos me acompañaron en la primera aventura hacia mí mismo". Y que si ya ha cumplido a su manera con los trágicos, le faltaba su confesión goethiana.

El "Rumbo a Goethe", de *Sur,* muestra que Reyes tenía muchas notas sobre el tema, que aquí ordenó provisionalmente en cuatro secciones. I, "La perspectiva"; II, "Unas notas"; III, "Examen de algunas objeciones", y IV, "Desde América". No se detiene en el relato de la vida ni se refiere especialmente a las obras de Goethe. Dándolas por conocidas, va analizando cuestiones relativas: las circunstancias del mundo y de las ideas en el momento del centenario y las reacciones antigoethianas, en la primera sección. En la segunda, la más sustancial, expone un racimo de temas goethianos: la idea de la cultura, las ciencias y la especialización, la formación del artista, el germano en Italia, la vida y la obra, simetrías o afinidades electivas, "todas las posibilidades del espíritu", burguesía y mundanismo, mejoramiento social y las mujeres de Goethe. En la tercera, en que revisa las objeciones contra Goethe, se refiere a individuo y sociedad, la universalidad, la energía de normalidad, el interés por sí mismo, el olimpismo y la humanidad, con referencia al viaje a Italia. Y en la cuarta sección escribe sobre Virgilio y Goethe, las repercusiones del *Fausto* en la poesía de Manuel José Othón, la curiosidad que sentía Goethe por América, sus relaciones y afinidades con Humboldt —con un intermedio sobre la Güera Rodríguez—, y en fin se pregunta por la posibilidad de un Goethe hispanoamericano. Para Reyes, la consigna

que nos da el sabio es ésta: "Cuando cada vecino barra el frente de su casa, todos los barrios de la ciudad estarán limpios." Y añade Reyes: "No esperemos a que las instituciones nos salven: hagámonos capaces de concebir instituciones mejores."

Las páginas de este "Rumbo a Goethe" siguen siendo una introducción muy sugestiva, así sufran del desorden y la falta de concisión que ya señalaba su autor.

El nuevo "Rumbo a Goethe" y sus ampliaciones

El extenso estudio de 1932 nunca se reprodujo. Mientras tanto, su autor volvió a trabajar en aquellos temas. En 1949, cuando Reyes se encontraba ya en México, en ocasión del segundo centenario del nacimiento de Goethe, publicó un ensayo sobre la "Idea política de Goethe", en el volumen de homenaje promovido por la Unesco, entonces dirigida por Jaime Torres Bodet. Años más tarde, a propósito de sus escritos goethianos, decía: "Han vuelto al telar, en efecto, pero aún no he logrado darles estabilidad y coherencia; antes han crecido por todas partes, verdadera rosa de los vientos. Algún día se publicarán como una colección de estudios goethianos" (Introducción a *Trayectoria de Goethe,* 1954).

En efecto, dejando aparte el "Rumbo a Goethe", de *Sur,* encontré en las gavetas del archivo de Reyes varios cientos de páginas sobre Goethe, muchas de ellas sólo manuscritas. Prescindiendo de páginas que son esbozos previos y de las que estaban tachadas explícitamente por su autor o pueden considerarse "materia prima", de este conjunto —resultado de una afición intelectual persistente y del trabajo heroico de muchos años—, he formado las siguientes cuatro secciones o libros —incluyendo, por supuesto, la *Trayectoria de Goethe,* ya publicado en los Breviarios del FCE:

I. *Vida de Goethe:* tratamiento biográfico del cual sólo escribió cuatro capítulos, aunque el último de éstos, "Goethe, hombre de ciencia", comienza a salirse del marco biográfico general. Reyes no publicó previamente estas páginas.

II. *Rumbo a Goethe:* es la nueva versión del estudio publicado en 1932. Afortunadamente, Reyes había escrito un índice para este nuevo libro, lo que hizo posible reunirlo. Se encuentra completo y está dividido en cuatro partes: "La perspectiva", "Contornos", "Sondeos" y "Desde América". Aunque conserva algo del esquema y de los temas de la

primera versión, los ordenó, redibujó y aumentó hasta darles unidad. Con un breve apoyo biográfico, conserva la perspectiva de exponer preferentemente los temas y cuestiones suscitados por la vida y el pensamiento de Goethe. De sus 33 capítulos, Reyes publicó nueve de ellos en revistas literarias, entre 1949 y 1958. El resto es inédito.

III. *Trayectoria de Goethe:* se publicó como Breviario número 100, del Fondo de Cultura Económica, en 1954. Es una excelente introducción al conocimiento de Goethe. Como su autor lo explica, entre la biografía y la crítica literaria, va

> recogiendo los principales hechos de aquella vida, hasta donde ayudan a apreciar la evolución de aquella mente, y alterno la narración de los episodios esenciales con breves reflexiones que marquen las sucesivas etapas.

y IV. *Escolios goethianos:* En tanto que para la segunda versión del *Rumbo a Goethe* había un índice claro que permitió reconstruir el libro, para el resto de los estudios sueltos sólo encontré un par de hojas con listas tentativas de temas por desarrollar. Algunos coincidían con los del libro antes mencionado, y otros, nombrados *Escolios,* incluían algunos de estos estudios sueltos. Me serví de este título para agrupar páginas goethianas de Reyes que quedaban fuera de las tres secciones anteriores. Sólo tres de estos estudios fueron publicados previamente en revistas. A estas páginas añadí, llamándolas "Algunas notas", cuatro pasajes de la primera versión del proscrito "Rumbo a Goethe", de 1932, no reelaboradas en la segunda versión, pero que me parecieron dignas de conservarse. El manuscrito de la "Carta a Eduardo Mallea", el novelista argentino, tiene al margen la anotación de su autor: "aprovechar lo posible en el libro de Goethe". Por su interés, y porque ya no puede incomodar al susceptible Ortega y Gasset —de cuyas interpretaciones en este campo discrepaba don Alfonso—, aquí se rescata.

Goethe y Reyes

Reyes tuvo devoción por Góngora y por Mallarmé y se empeñó en desentrañar las urdimbres de sus laboratorios poéticos. Estudió la vida y la personalidad de Góngora y trabajó mucho en los problemas textuales de su obra. En el caso del poeta francés, recogió buena parte del anecdotario y del cúmulo de testimonios de los fieles mallarmeanos. Con todo, no puede decirse que Reyes intentara ni seguir las huellas de estos poetas ni considerarlos paradigmas.

En cambio, en los estudios dedicados a Goethe se transparenta una y otra vez un entusiasmo por su economía, por sus logros vitales y por la amplitud y plenitud de su pensamiento y de sus creaciones literarias. Complacen a Reyes especialmente en Goethe el programa del hombre completo que guió su vida: inquieto, amante, curioso, heterodoxo, reflexivo, aficionado a la ciencia, sereno y sabio. Y admirará igualmente al enamorado incansable que supo atajar sus pasiones cuando lo amenazaban, al interesado en los acontecimientos de su tiempo que no se dejaba arrastrar por ellos, al escritor de todas las horas y de múltiples empresas, a la compenetración que logró de vida y obra y a la universalidad de su pensamiento.

Un programa como éste fue sin duda atrayente para un hombre dotado de una plétora de impulsos y de dones y con una ambición intelectual heroica, como los que tuvo Alfonso Reyes.

Los trabajos y su huella

Aunque algunas veces Reyes cita en alemán o se refiere a obras escritas en esta lengua, debió leer a Goethe en traducciones españolas, francesas o inglesas. Llegó a tener una gran familiaridad con una obra tan extensa y múltiple. En sus exposiciones se mueve a la vez con segura visión de conjunto y conocimiento preciso tanto de las novelas, la poesía, el teatro y los diarios, como de las obras científicas y misceláneas. Al mismo tiempo, llegó a manejar con soltura el laberinto de las conversaciones con Goethe que, además de las conocidas de Eckermann, recogieron también el canciller Müller, Falk, Voss y Soret; y los nutridos epistolarios con Carlota de Stein, Schiller y su mujer, Knebel, Hetzler, Fichte, Herder, Benecke, Boisserée, Esenbeck, Salzman, Augusta Stolberg, Jacobi, Sofía Laroche, Schönborn, Langer, Lavater, Carlos Augusto, Kestner, Voigt, Schopenhauer, Carlyle y Villemer. Asimismo, tiene presentes los comentarios de los críticos goethianos.

Una conmovedora muestra del rigor acucioso con que realizaba Reyes estos estudios es el "Índice alfabético" de las *Conversaciones con Goethe,* de Juan Pablo Eckermann, que guardó manuscrito en su archivo. Trabajó en él, del 28 de abril de 1931 al 18 de marzo de 1932, y está hecho sobre la traducción de J. Pérez Bances que se publicó en tres tomos de la Colección Universal (núms. 249-252, 265-268 y 283-286), de la Editorial Espasa-Calpe, de Madrid, 1920. Lleva al principio una lista de "correcciones y observaciones" y el índice mismo, escrito en letra

menuda y clara, es de nombres propios de personas, lugares y obras. Don Alfonso lo preparó para su propio uso, y su paciente laboriosidad sólo podría ser rescatable en una reimpresión de la misma edición española de la benemérita Colección Universal.

En el conjunto de estos estudios de Reyes, el interés dominante es la vida de Goethe y el examen de los grandes temas suscitados por su pensamiento y por sus acciones. Las obras mismas no son expuestas de manera expresa y sistemática, sino incidentalmente, como apoyo o consecuencia de los hechos de su vida y de sus concepciones intelectuales.

El conjunto de los escritos goethianos de Reyes está movido por un vivo fervor, lo que hace su lectura grata y sugestiva. Entre las nuevas páginas especialmente interesantes, señalo, de *Rumbo a Goethe,* la exposición sobre los peculiares métodos de investigación y las deducciones científicas del sabio (tercera parte, capítulo 5); el relato de cómo Goethe administró su longevidad y, cuando acabó de escribir el segundo *Fausto,* a los ochenta y dos años, se dejó morir; y la "Idea política", que se diría exposición del propio pensamiento de Reyes. Y en "Las disyuntivas de Goethe" *(Escolios goethianos),* es notable la perspicacia con que Reyes registra la evolución espiritual de Goethe, que, frente al terrible choque mental que debió causarle la Revolución francesa, supo corregir su individualismo entrañable y afirmar "que el poeta incapaz de fincar su solidaridad con los hombres es un niño retardado en tutela".

Teoría de la sanción

En días siniestros para México —por el crimen y la tiranía de Victoriano Huerta— y de aflicción para Alfonso Reyes —por la muerte de su padre—, éste, casado y con hijo desde 1912, presenta su examen profesional para obtener el título de abogado, el 16 de julio de 1913. Su tesis se llama *Teoría de la sanción* y debió ser redactada apresuradamente. En la nota que puso Reyes al frente del primer tomo de sus *Obras completas* la menciona y promete incluirla en ellas. Como era difícil encontrarle textos afines, no se había publicado. Para dar cumplimiento a la decisión de su autor, este escrito de sus veinticuatro años cierra ahora la recopilación de sus obras.

Pese a las circunstancias adversas en que se escribió, la *Teoría de la sanción* es algo más que una tesis para mostrar la competencia del sustentante; es un buen ensayo, más filosófico que jurídico, acerca de las relaciones entre la moral y el derecho. Explica la naturaleza de la san-

ción como un resguardo de la moral mínima necesaria o de la ley. Analiza pormenorizadamente las clasificaciones y sutilezas de los tratadistas en torno a esta noción. Se esfuerza en señalar con claridad la distinción entre los llamados derecho civil y penal, así como entre derecho público y privado.

En su exposición, se advierte la desazón de Reyes frente a los laberintos conceptuales y de procedimientos jurídicos que son ya sólo fórmulas sin nitidez. Para remediarlas, sugiere procedimientos más simples y claros que impidan las triquiñuelas legales y propone caminos que sean en verdad jurídicos. Asimismo, indaga la validez lógica de ciertos conceptos y la posibilidad de adecuarlos para que sirvan en verdad al mejoramiento de las sociedades.

De haber ejercido la profesión de abogado, Alfonso Reyes hubiera sido un reformador de procedimientos y un reordenador de marañas jurídicas.

Además de la tesis, siguiendo usos de la época, el sustentante tuvo que resolver un caso práctico, un embargo abusivo por adeudo, lo que hizo en minuciosa exposición con apoyos en el Código de Procedimientos Civiles. El "Caso práctico", propuesto por el maestro licenciado Victoriano Pimentel, y la solución del alumno Reyes se recogen al final de la *Teoría de la sanción.*

Consideraciones finales

Treinta y ocho años después de iniciada la publicación de estas *Obras completas* y más de treinta después de la muerte de su autor, se llega al término provisional de su publicación cuatro años después de que celebramos el centenario del nacimiento de Alfonso Reyes. Queda entendido que seguirá pendiente la edición del copioso *Diario,* en curso de rescate el de los numerosos epistolarios, y que se publicarán los informes diplomáticos de don Alfonso, así como un índice analítico acumulativo. Y se da por supuesto que, a pesar de los esfuerzos por reunir todos los escritos autorizados, explícita o tácitamente, por su autor, se comenzarán a encontrar páginas aquí olvidadas o desconocidas.

Recoger las obras completas de un escritor de la importancia de Alfonso Reyes es ordenarlas en el mausoleo condigno a fin de hacer posible el conocimiento, la elección y la valoración. Los veintiséis copiosos volúmenes no exigen al aficionado o al curioso que los lea todos, sino que tenga la posibilidad de escoger en el panorama completo del

jardín múltiple; y que el investigador pueda disponer de un repertorio suficiente para sus indagaciones.

El presente editor de la última sección de estas *Obras*, antiguo aficionado a los libros de su autor, tiene a su lectura por un deleite, gracias al don de su estilo y a la variedad de sus temas y tonos. Y considera que la obra de Alfonso Reyes, hazaña de la voluntad y la imaginación, es uno de los más claros prestigios de la cultura mexicana.

A Alicia Reyes y Alfonso Rangel Guerra, buenos conocedores alfonsinos, reconocimiento por su ayuda.

JOSÉ LUIS MARTÍNEZ

I

VIDA DE GOETHE

NACIMIENTO

EN LA ciudad libre de Francfort, el 20 de agosto de 1748, el consejero imperial Juan Gaspar Goethe, de treinta y ocho años, contrajo matrimonio con Catalina Isabel Textor, de diecisiete años. El 28 de agosto de 1749 nació el primogénito, el poeta Juan Wolfgang Goethe. Al año siguiente nació Cornelia, mujer desdichada, enferma del cuerpo y del espíritu. Después nacieron Jacobo —muerto a los seis años—, dos hermanas que no vivieron más de un par de años, y un niño que se malogró a los ocho meses.

En Goethe buscaron la unidad para recomenzar la vida, amén del contraste de las edades paternas, otros contrastes más profundos: el norte y el sur de Alemania, la casta de los menestrales y la casta de los letrados, el racionalismo y el pietismo.

La línea paterna procedía del Harz y el Bosque de Turingia; la materna, del dulce mediodía germánico. El bisabuelo Goethe había sido herrador en Artern; el abuelo, tras de viajar por Alemania y Francia, vino a instalar en Francfort una sastrería y se casó en 1687 con la hija de un compañero de oficio; y a la muerte de ésta, con la viuda del sastre Schellhorn, Cornelia Walther, que había quedado sin hijos y heredó de su primer marido la hospedería del Weidenhof. Aunque el sastre Goethe ganaba buen dinero y era el modisto elegante de las damas, prefirió consagrarse entonces a la hospedería y al comercio de vinos. Entre sus dos matrimonios, tuvo once hijos.

Juan Gaspar Goethe, hijo de la segunda esposa y padre del poeta, resultó el heredero único de su madre y se encontró con un buen pasar. Nacido en 1710, se educó en las universidades, estudió en Giessen y en Leipzig, practicó en aquella especie de Suprema Corte de Justicia con sede en Wetzlar, ganó sus borlas en Giessen a fines de 1738, y en 1739, emprendió un viaje de estudios —no más de un año— por Viena, Venecia, Roma, Nápoles, Florencia, Milán, Génova y París. Vuelto a Francfort, tan honesto

como orgulloso, ofreció sus servicios a la ciudad en un cargo subalterno y sin remuneración alguna, pero a condición de que se lo nombrara sin someterlo al voto. Como esto no fue posible, se dedicó a sus propios asuntos, y compró, en 1742, el título honorífico de consejero imperial, que lo ponía al nivel de los más altos dignatarios. Así alcanzó la familia la preeminencia social de que hasta entonces había carecido. En 1776 sufrió un achaque apoplético y empezó a arrastrar una existencia de inválido. En 1781 se quedó paralítico y "ausente". Murió repentinamente al siguiente año.

La joven que obtuvo en matrimonio era hija del doctor Juan Wolfgang Textor ("Textor", traducción latina que adoptó en vez de su original nombre germánico, "Weber"). Era el burgomaestre y autoridad máxima de Francfort. Textor vivió de 1693 a 1771. Su esposa, Ana Margarita Lindheimer contaba, entre otros antecesores ilustres, al pintor Lucas Cranach. El burgomaestre era hombre de humor tranquilo y pocas palabras, muy aficionado a cuidar de su jardín. Las daba de vidente y pretendía haber recibido la premonición de su acceso a la primera magistratura. Llano y liberal de costumbre, solía vérselo cruzar, con el tricornio bajo el brazo, la rizada peluca y el bastón de pomo de plata, por las calles pintorescas de Francfort, llenas de enseñas de hierro forjado, de techos picudos, de balcones cubiertos; pero sabía mostrarse ante el pueblo con grave dignidad para inaugurar las ferias de otoño y primavera, o para recibir en año nuevo las congratulaciones de sus colegas y subordinados. Goethe nos lo pinta con especial cariño, y nos cuenta que sólo se alejó de él unos días por haberle oído hablar con desdeñosa severidad del rey Federico II, héroe favorito de su infancia por quien siempre tuvo admiración.

Francfort del Meno sumaba a la sazón unos treinta mil habitantes, y era "ciudad libre", república urbana y aristocrática que —cuenta habida de las proporciones— se ha comparado, para mejor entenderlo, con la Atenas de Pericles, la Florencia de Dante y de Miguel Ángel, la Berna de Alberto de Haller y de Jeremías Gotthelf, y aun el Lübeck de Tomás Mann. Francfort representaba, en lo social y en lo económico, un pequeño mundo autárquico. Sus murallas, puertas y torreones recordaban sus antiguas luchas. El Palacio o *Roemer* evocaba la memoria de las Dietas,

las asambleas eclesiásticas, las elecciones y coronamientos imperiales, donde recibieron la imposición Barbarroja y los últimos emperadores, del siglo XII en adelante; y había sido la sede política de la Francia oriental. Situada en el límite del norte y del sur, allí se juntaban todas las rutas alemanas que venían de Leipzig, Berlín, Breslau y Dresde, Hanóver, Hamburgo y Colonia, Estrasburgo, Basilea, Stuttgart, Augsburgo, Munich, Aschaffenburg, Wurzburg, Bamberg, Eger, Carlsbad. El Meno conducía las embarcaciones hacia Maguncia, Hanau, Offenbach. Y todo el día circulaban las diligencias. La actividad comercial mezclaba en las calles a los patricios y a los negociantes, a los nacionales y a los extranjeros. Dos veces al año, las famosas ferias hacían brotar como por encanto, por las plazas de la ciudad de piedra, una ciudad de quita y pon, hecha de lienzo y tablas. Histriones y aventureros hacían su agosto. Ya Lutero decía que Francfort era "el gran pozo de oro y plata, por donde las tierras alemanas dejan salir cuanto fluye y crece, cuanto se monetiza o se bate". Pero otra significación tiene Francfort, y es el haber sido la cuna del pietismo alemán. Hablemos antes del racionalismo, o sea la ascendencia paterna.

En la ascendencia paterna de Goethe, se deja sentir el paso de aquella filosofía alemana relacionada con el gran movimiento racionalista nacido en Francia y en Inglaterra. Leibniz le había dado nuevo y magno impulso, recreándola en cierto modo. Su discípulo Cristián Wolff la esquematizó, la divulgó, la puso en alemán. Era el pensamiento moderno, avivado por los descubrimientos científicos de la época renacentista, que sacó a la Tierra del centro del universo para lanzarla al infinito; estimulado por los astrónomos y matemáticos, por Copérnico, Galileo, Newton y el propio Leibniz. Remodelación audaz del mundo, prescribió a los astros las leyes de su marcha, abrió las puertas a la investigación y al cálculo, puso a la naturaleza bajo el dominio de la mente. El espíritu creyó sacudir las cadenas del pasado y olvidó el argumento de autoridad; creyó descubrir los secretos de lo invisible y deducir de ellos los principios que deben regir a las comunidades. Se soñó en la posibilidad de mejorar indefinidamente la especie. La razón, consciente de sus virtudes, alzaba su antorcha para

disipar las sombras del mito, la superstición y la ignorancia. Las pasiones mismas iban a dejarse frenar, y el hombre confiaría en el hombre. La naturaleza y el espíritu se habían reconciliado. Una continua evolución anularía la tradicional disputa del bien y el mal, la disyuntiva entre Dios y el mundo, llenando el abismo que separa al cielo del infierno. La teoría de Lessing sobre la metempsicosis abría a la idea del progreso inmensas perspectivas, mostrando aun a las almas más humildes el camino de la perfección.

La comunión en estas doctrinas creaba, por sobre las fronteras, una verdadera fraternidad entre las aristocracias intelectuales. Se fundaban sociedades filantrópicas, logias masónicas y cofradías científicas entre los discípulos de las Luces. Los políticos daban la mano a los sabios. La más ilustre corporación del saber en Alemania, la Academia de Ciencias de Berlín, se convirtió en el cuartel general de los "filósofos".

El padre de Goethe vivió en esta atmósfera: una manera de filosofía popular que había perdido en profundidad y espontaneidad lo que había ganado en éxito y difusión: como el existencialismo contemporáneo, en el paso de Heidegger a Sartre. El ardor pedagógico del padre de Goethe, rayano en manía, descubre el efecto de esta general embriaguez. La fe en la ciencia y la cultura lo empujaron, de joven, a sus viajes por Austria, Italia y Francia; lo llevaron a hacerse una colección de historia natural. Y cuando vemos al poeta Goethe levantar, en las arenas del Lido, un cráneo de cordero, no podemos menos de recordar que su padre, muchos años atrás, tuvo también la intuición del estrecho vínculo entre los tres reinos de la naturaleza, al inclinarse para recoger, allá en la costa de Fano, unas estrellas de mar. Y pudo también exclamar, adelantándose a las teorías de su hijo: "En todas las cosas de la Creación hay un parentesco profundo, desde el arcángel hasta el último grano de polvo, y ni la mente más encumbrada logra saber donde acaba una especie y comienza otra." También coleccionaba vistas y grabados de Roma, vidrios venecianos, marfiles, bronces, mapas, libros y cuadros, aficiones todas que transmitió a su hijo. Junto a los infolios de derecho, en su biblioteca se veían ejemplares holandeses de la literatura latina e italiana, relaciones de viajes, diccionarios enciclopédicos, gran-

des autores alemanes de la época: Canitz, Hagedorn, Drollinger, Gellert, Creuz, Haller. Además, el *Telémaco* de Neukirsch, la *Jerusalén libertada* de Koppen y otras traducciones. Recibía como huéspedes de honor a los pintores de Francfort y de Darmstadt. Su mismo interés por la pedagogía lo determinó a educar a sus hijos dentro de casa, con profesores particulares a quienes él dictaba las normas. "Padre solícito y animado de los mejores propósitos, como conocía su tierno corazón, se revestía exteriormente de una férrea severidad; y desempeñaba el papel con el rigor más extremo, para dar la mejor educación a su prole, y para mejor edificar, ordenar y sostener su casa" (Goethe, *Poesía y realidad*).

Con todo, Goethe ha insistido más de lo justo en el carácter sombrío y atrabiliario de su padre, al punto que confunde a los biógrafos. ¿Era el "filisteo racionalista", el "burgués mezquino", incapaz de comprender el genio naciente de su hijo? Se ha dicho demasiado pronto. Sin duda su terquedad y su hiperpedagogía lo hacían a veces intolerable. En plena luna de miel sometió a su joven esposa a los ejercicios de caligrafía y escritura, las lecciones de piano, de italiano y de canto. Después, se encapricharía en que sus dos hijos cultivaran "repugnantes gusanos de seda" o le limpiaran sus humosos grabados. Luego le dio por hacerlos leer la aburrida *Historia de los Papas,* de Bower, durante las largas noches de invierno, aunque él mismo podía apenas contener los bostezos.

Cuando, más tarde, Goethe estudiaba en Leipzig, asegura que el ogro paterno tenía materialmente enclaustrada a su hermanita Cornelia, atiborrándola de francés, inglés e italiano, unciéndola como a un yugo al lujoso piano *Frederici* y hasta dictándole las cartas que ella le escribía desde Francfort, para convertirlas en prédicas morales. Y añade con ironía: "Por su parte, mi padre no lo pasaba mal; vivía agradablemente, y los días se le iban haciendo trabajar a mi hermana, redactando sus memorias del viaje a Italia; y, si no tocaba su laúd, al menos, lo afinaba constantemente." Pero no puede disimular su emoción al recordar que el pobre señor se obligaba a dibujar para enseñar a sus hijos, o bailaba al son de su flauta para que aprendieran a bailar.

Sin duda que el consejero Juan Gaspar Goethe no era un genio, y ni siquiera un espíritu muy despierto. Detestaba a Klopstock, porque no concebía un poema sin rimas. Y cuando tenía que escoger entre dos cuadros que le ofrecía el pintor Junker, no escogía la cualidad del cuadro, sino la resistencia y conservación de la tabla. El fragmento conocido de su relato a Italia nos revela a un observador minucioso, pero lleno de limitaciones, y mucho más sensible a los malos tratos de cocheros y posaderos que a las bellezas del paisaje. La comedia italiana lo escandaliza. Los bailes de máscaras, la licencia de los conventos, las prácticas de la gente devota, los desnudos de las Academias, sólo provocan su indignación o sus burlas. Ante un cuadro que representa a la Virgen sólo se le ocurre pensar en la muchacha perdida que ha servido de modelo al pintor.

Pero era hombre honrado e independiente. Peleaba con su suegro para defender a Federico II y su política, a pesar de su título de consejero imperial. Si conversaba en latín con su hijo —cosa nada extraña en aquellos días—, tenía por las lenguas vivas una estimación digna de un moderno. Para educar a los suyos no perdonaba esfuerzos, y parece que se inspiraba en los nuevos métodos de Basedow y de Gesner. Era caritativo, y su Libro de Cuentas *(Liber Domesticus*, redactado en latín para mayor ceremonia, donde consta hasta el precio de una salchicha de Guetinga o *farcimen Göthingense)* ha venido a demostrar que era obsequioso con su familia. Pagaba para sus muchachos los servicios de los mejores preceptores. Y Goethe acabará por confesar que, si debe a su madre el gozo de la vida, a su padre debe el sentido de la seriedad en la conducta. Conforme el poeta envejece, los rasgos paternos se acentúan más en su fisonomía, y hasta en ese triunfo definitivo de la razón viril que, antes de los treinta y cinco —antes de su residencia en Italia—, parece algo ofuscada por los aspectos más femeninos e inestables de su carácter.

En cambio, la madre de Goethe era un temperamento alegre y vivaz, y vino a ser, casi, la hermana mayor de sus hijos. Hemos dicho que si el padre procedía del orden racionalista ella procedía del orden pietista. Pero no hay que figurarse por eso que hubiera nada de ascético en su honda religiosidad, nada de tenebroso ni

austero. Leía su Biblia con unción, pero también jugaba a sacar oráculos de la Biblia, abriéndola con los ojos cerrados y señalando un pasaje al azar con un alfiler. Era hija de Francfort, y había visto florecer el pietismo en su propia tierra. De 1675 a 1695, el alsaciano Felipe Jacobo Spener había desempeñado allí el cargo de deán y, durante la guerra contra la ortodoxia, desvió el movimiento protestante hacia los caminos de la contemplación. Ajeno a las luchas político-eclesiásticas y a las disputas de la cátedra, el pietismo —heredero de la mística— volvió a los secretos fervores de la existencia religiosa y a las devociones íntimas y solitarias. Los pietistas, los "mudos del país", o vivían retirados del mundo, o sólo se reunían en un círculo estrecho para ofrecerse a Dios con una pasión de iluminados. Los devora el fuego interior. El sentimiento, para ellos, es la ley única de la vida. También entre ellos, como entre los "espíritus libres", se crea por todo el territorio una suerte de invisible fraternidad, en que las mujeres hacen figura de sacerdocio laico. Se comunican sus experiencias piadosas en cartas, memorias y conversaciones: exámenes de conciencia y refinados análisis, exquisiteces y hasta quimeras. Klopstock viene a ser su poeta. De 1736 a 1737, el conde Zizendorf —gran personaje pietista junto a Spener y a Augusto Armando Francke— se estableció en Francfort con su familia y su numeroso cortejo de discípulos. En 1737 fundó una primera cofradía, y otra más en 1740. Los eclesiásticos no podían cerrar los oídos a las instancias de los fieles, sobre todo cuando se trataba de gente culta. En 1747 anunciaron una resurrección de la fe. Al año de casada, la madre de Goethe se alistó en las filas de los Hermanos Moravos.

Pero su inmensa confianza en Dios no hacía más que robustecer su confianza en la vida, y nunca vio ni descubrió al Diablo mezclado en la naturaleza. Su capacidad de alegría —en verdad heroica— superó el dolor de perder a cuatro hijos en edad temprana, de ver morir a Cornelia poco después de su matrimonio con Schloesser, de arrastrar como fardo a aquel inválido marido que, antes de su enfermedad, no dejaba ya de ser tiránico y de difícil compañía. Dios, decía ella, le había dado "un alma sin corsé". Un

humorismo alerta la ponía en guardia contra todo "exceso volcánico". Era, en el sentido goethiano, "una naturaleza".

Aunque de tan buenos pañales, Catalina Isabel había sido educada de cualquier modo. En aquel tiempo no se educaba a las mujeres.

> Nos enseñaban a leer y a escribir, y basta. En lo demás, nos abandonaban a los placeres de la infancia. Nos juntábamos con los chicos del pueblo, sin que ello haya corrompido nuestras costumbres. Hacíamos lo que nos daba la gana. Nuestra madre no tenía que temblar por nuestros vestiditos. No gastábamos lujos, y aquellas prendas de lana se lavaban en un instante. No teníamos que soportar el mal genio de institutrices belgas o suizas que pretendieran contagiarnos su amaneramiento o su coquetería.

Llegó al matrimonio sin haber pasado por la ortografía, y gracias a que poseía un talento natural para el bordado y los encajes. Tenía la risa a flor de labios. Devoraba los libros, contaba historias a maravilla y pretendía haber heredado de su padre la doble vista. Nunca hubiera soñado que un día adornarían su busto con guirnaldas y le consagrarían solemnes discursos oficiales. El único amor de su vida —instantáneo y platónico— data de su infancia y no tiene nada de amor humano: un Viernes Santo dio de manos a boca con el emperador Carlos VII que visitaba una iglesia acompañado de la emperatriz y envuelto en un largo y negro manto. Se quedó estupefacta, y por la noche creía sentir "que se le había abierto un portalón en el pecho". Pocos días después el emperador presidía un banquete público. Isabel se las arregló para acercarse y contemplarlo por última vez. Murió al poco tiempo. Isabel nunca lo olvidó.

A los diecisiete años, la trasladaron, pues, de su luminosa casa paterna, donde se vivía en el jardín jugando con sus hermanas, al hogar de un cuarentón solemne y pedante que, en compañía de su madre, una octogenaria, habitaba en una sombría morada, allá por la Zanja de los Ciervos. Seguramente que a la muchacha la casa se le caía encima, y cuando le nació el primer hijo tuvo al fin con qué divertirse. El caserón, en efecto, era lúgubre, y el consejero lo hizo reformar y embellecer en marzo de 1754, a la muerte de su madre, para darle un aspecto actual.

> Los cuartos —escribe Goethe en *Poesía y realidad*— eran independientes unos de otros. Una escalera de caracol conducía a los altos, y como no había dos piezas a igual nivel, todo era subir y bajar escalones para circular por el interior. Los chicos preferíamos quedarnos en el vestíbulo bajo, que se prolongaba, guarecido por un enrejado de madera, hasta plena calle, más allá de la entrada, cubierto por la saliente del piso alto. En el verano, estas jaulas, que abundaban en Francfort, daban a la ciudad un aspecto meridional. Allí se instalaban las mujeres para hacer labor o charlar con las vecinas; allí limpiaban sus legumbres las cocineras; allí todos se sentían libres, por lo mismo que estaban en directa comunicación con el público.

La casa era propiedad de la abuela paterna, que, en los recuerdos de Goethe sólo aparece ya como una sombra, una anciana delgada vestida de blanco y muy peripuesta, afable y dulce, sentada en su butaca de enferma o tumbada en cama. El doctor Senckenberg anota en su diario el fallecimiento de la anciana, el 26 de marzo de 1754, y añade: "Vivió tranquila y murió con la misma quietud con que había vivido; siempre fue de humor igual, diligente, caritativa a su modo, económica, de costumbres sencillas, algo estrechas, y sin orgullo... Nada la regocijaba, nada tampoco la afligía."

Ahora situada en plena ciudad, la casa se levantaba en una calle que conservaba todavía el nombre de Zanja de los Ciervos y antes venía a quedar en las afueras. Allí había, en otro tiempo, un foso donde se criaban ciervos, para que nunca faltara uno en el banquete anual del senado, sea que los príncipes y caballeros paralizasen los servicios con sus partidas de caza, sea que los enemigos tuvieran sitiada la población.

Tal era la casa en que nació Goethe. Por cierto que nació asfixiado después de tres días de lucha y con la carita amoratada —como Voltaire, como Victor Hugo— por torpeza de la comadrona, lo que decidió al burgomaestre a crear un curso especial para las parteras. La criatura no daba señales de vida, y en vano le aplicaban fricciones de vino en el vientre. Pero la abuela paterna se percató de que poco a poco entraba en el mundo, y con un grito de gozo, tranquilizó a la madre. Además, la constelación era propicia. El

sol culminaba en Virgo, Júpiter y Venus lo contemplaban con aire complaciente. Mercurio no parecía hostil. Saturno y Marte, indiferentes. La luna llena reverberaba en plena gloria de su hora planetaria. Y el burgomaestre, contemplando la cuna, tuvo una súbita iluminación, de aquellas que solían visitarlo, y aseguró triunfalmente que Goethe estaba destinado a la vida. No se equivocó: aún vive —y vivirá mucho más— a los doscientos años de haber nacido.

LOS PRIMEROS PASOS

I

EL RECIÉN nacido no pudo ser criado por su madre y le buscaron una nodriza. La madre —en la intimidad, "Frau Aja"— no lo tomó a mala parte. Se consoló fácilmente declarando que, en no querer estrujarle el seno, el niño revelaba su natural delicadeza. Pero no dejaba de causar inquietudes a la familia. Tenía un sueño muy agitado, volvía de sus pesadillas bañado en llanto, y prorrumpía en gritos espantados que llegaban a cortarle el resuello. La madre descubrió el medio de calmarlo: en cuanto lo veía retorcerse en la cuna, lo despertaba con el sonido de una campanita, y el niño empezaba a sonreír. Imposible no recordar el vuelo del Ángelus que detiene la mano del viejo 'Fausto', cuando ya acercaba a sus labios la copa de veneno.

En mil formas se manifestaba la extraña sensibilidad de aquel ser traído a la existencia como a pesar suyo. Una vez, su padre lo tomó en brazos para mostrarle la luna llena. El niño, horrorizado, se echó atrás y perdió el sentido. Hubo que devolverle la respiración con algún esfuerzo. Tendría unos cuatro años cuando, en una visita, rompió a llorar haciendo grandes extremos y pidiendo que le quitaran de delante a un niño feo ("un niño negro", decía él), cuya presencia no podía soportar. Y en otra ocasión, cayó en un tremendo acceso de cólera porque sacaron de la cuna a su hermanita Cornelia, a quien prodigaba tiernos cuidados.

El padre, el representante de las Luces, fruncía el ceño, de acuerdo con su genio sombrío, sin entender aquellos titubeos de la sensibilidad que la razón no sancionaba. La madre, la discípula de las nebulosidades místicas que, por paradoja, tenía el humor alegre, no se desconcertaba ante aquellas desigualdades de una vida que se abría paso a su manera. Padre y madre cumplían sus respectivas misiones. Si él se reservaba más bien los

deberes y los castigos, ella, los premios y los juegos. Como la casa, vetusta y llena de recovecos, inspiraba cierto pavor, los niños —obligados a dormir solos— se levantaban de puntillas entre la noche para ir en busca de los criados. Pero el padre los atajaba al paso, como una temible aparición, porque acostumbraba entonces ponerse la bata al revés para mejor esconderse en las penumbras. Los niños, así, vivían entre dos miedos. La madre, como era la estación de los melocotones, ofreció una buena ración por la mañana al que se quedara quieto en la alcoba y, naturalmente, obtuvo mejor resultado. De día, en cambio, el niño Wolfgang se acostumbró muy pronto a la soledad, y se pasaba las horas contemplando el campo y los huertos vecinos desde un cuarto del segundo piso, transformado en invernadero a falta de jardín.

Hay escenas, insignificantes en sí mismas, que se graban para siempre en la memoria del niño. Acaso todos nuestros recuerdos comienzan con alguna escena semejante. Wolfgang juega en aquella sala baja, abierta a la calle. Juega y se cansa de jugar con una vajilla diminuta recién comprada en la última feria. No sabiendo al fin qué hacer con aquel juguete inadecuado, comienza a arrojar a la calle un plato tras otro, una y otra taza. Aquello era mucho más divertido. Unos vecinos, los tres hijos del difunto alcalde Ochsenstein, lo aplauden y lo animan a seguir con aquel destrozo. Wolfgang, que ha acabado con su vajilla y está muy ufano de su éxito, va a la cocina, acarrea toda la vajilla del servicio y la lanza toda a media calle. Cuando la familia se dio cuenta, ya sólo era tiempo de recoger los rotos cacharros. No nos cabe la menor duda de que un psicoanalista es capaz de deducir trascendentales efectos de esta inconsciente travesura, mucho más imputable a los hermanos Ochsenstein que al niño.

Entretanto, el viejo Giovinazzi cantaba al piano el *Solitario bosco ombroso* —que Wolfgang aprendió de memoria antes de entender la letra— y transmitía a Frau Aja algunos conocimientos musicales. Y la abuelita, siempre deseosa de divertir a sus nietos, los iniciaba en el reino maravilloso de los títeres, que todavía deja recuerdo en el *Meister* y que vino a ser el primer estímulo teatral para el futuro autor del *Goetz* y del *Fausto.*

Frau Aja avivaba en su hijo la afición a las cosas risueñas de la naturaleza —los pájaros y las flores—, y estimulaba su imaginación con aquellos cuentos improvisados que, como los de Jerezarda, no tenían fin. Los "cuentos de nunca acabar" conducían la infancia de Goethe por una senda de encantamiento. Entre los relatos que recogió Bettina Brentano, y que Goethe resumirá después en la *Aristía de la madre,* hay esta página:

> Yo no me cansaba nunca de contarle historias, y él no se cansaba de escucharlas. Solía yo representar el aire, el fuego, el agua y la tierra bajo la figura de unas lindas princesas, dando a todos los fenómenos naturales una significación oculta en que acabé por creer yo misma. Hablábamos de las estrellas que habitaríamos algún día, de los caminos tendidos entre unas y otras, y de los espíritus supremos con que allá habíamos de encontrarnos. En el afán de seguir el relato de mis fantasías, esperaba yo con impaciencia la hora de poder continuarlas, y nada me incomodaba más que los compromisos sociales, interrupciones de mis fiestas nocturnas. Yo, sentada; mi hijo, a mi lado, devorándome con sus ojazos negros. Si la aventura del héroe no salía a su gusto, se le hinchaban las venas de la frente y a duras penas contenía sus lágrimas. A veces, hasta se me adelantaba: "¿Verdad, mamá, que la princesa no se casará con el sastre malvado, aunque él logre matar al gigante?" Cuando yo suspendía el desenlace de un día a otro, me encontraba con que él había seguido rumiando el cuento y lo completaba en su imaginación. Si, a la noche siguiente, obedeciendo a sus sugestiones, le decía yo: "Lo adivinaste: todo pasó como tú te lo figurabas", había que ver el entusiasmo que se apoderaba del niño, que se le veía saltar el corazoncito. La abuela era su confidente, a ella le contaba el desenlace por él deseado, y así me era fácil conformar mi cuento a sus esperanzas. Era una pequeña intriga diplomática entre los tres, que nadie traicionaba. Yo me daba el gusto de divertir y asombrar a Wolfgang que, sin confesarse el autor de tantas maravillas, se deleitaba de ver cómo todas se iban realizando y las aplaudía gozoso. Estas inolvidables noches me fueron creando una verdadera reputación de cuentista, y niños y viejos se aficionaron a concurrir a nuestras sesiones, de que conservo recuerdos tan felices.

II

No es extraño que, sometido a este aprendizaje y ejercicio, en el niño a su vez se haya desarrollado una extraordinaria capacidad de cuentista. En el libro II de *Poesía y realidad,* Goethe transcribe íntegramente *El nuevo París,* uno de los cuentos que compuso para divertir a los camaradas de su infancia. Nos refiere hasta qué punto se apoderó de la imaginación de éstos, cómo cada uno comenzó a vivirlo y a hacerlo vivir a su modo, y lo acompaña de estas observaciones:

> Era una inmensa alegría para mis amiguitos oírme contar cuentos, sobre todo cuando yo hablaba en primera persona. Les encantaba que a mí, su camarada, me hubieran sucedido cosas tan extraordinarias, sin preguntarse cómo, cuándo y dónde habían podido acontecerme semejantes aventuras, aunque eran testigos diarios del empleo de mis horas y conocían todas mis idas y venidas. Era, pues, preciso, que la escena de los episodios se situara, ya que no en otro mundo, al menos en otro país. Y con todo, la cosa había sucedido ese mismo día, a lo sumo, la víspera. De suerte que eran ellos mismos quienes se empeñaban en ser engañados. Si yo no hubiera aprendido poco a poco a transformar, según mi índole, en obras artísticas estas pompas de jabón, estas fanfarronadas, tal iniciación de charlatanismo hubiera traído fatales consecuencias para mi carácter. Si se examinan de cerca estas inclinaciones, fácilmente se descubre aquí la presunción del poeta, que se deja decir con la mayor autoridad las cosas más inverosímiles, y exige que los demás acepten cuanto él ha inventado, sólo porque, en cierto sentido, le ha parecido verdadero.

Se nos ofrece, leyendo estas líneas, la definición que propone Coleridge para la invención poética: "suspensión voluntaria del descreimiento". La facultad de dejarse engañar por la mentira artística es, para los viejos sofistas Gorgias y Protágoras, una prueba de la dignidad humana.

Así iba naciendo la imaginación poética del niño. Y con ella, amanecía también un singular orgullo, un presentimiento de las empresas a que lo llamaba el destino. Los psicólogos James y Lang han propuesto una hipótesis que se reduce a decir: "No lloramos porque sufrimos, sino que sufrimos porque lloramos." Las rela-

ciones entre eso que llamamos el espíritu y eso que llamamos el cuerpo son sin duda harto misteriosas, y más de una vez se enredan como la enigmática paradoja de la gallina y el huevo, que no sabemos cuál vino antes. Ello es que Goethe, desde niño, muestra cierta rigidez congénita en el andar, pero también, con el porte algo solemne y altivo, manifiesta cierta disposición orgullosa que o es su causa o su consecuencia. Su madre, desde la ventana, lo veía venir por la calle en compañía de otros niños, y no podía menos de observar aquella gravedad casi cómica: "¿Por qué andas así? —le dijo riendo—. ¿Quieres distinguirte así de tus amiguitos?" Y la respuesta: "Esto no es más que el comienzo. Más adelante me distinguiré por otras cosas." Y como constantemente la importunaba para saber si las estrellas cumplirían las promesas de su horóscopo: "¿Por qué —le preguntó ella— esta reclamación constante del auxilio de las estrellas, cuando los demás no lo necesitan?" "Porque yo no puedo contentarme con lo que los demás se contentan", repuso el niño.

Ya hemos dicho que, a la muerte de la abuela, el consejero Goethe se resolvió a reconstruir la casa cuarto a cuarto y sin deshabitarla. Fue entonces cuando Wolfgang intervino en la consagración de la primera piedra, donde su padre hizo grabar tres lises y una estrella. Como un día la lluvia llegó hasta la alcoba de los pequeñuelos, se los envió provisionalmente a casa de unos amigos; y se los llevó a la escuela pública, donde probaron por vez primera las groserías y los malos tratos a que no estaban habituados.

Pero entonces se abrió también para Wolfgang un universo desconocido, con los paseos por su ciudad natal y los pintorescos alrededores: el magnífico puente del Meno, que ostentaba su cruz rematada en un gallo de oro; el viaje en bote hasta la opuesta orilla de Sachsenhausen; el mercado del vino, con sus grúas como inmensas garras para transportar los fardos; la llegada de la diligencia con su carga de gente desconocida y, a ojos de la infancia, misteriosa; el venerable Saalhof, situado donde antes se elevaba el castillo de Carlomagno; la feria, cuyas barracas se extendían junto al templo de San Bartolomé, sitio lleno de vericuetos y laberinto del comercio; la tienda donde vendían hojillas metálicas con estampas de animales dorados; pero nunca las repugnantes y

pestilentes callejuelas de los carniceros, de que Wolfgang huía con verdadero horror.

A falta de grandes monumentos arquitectónicos, el niño se solazaba en las avenidas del Roemerberg; las *cités* o ciudades interiores en miniatura como el patio de Nuremberg, de Compostela, de Braunfels; las murallas que rodeaban a la ciudad, vestigios de sus antiguas necesidades defensivas, y que evocaban todavía los grabados de Grove; los jardines y hortalizas que desembocaban en el paseo de ronda; fábricas, lavaderos, cementerio; bullicio de gente, espectáculo abigarrado que parecía mudar a cada paso, y que Goethe comparará más tarde con la gran pepitoria humana que el Diablo Cojuelo descubrió a su amigo, levantando todos los techos sobre la noche de Madrid.

En el *Roemer* o Palacio de Gobierno —al que Wolfgang lograba acceso, como a todas partes, por ser nieto del burgomaestre— era sobre todo impresionante la Sala del Consejo, con sus bancos escalonados por jerarquías sociales y su enseña escrita en el muro de honor: "La palabra de un solo hombre nada vale; hay que oír equitativamente el alegato de ambas partes." La Sala Electoral ostentaba sus cuadros cargados de ornamentos imperiales, angelitos y genios. Los guardianes explicaban a los niños las hazañas de los emperadores retratados: Carlomagno; Rodolfo de Habsburgo; Carlos IV y su código penal y su esfera de oro, generoso adversario de Gunther de Schwarzburg; el filantrópico Maximiliano, último emperador germánico a cuya muerte —según la predicción— el cetro es disputado entre Carlos I de España y Francisco I de Francia. Y como en la galería ya sólo quedaba el sitio para un retrato más, los patriotas se estremecían con un vago presentimiento. El paseo histórico se completaba con una visita a la tumba del bravo Gunther, en la Catedral, donde la famosa Sala del Cónclave fue una decepción para los niños, por insignificante y porque la ocupaban los trabajos de albañilería.

III

Los principales acontecimientos de Francfort eran las coronaciones, para quien tenía la suerte de haberlas visto, y las ferias

semestrales. Los mercaderes llegaban, entre multitudes curiosas, por las calles del puente, escoltados por tropas que eran cuidadosamente relevadas a las puertas de la ciudad, lo que daba lugar a escaramuzas y cuestiones que duraban desde hacía siglos. La caballería burguesa avanzaba en escuadrones, y el espectáculo culminaba al anochecer, cuando aparecía el correo de Nuremberg en cuyo coche, tradicionalmente, nunca podía faltar una vieja.

No era menos divertido el Tribunal de los Pífanos, arcaica ceremonia en que se renovaban anualmente ciertas dispensas de tributos al comercio. Los tres músicos —zampoña, fagot, oboe—, vestidos con manta azul y franjas de oro, la partitura prendida en la manga, hacían su entrada triunfal. El obsequio ceremonial que el comercio daba a cambio de las exenciones, representado en una estupenda copa de palo rebosante de pimienta, era ofrecido ante los simbólicos guantes imperiales y el bastón blanco. La ciudad de Worms entregaba un sombrero de fieltro, que luego volvía a comprar para nuevamente presentarlo al año siguiente. Se oían —o no se oían— los discursos. La música estallaba entre la gritería del pueblo. Y en el sitio de honor, el burgomaestre Textor, el abuelo de Goethe, recibía el homenaje de las comarcas.

Por la derecha del río, no lejos de una fuente sulfurosa y del Hotel de la Buena Gente, los ganaderos y pastores juntaban todos los años sus hatos y celebraban fiestas y danzas campesinas. Y al opuesto término de la ciudad, donde había otra fuente rodeada de tilos, las fiestas de Pentecostés eran todavía más amenas. Los rebaños de borregos, y los niños abandonados y recogidos por la caridad pública, atraían a las nodrizas y a las ayas de Francfort, con su séquito infantil y sus criaturas en brazos.

Entretanto, la reconstrucción de la casa, en sólido estilo *rococó*, estaba casi terminada y parecía ahora más habitable. Hubo que colgar los grabados en el nuevo gabinete de estudio del consejero, y acomodar los muchos libros. Todo era claridad, orden, limpieza, bonanza en la familia. Pero sobrevino el terremoto de Lisboa, el 1º de noviembre de 1775, que provocó el *Cándido* de Voltaire y extendió una onda de pavor por Europa. Wolfgang conoció así la cólera de Jehová, de que habla el Antiguo Testamento, y con lo que oía y lo que imaginaba meditó largamente en

los extraños caminos del Señor. Se desató, para colmo, una tempestad de granizo y viento huracanado, que causó en la casa grandes perjuicios y rompió las nuevas vidrieras. El agua corría por las escaleras. Salvo el grave consejero, todos andaban enloquecidos.

Pasó aquella racha. El consejero se consagró a la educación de sus hijos, según el "diletantismo" pedagógico a la moda, escogiendo él mismo los mejores maestros que había a la mano, y huyendo premeditadamente de los pedantescos profesores que infestaban los gimnasios públicos. El mayor esfuerzo se aplicó a las lenguas y a la geografía. El consejero había acaudalado su cultura a fuerza de constancia. Su hijo parecía, en cambio, proceder por inspiración. Algunos niños vecinos concurrían también a estas lecciones privadas, y no dejaban de introducir cierto desorden. Además, los preceptores, al tener que habérselas con un número crecido de alumnos, se entregaban a la rutina.

Poco después, Wolfgang enfermó de viruela, y tras varios días de sufrimiento, algo como una máscara se le cayó de la cara, dejando apenas levísimas huellas a ambos lados de la nariz y algunos rasgos tan alterados, que una tía suya, antes orgullosa del sobrino, no dejaba ahora de repetirle: "¡Pero qué feo te has puesto!"

Con excepción de Cornelia, los otros cuatro hermanos fueron muriendo en pocos años. Como, a la desaparición de Jacobo, Wolfgang, que lo daba por seguro en el cielo, no derramaba una sola lágrima, su madre le dijo: "¿No querías a tu hermanito?" Wolfgang, ofendido, mostró entonces un montón de papeles, lecciones y cuentos que, sin saberlo sus padres, redactaba él para Jacobo, con la idea de educarlo. Cuando Wolfgang y Cornelia se quedaron solos, el consejero, imperturbable en sus planes, redobló los deberes para recobrar el tiempo perdido. Siempre que lograban libertarse de la dura férula, los dos niños buscaban refugio y solaz en la casa del burgomaestre.

Aunque esta casa tenía una fachada de fortaleza, y tal vez lo había sido en otro tiempo, por dentro era risueña: espacioso patio, vastísimo jardín con viñas, hortaliza, flores y duraznos, y una gigantesca morera, que impresionaba a los niños, por habérseles explicado que en sus hojas se criaban los gusanos de seda. El

burgomaestre era dado a la jardinería, y para sus injertos de rosas, se ponía los guantes de cuero que le obsequiaban cada año en el Tribunal de los Pífanos. Con su bastón y su bonete de terciopelo, parecía un Alcínoo, un Laertes. Hablaba poco y era afable y de humor igual. Se rodeaba de antigüedades y libros de viajes y descubrimientos. Respiraba un aire de eternidad apacible. Conocía los sueños premonitorios, y apuntaba sus adivinaciones en cifras enigmáticas. Además de la madre de Wolfgang, tenía una hija casada con un especiero, que adoraba a sus sobrinos, y otra desposada con el pastor Stark. La biblioteca de éste proporcionó al muchacho la primera versión de Homero, en prosa alemana, incluida en una colección de viajes notables bajo el curioso título: *Descripción de la conquista de Troya,* lo que prometía un episodio final que no figura en el poema. Pero el pastor Stark, para satisfacer en este punto la curiosidad de Wolfgang, lo remitió a Virgilio.

Así como Wolfgang aprendía la geografía en rimas, también el latín, más llevado por el instinto poético que no por la gramática. Sus primeras composiciones retóricas eran tan brillantes como plagadas de solecismos. Mientras hacía sus ejercicios, aprendió el italiano a modo de variante amena del latín, oyendo las lecciones que su padre daba a Cornelia. Su memoria era sorprendente. Su padre hablaba ya de enviarlo un día a la Universidad de Leipzig —él hubiera preferido Guetinga, sin saber por qué—, de hacerlo viajar por Viena e Italia, no sin pasar antes por París, pues Italia lo ofuscaba todo. Y aquí el consejero se animaba recordando sus experiencias de Italia, que por desgracia quedan tan mal reflejadas en los fragmentos conservados de sus memorias.

IV

El doctor Weismann, de Francfort, ha juntado algunos datos sobre la extraordinaria precocidad del niño. He aquí, entre otros, una charla de Wolfgang con su amigo Maximiliano:

—Nos divertiremos en leer algún libro en tanto que llega el preceptor.

—No tengo ganas —dice el amigo.

—¿Pues qué quieres que hagamos?
—Detesto las cosas serias, las dejo a los taciturnos.
—Bien, explícate: ¿qué quieres que hagamos?
—Vamos a darnos de cabezazos, uno contra otro.
—Eso sí que no: mi cabeza no se hizo para esas tonterías.
—¿Qué más da? Vamos a ver quién tiene la cabeza más dura.
—Deja eso para los borregos, en quienes es un juego natural.
—No seas cobarde: eso nos endurecerá la cabeza.
—Nada ganaremos con eso; prefiero conservar blanda la cabeza.
—¿Qué quieres decir?
—Que no me interesa volverme testarudo.
—Puede que tengas razón, pero yo quiero fortalecer mis miembros.
—Pues ya puedes dar cabezadas contra la pared hasta que te hartes; verás qué bien lo pasas.

Y otro diálogo, entre el padre y el hijo, que entonces frisaba en los ocho años:

—¿Puedo bajar contigo a la cueva?
—Sí, a condición de que me digas para qué.
—Me figuro que vas a llenar las botellas, y quiero ver cómo se hace.
—No me engañas: algo te propones, dí la verdad.
—Quiero ver otra vez la primera piedra de la casa y la clave de la bóveda.
—Ven, pues, conmigo.
—¡Qué escalera más oscura! Parece una tumba.
—Déjate de tonterías y baja con cuidado. Pronto comenzarás a ver.
—Es verdad: ya empiezo a distinguirlo todo: las cubas, los jarros, una artesa.
—Ya verás cómo poco a poco aparecen más cosas.
—Cierto: la luz de la claraboya permite verlo todo.
—¿Y dónde está lo que buscas?
—La clave de la bóveda está aquí arriba, pero no veo la primera piedra.
—Mírala en este rincón, la que tiene un sello.
—Ya la veo, y me acuerdo de que yo mismo le puse el sello en una ceremonia.
—¿Qué más recuerdas?
—Me acuerdo de que bajé al foso, vestido de albañil y cuchara en mano, con unos albañiles y un picapedrero.

—¿Y no hubo discurso?

—Sí: un albañil habló por todos, según se acostumbra; pero no pudo continuar, y se tiraba los pelos de furia porque los criados se reían de él.

—¿Y por qué tanto empeño de ver la piedra?

—No quisiera que la muevan hasta el fin del mundo.

—Déjaselo a Dios. Pero, ¿qué hay con eso?

—Que es muy trabajoso pasar de esta cueva a la cueva grande. ¿Costó mucho abrir este boquete?

—Así es. Y además, había mucho peligro, sobre todo al abrir la escalera principal. Como puedes ver, la bóveda está sostenida por muchísimos soportes.

—¡Y decir que, en medio de este peligro, nosotros estábamos tan tranquilos! Es bueno no darse cuenta de todo. De lo contrario, yo no hubiera podido dormir.

Otra conversación entre ambos, que honra tanto el método paterno como la inteligencia filial:

—¿Qué haces, muchacho?

—Modelando en cera, ya lo ves.

—Querrás decir, desperdiciando la cera.

—Nada de eso. ¿No sé hacer muy lindas figuras?

—A ver, muéstrame tus adefesios.

—Mis animales, dirás. Mira qué bonito gato con unas barbas largas. Ésta es una rata vieja. Aquélla, una rata silvestre. Las tomé de una sátira de Horacio traducida burlescamente al alemán por Drollinger.

—Esa reminiscencia erudita me place más que tus modelos. Pero ¿es eso todo lo que da tu talento?

—No: aquí está una ballena con la boca abierta, que nos quiere tragar; y dos camellos, los camellos a cuya procura el emperador Maximiliano se metió en una cueva, de donde no hubiera podido salir sin la ayuda del ángel que se le apareció en figura de viejo.

—Te perdono esas feas figuras, por lo bien que cuentas la historia. ¿Y qué más hay aquí?

—Hay mucho más. Lo más admirable que he hecho es esto: el cocodrilo llorando sus lágrimas embusteras; el enorme elefante que los antiguos usaban en los combates; la lagartija, amiga del hombre; la rana que croa para anunciar la primavera... Sólo les falta la vida.

—¡Bueno estás! Si no lo explicas tú mismo, nadie adivinaría lo que son.

—¿Cómo así? ¿Pues no es uno mismo el mejor intérprete de sus obras?

—Sí: esa máxima es buena en general, pero no aplicada a este caso.

—Pido perdón por mi ignorancia. Pero no niegues tu admiración a este paseo en trineo. ¿Y qué me dices de esta docena de animales reptantes y volantes? Un cisne, un ciervo, un caballo marino, una serpiente: son los mejores.

—Si tú te empeñas. Ya veo que no distingues la belleza de la fealdad.

—¿Quieres tener la bondad de enseñarme tú la diferencia entre una y otra?

—Con todo gusto. Ya llegará todo a su tiempo. Por lo pronto, aprende a ver con nitidez.

—Pero ¿por qué dejas tus lecciones para mañana? Comienza ahora mismo, y yo te escucharé atentamente, mientras sigo jugando.

—Aún no es tiempo, repito. Quédese para más adelante. Por ahora, basta de juegos, y a estudiar.

—Obedezco.

Estos diálogos andan con las composiciones que Wolfgang escribía entre los seis y los ocho años, y que conservaba para la enseñanza de su hermano Jacobo. Las composiciones fueron escritas en alemán y en latín, y consisten en charlas familiares, anécdotas y reflexiones morales. Entre estas últimas, tiene singular curiosidad la siguiente:

Horacio y Cicerón eran paganos, ya se sabe; pero más sabios que muchos cristianos. Uno dice que la plata vale menos que el oro, y el oro menos que la virtud. El otro asegura que en el mundo nada hay más hermoso que la virtud. Por lo demás, ha habido muchos paganos más virtuosos que los cristianos. ¿Quién más fiel a la amistad que Damón? Quién más generoso que Alejandro? Más justo que Arístides? Más sobrio que Diógenes? Más paciente que Sócrates? Más piadoso que Vespasiano? Más experto que Apeles o Demóstenes, en sus respectivas artes?

Entre estos ejercicios infantiles no hay que olvidar los votos o felicitaciones que Wolfgang presentó a su padre durante todas las mañanas de agosto, en 1758. Los ejercicios expresan la misma idea en distintas formas, ya en alemán o ya en latín, alguna palabra en griego y tal o cual frase en francés.

Se conservan también sus planas caligráficas de 1757, en rasgos firmes y tiesos, según la escritura de la época. Algunas llevan la fecha del concurso, la calificación distinguida que merecieron, y el número de concursantes —una veintena—, todo escrito por la mano del niño.

Inútil decir que el consejero se cuidaba de la enseñanza religiosa de sus hijos, un protestantismo oficial reducido a secas moralidades. Lo cual explica la superabundancia de sectas cismáticas entregadas al misticismo: "Separatistas", "Pietistas", "Moravos" y "Tranquilos". Al niño le bastaba con el primer artículo de la fe, sobre el cual quiso construir un culto para su uso personal, fabricándose un ara al modo del Antiguo Testamento. Precisamente su padre poseía un pupitre de laca roja y flores de oro, en forma de pirámide con gradas, que parecía indicado al caso. El chico cargó con él y se lo llevó a su cuarto. Dispuso en las gradas algunos ejemplares de historia natural, escogidos en las colecciones de su padre, para representar la naturaleza. Había que encender una llama, y una llama que despidiera un perfume. Se consiguió unas pastillas aromáticas que colocó en lo alto del ara, dentro de una copa de porcelana. Con ayuda de una lente, encendió el fuego en el rayo mismo del sol. Todo salió a maravilla. Al siguiente día no pudo usar la copa, y las pastillas quemaron y ahumaron la laca en tal forma, que el pequeño sacerdote de Jehová tuvo que cubrir la mancha con algún objeto vistoso y no se atrevió ya a ofrecer nuevos sacrificios.

En todos estos rasgos y acciones, los exégetas más sistemáticos de Goethe aciertan a descubrir tres caracteres primarios: sentido de la belleza, sentimiento de la dignidad personal e imaginación poética; y tres caracteres de inmediata adquisición posterior: gusto por la enseñanza, instinto religioso, afición a observarse a sí mismo y a observar el mundo que le rodea. Ignoro por qué declara Gundolf que el sentimiento de la naturaleza sólo aparece en Goethe a los diecisiete años. Tal vez quiere decir que entonces sabe ya expresarlo poéticamente. Pero acierta al afirmar que ninguna de las condiciones fundamentales de Goethe ha quedado sin expresión o se ha perdido a lo largo de su larga existencia.

LA MENTALIDAD JUVENIL DE GOETHE

PARA el joven Goethe el conocimiento se confunde casi con la inspiración. El "genio", en la Era de las Luces, aparece como un espíritu superior en el orden intelectual del saber. Pero el movimiento prerromántico de Alemania conocido por el nombre de *Sturm und Drang,* en que milita el Goethe de la adolescencia y la primera juventud, se inclina a rebajar o a considerar insuficiente y secundaria toda esa ciencia que se enseña en las universidades. El genio no sólo ha de ser un sabio —vienen a decir los *Stürmer und Dränger*— sino también un inspirado. Su virtud no reconoce como única fuente el saber, sino que proviene de alguna fuente sobrehumana. Korff y Sudheimer han consagrado lentos análisis a esta noción del genio que domina la primera etapa de Goethe. Veamos cuáles pueden ser sus orígenes.

Ante todo, descubrimos un origen cristiano. Para el apóstol San Pablo, la fe de Cristo supone cierta identificación mística del creyente con el Salvador. Creer en Cristo es vivir en Cristo, sea que el creyente se eleve hasta el cielo en el seno del Cristo transfigurado, sea que el espíritu del Señor, susceptible de dividirse hasta el infinito, descienda a la tierra para visitar las almas de sus fieles, como en el milagro de la Pentecostés. "Cuantos, a rostro descubierto —dice San Pablo a los *Corintios* (II, 3, 18)—, contemplamos como en un espejo la gloria del Señor, nos transformamos a nuestra vez en su imagen, de una en otra gloria, como por el espíritu del Señor." El creyente, así, es uno con Cristo, es un inspirado por quien se expresa el mismo espíritu de Dios. Y esta íntegra adhesión o entrega del ser a la palabra de Dios, al Evangelio de Cristo, esta mística iluminación del alma por el contacto con el Salvador, vino a ser principio esencial del movimiento pietista que —cuando en su Francfort natal— presidió la infancia de Goethe, al menos por el lado materno, aun

cuando frente a él los métodos de la educación paterna se inspirasen en la Ilustración. En esa lucha contra el dogmatismo escolástico que reduce la religión a un conjunto de yertas fórmulas teológicas y suscita entonces por todas partes irritantes y estériles controversias de doctrina, el pietismo, en efecto, se esfuerza por reanimar el misticismo cristiano, por fundar la religión sobre la experiencia viva y personal de la divina gracia, sobre la íntima unión con Cristo, sobre ese estado de iluminación interior que fue el acontecimiento por excelencia en la vida espiritual de Lutero.

Por otra parte, la antigüedad clásica también poseía una doctrina de la adivinación inspirada. Ya, con Plutarco, admite, en el oráculo, una combinación de la acción divina y del adivino, mezclando con el oráculo la naturaleza propia del inspirado como la cera con el relieve del sello que la graba; ya enseña, con Platón, que la inspiración da la señal del acceso a un mundo suprasensible, y que el inspirado pierde del todo su personalidad mediante el transporte divino. En la escuela de Alejandría —en Filón, Plotino o Porfirio—, la antigua doctrina se enmaraña con las nociones cristianas y da nacimiento a la idea de la inspiración que pasea por toda la mística cristiana y que conlleva la descripción del éxtasis, de la visión de Dios, de la gradual absorción del alma en el seno de la unidad divina. Goethe conoció sin duda la tradición platónica y la neoplatónica. La crítica —como en Franz Koch— ha señalado singularmente las muchas analogías de su pensamiento con las teorías de Plotino.

Más notorias son, si cabe, las influencias que Goethe recibió de los pensadores pandinamistas, teósofos, magos o alquimistas de la época del Renacimiento, cuidadosamente investigadas por Agnes Bartscherer.

Estos filósofos pensaron que, más allá del universo visible, hay un mundo de energías espirituales que ejercen sobre este universo visible una influencia preponderante. Estas energías, a su vez, dependían todas de la fuerza central que daba impulso y dirección al conjunto, es decir, de Dios. El hombre ávido de poder, el genio, debía pues esforzarse por conciliar con su ayuda las energías superiores a fin de gobernar, mediante ellas, a las fuerzas inferio-

res. Debía, por consecuencia, tratar de penetrar más allá del mundo de los fenómenos, hasta el mundo espiritual o hasta Dios. Para ello, o bien podía recurrir a los artificios de la alquimia, o de la astrología, o de la magia, que lo ponían en comunicación con el mundo de los Espíritus; o bien podía ascender por intuición mística hasta Dios. La teoría platónica de las ideas y las especulaciones cosmológicas de los neoplatónicos permitían explicar, con ayuda de ingeniosas construcciones metafísicas o mitológicas, cómo el mundo de los fenómenos había brotado del seno de la unidad divina. El pandinamismo neoplatónico, nacido en Italia y grandemente desarrollado allá en los siglos XV y XVI, penetra también en Alemania, encuentra en Paracelso y en Van Helmont sus más ilustres campeones, acaba en el siglo XVII en la teosofía de Jacobo Boehme, y luego se bate en retirada ante el progreso del espíritu positivo y del racionalismo.

Goethe se sintió especialmente atraído por las especulaciones pandinamistas entre los años de 1768 y 1770, mientras, en Francfort, recluido en la casa paterna, se restablecía lentamente de la grave crisis de salud, tras sus experiencias estudiantiles en Leipzig. Algunos han revocado a duda la exactitud del relato que él mismo nos da en sus memorias sobre este periodo de su vida, preguntándose si no habrá exagerado un poco la importancia de sus estudios de magia y de alquimia en su afán de mostrar —cuando se disponía a presentar su obra en escena, o sea mucho más tarde— que había explorado los misterios de las ciencias ocultas y conocido por sí el estado de ánimo que atribuye a su 'Fausto'. Pero, como fuere, el testimonio que aquí queda, en su libro *Poesía y realidad,* está suficientemente corroborado en otros testimonios contemporáneos, por sus efemérides y su correspondencia; lo bastante, al menos, para confirmar la veracidad general, la autenticidad de sus declaraciones. Durante su enfermedad, desde luego, Goethe fue atendido por un médico místico y pietista, el doctor Matz, que pretendía poseer una especia de panacea, una sal maravillosa, sólo aplicable en casos graves, cuya receta era intransmisible pero cuyo secreto podía investigarse mediante el estudio personal de la alquimia y la magia. Acudiendo al llamamiento de su amiga, la señorita de Klettenberg, que anda-

ba metida y algo perdida en la lectura del *Opus mago-cabbalisticum* de Walling, Goethe intentó, aunque sin éxito, introducir algo de claridad en tal estudio. Se entró de lleno, acompañado de su amiga, en la lectura de Paracelso, de Basilio Valentino, de Van Helmont, de Stanckey, de la *Aurea Catena Homeri,* que lo sedujo por lo mismo que "presentaba la naturaleza de un modo fantástico, es cierto, pero con un encadenamiento delicioso". Después, ya un tanto restablecido, instaló en su bohardilla un laboratorio de alquimia y se dedicó a "descomponer el hierro", a producir el *liquor silicum,* la tierra virgen, *el aurum potabile.* Y aunque estos intentos aventureros no lo llevaron al descubrimiento de la sal mágica a que debía la salud, al menos desarrollaron en él las aficiones a la investigación científica, induciéndolo a familiarizarse, mediante un buen tratado de química —el *Compendium* de Boerhave—, con los métodos de la ciencia positiva. Y por otros documentos consta que, durante esos años, estudiaba también a Giordano Bruno, que llegó a penetrarse de la teosofía de Boehme, que se inició en Swedenborg —lo han esclarecido Koyré y Max Morris—, y que los *Arcana coelestia* (1749-1758) de este místico sueco eran leídos y traducidos en el círculo de la señorita de Klettenberg. En suma, que Goethe, por aquellos días, conoció bien las ideas de los pandinamistas.

Lo impresionó sobre todo la personalidad originalísima y, en muchos aspectos, genial y grandiosa de Paracelso.

En aquella hora de fermentación espiritual, cuando buscaba su camino lejos del racionalismo contemporáneo cuya mediocridad y estrechez lo sublevaban; lejos de la enseñanza universitaria de cuya pedantería y sequedad abominaba; lejos de la religión y la moral convencionales cuyo dogmatismo lo asfixiaba, he aquí que tropieza con un pensador que se presenta como el término opuesto del tipo filosófico "ilustrado", un espíritu extraño y enigmático, lleno de supersticiones pueriles; desairado por los sabios universitarios como la encarnación de la charlatanería y del error; hostil a la tradición de los libros, desconfiado ante toda manifestación que sólo proviniese de la inteligencia; para quien los resortes esenciales del hombre están en la fe, la imaginación, la voluntad; profundamente religioso, pero de una religiosidad puramente subjetiva, indiferente al dogma, sin respeto para la Iglesia oficial;

afianzado en la creencia de la iluminación interior, bajo la inspiración directa del Espíritu Santo. No es de extrañar que aquel adolescente se haya sentido seducido por una personalidad tan poderosa, capaz de abrirse camino fuera de las sendas reconocidas; en franca rebeldía contra todas las autoridades de su tiempo; escéptico ante las ideologías en boga; sólo confiado en la vida y en la realidad; empeñado en acercarse a la naturaleza mediante la experiencia y la intuición; adverso a todos los sistemas de la vieja medicina y empeñado en reformar del todo el arte de curar. Nada hay de extraño en su admiración para este "entusiasta", enemigo de las abstracciones, este revolucionario impetuoso, este fogoso polemista a quien los pietistas se esfuerzan por rehabilitar, no obstante el desdén con que lo rodean los discípulos de las Luces; nada hay de extraño si le agradece al poblar el universo de silfos, ondinas, pigmeos y salamandras, todo lo cual parece como que espiritualiza el espectáculo del mundo; nada de extraño en que, fascinado por él, se sumerja en especulaciones absurdas —pero, como quiera, muy distintas de la rutina universitaria— con la esperanza de descubrir algún secreto profundo. Goethe saluda en Paracelso a un magnífico representante de ese "genio universal" cuyo advenimiento cree presentir, con todo el fervor de su exaltada imaginación juvenil.

Y, a medida que aumenta su conocimiento de la cultura contemporánea, Goethe siente también con mayor agudeza las afinidades que lo unen con ciertos espíritus que —como Young, Sterne, Cudworth o Shaftesbury, en Inglaterra; Rousseau, Diderot o Mercier, en Francia; Klopstock o Abbt, y más tarde Hamann o Herder, en Alemania— reaccionan contra el intelectualismo de la Era de las Luces, contra las supersticiones de la civilización y el "progreso", y difunden por Europa el llamamiento al genio creador, tema fundamental del *Sturm und Drang* y que Goethe impulsará con magnífico ardor poético.

En efecto, en su obra juvenil el tipo del genio aparece bajo los aspectos más diversos, en una serie de creaciones henchidas de vida y vigor.

Por cuanto a su ser esencial, el genio es para Goethe, ante todo, un "trozo de naturaleza", una criatura elemental dotada de

vitalidad poderosa, desbordante, dionisiaca. Esta vitalidad puede manifestarse de un modo casi animal, en sensualidad ardiente y desenfrenada. Goethe, a este respecto, se complace en oponer las tendencias de la antigua y la nueva generación: establece un claro contraste entre la timidez de los representantes del pasado —Wieland, por ejemplo—, a quienes pinta como ultracivilizados, parientes de los "ilustrados", inteligentes y críticos, despechados, irónicos, vanidosos, de sensibilidad escasa, sin auténtico vigor, de gusto estrecho, ignorantes de la verdadera naturaleza y ayunos de instinto, y la robustez natural de los "titanes" modernos, que tratan de libertar al hombre de todas las convenciones del pasado, que sueñan en una humanidad elemental sólo obediente a las urgencias de la vida y del goce, en la cual reine la ley del fuerte y donde "los poderosos gigantes de las épocas fabulosas", pletóricos de savia viril, discurran a su sabor, sin pudores ni remordimientos, entregados a las exuberancias de su temperamento. Frente a un siglo blanducho y destemplado, se complace en evocar, en su naturalismo ofensivo, a superhombres como su Hércules o su Sátiro, colosos inmoralistas cuya potente animalidad exalta para burlarse de los remilgos de los decadentes civilizados.

Apreciemos ahora la paradoja y la falsedad de esta postura. Si el genio no logra superar en mucho el nivel del bruto en libertad —camino de la nietzscheana bestia o por otro aspecto superhombre—, nos lo pinta Goethe como un sentimental, como un corazón —camino ya del romanticismo— maravillosamente receptivo, una naturaleza ardorosa, pronta a vibrar con todas las excitaciones que le vienen del exterior. La atonía para reaccionar ante las impresiones externas resulta un signo de irremediable inferioridad. 'Werther' se nos ofrece como el tipo realizado del genio sentimental que Goethe concebía por aquel entonces. Su corazón es su único orgullo, la fuente de toda su energía, de toda su felicidad y toda su desgracia. "¡Ay! —le oímos suspirar—. Cuanto yo sé puede saberlo cualquiera, pero mi corazón sólo es mío." Nos aparece en íntima convivencia con la naturaleza, y con aquellos humanos que más cerca están de la naturaleza: los niños y los simples. Su corazón, al que acaricia y arrulla como a niño enfermo, cumpliendo

todos sus antojos, se nos muestra al desnudo, desprovisto de cuantas envolturas pudieran defenderlo contra los choques y las temerosas influencias de este gran TODO que es la vida. De aquí que aparezca sometido a tremendas oscilaciones entre la más embriagadora exaltación y la más angustiosa desesperanza. Pero no importa. Para el sentimental puro la emoción, en cierto modo, constituye un fin por sí misma: vale por su cualidad intrínseca y por su sola intensidad, independientemente de los efectos que produzca o de los actos a que conduzca. 'Werther' se complace en un amor sin salida, que no podrá satisfacerse en una unión armoniosa, que acaba por arruinar su voluntad de vivir y pára en el suicidio. Pero este amor, a sus ojos de sentimental absoluto, posee no obstante un valor infinito por su belleza y su pureza, por su carácter desinteresado o ideal. Y el amor puede llevar al sentimental a situaciones todavía más trágicas que las de 'Werther'. Lleva a 'Fausto', a 'Weislingen', a 'Clavijo' o a 'Fernando', a horribles traiciones; arrastra al paje 'Franz' a un asesinato incalificable. Goethe no los disculpa, no absuelve al amante infiel, ni al perjuro ni al asesino, es cierto. Pero ve en ello otras tantas víctimas trágicas y no unos seres abominables. Es la tergiversación típica traída por Rousseau al mundo de los valores morales: el vicioso y el delincuente son dignos de cierta piedad, como heridos por el destino; exhiben sus errores y aun se presentan coronados por un halo de predestinación satánica. Para el Goethe juvenil, la emoción amorosa, como la emoción estética o la religiosa, poseen un valor en sí, una belleza propia que no depende de las consecuencias prácticas que traigan consigo, un valor que la época sentimental reconoce y reverencia aun en aquellos a quienes la pasión empuja a los actos más reprobables.

Por otra parte, el genio puede manifestarse, no sólo en la pasión, sino también en la acción heroica. Al lado de un 'Werther', ahí está un 'Goetz de Berlichingen', el terrible maniferro, tipo representativo del *Sturm und Drang*. También 'Goetz' es un impulsivo, un hijo de la naturaleza, un gran corazón. Es un ser sencillo y rudo, sin ceño, franco y cordial. Nada tiene de asceta ni de abstencionista. Aprecia los goces elementales de la bebida y la buena mesa. Posee una robusta y sana sensualidad. No desdeña

la riqueza, y en su castillo tiene un tesoro que se promete enterrar cuidadosamente si llega la ocasión de rendirse. Nada hay en él de un 'Don Quijote', y entiende a maravilla cómo debe defender sus intereses materiales. Pero, ante todo y sobre todo, es un combativo, una naturaleza de hierro, insensible a la fatiga, dotado de increíble fuerza, de indomable coraje, de valor militar a toda prueba, a quien la lucha deleita y que se enaltece en la pelea. Los móviles de sus acciones son siempre generosos. Este combatiente no es un conquistador, ni un ambicioso, ni un agresor, ni un ladrón. Está enamorado de la libertad, y se defiende contra los injustificados ataques de los príncipes o de los obispos. También está enamorado de la justicia, y se convierte en el generoso defensor del débil perseguido. Aspira a la solidaridad y a la paz, en que los pueblos vivan dichosos conducidos por príncipes inspirados en la equidad y emperadores prudentes; en que los caballeros guarden las fronteras contra los riesgos exteriores, "esos lobos de turcos, esos zorros de franceses". Y 'Goetz' también, como los héroes de la pasión, puede equivocarse, tomar el partido de los labriegos sublevados y romper el juramento prestado. Y sucumbirá entonces, arrebatado por una fatalidad semejate a la que aniquila a los sentimentales extraviados. Pero se mantiene grande y digno en la caída, por su voluntad heroica y generosa, como son grandes, a despecho de sus errores, los capitanes de pueblos a la talla de César o de Mahoma, figuras cuyo destino trágico el joven Goethe soñaba con presentar un día en la escena.

Y al lado del Inspirado, del Titán, del Enamorado, del Héroe, el Autista nos es presentado por Goethe como una de las encarnaciones características del genio. No es aquí el sitio de exponer las ideas artísticas del joven Goethe, pues ello supone un tratamiento aparte. Indiquemos sólo, en dos palabras, que el don prometeico de la creación artística es también, a sus ojos, uno de los atributos esenciales del Superhombre.

Estamos ya preparados para comprender cómo se plantea a los ojos de Goethe el problema del conocimiento, motivo central de la tragedia de 'Fausto'.

Cuando, en el siglo XVI, nació en Alemania la figura medio histórica y medio legendaria del Doctor Fausto, ella provocaba, entre

los contemporáneos, una mezcla de curiosidad intensa y de profunda desconfianza. Este mago, este "especulador" apasionado que, con ayuda de los espíritus, quiso dominar la naturaleza, que lo mismo pretende conquistar la ciencia y los placeres, que se entrega en brazos del malo, hace con él un pacto, y tras una corta embriaguez de voluptuosidad, cae en el lazo satánico, a la vez atraía y horrorizaba a los hombres de su tiempo. Los atraía, porque la creencia en los milagros realizados mediante la voluntad y la inteligencia era un elemento integrante de la concepción del mundo entre las mentes más avanzadas de aquel siglo, y la fe en el poder del hechicero y del mago estaba profundamente arraigada en la imaginación de la multitud. Los horrorizaba porque el hacedor de prestigios les aparecía también como un charlatán que mil veces defraudaba a quienes en él ponían su confianza, y singularmente alarmaba a las almas piadosas por cuanto el hombre a quien el ansia de saber obliga a entregarse al Diablo no podía menos de ser un réprobo, maldito por la Iglesia y perseguido por la Inquisición. De modo que el Doctor Fausto les aparece, no como un titán que desafía a Dios, sino como un débil, incapaz de escuchar la voz de su conciencia y de romper con el Diablo, como un gran culpable y una lamentable víctima, cuyo triste fin debe inspirar a todo buen cristiano la desconfianza en la desmedida ambición del conocimiento y el saludable temor contra las artimañas de Satanás.

Cuando se abre paso el racionalismo, la perspectiva cambia: la Era de las Luces olvida la desconfianza que la época de la Reforma sentía con respecto al instinto del conocer. Al tema de la condenación de Fausto, Lessing opone por vez primera el motivo de la redención de Fausto. Presenta a Fausto como un espíritu superior, un sabio eminente a quien la pasión del saber puede arrastrar hasta la imprudencia, pero que escapa a las garras de Satanás por su invariable y leal empeño de encontrar la verdad. Para Lessing, Fausto es sobre todo un intelectual, gobernado por la cabeza. Y aquí precisamente es donde el *Sturm und Drang* se desvía del racionalismo. Para Goethe, Fausto es una encarnación del famoso genio, gobernado por el corazón, o más exactamente, por la totalidad del ser, que aspira con igual impulso al goce de los sentidos,

al amor desinteresado, a la conquista de la belleza, al poder, a la acción práctica, a la religión —y también a la posesión del conocimiento. En suma: un microcosmos análogo al macrocosmos y hecho a imagen de Dios. Ya se ve que este superhombre no podría quedar condenado, como tampoco resulta condenado el héroe del conocimiento en Lessing. Puede equivocarse, puede incurrir en gravísimas faltas, hasta caer en el crimen, pero nunca será un réprobo. Y dicho esto, veamos cómo se presenta el problema de la ciencia.

El héroe de Goethe en el *Urfaust* o primer *Fausto* es, como el Fausto de la leyenda y como el de Lessing, un adepto fervoroso del conocimiento. No por cierto de la ciencia oficial y tradicional, no de aquel saber abstracto, estéril y vano que los maestros potentados enseñaban en las universidades. Esta ciencia racionalista, que ha disgustado por siempre al joven Goethe en la Universidad de Leipzig, Giessen o Estrasburgo, y contra la cual Hamann y Herder y toda la generación del *Sturm und Drang* descarga sus ataques y su ironía, Fausto la detesta o la desprecia. Detesta su optimismo ingenuo que se figura haber descifrado sin más el enigma del mundo y que se envanece de los pretendidos "progresos" que trae a los hombres; se subleva contra su impiedad que, al someter a la razón las leyes de la naturaleza, la despoja de su misterioso encanto y le roba su "personalidad"; desdeña la necia presunción, fundada en los descubrimientos materiales que tanto la enorgullecen. El *Fausto* nos pinta con minuciosa ironía y con delicioso humorismo, en la figura de 'Wagner', al fámulo, al tipo del sabio escolar, inepto para entender la naturaleza, la cultura, el arte, la vida, la historia; pero que es una buena persona, llena de celo por la ciencia, de respeto para la antigüedad, humilde ante la superioridad de 'Fausto', beatamente satisfecho de sus pequeños éxitos, de esos "gusanos de tierra" que logra sacar del suelo, después de rascarlo laboriosamente. Goethe se siente de acuerdo con 'Mefistófeles' cuando éste, metido en la toga de 'Fausto', se entrega, ante el 'Estudiante' estupefacto, a la más despiadada crítica de la ciencia universitaria de sus días, y muestra su inutilidad absoluta. Y aun está de acuerdo con el Diablo cuando éste predice el fracaso total que espera a todo este orden de enseñanzas.

El 'Estudiante', "en su ardiente y confuso anhelo de saber", deja el regazo materno para entrar en la vida académica; es apenas el candoroso principiante que no ha probado los frutos del árbol de la ciencia, la ingenua criatura de Dios que vive en cabal armonía con la naturaleza, con la Divinidad y consigo misma; se dispone a ingresar en la universidad para adquirir ahí la ciencia que, según la promesa de la Serpiente, debe hacer al hombre semejante al Creador. El Diablo le advierte los obstáculos que habrán de salirle al paso y, con demoniaca sonrisa, prevé el inevitable fracaso de este "sitio de Dios", en que la triste humanidad sólo consigue aumentar su postración y sus cuitas. 'Fausto' casi se inclina a pensar lo mismo.

Si ahora queremos caracterizar la actitud de 'Fausto' —es decir, del genio auténtico— ante la ciencia, advertimos, al lado de su altivo desdén para la ciencia oficial, por una parte, su pasión por los conocimientos superiores; por otra parte, su trágica desesperación al percatarse de la insuficiencia del saber, ante los límites infranqueables para el hombre, criatura finita, cuando intenta abrazar a la infinita naturaleza. En el monólogo inicial, oímos la queja del titán ante las vanidades de todo saber abstracto, libresco y muerto, tal como se adquiere en las escuelas. El titán que no aspira a la erudición, sino a una ciencia intuitiva que pueda explicarle los misterios de la vida, que le permita penetrar en la esencia misma de seres y cosas y le revele la naturaleza en su más íntima estructura. Y el titán se desespera a la idea de que "no podemos saber nada". Desprecia el pasado, está asqueado del presente, tiene miedo del porvenir y, consciente del vacío de su existencia, penetrado de ansia devoradora por el conocimiento vivo, abandona la ciencia y vuelve la mirada a la magia; rechaza las tiranías de la adusta razón para entregarse al sentimiento, a la pasión y a la acción, a la vida en suma.

Su experiencia se reduce a una decepción inmensa. 'Fausto', ya metido a mago, invoca al *Erdgeist*, al Espíritu de la Tierra, al "Espíritu del Mundo y de la Acción"; no a Dios mismo, sino a la Naturaleza en evolución eterna, potencia dionisiaca a un tiempo creadora y destructora: aquella grandiosa naturaleza que, en su sereno amoralismo y en su incesante movilidad, es a un tiempo Advenir,

evolución física del Cosmos y de la Historia, oleaje de los destinos humanos. Pero ¿qué puede significar realmente la magia para un *Stürmer* del pleno siglo XVIII? El mago es el sabio convertido en vidente, es el elegido del conocimiento que, mediante la intuición, en un estado de suprema iluminación mística, se levanta por un instante hasta identificarse con la divinidad a que aspira. Es el espíritu finito que, por el éxtasis, se une instantáneamente al espíritu infinito, y disfruta en un parpadeo del inmenso gozo de unirse a Dios. Pero esta felicidad no es duradera, y acaba en el más doloroso derrumbamiento. El llamamiento apasionado de 'Fausto' ha podido hacer que, por unos segundos, venga hasta él aquel sublime Espíritu al que anhelaba. Por un momento ha gozado de la maravillosa iluminación y se ha creído semejante a Dios. Pero su éxtasis prontamente se desvanece. El *Erdgeist* no se deja retener: "Te pareces al Espíritu que tú concibes, no a mí", le dice antes de desaparecer. Y 'Fausto', consciente de la imposibilidad de superarse a sí mismo y de franquear los límites que le impone su condición de ser finito, se hunde en el despecho. Siente la barrera, el abismo que separa al Hombre de Dios, a la criatura limitada del Ser Eterno; o si se quiere, percibe la inmensa distancia entre la experiencia limitada y mínima del individuo humano y la experiencia universal del Genio de la Tierra. Ha pretendido contemplar frente a frente al Dios-Naturaleza. Pero esta visión directa está vedada a los humanos. El veredicto del *Erdgeist*, al rechazar a 'Fausto' hacia la inanidad de las criaturas finitas, es inapelable. Y el titán que, en su desmesura, se desviaba a la vez del racionalismo universitario y del saber incompleto concedido a la humana limitación, que maldice de "la razón y la ciencia", y aun de la paciencia y la resignación, está ya a punto de dejarse ir por el abismo de la desesperanza absoluta.

Pero ¿en qué medida participa Goethe de la desesperación de su 'Fausto'? ¿Es verdad que se identifica del todo con su personaje? Sin duda que está, por mucho, de su parte. Entre 'Fausto' y 'Wagner', Goethe no es imparcial. El primero nos es propuesto como un genio, mago, héroe, creador; el otro es un modesto artesano, un producto de la escuela, un erudito en pantuflas, un paciente compilador. Entre los dos hay una diferencia de clase y

categoría. El primero pertenece a la humanidad superior; el segundo, a la muchedumbre. Pero, cualquiera sea la simpatía del poeta hacia 'Fausto', allá en el fondo se aleja de él, y lo considera y lo juzga. Presiente que su aspiración a la magia es una quimera, y su rebeldía contra lo finito es un error; sabe que la razón humana es la "fuerza más sublime otorgada al hombre", y que el titán que la desdeñe será presa del Diablo. Entre Goethe y 'Fausto', como entre Goethe y 'Werther', hay, desde el primer instante, una ruptura; ruptura mínima en el origen y de que el poeta apenas parece tener conciencia, pero que se irá abriendo progresivamente, a medida que Goethe ascienda por la cuesta de la verdadera sabiduría.

GOETHE, HOMBRE DE CIENCIA

I

POR suerte, Goethe no se queda en aquella concepción mágica del conocimiento que lo fascinó en sus primeros años y que se traduce en el primer *Fausto.* No tarda en percatarse de que la inspiración genial no es la única fuente del saber, sino que "la razón y la ciencia", como lo proclamaba ya 'Mefistófeles', son "el más alto poder concedido al hombre". En el fondo, siempre lo había sabido de cierta manera vaga y confusa. Ya desde sus años de universitario había sentido la atracción de la ciencia. En Leipzig, y sobre todo en Estrasburgo, sigue con interés los cursos científicos y, en particular, frecuenta el aula de anatomía. Con pretexto de sus estudios de magia, se acerca a la química. Más tarde, de regreso en Francfort, se asocia a las tareas fisonómicas de Lavater, y de aquí, se aficiona a la osteología. Conforme adelanta, va consagrando un tiempo mayor a los estudios iniciados en orden disperso, con recursos improvisados y con la veleidad propia del "diletante".

Pero debemos advertir, ante todo, que, al acercarse a la ciencia positiva, Goethe se dejó de lado la ciencia exacta por excelencia, la matemática.

Goethe reconoció siempre con toda franqueza la deficiencia de su cultura matemática, y lo mismo comprueba el testimonio de sus amigos de la vejez, Eckermann, Riemer o el canciller Müller. Soret lo declara en estos términos, en la noticia que consagró a Goethe poco después de su fallecimiento:

> Goethe había estudiado matemáticas, pero no al punto de poder aplicar los cálculos superiores a sus propias teorías, o de apreciar esas fórmulas elegantes, esas ingeniosas combinaciones mediante las cuales se encadenan los fenómenos, previstos por decirlo así de ante-

mano, con tal precisión que el punto de partida acaba por considerarse como artículo de fe que no es lícito revocar a duda.

Confesada por el propio poeta, y corroborada por sus amigos, esta deficiencia en la cultura matemática, no vale la pena detenerse demasiado en los intentos de algún apologista, como Chamberlain, que se empeña en atribuir a Goethe una aptitud matemática ideal. Goethe no desdeña precisamente esta ciencia, y aun protesta de quienes así se lo figuran. Al contrario, ve en la matemática "uno de los órganos más maravillosos de la mente humana". Concede sin ambages que debe exigirse el saber matemático en quien pretenda dominar las ciencias naturales en toda su extensión; y añade que, en ciertas regiones, la ciencia de las conmensuraciones es preponderante. En otra ocasión, proclama muy alto la excelencia del método matemático, ejemplo de "nitidez y prudencia", y cuyas demostraciones —en que él ve más bien "exposiciones y recapitulaciones"— le parecen ser "descripciones compendiosas donde se percibe cómo la conexión estatuida ha sido comprobada ya en todos los elementos simples que la integran y en la serie entera de sus encadenamientos; que se la ha abrazado en su conjunto y se la ha encontrado exacta e irrefutable en todas sus condiciones". Pero se niega rotundamente a conceder a la matemática aquella supremacía universal que piden para ella algunos de sus devotos.

Desde luego, advierte que, por exacto y legítimo que sea el pensar matemático, su método pára en la mera comprobación de identidades.

Las matemáticas —explica al canciller Müller el 18 de junio de 1826— han usurpado la reputación de conducirnos a conclusiones infalibles. Toda su certeza se reduce a simple identidad. Dos por dos no son cuatro, sino dos veces dos, a lo que llamamos cuatro para abreviar. Pero ese cuatro no representa ninguna novedad. Y así continúan las matemáticas la serie de sus deducciones. Sólo que, en las fórmulas superiores, se pierde de vista el carácter de la identidad. Los pitagóricos y los platónicos se figuraban descifrar en los números Dios sabe qué prodigios, aun la religión. Pero a Dios hay que buscarlo en otra parte.

Advierte, además, Goethe, que el matemático no reina sino en un dominio muy limitado, que es el "de la cantidad, de aquello que puede determinarse por número y medida y, en cierto modo, cuanto hay de exterioridad en el universo". Pero advierte que no todo puede reducirse a diferencias cuantitativas. "Hay —declara— muchas cosas ciertas y verdaderas que escapan a la cuenta, así como hay también muchas que no se dejan reducir a experiencias positivas." Y explica a Eckermann, el 20 de diciembre de 1826:

> Reverencio la matemática como la cosa más sublime, mientras se la emplee a propósito; pero no puedo aprobar el que se incurra en el abuso de querer aplicarla fuera de su dominio, donde lo único que se hace es ridiculizar a esta noble ciencia. ¡Como si sólo existiera lo que puede demostrarse matemáticamente! ¿No sería un loco de atar quien pusiese en duda el amor de su hermosa porque ella no puede probárselo matemáticamente? ¡La dote sí que cae en el cálculo matemático, pero no el amor! No son por cierto los matemáticos quienes han descubierto la metamorfosis de las plantas: soy yo quien ha definido la teoría, y los matemáticos han debido inclinarse.

No todo es reducible, pues, a la cantidad. Goethe afirma expresamente: "Si consideramos este universo según las facultades que para ello nos han sido otorgadas, con la totalidad de nuestro espíritu y nuestras fuerzas, reconoceremos que la cantidad y la calidad deben entenderse como los dos polos de toda existencia que se manifiesta." Ahora bien, la tendencia constante del matemático es el extralimitarse más allá de su incumbencia, al dar a sus fórmulas una extensión abusiva, "el querer incluir en lo calculable y conmensurable lo que no puede medirse". Entonces su empeño es ya discutible y hasta nefasto. "Todo le parece palpable, asible, mecánico —dice Goethe—, y aun se hace sospechoso de ateísmo secreto, por cuanto se figura asir, junto a lo demás, aquel Ser entre todos inconmensurable que llamamos Dios, cuya existencia separada y eminente parece así poner en duda."

De aquí que Goethe rechace también la pretensión de los matemáticos a gobernar la física. No es que niegue los inmensos servicios que la matemática presta a las ciencias físicas. Pero está

convencido de que uno y otro reino son diferentes y que conviene que así se mantengan.

> Es fuerza —dice— representarse la física y la matemática como cosas separadas. La física debe guardar su completa independencia y, con amor, con respetuosa piedad, aplicarse a penetrar en la naturaleza y en la vida oculta, sin preocuparse para nada de lo que está haciendo por su lado la matemática. Ésta, a su vez, debe proclamarse independiente de toda realidad exterior, continuar su grandiosa marcha espiritual y desarrollarse según sus medios propios con toda esa pureza que sería imposible si se continúa, como hoy se hace, apoyándola el dato real y queriendo sacar de ella o introducir en ella cosas concretas.

Extraño a las especulaciones de la matemática pura, respeta, pues, su dominio indiscutible, y sólo duda en el campo intermedio de las aplicaciones matemáticas, y sin remedio duda más de lo que hubiera convenido a sus propios estudios. Pero él es esencialmente un naturalista, o como él dice, un físico dado a conocer el mundo a través de los sentidos y, en particular, de los ojos, ya por la observación, ya —algo nuevo— por el experimento. Y así espera descifrar el libro de la naturaleza.

Pronto sintió que la naturaleza solicitaba su atención, no sólo por lúcida y fría curiosidad de "cientista", sino también por impulso cordial muy semejante al amor. Es decir, que estudia la naturaleza y también la ama. Ya desde muy tierno experimenta esta fervorosa inclinación como la de un hijo para su madre, y se recrea en descubrir las mil afinidades que lo atan a ella. Su actitud ante la naturaleza es a la vez receptiva y activa. Se sumerge en la contemplación del espectáculo insondable y abre su alma al choque y caricia de las influencias exteriores; pero, a la vez, transforma el espectáculo a su imagen y semejanza, le presta un alma capaz de vibrar al unísono con el pulso de su corazón. La naturaleza es una amiga predilecta que tiembla de alegría con su propio gozo, o lo consuela y alivia en sus sufrimientos. Más aún: la naturaleza es para él la imagen de Dios, del Dios vivo que alienta en el fondo de su alma. Es "una palabra que Dios acaba de pronunciar"; es "la viviente vestidura de la divinidad". Goethe ha traído esta religión del Dios-Naturaleza de sus contactos directos e inmediatos con la

naturaleza. Es una experiencia, y también un sentimiento innato. Pero también ha prestado su contribución el ambiente de su época. La divinización de la naturaleza tal como se ostenta en Rousseau es, en efecto, característica de los tiempos. El racionalismo, al someter la naturaleza a las leyes de la razón, la despejaba de su misterio, de su fisonomía personal, reduciéndola a un objeto, el objeto inexpresivo e inanimado de las ciencias naturales. Por reacción contra esta *capitis diminutio* de la naturaleza, los representantes del nuevo espíritu le restituyen su dignidad y su poesía, y ven en ella un inmenso ser inconsciente, una totalidad análoga a la del hombre, una existencia armoniosa, de suma sabiduría, dichosa y divina. Esta noción se engalana con la poesía de Goethe, lanza destellos en sus *lieder,* como el exquisito *Canto de mayo,* donde tan intensamente habla el amor que celebra sus nupcias primaverales, o como el himno en prosa de 1782 en que el poeta resume su grandiosa concepción de la naturaleza en aquel instante de su espíritu.

Este culto naturista, por lo demás, nunca degenera en una beata admiración del Gran Todo. Por momentos, Goethe está muy cerca del dionysismo nietzscheano, y entonces la naturaleza le aparece tan potente en la creación como en la destrucción. Así se aprecia en cierto célebre pasaje del *Werther* (carta del 18 de agosto), contraste entre la espléndida fecundidad de la primavera y el temible soplo aniquilador que sin cesar desbarata las criaturas y se manifiesta como un "monstruo que eternamente devora y traga". Así se aprecia también en el "Espíritu de la Tierra", a la vez sublime y espantoso, que a la vez entusiasma y aterroriza a 'Fausto'. Igual idea, aunque en forma humorística, en el *Sátiro,* donde el eremita acepta con serena resignación la tranquila amoralidad de la naturaleza, el impudor del amoroso impulso que se despliega en la estación propicia, la lucha por la vida en que los seres se devoran unos a otros, y la incomprensible indiferencia con que la naturaleza destruye toda obra humana en un instante de capricho o de cólera. Todo lo ve Goethe y todo lo acepta sin protesta. Su actitud es el *amor fati.* Bien está que el hombre se proteja, si puede; pero que no se queje, que no se indigne. Hay que decir *sí,* hay que seguir adorando a pesar de todo.

Siempre fue ésta, en el fondo, la actitud de Goethe ante la naturaleza: una actitud de reverencia ante la energía divina. Pero conforme se aproxima a la madurez, vemos que se esfuerza por dar cabida a la razón junto al primer impulso cordial; no sólo será ya un poeta y un enamorado, sino, además, un naturalista y un hombre de ciencia. Desde su emigración a Weimar comienza seriamente a estudiar la vida del mundo orgánico. Él mismo cuenta en la *Historia de mis estudios botánicos* que, hasta el momento, sabía muy poco de la naturaleza. Nacido y educado en grandes ciudades, su primera cultura había sido intelectual y moral, lingüística y poética. Había aprendido a conocer la literatura y la vida social, pero no había abierto el libro de la naturaleza, salvo para admirarlo en conjunto. Sentía solamente para la naturaleza un amor filial; bullía en su alma el anhelo de penetrar en sus misterios, pero "casi nada sabía, en concreto, sobre los llamados tres reinos de la naturaleza", y su curiosidad científica era indecisa y voluble. Sólo cuando se establece en Weimar y comienza a vivir en un ambiente semi-rural logra acercarse más a la intimidad de los misterios. Y todavía entonces, no llega a la ciencia conducido por un apetito teórico de saber, sino por las necesidades prácticas y cotidianas. Como ministro, se ve en el caso de administrar tierras y bosques del ducado, y de aquí se asoma a la botánica; se ve en el caso de restaurar la explotación minera de Ilmenau, y de aquí se asoma a la geología y a la mineralogía. Para perfeccionarse en el dibujo y en la escultura, vuelve, bajo la dirección del profesor Loder, de Jena, al estudio de la anatomía que había iniciado en la Universidad de Estrasburgo. Discute sobre el problema del color con los artistas alemanes que acompañaron sus días de Roma, y de aquí va formulando su propia teoría de los colores. La ciencia se le ofrece primeramente como un ejercicio práctico, durante sus paseos por los bosques de Weimar o sus travesías del Harz, o en sus excursiones en Bohemia, por los alrededores de Toplitz o Carlsbad, o en sus viajes a Italia y a Sicilia: recoge plantas, forma herbarios, colecciona y clasifica muestras de piedras, minerales, cristales. Pero, por supuesto, se entra en las lecturas científicas, se pone al día en la ciencia de su tiempo, se relaciona con los sabios más eminentes, interroga a los especialistas más autorizados.

Poco a poco, lo que era intuición y presentimiento confuso se vuelve conocimiento claro, y Goethe se va encaminando a una concepción personal sobre la evolución de la naturaleza. Entonces resume sus experiencias en un montón de memorias, notas, artículos, ensayos, que llenan 13 gruesos volúmenes de la edición de Weimar y cubren desde su llegada a aquel ducado hasta el fin de su vida, desde la memoria sobre el hueso intermaxilar (1776), pasando por el estudio sobre el granito (1784) o la *Metamorfosis de las plantas* (1790), las *Contribuciones a la óptica,* la *Teoría de los colores* (1810), la noticia sobre la tendencia espiraloide de las plantas (1830), hasta los *Principios de filosofía zoológica* y la discusión entre Cuvier y Geoffroy de Saint-Hilaire en la Academia de Ciencias, el año de 1830.

La importancia que Goethe daba a sus trabajos científicos es manifiesta. No es la tarea de un "diletante", no es un pasatiempo, sino un empeño serio y tenaz. Aun en los días de Roma, mientras contemplaba con arrobamiento alguna antigüedad venerable, algún monumento artístico, alguna obra maestra del Renacimiento, escribía en las páginas de su *Viaje a Italia,* el 5 de octubre de 1787: "Platón no admitía en su República a los que ignorasen la geometría. Si yo fundara una escuela, yo no admitiría a quien no consagrara estudios perseverantes a tal o cual rama de las ciencias naturales." Y el 13 de febrero de 1829 explicaba así a Eckermann el provecho que había sacado de su labor científica:

> Sin mis estudios de historia natural, jamás hubiera llegado a conocer de veras a los hombres. No hay otra disciplina que permita alcanzar una visión tan nítida y completa de los errores de los sentidos y de la inteligencia, de la energía y la flaqueza del carácter. Todo es más o menos flexible y vacilante; todo, más o menos, se deja doblar de algún lado; pero con la naturaleza no hay bromas: siempre es verdadera, estricta y seria; siempre tiene razón, y las faltas y errores son siempre atribuibles al hombre. Ella desprecia al impotente, no se entrega ni confía sus secretos sino al que los merece, al sincero, al puro. No basta el mero entendimiento para llegar hasta ella; es menester que el hombre sepa trepar hasta la suprema razón para ser digno de acercarse a la divinidad manifiesta en los primeros fenómenos, sean físicos o morales, tras de los cuales ella se oculta y que manan todos de ella.

Pero ¿cuál es el verdadero valor de este esfuerzo de Goethe para alcanzar el conocimiento científico de la naturaleza, y al que él concedía tan alto precio?

La cuestión ha provocado controversias interminables que todavía no se apaciguan. Sabido es que Goethe se queja con vivacidad no exenta de pasión del desvío con que afectaban ignorarlo los profesionales de la ciencia. Los acusa de negarse a admitir que un poeta pueda dominar las ciencias naturales; los acusa de que lo traten como a un "aficionado" cuyos trabajos carecen de seriedad y cuyas hipótesis no merecen ser discutidas cuando contradicen las teorías en boga. Conocida es, singularmente, la vehemencia de sus ataques contra las teorías ópticas de Newton; conocida la aspereza con que fustiga a la casta de las especialistas que ha condenado su *Teoría de los colores* sin siquiera penetrarse de ella y tan sólo porque se opone a las nociones recibidas; conocida la susceptibilidad que muestra ante las objeciones que en este respecto se le hacen, aun cuando partieran de amigos como el joven Schopenhauer o de discípulos fieles como el honrado Eckermann. Más de una vez se lo oye maldecir la insolencia y el orgullo de los "cientistas", su incapacidad para desembarazarse de los prejuicios de su casta, su incurable rutina, su ciego respeto para las autoridades consagradas, su desenfrenado subjetivismo, su pragmatismo estrecho, su escasez de intuición o su insuficiencia para la síntesis, la ridícula irritabilidad de sus debates por meras cuestiones de prioridad.

No me atrevo a afirmar que Goethe haya tenido siempre razón al juzgar la actitud que adoptaron a su respecto los "cientistas" profesionales. Vivió en una era de transición en que la ciencia lograba progresos sumamente rápidos y, en todos sus dominios, iba acaudalando tan enorme suma de conocimientos positivos que la rigurosa especialización resultaba cada vez más indispensable. Otras épocas conocieron hombres universales como Leonardo de Vinci y, más tarde, Leibniz. Pero ¿este saber cíclico sería todavía posible a los comienzos del siglo XIX? Se explican las dudas de algunos sabios. Goethe pretendió abarcar el conjunto de las ciencias de la naturaleza: mineralogía, geología, paleontología, botánica, zoología, osteología, anatomía comparada, óptica,

meteorología, química, electricidad y magnetismo, hasta un poco de astronomía. No era ya posible por entonces llegar a ser maestro en tan abundantes disciplinas.

A este respecto, es muy reveladora la impresión que produjo en Soret, quien sintió hacia él, desde el primer instante, la mayor veneración, y llegó a ser su colaborador en los trabajos botánicos. Soret venía de adiestrarse en París al lado de maestros como Haüy, Brogniart, Biot; había adquirido una sólida cultura científica y publicó memorias muy estimables sobre geología y mineralogía. Llegó a Weimar en 1822 y cuenta en sus memorias, con perfecta ingenuidad y sin asomo de ironía, sus impresiones de la primer velada en casa de Goethe:

> Hablamos de asuntos científicos —relata—, y singularmente de los recientes progresos en la química. El yodo y el cloro preocupan especialmente a Su Excelencia. Habla de estas sustancias con tal asombro como si estos descubrimientos lo hubieran encontrado completamente desprevenido. Se hizo traer un tubito con yodo y lo volatilizó a presencia de todos en la llama de una bujía. para después mostrarnos los vapores violáceos. Tal vez creía serme grato con un experimento que se figuraba nuevo para mí, pero mi mente andaba en otra parte. Me figuraba yo a Voltaire triturando minerales, o a Racine manejando una retorta, o a Boileau apuntando un telescopio.

Adviértese que el propio Soret se reprocha estas reacciones como "una ridícula intolerancia". Es un hombre modesto, respeta al genio, percibe la diferencia de niveles humanos. Con todo, se insinúa aquí cierto sentimiento involuntario, incontenible de la deficiencia de Goethe en estas materias. Y concluye: "Goethe es mucho más entendido en las bellas artes que en las ciencias."

¿Estamos acaso ante un prejuicio de la casta científica contra el laico o profano? Más bien reconocemos aquí la reacción instintiva del especialista, que se ha sometido a las disciplinas regulares, que posee plena conciencia de la inmensidad de la tarea científica, ante el "universalista", por genial que sea, que sueña hacer ciencia sin entregarse todo entero a tan seria labor, que a primera vista se descubre como un irregular, no bien pertrechado con las armas indispensables. Esta controversia continúa todavía.

Los sabios no se ponen de acuerdo. Unos —sea por convicción sincera o por la fascinación que ejerce la fama de Goethe— se inclinan a conceder plena validez a sus investigaciones, a resaltar la novedad e interés de sus métodos, a presentarlo como un precursor que tuvo las primeras vislumbres de los grandes descubrimientos que ilustran al siglo XIX. Otros, más numerosos en verdad, se muestran reservados y escépticos. El último, sir Charles Sherrington, en una célebre conferencia de 1942. Los escépticos afirman que Goethe se engañó sobre la novedad de sus opiniones, que aquí y allá tuvo algunos presentimientos sin duda notables, pero que sus descubrimientos o habían sido ya hechos antes de él sin él saberlo, o hubieran podido acontecer sin necesidad de su intervención, o son errores manifiestos —como en sus tesis mineralógicas y sobre todo en su teoría de los colores. Insisten en que los actuales estudios científicos ni siquiera tienen para qué acordarse de su nombre. Y concluyen que, si Goethe no hubiera sido un artista sumo y si no ocupase un sitio sin par en la historia de la cultura humana, nadie lo mentaría siquiera en condición de sabio ni perdería el tiempo en averiguar el lugar que ocupa en la historia de las ciencias.

No intervendremos en cuestión tan debatida y delicada, para la cual nos faltan luces. Nuestro punto de vista es otro. Cualquiera sea el valor que se conceda a las ideas de Goethe sobre la génesis de las formas orgánicas, los colores, la evolución del globo terrestre, estas ideas constituyen elementos esenciales en la concepción del universo a que llegó Goethe. Sólo en tal concepto nos importan. Aquel devoto de la vida, aquel "visual" que de tal suerte se apasionó por el estudio de la génesis del mundo, el proceso de las formas vegetales o animales, el problema del color: he aquí nuestro asunto.

Para apreciarlo cabalmente hay que estudiar ante todo los principios generales de su método y luego, aunque sea sumariamente, ver cómo aplicó tal método en los terrenos a que consagró sus desvelos: morfología de plantas y animales, teoría de los colores y formación del globo.

II

Trataremos de representarnos cuál era, para los hombres más cultivados, la imagen del mundo, por los días en que Goethe inicia metódicamente sus estudios de naturista. Lo mejor, para esto, es recorrer las *Ideas,* de Herder, cuyos cinco primeros libros, publicados en 1784, y escritos durante la mayor intimidad entre Herder y Goethe, encierran un conjunto de tesis comunes a ambos amigos y que reflejan el mejor sentir de la época. Herder, en punto a ciencia, era más bien un vulgarizador brillante y no un investigador original. Es decir, que se fundaba en los resultados ya obtenidos por los especialistas y los agrupaba en un conjunto ingenioso. En las audaces abstracciones de Herder, Goethe encontraba a la vez un resumen del pensamiento científico contemporáneo, y también la confirmación de las intuiciones a que iba llegando mediante la contemplación directa de los fenómenos. Tratemos de definir los principios generales de la concepción del mundo que resulta de los primeros libros de las *Ideas.*

El primer rasgo de la filosofía herderiana es ser evolucionista. En tanto que, de un modo general, el siglo XVIII se inclina a representarse el universo como un mundo del ser, poblado de formas fijas creadas por Dios y que se perpetúan inmutables de una en otra edad, con Lessing, Kant y Herder se va difundiendo por Alemania la noción de un mundo en perpetuo advenir, un universo fluido, en evolución incesante. Herder, que es más teólogo que naturista, quiere descubrir el sentido de esta evolución. No sólo observa la constante mutabilidad de las formas vivas, sino que se pregunta el porqué de este cambio perpetuo, y anhela descubrir el significado profundo de estas constantes metamorfosis. Considerada al principio como un proceso mal determinado en virtud del cual las cosas emanan del centro eterno, es decir, de Dios, la evolución es entendida poco a poco como un desarrollo continuo de que está rigurosamente excluido el milagro, sometido a estricta causalidad, y cuyo principio esencial es una ley progreso o de "potenciación" abierta sobre el infinito.

Así, tras de mostrarnos el lugar que la tierra ocupa en el sistema de que forma parte, y presentarnos el globo terrestre como

una especie de taller en que se elaboran las más diversas organizaciones —desde el granito original, a través de las formaciones minerales, vegetales y animales, hasta el hombre, centro y meta de la creación—, Herder nos describe la jerarquía de los seres, la evolución por la cual la organización fisiológica interna se refina y eleva, de la planta al animal y de éste al hombre, en una mezcla cada vez más sutil de los elementos constitutivos, de tal suerte que el reino animal supone la preexistencia del vegetal, y el humano la preexistencia de los dos anteriores. En el término vemos alzarse la figura del hombre, la criatura más sutil por su mucha complejidad:

> Cuando la Madre creadora —escribe— hubo realizado sus obras y agotado la serie de las formas posibles sobre la tierra, se detuvo, abrazó de una sola mirada a sus criaturas; y al ver que a pesar de su inmensa labor, aún faltaba a la tierra el más noble adorno, el rey y segundo creador, entonces meditó para sí, hizo una síntesis de todas las formas y llegó a su obra maestra, que es la humana belleza. Tendió maternalmente la mano a su último retoño, y le dijo: "¡Levántate de la tierra! Abandonado a ti mismo, no serías más que una bestia entre las bestias; pero, por un favor especial, te concedo alzarte sobre tus pies y ser el monarca de los animales."

Y así como hay una jerarquía de las formas que ascienden de la planta al hombre, así hay una jerarquía paralela de las energías que animan a tales formas, fuerzas cada vez más intensas encerradas en organismos cada vez más complejos, desde el oscuro instinto que, en los seres inferiores, busca la nutrición y la propagación de la especie, hasta la Razón, que hace al hombre libre y autónomo, capaz de "humanidad moral" y de religión. Al lado del universo visible de los seres materiales, Herder establece así un universo invisible de las fuerzas que, a cada nuevo grado del advenir, se enlazan en nuevos organismos correspondientes mediante una misteriosa armonía, incomprensible para nuestra mente pero perfecta en sí.

El hombre mismo no podría ser un último término. En tanto que todos los seres de la creación son como pueden y deben ser y cumplen así su destino, el hombre nunca alcanza cabalmente la

humanidad, se queda siempre más acá de su meta. La vida terrestre no es más que un proceso preparatorio donde, en el hombre, el animal oprime perpetuamente al espíritu. La humanidad actual no es más que el primer brote de la humanidad futura. El hombre es criatura de transición destinada a desarrollarse un día como la crisálida en mariposa, al pasar el arco de la muerte. Por sobre el mundo de los hombres acaso se cierne el mundo de los ángeles. Nuestra vida actual es adiestramiento para nuestra vida ulterior, que acaso se le parezca mucho más de lo que imaginamos. Pero la imagen de nuestro futuro estado nos es vedada por nuestro bien, sin lo cual nos despreciaríamos a nosotros mismos al punto de aniquilarnos en la inacción. No tratemos, pues, de levantar ese enigmático velo.

Tal era, a grandes rasgos, la imagen del mundo para los contemporáneos de Goethe, por los años de 1780. Y en este punto arranca la carrera científica del poeta.

Pero, desde el primer paso, el punto de vista de Goethe es muy diferente del de su amigo Herder. Éste es un especulador místico, ebrio de Dios, un creyente en la revelación cristiana, cuyo corazón exige un Dios de amor y de justicia, de belleza y razón, y que, en consecuencia, ve *a priori,* en la naturaleza como en la historia, aquellos atributos con que, en virtud de su instinto, y hasta de su oficio, valiosos, reviste a Dios. Es un vidente que vislumbra la presencia divina al término de ambas avenidas; la del sabio que avizora el Cosmos y se prosterna ante el Dios-Naturaleza, y la del historiador que se hunde en la marea del suceder y adora el Dios-Humanidad hacia el cual aspira el esfuerzo de nuestra especie en su sed de razón y justicia. El punto de vista de Goethe es muy otro. Claro que no es indiferente ni a la religión, ni a la metafísica, ni a la historia; pero se muestra desconfiado ante la especulación, y nada inclinado a la construcción sistemática. De modo que, en estas cuestiones, Herder conserva la iniciativa, y Goethe se siente fortalecido al encontrar en él, agrupadas en un conjunto inteligible, las ideas que por mucho son también suyas y que puede ya dispensarse de organizar en figura sistemática. Por otra parte, Herder era también un empírico apasionado por la realidad y dotado de notoria imaginación descriptiva que le permite ver y

describir con gran precisión los aspectos sucesivos de este gran "film" que es la historia universal. Pero, en materia científica, no es más que un popularizador muy bien informado, habilísimo para asimilar los resultados ajenos e interpretarlos a la luz de sus convicciones religiosas. Ni es más, ni pide más; en el fondo, es indiferente a las ciencias particulares y aun le parecería una pérdida de tiempo el detenerse a visitar sus territorios. Y en este concepto, es inferior a Goethe, intuitivo que trabaja sobre documentos de primera mano, viendo por sí mismo las cosas, manejando plantas, colecciones de piedras, huesos, cráneos, que hace experimentos de óptica y, a ejemplo de los especialistas, se esfuerza por descubrir leyes y principios, interpretaciones plausibles para cada grupo determinado de hechos, sin querer lanzarse prematuramente a la edificación de un sistema del mundo. En los diversos órdenes de cuestiones que ataca, se detiene siempre ante lo que él llama "el fenómeno primero". En botánica, por ejemplo, parte de la "planta-tipo", y se esfuerza por ver con la mayor claridad posible cómo todas y cada una de las plantas reproducen y modifican este tipo; y así construye una botánica científica como compartimiento distinto y limitado en el dominio general del saber. Pero estima que el naturalista carece de autoridad para reducir a la unidad esa multiplicidad de fenómenos primarios que se presentan al espíritu. Sólo el metafísico puede, gracias a una anticipación de adivinamiento, aventurarse a semejante empresa. Por lo demás, no se niega a seguirlo en este camino y a pergeñar una explicación monadista del universo; pero sabe bien que esta lucubración no pasa de un sueño y no alcanza validez científica. Comparado con Goethe, Herder es un especulativo que procura concertar con más audacia que precisión los dos polos contra los cuales oscila su pensamiento, el Dios-Uno y lo Real-Múltiple, y que, al rigor de algunos resultados limitados y parciales, prefiere una visión de conjunto, lo más extensa posible.

III

Para mejor entender cómo concibe Goethe el conocimiento científico, importa primero darse cuenta del punto de vista que ha

adoptado para observar la naturaleza. Es necesario —nos explica— que la ciencia se sitúe "a medio camino entre la naturaleza y el sujeto". Y precisa esta tesis con este ya célebre aforismo:

> Cuanto hay en el sujeto está en el objeto, y un poco más por añadidura.
> Nos perdemos o nos salvamos por dos caminos diferentes: Si concedemos al objeto lo que posee en añadidura y renunciamos al sobrante de nuestro sujeto; y si magnificamos al sujeto con ayuda de este sobrante, sin reconocer lo que el objeto posee en añadidura.

Lo que Goethe quiere decir con esta fórmula de aire un tanto sibilino es que el conocimiento no resulta de la subordinación exclusiva del objeto al sujeto ni del sujeto al objeto, sino de una relación, o mejor, de un equilibrio entre ambos términos, entre el sujeto o espíritu y el objeto o naturaleza.

Supongamos que el sujeto predomine en detrimento del objeto: tal sería el caso de una ciencia sólo fundada en la especulación y el razonamiento, postura falsa desde luego. Goethe muestra, en su *Historia de la teoría de los colores,* cuán difícil es hoy para un moderno comprender la ciencia griega, y en particular, a Aristóteles.

> Allí se toman a la experiencia empírica algunos casos aislados, acompañados de ingeniosos y bien trabados razonamientos, y aun agrupados frecuentemente con grande habilidad. Pero he aquí que de repente el concepto se presenta sin la mediación del hecho, el razonamiento declina en sutileza y artificio, y cuanto se había concebido es remodelado en vista del concepto, cuando hubiera sido menester dejarlo reposar, cundir, acumularse, y esperar a que de todo ello se desprendiera alguna idea, si es que no se hallaba ya como implícita desde el comienzo.

Goethe no admite ciencia incapaz de organizar la experiencia, ciencia que peque por exceso de subjetivismo y corra el peligro de degenerar en un misticismo confuso como el que padecen los neoplatónicos.

Toda ciencia reposa en una absorción de lo real. Ya conocemos el amoroso interés de Goethe por la naturaleza, su instintiva con-

fianza en los datos que nos proporcionan las percepciones del mundo exterior. Está penetrado del sentimiento de que los sentidos humanos no son falsos mensajeros e instrumentos de la ilusión, sino guías seguros que conducen a la verdad. "El hombre —afirma— está suficientemente armado para satisfacer todas sus necesidades terrestres con sólo entregarse a sus sentidos y operar con ellos de suerte que no defrauden su confianza." O bien: "Deberás fiarte en tus sentidos: no te ofrecerán falsedad alguna mientras conserves despierta la inteligencia. Con viva mirada, sigue tu gozoso camino y cruza, con soltura y libertad, la florecida campiña del universo, rica en preciosos dones." El ojo es para él, como lo dice en cierto pasaje de *Poesía y realidad*, el "órgano con el cual captaba el mundo". Es un visual, habituado desde la infancia a fijar los objetos con la atención más minuciosa, a reflejar el universo con la mayor nitidez, a registrar sin la más leve alteración las imágenes de la retina, a permitir, según su hermosa expresión, "que su ojo se volviera luz". Ha manifestado en mil formas su empeño de ser "un veedor de la naturaleza", a acercarse con la más pura ingenuidad a los fenómenos; y repetidas veces declara su adoración por la siempre veraz naturaleza, la que siempre tiene razón, y la paciencia y lealtad con que aborda el mundo de las cosas reales, sin pedir cuenta de sus razones a la naturaleza, presto a dejarse modelar por ella, presto a recoger piadosamente las enseñanzas que ella quiera ofrecerle.[1]

Pero, por otra parte, sería imposible mantenerse ante el mundo en esta actitud puramente receptiva. "Cuantos cantan ditirambos excesivos a la experiencia olvidan que la llamada experiencia sólo es la mitad de la experiencia." Pues la materia provista por la experiencia, la masa informe de los fenómenos empíricos es, en su infinita multiplicidad, "impensable" y sólo podría engendrar en nuestro espíritu, entregada a sí propia, el desorden y la confusión. Sólo podemos representarnos la realidad simplificándola, organizándola a nuestro modo, modificando los datos objetivos mediante un acto del sujeto pensante. Si el sujeto se limita a reflejar el objeto sin cuidarse de elaborarlo para hacerlo cognoscible, la realidad escapará a nuestra inteligencia. A fuerza de objetividad,

[1] Eckermann, *Conversaciones*, 1-X-1828.

a fuerza de querer reflejar lo múltiple en cuanto es múltiple, la ciencia se oscurece, pues lo múltiple no puede pensarse. Se puede exagerar, como lo hacen los griegos, la parte que corresponde al sujeto en el acto del conocimiento. Pero también cabe el error por la exageración contraria o prurito de objetivación imposible, perturbación que conduce al misticismo, que es la natural reacción ante lo que escapa al poder de nuestra mente. Para llegar al verdadero conocimiento científico es necesario establecer un equilibrio tan cabal como sea posible entre la acción del sujeto sobre el objeto y la acción del objeto sobre el sujeto. El espíritu ha de conformarse al contacto prolongado con la naturaleza y mediante la respetuosa contemplación del objeto. Pero el objeto a su vez no podría ser visto sino desde el mirador del sujeto, y mientras sólo querramos verlo "con los ojos del espíritu", andaremos ciegos y perdidos. El sujeto sólo se conoce a sí propio en el objeto, y viceversa. "El hombre sólo se conoce en la medida en que conoce el mundo; sólo percibe al mundo en sí mismo, y sólo se percibe a sí mismo situado en el mundo. Todo objeto nuevo, apropiadamente contemplado, abre en nosotros un nuevo órgano." ¡Dichosa confianza antropológica de un hombre plantado en el preciso momento en que va a llegar a su término toda una época de euforia bendita, y que se sentía bien acomodado en medio del Cosmos!

La naturaleza es, así, nuestra educadora: forma al sujeto, le va dando los órganos adecuados para captarla, por ser coherentes con ella. Ya los pensadores jonios proclamaban que lo semejante sólo puede ser percibido por lo semejante. Por ejemplo, el ojo y la luz. "El ojo —dice Goethe en el prefacio de su *Tratado de los colores*— debe su existencia a la luz. De órganos auxiliares más o menos indiferentes, la luz conforma y crea un órgano que le es adecuado. Y el ojo se adapta a la luz mediante el impacto de la luz, a fin de que la luz interior salga al encuentro de la luz exterior." Y Goethe se complace en repetir los conceptos de Plotino en las *Enéadas:* "Si el ojo no fuera análogo al sol ¿cómo podríamos ver la luz? Si la energía divina no latiera en nosotros ¿cómo podría penetrarnos el sentimiento de lo divino?" Así, al contacto de la naturaleza, el hombre aprende a "purificar" progresivamente sus órganos. Por un enorme esfuerzo de simplificación, evita el peli-

gro de perderse en la multiplicidad de las cosas. Su ojo, purificado y liberado, ya no se limita a ver, sino que aprende a construir y crear. Entonces surge la imaginación plástica; entonces nace en el hombre aquella facultad de intuición que hace a los sabios y a los poetas, y a cuya virtud puede captar en cada imagen particular la figura de la idea general que ella implica.

La actividad del sujeto ante la masa de hechos por conocer u "objeto", se manifiesta primeramente en lo que Goethe llama, en francés, el *aperçu*, término que los autores franceses de la época no parecen haber empleado en el sentido técnico, especial, que Goethe le atribuye y que define así: "El *aperçu* es la intuición de lo que realmente existe en el fondo de los fenómenos, el conocimiento de los fenómenos primordiales." O bien: "En las ciencias, todo depende de lo que se llama un *aperçu*, la percepción de lo que realmente hay en el fondo de los fenómenos; y tal intuición posee una fecundidad infinita."

De modo que, a su ver, el *aperçu* es algo como una súbita y mística iluminación que revela al espíritu el orden oculto de los fenómenos empíricos, en virtud de la cual el caos de impresiones sensibles adquiera un orden abarcable para la mente. Algo hay de milagro en la génesis del *aperçu*, y Goethe lo describe con respeto casi religioso:

> Ninguna productividad superior —dice a Eckermann el 11 de marzo de 1828—, ninguna invención o pensamiento rico y trascendente depende de la persona y está por encima de todos los poderes terrestres. Hay que considerar estas cosas como dones inesperados que nos caen de arriba, libres criaturas de Dios que hay que acoger y reverenciar con gozosa gratitud.

Y en otra parte:

> Cuanto inventamos o descubrimos o *denominamos* — en el sentido más alto del vocablo— es la expresión de un don original para la verdad que, elaborado en secreto de tiempo atrás, conduce de pronto y con la rapidez del relámpago a un conocimiento fecundo. Es una revelación que se desarrolla de adentro hacia afuera y que permite presentir que el Hombre es la imagen de Dios. Síntesis del mundo y del

espíritu, nos da la seguridad beatífica de la eterna armonía que gobierna a la vida.

Junto al *aperçu,* hay la *idea:* intuición muy semejante, pero ya precisa, neta, y que representa una plenitud del conocimiento. El *aperçu* es, casi, atisbo, vislumbre. La *idea,* captación cabal. En el prefacio de su *Teoría de los colores,* Goethe analiza el paso insensible del *aperçu* a la idea:

> La simple percepción de una cosa —dice— de nada sirve. Toda visión se convierte en contemplación; toda contemplación, en meditación; toda meditación, en síntesis. Y así puede afirmarse que la sola visión atenta del mundo es el germen de una teoría. Entregarse, pues, a la visión con plena conciencia, pleno conocimiento de sí, completa libertad y, para usar un término audaz, con cierta ironía: he aquí la virtuosidad indispensable para que la temida abstracción deje de ser peligrosa, y el resultado útil y eficiente [...] Llamo *noción* a la *suma,* e *idea* al *resultado* de la experiencia; para la primera, acudimos a la inteligencia; para la segunda, a la razón.

¿Esperabais en Goethe esta categorización de vago sabor kantiano, aunque a mil leguas de distancia de Kant? Tratemos de entenderlo. Para Goethe, el mayor peligro de los estudios naturales está en la abstracción. El sabio cede a una tendencia instintiva que es el alejar las realidades concretas para dejar que su sola inteligencia trabaje por su cuenta, elaborando un tejido etéreo cada vez más vacío de realidades. De aquí tantas teorías en el aire, productos puros del intelecto.

> Las teorías —dirá Goethe— suelen ser la obra precipitada de una inteligencia impaciente que quisiera desembarazarse cuanto antes de los fenómenos y que, por lo mismo, les sustituye imágenes, nociones y hasta meras palabras. Se ve a las claras que esto no es más que un expediente, un ardid. Pero ¿no viven de ellos la pasión y el espíritu de partido? ¡Y con razón, pues buena falta les hace!

El naturalista tiene que defenderse, no sólo de las ficciones inconsistentes que elabora su mente sino de cuanto *añaden* a la

observación la imaginación, la opinión pública, las inclinaciones subjetivas. La idea es engendrada por el contacto vivo de la realidad con el espíritu, con la razón, que saca el resultado de la experiencia. La visión de la naturaleza, escribe Goethe a Steffens el 29 de mayo de 1801, despierta en nosotros "ideas a las que atribuimos igual certeza, o aun superior, que a la naturaleza misma y por las cuales podemos dejarnos guiar en nuestras investigaciones con la misma seguridad que cuando ponemos orden en las cosas que hemos juntado". "¿Y qué es una idea? —se pregunta otra vez—. Es aquello que sin cesar se manifiesta y se nos ofrece como la ley de los fenómenos."

En cuanto la idea aparece, la actitud del sabio ante la realidad, de *pasiva* o *receptiva* que era, se transforma en *activa*.

> Cuando, mediante la experiencia, he conocido hasta cierto grado la constancia y el encadenamiento lógico de los fenómenos, entonces extraigo de aquí una *ley empírica* y la *prescribo* a las manifestaciones ulteriores. Si la ley y las manifestaciones resultan perfectamente ajustadas, he triunfado, si no ajustan del todo, entonces debo prestar singular atención a las circunstancias del caso que se me presenta como aislado, y me obligo a buscar nuevas condiciones que me permitan una representación más pura de las experiencias que parecen contradecirse. Pero si, en igualdad de circunstancias, aparece de cuando en cuando un caso que contradice mi ley, entonces veo que debo ahondar más en mi trabajo y buscar un punto de vista más elevado.

Ahora el espíritu humano aparece como un *legislador*, como Goethe dice, *prescribe* algo a la naturaleza (al conde de Sternberg, 8 de agosto de 1829). Una vez que la experiencia nos ha llevado a formarnos ciertas ideas, a nuestra vez nos encontramos en el caso de imponer ciertas ideas a la experiencia (*Diario* comenzado en 1799). Goethe prefiere, al procedimiento *inductivo* que sube de lo particular a lo general y que considera poco recomendable, el *deductivo* que baja de los principios generales a los casos particulares que en aquéllos se explican.

> Mi modo de proceder —escribe— reposa sobre la *deducción*. No me doy descanso hasta no encontrar algún punto significativo de donde

poder deducir abundantes consecuencias o, más exactamente, que me ofrezca por sí solo una copia de consecuencias... Si hay en la realidad empírica algún fenómeno que yo no acierto a explicarme por deducciones, dejo descansar el problema, y en el curso de mi vida este procedimiento siempre me ha dado buen fruto. Pues cuando no había yo logrado por mucho tiempo explicarme el origen y conexiones de tal o cual fenómeno, tras de dejarlo un poco de lado, todo, algunos años después, parecía iluminarse y ordenarse solo.

La idea no se presenta necesariamente al espíritu como ley abstracta. Al contrario, es muy frecuente que, en Goethe, revista la forma de un *símbolo*, de una imagen concreta que, de cierto modo figurado, exprese la ley general que habrá de explicar los casos particulares. Así, cuando Goethe cree darse cuenta de la ley que gobierna la formación de los vegetales, designa bajo el nombre de *hoja* al misterioso Proteo que, por sus innúmeras metamorfosis, da nacimiento a todos los órganos de la planta y de que la hoja propiamente dicha no es sino un aspecto particular.

Supongamos ahora que este buscado equilibrio entre sujeto y objeto, entre naturaleza y espíritu, ha llegado al punto de perfección. Entonces el hombre habrá alcanzado lo que Goethe llama —con una expresión tomada del doctor Heinroth— *das gegenständliches Denken.* En él, el pensamiento y el objeto se funden en unidad completa. Sea un ejemplo: entre la percepción objetiva de los vegetales concretos y la idea de la metamorfosis de las plantas hay, sin duda, un largo camino. Pero este camino Goethe lo ha franqueado sin saber en qué instante la percepción se mudó en idea. Cuando concibió la noción de la planta original en el curso de su viaje a Italia, su primer movimiento fue buscar la *Urpflanze* en el Jardín Botánico de Padua. No comprendía que la planta tipo no podía encontrarse en el mundo real por ser una idea. Y cuando Schiller se lo dijo en su primera célebre entrevista, se asombró mucho de que le llamaran idea a algo que él sentía que podía *ver* con sus ojos.

En este grado, el problema del conocimiento confluye con el problema de la creación artística. Para Goethe, en efecto, no sólo hay un *gegenständliches Denken* sino también una *gegenständliches Dichtung.* Visiones concretas o experiencias vividas pueden,

por un trabajo espontáneo, dar nacimiento a ideas o a obras de arte. Así cierto tema antiguo que se impone a la atención del poeta, como la anécdota de Flegón de Trallas, da origen a *La novia de Corinto* tras de haber dormido varios años en la memoria, donde sufre una suerte de trituración espontánea, una "estilización" que le confiere forma más pura, y brota un buen día en estado de obra de arte, sin que el poeta pueda darse cuenta claramente de cómo se ha operado la transición del motivo original hasta la obra consumada. Así, en Goethe, se da un paralelismo entre la intuición que conduce al naturalista a *ver* en la planta individual el tipo general de que ha surgido y la intuición que lleva al poeta a modelar interiormente un dato externo para transformarlo en obra de arte.

IV

De modo que, para Goethe, el conocimiento resulta de la acción recíproca entre objeto y sujeto, entre naturaleza y espíritu. Recorramos ahora las sucesivas etapas a través de las cuales llegamos al conocimiento científico.

1. En primer lugar, el empirismo egocéntrico e interesado. El hombre comienza por considerar los objetos que lo rodean con relación a su propia persona. Los desea o los huye, y experimenta ante ellos placer o pena, atracción o repulsión; comprueba que le son útiles o dañinos. En tales condiciones, se imagina también que han sido especialmente creados por la naturaleza en vista de él.

> Se apodera del mundo vegetal y animal y, como encuentra en otras criaturas un alimento conveniente a sus necesidades, reconoce en ella la mano de Dios, y loa su magnanimidad, que así lo rodea de paternales cuidados. Sustrae su leche a la vaca, su miel a la abeja, la lana al cordero, y por lo mismo que atribuye a todas estas cosas su fin de utilidad para su persona, cree que fueron especialmente producidas para ese fin. Más aún, no puede concebir que exista ni la menor yerba, si no es para su propia utilidad, ya conocida o por descubrir.[2]

[2] Eck., 20-II-1831.

Tal es el punto de vista trivial e ingenuo de los que Goethe llama "los utilitarios" (*Nutzende*). No los censura de modo absoluto; antes le parece legítimo que el hombre calcule su ventaja y considere el mundo en vista de su interés particular. Pero, sin duda, éste es un modo de ver elemental e inferior. Mientras el hombre no lo supera, vive sujeto a errores humillantes y peligrosos.

Por sobre este finalismo elemental, y en conexión con él, hay otro finalismo que atribuye *intenciones* a la naturaleza, al mismo tenor de las intenciones humanas. Sobre la tierra, en el agua y en el aire vemos moverse las más variadas formas animales. Ahora bien, según la opinión vulgar, estas criaturas han recibido de la naturaleza los órganos indispensables para ejecutar los movimientos necesarios y mantener su respectiva existencia. El buey tiene cuernos para defenderse. Pero, si así es, se pregunta Goethe, ¿por qué no los tiene el borrego, o si los tiene, están enroscados de modo que resultan inútiles? En realidad, buscar el objeto casi siempre resulta inútil, cuando se trata de las diversas partes de un ser organizado. Con el *porqué* no se llega muy lejos: la pregunta no tiene sentido científico. Hay que preguntarse *cómo*. Y entonces se dirá: "El buey se defiende con sus cuernos, porque los posee en forma adecuada." Y Goethe añade:

> ¿Acaso el poder original de la naturaleza, esta sabiduría de ser pensante que solemos atribuirle, no será mucho más respetable a nuestros ojos si consideramos que se trata de un poder restringido o condicionado, y nos habituamos a pensar que lo mismo obra del exterior que para el exterior, del interior que para el interior? Eso de que *el pez ha sido hecho en vista del agua*, me parece menos significativo que decir: *el pez está* EN *el agua y* POR *el agua*. Pues de este modo se expresa precisa y claramente cuanto la frase anterior si lo implicaba de modo confuso; a saber: que la existencia de una criatura que denominamos pez sólo es posible bajo la condición de un elemento ambiente que llamamos agua, y esto no sólo para vivir, sino también para formarse.

2. Superada esta etapa inferior, el hombre alcanza el nivel del *empirismo desinteresado* o de la *observación*. Trata de descubrir lo que es y no lo que le conviene. El verdadero botánico, por ejemplo,

no se preocupa ni de la belleza ni de la utilidad de las plantas, sino que examina su estructura y sus relaciones con el resto del mundo vegetal. Como el sol mismo que a todas las alumbra y nutre por igual, contemplará las plantas con una mirada imparcial y profunda. Sus juicios no cederán al criterio del propio interés, sino que se inspirarán en el solo interés de la observación. La observación de los casos análogos, *repetida* y minuciosa, ha de *confrontarse* con las de los demás sabios. Así se irá revelando en su pureza el *fenómeno empírico*, el hecho simple, aislado. Para recogerlo basta el testimonio de los sentidos.

Hay que estar en guardia contra los errores posibles. No es fácil darse cuenta de lo que de veras nos muestran los sentidos. A cada rato miramos sin ver, o sin darnos cuenta de lo que vemos. "¿Qué es —pregunta Goethe— la cosa más difícil del mundo? La que más fácil parece: ver con los ojos lo que aparece a nuestros ojos." Hay una diferencia apreciable entre la "visión ordinaria" y la "intuición pura". Constantemente modificamos sin darnos cuenta lo que nos es dado, añadiéndole y quitándole algo, y esto se debe a la constitución misma de nuestro espíritu.

3. La *experiencia* o, mejor, *experimentación* (*Versuch*) es la "repetición, hecha de propósito, de las observaciones anteriormente realizadas por nosotros mismos o por los demás, y en la reproducción, hecha de propósito, de los fenómenos artificialmente provocados o causados por el azar". Su mérito consiste en la repetición a voluntad, dentro de ciertas condiciones determinadas, mediante un aparato a disposición, conocidas y regularmente manejadas, y con tanta frecuencia como sea posible y conveniente.

Cualquiera sea, por lo demás, el interés de una experiencia aislada, ella sólo adquiere valor cuando se la relaciona con otras experiencias vecinas. Ahora bien, esta operación es sumamente delicada y peligrosa porque, por muy cercanas que dos experiencias nos parezcan, nunca estamos seguros de que, para establecer entre ellas un lazo verdaderamente natural, no nos haría falta antes una larga serie de eslabones intermediarios. Nada es, pues, más peligroso que el pretender sacar de una experiencia consecuencias prematuras.

> En el momento en que pasamos de la observación al juicio, del conocimiento a la aplicación, franqueamos, por decirlo así, un desfiladero en que nos acechan todos los enemigos interiores: la imaginación, la impaciencia, la precipitación, el apasionamiento, la falta de elasticidad, las convenciones, las opiniones preconcebidas, la comodidad, la ligereza, el gusto del cambio y otras cosas por este tenor, sea cual fuera su nombre: toda esta banda está por ahí emboscada y aniquila de improviso sea al llamado "hombre práctico", sea al sereno observador que parecería exento de pasiones.

Este peligro es tanto mayor cuanto que resulta de la constitución misma de nuestro espíritu. El hombre, en realidad, se complace más en sus representaciones que en las cosas mismas; o mejor dicho, no se complace en una cosa sino en la medida en que puede representársela. Ahora bien, esta representación es necesariamente inadecuada a la cosa misma: no es más que "una tentativa para establecer entre muchos objetos una conexión captable por el pensamiento, pero que, rigurosamente hablando, no existe de veras entre dichos objetos". De aquí la fatal propensión del hombre a las teorías y a las hipótesis: ellas satisfacen su inclinación fundamental que es el reducir a unidad cuanto lo rodea. Tendencia en sí misma legítima, por lo mismo que es inherente a nuestra naturaleza, pero peligrosa sin embargo por cuanto nos orilla a síntesis prematuras. Y así sucede que construyamos sistemas que, sin duda, revelan la sagacidad de sus autores, pero que, en virtud de su misma ingeniosidad, alcanzan más autoridad de la que merecen y se convierten en un obstáculo para el progreso del conocimiento.

4. Por otra parte, es indiscutible que en la naturaleza no hay hechos aislados. Así como un foco de luz emite radiaciones en todos sentidos, todas las cosas de la naturaleza están ligadas entre sí por un sistema complejo de acciones y reacciones y cada fenómeno está relacionado con los demás. Siendo así, un experimentador avisado debe averiguar cuidadosamente cuáles son los fenómenos que más inmediatamente se enlazan con el objeto de su observación. Debe variar los experimentos aislados y disponerlos de tal suerte que formen una *serie continua* de experimentos estrictamente trabados entre sí y que, de esta suerte, vengan a

significar un experimento único, una sola observación presentada bajo sus varios aspectos. Estas observaciones o *experimentos de orden superior,* que son las síntesis de numerosas observaciones particulares, pueden compararse a la fórmula algebraica que expresa en abstracto numerosos casos aritméticos concretos.

II

RUMBO A GOETHE

Primera Parte

LA PERSPECTIVA

1. Ante los centenarios

Toda literatura solicitada por una utilidad pasajera se contenta con un equilibrio muy inestable. El aniversario del fallecimiento de Goethe (1832-1932) me arrebató unas cuartillas en desorden.[1] Ni siquiera tuve tiempo de ser conciso. Por una vez, acudí al toque de asamblea con el dormán todavía desabrochado y el lazo suelto. Peor hubiera sido faltar, yo tenía mis razones: Goethe y los trágicos griegos me acompañaron en mi primer aventura hacia mí mismo.[2] Ni a uno ni a otros he dejado nunca de la mano; pero una cosa es el estudio, el examen crítico, y otra la declaración de la deuda. Con los trágicos ya había yo cumplido a mi manera, ofreciendo, en los comentarios de la *Ifigenia cruel,* mis confesiones de helenista sentimental. Me faltaba la confesión de Goethe. Pues el caso es que en la adolescencia, cuando el sentimiento del yo se abulta como absceso, la obra de Goethe y aun la contemplación de su persona me daban aquella visión del mundo semejante a la que traemos de ciertas lecturas científicas: una objetividad y distanciamiento que devuelve a las cosas sus proporciones tolerables y que tanto ayuda para navegar las crisis de la edad. Todo panegírico de Goethe pudiera fundarse en ese poder "levitador" que de él emana: ennoblece y hasta solemniza un tanto el espectáculo de la existencia, y nos coloca ante ella en una actitud confortable. Disipa la polvareda de la chabacanería y el humo del rencor.

Mientras tenéis, oh negros corazones,
conciliábulos de odio y de miseria,
el órgano de Amor riega sus sones.
Cantan: oíd: "La vida es dulce y seria".

[1] *Sur,* Buenos Aires, primer trimestre de 1932, núm. 5, pp. 7-85.
[2] *Cuestiones estéticas* (1911): "Las tres Electras del Teatro Ateniense" y "Sobre la simetría en la estética de Goethe".

Tal fue el origen de estas páginas que más tarde, en el bicentenario natalicio del poeta (1749-1949), me puse a retocar lentamente. No quise someterlas a una composición estricta y conjunta. Mil tentaciones me hacían señas a lo largo de la jornada. Goethe embriaga a quienes lo siguen. O diré mejor que experimenté en alma propia aquella fábula de Simbad: a horcajadas sobre mis hombros, el terrible viejo, mil veces más fuerte que yo, me llevaba por donde quería. Y además de esta dificultad de impulso, dos dificultades de materia me salieron al paso. La primera —todos los autores fecundos la han padecido con sus críticos—, que mientras tenemos a la vista una centésima parte de la obra, olvidamos otras noventa y nueve; y en el caso de Goethe, cuyos libros son, a veces, meros racimos de fragmentos, y cuyas sentencias aisladas son tan brillantes que orillan a desvirtuarlas citándolas sin el contexto, ello ha sido causa de algunos errores de apreciación. La segunda —de carácter más hondo— es que la integración de su obra con su vida nos confunde los temas, y ellos nos transportan insensiblemente de unos a otros. Había que resignarse, pues, al tratamiento por toques sucesivos, a las insistencias y repeticiones, idas y venidas como en el juego de la oca. Ni era posible evitar que se me pegaran en el trance, y a pretexto de escolios, éstas y las otras páginas adventicias. Rayas de lápiz al margen de los libros, rinconcillos goethianos, ocios de la afición, piezas sobrantes del artilugio: de todos modos podrán entenderse mis empeños, mas no como vértebras de una monografía metódica que nunca cruzó por mi intención. Quien no acepte este orden disperso, quien sienta ausencia de un comentario orgánico, acuda a tantas autoridades que abundan y son ya harto conocidas. Goethe no cabe en mis medidas y desisto de toda síntesis. Yo sólo sigo a mi poeta desde el otro cabo de la civilización y desde la orilla distante de otra lengua, conformándome con pedirle aquellos auxilios o incitaciones que nunca me ha negado hasta ahora.[3]

[3] Para de todas suertes dar algún nervio a mis estudios goethianos, me adelanté a publicar una monografía sintética: *Trayectoria de Goethe*, México, Breviarios del Fondo de Cultura Económica, núm. 100, 1954. [Incluida en este tomo.]

2. La cita de Goethe

Esto que se ha dado en llamar la cita de Goethe sobreviene con una oportunidad de veras peregrina. Andamos escondiendo el rostro para que Goethe no nos mire de frente. Hemos acabado por partir en dos el cabello de que pendía el espíritu. Goethe es en cierto modo anterior a esta osadía filosófica y pertenece al estado *pro indiviso.* El juntar todas nuestras facultades para una operación combinada —escribía a su amigo Jacobi— no es nada nuevo: así lo hacían nuestros antecesores, hasta que un buen día lo desaprendieron.[4] Quien quería pensar con todo el ser —también con los ojos y con las manos—, realizando así una conjunción superior de la inteligencia y del sentimiento; quien rechazaba los sistemas hechizos y buscaba la operación de la mente en los objetos inconfundibles de la intuición, tal vez pueda acudirnos a la hora de la perplejidad: centro de congregación general después de las exploraciones aventureras. Él consideró siempre el alma como un laboratorio secreto cuya unidad es intocable. Entendía que el fruto ha de madurar rodeado de respeto, pudorosas nupcias de la naturaleza que no conviene interrumpir. En esta era del microanálisis ¡qué saludable aviso! Para cuando giren los vientos, o para cuando la desazón nos agobie, conviene estar avezados en la sabiduría de Goethe. Lo mejor es atenerse a lo fundamental, y que vaya y venga lo accesorio; lo mejor es atenerse al alma total. Sócrates no permite a los comensales de Agatón que le partan el Amor en pedazos.

Meyer, el pintor de Weimar, exclamaba: "¡Si no fuera tan difícil pensar!" Goethe, comentándolo, dijo un día: "Lo peor es que para pensar de nada sirve pensar. Hay que acertar por naturaleza, de modo que las ocurrencias felices nos salten a los ojos y nos griten como libres criaturas de Dios: ¡Henos aquí!"[5]

¿No es esto lo que la filosofía perenne ha llamado la inteligencia? El Doctor Angélico decía inteligencia a lo que hoy decimos intuición, y reconocía que la facultad raciocinante es mero recurso de nuestra invalidez. Desde la piedra hasta la jerarquía celeste,

[4] A C. W. M. Jacobi, 16-VIII-1799.
[5] Eck., 24-II-1824.

pasando por la planta, la bestia y el hombre, y saltando luego al ángel para continuar en lo sobrenatural el movimiento iniciado en la cuna de la naturaleza; desde lo que está de espaldas a Dios hasta lo que más de cerca lo encara, tendía Santo Tomás su escala ascendente de la inteligencia; y al pasar por la familia humana, herida de pecado mortal, el uso de la razón le aparecía a manera de cicatriz: como no hemos llegado aún, tenemos que andar, que pisar sobre lo conocido para desde allí aventurar el tranco hacia lo desconocido. Este andar sería la razón. La inteligencia, en cambio, conoce al instante, espejo que contiene ya en sí la imagen de cuanto se le ofrece. Devolver su dignidad léxica a la palabra inteligencia no es un vano empeño. En estas minucias de definición está el punto de honra, y los universales no son voces vacías.

Hoy padecemos quiebra de valores espirituales, que lo mismo afecta a las religiones, a las éticas y a los hábitos del pensamiento lógico, según se revela en la falta de resistencia al sofisma, denunciada por el filósofo uruguayo Carlos Vaz Ferreira como una dolencia de nuestros tiempos. Aún no se instaura un nuevo orden, y el antiguo se ha venido al suelo.

En el reino de la conducta, por otra parte, nos hemos salido de nuestra voluntad y queremos que la institución nos gobierne en términos extremosos. La obediente pereza amenaza con quebrantar los resortes de la persona. Nos disculpamos con alegaciones que caen fuera de nosotros mismos. No sentimos la necesidad, como diría Goethe, de barrer el frente de nuestras casas para que toda la ciudad quede limpia. Nos disolvemos visiblemente en los espacios sociales, en lugar de aportar a ellos nuestra contribución, nuestra iniciativa. Le hacemos el juego a la barbarie.

En la vida diaria, hoy nos entregamos a la ventura, en vez de conducir nuestros actos. Erigimos la dispersión y la velocidad en virtudes suficientes, como si pensáramos que el hacerlo todo pronto y mal es una garantía de excelencia. El apresuramiento nos da la ilusión de la fuerza. Y el viejo de Weimar aconseja la concentración y nunca separó las nociones de plenitud y lentitud, e instauró la paciencia —como ya se ha observado— a la cabeza de su canon de valores. "Sin prisa y sin descanso, como las

estrellas", tal fue su divisa. De aquí su respeto para el tiempo, su afán de hacerlo rendir todo su fruto, su respeto a la eternidad de cada instante.

En la acción de la cultura, desaparecemos por meandros minúsculos, olvidando la famosa profesión general de hombre, y así llegamos al mal y a la iniquidad sin advertirlo. Se pierde de vista el panorama, se borran los objetivos ideales. El menor miembro del saber —especie de cáncer suicida— esgrime preeminencias contra el conjunto. La máquina se nos va de las manos y la seguimos ciegamente, como el estudiante a su muñeco galvánico en la novela de Mrs. Shelley. La ciencia es deshumana, cierto; no puede ser humanitaria en su proceso, claro está. El mal proviene de que sus aplicaciones sean inhumanas.

Y en fin, la crisis de la riqueza producida por la marcha misma de la historia y la acumulación o el aprovechamiento de nuevos materiales —pues las soluciones económicas, como las políticas en general, nunca sirven para todas las épocas— de tal manera nos obstruye los horizontes que creemos poder referirlo todo al esquema de la compraventa, olvidando el inmenso sol de gratuidad que ilumina la existencia humana.

No es inútil, no, meditar un poco sobre Goethe. Vivimos hoy como en una temerosa guardia, ante una posible catástrofe de la historia. El recordar a Goethe, gran despertador de la conciencia —"libertador", dijo él—, puede aprovecharnos. Tarde o temprano, tropiezan con Goethe el poeta, el artista, el sabio, el político, el educador... y hasta aquel que estudia —curiosidad preciosa y minúscula— las enfermedades del marfil. No es fácil hurtarse al encuentro con Goethe, cuya herma se alza en la encrucijada de tantos caminos. Él es un caso ejemplar, no un modelo absoluto naturalmente: un centro de cita. Desde allí, escoja cada uno su senda.

3. La reacción contra Goethe

Sería cobarde disimularse que la grande efigie se ha borrado un tanto entre una nube confusa de impopularidad. Ya en 1929,

T. S. Eliot nos denuncia un "eclipse de Goethe". La fama tiene sus vaivenes y aun sus pasajeras ofuscaciones, y la flaqueza humana se cansa de admirar siempre a Arístides el Justo. Hay quienes ignoran a Goethe y hablan de oídas; hay quienes lo conocen mal, por segundas referencias o frases sueltas. Otros, entre los mejores, reaccionan contra la manía de proponerlo como modelo absoluto, pues ni todas las épocas son iguales, ni todos los hombres debemos serlo. Y hasta el uso alegórico, legítimo en sí, puede perturbar a los incautos: 'Fausto' es la figura del ansia humana, y vende el alma al Diablo a cambio de poseer el universo. Pero algún desprevenido, si averigua que Mann ha ejemplificado con 'Fausto' el imperialismo germánico, ya se cree autorizado para sacar no sé qué inferencias sobre Goethe.

En ocasiones, parece que olvidáramos la parte de sustancia goethiana incorporada en nosotros por efecto de la implacable herencia. Con hermosa melancolía, es cierto, Curtius anuncia la liquidación del "fondo Goethe" y, sobre los despojos, traza un nuevo plan de cultura ¡otra vez goethiano! No es raro encontrar la huella digital de Goethe donde menos lo esperaríamos. Su influencia se armoniza con las que, de lejos, parecerían más contradictorias o incoherentes. Hay naturalezas, como Barrès, en quienes Goethe se entiende con Pascal: éste interroga, Goethe contesta y Pascal pregunta otra vez. El cuerpo de sospechas y cargos contra Goethe fácilmente puede convertirse en su favor. La misma espada de Artagnan, que se desenvainó contra los Tres Mosqueteros, al cabo los defiende. Goethe es una prueba: suscita el fanatismo, y también un amor paradójico, a veces rencoroso. Pero los estudiosos de Grecia —ejemplario universal del hombre— saben que este despedazamiento del héroe es una forma elemental de la comunión.

En el capítulo de las fáciles burlas hay donde espigar. Mientras Émile Faguet —que decididamente no piensa como Napoleón— halla insignificante la persona de Goethe (¡mirad quién!), Henri de Régnier lo halla, en su obra, un *formidable raseur*... ¡Oh rubor! Paul Claudel, genio arbitrario, se ha deslizado a llamarle "el asno solemne". Las salidas de Barbey d'Aurevilly son harto conocidas. Lo es menos cierta página de Quincey, escrita

en 1824 y suprimida en 1859 por buenas razones. El ingenioso y elegante prosista, comedor de opio y asesino teórico, se atreve a decir que ni la abyección de las supersticiones egipcias, ni Titania bajo el encantamiento, ni Calibán en su embriaguez, forjaron jamás ídolo más frágil y hueco que el fetiche adorado por Alemania en la persona de Goethe. La literatura inglesa hace justicia a estos estallidos del humor, sin darles trascendencia crítica. Carlyle, que tanto hizo para difundir la obra de Goethe, se harta un poco —cuando traduce el *Meister*— de actores y de actrices livianas, de chorros poéticos y formaciones de prosa inacabables, y sigue adelante con la fatiga y la rabia del forzado, obediente al favorito de la fortuna, no sin murmurar entre dientes que Goethe tiene tanto de genio... como de lo demás. ¡Cosas del oficio literario, que no llegan a erigirse en verdades; desahogos de puertas adentro y también de dientes afuera; concesiones a las entrañas, nada! Valen lo que aquella confesión *in articulo mortis,* ofrecida a su hijo por Ventura de la Vega como sacrificio a su buen renombre de burlón: "¡Me carga Dante!"

Ridiculizar las grandes obras de la imaginación es deporte que ha tentado, no sólo a algunos necios, sino a algunos escritores de raza. Tolstoi, en *La guerra y la paz,* trae unos comentarios ramplones a propósito de Racine. Y creo que fue don Juan Valera quien, releyendo *La Celestina,* se preguntaba a qué venía tanto enredo. ¿No eran Calisto y Melibea jóvenes de la misma sociedad? ¿No es de creer que los padres de Melibea la hubieran cedido en matrimonio, si él la pide en forma conveniente y patrocinado por los amigos honorables de ambas familias? Y luego, ¡ese Calisto, hijo de buena cuna, que todo el día se aconseja con los criados bribones y sólo tiene frecuentación con gente de escaleras abajo!

Según Carducci, la vida de 'Margarita' se reduce a tres simples rasgos: se deja embarazar por el primero que encuentra, estrangula al recién nacido, y luego sube al cielo. ¿Y el segundo 'Fausto'? Provoca la muerte de un viejo matrimonio para robarle su bien y tornarse gran latifundista, y luego Dios lo salva para dar gusto a las mujeres. Papini va más allá, por supuesto: El pueblo alemán —dice— se admira a sí mismo en este profesor que, tras de

haberlo estudiado todo sin aprender nada, y tras de obrar siempre sin ningún resultado, se refugia en el paraíso cristiano, a despecho del Diablo y a despecho de la lógica.

Lector: ¿seguimos con 'Romeo' y 'Julieta'? ¿Con todo Shakespeare? ¿O interpretaremos a lo bufo las peripecias de 'Helena' y 'Menelao', la angustia de 'Penélope' asediada por los barones de las islas? Porque todo cabe.

Pase por las fáciles burlas. Pero la actitud antigoethiana por excelencia consiste en pedir peras al olmo. El injusto descrédito de la crítica —la pobre maestra de las artes— se debe por mucho a quienes se empeñan en exigir a un hombre que sea distinto del que es. Entre los adversarios de buena intención, Lichtenberger cree distinguir cuatro grupos: primero, los "exclusivos", los profesionales o especialistas —los peores enemigos de su propio oficio, ha dicho William James— que miran a Goethe por encima del hombro como a indiferente o "diletante", sólo porque se entregó a estudios científicos por placer y no por esclavitud, en busca de una cultura armoniosa y no bajo la deformación unilateral; segundo, los "absolutos", maniáticos del dogma, los que quieren que el hombre alcance en todo y por todo alguna verdad inmutable, y se cuelgue de ella y se ahorque, para quienes Goethe es irreligioso, escéptico o pecaminosamente liberal, y su fidelidad a la tierra, afrentosa como un pecado; tercero, los "adoloridos", los resentidos, los amargos, a quienes ofende la alegría ajena y el valor de Goethe para contestar a la vida con una valiente afirmación en que cabe todo el universo; cuarto y último, los "sacrificantes", cuya devoción al martirio confunde la piedad y aun las virtudes todas con el afán suicida y con el deseo de las torturas inútiles.

Y la reacción de suyo exagera. Exagera, en el caso, cuando declara la antinomia entre la persona y la obra de Goethe, mitades de una innegable integración. Exagera cuando pretende juzgarlo conforme a un yo programático que cada crítico puede fabricarse a su manera, que se parece peligrosamente al yo-sustancia y que es imposible establecer con tal precisión como para autorizar el juicio contradictorio entre la partitura y la ejecución, pues ello sería tanto como admitir una biografía *a priori*. "Yo seré

siempre Goethe. Ya sabes lo que quiero decir: cuando pronuncio mi nombre, me nombro entero."[6] Exagera la reacción al subrayar aspectos parciales, para extraer conclusiones contra las que luego se encarniza. Exagera cuando carga a cuenta del "narcisismo" la poetización que Goethe hace de su vida. Exagera al negarle el sentido de la heroicidad tan sólo por no hallar en él exhibiciones impúdicas ni actitudes de santo contorsionista, o al negarle que haya conocido la caridad tan sólo porque no tenía aficiones de hiena ni se complacía en olfatear cadáveres. Exagera al considerarlo exento de preocupación religiosa porque no se encerró en iglesias, siendo como fue un místico de la vida sollamado de spinozismo, en quien la preocupación de lo divino se deja sentir desde la infancia y aun se manifiesta en escritos teológicos. Exagera al figurarse el individualismo de Goethe como irreducible a los ideales de nuestra época, o al ver un error en su mal llamado enciclopedismo. Exagera si le exige nuestras inquietudes políticas de hoy y de ayer por la mañana,

> que a la tarde serán lástima vana
> durmiendo en brazos de la noche fría.

Exagera si le pide el mismo lenguaje de realismo amoroso propio de nuestra época; o al preguntarse si aquel su helenismo fundamental conserva su vigencia ante el fácil, demasiado fácil, "expresionismo" contemporáneo. ¡Como si hubiera un solo estilo, una sola estética! Hasta se le exige la misma manera de viajar o quedarse en casa que se usa en el siglo XX. ¿Pero de quién se ha pedido tanto? Exagera aún la reacción al empeñarse en cubrir toda la existencia de Goethe con el manto de la serenidad que envolvió sus últimos años, años en que ya todo se ha perdido y sólo la autarquía del estoico puede preservar la dignidad; y más exagera cuando hace de ese manto algo como una losa marmórea.

Es legítimo —no hay duda— aceptar o rechazar el ejemplo de una existencia. Lo es admitir la prédica del Goethe libertador sin admitir, por eso, que él haya escogido el mejor camino de su libertad. En estos extremos sólo cabe decir: ¡Cuánto más hubiera

[6] Carta a Kätchen, 23-I-1770.

yo preferido un Goethe distinto del que fue! En mi sentir, Goethe optó por el único sistema de salvación que le quedaba. Tuvo que canalizar su propio ímpetu, pues de otra suerte éste lo hubiera arrollado sin remedio. Su salud, su sensibilidad, su "potencial nervioso", no hubieran resistido más tiempo el romántico desenfreno con que desembocó en la tierra. Y se las arregló para contenerlo, acumulándose obstáculos externos y sometiéndose a interiores ensanches. Entender el mundo es tarea muy larga; Goethe necesitaba persistir, y en un ambiente de inseguridad y provisionalidad no lo hubiera logrado.

El mejor modo de explicarse las cosas —repetía Goethe— es verlas acontecer, máxima que para el examen de una vida no admite pero. Y luego ¡una vida es cosa tan compleja! Toda biografía es antológica, selectiva. Escogiendo de aquí y de allá, labramos nuestros pequeños bustos de mármol, de bronce, de palo, de yeso o de cartón-piedra: falsas imágenes, signos alusivos nada más. Cuando alguna vez tenga tiempo, yo me propongo, como quien ofrece una charada, juntar los rasgos, fielmente recogidos en los documentos verdaderos, de un Goethe travieso e inventivo, entre mefistofélico e ingenioso, que será tan cierto como los demás. Y no diré de quién se trata. Y, como en esas novelas policiales se estampa al final y a sobre cerrado el nombre del delincuente, así presentaré la solución de mi enigma biográfico, como un desafío al lector. *Risum teneatis?*

Por lo pronto, he aquí algunas muestras. Una de las singularidades humorísticas de Goethe —verdadero rasgo de estudiante travieso— era la afición al incógnito y al disfraz, rasgo en que los biógrafos de los últimos lustros ni siquiera reparan, aunque yo lo encuentro revelador. Disfrazado se presenta ante el pastor Sesenheim, y disfrazado va a Giessen en busca de Hopfner. Otra vez, disimulado en traje de campesino, sorprende al duque de Weimar y le lee un poema a nombre de los labriegos de la región. Para visitar y consolar a Plessing, encubre su verdadera personalidad. En Italia suele viajar bajo nombre supuesto, y en carta a Meyer, llega a recomendar el incógnito como la mejor regla del viajero. Lo mismo le acontece hacer en ciertos asuntos literarios, pues algunas veces firma bajo nombre extranjero (los versos publicados

en el *Almanaque de las Musas* de Voss y de Schiller). En una ocasión, de vacaciones en Carlsbad, hizo creer a una señora, y la mantuvo mucho tiempo en su engaño simplemente para divertirse, que él era el autor del *Ardinghello,* de Heinse, obra que la dama admiraba mucho. Durante sus años juveniles incurrió en verdaderas mistificaciones, y siempre fue aficionado a representar papeles teatrales. Entre sus burlas, puede recordarse la ejecución del *Waldemar* de Jacobi en el parque de Estrasburgo. En su *Poesía y realidad,* él mismo nos cuenta las bromas que le gastó a Basedow; y en la *Campaña de Francia,* la jugada con que se vengó del que roncaba toda la noche en la tienda de campaña vecina.

Por de contado, Goethe había previsto su fortuna ulterior:

> A mí que vivo en los siglos —dice—, oír hablar de estatuas y monumentos me produce una emoción extraña. No puedo imaginar la efigie del grande hombre sin verla destrozada por un futuro tropel de guerreros. Ya me parece que los fragmentos de la reja dibujada por Coudray para el sepulcro de Wieland andan entre las herraduras de la caballería. Algo parecido me tocó presenciar en Francfort. Además, el sepulcro de Wieland no está lejos del Ilm: que el río siga torciendo su cauce durante un siglo más, y habrá llegado hasta los muertos.[7]

Estaciones, México, otoño de 1951, año I, núm. 3.

4. El Goethe mínimo

Antes de pasar adelante, sea un trazo de conjunto, riego general que fertilice de una vez todo el campo. Algo que sea para la persona espiritual lo que eran para la persona física las sombras o siluetas en que se entretenían los artistas de aquel tiempo, donde apreciamos a Goethe con la casaca de corte y la espada al flanco, o bien madrigalizando ante el busto de una mujer, o leyendo un libro no más voluminoso que la mano que lo sujeta. Plantada la seña, podremos divagar a sabor, y dejar que el asunto exhale, si quiere, evaporaciones informes.

[7] Eck., 5-VII-1827.

En *La Crítica* —enero y marzo de 1918— publicó Benedetto Croce unas páginas sobre Goethe que yo quise resumir a raíz de su aparición, bien que reescribiéndolas a mi modo y atrayéndolas una nonada a mi argumento. Este Goethe del sentido común, bañado en la clara luz mediterránea que tanto lo deleitaba a él mismo, puede servir al caso mucho mejor que las fórmulas de éstos y los otros teóricos, tan atentos a descubrir sus devociones como desatentos para la pintura de su ídolo. Este Goethe mínimo puede sernos útil como punto de partida, si no como término final de nuestros estudios.

No está bien decir —afirma Croce— que si Goethe no fuera gran poeta en los versos al menos lo sería en la vida: su vida y su obra se unen indisolublemente, y ésta es, en el más profundo sentido, autobiográfica. Los educadores y los autodidactos no han reparado lo bastante en el valor de Goethe como maestro de humanidad. Una vaga literatura egoísta predica, es verdad, la *imitatio Goethii,* mostrándonos al poeta como un hombre más allá del bien y del mal; pero esto es falso. La figura de Goethe está llena de virtud tranquila, de buen sentido. Era un burgués, preferible a ser siervo, si no se había nacido señor, y la palabra —que corresponde a su época— no se usa aquí en el sentido miserable. Fue genial, pero no diabólico. En otros, no en él, se aprenderá el arte de eludir los modestos deberes o el de embrutecerse o sensualizarse. Y él no se cansaba de recordar a los jóvenes —a la hora en que se enardecen los sentidos y el alma— que la Musa es una compañera mucho más que un guía.

¿Qué enseñaba Goethe? A poner la totalidad del ser en todos los actos, sin dividir jamás el pensamiento del sentimiento. Para recrearse en el todo, solía decir, hay que descubrir el todo en lo diminuto. Y consiguió ser maestro en la limitación, y abrirse —sin abandonarse— a las pasiones, educándose, no para soñar, sino para querer y obrar. Era, pues, hombre de acción por las mismas causas que lo hicieron hombre de pensamiento. Cuando la imaginación quería sublevarse, la purificaba en una catarsis artística, alivio que cualquiera puede traducir al lenguaje de su alma. Más bien aconsejaba ser el espectador que no el domador de la propia mente, desconfiando siempre de las recetas y dejan-

do que el espíritu se esparciera entre todas las solicitaciones del momento: poesía, ciencia, crítica. Su talento le era una naturaleza. No aceptaba normas artificiales, exteriores: pasada la juventud y sus legítimos arrebatos, no quiso parecer revoltoso a fuerza; empeñado en luchas morales, interiores, no quiso fingir contra Napoleón un odio nacional en que nunca pudo participar sinceramente. Amaba a Alemania sin necesidad de odiar a Francia, y le parecía que las canciones bélicas podían brotar en el vivac y al latido de los tambores, pero no en su museo de Weimar. Detestó al fanático, porque es siempre falsificador y poco espontáneo, y prefirió aquella tolerancia que nunca desfallece en indiferencia, sino que apronta para todo mal un remedio, en vez de vociferar contra él. Aun sus adversarios le eran útiles, como correctivos adecuados a las desigualdades del propio carácter. Y anhelaba sumergirse en la obra, sólo sometiéndose a la ley de la razón y de la verdad.

Maestro literario, pasa de la rebelión juvenil, no a la servil acomodación con las reglas —él quiso ser siempre un libertador—, sino al estudio y a la meditación de la madurez. (Un ejemplo de Rouge: la evolución de la crítica en Goethe: "En 1771, es un joven alemán impresionista que se desahoga; en 1795, es un europeo cultivado que aprecia; en 1815, es un habitante de Sirio que esquematiza y, en cierto modo, hace literatura comparada sobre el plano de la ciencia del espíritu.") Con los demás *Stürmer und Dränger*, había reaccionado contra aquella literatura francesa tan acicalada e irónica como una vieja dama llena de afeites; pero pronto le enamora la limpidez de la prosa volteriana y aprende el valor de la disciplina. Quiere dar forma poética a la realidad de cada instante: "Toda poesía —dice— es una poesía de ocasión." (*Erlebnisdichter*, poeta de la experiencia inmediata.) Pero ¡lejos la vanidad de los que afectan experiencias o las buscan artificiosamente, para después ostentarlas en sus poemas! (Por aquí anda el "mal de Saturno", ¿no es verdad?) En el *Werther* hizo poesía con la vida. ¿Qué hombres eran, pues, aquellos que imitaban las desdichas del joven 'Werther' haciendo, al revés, vida con la poesía? De aquí su censura del romanticismo, que le parecía una dolencia. Y aun el predominio del humorismo era, a sus

ojos, una decadencia del arte. En cuanto al nacionalismo poético, entendido al pie de la letra, le parecía estúpido o anticuado, con ser moda entonces. ¡Cuántas audaces enseñanzas disimula su sencillez!

No encontrando en él la discusión de los problemas estéticos de corte académico, quieren algunos expulsarlo de la filosofía del arte, en que también fue maestro consumado. Pero hay que buscarlo en los problemas concretos, provocados por sus experiencias. Así, tampoco fue un filósofo en el rumbo escolástico, sino en sus meditaciones directas sobre la naturaleza y la ciencia. Explorando lo explorable, adoraba lo inexplorable: la religión. (Sin embargo, en su última etapa será un místico independiente.) Sobre metafísica nunca quiso despegar los labios. (Mejor: los entreabrió solamente.) Acaso —mal propio del tiempo— contaminaba la ciencia de poesía al buscar el fenómeno de los fenómenos; sin duda se engañaba —error computable a su formación— rechazando a Newton y la intervención de la matemática en las ciencias naturales. Afirman que su teoría de los colores no es cierta ni falsa, sino acientífica, indiferente, estéril mitología de la luz y la sombra (en lo cual sin duda se exagera). Sólo se le concede algún hallazgo en anatomía y en botánica. (No olvidemos que dio su nombre moderno de "Morfología" a ciertos estudios biológicos, y que al menos por acto de gratitud honorable, la *goethita* está consagrada a su recuerdo.) Pero, hijo de un siglo ebrio de matemática, ¡qué valerosa su afirmación de que la matemática es inepta para el conocimiento de la realidad encarnada! La exactitud matemática —hoy le tenemos mayor confianza— le parecía revolverse en sí misma sin abarcar el mundo, como una lengua muy clara que todo lo empobrece y lo deja sin expresar. De gran trascendencia su afirmación de que la verdad se reconoce en su capacidad para promover la vida, y que un filosofema estéril no es verdad, sino sutileza, tautología o verbalidad deleznable. (¿No es ya el "pragmatismo"?) También, adelantándose al último individualista, Goethe dijo: "La verdad es mi verdad, porque las demás no las conozco."

Pero la historia literaria tiene que ceñirse, al juzgar la obra de Goethe, a consideraciones puramente artísticas. Deberá, sin em-

bargo, tomar en cuenta los elementos de aquella personalidad, para averiguar cómo su desenvolvimiento provoca o estorba el desarrollo de sus fases. En este desarrollo hay un hecho de capital importancia: el paso del Goethe titánico (*Werther, Goetz, Fausto, Prometeo, Mahoma*) al Goethe armonioso y definitivo, el que llaman "divino". En la tormenta ideológica de su juventud, Goethe procura escapar a la frigidez de lo abstracto y busca la plena simpatía de la vida. Pero Goethe nunca estaba fuera de sí: el *Werther* no es una enfermedad, sino una curación; en el *Fausto* hay mucho de ironía y de crítica, y el *Goetz* abunda en sano sentido moral, para no hablar de aquel *Egmont* tan justo en su concepción de la vida política y afectiva. De una a otra etapa no hay, pues, una negación de sí mismo, sino una maduración lenta y única.

Este proceso —aun para tener sentido literario— es rico en contenido moral. Él nos habla de su viaje a Italia, pero muchos han ido a Italia. La Italia, como la Grecia de Goethe, son nombres simbólicos, momentos de su vida moral. Clasicismo, en él, significa equilibrio ético, *sophrósyne.* Porque, en el sentido puramente estético de la expresión, tan perfecto y clásico había sido siempre el poeta desde las primeras páginas que escribió —donde las hay sólo comparables a la tragedia griega, los episodios dantescos y los más luminosos instantes de Shakespeare— como en las obras de la etapa ulterior: *Ifigenia, Tasso, Elegías romanas, Germán y Dorotea, Meister*, el segundo *Fausto.*

La crítica opone muchas veces la obra juvenil de Goethe a la obra de su madurez, como se opone el calor de la fantasía a la frialdad marmórea. Pero si es verdad que en la etapa ulterior el ideal es más filosófico, ¿en qué padece por eso el efecto estético? La filosofía no disuelve el verdadero encanto de la poesía. Sólo sucede así cuando el poeta, como Schiller, es intrínsecamente reflexivo y extrínsecamente ornamental (pleonasmo elocuente). Con todo, si hubo vejez en Goethe, es verdad que su vejez se descubre por la acentuada afición a las alegorías recónditas que asoman en sus postreras páginas. Goethe, a última hora, aflojaba ya las riendas de la armonía.

Se engaña la crítica cuando busca en Goethe —es legítimo investigarlo en otros— la preocupación única y fundamental de

su poesía. Él vive en superación perpetua, moral y poética a la vez, y aun puede decirse que su vida devoraba su arte, sin darle siempre tiempo a desarrollar una forma apenas esbozada. Por eso se apresuraba en ocasiones —defecto de nación— a imponer cierta unidad ficticia a sus fragmentos, tiñéndolos según el último ánimo en que los refundía. Otros pintarrajean los cadáveres con artificiosos matices, dándolos por vivientes. Goethe algún día comunicó a sus miembros vivos el tinte uniforme de la muerte; error no constitucional, sino sobrepuesto a la obra en el afán de desahogar a la musa y seguir de frente; recurso póstumo, si vale decirlo. Se explica, pues, que contestara con vaguedades a quienes pedían aclaraciones: "¿El *Fausto?* ¡Oh, el *Fausto* es inacabable por esencia! ¿El *Meister?* ¡Es inconmensurable!" Sócrates no lo hubiera dejado escapar a tan poca costa.

Y ya es hora de desengañarse: no busquemos unidad postiza donde no la hubo. Eso de que "la unidad del *Fausto* está en la persona y el desarrollo del poeta", como alguien dijo, no es más que un equívoco elegante. La unidad de la persona es cosa obvia en cualquier poeta que no habite los manicomios, y eso nada dice contra la variedad de sus libros. ¿Que Goethe se empeñó en forzar la unidad de tal poema o libro? Pues no hay que reparar en el violento empeño, sino en el resultado; no hay que discutir lo que quiso hacer, sino disfrutar lo que fue haciendo al paso. ¡Vale tanto, aisladamente, cada una de las creaciones así ensambladas! Tan legítima —me ocurre decir— es la estética de la novela única, el rasgo directo a la manera europea, como la estética del zurcido oriental, el tapiz deslumbrador del "cuento de cuentos".[8]

Cuadernos Americanos, México, julio-agosto de 1949.

[8] El 15 de mayo de 1831, Eckermann refiere que Goethe le entregó dos cuadernos de notas inéditas y pensamientos sobre las ciencias, artes, letras y casos de la vida, a fin de que llenara con ellas las lagunas de los *Años de viaje.* "No encajan dentro de la obra —le confesó—, pero podrían justificarse hablando de que 'Macario' posee un archivo, del que se entresacan estas páginas. De ese modo, salimos por el momento del apuro, y damos todo eso al mundo en un vehículo adecuado." La extrema vejez y el afán de salir de todos sus papeles bastan para explicarlo. Pero Goethe usó muchas veces igual subterfugio de taracea. No es el primero ni el último que así se desembaraza de sus papeles. En nuestros días, un ilustre escritor inserta en su novela toda una disquisición sobre las aguas medicinales, disquisición que sin duda había sido tesis de estudiante, allá cuando los días de la École Normale.

5. Biografía minúscula

He aquí, por último, una biografía diminuta, para tener fácilmente a la vista el panorama de esta existencia. Aprovechamos algunos conceptos y frases de un estudio ya publicado (*Trayectoria de Goethe*) y algo de lo que se dice en este mismo libro ("Nacimiento" y "Los primeros pasos").

Goethe nació el 28 de agosto de 1749, en la ciudad alemana de Francfort del Meno. Por línea paterna, descendía de menestrales, sastres y posaderos, enriquecidos en los oficios; y su padre, heredero de una fortuna, se graduó ya en derecho en las universidades y luego compró el título honorífico de consejero imperial, que le confería una situación eminente. Por línea materna, Goethe descendía de letrados, y su abuelo era el burgomaestre de Francfort, primera autoridad civil.

Su padre se había criado en el racionalismo, la Ilustración, el *Aufklärung*. Pero este discípulo de la razón científica y del progreso, de las Luces en suma, representaba la parte sombría y adusta de la familia; era tiránico y maniático de la educación y atiborraba a su hijos de conocimientos. Menos mal que, en el niño Goethe, los conocimientos entraban tan fácilmente

como el anillo en el dedo,
como el cuchillo en la funda.

Goethe, en su obra autobiográfica *Poesía y realidad,* traza un retrato de su padre que revela más estimación que cariño. No es dable decir si hay reflejos paternos en alguna de sus creaciones literarias, por lo mismo que la figura del consejero tiene algo de convencional, de general.

La madre de Goethe se había criado en el pietismo, desviación ascética y sentimental del protestantismo cuya cuna fue Francfort. Pero esta representante de la nebulosidad mística era el elemento luminoso y plácido de la familia. Leía la Biblia con unción, pero también jugaba a sacar oráculos de la Biblia. Era alegre, estaba llena de confianza en la vida. En todas partes veía a Dios y en ninguna encontraba al Diablo. "Dios —decía ella— me ha dado un alma sin corsé."

Trasladada casi niña junto al cuarentón de su marido, llegó al matrimonio sin haber pasado por la ortografía, y cuando le nació la primer criatura tuvo al fin un juguete para divertirse. Se decidió a ser la hermana mayor de sus hijos. Si el padre se reservó los deberes y los castigos, ella, los premios y los juegos. Cultivaba en Goethe el amor a la naturaleza, y avivaba su imaginación con aquellos cuentos que, como los de Jerezarda, no tenían fin: los cuentos de nunca acabar. Sobre la madre de Goethe quedan reflejos, además de las páginas de *Poesía y realidad* que el hijo le consagra y que descubren una ternura singular para su memoria, en el *Goetz de Berlichingen*, en el *Germán y Dorotea*, y en las conversaciones y recuerdos que ella misma dictó a Bettina Brentano.

Después de Goethe nacieron otros cinco hijos, de que sólo sobrevivió el segundo, Cornelia, aunque no alcanzó larga vida. Los cuatro han dejado en *Poesía y realidad* un rastro vaguísimo. Es posible que haya un reflejo de Cornelia en la 'Amelia' del *Wilhelm Meister.*

No cumplía Goethe los quince, cuando su primer idilio amoroso con una Gretchen que andaba en equívocas compañías y que lo mezcló en cierto escándalo. Gretchen, que no era mala persona, ha prestado algunos perfiles a la 'Margarita' del *Fausto.*

Hacia los dieciséis, Goethe fue enviado a Leipzig para estudiar derecho. Leipzig era el centro de lo que se ha llamado "cultura rococó". No logró interesar a Goethe. Pasó allí cerca de tres años y aprendió muchas cosas: no las que llevaba encargo de aprender. Se enamoró de una dulce Catalina del pueblo, hija de un posadero. Le ofrecía su mano y su fortuna, pero ella tuvo el acierto de escoger partido por otro lado. Nuevo contratiempo, nueva lección.

Quiso, de una en otra confidencia, enamorarse de la hija de su maestro de dibujo, Federica Oeser, pero ella se las arregló para guardar las distancias.

Los desórdenes y excesos por una parte, y por otra la influencia de Rousseau traducida en extravagancias "naturistas", dieron al traste con su salud. Y volvió a Francfort sin haberse decidido a pasar un solo examen, después de seis semestres.

La convalecencia en Francfort duró año y medio. Lo atendía el doctor Metz, un 'Mefistófeles' medio alquimista. Siempre inclinado

desde niño a construirse una religión personal, e influenciado ahora por los misterios de Metz y por una sacerdotisa del pietismo, amiga de su madre, la señorita Klettenberg —que inspirará la figura de la 'Noble Alma', en el *Meister*—, cayó Goethe en unas fantasías teológicas y mágicas que al fin se disiparán al recobrar la salud.

En la primavera de 1770 —a los veintiuno—, su padre lo envía a Estrasburgo, donde en un año y meses logra licenciarse en derecho, gracias a aquel ambiente francogermánico mucho más propicio y generoso que el de Leipzig.

Hasta aquí había sido un niño. En Estrasburgo comienza el desperezo de la voluntad y el ánimo de vencer los obstáculos. Se decide a aceptar la prueba de los estudios jurídicos; frecuenta las salas de medicina para corregirse del miedo morboso a los espectáculos repugnantes; para ahuyentar el vértigo, trepa a la flecha de la Catedral; domina su horror al ruido acompañando tarde a tarde la retreta de tambores y antorchas, y doma los pavores indefinidos visitando por las noches los cementerios.

Goethe navega su *Sturm und Drang:* tormenta y tempestad, que así se llama aquel instante de la cultura alemana. El espectáculo de la catedral gótica, el orgullo nacional contrastado en una ciudad fronteriza —encrucijada de pueblos—, el auge de la literatura germanista, el encuentro con Herder que le llevaba cinco años y lo vapuleaba con su autoridad crítica —como se sacude a un árbol para que suelte la inútil hojarasca—, la lectura de Shakespeare y Ossián, de Rousseau, de la poesía popular que se apodera de la imaginación europea, lo embriagan y atizan su romanticismo. Vive en estado de frenesí, sus amigos temen que enloquezca. Su *animula vaga* gira como el gallo de la veleta o como el torno de 'Margarita'.

No ganó el doctorado; pero, al menos, la licenciatura. Su tesis pareció demasiado atrevida. Con innato helenismo, propone que, para acabar con las luchas religiosas, el Estado fije un mínimo de ritos públicos a manera de culto oficial, y deje a cada uno edificarse su creencia íntima como mejor le plazca. Pretende, con Federico II, que cada uno gane el cielo a su modo.

Se acerca la hora del regreso a Francfort, y hay que despedirse de Federica Brion, su nuevo amor, la pequeña alsaciana que le

cantaba tonadas campesinas, hija del pastor de Sesenheim. Este nuevo amor bien pudo acabar en matrimonio sin mucha oposición familiar. Pero Goethe no quiso fijar prematuramente su destino: sentía que lo llamaba el mundo. Temió verse convertido por el hogar en un enano feliz, como su héroe en *La nueva Melusina.* Y 'Fausto' abandonó a 'Margarita'. Debemos a Federica la primera obra maestra de Goethe: *Saludos y adioses.*

Comienza la era titánica de Goethe, culminación del "estado mercurial" de su juventud. Vuelve a Francfort; anda entre Darmstadt y Homburg, en una graciosa arcadia poética y adorado por las muchachas. Se lanza decididamente a las letras por instancias de su amigo Merck, otra figura mefistofélica. Y ya está a punto de enamorarse de Luisa von Ziegler —que hacía de pastora idílica suspirando por los alcores y llevando atado un corderito con un lazo color de rosa— cuando su padre decide que se marche a Wetzlar, para completar su educación práctica en aquella especie de Suprema Corte Imperial.

Wetzlar fue como una tercera vida universitaria; ridícula sociedad caballeresca, imitación de la Tabla Redonda entre jóvenes diplomáticos. Pero Goethe conserva su línea, vuelve a los griegos, a Píndaro sobre todo, que nutre con hierro aquella voluntad todavía algo quebradiza. Se enamora de Carlota Buff —una de las inspiradoras del *Werther*—, novia de su amigo Kestner; a ambos confiesa su pasión, y llora en sus brazos.

Merck se lo lleva a Coblenza, a casa del consejero Laroche, un volteriano enemigo de las delicadezas cordiales y de la monarquía, cuya esposa, por contraste, era una musa del sentimentalismo a la moda. Goethe, aunque embargado por el recuerdo de Carlota, se consiente coquetear un poco con la hija de la casa, Maximiliana —otra de las inspiraciones del *Werther*—, porque, como dirá en la vejez, es grato ver salir la luna cuando aún no se pone el sol. Pero Merck lo arrastra a la navecita que ya los espera en el Rin, con rumbo a Francfort.

De todas estas experiencias mezcladas, y a la noticia del suicidio de Jerusalem —un desdichado joven de cuyos desesperados amores había sido confidente en Wetzlar—, brota el *Werther,* a manera de expulsión y sublimación estética de aquel

momento de su vida. Todavía se ha enamoriscado de una Anita Sibila Münch, su compañera en ciertos juegos de sociedad. Pero ya la gloria, con su voces universales, rodea y distrae al autor del *Werther*.

No tanto, sin embargo, que cierre sus ojos a los encantos de Lilí Schönemann, huérfana de un banquero rico, damita coqueta a quien podemos representarnos sentada al clavecino o revoloteando por los salones entre las mesitas del *whist* —*bridge* o "canasta uruguaya" de aquel entonces.

Unos amigos se lo llevan a Suiza; no logran distraerlo. Regresa más enamorado, más enloquecido que nunca. Se da al fin cuenta de que el ambiente de Lilí no es el suyo. Tampoco era grata a su familia, protestante, esta alianza con calvinistas. Goethe no soporta más aquella vida de "huésped literario" en casa de sus padres. Ha llegado al colmo del desconcierto. Quiere escapar a Italia, y acaba por irse a Weimar, a donde el duque Carlos Augusto, heredero reciente, lo convidaba de tiempo atrás, para dar a su corte el prestigio de una presencia ilustre —un filósofo, un matemático, un poeta— a usanza de los señoríos alemanes de la época.

Goethe había cumplido los veintiséis cuando llegó a Weimar, donde apareció triunfalmente como el único camarada digno de los deportes y placeres del príncipe; impuso el frac azul de 'Werther', los patines, los bailes de máscaras, las cacerías, las carreras de antorchas. Al principio parece que sólo va a ser el gran maestre de Diversiones y Espectáculos. Poco a poco, entra en las obligaciones del Estado. Lo hacen consejero áulico, lo ennoblecen; pronto será uno como ministro universal y, más de una vez, en las ausencias del soberano, gobernante único.

Entre vacilaciones y recaídas, Goethe va pasando del ánimo "mercurial", de la indecisión casi femenina, a la madurez y a la razón viril. Este proceso ocupa varios años; todo en él —ya lo sabemos— camina con cierta lentitud. La parábola de su cañón se desenvuelve en larga curva, su tiro es siempre de largo alcance.

Ahora hay tres novedades en su existencia: la acción pública, el estudio de las ciencias naturales, la lenta domesticación que opera en él aquel dilatado idilio con la baronesa de Stein. La

acción pública rompe su enfermizo subjetivismo y lo convence de los deberes sociales, lo arrastra a la verdadera vida de los hombres. La misma acción pública, las empresas de minas, aguas y carreteras, lo llevan a los estudios científicos. La baronesa de Stein, la dama ortodoxa y aristocrática, suavemente va redibujando al estudiantón desmelenado según las líneas del caballero: diez años de idilio y mil quinientas cartas. (Porque entonces no había teléfono.) Saludable aprendizaje de acción, deber y renunciamiento: las armas que hasta entonces faltaban a su verdadera libertad.

Cuando, al cabo de esos diez años, Goethe considera que el aprendizaje ha sido suficiente, escapa a Italia, secretamente autorizado por su cómplice y protector, el duque de Weimar. Pasa unos dos años en Italia, afirma y comprueba sus instintivas inclinaciones clásicas. El roce con el genio grecolatino determina su verdadera madurez, su equilibrio, su forma definitiva.

A su regreso, ha dejado atrás a sus contemporáneos. La nueva literatura sigue rumiando el romanticismo o prerromanticismo que él olvidó en la adolescencia. No entiende su *Tasso*, su *Ifigenia*. Por su parte, los profesionales de la ciencia consideran con recelo aquellas aficiones científicas del poeta. Ya no se aviene con Carlota de Stein. La sociedad dice que Italia lo ha convertido en un "güelfo", en un renegado de las tradiciones germánicas. Y él, cediendo al beso sensual del sol mediterráneo, que parece haberlo orientado hacia su verdadera naturaleza, amuralla todavía más su soledad de cuarentón refugiándose en el amor de la jovencita Cristiana Vulpius, a quien dieciocho años más tarde hará su esposa.

De 1792 a 1793, tuvo que acompañar dos veces a los ejércitos alemanes que peleaban contra Francia, siguiendo al duque de Weimar primero hasta Valmy y luego a Maguncia.

Entre tanto, ha aparecido por Weimar un dramaturgo enfermo, menesteroso, genial y crudo, ignorantón en cosas de arte aunque dado a la filosofía y a la historia. Es once años menor que Goethe. Éste lo protege de lejos, lo hace nombrar profesor en Jena, pero aún no lo acerca demasiado. El otro también desconfía: lo admira y lo detesta. Confiesa padecer, ante Goethe, la misma mescolanza

de pasiones que Casio y Bruto padecían ante César. Tal es Schiller. Entre él y Goethe hay una atracción todavía indecisa y cautelosa.

Pero una noche, en Jena, en el pisito de Schiller, después de una aburrida sesión universitaria, estalla aquella incontenible amistad que durará diez años, hasta la muerte de Schiller, y asociará para siempre los nombres de los dos poetas: bendición para Schiller, alegría y rejuvenecimiento para Goethe, admiración para la posteridad. El paso de Schiller por el alma de Goethe parte la existencia de éste en dos mitades.

La colaboración de estos Dióscuros se manifiesta en el teatro y en los dramas, en la revista *Las Horas*, en la activa guerra literaria contra la estupidez contemporánea, en los epigramas o *Xenias*, en las inmortales baladas. Goethe destiñe sobre Schiller un poco de su refinamiento, su gusto y su vastísima cultura en artes y ciencias. Schiller proporciona a Goethe el estímulo de su juventud, y un *modus vivendi* filosófico para no perderse por los laberintos de Kant. Pero Schiller fallece en 1805, y Goethe seguirá escalando, solitario, sus últimas cumbres, a lo largo de veintisiete años más.

Sobreviene la invasión napoleónica. Napoleón, que admira a Goethe tanto como Goethe lo admira, conversa con él en Erfurt y en Weimar. Cuando vuelva derrotado de Rusia y todos abjuren de él, Goethe permanecerá fiel a su memoria. Entre los Reglamentos Militares de Prusia y el Código Liberal de Francia, la elección de Goethe —hombre superior a los odios de tribu— no era dudosa.

Pero he aquí que, mientras tanto, su reciente esposa, su antigua amante, Cristiana, ha perdido los encantos de la juventud; se avulgara, engorda, lo pone en ridículo por su extrema afición a las fiestas y se embriaga constantemente. Él calla y perdona, pero no puede evitar que aquellos ojos golosos (¿los habéis visto en los retratos?) se le vayan detrás de Minna Herzlieb, o de Bettina Brentano —hija de Maximiliana de Laroche que había heredado de su madre la antigua fascinación de Goethe—, o de Mariana Willemer, la 'Suleika' de sus poemas del *Diván*.

Su único hijo superviviente, Augusto, ha resultado un muchacho salvaje y orgiástico que amarga la vejez del poeta. Muere

Cristiana: acaso ya se le había muerto en vida. Casa a su hijo con una mujer fina, elegante, culta y casquivana. ¡Infidelidad por infidelidad! No había entendimiento posible. Las reyertas conyugales de la joven pareja perturban aquel hogar antes tranquilo. Goethe se refugiaba en los laboratorios y junto a los sabios de la Universidad de Jena, para poder continuar sus poemas y sus estudios científicos; o bien trataba de aturdirse en los balnearios a la moda.

Y se le ocurrió, a los setenta y tres años, en Marienbad, enamorarse de Ulrica von Levetzow, niña que le demostraba una filial devoción. Tuvo que renunciar a ella, por supuesto, pero hubo escándalo en la familia. Goethe cayó enfermo, quedó prácticamente abandonado de los suyos, y sólo recibió consuelo y atenciones de la pianista polaca María Szymanowska —que, por cierto, no le era indiferente al glorioso viejo—, y de su excelente amigo Zelter, actual director del Conservatorio de Berlín, naturaleza ruda y fiel.

Entre las pérdidas que más afectaron a Goethe por entonces debe contarse el fallecimiento de Byron, a quien admiraba con cierta ternura paternal y en cuya vida arrebatada se inspira el 'Euforión' del segundo *Fausto.* Byron viene a ser como una tentación secreta que Goethe descargaba en la poesía —librándose de ella en catarsis aristotélica—, y que Byron, equivocadamente, quiso llevar a la acción real de la vida. Propia imagen de aquellos pobres muchachos que, años atrás, se suicidaban a la lectura del *Werther,* ¡cuando su autor se había librado del suicidio desahogando el morbo en la novela!

Goethe es ya un monumento internacional, visitado por la admiración de todas las literaturas. Pero, en la intimidad de su casa, se extienden la frialdad, la tristeza, sólo mitigadas con el milagro del trabajo constante. Sus contemporáneos —incluso la gran duquesa madre y el gran duque de Weimar— y sus amigos más allegados han ido desapareciendo. Durante un viaje a Italia, su hijo Augusto acaba de reventar, harto de vino. Su nuera, Otilia, supo acompañar los últimos días del poeta con verdadera abnegación. Murió una nietecita; sobrevivieron aún dos niños.

Goethe ya nunca se repuso. Al comenzar la primavera de 1832, a los ochenta y tres años, se extinguió dulcemente, hundido en su

sillón, asido a la mano de Otilia y creyendo ver, en su delirio, una carta de Schiller olvidada por el suelo, un hermoso rostro de mujer coronado de negros rizos. No es verdad que haya gritado: "¡Luz, más luz!" No preparó ninguna frase célebre para la hora de morir. Sencillamente pidió que abrieran la ventana para ver mejor, llamó a su lado a Otilia, le dijo —como lo haría cualquier anciano de carne y hueso—: "Hija, dame la patita." Y expiró.

Segunda Parte

CONTORNOS

1. GOETHE DE CERCA

I

EL AUTOR del *Werther* y del *Fausto,* entre otras obras inmortales, fue lírico, trágico, novelista, crítico de letras y artes y hasta un poco pintor. Su estética arranca de un desenfrenado y doloroso romanticismo —el *Werther* produjo una verdadera epidemia de suicidios— y llega a ese clasicismo personal y superior de la *Ifigenia,* el *Tasso* o las *Elegías romanas,* y todavía logra conciliar el espíritu de Occidente y de Oriente en el *Diván.* Pero Goethe fue también un estadista a quien se deben eminentes servicios públicos; y en su madurez, siguiendo una inclinación innata, se aplicó asiduamente a las ciencias, y lo mismo cultivó la meteorología, la mineralogía, la óptica, la botánica, la zoología, la fisiología, la osteología.

En la ciencia puede considerárselo como uno de los precursores de Darwin y como un hermano de Lamarck, aunque uno y otro se ignoraban. Era, para el orden científico, un estudioso más que un creador, o en todo caso, aparece mucho más dotado para la observación que para la experimentación —por desconfianza de la máquina—, y singularmente apto en la botánica.

Al cuadro estático de las especies naturales, heredado de Linneo, sustituyó la noción dinámica de la metamorfosis, del transformismo o cambio continuo y gradual de las formas, y parece inútil añadir que aún desconocía las mutaciones súbitas. Su *Teoría de los colores* —excelente descripción de los fenómenos que los sentidos perciben y que el arte aprovecha— sería intachable si no hubiera pretendido negar con ella la interpretación físico-matemática de Newton. Entre ambas teorías no hay conflicto: cada una cubre otra región y desempeña función distinta.

Su filosofía científica está penetrada de panteísmo spinozista, y acaba en un misticismo de la naturaleza, que por una parte recuer-

da a los hilozoístas y por otra a Lucrecio, y que al par inspira sus poemas y sus disertaciones científicas. Nunca filósofo profesional, nunca metafísico, contribuyó sin embargo —como ministro de Instrucción Pública en Weimar y director eminente de la Universidad de Jena— al desarrollo del idealismo germánico que venía elaborándose desde los días de Kant, e hizo venir a aquella insigne casa de estudios a Fichte, a Schelling, a Hegel, quienes lo admiraban sin reservas, considerándolo no como un filósofo, pero como un ejemplar de hombre filosófico.

El gran poeta es la última encarnación de aquel tipo de "hombre universal" que concibió el Renacimiento. En su mente se opera la síntesis de toda la cultura de su época y, como toda integración, lanza proyecciones sobre el futuro. Su vida es ejemplo de sabiduría, y estímulo de superación constante en la conducta, aunque él haya sido, por suerte, no una estatua de mármol, sino un ser sometido a las generales flaquezas, en quien la pasión amorosa, por ejemplo, deja una larga quemadura. Esto mismo lo pone más cerca de la humanidad y hace más aprovechables sus lecciones. Ha dado su nombre, en el *Fausto,* a la insaciabilidad de los anhelos. Era sensible en grado extremo, a veces enfermizo; y con todo, conquistó relativamente la serenidad. Su serenidad está hecha de inteligencia y resignación, como en los estoicos. Ardiente soñador cuando se encerraba a solas con la Musa, en la vida ordinaria se obligaba a la más sobria cordura, resguardándose siempre con un ancho margen de independencia, e imponiendo siempre el respeto y la autoridad que, naturalmente y sin esfuerzo, parecían brotar de su grandeza.

Su sabiduría humana, o arte de prudencia, puede describirse como un paso de las edades del hombre: infancia, adolescencia, juventud, madurez y —aunque vivió tanto— apenas un poco de ancianidad. Pero, por su misma condición de longevo, las etapas son largas, persistentes, marchan con visible lentitud; además, tampoco se anulan una a la otra, sino que se acumulan y condensan. Si cerca de los cuarenta tiene aún dudas de adolescente, todavía después de los setenta deja sentir los relámpagos de una juventud inextinta. Si evoluciona, libertándose poco a poco del romanticismo de sus primeros años —que, en estricta historia li-

teraria, debemos llamar "prerromanticismo"—, tampoco es porque lo rechace en conjunto: antes cosecha cuanto hubo en él de positivo, de permanente, y lo incorpora en su ideales clásicos definitivos, el equilibrio estético, la disciplina científica, el entendimiento burgués de los intereses sociales. (Hay que percatarse de que la concepción burguesa de la vida era entonces revolucionaria.) Vivió ochenta y tres años entregado a una labor constante, robusta, nunca artificial, ni forzada, ni jadeante, sino más bien vegetativa. De él ha podido decirse que fue un bienhechor del espíritu humano.

II

Goethe cuenta mil veces más como poeta que como hombre de ciencia. Pero, según Brachfeld, José Ortega y Gasset, en cierta conversación de 1929, dijo más o menos lo siguiente: —Goethe, cubierto con el gran sombrero romancesco, envuelto en su albornoz blanco y tendido como Tischbein lo representa, contempla la campiña romana y las ruinas clásicas. Entre tanta cosa delicada y ligera, Goethe aparece como el germánico pesado y difícil, apto para dominar la materia (ciencia) al igual de los de su raza, y al igual de ellos, torpe en el dominio de la forma (arte).

Goethe le molesta ahora por imperfecto, como otra vez le molestó Anatole France por perfecto. La forma, la forma pura —la ambrosía— es el alimento de los dioses, pero los mortales no lo resisten y siempre lo enturbian de materia. Goethe, como alguna vez sintió Barrès (¡pero fue bajo la deformación de la guerra!), sería, en el paisaje latino, el elefante blanco, casi el buey en la cristalería. El esfuerzo del hombre por perfeccionarse a sí mismo le interesaría más a Ortega y Gasset que los resultados obtenidos por el poeta. Y tal punto de vista —siempre según el testimonio de Brachfeld— sería el punto de vista de los latinos. No es el de Sainte-Beuve, no es el de Croce; en rigor, no es el de Barrès. Posible es que Brachfeld haya puesto inconscientemente algo de su minerva al evocar conversaciones de dos o tres años atrás.

En todo caso, algunos han insinuado y otros han dicho expresamente que, en Goethe, el árbol vale más que los frutos, la persona

más que la obra. Esto nada quitaría al valor de la obra en sí, y es una manera de reconocer que, además de tener las perlas excelentes, tenemos el hilo excelente para rehacer la sarta.

Pero es que muchos se empeñan en demostrar que las perlas mismas sólo valen en la sarta, y que separadamente no resisten la comparación con otras joyas; que una gran parte de la obra de Goethe no es de primer orden —achaque de las naturalezas prolíficas—: que en la poesía no se equipara a Shakespeare; que en la ciencia no se equipara a Darwin; que en la crítica no acaba de satisfacer (¡a pesar de la opinión de Sainte-Beuve, que sabía muy bien lo que se decía!); que en la técnica dramática, él mismo lo reconoce, su escrúpulo de motivación debilita sus obras y, aun teniendo un teatro a sus órdenes, no pudo nunca ir muy allá; que su prosa laboriosa no admite comparación con la de Heine o la de Nietzsche; y que sólo conserva el principio en aquella forma de poesía —"la primera y más genuina", confiesan— cultivada por él hasta sus últimos años y en que realizó maravillas: la poesía de ocasión. La cual no debe ser confundida con el *vers de circonstance,* sino que es, como lo explica Fairley: "la poesía que acude cuando la llama la ocasión privada, la ocasión interior"; en suma: la poesía que da la vida de cada momento, por oposición a la poesía del "gran estilo" y del alto coturno, o también a la poesía de encargo y de contingencia exterior.

Este método de comparaciones a bulto puede ser una legítima confesión de gustos personales; pero, por lo mismo que ignora las épocas, los ambientes, las circunstancias, desconcierta la apreciación, y aplicado a la historia de las culturas, niega mérito a los precursores.

Como nuestro fin no es hacer el panegírico literario de Goethe, sino recoger más bien sus enseñanzas totales, no nos preocupa dejar la objeción en este punto. Pero nos conviene insistir —porque es otra lección que recibimos al paso— en cierta desviación que ha venido imprimiéndose en el juicio literario, y que el encuentro con Goethe viene a denunciar y a poner de bulto.

No es frecuente conocer a un autor tan de cerca como conocemos a Goethe, gracias a su propio empeño de expresarse. Tampoco es frecuente que las obras revelen con tanta fidelidad las

fases de una vida. Por último, es extraordinario que una vida, en sus diversas fases, ofrezca ejemplo de tal integridad, de tan armonioso desarrollo dialéctico en las necesidades internas; ellas se complementan entre sí para levantar el edificio. Goethe registra las palpitaciones, las reacciones de su pensamiento todos los días (entiendo que todas las mañanas: lo que él llama la crema del día, no importándole que lo demás se torciera en queso). Después, aquel primer diseño, redibujado más a fondo, se iba repartiendo en libros; de donde se explica la cantidad de bocetos y fragmentos que nos ha dejado, y hasta una gran masa de labor que bien merece llamarse de crónica y de comentario periodístico. Al lado de esta obra, el autor se explica a sí mismo, da la historia de sus respuestas ante el suceder de cada día: hasta los veinticinco años, en su *Poesía y realidad;* y en adelante, en sus analecta, sus diarios, sus cartas, sus conversaciones registradas por los testigos habituales de su vejez. A diferencia —observa Gide— de lo que acontece con Homero, Dante, Shakespeare, Racine, podemos enlazar la obra de Goethe con su vida y medir día por día la distancia de su conducta.

¿Qué dicen ante esto algunos críticos? ¿Bendicen la suerte que nos permite asistir a todos los aspectos de un hombre extraordinario y presenciar la gestación misma de su obra? No: en vez de esto, nada mejor se les ocurre que lamentar tan rara fortuna; porque —aseguran— ¡apreciaríamos mucho mejor la obra si conociéramos menos al hombre! La poca costumbre que tenemos de ver al autor tan cerca de sus libros nos hace suspirar por el conocimiento imperfecto a que estábamos habituados. No de otro modo nos desconcertaría ver la escultura de la antigüedad realzada con sus colores originales. Como el autor no es autor a toda hora, ni nos da una punción poética a cada segundo, el contemplarlo en los instantes neutros que forman la trama ordinaria de su vida lo hace, por lo visto, desmerecer a los ojos de tales críticos.

¿De modo que la poesía es, por esencia, cosa aparte de la vida de los poetas? ¡Ay, preceptistas de antaño! ¡Ay, "estilísticos" de hogaño! ¡Y nosotros que teníamos por una flaqueza del conocimiento esta obligatoria mutilación a que nos vemos condenados en muchos casos! Goethe nos entrega el inmenso don de su vida,

y no sabemos apreciarlo: quisiéramos sólo los primores del virtuoso poético. Como cometió el pecado de no morir joven, tampoco podemos resignarnos a que su pensamiento se ahonde y aquiete, a que su temperamento camine del patetismo hacia la serenidad, a que su poesía se salga del cauce de los versos y se disuelva en la sangre misma de su vida. Decididamente, la verdadera crítica aplicable al caso de Goethe debiera aprenderse en Sainte-Beuve: quien lee los *Lunes* no sabe si lee una biografía del autor o un estudio sobre sus obras. El propio Goethe, a quien Sainte-Beuve llama "el más grande crítico moderno y de todos los tiempos", había dado ya, tratando de Voss, el mejor precepto que conviene a su propio caso: "Comentar la obra por el autor, y al autor por la obra." No es regla de aplicación absoluta, pero sí lo es respecto a Goethe.

Por lo demás, a éste le importaba tanto el hombre mismo, oculto o revelado en las obras, que creía siempre traslucir, más abajo del suelo estético, una invisible raíz moral. "En general, lo que procura al escritor la estimación del público son sus cualidades de carácter y no sus solos talentos artísticos —se atreve un día a explicarle a Eckermann—. Napoleón decía de Corneille: *S'il vivait, je le ferais prince,* ¡y no lo leía! No lo dijo nunca de Racine, a quien sí leía."[1] A través de la valla de una centuria de "esteticismo" que nos divide, lo escuchamos hoy con atención, porque la categoría moral es el nervio de las otras virtudes. Y si esta figura platónica no se realiza estrictamente, es porque aquí abajo sólo recibimos la sombra de la perfección.

"México en la Cultura", *Novedades,* México, 11 y 18 de julio de 1954.

III

El muchacho era pálido y delicado, de talla media, moreno y varonil; pero oscuro, cara alargada y leve asimetría facial; nariz aguileña sin caballete, con borrosas huellas de viruela a uno y otro lado; boca pequeña, flexible y agradable, dientes irregulares;

[1] 30-III-1824.

cejas arqueadas, ojos fulgurantes que más tarde llegarán a ser jupiterinos; la mano, grande, bien trazada, pero no aristocrática, dedos romos y uñas aplastadas. El andar, algo rígido desde la infancia, lo que ya llamaba la atención a su madre, y más tarde, a Schiller. El trato, suelto y fácil, con cierto imperio natural. Durante los días estudiantiles de Estrasburgo, su juvenil arrogancia llamaba la atención en los sitios públicos.

El hombre maduro parecía, en su afabilidad dominante, algo hermético y grave. Era grueso y ancho de hombros. La frente, hermosa y despejada; los cabellos le hacían diadema. La mirada, cada vez más penetrante y cautivadora. La voz, estupenda, va desde el arrullo hasta el trueno.

Después, se acentúan las bolsas debajo de los ojos, los carrillos se aflojan. Da en engordar —no tanto como lo pretende Carlota de Stein, antiguo amor olvidado, quien se burla de aquellos brazos cortos y aquellas manos en los bolsillos—; pero luego recobra un poco la línea, y a los sesenta era muy bello, claro y rojizo. Hacia el final de su vida, comienza a doblarlo blandamente la edad, las mejillas se ven surcadas de arrugas.

Eckermann escribe ante su cadáver: "Quedé asombrado de su divina belleza. El pecho, poderoso, amplio y combado; los brazos y los muslos, llenos y suavemente musculosos; los pies pequeños y de impecable dibujo; ni sombra de grasa o decadencia. Puse la mano sobre su corazón: silencio profundo."

Don de lágrimas; sentidos muy agudos hasta en la extrema vejez; costumbres de coleccionista escrupuloso, acaso heredadas de su padre o en él aprendidas... ¿Qué más? Gusto del vino, y no muy grande del té y del café; horror al tabaco.

De pocos hombres conocemos más "la vida a ratos". Goethe es un *close up* de la historia literaria, le vemos el grano de la piel. Primero se narra a sí mismo con lujo de detalles. Después, congrega a sus pies un coro de escribas en cuclillas que registran todos sus instantes. Nos es cercano y familiar. Ahora bien, la vida es "cadena eslabonada de deleites y penas", serie de buenos y malos ratos, de buen humor y mal humor. La gente normal suele esconder su mal humor ante los extraños. Apenas en la literatura o la leyenda encontramos tipos que se ilustren, como 'Aquiles', por

ostentar su cólera, o como algunos caracteres a lo Teofrasto, a lo Molière, que se engrandezcan por la pintura de su vicio. Pero cuanto más de cerca conocemos a un hombre —y para Inés, basta con un mes—, más le conocemos algunos reveses del carácter; ese otro hemisferio que siempre nos esquiva la luna. Al de casa, se lo averiguamos más que al vecino, y al vecino más que al transeúnte. ¡Y cómo podría ser de otro modo!

¡Como si se pudiera
vivir a la manera
de las calles tiradas a cordel!

Nunca puede un anecdotario sustituir a un retrato.

Que el mal humor insistente deba entenderse como síntoma absoluto de la vocación contrariada, según se ha pretendido, nos parece objetable. También puede indicar perturbaciones de la salud, como en el "vidrioso" Herder, mal operado de los ojos y la nariz. ¡Cuántos destinos fracasados andan por ahí a carcajadas! Pero es a todas luces falso que en Goethe —a quien se reconoce un temperamento elástico y jovial y hasta un don notable de acomodación— el mal humor sea la nota dominante. La riquísima documentación sobre Goethe nos rinde una dosis abundante de malos ratos, pero también una dosis abundante de buenos ratos: hay que concederlo con probidad. Sólo quien nos es indiferente, sólo el no documentado se nos vuelve un bulto anodino. Como en otros muchos aspectos, Goethe nos perturba aquí por la cantidad y la dimensión.

Lo que importa es comparar a Goethe consigo mismo, y ver cuál de los platillos pesaba más en la balanza. En verdad, la comparación ya está hecha: Goethe no es terreno por descubrir y podemos fundadamente creer que triunfa el buen genio. Hace más de siglo y medio que la humanidad piensa en Goethe; la bibliografía goethiana asciende a millares de volúmenes, y hay quienes han consagrado su vida al estudio de Goethe. Y la humanidad, hasta hoy, no ha temido que el contacto de Goethe contamine a nadie de acedía, sino que más bien lo propone como ejemplo de buen ánimo, de serenidad, de infatigable voluntad a buscas del perfeccionamiento.

Hablamos de la carrera total de Goethe, no de la momentánea fascinación del 'Werther' suicida; hablamos singularmente del Goethe de Weimar, en quien algunos han buscado los síntomas de ese supuesto mal carácter. ¿Quién no tiene altibajos? Adela Schopenhauer —la hermana del filósofo— encontró un día a Goethe tan contrariado, que se despidió precipitadamente. ¿Y qué se concluye de esto? A todos nos ha sucedido alguna vez. Schiller, por si algo pesa su juicio, escribía en 1800 a Carlota Schimmelmann: "Durante seis años de intimidad, su carácter no me ha dado un solo momento de decepción." Todo un libro del *Diván* está consagrado a los desahogos del humor. Compáreselo con los *Castigos*, de Victor Hugo, con los *Venenos* de Sainte-Beuve, con los *Odios* de Zola, y se apreciará el equilibrio de Goethe.

El aura de la admiración, la autoridad del cargo, acentúan un tanto aquella involuntaria y congénita tiesura del cuerpo, de que algunos se espantan como si fuera un error moral. Goethe declara que se pone una máscara: economía de esfuerzo y resistencia contra el campo eléctrico de la idolatría. Y luego, hay que conceder algo a la vejez que, según dicen, tuerce el genio. Pero tengo entendido que, para los psicólogos —lo aseguran buenas autoridades—, "es todavía más maravilloso el anciano que el joven Goethe". Si se exceptúan los malos momentos del misántropo y misógino Riemer, los testigos de la vejez de Goethe más bien nos dan de él una imagen vigorosa y tranquila. Riemer es intencionado y caricaturesco, y usa de Goethe para zaherir a la mujer, caiga quien caiga. El joven Ampère —que venía de París, del aire libre de París, para visitar al maestro en su invernadero de sabiduría— lo encuentra, en 1827, lleno de naturalidad, sencillez y encanto. La candorosa conciencia de su gloria —observa— todavía lo agracia más y sienta muy bien a su cabellera encanecida y a su bata blanca. Testimonio por testimonio, prefiero el de Ampère. Por su parte, Eckermann compone un poco a su personaje, es verdad. Pero el canciller Müller —quien, socialmente, trata a Goethe de igual a igual— nada disimula. Aun creemos que Müller es aquel sujeto propiciatorio en quien el gran viejo descargaba sus tormentas acumuladas. Goethe juega en ocasiones con Müller

al gato y al ratón con cierto hercúleo regodeo. A lo mejor, Müller era uno de esos hombres que impacientan e incitan a embravecerlos y a buscarles el genio. Como no era muy perspicaz, bien podía confundir la elocuencia y la calidez goethianas con el disgusto, error de que se culpa a muchos hombres expresivos. Müller no entiende el humorismo. Y después de todo, los hombres de ingenio vivaz siempre sueltan estos chisporroteos de fragua, y aquello del *genus irritabile vatum* se aplica aquí por propio derecho. Y sin embargo, en las *Conversaciones* de Müller encuentro, sobre más de quinientos días, una proporción de cuatro quintas partes con resultado favorable y normal; y todavía, para la mitad de estas cuatro quintas partes, averiguamos que "el humor era espléndido", "el mejor del mundo" y otras ponderaciones semejantes. Y el que la cara de Goethe le disguste un día a Federica Brun o no le agrade otro día a Leisewitz

son pláticas de familia
de las que nunca hice caso.

Por influencia extravagante de Lavater,[2] 'Estela' afirma: "La figura del hombre es el mejor texto para cuanto se puede sobre él decir y afirmar." Pero no saquemos las cosas de quicio, ni demos

[2] A título de mera curiosidad: G. Lavater, *L'Art de connaître les hommes par la physionomie*, París, 1806, VI, p. 182: "Hay en nuestros días en Alemania un escritor que puede y sabe poner al alcance de todos, sin la menor afectación, las concepciones más difíciles. Su nombre y sus obras son de todos conocidos; si sólo fuese un poeta, si fuese dable considerarlo sólo bajo este aspecto ¡cuánto ganaría la Fisonómica! No obstante la extrema complicación del carácter de este poeta y cuantos se hallan en su caso, y cualquiera sea la dificultad de analizar el talento poético propiamente dicho, puesto que es, a su vez, el resultado de nuestras facultades sensitivas y activas, intentaré sin embargo exponer mis hipótesis sobre la fisonomía del poeta. La elasticidad, si no me engaño, debe ser la dominante de su carácter y de sus rasgos fisonómicos. Ella es quien revela el movimiento de su alma, quien determina (?) su sensibilidad y su irritabilidad exquisitas. Además de recibir con suma facilidad las impresiones, necesita poseer la aptitud de comunicarlas tales como las recibe, aunque añadiendo, por supuesto, el tinte de su propia individualidad; pero esta adición homogénea debe limitarse a esclarecer y a depurar sus ideas; debe ser el medio para presentar a los sentidos las cosas que de otra suerte los demás no percibirían ni sentirían." Aquí va abandonando a Goethe y se aleja en generalidades sin interés sobre el carácter de todo poeta. En la p. 187, ante una silueta de Goethe, añade: "*Goethe.*— He aquí la silueta de un poeta alemán a quien acabo de referirme; está copiada de un busto muy exacto. El genio poético más alerta y más enérgico parece bañar esta fisonomía, y haber modelado singularmente la región frontal y la línea que va a la nariz y a los labios. No dudo en presentar este perfil como el ideal del poeta." Y en el vol. VIII, p. 67, repite las palabras de 'Estela' arriba citadas.

a esta proposición retórica mayor importancia de la que tiene. No es confesión de parte: es una manera de armar el diálogo dramático. Sólo un dios, no un hombre, puede descifrar sin engaño este mensaje de las apariencias. El mundo está lleno de ejemplos que lo comprueban. O cuando menos, hay que poseer el don de leer las fisonomías, virtud del "conocimiento esotérico" que dice Ouspensky —concedida a veces de gracia aun a las más humildes personas, pero nunca patrimonio de la sola razón—, y no hay que entender "fracaso" donde sólo dice "sufrimiento". Y sobre todo, ni la apariencia de Goethe era amarga, ni tampoco lo era su trato.

En principio, Goethe prefiere aceptar la realidad y recibir de buen grado lo que traigan cada día, cada hora. A aquel que todo le disgusta, Goethe le pondría, como Goya, las orejas de burro. Al que siempre está descontento, le recuerda que sólo se está descontento de uno mismo. Censura a Riemer por haber alimentado con exceso "el órgano de la mala voluntad":

> Cuanto nutrimos dentro de nosotros prospera y crece; es eterna ley de la naturaleza. Hay en nosotros un órgano de la mala voluntad, del descontento, como lo hay de la oposición y de la duda. Más alimento le damos, y más lo desarrollamos con el ejercicio. Hasta que, al fin, de órgano que era se transforma en úlcera patológica, ataca cuanto le rodea y destruye los jugos útiles. El remordimiento, el reproche y otros absurdos comienzan a intervenir, y nos volvemos injustos con los demás y con nosotros mismos. Se pierde el gozo del propio éxito y del éxito ajeno. Desesperados, buscamos fuera de nosotros las causas de nuestro mal en vez de buscarlas en nosotros mismos.[3]

Me figuro que, ante esta anticipación del psicoanálisis, el lector ha pensado al instante en alguno de sus conocidos.

Nada incomoda más a Goethe que la oposición sistemática: "Antes que militar en sus filas, acechando las flaquezas de mis semejantes, preferiría colgarme", dice. Y también: "Preferiría provocar el motín y la revuelta, antes que girar en el círculo del vituperio estéril."[4] Como está tan bien centrado en sí mismo, desconoce la envidia y la vanidad, dos enemigos del buen carácter que

[3] Müller, *Conversaciones de Goethe*, 3-II-1823.
[4] Müller, 18-VI-1826 y 3-II-1828.

no siempre perdonan a algunas naturalezas exquisitas. Es ejemplar la docilidad con que, en Italia, se somete a las correcciones de sus maestros de dibujo. Escucha y atiende con sencillez al que tiene algo que enseñarle, así sea el zapatero de Dresde (*Poesía y realidad*, VIII). Eckermann le explica pormenorizadamente la fabricación y el manejo del arco y las flechas, e improvisa para él, durante sus paseos campestres, verdaderas disertaciones ornitológicas. "¡Al que oyendo esto no crea en Dios —exclama el viejo entusiasmado— no podrán remediarlo ni Moisés ni los profetas!" El doctor Lassen hace gala de sus grandes conocimientos en la poesía india, y Goethe "lo escucha con sumo agrado, porque tales enseñanzas llenaban un hueco en su cultura".[5] Cumplidos ya los sesenta años, atendía cuidadosamente las observaciones gramaticales de Riemer, con quien consultaba sus papeles; retocaba sus *Metamorfosis* según las indicaciones de Soret, y aun modificaba considerablemente sus escritos por consejo de Eckermann, cuando éste lo ayudaba a preparar la reedición de sus obras. Soret nos dice que lo hacía "con sumisión y deferencia" en cuestiones de literatura, y sólo mostraba alguna irritación cuando se le objetaban puntos científicos. Singular confesión involuntaria de su relativa inseguridad, los newtonianos lo sacaban de quicio.[6] Un día, durante la campaña de Francia, y ya en plena gloria, se le ocurrió disertar sobre la táctica del cañón ante un militar pomeranio que lo llamó al orden: —Háblenos usted de literatura —vino a decirle. Goethe soltó la risa, y levantó la copa para agradecer la lección.

2. La vida dolorosa

No todo le salía bien en la vida, ni la vida se le sirvió a la mano. ¿Cómo le iba a Goethe en la vida? Ya *a priori* y sin conocer los documentos ¿quién va a creer que Goethe haya sido fácil e incautamente dichoso, privilegio de los inconscientes? A los setenta y

[5] Eck., 3ª parte, 1-V-1825; 26-IX y 8-X-1827; y 3ª parte, 1-V-1825 y 25-IV-1827.
[6] Soret, *Noticia sobre Goethe*, publicada anónimamente en la *Bibliothèque Universelle*, Ginebra, junio a julio de 1832.

cinco años, decía a Eckermann: "Habrá habido cuatro semanas de dicha en toda mi existencia."

¡Dichoso el árbol que es apenas sensitivo,
y más la piedra dura, porque ésa ya no siente!

El alma cada día amenaza cegarse, y un constante esfuerzo moral la va dragando. Decir de una vida que "sale bien", y sobre todo para seres de sensibilidad extremada hasta el genio —un poeta que ha dado su nombre a la frenética insaciabilidad de los anhelos, un temperamento de tal suerte afinado que percibía los terremotos a distancia y en quien un eclipse o una conjunción de los astros parecían infundir efluvios magnéticos— equivale a presentir un formidable trabajo de la draga. Si aun el oscuro proletario del alma arrastra su carga de dolor, ya en las cumbres de Goethe, salir bien la vida es obligarla —a pesar de todos los pesares— a salir bien, a plegarse a un superior mandato. Y a tal punto lo logra Goethe, que muchos se engañan de medio a medio.

Él mismo, en su *Poesía y realidad* y en sus muchas páginas autobiográficas, quiso que la luz de la belleza dulcificara las esperanzas de la realidad cotidiana. Sublime disimulación, fabuló su existencia con empeños de eternidad, así como el escultor griego, escogiendo sólo lo mejor y más digno de perpetuarse, nos dejó una imagen embellecida del hombre de su tiempo.

Tal hizo Goethe para la primera etapa de su vida. Durante el segundo tercio, como que nos esconde un poco las intimidades —las intimidades siempre dolorosas por esencia—, entre aquella actividad administrativa de Weimar, entre aquella actividad teatral y literaria en compañía de Schiller. En el último tercio, Goethe se sienta a preparar ya su estatua, y dicta a la admiración que lo rodea los relatos más decorosos sobre su existencia, los más placenteros, los más dignos de ofrecerse en regalo a la posteridad. Se sabe depositario de una fuerza útil y desea que las generaciones la aprovechen: hace obra de "edificación" para todos, señala la meta luminosa, calla los esfuerzos: ya los revelaron su poesía, su novela y su drama, proyectados en sus personajes. De aquí la ilusión de una vida tersa, el espejismo del Goethe que mejor se

alcanza a ver desde el horizonte. Pero qué, ¿no conoció Goethe la pena? Sus obras, su sola correspondencia bastarían para desengañarnos, y desde luego, lo que sabemos de su vida.

Levantemos la vistosa cortina, y veremos lo que hay detrás. El niño vive en una casa que dista mucho de ser alegre. El adusto señor paterno todo lo dispone conforme a una manía hiperpedagógica, convencido de que hay que atiborrarse de instrucción a toda costa y de que la educación con miedo entra. Ese niño ha conocido el dolor. Escapa, cada vez que puede, para solazarse un poco en la mansión del burgomaestre su abuelo, donde hay más espacio y más flores, donde no hay disciplina inútil. Y cuando, a la muerte de la abuela, se resolvió transformar su casa, y por algún tiempo se suspendió la enseñanza a domicilio y hubo que enviar a los chicos a la escuela, pasa por más de una prueba aflictiva en el choque con los camaradas de la infancia. Y la historia de Gretchen acaba en humillación y sufrimiento.

Después, el muchacho se ahoga en las orgías de Leipzig, y acaso no se recobra nunca de algunos padecimientos entonces contraídos. La pasajera crisis religiosa, al regreso, más parece una enfermedad que un encaminamiento saludable. Los amores de Darmstadt y Wetzlar mantienen un desequilibrio nervioso que no se aquieta en mucho tiempo y que, de aventura en fracaso, lleva el declive del suicidio. Ese muchacho ha conocido el dolor. La vida tardaba en labrar su cauce.

Moebius y los médicos en general nos hablan de taras en la ascendencia paterna, y creen descubrir en las páginas de Goethe veladas alusiones a ciertos pavores de la herencia. Recuerdan la muerte prematura de los cuatro hermanos, y la apoplejía y parálisis del padre; recuerdan las extrañezas de la hermana Cornelia, en quien el "complejo de fealdad" acusa singulares trastornos emocionales, vómitos y erupciones cutáneas en víspera de las fiestas; y aseguran que el caso de Cornelia no es más que una exacerbación de ciertos rasgos también manifiestos en el joven poeta: "ciclotímico" sujeto a alternancias de exaltación y depresión, con cierta hipersensibilidad a las influencias telúricas.

Aun dejando aparte estas consideraciones inciertas —pues la longevidad y la extraordinaria actividad de Goethe más bien

prueban su vigor vital—, es innegable que por toda su juventud se extiende una bruma de melancolía. "De mí dice la gente que me persigue la maldición de Caín."[7] "¡Libértame de mí mismo!", escribe a la condesa de Stolberg, su confidente. "Goethe —afirma el obispo de Münster— es un hombre muy desgraciado." Y Johanna Fahlmer: "Goethe no es feliz, y difícilmente podrá serlo." Cierto que el pesimismo de la adolescencia es cosa harto conocida; cierto que hay modas en la sensibilidad como en todo, y la exageración fatalista se respiraba en aquel ambiente literario. Nada de esto arguye contra la realidad de la angustia. De otro modo, el *Werther* sería inexplicable, el *Werther*, cuyo pistoletazo todavía resuena.

Cuando, más tarde, superada ya esta crisis del desarrollo y aun el largo encadenamiento en la cárcel idílica de la señora de Stein —duro régimen de asepsia—, encuentra, en la alegre y linda Cristiana, el buen suelo de que espera sanas cosechas, ve que se malogran cuatro hijos. De dolor —cuenta Meyer— Goethe se retorcía en el suelo. Si él, en su diario, nos oculta estas explosiones, debemos entender que el no darles expresión ni dejar constancias explícitas es parte de su estrategia defensiva. Ha aprendido ya a no palpar inútilmente las zonas sensibles y a envolverlas en un silencio protector: es una manera más de su creciente confianza en la sorda obra de la naturaleza. Y en cuanto a su primogénito, "el imbécil de Augusto", como le llama el canciller Müller, ¿qué consuelo pudo ser para Goethe, qué alegría? No le conocemos mejor rasgo que el haber ayudado un día a su padre en el arreglo de sus colecciones. Todo lo demás fue desorden, deudas en la Universidad de Heidelberg, riñas domésticas, ingratitud y crueldad. Y la misma compañía de Cristiana —tan escasa persona—, una vez disipados los encantos de su mocedad, ¿sería de veras un estímulo o un alivio? Comienza una era en que el mutismo de Goethe es más expresivo que sus cartas románticas de la etapa anterior.

Él necesitaba vivir en diálogo, en un constante cambio del alma. Lo encontró en Schiller, pero este amigo predilecto se le acaba en un par de lustros y lo deja herido y desconsolado. Busca las dis-

[7] A Kestner, VI-1773.

tracciones mundanas, los galanteos poéticos, pero los deleites engañosos han comenzado a soltar sabor de ceniza. Víctima de la glotonería y del vino, muere Cristiana —que ya se le había muerto en vida—, y el diario se empeña en engañarnos. "Logré dormir bien", declara como para ahuyentar los fantasmas con un ensalmo. Augusto se casa con Otilia. Las continuas disputas de la pareja mal concertada amargan la ancianidad de Goethe. Se enamora todavía y renuncia. Su hijo le niega hasta una palabra de consuelo. Su hogar lo rodea de hostilidad.

Y en tanto, el mundo social y los supuestos de la filosofía en que se crió se han venido abajo. Sus amigos se han ido perdiendo uno tras otro. Muere Augusto. No tarda en morírsele la nietecita. Está muy añoso, no puede con la pena, y ordena callar sobre las tumbas que han ido sembrando su camino. Ya sólo le quedan admiradores y secretarios y, en el mejor caso, un remedo de hijo como Eckermann. Se aferra a Otilia, último calor de su invierno.

> No siempre es el padre —exclama con el acento de Homero—, no siempre es el padre, contento de morir, quien, al borde ya de la fosa, saluda con ternura a su digno hijo floreciente. Aquellos párpados, que ya se caen solos, no siempre los cierra el joven al viejo, el robusto al inválido. ¡Ay, que a veces el destino invierte el orden de los días! Y el viejo, ya sin amparo, llora en vano a hijos y a nietos, y ahí queda, como tronco herido, en cuyo redor la tempestad del granizo amontona ramas desgajadas.

Cada vez que lo afectaba una pena, caía enfermo: así a la muerte de Schiller, al renunciar a Ulrica, al despedirse de la Szymanowska, al incendio del teatro que asoció su obra con la de Schiller, al fallecimiento de su hijo. Tenía ochenta y un años cuando se decide a escribir en su diario: "Se diría que el destino da por seguro que no estamos hechos de nervios, venas y arterias, de órganos sensibles, sino de hilos de acero entrelazados." Y a un amigo: "Sólo he aprendido a desesperar."

Entre los bustos de Copenhague, Paul Claudel descubre el secreto de Victor Hugo: *Ce vieillard avait peur!*, dice deteniéndose ante la efigie en cuyos ojos se revela el espanto. En los retratos de la vejez de Goethe, la frente pellizcada en arrugas como por

una mano invisible, las cejas arqueadas con desconsuelo, son la imagen misma del dolor, del dolor que va a romper en sollozos, con aquella facilidad de lágrimas que algún día incomodó a Beethoven. Alguien creyó deletrear en sus rasgos "una congoja inenarrable". Y por 1808, un francés que lo encontró en Erfurt observó en voz alta: "¡Cuánto ha padecido este hombre!"

Escoger un solo aspecto de Goethe es, sin remedio, falsearlo. El Goethe impasible es una grosera falsificación. Enfermizo en su juventud, vulnerable siempre, sujeto al temblor de la sensitiva, poco a poco disimula pudorosamente y quiere escudarse en el silencio. Y al cabo, consigue dejarnos como imagen definitiva la imagen de su salud mental. "El espíritu nunca debe ceder al cuerpo", predicaba a Eckermann, y así lo cumplió. Goethe nos aparece como una presencia serena y radiosa, tan sólo porque los acasos externos pudieron menos que su ley interior.

"México en la Cultura", *Novedades,* diciembre de 1949.

3. Las conversaciones

Los que tienden a considerar la persona de Goethe como más importante que su obra, prefieren las *Conversaciones* de Eckermann al *Fausto.* ¡Allá ellos! La mayor reacción contra esta tendencia está representada en Gundolf. Para Gundolf no hay más vida de Goethe que su obra misma, y singularmente su obra poética, porque nos descubre directamente el alma de Goethe en su intimidad y soledad. Aquí está el meollo, aquí está el centro de la figura. Caminando al exterior, y en sucesivos círculos concéntricos, encontraríamos la obra científica, que ya es como un primer paso del sujeto al objeto; y después, los diarios, los anales, las páginas autobiográficas y las cartas del mismo Goethe. Finalmente, y ya en el círculo más externo, aparece la literatura contemporánea sobre Goethe, los libros especiales de Müller, Soret o Eckermann en que se recogen las conversaciones del dios de Weimar, y por último las cartas de los que lo conocieron y que han podido llegar hasta nosotros. Así, pues, con las conversa-

ciones nos quedamos en el círculo externo. Por mucho que buena parte del diario de Eckermann haya podido recibir la directa sanción de Goethe, conviene tener en la mente este discrimen.

En las conversaciones de un hombre a lo largo de tantos años, las cuestiones se presentan bajo muchos aspectos y, como lo reconocía el mismo Eckermann, no es extraño encontrar juicios más o menos contradictorios. Si alguna vez, por ejemplo, Goethe considera con envidia el espectáculo de un París que absorbe y concentra a la vida de toda una nación, mientras los ingenios alemanes andan dispersos e incomunicados en Viena, Berlín, Königsberg, Bonn y Düsseldorf, otra vez —hablando de la unidad alemana que está ya en el aire— ponderará la ventaja de tener varios centros de igual condensación, en lugar de un único París. Y la verdad es que en ambos casos ha tenido razón. La perspectiva ha cambiado, el ángulo es otro, y todo el paisaje se altera; consideración que debe servir de criterio, para no enredarse con las aparentes contradicciones.[8]

Aun cuando Eckermann sea el más afable y ameno de los testigos, no pasa de ser el fiel discípulo, el que a veces querrá tomar al pie de la letra hasta las salidas burlescas de su maestro y sacrificar, real y positivamente, un gallo a Esculapio, como en el cuento de "Clarín". Adora a Goethe, y así, carece de malicia. Le falta ese momentáneo despego que el pintor emplea para apreciar como con ojos extraños el cuadro en marcha. Presentimos que el tono de Goethe, al pasar por el resonador de Eckermann, se refracta un poco. Se nos figura que Goethe hablaba frecuentemente con frases más incisivas y más cortas, más parecidas a sus epigramas o *Xenias.* Con un leve esfuerzo, creemos transparentar, por entre el zumbido del discurso de Eckermann, los aletazos goethianos.

Goethe parece más desembarazado cuando habla con Müller: le da algunas bromas, se divierte en irritarlo, por ejemplo, a propósito de las cuestiones religiosas. En la sobreexcitación de la charla, a veces se dejaba ir hasta la paradoja, sólo por el gusto de desazonarlo. Comenta el dogma con audacia, declara que la divinidad de Cristo decretada por el Concilio de Nicea era una con-

[8] Eck., 3-V-1827 y 23-X-1828.

veniencia política del momento, en apoyo de los despotismos;[9] o divaga sobre la Inmaculada y otros misterios en términos que inquietan al canciller.[10] O bien, con una graciosa rabieta, llama "asno" a Cicerón. Cuando Müller parece muy espantado, suele decirle: "Me he soltado, y hay que dejarme desahogar, no se me incomode."[11] Por suerte, Müller nos presenta un Goethe con nervios y con temperamento. En las notas casi telegráficas de Müller se trasluce algo del humorismo de Goethe (aunque Müller no lo entendiera); de sus cuentecitos, de sus chistes, de su estilo oral. A la recitadora que se excede en los ademanes, Goethe le pone una silla delante, rogándole que empuñe el respaldo con ambas manos. Para dar una lección oportuna, cuenta la historia de la castellana de Nuremberg que, oyendo a los jóvenes hacer alardes de sinceridad y criticar con demasiado énfasis y aun con grosería a los aduladores e hipócritas, juntaba las manos y exclamaba en un rapto: "¡Ay, aduladores e hipócritas, cuánto os amo!" Otro día se acuerda del miedo que tenía Kaunitz a que le mentaran la muerte. Este miedo llegó a tal punto que, después del fallecimiento de su hermana, siguió enviándole fruta como lo tenía por costumbre, y cuando el emperador murió, hubo que anunciárselo así: "José II ha dejado de firmar." Se ofrece un día grabar una medalla para el jubileo del gran duque, cuyo espíritu de negación y escéptica neutralidad incomodan a Müller. Goethe, sonriendo, propone como símbolo un sol que se hunde en el mar, con la leyenda falsamente atribuida a Nono de Panópolis: "Es el mismo hasta en su crepúsculo." De Reinhard, dice Goethe que "va por la vida con el gancho del trapero al hombro". En otra ocasión, se acuerda Goethe de cómo el doctor Buchloz se puso en ridículo, solicitando ante la Academia de Ciencias el título de Plinius Secundus, a lo que se le contestó que ninguno se llamaba así en la tribu de los Plinios. El cardenal De Este elogia al Ariosto: "*Ma dove, Messer Ludovico, avete pigliate tante coglionerie?*" "Y esto me digo a mí mismo cuando releo el *Meister*", añadía Goethe de buen humor. Bertuch, maestro en apropiarse lo ajeno, cuando ve a Batsch escribir

[9] 19-X-1823.
[10] 30-VI-1824.
[11] 6-XII-1825.

un nuevo sistema de historia natural, hace saber que, no teniendo tiempo de exponer sus ideas al público, Batsch se encargaría de hacerlo en su nombre, anécdota que tiene ya todo el sabor de la maledicencia literaria y nos cura un poco del Goethe imperturbable. La mujer de Herder recibe, sin rodeos, el calificativo que se merece: cabeza a pájaros. La señorita Caspers es uno de esos seres femeninos y amables, pero neutros, "adiáforos", dotados de una escasa sensualidad, que por eso mismo cruzan la existencia con cierta fortuna, pues justamente no nos seducen más allá del placer de pasar un rato en su compañía. Y si le preguntan cómo va, dice con una muequecilla burlona: "Mal; ni estoy enamorado, ni nadie lo está de mí." Necrología de la señora Krudener: "Vida comparable al aserrín, que sólo sirve para convertirlo en ceniza y hacer jabón." "Los astrónomos, los más sociables entre todos los ermitaños..." "El profesor Fries, que parece el esqueleto de un tigre..." A propósito de una linda polaca que encontró en Carlsbad, "delicioso polichinela sármata lleno de gracia y de buen humor", de quien nadie parecía hacer caso como de una pobre Cenicienta, Goethe observaba, con orgullo de conocedor: "Pero yo la descubrí, y la saqué de la ceniza como una castaña." O cuando, entre las diez y las once, sus amigos han comenzado a despedirse: "Tendré, pues, que trabar amistad, a solas, con la medianoche." Y sobre la salud vacilante de algún amigo: "La esperanza sólo se posa ya en los bordes de la urna." Este acento se nos diluye un poco entre la retórica de Eckermann. Allí no lo encontramos.

Por su parte, Falk tiene mucha miga, pero hay que manejarlo con tacto; porque este poeta satírico y fundador de un orfelinato ni carecía de imaginación ni se sentía muy cerca de Goethe. El hijo del helenista Voss sólo muestra el deslumbramiento juvenil ante el dios de Weimar. Soret, el preceptor del duque heredero, hombre agudo que sin duda tenía en su tiempo mucha más personalidad que Eckermann —aunque éste lo oscurece hoy por el encanto de sus relatos—, nos da, en su francés ginebrino, un Goethe en discusión y en contraste, un Goethe bajo el fuego de las objeciones y en el *tac-au-tac* de las réplicas. Y aun las observaciones del médico Vogel, de Juana Schopenhauer, de Boisserée y otros

—en la colección ya tan accesible de Amann y Walz— deben completar nuestra imagen.

Claro es que Goethe, ante su discípulo Eckermann, se ensayaba un poco para la eternidad. Sabía perfectamente que cuanto dijera delante de aquel muchacho sería metódica y diligentemente recogido pocas horas después, y algún día entregado al apetito de las generaciones. En consecuencia, el excelentísimo señor consejero procuraba no ofrecer a su rendido escriba sino los aspectos menos discutibles de su persona. Le habla de ideas, de cuadros, de actores, de la novelística inglesa o italiana, del romanticismo francés, de la tragedia antigua, y no ve el objeto de explayarse sobre sus desdichas humanas. Le ocultaba, seguramente, la pasión y la intimidad.

Así se explica que Eckermann no parezca haber tenido a tiempo noticia de que la indisposición cardiaca de Goethe a su regreso de Marienbad era imputable al esfuerzo que hizo para renunciar a Ulrica de Levetzow.

Pues bien: de todo esto o nada entendió Eckermann, o nada quiso decir por discreción, que para nuestro caso es lo mismo. No, no sería él quien pudiera escribir para la posteridad un Goethe en pantuflas. Sin embargo, en la tercera parte de sus *Conversaciones,* que publicó a guisa de complemento y retoque de las dos anteriores, se lee una notita que dice: "Más bien parece que la causa de su actual enfermedad es la apasionada inclinación que sintió este verano, en Marienbad, por cierta muchacha, inclinación que ahora trata de combatir."[12] Siempre habíamos sospechado que esta nota no era de testimonio directo y acaso había sido añadida *a posteriori.* Un día, al fin, se han publicado las *Conversaciones con Goethe,* de Soret.[13] Como lo habíamos presentido, la nota arriba transcrita no es de Eckermann, sino de Soret. Soret, por edad y por situación social, estaba más cerca de las intimi-

[12] Eck., 17-XI-1823.

[13] París, Montaigne, 1932, p. 27. La edición es incómoda. Para averiguar el año de cada acontecimiento, hay que referirse al índice, cuando hubiera sido tan fácil sacarlo al margen, arriba de cada página, ya que no repetirlo otra vez en cada fecha. Las notas finales producen nueva confusión: en vez de llevar numeración corrida, la numeración comienza otra vez para cada año. Otra anomalía más: las notas están intercaladas a medio libro, entre las conversaciones propiamente tales y la semblanza de Goethe por Soret.

dades de Goethe. El maestro no podía olvidar que respondía un poco de Eckermann, a quien, a la vez que aprovechaba, estaba educando.

Y, a pesar de todo, la buena fe de Eckermann y su perfecta lealtad dan a su testimonio —siempre que se tengan en cuenta las anteriores reservas— un valor único. Tampoco es difícil descubrir, en las charlas que él nos transcribe, las notas reiteradas, dominantes, y atenerse a las declaraciones que no dejan duda. Cierto es que Eckermann sólo fue testigo de los nueve últimos años en una vida de ochenta y tres, pero esto da al testimonio su verdadero carácter, en vez de desvirtuarlo: es el saldo, es la etapa final en que Goethe —siempre tan dado a contemplarse a sí mismo como desde arriba, y mucho más ahora, en las lejanías de la ancianidad— habla de su obra en tiempo pasado, desentraña las directrices de su vida, y nos muestra las consecuencias de su conducta. Nos presenta entonces como un compendio de sí propio, ahorrándonos el trabajo de establecerlo por nuestra cuenta, sin el peligro de perdernos en una interpretación simbólica y artística como la de *Poesía y realidad.* (Además de que *Poesía y realidad* sólo llega a los veinticinco años de Goethe. Es, podemos decir, el Goethe prehistórico.) Por otra parte, es indudable que el Goethe de los últimos años, como el Platón de la última manera —según el sutil análisis de Natorp—, muestra cierta inclinación a las expresiones buscadas, solemnes, sacerdotales; estilo que llega a serle habitual, y él mismo no parece percatarse de su trascendencia poética.

Las *Conversaciones* de Eckermann se releen siempre con placer. El pastorcito del Luhe —hijo de un buhonero y de una hilandera— busca su destino a tanteos, como esas briznas de marmaja que tiemblan bajo la atracción de la piedra imán. Ya sale a pie de Gotinga; ya atraviesa el valle de Werra; ya entra en el camino real; ¡ya está en Weimar! Eran los primeros días de junio de 1823. Goethe lo recibe el martes, 10. He aquí un martes que no fue aciago.

Este Wolfgang, este Lope germánico, pensaba mucho en nuestro Lope español. El 30 de junio de 1824 leyó y casi representó, ante el canciller Müller y otros contertulios, varias escenas de Lope en la traducción de Malsbourg. Como no le dolían prendas, confesó un día, tras un suspiro:

> He dado mucho tiempo a las cosas ajenas. Cuando pienso en lo que ha hecho Lope de Vega, me parece insignificante el número de mis obras poéticas. Debí haberme ceñido más a mi principal ejercicio... Si no me hubiese preocupado tanto de las piedras y hubiese aprovechado mejor mis horas, hoy poseería el más bello cofre de diamantes.[14]

Cierta vez, meditando en Lope, nos saltó a la cara la evidencia: Grande es —nos dijimos— la responsabilidad de la mujer en la formación del poeta. Al voluptuoso muchacho madrileño, en los albores de su vida amorosa, una mujer lo condujo paulatinamente hacia la depravación. A Elena Osorio son imputables buen número de arrugas y cicatrices en la íntima fisonomía de Lope. Hombre de placer, rompió para siempre esa castidad esencial de todo amor. Ya no podemos pedirle cuentas; harto fue que el estro lo salvara en aquella marejada incontenible, en aquel vivir extremoso que él mismo redujo a dos palabras: amar y aborrecer.

Muy otra fue la historia de Goethe, que también halló su salvación. Cada vez que la pasión desborda —y ello aconteció muchas veces—, lo encontramos, diligente castor, trabajando en silencio y levantando diques por las orillas de su alma. Los tributos pagados a lo pasajero, a lo blandamente sentimental —amores celosos, orgías y arrebatos de antaño—, que en otros hubieran precipitado el desbarajuste de la persona, en él, aceptados pero bien entendidos, se redimen por la inteligencia y acaban por escalonarse como otras tantas etapas en que se consume la sobrecarga del combustible vital. Lo que pudo ser un desquiciamiento fue un proceso de maduración.

[14] Eck., 20-IV-1825.

Goethe aspira a la normalidad. Su sentido de la normalidad se confunde con su actitud reverente para la integridad del ser: sentimiento ya religioso de que el hombre vino a la tierra a fin de realizar todas sus posibilidades creadoras. Sin esta conciencia del deber vital temo que no se entienda a Goethe.

Ahora bien, la normalidad es espaciosa, y ha de recibir en su seno mil corrientes encontradas, "tributarias del mismo principio animador". Ella supone una magna capacidad para deslizar sin ahogos los grandes tragos de la vida. Siempre, al abordar a Goethe, hay que comenzar por ensancharse la cabeza: disciplina con que él mismo desconcertaba al estrecho Müller o al reflexivo Eckermann, sea al defender alguna arbitrariedad artística de Rubens, o alguna audacia de Byron, o al aconsejarles que no se sobresalten, sino se familiaricen, con todas las aparentes imposibilidades que el mundo nos arroja a la cara, o el trasmundo nos deja como adivinar en un bostezo.[15]

Goethe acata su destino de hombre, y no se conforma con menos que la totalidad. Nada más atlético y peligroso. Para hacer brotar todas las semillas que anidan en su corazón, moverá cielo y tierra. Ejercita desde niño su voluntad, imponiéndose como ensayo estoico el dejarse zarandear por sus compañeros hasta cierta hora determinada; trepa luego a la Catedral de Estrasburgo para vencer el vértigo; en Valmy, prueba la fiebre del cañón... No quiere ignorar ninguna experiencia humana que fortalezca y dignifique. Y así, a cada nuevo desafío, salta a la arena.

Pues ¿cómo había de negarse, entonces, a bogar los golfos de amor? Confía en su puño, confía en su instinto para dar el oportuno golpe al timón. Es decir —bajando ya de la metáfora—, que para defenderse, cuando es el caso, inventa recursos ingeniosos: música, deportes, paseos, poemas, nuevas aventurillas, trabajos públicos, lento deliquio platónico, raudo galope por Italia.

Adèle Fanta se queja no sin razón de los que, con Blaze de Bury, agrupan sumariamente bajo el título de "amantes de Goethe" a cuantas mujeres lo trataron, como a Augusta Stolberg, su corresponsal lejana, con quien ni siquiera llegó a encontrarse. Larga es la lista, y siempre que la enumeramos se nos pasan por alto dos o

[15] Müller, 25-IV-1823.

tres nombres: Gretchen, Kätchen, Federica, Lota, Maximiliana, Ana, Lilí, Augusta, Carlota de Stein, Corona Schröter, la "Linda Milanesa" Magdalena Riggi, Faustina, Cristiana, Minna, Bettina, María Szymanowska, Ulrica… ¿Pues no han pretendido que llegó a enamorarse de la duquesa Luisa de Weimar, o hasta de la emperatriz María Luisa? Pero, entre algunos de estos nombres y otros más modestos que pudieran citarse, andan los amores de Goethe.

No hay que verlo como a un Casanova o a un Don Juan, de oficio seductores. En él no hay cálculo ni jactancia. Era la suya una naturaleza de sentidos despiertos, candorosamente sensual. El tacto y los ojos lo conducían. Sin ellos, no quería, no podía pensar. La mujer le era símbolo y cifra de todas las bellezas ofrecidas a nuestra contemplación y disfrute. Las caricias lo ayudaban a encaramarse hasta las ideas, y medía sus hexámetros palpando los flancos temblorosos de su compañera. Entre las últimas visiones de su agonía, le apareció un rostro de mujer.

El "genio", como lo entendía su época, era ante todo un genio cordial, un corazón abierto y valiente. Infiel de un momento a otro, fiel a cada momento, Goethe cruza la existencia como un peregrino apasionado, sincero, cuya mudanza incesante es efecto de una fatalidad, de un germen "demoniaco", diría él mismo. Ello exige, al fin, el acto expiatorio y la renuncia, pero nunca peca contra la verdad del amor.

Y al cabo de tantas peripecias —sin negarse nunca a un guiño de ojos y a ésta o a la otra tentación furtiva— se instala en casa con una compañía gustosa, que poco a poco se le vuelve hábito confortable. Adopta cierta base de comodidad, para consagrar algunas horas a estudiar y a escribir, a dar fin a tareas comenzadas; pues que nada le repugna más que el dejar morir las formas latentes. No se da a partido ante las intrusiones del desorden externo: se sacrifica antes que dejarse vencer; se sobrepone a los desastres domésticos; se embriaga todavía con una última esperanza; pues, como decía Madame de Staël, "Goethe necesita una seducción". Y cuando el mundo parece cerrarse ya ante el anciano, deshumanizado por la longevidad y marcado por la erosión de todos los dolores, todavía sigue trepando su montaña patética, sin volver el rostro, hasta donde lo esperaba tal vez el perdón de lo femenino

eterno. Ni la vida se lo negó, ni él retrocedió nunca ante su abrazo de leona.

5. El supuesto olimpismo

Mal aconsejado, y dando la espalda a mis experiencias, yo también, en cierto libro juvenil, incurrí en la vulgar acusación contra Goethe, llamando "olimpismo" —en el peor sentido del concepto, que vale "egoísmo"— a ese legítimo resguardo de la propia sensibilidad, del equilibrio tan indispensable a la acción como al pensamiento. Me referí entonces a aquella "fuerza de crueldad" que Goethe advertía en el teatro de Schiller como quien reconoce una condición que le falta. Lo cual, en suma, es una observación mucho más que un encomio. La teatralidad en superficie, el fraude patético no es el arte sumo. Mucho se ha hablado también de la blandura de Lope de Vega, incapaz de acabar un drama sin componendas, y nada se le resta con ello. Estos tiros caen fuera del blanco. Son explicaciones, no valuaciones; describen, no juzgan. Por otra parte, ya me parecía entonces difícil —aun antes de conocer de veras la vida y el carácter de Goethe— conciliar el pretendido olimpismo con la capacidad de pasión que revela el autor del *Werther*.

Pero lo cierto es que, cuando se habla del olimpismo goethiano, nadie piensa en el *Stürmer und Dränger* de la primera época, sino en el hombre acuartelado de Weimar; singularmente, en el hombre que volvió de Italia resuelto a ser un *sage*, un varón de prudencia. Y tal fue, en efecto, la evolución de Goethe, para ventura suya y de quienes buscan sus enseñanzas. El que haya logrado frenar gradualmente los arranques más femeniles de su naturaleza, sujetándose a la razón viril; el que procurara defender su vulnerabilidad sentimental para no gastarla en desperdicios, tan celosamente como defendía su tiempo contra las importunidades mundanas, no autoriza la menor censura. Cada uno debiera estudiar su resistencia y hacer otro tanto, si de veras está empeñado en alguna obra de provecho. Nuestra pobre Sor Juana tuvo que meterse de monja para que la dejaran leer y escribir —a reserva de entregarse finalmente a la caridad en cuerpo y alma—, y hasta

su encierro iban a incomodarla las molestias del trato humano. Goethe solía dejar congelados a quienes venían a perturbar su labor, y aun a las sombras de sus pasados extravíos. Así cuando en la vejez lo visita Lota Kestner. ¡Esperaba encontrar en él al mismo adolescente enfermizo que andaba ayer como vilano en el viento! Pero el que ha recorrido la historia de su vida lo ha visto bajar de su pedestal, palparse el corazón y mezclarse entre la multitud de las almas. El Goethe marmóreo de la vejez no era marmóreo, era nestóreo, maestro en las artes del vivir, hombre de buen consejo, amigo providente: "Se juzgó mármol y era carne viva."

La manía de convertir a Goethe en una figura de museo no le perdona ni a la hora de la muerte. Se lo hace exclamar con frase simbólica y lapidaria, calculada para la oración fúnebre: "¡Luz, más luz!" Cuando lo único que hizo, desde su sillón de agonizante, fue pedir que abrieran un poco la ventana para ver mejor. Su última palabra fue mucho más sencilla y mortal. Llamó con un ademán a su nuera, le dijo: "¡Dame la patita!", y expiró.

Era un hombre como nosotros, no es posible reducirlo a una sola línea inflexible. Hay en él irisaciones, piedad, sacrificio, abnegación y lágrimas. Nunca dejó entender, con Gracián, que la desdicha sea contagiosa, ni escatimó a nadie un consuelo. Como lo hemos oído hablar demasiado, queremos hacer doctrina de sus frases ocasionales, de ésta o la otra salida paradójica y hasta cruel que todos nos permitimos en la conversación. Es increíble la puerilidad a que llegan los comentaristas: parece que dejan el buen sentido a las puertas del Frauenplan. Hacen un tejido de murmuraciones —que esto y no otra cosa suelen ser los dichos de los contemporáneos—, olvidan las reglas más elementales de la prueba histórica, y nos pintan un monigote en vez del poeta que supo tan cabalmente decirnos quién era y lo que aportaba al mundo.

¿Y por qué escoger, maliciosamente, tan sólo los testimonios negativos? Federica Brun declara en su diario: "Goethe ama a los que sufren y se apega a ellos con simpatía."[16] ¿Y los hechos, nada cuentan los hechos? Ya es el pobre estudiante Plessing, enfermo

[16] 12-VII-1795.

del "mal de Werther", a quien Goethe acude solícito, cruzando el Harz en pleno invierno. Ya el amigo Moritz, herido en Roma, a cuya cabecera se instala durante cuarenta días —no obstante que Italia lo llamaba a gritos—, y para cuya guarda deja establecido un turno entre sus compatriotas. Ya la anciana a quien tolera pacientemente el relato de las inacabables proezas de su nietecito, que a la sazón peinaba barbas. Ya el huérfano Peter Imbaumgarten, pastorcito suizo a quien adoptó el barón Lindenau por haberle salvado la vida y que, al fallecer éste en América, Goethe acoge en Weimar bajo su tutela —honrando el recuerdo de su amigo—, y de quien encargaba, durante sus ausencias, a la señora de Stein, con expresa recomendación de que no fumara más de tantas pipas al día. Ya el desheredado Kraft, de Berka, a quien desinteresadamente protege, le busca un empleo en Ilmenau y le confía la educación de Imbaumgarten. Ya es Fritz de Stein, de quien fue preceptor y amparo a pesar de su rompimiento con Carlota. Ya los muchachos Herder, de quienes se ocupa sin reparar en la ingratitud de sus padres. Ya la dulce, la misteriosa y delicada Sofía, novia de Novalis, a la que visita en Jena, junto a su cama de enferma donde ella se iba deshaciendo. Al médico Vogel, que lo asistió en sus últimos años, Goethe proporcionaba recursos abundantes para que ayudara a sus enfermos menesterosos, con la orden terminante de no revelar el origen de estos donativos.

Nada tiene de extraño que, a más de un siglo de distancia, Goethe haya sido el inspirador y maestro de uno de los hombres más penetrados de caridad cristiana que conoce nuestra época: el doctor Albert Schweitzer. Y Schweitzer nos ha dado, en una carta a su traductor norteamericano Charles R. Joy, el mejor criterio para entender y absolver a Goethe de ciertas momentáneas timideces (sólo confesadas a Schiller), de aquellas repentinas fugas con que, a veces, parece que quería esconder su corazón. Ya se sabe que era sensible en grado sumo al ataque de las emociones. Y Schweitzer explica, además, que "había en él, para muchas cosas, una como incertidumbre e indecisión, particularmente ante las situaciones críticas, sumamente desconcertante. Era una dolencia hereditaria semejante a la del que padece temblores nerviosos. Y tengo la impresión de que se percataba bien de ello y (aunque sin revelarlo

a la gente) sufría mucho por esta causa". Y añade, con la sinceridad de su grandeza: "Sería una falta de probidad el que yo pretendiese, por comparación, envanecerme por haber sido tallado en una madera más resistente."[17]

Goethe, cierto, nunca sintió la afición monstruosa de la podredumbre y la fealdad. Pero ésa es otra historia, y no arguye indiferencia, sino todo lo contrario precisamente. Rehuía el dolor inútil e infecundo. El gasto vital sin objeto fue acaso, a sus ojos, el único y verdadero pecado, el que no admite redención. Tanta era su respetuosa ternura para el espectáculo de la vida: su "reverencia", dijo él en el *Meister*. Por eso tampoco le agradan el reproche ni el arrepentimiento. "Sólo me arrepiento —argüía con perfecta lógica— de cuanto he sufrido por males que no llegaron a acontecerme." Bienvenido el dolor —parece decirnos— cuando el dolor saca el alma fuera y la pone a producir en su natural oficio trágico. Mas no haya compasión ni atención para el dolor como apetito morboso, ni para el dolor sin grandeza. Lo que no fomenta la vida no puede ocupar el pensamiento del justo. Que nos curen en buena hora la gota y el flemón, pero no sean ellos objeto de nuestras meditaciones.

Se lo ha visto, en sus tiernos años, rechazar la presencia de los niños desagradables; de escolar, huir de los sitios repelentes; al fallecimiento de su hermano Jacobo —de cuya educación tanto se cuidaba, con una precoz e increíble solicitud—, abstenerse del llanto estéril; de joven, desenlazarse de los brazos de las mujeres que empiezan a encadenar su albedrío. ¿Acaso ha nacido él para cargar con "la cruz de rosas", de que habla Julien Benda? Más tarde, invita a su nuera, que cayó del caballo y tiene la cara estropeada, y que ya está siendo atendida debidamente, a ausentare del comedor y ahorrar a los huéspedes el espectáculo ocioso del sufrimiento, mientras no se haya restablecido. Nunca podrá el duque Carlos Augusto obligarlo a visitar un manicomio. ¿Qué enfermiza curiosidad es ésta, a qué complacerse en el espantoso rebajamiento del ser humano? El duque lo quiso arrastrar un día, por sorpresa. Pero Goethe, que "olió el asado", se

[17] Ch. R. Joy, Introd. al vol. de Schweitzer, *Goethe: Four Studies*, Boston, 1949.

detuvo de repente y le dijo: "Allí, jamás. Antes, si hace falta, acompañaré a Vuestra Alteza hasta los infiernos."[18]

Aun las apoteosis de la Crucifixión lo desazonan; y lo mismo las caricaturas de los hombres extraordinarios. "No tengo derecho a imponerme tales tormentos. Los jóvenes se reponen fácilmente, no las personas de mi edad." (Y mejor pudo decir: "de mi temperamento".) No quiere releer el *Werther* ni volver los ojos a la angustia de ayer. Esta delectación morosa no se ha hecho para las naturalezas saludables. La muerte misma, que nos quita al ser querido y nos da en cambio un muñeco desconocido y rígido, no tiene derecho a sustituir el recuerdo de la vida. "La muerte es mala retratista, es embustera." Ni Schiller, ni Herder, ni Wieland, ni Carlota de Stein, ni Cristiana, ni la duquesa Amalia, están ya presentes en sus cadáveres. Más vale conservar la imagen de los vivos, vale más alejarse, o dejar, fingiendo indiferencia, que se aleje bajo nuestros balcones el desfile mortuorio.

Para defenderse de las emociones agudas, si no son más que sacudidas inútiles, o toma el coche y se evade, o se mete en cama. ¿Exagera? ¿Acaso penetramos toda la hondura de aquella tremenda "receptividad" al dolor? ¿O es que hubiéramos deseado verlo aniquilarse sin objeto, verlo morir de bala perdida? Y además ¿podría el escritor cumplir con su conciencia si no sabe alejarse y cuidar un poco su soledad? Müller nos descubre sus "accesos de anacoreta". Pero ¿por quién lo ha tomado Müller? ¡Bueno fuera que Goethe, asediado constantemente por la familia, por todo Weimar y toda Europa, no hubiera sabido escabullirse a su tiempo! Y si Cristiana, a veces, se sentía celosa de la Musa, peor para ella.

También se enclaustraba en el silencio. Sólo así se trabaja. Los manifiestos, los programas, la previa declaración de los planes —confusión lamentable de la política con el arte— no eran lo suyo. En vano quiere Boisserée que le cuente la conclusión del *Fausto*. En vano Juan Pablo se da maña para arrancar al "astuto viejo" alguna revelación sobre la obra en camino. "Sus estudios naturales —dice esta vez Müller con mucho acierto— le habían enseñado que cuanto en la vida posee grandeza sólo crece y se desa-

[18] Eck., 17-III-1830.

rrolla en el silencio." La fiebre brutal de información, durante sus últimos años, lo hostiliza y lo inquieta. Como hoy los gerentes a la moda norteamericana, hubiera querido poner un letrero a la puerta de su taller: "Positivamente privado". ¡Qué diría, si llega a vivir entre el impudor de nuestra época! "Hay que aislarse —afirma— aun con la violencia." Y esto explica mil incidentes cargados a cuenta del olimpismo.

Hay quienes deslizan el concepto del olimpismo al concepto del narcisismo. Goethe no hubiera sido más grande por ignorar su grandeza, lo que en su caso resultaba imposible, y una necesidad o una hipocresía. No confundamos el triunfo de la virtud con los "premios a la virtud". Es verdad que Goethe procura embellecer el relato de su vida: no era un poeta del despecho. Nos describe los trajes con que lo vestían de niño, concediéndoles verdadero sentido estético, por lo mismo que no pasaban inadvertidos a sus ojos. Tenía los sentidos insobornables. "Un cambio en su peinado —dice Michel Bréal— da motivo a explicaciones inacabables." Se recrea en evocar sus alardes de patinador ante el arrobo de su madre. Pero ¿quién, desde la atalaya de la vejez, no contempla con emoción las escenas de su vencedora juventud? ¿Quién no procura ennoblecer sus recuerdos, para consolarse de que sólo sean recuerdos? A lo largo de *Poesía y realidad,* evoca, recibe y saluda cada uno de sus instantes vividos entre corteses reverencias. Tan hermosa actitud sólo puede incomodar a los "resentidos". Esta atención para sí mismo es índice de su interés por la vida; y quien había estudiado a Montaigne mucho más de lo que concede Loiseau bien puede decirnos que la vida es su vida, y su propio ser, toda su física y toda su metafísica. En otra casta de gente ello parecería ridículo, no en el grande hombre. Y todavía falta preguntarse si ese halago con que a veces trata de sus bagatelas no será un simple efecto de su clara inteligencia y su buena pluma. Y él no podría fingirse sandio ni ignorar su propia condición. El que se lo equipare con el apreciable Tieck sólo por buscarle una contrafigura, como lo hace Schlegel, le parecía a Goethe tan descabellado como querer medirse él con Shakespeare. "Puedo decirlo abiertamente: no es cosa mía, no soy yo quien me ha hecho."[19]

[19] Eck., 4-I y 30-III-1824.

El grande hombre despide de sí cierta aura que desazona a los no habituados a estas frecuentaciones o a los que traen mal sabor de alma. ¡Qué contradictorio, qué singular, qué desconcertante es el grande hombre! Es mayor que nuestro abrazo, y nos vengamos como podemos, declarándolo inaccesible, frío, hasta inmoral. No te ofendas, lector paciente, que lo propio aconteció a Schiller en su primer ataque hacia Goethe.

> En el curso de mi vida —dice éste— he podido observar a algunos grandes hombres, de cerca o de lejos... Ejercen una atracción terrible sobre las criaturas y los elementos... Nada pueden contra ellos todas las fuerzas morales obrando de consuno... Sólo podría dominarlos el universo, con quien viven en perpetua lucha.

La vida espiritual de Goethe, hasta cuando las apariencias lo fingen más sereno y más satisfecho, es una larga sed. "¡El objeto único del deseo es lo inaccesible!", grita en *Poesía y realidad.* "¡Lanzaos en plena vida humana!", predica en el prólogo del *Fausto.* Y más adelante confiesa: "¡Amo al que codicia lo imposible!" He aquí la grieta por donde salta la sangre generosa. 'Fausto' no ha perdido con la ancianidad su inmensa, su noble ambición. Todo quiere mejorarlo y cambiarlo. Goza de innúmeros tesoros y se ha creado un reino. ¡Pero le faltan aquel par de tilos, aquella cabaña, aquella esquila! La mano se tiende con anhelo. El rey Ahab cree no poseer nada, en medio de su opulencia, mientras no se adueñe de Nabot.[20]

"Yo no busco mi salud en la indiferencia —dice 'Fausto'—. Lo mejor del hombre es lo que en el hombre se estremece. Por muy caro que se pague el sentimiento, el hombre sólo siente a fondo la inmensidad al impulso de la emoción."

Y cuando, al regreso de Marienbad, Müller lamenta el dolor del viejo poeta, no sabemos bien si habla de Goethe o habla de 'Fausto': "¡Cuán amargo es ver la íntima desazón de semejante hombre, y convencerse de que ni las ciencias ni las artes bastan para devolverle el equilibrio sin que su alma lo conquiste a costa de terribles esfuerzos, y que ni las más ricas experiencias ni

[20] Eck., 6-VI-1831.

el más lúcido conocimiento del mundo son capaces de protegerlo!"[21]

El Nacional, Caracas, 26 de junio de 1954.

6. Desde el mirador de Weimar

Hay autores que manifiestan una pintoresca inquina contra Weimar, se han creado una idea caprichosa sobre la existencia de Goethe y protegen su apasionado desvío con una muralla de ingeniosas argumentaciones. Nos pintan a Weimar como un cuartel de inválidos, incomunicado de la tierra, y al Goethe de Weimar como a un maniático que, en plena salud, se deja hospitalizar y se olvida para siempre de sí mismo cual por suerte de encantamiento. Weimar, según esto, sería un legendario país de los Lotófagos, donde Carlota de Stein hizo probar al poeta la planta prestigiosa y lo hundió en una siesta eterna. Weimar sería una isla embrujada, donde ni siquiera se percibe la influencia de aquella gloriosa Universidad de Jena, con estar ella a veinte kilómetros de distancia.

Pero es bien sabido que Jena era el cantón universitario de Weimar y su dependencia administrativa; que Goethe era el ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, y repartía y organizaba las cátedras; que él convocó a la filosofía idealista de Alemania en aquella casa de estudios: a Fichte, a Schelling, a Hegel; que tomaba parte en las tareas científicas de la Universidad, por él frecuentada constantemente y con mayor asiduidad cada vez, al punto que, sin los recursos de Jena, le hubiera sido imposible adelantar sus propios trabajos e investigaciones; que tanto vivía en una como en otra ciudad, a ambas las consideraba como un todo y a ambas las enlazó en el conocido epigrama:

La gran ciudad de Weimar-Jena,
la que tiene a uno y a otro lado
las cosas más buenas.

Quien admire a Jena, sea en las áridas mesetas de Castilla o en los sobrios altiplanos de América, tiene que comenzar por incli-

[21] 23-XII-1823.

narse reverentemente ante la sombra del poeta que vivificaba y conducía aquellas empresas de cultura y de pensamiento.

Sabemos también que Goethe nunca se detuvo en su marcha hacia la visión integral del mundo, y que nunca desfalleció en su acción sobre la vida; que sólo probó la flor de loto hasta donde convenía a su régimen moral; y que mucho más que a Carlota y mucho más que a Italia —meros instrumentos utilizados en la hora oportuna—, debe su sistema de equilibrio al interés creciente por la naturaleza y la filosofía de las ciencias; interés que fue primero sentimental y que —ya desde 1779 cuando menos— comienza a transformarse en un interés intelectual y a manifestarse en un trabajo metódico.

Consideremos, ante todo, lo que era aquella vida de Weimar por sus aspectos más superficiales y exteriores; pero sin perder de vista que Weimar ocupa muchos años, durante los cuales cambia visiblemente la situación de Goethe. Weimar, aldea con corte y modesta Versalles germánica, sólo nos parece una creación artificial por contraste con la vida contemporánea, que cede a otro cuadro de la geometría política. Célula viviente entre las muchas células de aquel feudalismo que duró hasta los días de Bismarck, en ella se cruzan intereses de larga proyección europea. Durante los diez años de la conjunción Goethe-Schiller, ha sido el centro de la actividad literaria y la primer trinchera. Allí las funciones del ministro Goethe, que comienzan por ser las de un maestro de ceremonias, adquieren luego las responsabilidades de un prefecto supremo, y al fin cristalizan en las de un jefe metafísico —como diría un oriental—, un dispensador del conocimiento y la belleza. Entonces, prácticamente, Goethe hace ya lo que quiere, lo que le importa; y el duque le deja tanta rienda, que aun acepta el que no comparta su entusiasmo por Prusia y, en lo demás, respeta su libertad y su iniciativa.

Ahora bien, en los tiempos modernos, la obra del pensador necesita, dada la creciente abundancia de materiales, libros e instrumentos, cierta estabilidad, cierta instalación permanente. En siglos remotos, bastaba viajar para ser sabio, y el turista ascendía insensiblemente al sitio del filósofo. En la escasez y en la movilidad, el hombre tiene que improvisarlo todo, lo que cuadra bien a

las etapas originales del conocimiento, y tal es el mérito heroico de los iniciadores. Pero ya en la Europa de los siglos XVIII y XIX —y desde muchos antes— sería inútil, peligroso y ridículo querer pasar por primitivo. Goethe necesitaba tranquilidad, hábitos, costumbres de buen vecino y de burgués. Insistamos: no se tome a mal esta palabra que hoy designa a ciertos enemigos. Entonces significaba precisamente la condición revolucionaria, la nueva clase que reformó la política y la cultura. Y en este sentido, muchos revolucionarios de hoy viven "burguesamente". Goethe no sólo era burgués de nacimiento. Hacer reservas, irse con prudencia, adelantar con cuidado —el *larvatus prodeo* de Descartes, en otro sentido más humilde y aplicado a las cosas diarias—; sacrificar unos años al servicio público para conquistar el derecho de encerrarse en el gabinete, son todas condiciones burguesas. El mismo Goethe dice que Byron padeció por su situación aristocrática, y hace el elogio de la áurea mediocridad como el estado preferible al poeta. El *Germán y Dorotea* se ha juzgado como el encomio del burgués alemán.[22] Aquel célebre soneto de Plantino, que lo mismo pudiera ser de Horacio —de un Horacio que rezara el rosario y compusiera sonetos—, describe la casa "cómoda y limpia" del burgués. Pudo Goethe haberse dejado arrebatar por el *Sturm und Drang* juvenil; pero se hubiera quedado, como los demás, a los comienzos del camino. Pudo, con un "arribismo" de alto porte, dejarse arrollar en el torbellino de las cancillerías europeas; pero, sin faltar a sus deberes, supo defenderse bravamente contra aquella tentación destructora. La táctica, uso y administración de la vida mundana solamente le servirán para facilitar los recursos de su trabajo, de su estudio, de su obra.

Y no es que lo mundano sea necesariamente frívolo; o más bien, muestra a veces aquella frivolidad profunda que Nietzsche admiraba en los griegos. Consiste lo mundano en juntarse para simplemente verse vivir, conforme a un código riguroso de convenciones que crea, burlándose trágicamente de los hombres, hazañas y delitos artificiales con premios difíciles y sanciones terribles. Es una perversión que constantemente sacrifica lo íntimo y lo cordial. Aun la bondad ha de disfrazarse y hacer méritos de malicia. Entre el

[22] Eck., 24-II-1824.

torbellino de cortesanos, el 'Príncipe de Cleves' tiene que morir de dolor sin decir palabra, mientras la 'Princesa' se mustia en un martirio secreto. Nadie lleva el corazón en la boca: de ahí el tremendo ahogo. Y Goethe, que necesita contar con todo su resuello, y en cuya existencia habrá siempre, y a pesar de todo, algo como una alpestre soledad, deja el mundo a veces y se va a la cima de las montañas. El sentimiento poético de las altas cumbres —recuerda Van Tieghem— aparece con Goethe en la moderna literatura europea.

Algún crítico se siente indignado por el hecho de que Goethe anuncie a Eckermann, como sucesos importantes, las visitas del ya gran duque Carlos Augusto, o le declare que tiene que disponer su espíritu para recibir debidamente a la gran duquesa. Hay que entenderlo y explicarlo: Para los días en que Eckermann recoge estas palabras de Goethe, aquellas visitas eran cortesías entre potencias iguales, y Goethe distaba ya mucho de ser tratado como un inferior o simple subordinado en el gobierno. Además, las cosas no se entendían entonces como ahora, sino que la deferencia para con el soberano era asunto de elemental ceremonia, de buenas maneras. El abrazarse de buena fe con los compromisos de su vida fue una de las normas de la sabiduría goethiana. También el escéptico Montaigne aceptó con todas sus consecuencias la alcaldía de Burdeos. Hay que cumplir con el deber a conciencia, o rechazarlo. Nada peor que desempeñarse a medias, propia artimaña de aventureros. "Lo que hago, lo hago íntegramente."[23] Por otra parte —Eckermann lo sabía y prudentemente lo calla—, la verdadera preocupación de Goethe no está en disponerse para halagar a los príncipes que lo honran con su visita. La verdad es que Goethe parece haberse ido acercando más a la duquesa Luisa, a medida que lo alejaba, hasta cierto punto, la incorregible tosquedad de Carlos Augusto. Y como a nadie escuchaba éste más que a Goethe, Luisa acudía al poeta como al amigable componedor que mediara en sus cuestiones domésticas. No hay aquí asomo de humillación ni cortesanía, sino lealtad, decencia y hasta respeto para la propia autoridad bien ganada.

Tampoco hay que insistir demasiado en la calidad de la tertulia de Weimar, que muchas veces pudo ser bastante modesta.

[23] Borrador de una carta de Goethe a Trapp, 28-VII-1770.

Claro está que no siempre disponía Goethe de eminencias, ni siquiera de gente capaz de llevarle la conversación: eso a todos les pasa. Y entonces, mientras escapaba otra vez a Jena, se conformaba con lo mejor de la vecindad. Parece que él mismo lo confiesa, cuando hace que la 'Duquesa de Ferrara' aconseje al 'Tasso': "Resígnate a mirar tranquilamente el curso tumultuoso del mundo, como desde la orilla, en el seno de un pequeño Estado que te ofrece seguro asilo." Los habituales contertulios de Goethe —el pintor Meyer, el profesor Riemer, el compositor Zelter cuando venía de Berlín— no pasan de unos vulgares "filisteos" a los ojos de Bettina Brentano. Pero, desde luego, Bettina no es un testigo sin tacha, ya se sabe: vivía en sueños, lo quería todo para sí, en perpetuo "bovarismo" egoísta. Meyer fue un amigo servicial. Riemer había sido preceptor de su hijo y ayudaba a Goethe cuanto podía. "Era un hombre de un talento y un saber que no cabían en su carácter", dice Müller.[24] Y Zelter, como quiera que se lo juzgue, comparte con Müller el honor de las confidencias y tiene también a nuestros ojos el prestigio de la amistad. Él acudirá junto a Goethe cuando hasta los suyos lo abandonen, en el incidente de Ulrica de Levetzow; y cuando Goethe fallezca, él se encaminará casi voluntariamente a la tumba: "A vuecencia el primer turno —dijo inclinándose ante el retrato de Goethe—; ahora sigo yo." Y se dejó morir de tristeza.[25] En cuanto al joven Eckermann, el bibliotecario de la gran duquesa, que hizo el viaje a pie de Heidelberg a Weimar para consagrarse a Goethe, ¿quién se atreve a escatimarle su simpatía? Hombre de lealtad y candor perfectos, a él debemos, no sólo el mejor retrato moral del poeta, sino un retrato que la posteridad suele identificar con el modelo.

No es objetable, aunque sea envidiable, el que un hombre de estudio organice sus útiles de trabajo, si tiene la suerte de hacerlo.

[24] 3-II-1823.

[25] Müller dice que Zelter era "excelente y honesto", y lo hace hablar así: "La gente se asombra de verme tan amigo de Goethe, que me es en todo tan superior. Yo soy rudo, voy derecho a mi objeto, hasta soy violento y extravagante, pero tengo corazón y veo claro." Se educó y se hizo solo, a fuerza de ahorro y avaricia, y comenzó siendo albañil (Müller, 25-XI-1823). También Eckermann lo estimaba mucho, y declara que le agradaría vivir a su lado. Schiller lo consideraba como una naturaleza admirable. La amistad entre hombres diferentes es casi siempre honrosa.

Cuantos lo objetan se perecen por encontrar su Weimar. ¿A qué no confesarlo, si es el anhelo más legítimo? ¿A qué tal enojo ante las discretas comodidades de Weimar? Un Goethe bohemio, expulsado de su vocación y su destino, posible es que hubiera dejado más manchas de sangre en los poemas y libros de su última época. ¿Sería preferible? No estamos ciertos. Ni en este extremo ni en el contrario caben las sentencias absolutas. Byron, Verlaine y Darío, pasada y vencida su tormenta, acaso hubieran remontado otras cimas, como lo hizo Goethe. La naturaleza, dice Aristóteles, a medida que se perfecciona tiende a la quietud. El principio puede ser discutible, pero la cita ilustra el caso. El más inteligente de los hombres ya ni siquiera desea hablar, oh 'Monsieur Teste'. Si a Goethe no se le ocurre dar permiso a la muerte, ¿quién sabe si no se nos convierte en montaña?

Otros se preguntan si, en la edad de *Rien que la Terre,* no resulta un tanto anacrónico el filósofo-poeta lugareño, el sedentario de Weimar (no muy sedentario para su época, ciertamente), achacando a Goethe como deficiencia espiritual el no haber viajado en ferrocarril, en auto, en avión. Y al pensar así, sólo miran a la senectud del poeta, a los años que se pasó sentado en su salón, para acoger el homenaje del mundo. Olvidan todo el animado pormenor de su vida, tan curiosa y varia, tan llena de casos y cosas, luces y sabores.

Nada más lejos de Weimar que la decadente torre de marfil. Goethe habla para todos los hombres. "Quien no espere ser leído por millones de lectores —exclama sin melindres—, que no escriba una sola línea." Nada le fue ajeno: ni Grecia, ni Roma, ni el Oriente, Inglaterra o Francia, España, Italia o América. Lo mismo se asomaba a los motivos del folklore serbio que a la novelística china, a la educación religiosa de los mahometanos, al lenguaje de las flores entre los persas, a la fabricación del acero en la India, a la filosofía indostánica. Le interesaban la política de Canning, la emancipación de Irlanda, la cuestión de Portugal, el porvenir de Capodistria en Grecia, la guerra turco-rusa, la abolición del comercio de esclavos, "que podrá traer una unión mayor entre los pueblos de África y expulsar un día a los europeos de aquellas costas", la Revolución de Julio, cuyo proceso siguió an-

gustiosamente según consta por datos ciertos. Continúa, a despecho de sus años, jardinando y herborizando. Y si, cuando sale al campo en carroza, no olvida su copa de plata para el vino, tampoco el martillo del mineralogista. Todo lo abarca, y así como ha previsto en sus sueños una Sociedad de las Naciones, así en el orden de la cultura espera los mejores frutos de una comunicación más intensa entre los pueblos. Anuncia que las literaturas europeas han de corregirse mutuamente por el contacto. "Hoy la literatura nacional no significa gran cosa —se adelanta a decir—. Llega el momento de la Literatura Mundial, y todos debemos contribuir a su advenimiento." Me cuesta creer que el aviador Lindbergh conciba la tierra bajo especie más universal que el sedentario de Weimar.[26]

7. La longevidad

A los cuarenta años aún se busca. Su cañón lleva una parábola de ochenta. La curva balística de su vida todavía asciende cuando ya la de sus coetáneos declina. Conserva plasticidades cuando éstos ya cristalizaron. La unidad de percepción del tiempo —teoría de Baer— cambia con la dimensión de cada vida, de modo que para todas las vidas el total de los instantes percibidos sea el mismo. El hombre medio percibe, como unidad de tiempo, 1/16 de segundo. La efímera, que vive un día, percibe unidades mucho más pequeñas y en el término de breves horas realiza una evolución completa. Lo que para nosotros es fugaz, es lentísimo para la efímera, y ve la bala del revólver parada en su trayectoria, como vemos nosotros el inmenso proyectil del sol. El Matusalén ideal que viviera mil años hallaría que el sol cruza como un rasgo de fuego. No vería los días y las noches, sino un temblor de luz y sombra. Longevidad significa lentitud biológica. Lentitud biológica significa trabajo intenso de las hormonas retardatarias, juego poderoso de frenos, mayor humanización del hombre, dignidad

[26] Eck., 18-I y 12-V-1825; 31-I, 11-IV y 15-VII-1827; 17-II-1828. Müller, 24-II-1819 y 28-V-1825.

zoológica de la especie cuyos ejemplares tardan más en andar, en alimentarse por sí solos, detención de las mandíbulas en la forma redondeada del feto sin llegar a desarrollarse en el hocico animal (Bolk). Goethe, humano demasiado humano, va despacio. Lavater le reprochó un día: "Te conduces en todo como si debiéramos vivir trescientos años."

Todo en Goethe viene a decirnos: vivirás no menos de ochenta años. En la célebre conversación narrada por Falk, aquella del 25 de enero de 1813, cuando los funerales de Wieland, donde vemos a la mónada Goethe increpar y amenazar a la mónada del perro, Goethe elogia francamente a Wieland por haber vivido muchos años, al contrario de Rafael o de Kepler, que se dejaron morir aquél a los treinta y éste a los cuarenta más o menos.

—¡Cómo! —interrumpe Falk—. ¿Habla usted de la muerte cual si dependiese de nuestra voluntad?

—Así suelo consentírmelo —contesta Goethe. Y explica sus razones.

Remóntase aquí en una teoría leibniziana que le lleva a hablar de las almas imperiales, las que atraen y absorben cuanto las rodea, convirtiéndolo en cosa propia; y a divagar sobre las almas de los mundos y las estrellas, en términos que hacen recordar aquellas fantasías de Kepler respecto a la "fuerza animal" que mantiene en sus órbitas a la Tierra y a la Luna, y algunas otras extravagancias pitagóricas que hay en el *Epítome a Copérnico*. Estas mónadas, dice Goethe, estas almas son indestructibles, y cuando parecen deshacerse es porque modifican su relación con las fuerzas ambientes. En esta modificación interviene siempre —en diverso grado según la escala o jerarquía, resabio de Swedenborg— la intención de la mónada. La muerte, con razón llamada disolución, es aquel acto de la mónada imperial que resuelve dejar en libertad a las mónadas sometidas a su servidumbre. Y este acto, que significa una desaparición del conjunto llamado persona —término opuesto al acto de la aparición o nacimiento—, es decisión libre de la mónada imperial, cuya esencia ignoramos de modo absoluto. No le asombraría a Goethe, después de millares de años, el que la mónada Wieland, desprendida de sus antiguos elementos accesorios y en una nueva combinación, se

incorporase en estrella de primera magnitud y reconfortase con su dulce luz a las cosas que la rodean.

Conversando años más tarde con Eckermann y Soret, les dice:

—Nuestro Sömmering, el cuitado, se ha dejado morir a los setenta y cinco. ¡Pobre gente, sin valor para conservarse más tiempo en la vida! En cambio, para mi amigo Bentham, ese loco tan radical, sea el elogio, sea la alabanza: me lleva unas semanas y se mantiene admirablemente... Pero hay una diferencia: ¡yo soy una raíz y él es un "radical"![27]

A la desaparición de la duquesa Amalia, hablaba con Soret de la célebre Ninon, joven a los noventa años porque poseía el arte de conservar su equilibrio y de no atormentarse por las cosas terrestres más allá de lo que merecen. Ni siquiera le atemorizaba la muerte. De todo gustó con placer, pero sin pasión. No exageraba los dolores que nos es imposible evitar, ni rechazaba los goces que le ofrecía la suerte. ¡Cuán pocos saben hacerlo![28]

Goethe pasaba a la sazón de los ochenta, y todavía viviría unos dos años. ¿El regreso voluntario a Matusalén, de que habla Shaw, otro longevo? El argentino Mitre, muy a lo criollo, había dicho ya antes: "No hay que morir joven. El que sobrevive a sus coetáneos siempre acaba por tener razón."

Pero la voluntad de vivir no debe ir más allá de la propia misión. "El hombre debe ser aniquilado. Cuando ha cumplido su misión, ya no hace falta en el mundo: ¡que la Providencia lo emplee en otra cosa!" Según esto, ¿Goethe se dejó morir voluntariamente, cuando lo consideró oportuno? El 28 de mayo de 1819 sorprende a Müller y a Julia de Egloffstein por la certeza y serenidad con que habla de su muerte, como si le fuera asunto conocido. Por febrero de 1823, la muerte se le andaba ofreciendo. Los médicos se mostraban algo indecisos. Él decide manejar la muerte napoleónicamente, y ordena un vaso de agua de Kreuzbrunnen: "Si he de morir, que sea a mi manera." Y la muerte, por lo pronto, pide disculpas y se aleja.[29] En los últimos meses de 1831, casi acabado el segundo *Fausto,* dispuso así de su existencia: "Lo que

[27] Eck., 3ª parte, 17-III-1830; Soret, 19-III y 23-IV-1830.
[28] Soret, 14-II-1830.
[29] Müller y Soret, 24-II-1823.

aún me quede de vida será un regalo; me es indiferente lo que pueda hacer en adelante." Es la sentencia de muerte que la mónada se dicta a sí misma. Por impulso adquirido, vivió todavía hasta el 22 de marzo del siguiente año.

Armas y Letras, Monterrey, N. L., 12 de febrero de 1958.

Tercera Parte

SONDEOS

1. La vocación

Se ha dicho que la fuga a Italia, cuando Goethe huye de Carlsbad bajo nombre supuesto para reaparecer en Roma como un aprendiz de pintura, es signo de vocación frustrada. Detengámonos un instante a considerar los caminos de la vocación.

Es, pues, el caso, que Goethe, según quieren algunos, ha concebido, si no acabado, la mayoría de sus grandes obras literarias antes de los treinta. Ya sólo faltan retoques o acaso darles la redacción final, confiarlas al papel. Aceptémoslo provisionalmente, aunque de mala gana. Si así es, el espíritu de Goethe ha quedado libre para nuevos emprendimientos. La expulsión deja sitio a un contenido ulterior. Rimbaud, casi niño, acaba con la poesía, y luego es un oscuro buhonero entre los africanos. Triste, muy triste, pero nada resta a su realización poética que, entretanto, sacude a Europa. En Goethe, a lo sumo, una Musa ha dado ya el hijo y quedan las otras ocho encinta. Su investigación de la vida, con un solo movimiento uniforme —y como las estrellas, "sin prisa y sin descanso"—, cruza la poesía, las artes, las ciencias. Andarse tanteando entre varias actividades, a tal altura de la vida ¿perturba o esteriliza la vocación de Goethe? Depende de cuál sea su vocación, y si ella se reduce a la mera función poética, en el sentido más "profesional" de la palabra. La vida de Goethe es ya irremediable, y es inútil asumir la figura de Orlando ante la bestia muerta. Pero tenemos obligación de entender, de escuchar a Goethe; "y escuchar es cortesía", dijo nuestro Ruiz de Alarcón.

El problema del mundo actual arranca del cristianismo. Si buscamos el reflejo de su progresión en la poesía, se nos ofrecen tres etapas: Dante, Shakespeare y Goethe. El primero nos muestra la fe religiosa sistematizada, y la poesía como *ancila* de la fe. En el segundo, el gran edificio universal se ha cuarteado por mil partes, roído por el individualismo creciente. Como la vida ya no reposa sólidamente en la creencia, aparece el sentido trágico moderno,

el drama del individuo, agencia inversa del cristianismo, de la catolicidad. En Shakespeare se da la exacerbación del hombre que no logra descubrir una finalidad en sí mismo, aun cuando el propio Shakespeare, pasando a través de la tragedia por la resistencia de su genio —salamandra entre llamas—, haya conseguido encontrar, al otro polo, una reconciliación, por lo demás no estrictamente cristiana. Recuérdese *La tempestad.* Goethe, que conoce a fondo las vicisitudes del pensamiento shakespiriano, levanta entonces su "simulacro piacular", su *Fausto,* y procura en él, a lo largo de medio siglo, un objeto, una finalidad poética consciente, una nueva reconciliación; no ya del individuo con su destino —que ha quedado quebrantada para siempre o por mucho tiempo—, sino del hombre con la naturaleza.

Ahora bien, esta reconciliación, que él tantea desde la poesía —donde el dolor de Shakespeare lucha con el apaciguamiento de Spinoza—, su época la va construyendo afuera, y no la acaba. Tampoco la acabará Goethe: le faltó vivir otro medio siglo todavía. Pero las líneas de la síntesis quedaron firmemente trazadas. Tal es la órbita de su planeta. De aquí que, cunado en la poesía, Goethe crece de ella, y se va como llevándosela consigo más allá de los límites estrictos de la literatura. Llega a concebir la operación del genio poético como una completa flexibilización del ser, más que como una tarea de versos. Licor prestigioso, la poesía circula por su ser, y donde quiera que ella toca, su ser cobra plenitud de existencia. Cuando todo él llega a estar sensibilizado y despierto, las artes, las ciencias, la acción, la política, son otras tantas funciones de la poesía.

La vocación no ha de confundirse con la especialidad. Porque hubo un día en que el barbero era el cirujano, ¿y quién sabe cuáles serán las futuras sorpresas del "taylorismo"? La vocación es un sentido ético, aunque pueda expresarse en la especialidad. Tajar lápices no es vocación. La vocación es más bien un ritmo genérico y puede abrazar varios oficios y saciarse en varias aventuras de la mente. Es más: las necesita, si es tan amplia como imperiosa. Goethe, el 8 de junio de 1821, dijo a Müller: "Toda solución de un problema es otro problema." Y lo mismo pudo haberle dicho: —Toda expresión de mi ser me descubre la necesidad de otra

nueva expresión. Kestner dijo de él: "Le atraen todas las ramas del saber humano, menos la de ganarse el pan." Medido a la talla de su actividad general, Goethe da el tamaño de su verdadero destino.

Esta actividad infatigable (entiéndase bien: actividad mental), este ponerse a prueba cada día de nuevo, es índice de su vocación. No permite que nada se le aduerma en acarreo latente. Dondequiera que descubre un germen, lo invita a existir plenamente, en sí mismo y en el mundo que lo rodea: idea de educador, de biólogo experimental, de moralista, de teólogo, de poeta y de enamorado de la vida. Adora el acto, como Santo Tomás, y hasta la hora de su muerte se somete a la inducción de nuevos conocimientos, a sumersiones en lo inédito. Más que en ser poeta, artista o "cientista" en el sentido habitual, su vocación está en ser activo o en actualizar toda su capacidad y su conciencia.

El problema de Goethe se me ha presentado siempre como un problema de dimensión, de compás. La física se desconcierta y cambia de registro al llegar a lo infinitamente grande o a lo infinitamente pequeño. Ve perturbadas sus costumbres, sus leyes, y acaba por preguntarse si tales leyes sólo serán modestas interpretaciones funcionales para el mundo de las magnitudes medias en que transcurre la existencia del hombre. De parejo modo, ante la obra y el pensamiento de Goethe —donde la longevidad hasta parece solicitada para realizar un destino—, se diría que nuestras limitaciones conceptuales se desconciertan; y ciencia, arte o poesía, y aun filosofía y religión, se deshacen en la vastedad y se resuelven en alguna otra cosa innominada, en una gran sustancia fértil que fuera la sustancia del alma, y cuyo trabajo trascendiera las marcas convencionalmente establecidas y las denominaciones usuales. Estos modos de actividad, en la dimensión goethiana al menos, no significan destinos diferentes. Si no temiera vaciar de sentido las palabras, diría que en Goethe la contemplación y el acto se confunden. A tal punto se realiza a sí propio.

Cuando Goethe explica a Müller que sus deberes administrativos de Weimar le dieron estímulo para el estudio de las ciencias, y que su geología nació de sus obligaciones en Ilmenau o en Berka; cuando vemos que sus trabajos de anatomía surgen como un desarrollo automático de sus relaciones sociales; cuando le oímos

contar a Eckermann que lo mismo le da dirigir un teatro que hacer versos, lo mismo fabricar cucharas que cucharillas, puesto que siempre consideró su obra *simbólicamente,* entendemos que lo único importante a sus ojos, por entre todas las manifestaciones a que el lenguaje medio ha puesto nombres distintos, es el movimiento de una conducta. Goethe confiesa que, para buscarnos a nosotros mismos, no tenemos más procedimiento que objetivarnos, ni más criterio del acierto que la reacción de placer o dolor que aquella objetivación nos produce. Pero dentro de este cuadro cabrían mil destinos, mil vocaciones en el tamaño habitual de la palabra, limitado y acaso falso. El que va lanzado a vivir cien años —la ciencia acepta hoy un tiempo vital diferente para las vidas de diferente duración—, ése bien puede buscarse cerca de los cuarenta en dos o tres actividades que le son todas placenteras y que, desde su alta cima, se le confunden más o menos en un escribir con el pincel, en un pintar con la pluma. En cambio, cuanto cae fuera de la verdadera vocación —el aceptar espectáculos deprimentes, hacer de profeta o demagogo, tomar partido en pleitos accesorios y ajenos, odiar a Napoleón a la fuerza, sentirse bélico de puertas adentro, rechazar por falsa modestia algún respeto merecido, asumir actitudes de oposición sistemática, explicar la calidad por la cantidad, confundir el orden ideal con el orden real, teorizar en el vacío mientras se pueden someter los objetos a la prueba de la palpación—, eso lo rechazará de una manera tan espontánea que muchas veces él no se da cuenta ni nadie se percató de su rechazo. Una mente vigorosa podría recoger todos los relieves desdeñados, procurar entre ellos una síntesis, y ayudarnos, por el exterior y el contorno, a mejor asir el Goethe interno, esa vocación para la cual lo único que nos falta es un nombre.

Finalmente, aparte del engaño o ilusión óptica a que nos conduce la dimensión goethiana, nos equivocamos respecto al punto de vista histórico cuando pretendemos encerrar a Goethe en nuestras actuales nociones de la vocación subdiferenciada. Goethe representa el postrer monumento erigido a la concepción del humanismo renacentista, que se llamó el hombre universal, concepción en que también comulgaron antes los *polimatas,* los *pentatlones* de Alejandría, avezados a todas lides. Considerar a

Goethe como un enciclopedista más es tomar la sombra por el cuerpo. Su ideal viene de Leonardo, y ya sabemos lo que esto significa. Sea un ejemplo: León Bautista Alberti, el constructor de Florencia, fue pintor, escultor, poeta, filósofo, músico y arquitecto; compuso tratados sobre las bellas artes; y a los veinte años, una comedia latina que pudo pasar por obra de Lépido. Toda su vida anduvo del pincel al cincel y del buril a la pluma, y a veces dejaba los pedales del órgano por la plomada. Hoy sólo buscamos su huella en la arquitectura: en Acqua Vergine o la Fuente de Trevi, en San Andrés de Mantua o San Francisco de Rimini, en Santa María la Nueva o el Palacio Strozzi (como si dijéramos, en el *Werther,* el *Meister,* el *Germán y Dorotea,* la *Ifigenia,* las *Elegías romanas,* el *Fausto),* y el tiempo ha borrado y envuelto las demás facetas de aquella única vocación de hombre universal. Otro tanto han hecho los años con los dibujos de Roma o los de Jena —los de 1810, los últimos que ocuparon a Goethe— o con su *Teoría de los colores.* Verdad es, como quiere Schweitzer, que la postura de Goethe ante la vida y la manera de desplegar en la acción sus múltiples talentos difieren ya de la estricta figura renacentista —turbulenta, inquieta, incendiaria— acaso mucho más que en un Leibniz; pero la figura general se mantiene en cuanto a la anchura de la vocación.

Plantemos ahora esta vocación en aquella Alemania no muy elaborada —aquella Alemania cuya juventud acompañó a la juventud de Goethe—, y comprenderemos mejor el caso de las múltiples actividades. Ya un medio siglo más tarde, en la Alemania de Eckermann, el caso de Goethe no hubiera sido posible, y éste lo sabía de sobra. Y como su programa de universalidad era tan imperioso, "Yo emigraría a América —suspiraba—, pero ya es tarde: allá también el terreno está muy desbrozado." Goethe hubiera necesitado, para saciar toda su vocación, la selva virgen de la cultura. "No debemos querer *ser* tal o cual cosa, sino aspirar a *llegar a ser* todo, y no tenemos derecho de detenernos ni reposar, sino cuando lo exigen la fatiga de nuestro cuerpo o de nuestro espíritu."[1]

[1] Borrador de la carta a Hetzler, 24-VIII-1770.

2. La naturaleza

Acompañemos los primeros pasos de Goethe en su estudio de la naturaleza, para detenernos en el punto donde la idea cristaliza ya en investigaciones científicas.

Si, como tan elocuentemente se ha dicho, el arte de la biografía consiste en explicar —y conceptualmente, en conciliar— las aparentes contradicciones de una vida (a condición, sin embargo, de aceptar cuanto hay de diverso y fluctuante en el ser del hombre, pues sólo el maniático vive según la idea fija, tortura que asume los extremos de aquellos castigos inventados o interpretados por las mitologías), entonces es una lástima que no aprovechemos tan sabio precepto y que nos refocilemos más bien en exagerar cuanto de pronto nos resulta incoherente.

Hay en Goethe, por una parte, un trágico sentimiento del yo —sentimiento que se desvanece en la aceptación universal con el transcurso de los años—; hay, por otra parte, una plácida contemplación de la naturaleza que nos rodea. ¿Contradicción acaso? En manera alguna. Para convencernos, pongamos a Goethe en la platina del microscopio. Y la verdad es que basta y sobra con el mesoscopio, pues los hechos explicativos en la vida de Goethe no son recónditos.

Con harta razón se nos dice que las cosas de la naturaleza —planta, animal o estrella— se resuelven en evolución; que aquí no hay dudar ni escoger, ni el terrible yo programático en colisión con la propia vida. Para el hombre, en cambio, como a cada paso ha de optar entre un *sí* y un *no* —encrucijada que los retóricos griegos significaron ya en la Duda de Héracles—, la vida es drama. No podría aplicarse el sentimiento trágico al estudio de un arbusto. Sólo cabría en la traslación poética, como cuando el árbol grita a Dante: "¿Por qué me rompes?" Por la otra parte, mal podrían abandonarse a la ciega y dulce evolución —de la que sólo puede decirse que no se equivoca por cuanto es irresponsable y por cuanto dispone de una posibilidad eterna de enmiendas— las disyuntivas de la humana conducta. ¡Ojalá! De modo que el estudiar la naturaleza y el conducirse a sí propio se oponen como el sonreír y el llorar. Lo cual conviene sobremanera a la buena economía

del alma. Lo mismo se puede pensar, con Rousseau —cuya influencia no ha pasado en vano por el estudiante de Leipzig—, que el hombre ha venido a "aguarle la fiesta" a la naturaleza, o se puede aprovechar, con Goethe, esta oposición entre lo que vemos hacia afuera y lo que vemos hacia adentro, buscando en la naturaleza un alivio impersonal a nuestros dolores. Contemplar el propio yo es suerte de lucha, de angustia y bracear de náufrago. Mas si, huyendo del abismo subjetivo, el pensamiento se echa fuera conforme a la fuga goethiana y sale de paseo por la naturaleza, entonces sí que se solaza y descoge, se abre y afloja los nudos, se siente seguro y acariciado. ¿Pues a qué hablar de vocación contrariada, si todos saben que olvidarse un poco de sí mismo es regla del bien comportarse, y siempre se ha recomendado a los afligidos la visita del campo? Me figuro que si todos los hombres de ciencia, al lado de su labor científica, nos hubieran dejado una expresión emocional de sí mismos, en todos ellos —salvo las mutilaciones psicopáticas de ciertos especialistas— encontraríamos esos dos aspectos contrapuestos, complementarios mas no contradictorios.

Cuando el 16 de agosto de 1835, el *Beagle* suelta el ancla entre las Islas Encantadas (Galápagos), Darwin todavía llevaba en el pecho la amarga decepción de sus estudios teológicos, y el doloroso recuerdo de su fracaso como médico junto a la mesa operatoria, donde se desmayó ante las convulsiones de un niño. El joven Linneo, modesto hijo de campesinos, obligado a copiar los libros que deseaba poseer, se cría entre la depresión de una Suecia anémica, cuya miseria lo mismo se dejaba sentir en las cámaras de su tímido monarca, en sus encogidas universidades, y singularmente en las empobrecidas poblaciones rústicas a que pertenecía el futuro naturalista. Todo era privaciones y lágrimas. Pero cuando divagaba por los alrededores del lago Möckeln, todo era arrobamiento y encanto. "Los alrededores parecían adornados por la misma mano de Flora", escribirá más tarde sobre su *ljuve natale,* su amada tierra nativa, como la llama en su característica mezcla de sueco y de latín.

Repetidas veces declara Goethe, a Eckermann y a otros, lo mucho que se felicita de haberse iniciado en el estudio de la natu-

raleza, donde encuentra el bálsamo para las agitaciones de su mente. Y confiesa al canciller Müller que, conforme los años van restándole fuerzas, tiene que dar un paso más allá desde la pura estética —en la que fue nacido— hacia las ciencias naturales, donde halla refugio y reposo.[2] Así, pues, la poesía y la ciencia —el pesimismo y el optimismo para toscamente abreviar— se alternan sin negarse entre sí, como el día y la noche. Juan-que-ríe y Juan-que-llora son un solo Juan verdadero. Nuestros conceptos, al recortar la realidad en trozos con aquellas tijeras de Bergson, ofrecen entre sí aparentes conflictos; mas la realidad se encarga de armonizarlos en cuanto se los devolvemos. Lo bueno que tiene la realidad —por eso hay que amarla— es que reconcilia las imposibilidades teóricas y, en su horno misterioso, las cuece juntas. Y, sobre todo, ¿no está tejido Goethe en la misma tela de los sueños, trama de todo humano? Goethe es un ejemplo exaltado de lo que a todos nos pasa, y nada más. Nada se le ha mermado por eso, ni ha equivocado su camino.

La actitud de Goethe ante la naturaleza es fácil de apreciar a lo largo de su existencia. El extremo subjetivismo doloroso y la objetivación serena de la naturaleza ni siquiera se produjeron a un tiempo, como se ha querido decir cuando se nos habla de contradicciones temperamentales. Son dos etapas sucesivas: la primera se alivió, se descargó en la segunda. El proceso pasa, a grandes rasgos, de un estado romántico a un estado científico, siempre iluminado por cierto fulgor de adoración místico-poética. En la etapa del *Werther*, el poeta había transportado a la naturaleza el fuego interior que parecía rebosar de su propio ser. El joven desafortunado, hijo del amor y la crueldad, se acogía como un niño que busca amparo en el seno maternal de la naturaleza; pero de repente abría los ojos aterrorizado, al percatarse de la impasibilidad con que ella destruye sus creaciones. 'Fausto', entonces, se desespera en su afán de penetrar la actividad enigmática de este mudo e incesante trabajo. Y Goethe, en su segundo viaje a Suiza, ante la masa agobiadora de las grandes montañas, sufre un cataclismo interior, del que vuelve con una promesa: Él ha de encontrar algún día, en este universo ciclópeo, algo más

[2] 20-I-1824.

que el eco de sus propias risas y lágrimas, algo más que la eterna égloga de los dos pastores, el amado y el desairado. Durante los primeros años de Weimar, las relaciones de Goethe con la naturaleza siguen siendo de orden sobre todo sentimental: ella parece emanar aquel amor que anega su propio corazón. "El amor vive de mil formas; da a la flor color y perfume; todas las mañanas cruza los aires; noche y día juguetea en los prados y en los bosques."[3] Su ternura por la naturaleza tranquila asume fragilidad y delicadeza anacreónticas:

> La flor que recojo, junto a mí nutrida por el rocío, deja tras sí a su silenciosa madre que se multiplica en sí misma. Mucho tiempo desprovista de hojas y escondida, estrechando contra su seno a sus criaturas, en la nueva mañana de primavera ella colmará de gozo al jardinero.[4]

Son los ojos del enamorado para ver la naturaleza. Lo habita la imagen de Carlota de Stein mientras descoca los árboles de su jardín; lo acompaña por caminos deshechos y campiñas desiertas; lo persigue hasta en la nivosa y temible cima del Brocken, que la aparece como "templo de la más suave gratitud" (*El Harz en invierno*). Si la luna espejea en la llanura del Ilm, recuerda el destello de los ojos amados y la paz con que bañan su alma (*A la luna*). El murmullo de las corrientes recita palabras de seducción (*El pescador*). Pero, en Suiza, la majestad de la naturaleza no consiente que la asocie a su amor. La sublimidad del paisaje alpestre inspira otras meditaciones sobre el destino humano. Las cartas que de allá dirige a Carlota de Stein olvidan los habituales requiebros y declaraciones sentimentales. Su musa emplea un tono filosófico y grave. La cascada de Staubbach es un símbolo de nuestra vida. Ante aquella inmensidad montañosa, quedamos empequeñecidos, y brota con nitidez la idea inspiradora de *Los límites del hombre*. "Ante esto, tenemos que abandonar toda pretensión de abrazar el infinito, que tanto supera a nuestra mente y a nuestra mirada."[5]

[3] Epístola en verso a Carlota de Stein, 19-IV-1779.
[4] Epístola en verso a la misma, sobre un jacinto, 25-IV-1778.
[5] Carta a Carlota de Stein, 28-X-1779.

La grandiosa formación de las masas pétreas avergüenza cualquier empeño por asociar la vasta labor de la naturaleza a nuestras mezquinas fortunas. Si ayer, en el *Ganimedes*, el rocío mañanero era algo como un alegre amigo, nuncio de amor y de belleza, que trae la caricia de las flores y el fresco alivio de sus brisas, ya *Lo divino* proclama la insensibilidad de la naturaleza, indiferente al bien y al mal de sus elementos desencadenados. La gobiernan broncíneas leyes, como al estrecho círculo de nuestro destino.

De regreso en su amada Turingia, todavía Goethe entremezcla la naturaleza con su vida (*Ilmenau*), y pide a los árboles de su valle que reciban de buena gracia al antiguo huésped. Pero esto no es más que una figura poética. Ya su interés por la naturaleza no se funda en su sola belleza plástica o en lo que de sí propio le parece encontrar en ella; sino que le interesa por ella misma, por los ocultos mensajes que nos envía desde el sobrehaz de la Tierra. Bajo este primer entusiasmo científico, escribe los *Aforismos sobre la naturaleza*, himno de acento dionisiaco que tiene, a la vez, la precisión de un Credo. (Y si estos aforismos fueron redactados por Tobler, como se ha pretendido, Goethe, cuarenta y siete años después, declara explícitamente que eran el resumen de su doctrina.) "No soy yo quien habla —concluye el fragmento—, sino la naturaleza quien se ha expresado por mi boca: de ella es toda culpa, de ella toda excelencia." Declaración de fe panteísta, nos concede aquella ilusión del discernimiento humano, en que se insistía en *Lo divino*, porque sin ella perderíamos el gusto de la vida. Nuestra aparente libertad forma parte del plan de la naturaleza. Si algo nos distingue a los humanos, es la facultad de escoger, o sea, de equivocarnos en la elección. De aquí el consejo de someternos a las grandes leyes imperturbables. Ya no es la rebeldía egoísta, sino el deber de perfeccionarnos para el bien común. La necesidad moral y la curiosidad teórica se dan la mano. 'Fausto' escucha al fin el consejo superior de la vida: ya no quiere para sí el infinito, pues sabe que no está a su alcance, sino que busca en la superficie de los fenómenos el reflejo de la unidad profunda, agradecido a la naturaleza que lo contiene y le concede participar, por sólo eso, en su perfección. El *Erdgeist*, el Espíritu

de la Tierra, no es abordable en sí mismo, pero nos ha dado un lenguaje de numerosas palabras para comunicarnos con él. Las masas graníticas del Harz nos hacen temblar por lo que nos enseñan, en su mutismo, sobre la historia del mundo. El descubrimiento del hueso intermaxilar —eslabón perdido— nos colma de emoción y hasta nos trastorna las entrañas, al revelarnos un rincón del misterio: el hombre no está ya aislado; entra en la serie de los seres, con su orgullo y con su dolor, que así parecen perder algo de su angustia satánica. En los *Aforismos* y en la disertación *Sobre el granito* aún hay la fiebre que embriagó a 'Werther' o empujó a 'Fausto' en los brazos de 'Mefistófeles', pero ha mudado de sentido. Pronto sucederá al éxtasis el anhelo del conocimiento. Y así llegamos hasta el instante en que Goethe abre las puertas de la ciencia. En el orden de la vocación —que es sobre todo un orden ético— hemos asistido al viaje de un destino que se busca y se encuentra. La ciencia, como la poesía, le había sido inclinación innata, manifiesta desde la infancia. El poeta, en adelante, quiere colaborar con el sabio. Tal vez se distraiga con eso de su oficio exclusivamente literario; pero ya nos ha dejado algunos de los más altos monumentos de la poesía: podemos consolarnos. Y además, tenía que continuar, o hubiera fracasado, su vocación de hombre total.

3. La hora de la conjunción

Hay que penetrarse bien de lo que acontecía en el espíritu de Goethe a la hora de la conjunción con Schiller. Hay que preguntarse lo que pensaba entonces del amor, de la política, de las artes y de las ciencias, interrogando luego el testimonio del *Fausto*, obra en perpetua elaboración que provee al respecto algunas indicaciones útiles.

Por cuanto al amor, Goethe ha conquistado dos nociones fundamentales, y como él solía, las ha incorporado en su conducta. En primer lugar, el amor no puede ser el objeto final del hombre, sino una compañía placentera que debe dejarnos en libertad para la acción y el pensamiento. En segundo lugar, el amor sólo vive

de realidades, y sólo es útil y salubre cuando se lo satisface en las líneas de la prudencia natural. El deseo, sagrado y legítimo en sí, o esteriliza cuando es contrariado, o arrastra a desvíos cuando no se lo educa. De aquella esterilización quedan abundantes muestras, del *Werther* al *Tasso.* De este desvío dan ejemplo, entre otros, la equivocación, en el *Meister*, de 'Lotario' y 'Aurelia', o el incesto de 'Agustín' y 'Sperata', los padres de "Mignon'; y más tarde, el juego de atracciones y repulsiones a que se reducen *Las afinidades electivas.*

Conforme el poeta adelanta hacia la salud, deja en sus poemas el proceso del falso amor. El *Tasso* nos ha presentado solamente las consecuencias negativas de la coerción sentimental. El *Meister* tiene ya dos fases: *Los años de aprendizaje* están todavía vueltos hacia los errores pasados y las aventuras del sobresaltado erotismo. *Los años de viaje* se despliegan por la senda del amor confortable y de la actividad provechosa. Las *Elegías romanas* cantan la victoria del orden natural sin temores ni desvaríos. Los *Epigramas venecianos* sonríen sin enfermizos rubores ante la gracia ondulante de las ninfas de las lagunas. Pronto el *Germán y Dorotea* dirá la castidad del placer maduro, que ha vencido ya las primeras curiosidades de los sentidos y es capaz de levantar hogares. Un estudio atento de Goethe autoriza la sospecha de que, para entonces, prefiere el concierto entre las naturalezas avezadas y no el encuentro —levemente morboso— entre las naturalezas virgíneas.

Por cuanto a la política de aquellos años, ella se concentra prácticamente en el enigma propuesto por la Revolución. Ya hemos visto el desconcierto momentáneo de Goethe y el obstáculo que él representa en su marcha hacia la integración. Pero conviene añadir aquí algunas explicaciones descriptivas, al margen de sus libros. Aquel desconcierto es consecuencia del contraste entre los principios y la degradación que ellos sufren al ser aplicados. Esta degradación es efecto de muchas causas: ora la hipocresía demagógica, ora las pasiones que suscita el interregno del desorden, y que ni siquiera son siempre de carácter cívico, sino que afloran a veces desde los fondos más cenagosos de la subconsciencia colectiva.

Apréciese el contraste en las obras mismas. Los *Epigramas venecianos* declaran sin ambages: "Soléis calificar de locos a esos energúmenos que gritan por las calles y las plazas de Francia. Y a mí también me lo parecen. Sólo que un loco en libertad dicta algunas máximas sabias, en tanto que la sabiduría del esclavo calla y enmudece" (núm. 58). Pero, junto a esto, *El ciudadano general* es la mojiganga de un grosero impostor que saca provecho de la ceguera pública y pesca en río revuelto. *Los sublevados* caricaturizan a los demagogos ladinos y vanidosos, que hasta medran a cuenta de sus íntimas contradicciones. *La moza de Oberkirch*, pieza incompleta, exhibe los tiránicos furores del populacho entregado a su solo impulso. Las *Charlas de emigrados alemanes* insisten, desde la introducción, en la perversidad de los falsarios que un día serán descubiertos y castigados. También en el *Germán y Dorotea* entrevemos los desmanes de las multitudes sanguinarias. *El Gran Copto*, en cambio, deja entender que la Revolución ha sido causada por la inmoralidad de las altas clases —con razón no le agradaba al duque—, y explica, además, cómo las turbulencias sociales exacerban la enfermiza sed de misterio: esa sed que duerme en los corazones y que los embaucadores saben poner a contribución. *La hija natural* es un cuadro de egoísmo sensual y codicia desenfrenada, otros frutos del tiempo. En *Los sublevados* o en el *Meister*, paseamos por una galería de señores y barones no exentos de pulcritud exterior, pero frívolos y corrompidos, y más petulantes que virtuosos: figuras parejas de los emigrados franceses, para quienes nunca existieron la nación ni el pueblo. Uno que otro alcanza a entender los nuevos ideales, acepta el sacrificio, y aunque lamenta la violencia con que se abren paso las reivindicaciones de los oprimidos, confía en el porvenir. 'Carlos', en las *Charlas*, desea el triunfo de las armas francesas y la humillación de la insolencia aristocrática. El 'Barón' de *La moza de Oberkirch* abraza abiertamente el partido de la Revolución.

"¡Hay que convertir a los desheredados en humanidad!", exclama Goethe. Pero reflexiona con amargura que, una vez despertado el monstruo, es difícil aquietarlo mientras no sacie su furor. Y en tanto —dice el epigrama número 14— el pobre pueblo es la delgada hoja de metal que, entre el mazo y el yunque, se tuerce

bajo los golpes del azar. La nobleza debiera reconocer los derechos de aquellos a quienes sólo exigió deberes, y salvar lo que todavía pueda salvarse. Tarea nada fácil, por cierto. El 'Príncipe', en *Los sublevados,* adopta esta franca actitud, pero se ve maniatado por la aristocracia. Y la 'Condesa', si no se hallara en el trance de defender los intereses de su hijo —otra cadena más—, renunciaría a todos aquellos privilegios tan mal fundados. No le importa que sus pares la acusen de ser demócrata, la arrastran sus inclinaciones liberales; pero las circunstancias la encarcelan, y en ello está el nudo de su tragedia. Por su parte, 'Lotario', en *Los años de aprendizaje,* quiere extender a sus trabajadores de Europa, por libre decisión, las conquistas cívicas de América. Su actitud resalta más aún en contraposición con el egoísmo casi candoroso del negociante 'Werner' —malo por ignorancia del bien, diría Sócrates—, y se completa y robustece con la caridad eficiente de 'Teresa'.

El hombre —ha afirmado Goethe en sus *Anales*— bien puede equivocarse cuando se echa encima tareas para las que no está dotado; pero hay que aceptar el reto de la vida. También Saúl partió en busca de los jumentos de su padre y se encontró con un reinado. Y ésta es la enseñanza del *Meister,* novela pedagógica cuyo propósito fue ensanchándose conforme adelantaba la obra. La simple "misión teatral" —en el espíritu de Lessing y con reminiscencias del *Hamlet*— resultó una falsa ruta, un útil descamino. La verdadera misión estaba en la poesía y en la vida, la vida derramada en el bien social. Se perfila, en fin, una utopía de la felicidad y el trabajo. Todo contribuirá a edificarla, el oro y la escoria: "¡Gloria al laboratorio de Canidia!" Para mejor explicarse, Goethe —que poseía el genio de los mitos— echa mano, como Platón, de las invenciones alegóricas. El "cuento" con que terminan las *Charlas* puede interpretarse eternamente, y así es también la realidad.

Es inútil prolongar este desfile de personajes en cuya conciencia se refracta diversamente la luz del nuevo espíritu, y que nos dan la imagen encarnada del conflicto revolucionario, visto por un dios capaz de penetrar las intimidades de las criaturas. El caso es inequívoco: el pueblo ha de ser redimido; el príncipe debiera ser

redentor; y si él no puede, allí queda el hombre de la clase media, a la que incumbe cierta misión sustentadora en el sentido casi maternal de la palabra. Goethe quiere la justicia, no quiere la sangre. Algo más diremos después sobre su actitud política en general.

Por cuanto al arte, Goethe había comenzado su investigación de cierta manera dispersa y en detalle —hacia aquella concepción sintética que, en todos los órdenes teóricos y prácticos, es la meta de su evolución—, según se aprecia en la serie de artículos que, a su regreso de Italia y entre 1788 y 1789, contribuyó al *Mercurio* de Wieland. La síntesis va conformándose a medida que ahonda, con ayuda de Schiller, en la *Crítica del juicio.* El arte vendrá a ser para él una fuerza social digna de cuidadoso respeto; y sus normas —siempre ideales, nunca reducibles a preceptos mezquinos— merecen a sus ojos el mismo acatamiento que se debe a la ley en los actos de la vida ordinaria. Ello explica la condenación de la superficialidad y el "diletantismo" ligero, la imperiosa necesidad de dominar, ante todo, la materia y las técnicas.

Pero el arte es un reino más de la naturaleza cuyas normas son normas propias. La sola imitación conduciría a la "manera", nunca se levantaría hasta el "estilo". No hay que imitar a la naturaleza en el sentido inmediato y particular —ya lo oiremos otra vez hablar de las libertades del arte—, sino inspirarse en la naturaleza, proceder por la analogía de la naturaleza. Ésta, en su prisa creadora, produce sin distinguir, sin escoger, y no siempre tiene tiempo para detenerse a configurar la belleza. Pronto —como inspirándose en las enseñanzas de la antigua Academia y del antiguo Liceo, que aquí confluyen de cierto modo— afirmará rotundamente que lo "verdadero" es superior a lo "existente". Quien quiera producir la belleza o vivir según la belleza, que se esfuerce por entender los principios orgánicos del universo y preste oído a sus enseñanzas. El objeto es crear otra cosa nueva que el hombre añade al mundo, pero crearla de veras, es decir: conforme a las virtudes de la creación.

Ahora bien, el hombre no puede abarcar directamente la totalidad del universo. Ha de trepar, peldaño a peldaño, la escala platóni-

ca que lleva de lo particular a lo universal. En esta investigación del último grado, el arte se enlaza con la ciencia. El estudio de los fenómenos sueltos lleva a generalizar de modo prematuro, según lo hacen aquellos a quienes Goethe llama "adeptos del misticismo cómodo". ¿Cómo precaverse contra este peligro? Comencemos por las diferencias, no por las semejanzas entre las cosas observadas. Sólo así lograremos desnudar los puentes y contactos que fundan la verdadera armonía. Tal es el método que Goethe describe en una carta a Knebel, bajo el título de *Ciencia de la naturaleza*, proemio a sus monografías sobre las plantas y los colores.

Cuatro años más tarde, publica su *Ensayo sobre la experiencia como mediadora entre el objeto y el sujeto* (1793), donde examina los diferentes recursos metódicos: a una parte, el análisis meticuloso que se contenta con los fenómenos aislados y pretende relacionarlos arbitrariamente, sin alientos para una visión de conjunto; a otra parte, el prejuicio metafísico que sólo busca en la naturaleza las comprobaciones de su apriorismo. La verdad se encuentra en el medio, en la marcha cautelosa que confiera constantemente los dos extremos con infatigable agilidad. Así las experiencias parciales se alinean poco a poco en una sola experiencia, y el edificio científico se levanta como una armazón de nociones solidarias, propia imagen de la matemática. La razón, la imaginación misma, todas las energías espirituales, recobran sus fueros en la interpretación final. Aquí desembocan las meditaciones iniciadas diez años antes: a toda orquesta, con la *Rapsodia sobre la naturaleza*, y en grave sordina, con la *Disertación sobre el hueso intermaxilar.*

El *Ensayo sobre la metamorfosis de las plantas* (1789), a la vez que señaló un hito en los estudios biológicos, sabemos que le había servido de alivio y compañía en aquellas horas de alejamiento que lo esperaban a su regreso de Italia. Otro tanto puede decirse de sus divagaciones semipoéticas sobre los colores, peligrosa aventura en que lo rodeaban el descreimiento y la burla, y en que Schiller supo acompañarlo valientemente con todas sus observaciones personales. En el *Bosquejo de una anatomía comparada con fundamento en la osteología* y los capítulos complementarios (1795-1796), hay un hombre que levanta un cráneo. No

es la divagación sentimental de 'Hamlet' ante el despojo de 'Garrick', sino la meditación científica de Goethe ante el despojo de un cordero recogido tiempo atrás en la playa del Lido. Goethe sueña en reducir todas las formas animales a un prototipo, como lo ha intentado para las plantas.

Semejantes empeños por encontrar la armonía que todo lo gobierna y explica suponen una abrumadora colaboración de experiencias. Ella rebasa con mucho las posibilidades de un solo individuo, y supone a su vez una vasta cooperación social, una coherencia de todos los servicios humanos dirigidos a la busca de la verdad, como la que se dibuja en el "cuento" de las *Charlas* y en el *Meister*. En la voluntad de entender se atan de modo sensible y palpable todos los estímulos de aquella existencia fecundizada por una atención vigilante y amorosa frente al espectáculo de la vida. El éxito o el fracaso cuentan menos que el anhelo por desentrañar los secretos del mundo y darles forma comprensible, a través de la acción, del arte, de la poesía, la filosofía y la ciencia. ¿Qué otra cosa anhelaba 'Fausto'?

Pero este 'Fausto' real sabe bien que no hay filtros para rejuvenecerse de veras. Comenzaban a pesarle los años. Ya le era más cómodo andar en coche que andar a pie o a caballo como en otros días. Y entonces injertó en su tronco la verde juventud de Schiller. Sólo la muerte de éste, la viudez, la ancianidad, la desaparición paulatina de todos los elementos plásticos que circulaban por su conciencia, lo decidirán a detenerse —si es que alguna vez se detuvo— para establecer la cuenta definitiva de sus estudios, de su moral, del "reflejo del gran Todo en su alma", para emplear la frase sarcástica de Herder.

4. Testimonio del "Fausto"

La mentalidad del poeta se ha desenvuelto entre vacilaciones y obstáculos. El largo proceso del *Fausto* lo demuestra a las claras. El drama acompaña su vida y su pensamiento de modo a veces manifiesto y a veces oscuro, y va recogiendo los resultados.

El primer *Fausto* arranca de los días de Francfort y corresponde al entusiasmo doloroso y dionisiaco por la naturaleza; quiere

abrazar al mundo y descubrir por impulso casi emocional las energías "y las semillas de la vida". Sobreviene una larga interrupción, al menos de diez años —los años "carlotinos" de Weimar—, en que la marea ascendente de la *Ifigenia* oscurece el *Fausto,* sin por eso necesariamente repudiarlo, puesto que el poeta lee y comunica sus manuscritos a sus amigos y visitantes. El remordimiento de 'Fausto' ante la suerte de 'Margarita', abandonada en la prisión, pasa en silencio, y el llamado segundo *Fausto* ni siquiera lo mencionará.

Pero la aguda crítica ha descubierto que la carga patética de esta situación —nuevo ejemplo sobre la imposibilidad de hacer el discrimen entre la existencia de Goethe y su obra repartida en libros— ha ido a estallar en otro drama, en la *Ifigenia* nada menos, escena de la *anagnórisis* entre los dos hermanos, donde 'Orestes' asume la función vicaria de 'Fausto'. Esta situación, ya evidente en la versión en prosa de la *Ifigenia* (1779), es aún más manifiesta en el texto versificado, al punto que 'Ifigenia' misma queda perturbada un instante por la ardiente ráfaga de *Sturm und Drang* que resuella el pecho de 'Orestes'. De suerte que, cuando, a partir del viaje a Italia, Goethe vuelve al drama de su juventud, ha liquidado ya cuentas, poéticamente hablando, con el error moral de 'Fausto', y la segunda parte comienza sin aludirlo para nada.

Además, es bien sabido que la visión sentimental y romántica de la naturaleza y la sed de abarcar el mundo se han transformado, para Goethe, en un interés de conocimiento y saber expresado en tres o cuatro disciplinas científicas.

De parejo modo, el 'Fausto' será en adelante un sabio, un investigador, y no un seductor arrebatado. Entre el primer *Fausto* —hastío de la antigua ciencia, expuesto todavía románticamente en el monólogo de la magia y la teosofía— y el segundo *Fausto,* abierto ya a nuevas esperanzas, la poesía corrió por un cauce, la ciencia por otro; y poco a poco ambas corrientes se fueron juntando a través de una red de afluencias, perceptibles en la obra lírica del primer Weimar. Sin esta consideración, no se entiende el tránsito de la juventud a la madurez de Goethe, etapa que 'Fausto' parecería salvar de un salto incomprensible.

Apenas hay algunas vislumbres sobre el "tema de relación" en la escena de la caverna selvática, donde 'Fausto' se ha refugiado huyendo de 'Mefistófeles' (*Primera parte*), y donde, no sólo el tono del monólogo, aun el mismo empleo del verso blanco se entienden ya como un indicio de la era "carlotina": "Sublime Espíritu de la Tierra, me otorgaste cuanto te pedí..." El feroz elemento se ha convertido en un generoso protector. Aquí el drama parece indeciso, y anuncia ya la nueva pendiente que ha de seguir el segundo *Fausto*. Por un instante, en un relámpago de encantamiento que disiparán de nuevo la presencia de 'Mefistófeles' y su cortejo de insaciables afanes, el Espíritu de la Tierra asume la fisonomía plácida y lunar de Carlota. Es indudable que este pasaje procede de la era de tránsito; es decir, del primer Weimar. Los hilos en una y otra dirección se entretejen de tal manera, que la crítica ha llegado a hacerse un juego en la tarea de desenredarlos, a través de la controversia entre el infortunio y la bienandanza.

Pero ese ligero conformismo del fragmento citado tenía que destrozarse en el molino de los accidentes mentales y sentimentales, antes que 'Fausto' —contrafigura exterior de Goethe— desembocara en el suelo firme de las *Elegías romanas* y su irreversible paganismo.

Tras un nuevo alto, 'Fausto', pues, reanuda su viaje, hacia 1797, y sólo encuentra el rumbo final en los primeros años del siglo XIX. Pues si las *Elegías* representan la liberación "contra" Carlota, su mismo clasicismo latino se atraviesa en el camino del *Fausto*, crudo argumento cargado de "goticismo", humores populares y hasta coloquialismos folklóricos que Goethe retocó aquí y allá. Pero Goethe se había aferrado a los temas, formas y metros grecolatinos —*Epigramas venecianos, Xenias, Aquileida, Helena*—, por el afán de fundir en ellos el espíritu germánico, afán de que brotará el *Germán y Dorotea*.

Y sólo diez años después de su regreso de Italia, siente que ha caído un telón sobre el hermoso mundo homérico, y han reaparecido por delante las figuras septentrionales de "Fausto y Compañía".[6] Y ni entonces puede decirse que se haya resuelto el conflicto entre 'Fausto' y el mundo clásico. Y se explica:

[6] A Carlota Schiller, 14-IV-1798.

Italia se le había convertido en algo como una larga superstición, sin que él parezca distinguir al pronto entre lo que debe al accidente del viaje —mera provocación— y lo que debe a su propio desenvolvimiento; y entrega su filosofía al cuidado de la geografía. El segundo viaje a Italia nada le dice; pero la naturaleza y los clásicos siguen confundiéndosele en un solo amor. Había leído la *Odisea* en Nápoles y en Sicilia —su "Grecia italiana"—, y el poema se le presentó allí como "una parte de la naturaleza".[7] Más tarde le oiremos repetir que la naturaleza es clásica.[8] La enfermedad de la mente moderna consiste en haberse divorciado de ella (sobre *Winckelmann*). Hasta prefiere releer su *Germán y Dorotea* en la traducción latina.[9] Si un día creyó que "la clave de la humana felicidad no está en Grecia y Roma, sino en el corazón del hombre", hoy quiere persuadirnos exactamente de lo contrario. La idea andaba en el aire: la hemos encontrado en la famosa "carta-prólogo" a la amistad de Schiller.

Lo cierto es que, desde mediados del XVIII, la literatura alemana ha vuelto los ojos a la antigüedad, con Bodmer, Klopstock, Voss. Pero Goethe había tardado en dejarse invadir por la onda clásica —pues su *Prometeo* nada tiene de clásico, y aun la *Ifigenia* dista mucho de serlo—, como tardó asimismo en desembarazarse del excesivo apego a las formas de la antigua Musa, siempre lento en sus evoluciones íntimas, por contraste con su extrema inestabilidad exterior.

Por lo demás, su clasicismo nunca fue académico. Si durante más de un siglo las Humanidades han perdido su anterior eficiencia, ello se debe, en su sentir, a la falta del abono que ahora le han proporcionado las ciencias naturales.[10] Lo cual se concierta a maravilla con la postura en que lo encontramos para esta época de su vida. Sus años clásicos coinciden con su consagración a la ciencia, y ésta lo mantiene en aquella vívida atención para el presente que Guillermo de Humboldt consideraba casi increíble en un anciano.[11]

[7] A Schiller, 14-II-1798.
[8] A. Schubarth, 21-VIII-1819.
[9] Eck., 18-I-1825.
[10] A Knebel, 25-XI-1808.
[11] 1-XII-1823.

El impulso del *Fausto* no pudo detenerse, pero se mezcló con el impulso clásico. Desaparecieron los metros ágiles, y el poema absorbió en su seno cierta tragedia: *Helena,* escrita veinte o treinta años atrás, y de espíritu contrario al *Fausto* primitivo. Si el valor autobiográfico aumenta, queda por discutir si se ganó en el efecto estético. La crítica sigue discutiéndolo: siga discutiéndolo en buena hora.

5. La ciencia de Goethe[12]

Todos solemos repetir que aquel afán de Goethe por encontrar el fenómeno de los fenómenos —aunque disculpable como error de época— no pasa de ser una contaminación de la ciencia por la poesía, y aun tiene sus resabios de magia, esta prehistoria de la ciencia. Después de todo, el segundo 'Fausto', el hombre de las empresas prácticas y posibles, sigue siendo en el fondo tan nigromante como lo era el primer 'Fausto'. Los métodos se han depurado: la inspiración es la misma.

Pero ¿no ha declarado Goethe, sin rodeos, que "la intrusión de la poesía corrompe la investigación en las ciencias naturales"?[13] Y ¿no cabe, entonces, llamarlo a cuentas en nombre del mismo principio que él formula? Entendámonos. Goethe no usa aquí de la palabra "poesía" en un sentido específico, limitado, sino para significar el capricho, los supuestos arbitrarios que hacen perder tiempo, llevan por falsas rutas e impiden al sabio coordinar sus observaciones. Tampoco se refiere esta vez a la representación general del universo, donde indudablemente hace falta la imaginación —la poesía— para llegar a la síntesis de los conocimientos comprobados. Goethe, esta vez, habla particularmente de la marcha o manera de conducir los procesos de la investigación en las ciencias naturales; punto en que desarrolló una metódica extremadamente minuciosa que sólo conocen quienes han tenido la paciencia de leer sus páginas científicas.

Por cuanto a la representación del mundo, divagar sobre el fenómeno de los fenómenos no es necesariamente un error. Es un

[12] "Hay que desarrollar más con obras y monografías especiales que me llegaron después de esto." [Nota del autor al margen.]
[13] Müller, 14-XI-1823.

libre ejercicio de las ideas perfectamente legítimo, y acaso la meta ideal, inaccesible si se quiere en el orden práctico. No se inspiran en otro intento los más respetables sistemas filosóficos de que tenemos noticia. Desde el punto de vista de la comprobación factual, nadie pide cuentas al metafísico ni al literato de ideas. El error del siglo XIX, el error positivista por excelencia, consistió precisamente en querer fundar una ética y hasta una teología experimentales.

Lo lamentable sería que esta visión total y poético-científica del universo hubiera determinado extravíos en las investigaciones especiales de Goethe. Su idea sobre la integración y armonía entre las cosas del universo lo condujo, al contrario, a algunos aciertos, y no sólo iluminaba el más alto saber de su época, sino que secretamente impulsa el pensamiento humano de todas las épocas, ya traducida en este o en el otro lenguaje. Y el que Goethe sea hoy rectificable en tal o cual punto especial de sus trabajos científicos (teoría craniana, etcétera) sólo puede escandalizar a los ignorantes. La historia de la ciencia es la historia de una rectificación a perpetuidad. En este orden, el único verdadero extravío de Goethe —es decir, su único desliz con respecto a los conocimientos ya conquistados en sus días— está en su *Teoría de los colores*, y no consiste en una contaminación de la ciencia por la poesía, sino en un falso planteo de la hipótesis (falseo temperamental como adelante lo explicaremos), y en la deficiencia de su educación matemática.

Pero el método de Goethe en las ciencias particulares era de tan extremo rigor que sorprendió a Loder, el anatomista de Jena. ¡Con decir que Goethe acusaba a Herder de apresuramiento, por la impaciencia con que saltaba a las conclusiones![14] ¡Con decir que el propio Aristóteles le parecía algo incauto, porque no esperaba a encadenar sus generalizaciones con datos suficientes, ni sabía dejar venir los benéficos servicios de la casualidad![15] Verdad es que, a la hora de poetizar —y tenía derecho como pocos—, desplegaba las alas. Y así pudo ser que nos dejara, mezclados entre sus ensayos en prosa, algunos trozos poéticos, miem-

[14] A Falk, 28-II-1809.
[15] Eck., 1-X-1829.

bros de un Lucrecio fragmentario (*Metamorfosis de las plantas* y *Metamorfosis de los animales*). En cambio, a la hora del laboratorio, se armaba de reservas, se ponía obstáculos, inclinaba la frente. Se pasaba el día repitiendo sus experimentos y observaciones —más observaciones que verdaderos experimentos, sea dicho de paso— y sometiéndolos al juicio de los profesores de Jena y de cuantos especialistas acudían a visitarlo.

No esperemos que, al hablar de Ciencia en conjunto, Goethe se refiera a lo mismo que hoy entendemos por "las ciencias": esa suma de disciplinas de que se ufana nuestro siglo, que nuestra industria aprovecha, que nuestra política explota y que sólo lleva ciento cincuenta años de gobernar al mundo; ciento cincuenta años que, según Russell, "oscurecen con su radiosidad toda la era anterior o precientífica". No nos agobien los diccionarios con sus cuadros rígidos de conceptos. La historia de las culturas no podría escribirse sin penetrarse del cambio constante en las nociones. Goethe dice: "Ciencia", y su mente vuela, con cierto misterioso pavor, a caza del fenómeno primitivo que fuera una realidad inmediata y suficiente, desde cuyo centro pudiera abrirse el espectáculo de la vida como un gigantesco abanico. Goethe dice: "Ciencia", y evoca una actividad infinita, y una comunicación entre el hombre y la naturaleza en que aquél y ésta crecen y se desarrollan al par en gozosas nupcias. Mística confianza acompaña las peripecias de 'Fausto'. La apuesta no puede perderse. La vida no traiciona a la criatura que tiene el coraje de entregársele: tal es el sentido esotérico del poema. De este conciliábulo, escondido en las arcanidades de la divina voluntad, la poesía sigue siendo la sangre; la ciencia, el esqueleto. No podemos partir a este hombre en fragmentos, ni ello es incumbencia de los especialistas. Si los guerreros del Walhalla todos los días se destrozan a grandes tajos, todos los días vuelven a encontrarse enteros a la hora del banquete.

Goethe, es cierto, también consentía en partirse en pedazos, pero sólo para el oficio indispensable y modesto de la investigación. Es verdad, es una irrecusable verdad: este buen entendedor del alma y de sus contenidos tiene traza de "diletante" que jugase al laboratorio. No es del todo un profesional. ¿Y qué hay

con ello? El profesor —dice William James— es, a veces, el peor enemigo de sus disciplinas. Y Goethe declara que los teóricos de un solo camino "pierden la inocencia para ver en su pureza el mundo exterior".[16] Esto de llegar de fuera, del aire libre, también tiene sus ventajas y trae sus útiles sorpresas. Pues ¿no impulsaba Goethe la ciencia en el camino de su porvenir inmediato? ¿No coincidían él y Lamarck, aunque sin llegar a conocerse? ¿No preparaban ambos a Darwin? Y si Vicq d'Azir se adelanta a Goethe en alguno de los descubrimientos que éste halló por su cuenta —el famoso hueso intermaxilar— ¿invalida ello el candor, la autenticidad del acierto, o acaso es ésta la primera vez que tal cosa sucede en la historia del conocimiento? Darwin ha dicho:

> Es notable ejemplo de la paridad de los conceptos —que aparecen simultáneamente en espíritus muy diversos— el que Goethe en Alemania, el doctor Erasmo Darwin en Inglaterra y Étienne Geoffroy Saint-Hilaire en Francia hayan llegado, casi a un tiempo, entre los años de 1794 a 1795, a opiniones semejantes sobre el origen de las especies.

Y es que hay —según la palabra de Goethe— "seres colectivos", llamados a dar unidad a las impresiones que reciben del mundo y a todos los conocimientos de su época. Y el que la historia de las ciencias pueda recorrerse sin necesidad de nombrar a Goethe sólo significa que los "nombres profesionales", con los que es dable sustituirlo, son preferibles siempre en la exposición de las disciplinas técnicas. A nadie se le ha ocurrido —si no es por lujo de erudición— citar en una historia escolar de la filosofía los trataditos de Gracián o la correspondencia de Flaubert como anticipaciones de Nietzsche. Y sin embargo, infórmese quien lo ponga en duda.

A propósito de las ciencias especiales que Goethe gustaba de cultivar, Eckermann pone discretamente los puntos sobre las íes. ¿Por qué Goethe, tan partidario de que cada hombre haga cada vez una sola cosa y la haga plenamente, se consintió semejante dispersión y tal complacencia para tan distintas curiosidades?

[16] Eck., 3ª parte, 18-V-1824.

A esto respondo —dice Eckermann— que si Goethe viniera hoy al mundo y, al nacer, hallase la vida científica y literaria de su nación en el nivel que actualmente alcanza, gracias en gran parte a sus esfuerzos, seguramente no encontraría ocasión para una obra tan múltiple, y se concentraría en una sola actividad.

Según Eckermann, hay en la actitud de Goethe algo de sacrificio pedagógico a la comunidad.

Goethe que, en su afán de investigar la naturaleza, quisiera haber dominado el universo entero, está en situación peligrosa junto a cualquier naturalista que haya consagrado su vida a una rama especial de la ciencia. El especialista domina un mundo de detalles, mientras que Goethe tiende más bien a la percepción de las grandes leyes. De aquí que persiga siempre el rastro de alguna amplia síntesis, pero carezca a veces de suficientes elementos para confirmar sus intuiciones; y de aquí que acoja y cultive con fruición a los naturalistas eminentes, que le proporcionan lo que a él le falta. Pronto habrá cumplido los ochenta, pero nunca se sacia su afán de investigar y saber. No ha cristalizado, ni ha terminado ninguna de las investigaciones a que aplica su estudio. Este anhelo de seguir adelante y de aprender siempre le comunica una eterna, una inmarcesible juventud.[17]

Recuérdese la naturalidad con que permite a Eckermann erigirse en preceptor suyo sobre las cosas que el joven conoce y el anciano ignora. Nada más ameno y gracioso que aquellas lecciones sobre la fabricación y el tiro del arco, sobre la vida de los gorriones y currucas, y las singulares costumbres del cuclillo.

Para apreciar el verdadero valor de Goethe en las ciencias, no basta recordar, en materia de geología, su última y grande hipótesis sobre las invasiones glaciales; en materia de mineralogía, aquellas descripciones en que la sensibilidad poética, como dice Strohl, "viene a ser un medio precioso para poner de acuerdo las observaciones científicas y la expresión verbal"; en materia de meteorología, las anotaciones sobre el sentido de los vientos y la formación de las nubes, o las especulaciones en torno al latido del barómetro y a la "afirmación" o la "negación del agua"; en materia

[17] Eck., 3ª parte, 16-IV-1825.

de botánica, su noción sobre el transformismo o metamorfosis biogenética de la planta, en la que vemos un solo y mismo elemento (anticipación genial a la teoría de la célula) irse desarrollando en diverso sentido y producir todos los órganos vegetales en torno al paradigma de la hoja; o en materia de anatomía comparada, la constitución vertebral del cráneo —nuevo caso de metamorfosis—, o el descubrimiento del hueso intermaxilar del hombre, donde, adelantándose a Darwin, Goethe nos muestra el mecanismo común que, en todos los mamíferos superiores, cierra el estuche del hocico. Algo es aceptable, algo fue descubierto por otro lado antes o al mismo tiempo que en la casa de Goethe, algo ha sido rectificado, como es de esperar que sucediese. Pero tengo entendido que, más todavía que en estos resultados parciales, Goethe merece hoy la consideración de los sabios por la gallardía con que supo sacudirse las preocupaciones de la ciencia oficial —algo perdida entonces entre vaguedades y tautologías— y volver al estudio directo de la naturaleza, de "la palpitante naturaleza", como él solía decir; de "la gran naturaleza que habla en voz baja", y a cuya presencia declara: "Yo estoy aquí para admirar."

Aquella ambición de poner en obra todo su ser y de buscar algún principio supremo para abarcar la totalidad del conocimiento es congénita en Goethe. De paso, determina en él cierto horror a lo mecánico, a las clasificaciones estáticas, a las "nomenclaturas que matan", y se resuelve en una interpretación dinámica, evolucionista y vitalista. Tales tendencias apuntan ya en su poema de Leipzig sobre la libélula; en su carta a Hetzler sobre la belleza;[18] en su interpretación "orgánica" de la catedral gótica; en las acusaciones del *Sátiro* contra los estrechos convencionalismos de la época. Y, tras una pausa, reaparecen con mayor relieve en las notas filosóficas del primer Weimar (*Philosophische Studie*), donde asoma ya la desconfianza contra las meras conmensuraciones físicas y contra el empeño de estudiar las partes de un organismo sin referirlas al conjunto. Este breve ensayo, sólo publicado en 1891 conforme a una copia de Carlota de Stein, es ya toda una síntesis de su filosofía. Durante el viaje a Italia, acaba de

[18] Estrasburgo, 14-VII-1770.

revelársele lo que ya él llevaba consigo, y ya la *Misión teatral* nos habla de la "totalidad fundente". Pero desde 1784 cuando menos, los estudios particulares sobre el granito y el hueso intermaxilar comienzan a fijar en objetos precisos sus teorías generales, que se fertilizan a su contacto. Su filosofía y su ciencia se aproximan gradualmente. Así lo apreciamos en sus cartas a Herder y a Knebel. En sus *Máximas y reflexiones* dice haber tomado cuartel en el terreno medianero de la ciencia y la metafísica; y de aquí partirá luego la disertación sobre la *Metamorfosis de las plantas* (1790).

Si el anatomista se conformaba con medir figuras estáticas, y le daba lo mismo estudiarlas en el cuerpo que en las reproducciones artificiales —como ésas que salían de las fábricas descritas en el *Wilhelm Meister*—, Goethe trasluce en las formas la acción viva. Los dientes de los cráneos prehistóricos conservados en el Museo de Jena le revelan "una raza de muy alta moralidad".[19] De parejo modo, en la botánica, concibe la planta en movimiento, imbricada en las mudanzas de su suelo y su cielo, y las clasificaciones de Linneo —que ha estudiado cuidadosamente— pasan a la categoría de hitos transitorios. Aun la planta humana se condiciona en relación con el ambiente; pero no en suerte de exclusiva pasividad: "La persistencia del individuo, y el hecho de que el hombre rechace cuanto no se conforma con él, es para mí una prueba de la entelequia."[20] De la ciencia natural pasa a la psicología con ágil sencillez, y hace escalas ascendentes y descendentes en su flauta de Pan. Obliga a pensar en Teofrasto, quien lo mismo estudia los "caracteres" que las trufas —"vegetal sin raíces engendrado por las lluvias de otoño cuando caen con rayos y truenos"—; y si por un lado deriva a La Bruyère, por otro a Buffon.

La teoría de la metamorfosis —de que Goethe se enorgullece— lo entusiasma al punto que no sólo la explica en sus disertaciones, sino que la canta en sus hexámetros. La botánica se aferraba a la teoría de la preformación. La planta, se suponía, reside inmutable en la semilla, y no hará más que desplegarse en una serie de repeticiones automáticas. Contra esta concepción que Goethe llama "mecánica y atómica", él opone la continuidad y la

[19] Eck., 3ª parte, 8-X-1827.
[20] Eck., 3-III-1830.

evolución, sin poder percibir aún —claro está— que pueda haber mutaciones discontinuas como hoy lo entendemos. Esta ley de los cambios vivos lo mismo se aplica al reino vegetal que al reino animal; y por buenas o malas, quiere extenderla asimismo a la geología, a la meteorología y a la óptica, durante los cuarenta años que aún le quedan de vida. Se envuelve en la controversia de los volcanistas y los neptunistas, evoca la sombra de Tales, rechaza el origen ígneo de la vida y prefiere, para su imagen del mundo, los lentos procesos del limo que duerme en el fondo de las aguas. Hinca su fe en cuanto le parece asumir la fisonomía expresiva de lo orgánico, desvía los ojos ante el ofensivo mutismo de lo inorgánico. La superioridad de la vida orgánica —afirma— está en razón inversa de la ineptitud de los principios mecánicos o inorgánicos con los que se pretende explicarla. El que haya zonas intermedias entre la cristalización y la vegetación no debe confundir los dos órdenes. Si el 'Homúnculo' del 'Doctor Wagner' —estéril criatura de laboratorio— está condenado a recomenzar su carrera, es porque fue cristalizado antes de ser organizado.

Su naturaleza y su educación hacían inevitable el choque con las interpretaciones físicas de Newton; y aunque unas veces habla con respeto de la matemática, muchas más lo vemos sublevarse contra las que le parecen ser intromisiones ilícitas de la matemática. Que el cielo esté sometido a la geometría —como afirma Cuvier— es cosa que provoca sus burlas.[21] Y a propósito de las *Confesiones* de Pestalozzi:

> Las matemáticas pasan por llegar a conclusiones infalibles, pero toda su certeza se reduce a la identidad. Dos por dos no son cuatro, sino dos por dos que por abreviación llamamos cuatro. Pero el cuatro no es aquí una cosa nueva. Y lo mismo sucede con las demás deducciones matemáticas, sino que en las fórmulas superiores se pierde el sentido de la identidad. Los pitagóricos, los platónicos veían milagros en los números y hasta hallaban en ellos la religión. Pero a Dios hay que buscarlo en otra parte.[22]

Enemigo del automatismo mental, partía en guerra contra todo intento de reducir lo cualitativo a lo cuantitativo. Ni siquiera deja-

[21] Müller, 25-IX-1823.
[22] Müller, 18-VI-1826.

ba, como los primarios de hoy, que las siempre cambiantes especies científicas —que tanto le interesaban en sí mismas— empañaran su visión fundamental, moral, de las sociedades humanas. Si no se entiende con el catedrático Fries —los desórdenes universitarios de Jena son un mero pretexto— es porque Fries, este precursor, convierte las ciencias naturales en números. El gremio de los matemáticos envuelve a Goethe en un círculo de recelo y silencio, y él los apostrofa:

> Respetada sea la matemática, ciencia la más excelsa y más útil mientras se la usa dentro de sus límites. La matemática es reina en su reinado. Pero no la saquéis de allí. No pretendáis que sólo existe lo que puede demostrarse matemáticamente. ¿Qué diréis del enamorado que duda de su novia porque ésta no puede persuadirle su pasión con guarismos? La dote sí que es cuestión de cálculo, pero nunca el amor.[23]

Su odio a lo mecánico está cifrado en la impaciencia que le causa la palabra francesa *composition* cuando se la aplica a la poesía. ¡Como si la inspiración se *compusiera*, se armara pieza a pieza! Su entusiasmo por el espíritu está cifrado en la sugestión de la palabra francesa *acheminement*, cuando se la aplica a los procesos mentales: le parece a Goethe que está viendo andar el pensamiento.

A medida, pues, que las ciencias se dejan penetrar por la matemática, Goethe comienza a desconfiar y se aleja discretamente hacia la ventana, como cuando, en la entrevista célebre, Napoleón comenzó a hablar con Daru sobre las contribuciones de guerra. Aquello ya no va con él. "¡Que otros computen el número caldeo!", dice Horacio a la presumida Leucónoe. Nosotros, en tanto, practiquemos las artes —mucho más cordiales— de medir el tiempo con la esperanza.

Hasta pierde su habitual mesura en su ataque contra la teoría newtoniana y cuantos la defienden. Newton ve la luz como una cifra; Goethe quiere verla como luz. Confunde la luz física, de que no quería saber nada, la luz antes del ojo, la luz como vibración

[23] Eck., 3ª parte, 30-XII-1823; 1ª parte, 20-XII-1826.

de energías reducibles al número, con la luz biológica, la luz como sensación del ojo. "Si Goethe, en su teoría de los colores, se hubiese limitado a la psicología de los matices, que sabe describir con sutileza y precisión encantadoras —dice Reichenbach—, nada tendríamos que objetarle." Pero saltó la valla del método, al irrumpir, con las armas de la psicología descriptiva, en el terreno árido de la física. ¿Para qué se empeñó en sustituir con su tesis la tesis de Newton, cuando una y otra pertenecen a reinos diferentes, complementarios y no necesariamente contradictorios? La descripción fenomenal de Goethe, hecha en superficie, es una síntesis de los primeros datos de los sentidos, y es sin duda más valiosa para el arte que para la ciencia. Su temperamento lo llevaba, sin remedio, a alejarse de la interpretación invisible de los colores. Pero suya es aquella definición admirable: "El color es la expresión y el sufrimiento de la luz." Así como adivinó la simbiosis del vegetal y el animal, así adivinó la función del color, no sólo en el arte, sino también en la biología y, sobre todo, en el organismo humano. Por desgracia, extralimitó la postura y quiso invadir la física matemática. No nos detengamos a examinar la mella de su escudo.

De la astronomía —que Goethe se limita a reverenciar desde lejos— dice que es

> la sola ciencia fundada sobre bases eternas y que progresa con seguridad, abriéndose paso en el infinito. Los más sociables entre todos los ermitaños, los astrónomos, se comunican sus descubrimientos y noticias como cazadores que dejan a sus compañeros la señal de la pista ya descubierta, y continúan edificando sobre la roca.[24]

Ya se ve que la astronomía le infunde cierto respeto entre poético y mágico. Desde luego, conlleva el prestigio de la vetusta astrología; y además, los cuerpos celestes no pueden dejar indiferente a este gran panteísta. Procura informarse de los mensajes del cielo, con el cual confiesa una inefable comunicación nerviosa, como lo saben cuantos conocen su vida y cuantos han leído el segundo *Meister*.[25] A Eckermann —cuya educación vigilaba

[24] Müller, 16-XII-1812.
[25] Eck., 13-XI y 21-XII-1823; y Müller, 16-XII-1812.

celosamente, marcándole el rumbo de sus estudios, abriéndole nuevos caminos y cerrándole los atajos peligrosos— le da un día un folleto sobre la previsión de los cometas, "para que no sea del todo profano en tales conocimientos".

Pero a practicar él mismo la astronomía no se acerca, no se atreve; no le acontezca lo que al ridículo Franz von Gruithuisen, de Munich, que acaba de descubrir una fortaleza en la luna:[26] propio precursor del cronista que sugirió, al comenzar la guerra de 1914, la posibilidad de que los supuestos dobles canales de Marte sean trincheras. "Nunca me he ocupado de astronomía —dice—. En esta ciencia ya no bastan los sentidos, sino que es fuerza apelar a instrumentos, cálculos y mecánica, cosa excesiva para mí y que exige la consagración de una vida entera."[27] Desconfía de lo que no puede alcanzar con sus propios ojos, con sus propias manos; como si prefiriera limitar pragmáticamente su universo al radio de las facultades comunes. Tal fue el defecto de su virtud; un defecto, a decir verdad, lleno de gracia. Donde se interponen los instrumentos y los números no se mueve ya con desembarazo. Aun la máquina, que se atraviesa como un acumulador de energía entre el hombre y la materia, le interesa poco; salvo las máquinas que suplen mutilaciones, como la que ayuda a dibujar al que no puede hacerlo (¿el pantógrafo?), o la que permite leer al ciego.[28] Los oficios que él se detiene a contemplar son los oficios primos, aquellos en que el artesano pega, labra, tuerce, plasma y adereza directamente la sustancia que le brinda la tierra. "El instrumento del hombre es el hombre mismo."[29] 'Fausto' ha dicho que no pueden forzarse los secretos de la naturaleza mediante palancas y tornillos. Pues ¿qué si, en vez de palanca y polea, rueda y engranaje, lo que se atraviesa entre el hombre y el objeto de su acción o de su conocimiento es la cifra, es el algoritmo? Parece que entonces la realidad le llegase adulterada ¿Quién sabe si hubiera aceptado a Einstein? ¿Representará, por aquí, el monumento último de toda una manera de pensar? ¿O el término puesto a las generaciones para señalar dónde comienza el terreno peligroso?

[26] Müller, 22-III-1824.
[27] Eck., 1-II-1827.
[28] Müller, 28-III-1823.
[29] A Riemer, 1808.

La sola intromisión de una lente entre la mirada y el mundo suele desazonarlo. Por algo no soporta a las personas con gafas. Medio a burlas, declara que los espejuelos filtran la mirada del hombre, se quedan con su vitalidad y sólo libran un remedo de mirada sin intención, o al revés, con intención indiscreta, como la que aplicamos a los insectos; que rompen el equilibrio y la comunicación saludable entre los interlocutores. Sólo lo soporta en el bueno, en el buenísimo de Zelter.[30] Los cristales como que aíslan, desconectan, y la electricidad lo sabe. La magia ha encerrado siempre entre cristales a los espíritus cautivos, para reducirlos a la impotencia. El artificioso 'Homúnculo' sólo puede conservarse entre paredes de vidrio, como el filamento al vacío de nuestras bombillas incandescentes. Todo fanal es asfixia.

Quiso, pues, que los sentidos le entregaran el secreto del mundo; desconfió de los aparatos, y todavía más de los números. Sondear a trasmano los misterios de la naturaleza le resultaba una herejía. Confió demasiado en el vigor de la mente entregada a sus solos e inmediatos recursos. En 1817, recordaba que la ciencia griega había brotado de la poesía, y afirmaba que, en las revoluciones del tiempo, ambas se encontrarían de nuevo para su mutuo beneficio. Tal vez se quedó atrasado o tal vez se adelantó en muchos siglos. Tal vez nos defraudó al no dejarnos un nuevo *De rerum Natura* que ya, de muchos años atrás, parecía venirse configurando en su mente. No caigamos en el error de los que le exigen la obra absoluta y el acierto absoluto.

Un botánico normando, Turpin, ha dicho una palabra que encierra una filosofía y un mundo: "Ver acontecer las cosas es el mejor modo de explicárselas." Goethe recoge esta palabra con reconocimiento y con entusiasmo. ¡Estaba para caérsele a él de los labios! Cuando Goethe se acerca a la naturaleza, comienza por hacer silencio en su espíritu. Detrás del telón de íntimos rumores acechan al sabio mil celadas. Que el pensamiento se unte en las cosas, desposándose con sus contornos. Vivamos interiormente —casi en una representación celular y en nuestros mismos tejidos— el proceso que presenciamos. Y cuando acabemos esta suerte de excursión sonambúlica, habremos entendido. Veamos

[30] Eck., 5-IV-1830.

aquí, en un rinconcito, cómo la descripción del proceso se encadena y se vuelve idea. Ahora el anciano se acerca al joven Eckermann, que es todo oídos. Creo que tiene una flor en la mano. Olvidando todo reparo científico, oigamos la teoría de la flor, que acaba en un himno pindárico:

> Quiero confiarle a usted —dice a Eckermann— algo que va a parecerle maravilloso. La planta va de nudo en nudo, y acaba en la flor y en la semilla. En el reino animal sucede otro tanto: la oruga, la tenia, van de anillo en anillo y acaban por configurar una cabeza. En los animales superiores y en el hombre, los huesos vertebrales se ensamblan y ensamblan hasta erigir una cabeza, en la que concentran todo el vigor. Lo que ocurre así con los individuos, ocurre también con las colectividades. Las abejas, series de unidades encadenadas, producen, al asociarse, algo en que se resume el proceso y que puede considerarse como la cabeza del conjunto: una reina. Ello acontece de alguna manera misteriosa, difícil de explicar y expresar. Sin embargo, yo creo entenderlo. De igual suerte los pueblos engendran a sus héroes, que están a la cabeza como verdaderos semidioses para su salud y su resguardo comunes.[31]

6. Religión, metafísica y metapsíquica

I

Si hay santidad en Goethe, busquémosla en su silencio y en su renunciamiento. "Renuncia, es fuerza que renuncies" (*Fausto*). "Todo proclama la necesidad de renunciar" (*Poesía y realidad,* XVIII). Aquí no hay milagrería ni quincallería a lo divino. Tampoco es rigurosamente exacto que Goethe nunca haya despegado los labios en punto a metafísica y religión.

Dese luego, sabemos que cortejó el spinozismo y el monadismo; aun el kantismo. Conocemos su mística de la Naturaleza; y no es temeraria la paradoja que lo califica de metafísico sin metafísica. Los filósofos de Jena se le acercaban con respeto, como para someterse a la prueba de su lucidez. Por instantes, parece que

[31] Eck., 13-II-1829.

Goethe va a dar una gran batalla filosófica. Pero ella se deshace en una marcha colonizadora, un avance en línea desplegada.

Ya de niño, le sorprende que la filosofía sea objeto de estudio aparte, pues le parece que la contienen íntegra la poesía y la religión (*Poesía y realidad,* VI). Con Goethe nos fallan las palabras. Goethe traspasa los límites conceptuales, y desata en las cosas, como la música de Pan, aquella circulación interior que todo lo regocija y confunde. "Con flauta y canto voy a deleitarte", dice el 'Sátiro' de su drama trunco. Pero a nosotros, habituados a medir los espacios a trechos cortos, este vértigo de totalidad nos amedrenta, la visión pánica nos llena de pánico, y pedimos a los sistemas que aquieten un poco el vórtice eterno de la Creación. ¿Y por qué habíamos de esperar que Goethe nos proponga en tratados y ensayos lo que en mil formas nos dice su poesía? ¡Qué irrisión! Se le niega la facultad filosófica porque no le dio la goethiana gana de hablar como maestro de escuela.

En *Poesía y realidad* —historia de su infancia y su prolongada adolescencia— asistimos al arranque de un ímpetu religioso que sólo parece desvanecerse a medio camino en razón de su mismo ensanche, como si rebasara nuestro limitado ángulo visual. Goethe, niño, se forja un Dios al que ofrece culto y rendimiento, encendiendo el fuego de su ara con un rayo de sol filtrado a través de una lente. Ese Dios —imagina— está inclinado profesionalmente sobre los anhelos humanos. Goethe, adulto, prefiere cumplir por sí sus empresas de hombre, y se detiene respetuosamente ante las fronteras de lo sobrehumano; aquello que, según los teólogos, sólo se conoce por la negativa, y para lo cual, en principio, el Creador no quiso otorgar un fácil franqueo.

Pero la certidumbre divina no se seca ni apaga. Como tal la reconoce Goethe, y no se empeña en investigarla. Su contemplación admira y calla. Presiente una lejanía insondable; siente una íntima dependencia: "Allá —afirma 'Fausto'—, allá habitan las Madres, principio creador y conservador del que nace cuanto existe y alienta, y al cual retorna cuanto ha dejado de ser, concentrándose para una nueva existencia." Y Goethe dice a Eckermann al oído: "No nos conviene meter mano en los secretos de Dios."

Como su severa religión le prohíbe toda veleidad de antropocentrismo, reflexiona así:

> Yo veo venir el día en que Dios pierda su simpatía para la humanidad y decida destruirlo todo, concibiendo una creación renovada. Estoy seguro de que está ya prevista y marcada la hora en el porvenir para este rejuvenecimiento del mundo. Pero todavía ha de tardar (*casi lo vemos sonreír*); todavía pasarán algunas cosas agradables durante miles y miles de años en nuestra amada y vieja Tierra.[32]

Es hilozoísta al modo de los jonios, por cuanto entiende la Creación como un ser vivo. Cree en un Dios inmanente. "¿Qué sería un Dios limitado a empujar el mundo desde afuera?", dice recordando a Giordano Bruno. Su spinozismo se hunde en la confianza de un gran Ser que todo lo sustenta en sí. De aquí, también, su conciencia del deber vital, que asume intensidad religiosa. Ni siquiera necesita adorar a Dios el que está en él: su adoración debe ser el acto, el cumplimiento de la misión terrestre: "El acto es la fiesta del hombre." No hay aquí un mezquino cambio de servicios, sino una permanente lealtad al hecho de la vida. Más todavía, una calurosa acogida a los destinos: *Amor fati.* Nada más perfectamente religioso que esta seguridad en Dios. Todo se le da, toda nuestra aptitud de vivir, y nada se le pide en trueque. ¿Los destinos están por encima de nosotros? Que hagan de nosotros lo que quieran. "Goethe —dice Nietzsche— *ya nada niega,* y entre todas las formas posibles, ésta es la más alta forma de la fe."

Müller tiembla a veces ante la precisión de las palabras de Goethe: "Los eclesiásticos —le ha dicho éste— o son racionalistas sinceros, o se engañan y engañan."[33] Pero las más veces se impacienta porque Goethe parece esconder el fondo de su pensamiento. Sus palabras, entonces, tienen sabor de oráculos y están temblando de sentidos. No ha querido cazar y matar con ellas las nociones; las deja en movimiento, en camino. Como todo lo que vive, son y no son, y van transformándose a nuestros ojos. Sin embargo, de cuando en cuando aquella tensión se relaja.

[32] Eck., 15-X-1825 y 23-X-1828.
[33] Müller, 8-VI-1821.

Goethe da huelga a sus Musas y se deja hablar en el lenguaje de todos.

Una noche, bajo la emoción de la muerte de Wieland, declara sin embozo su creencia en la indestructibilidad del alma, eterna mónada, y en las sucesivas incorporaciones de cada mónada en nuevas figuras de existencia. Que nada o muy poco podamos averiguar de Dios —dice a Falk— no es argumento contra la intuición de lo divino: el Hombre es un diálogo entre la Naturaleza y Dios, diálogo que bien puede ser más extenso y profundo en otros planetas. "No debemos turbar la simplicidad divina con inútiles especulaciones, sino abandonarnos en la pureza de la fe y la razón."[34]

Un día de primavera, en Dornburg, a la mesa y entre pocos amigos, abiertas al campo las ventanas, se pondrá locuaz y confesará con calor la misión suprasensible del Hombre, situado entre la materia y el espíritu.[35] Sólo le irrita, hasta tornarlo amargo y sarcástico, el empeño de reducir la supervivencia a imágenes ridículas y terrestres.

> Es del todo imposible para el ser pensante representarse el no ser, o la interrupción del pensamiento o de la vida. Así, cada uno, quiéralo o no, lleva consigo la prueba de la inmortalidad. Pero, en cuanto pretendemos salirnos de nosotros mismos, en cuanto queremos demostrar y fijar dogmáticamente la imagen de la supervivencia personal, en cuanto nos da por revestir este sentimiento profundo en formas vulgares, caemos en contradicciones.

Y aquí, en términos que afligen a Müller, se burla de la señora Recke y sus esperanzas de volver a encontrarse con la hermana que se le ha muerto.[36]

Hubo un día en que la *Urania* de Tiedge puso de moda el tema de la supervivencia del alma y lo trajo a las conversaciones de salón. Goethe llegó a hartarse. Le irritaba que las cosas profundas se convirtieran en frivolidades. La Musa epigramática hubiera querido dictarle algunos versos. Pero se contuvo. No habría sido

[34] Falk, 23-I-1813.
[35] Müller, 29-IV-1818.
[36] Müller, 19-X-1823.

la primera vez que una palabra inconsiderada, una salida de ingenio, lo malquistara con gentes de buena voluntad.

> No es que yo quisiera privarme de la dicha de creer en una vida futura. Hasta hubiese podido suscribir aquel decir de Lorenzo de Médicis, según el cual quienes no esperan otra vida están ya muertos desde ahora. Pero tan graves cuestiones no han de ventilarse en charlas cotidianas que tan sólo crean confusiones estériles. La creencia en la otra vida ha de gozarse en silencio, sin que la imaginación pretenda representársela... A cuantas mujeres estúpidas me importunaban con sus interrogatorios, yo las sacaba de quicio contestándoles: —Sí, me encantaría, tras esta corta existencia, encontrarme con que me espera otra; pero a condición de no tropezar en el otro mundo con los que me lo predicaban aquí. Sería un tormento inaguantable. Todo el día me estarían diciendo: *Y qué ¿no teníamos razón? ¿No se lo habíamos dicho? ¿No resultó cierto?* Y también en la eternidad seguirían hastiándome con sus importunidades. Que hablen de la inmortalidad los ociosos mundanos y las señoras bonitas. El hombre superior, consciente de que está en el mundo para hacer algo serio, que trabaje, que obre, que luche, que procure ser útil, y que deje para su ocasión la vida futura... Si el buen Tiedge hubiese tenido mejor fortuna, no hubiera perdido el tiempo en esas insensateces.[37]

La perennidad del alma le resulta obvia, porque no podría desaparecer lo que alcanza su valor máximo: "La naturaleza no derrocha así sus capitales." La perspectiva del aniquilamiento absoluto, aunque la encuentra en Lucrecio, no le perturba:

> Ya en aquel tiempo se cernía sobre los hombres un inmenso terror respecto a lo que nos espera allende la muerte, terror que recuerda el de los católicos enfermizos ante el fuego del Purgatorio. Lucrecio, por aversión a estas necedades, cae en el extremo contrario, y quiere aplacar brutalmente esta angustia con su doctrina del aniquilamiento. A través de todo su poema didáctico flota un espíritu sombrío. Parece hostigado de secreta rabia, como si pujara por elevarse sobre los lamentables pavores de sus contemporáneos. Siempre ha acontecido lo mismo. Véase la actitud de Spinoza y otros heréticos. Si los

[37] Eck., 25-II-1824.

hombres *en masse* no fueran tan miserables, los filósofos no tendrían necesidad, por reacción, de ser tan absurdos.

Cuando Lucrecio se aferra a la tesis del aniquilamiento, muestra un ánimo parecido al de Federico el Grande que, en la batalla de Collin, gritaba a sus granaderos: "¡Ea, perros, adelante! Pues qué ¿pretendéis vivir eternamente?"[38]

No le falta razón a Müller: Goethe es esotérico. Lo es para mejor seducirnos, desde luego, así como también hay apóstoles que persuaden huyendo. Además, observa Curtius, el esoterismo es el medio más propio de guardar y asegurar la transmisión de un tesoro. Goethe sabe que la magnitud de su idea religiosa, como la de su idea moral, ni es accesible ni acaso conveniente a todos. Alcáncela el que pueda; que a los demás, en vez de aprovecharles, los aplastaría bajo su peso. Este evangelio diferencial, que se merece con esfuerzo —aunque no excluya los posibles relámpagos de la gracia—, es más católico de lo que a primera vista parece. La Iglesia es un sistema de mediaciones; es, ante todo, una mediación. Sólo en muy contados casos admite —y a veces, a regañadientes o después de pensarlo siglos— las comunicaciones directas de la inteligencia divina. Y mediación significa ocultación, esoterismo, grados de acceso en los misterios: tradición o puente entre el mundo clásico y el medieval.

Lichtemberger en Francia, Curtius en Alemania, han logrado —desentrañando a Goethe— asir por el ala cierta idea volátil de la mediación, cierto pluralismo angélico que Goethe interpone entre la divinidad y la criatura. Su idea de lo demoniaco, que tanto se parece al destino, entra como una ráfaga de gentilidad en pleno ambiente moderno. Lo demoniaco nos lleva y nos trae y, siéndonos extraño, ya se nos opone a todo trance o ya más bien nos corrobora. Goethe nunca se explicó claramente sobre esta concepción más mitológica que religiosa, y tan poética como mística, o se explicó en cada ocasión de distinto modo. Digamos, con las *Elegías romanas*, y respetando el sovoz del poeta que no siempre quiso ser diáfano:

En aprender a medias hallo un placer doblado.

[38] Müller, 20-II-1821.

II

Cuando Goethe recomienda a Müller familiarizarse con lo inexplicable sabe muy bien lo que se dice. "Hasta lo que choca como antinatural forma parte de la naturaleza. Quien no sabe verla en todos sus aspectos no la ve en ninguno." Además, muchas especies de la superstición esconden misterios naturales, hoy explotados por embaucadores, pero que algún día serán colonizados por la razón, y territorios transitables. Entre las patrañas que rondan los tanteos de la metapsíquica, y sin aceptar las ramplonerías que tanto incomodaban a Goethe, William James asegura que todavía queda un residuo digno de la atención del sabio. Es posible, yo no lo sé; pero la ciencia ha tenido una prehistoria absurda y monstruosa, y la antropología y la psicología profunda nos enseñan hoy a entender y a utilizar mil cosas que antes se tenían por meros dislates.

En la familia de Goethe había cierta curiosidad para los llamados fenómenos psíquicos. El burgomaestre Juan Wolfgang Textor, el abuelo materno, pretendía poseer el don de la videncia, lo que, según él, le había permitido prever su acceso a la primera magistratura en Francfort del Meno. La madre de Goethe, Frau Aja, se decía heredera de esta virtud. La *Poesía y realidad,* aunque sea por lujo retórico, se abre con una referencia al horóscopo que presidió el nacimiento de Goethe; y él pasó toda su niñez esperando que Júpiter y Venus cumplieran sus promesas, y jugando a las constelaciones en la tabla de contar de su padre. Un día que éste le mostró la luna llena, la criatura se le desmayó en los brazos, nada menos. Otra vez, el chico tuvo en sueños la premonición de cómo había de atrapar un jilguero al día siguiente.[39] En los días de Leipzig —siquiera por cortesía, según asegura— aceptó asistir a una sesión de cartomancia en compañía de Lucinda, la hija menor de su maestro de baile. En 1770, a su regreso, lo salvó de la enfermedad cierto médico medio alquimista; y Goethe volvió a la salud dispuesto —con ayuda de la señorita Klettenberg, que también flotaba entre la religión y el psiquismo— a penetrar los misterios de la semiciencia, y practicó a Paracelso y a Jacobo Boehme.

[39] Eck., 3ª parte, 7-X-1827.

Cuando, en Alsacia, se despide de Federica, le sucede un caso singular:

> A poco de trotar por el sendero de Drusenheim, se apoderó de mí una extraña visión. Me veía venir a mí mismo a caballo, no con los ojos del cuerpo, sino con los ojos del espíritu, recorriendo en sentido inverso igual camino, con un traje que yo no había usado hasta entonces: un taje de gris salmón con ribetes de oro. De pronto, se disipó el ensueño y la imagen desapareció. Pero lo más sorprendente es que, a los ocho años, en efecto, regresaba yo por aquella ruta para ver una vez más a Federica, vistiendo exactamente aquel traje que había soñado, traje que no me puse de propósito, sino por verdadera casualidad. Sea cual fuere el valor de estas adivinaciones, ello es que la rara visión me prestó algún sosiego entre las amarguras de la reciente despedida (*Poesía y realidad*, XI).

Regresa nuevamente a Francfort. Sobrevienen los titubeos sentimentales de Wetzlar. Dice adiós a sus amigos Kestner y Lota, cómplices involuntarios en la elaboración del futuro *Werther.* Los tres convienen en que, quien primero desaparezca, procurará dar a los supervivientes alguna noticia del otro mundo. No aconteció de otro modo entre William James y Richard Hodgson. Pero es de creer que el viejo Goethe se reía ya de estas quimeras, como lo hemos visto desairar las candorosas esperanzas de la pobre Isabel de Recke.

Todavía entre Wetzlar y Francfort, camino de Coblenza, al pasar por el Lahn, arroja su cuchillo al agua para interrogar el porvenir, preguntándose si habrá de seguir o no la profesión de las artes, según que el cuchillo se deje o no se deje ver en la transparencia de la corriente. ¿No acostumbraba también Rousseau tirar piedras a los árboles, para averiguar si se salvaría o sería condenado? Pero la experiencia resultó indecisa, y Goethe, una vez más, "probó la ambigüedad engañosa de los oráculos".

Más tarde, en Weimar, tiene, de algún modo vago e informulable, la sensación de un cataclismo, como si lo percibiera en el cielo y lo registrara en su propio cuerpo. Y luego se vino a saber que ese día y a esa hora había acontecido efectivamente un terremoto en Mesina.[40]

[40] Eck., 13-XI-1823.

> Caminamos entre misterios —dice a Eckermann—. Nos rodea una atmósfera desconocida cuya relación con nuestro ser ignoramos en absoluto. Pero es indudable que, en determinadas circunstancias, los hilos sensorios de nuestra alma se alargan más allá de sus límites corporales, y presienten y hasta ven lo que hay en el porvenir.

Eckermann le habla entonces de esos atisbos que todos hemos tenido alguna vez: una persona a quien no había visto en mucho tiempo y que le fue anunciada de cierta manera interior antes de volverse a encontrar con ella... ¿Casualidad, mensaje inefable?

> Un alma puede influir directamente en otra alma —continúa reflexionando Goethe—. Me ha ocurrido a menudo que algún amigo se ponga a hablar, sin aviso previo, de lo mismo en que yo estaba pensando. Y he conocido a un hombre que, sin pronunciar una palabra, sólo con la fuerza mental, hacía callar de repente a una sociedad locuaz y bullanguera, infundiendo en todos cierto sentimiento que a todos los entristecía... Si una muchacha se encontrase en una habitación oscura, sin saberlo, con un hombre que deseara asesinarla, es muy probable que sintiera confusamente la vecindad del enemigo, y presa de inexplicable terror, escapara pidiendo amparo... Entre los amantes, esta fuerza magnética adquiere mayor intensidad y aun obra a distancia.

Y aquí relata que, durante su primera época de Weimar, andaba tras una mujer a quien era imprudente visitar de modo ostensible. Se ausentó por algún tiempo de la ciudad. Volvió sin prevenir a nadie. Llegó hasta la puerta de la dama, oyó rumor de conversaciones, no se atrevió a entrar, y al fin se alejó por la calle. Al cabo de un rato, la dama le salió al paso en una esquina: también ella, movida de un extraño impulso, había despedido intempestivamente a sus visitas y se había echado en busca suya...[41]

Aunque el 10 de febrero de 1830, conversando con Müller a propósito del libro de Justino Kerner sobre la vidente Federica Hauffe, asegura terminantemente que desde su juventud se ha alejado con disgusto de estas quimeras, y que jamás quiso consultar a una sonámbula, no es enteramente sincero. Y sólo lo es

[41] Eck., 7-X-1827.

cuando añade: "No dudo de que la naturaleza humana posea virtudes misteriosas, pero se las provoca de una manera tan falsa como impía."

Lo cierto es que Goethe ha sentido muchas veces la fascinación de estos enigmas y nebulosidades. El *Fausto* es un expresivo testimonio de su espíritu aventurero. Entra con erudición en la demonología y en la cábala, y en el Sabat y la Walpurgis todos los rasgos acusan una documentación cuidadosa y, por consecuencia, una viva curiosidad por los "fenómenos del contrabando", los que aún no pagan su derecho a la ciencia. La dama inspirada del *Wilhelm Meister,* desde la silla donde la tenía clavada su salud insegura, y entre una y otra jaqueca, vivía una existencia sonambúlica, recibiendo influjos de los astros y repartiendo consejos a sus amigos. La estelar Macaria se encuentra en relación con el mundo planetario, se siente arrastrada por sus órbitas, gravita desde su infancia en torno al sol, en forma espiral y con doble impulso, porque "los seres, en tanto son corporales, tienden hacia el centro, y en tanto son espirituales, hacia la periferia". Paracelso —cuya huella en Goethe es conocida— descubre en cada existencia un universo y un sistema solar. Hacia el final del *Meister* ("Años de viaje", III, XXV), Montano habla de una persona que lo acompaña en sus exploraciones, y que tenía comunicación directa con el reino mineral y con cuanto se llamaba entonces "elemento". De algún modo inexplicable, adivinaba las aguas subterráneas, los yacimientos de carbón, las vetas de metal, y sus sensaciones se modificaban con la estructura del suelo. Sabía decir, a primera vista, el peso relativo de un cuerpo con respecto a otro. Montano se niega a revelar el sexo de tal persona. Acaso era un andrógino, ser complementado en sus dos potencias, antes de que el cuchillo platónico (o aristofánico) lo divida en sus dos porciones: de donde proviene su aptitud.

Un día, el eclipse de Aldebarán pone al viejo Goethe de buen humor, a la vez solemne y sereno, como si lo tomara por un éxito propio, como un mensaje dirigido a él personalmente, como un feliz augurio.[42] Goethe, ser pegado a la tierra —Anteo, dice Mann—, confiesa su naturaleza de barómetro y declara poseer una viva

[42] Müller, 16-XII-1812.

conciencia de sus relaciones telúricas. Era, como dice el vulgo, algo estrellero. Pero guardémonos de creer que, por aceptar estas vislumbres de orden precientífico, incurre en groseras aberraciones. Harto se burló de los charlatanes a lo Cagliostro (*El Gran Copto*). Y a su propio amigo Lavater, con quien se entretenía en colaborar de joven sobre curiosidades fisonómicas, tuvo que ponerlo en su sitio, y lo alejó de sí para siempre cuando lo vio hundirse en la mística al revés y en la extravagancia.

Cuadernos Americanos, México, noviembre-diciembre de 1949.

7. En torno a la libertad

Aquella época se embriagaba con la palabra "libertad". Aunque, como dice Ortega y Gasset, una cosa era la libertad para Fichte o Hegel, y otra muy distinta para el menestral que moría en la barricada de París. ¡Oh libertad, cuántos estímulos diferentes se disfrazan bajo tu nombre! Goethe también habló muchas, muchas veces de la libertad, y en muchos diferentes sentidos; más vale saberlo.[43]

"La palabra *libertad* —escribe Goethe un día— es tan seductora que no podríamos prescindir de ella, aun cuando significara un error" (*Poesía y realidad*, III). Aquí no considera la noción política, sino la noción filosófica, acaso el libre albedrío, acaso la "dependencia natural" del hombre. Y otra vez, recordando a Schiller, dice a Eckermann: "En su juventud, sólo le preocupaba la libertad física, como se ve por sus obras. Conforme avanza en su cultura, se vuelve otro hombre. Más tarde, se preocupa por la libertad ideal."[44] En otra ocasión, parece pensar en la libertad social y práctica de nuestras acciones cotidianas: "En cuanto nos levantamos de esta silla, en cuanto salimos por esa puerta, en cuanto empezamos

[43] Es fácil, al margen de su obra, sus cartas o sus conversaciones, sorprender la aparición de la libertad bajo sus distintas especies: ya a Segismundo ante la naturaleza, ya ante Dios, ya es el término de la rebeldía, ya el de la aceptación. Ya es el hombre a solas, luchando con su ángel; ya el hombre en la comunidad política. Ya la pugna del artista por comunicar a su materia la independencia de su espíritu, no destrozándola, desde luego, sino descubriendo las leyes de su docilidad a la idea.

[44] 18-I-1827.

cualquier emprendimiento, sentimos que el Destino empaña nuestros intereses."[45]

Ya octagenario, se dirige a los jóvenes poetas alemanes: "No soy vuestro *maestro* —les dice—, pero habré sido vuestro libertador." La síntesis de su vida queda en la palabra libertad. Quien supo darse a luz a sí propio —imagen de mitología— se ofrece como ejemplo a la juventud. Se trata de desnudar, de depurar el yo. ¿Cómo encontrarlo? ¿Escrutándose a sí mismo incesantemente, puesto que el yo es interior? No por cierto; no en programa previo, sino en la acción vital: saliendo con el yo por el mundo, contrastándolo con el exterior, y por los efectos de la reacción, palpando sus fronteras. Ve en pos de ti mismo. No aceptéis normas dogmáticamente impuestas por la rutina o la convención: descubre vuestras normas. Saber mandar y saber mandarse son supuestos de la libertad. Libre no es el desaforado, sino el que se desembaraza de las cadenas según ley de su naturaleza, como el Dionysos maniatado de Eurípides. Tal es la felicidad del poeta: vence al enemigo con los símbolos. El pueblo de Queronea —cuenta Plutarco— todos los años azota con la rama sacra, la rama que comunica la virtud de la vida, a una esclava que representa al hombre, y la expulsa de la ciudad. 'Werther' es el *fármakos* en quien se descarga una fatalidad, para poder seguir la jornada. Pero, una vez operado el sortilegio y lograda la catarsis de los venenos subjetivos, hay que abrir la ventana: "De nada os aprovecharía seguir llorando eternamente a la amante ausente, infiel o fallecida... Entregaos a la corriente de la vida, y probaos en el encuentro con la ocasión. Sólo así averiguaremos si, en ese instante, estamos vivos, y en la meditación ulterior, si estábamos vivos" (*Una palabra más para los poetas jóvenes*). ¿No lo hemos visto una y otra vez desenlazarse de los brazos de las mujeres?

La norma propia, que no viene a ser aquí el concepto de la libertad, no pende, pues, de ese pretendido yo programático que Goethe jamás hubiera advertido. Sus ideas son sus experiencias. Él nunca se concibió como un jinete anterior al caballo. En suma: vivió como un hombre; no como un maniático o enajenado, equilibrista de la idea fija. Buscó su imagen el espejo de la vida; y luego,

[45] A Jacobi, 18-X-1784.

en la vejez, se puso a exprimir los enseñamientos de su conducta. La vida es, a sus ojos, una integración vegetativa entre un mínimo de realidad interior y un máximo de realidad exterior, en gradual simbiosis y en compendio de todas la filosofías occidentales y orientales. Hay algo pasivo en la libertad: vela que obedece al viento para encaminar su propio derrotero.

Pues no parece que pueda sujetarse a Goethe dentro del solo sentir occidental.[46] A cada paso nos declara que unos demonios o agentes extraños obran en él y lo conducen. A veces, aun lo llevan más allá de los límites por él previstos, y lo plantean ante el resultado de acciones ejecutadas como en un trance sonambúlico. ¿Qué es lo mío? —suele preguntarse—. Y se contesta: —No es más que una cierta voluntad de selección entre la común herencia de los hombres; la absoluta originalidad no existe. Hay instantes —no se tome a ponderación, sino a metáfora descriptiva— en que Goethe se nos confunde con el paisaje, se nos vuelve casi una cosa de la naturaleza. Él mismo parece complacerse en esta metamorfosis del Buda viviente. En el curso de alguna charla, se explica a sí mismo como un cruce de corrientes universales, ondas de pensamiento, interferencia de vibraciones cosmogónicas, palpitaciones de luz y sombra. Y el hombre, entonces, se vuelve fantasma, y el fantasma se transparenta y desaparece. Tenemos que reconstruir al señor consejero Goethe para que vuelva a hacerse visible. Padecemos una desazón semejante a la que nos causan esos experimentos de laboratorio sobre las llamadas —si no me engaño— "sensaciones indiferentes": lo que era un conjunto de figuras negras en fondo blanco resulta de pronto, un conjunto de figuras blancas en fondo negro. Goethe y la atmósfera: la atmósfera y Goethe.

8. [Goethe y las revoluciones]

Yo he tenido la ventaja —dice Goethe— de haber nacido en una época que presenció un desfile de grandes acontecimientos, desplegados a lo largo de mi larga existencia. He presenciado la Guerra de Siete

[46] ¿No llegó a decir que la resignación mahometana es ya una educación suficiente?

> Años, la separación de los Estados Unidos, la Revolución francesa y, por último, toda la era napoleónica hasta la caída del héroe y sus consecuencias. Así, he llegado a resultados y opiniones que son imposibles para los hombres de hoy en día, y que sólo se enteran de todo aquello a través de libros que no entienden.

Porque nada, para Goethe, sustituye a la experiencia viva. Y continúa, considerando los sueños de una sociedad organizada:

> Lo que haya de suceder mañana es imprevisible; pero me temo que no alcancemos muy pronto el sosiego anhelado. Difícil es componer el mundo, evitar los abusos de los poderosos y contentar la impaciencia de las masas con promesas de lentas mejoras. Si fuera posible una humanidad perfecta, podría también llegarse a una organización perfecta. Como no lo es, todo seguirá en perpetua alternativa. Lo más sabio es que cada uno se atenga a la profesión que conoce y para la que ha nacido, sin estorbar al prójimo. El zapatero, a sus zapatos; el labriego, a su arado; el príncipe, a su gobierno.

"Príncipe" quiere decir aquí "gobernante". Y con palabras dignas de Protágoras, concluye: "Gobernar también es una profesión y requiere un aprendizaje, y quien lo ignora, que no ose meter mano en tan delicada cuestión."[47]

Un hombre de quien se recogen todas las conversaciones y cuyas frases sueltas —por lo mismo que son tan felices— se echan a volar solas, está singularmente expuesto a parecer contradictorio y a ser muchas veces mal entendido. La opinión achaca a Goethe muchas fobias gratuitas. Se dice que era enemigo de las campanas; pero bastan los repiques de Pascua para detener la mano de 'Fausto', que ya levantaba la copa de veneno, y devolverle la esperanza en la vida. ¿Recuerdo, tal vez, de aquella campanita cuyos suaves tintineos lograban borrar de su rostro infantil el gesto de la pesadilla? Entre los veintiún mil y pico del maestro Rodríguez Marín, consta este refrán de buen cuño: "Por un perro que maté, mataperros me llamé." ¿Pues no nos dicen que Goethe odiaba a la raza canina porque no quería perros cirqueros en su

[47] Eck., 25-II-1824.

teatro de Weimar, o porque cierta vez, enfrascado en una explicación filosófica, clamó contra un perro que lo importunaba con sus ladridos y se le ocurrió tomarlo como ejemplo de una "pugna monadológica"? Y bien: algo parecido hacen con Goethe quienes erigen en teorías y sistemas sus palabras ocasionales.

Dos ejemplos típicos:[48] En Maguncia, después del sitio, Goethe salva a un hombre amenazado por la multitud. El inglés Gore le pregunta cómo ha podido exponerse así por un extraño que acaso sea un bribón. Por quitárselo de encima, Goethe le contesta: "Antes una injusticia que no un desorden." Y una multitud de comentaristas, que también parecen "linchadores", cae sobre la frase y la abulta en declaración de principios. Como explica Hérenger, Goethe sólo quiso decir: "Antes la impunidad, que el linchamiento"; antes un error particular que un error general. Que se equivoque el alcalde, pero no Fuenteovejuna.[49] Y todavía cabe recordar que el fugitivo aquel llevaba a la grupa de su caballo una linda prenda, una preciosa mujer vestida con traje masculino, que no pudo pasar inadvertida a los ojos golosos de Goethe.

Otra vez, llegan noticias de la revolución de París. Soret va a visitar a Goethe que lo recibe excitadísimo y hablándole de las novedades de Francia. Soret exclama: "La cosa está que arde. ¡Esa pobre familia en manos de ese pobre ministerio!" Goethe le interrumpe: "Yo no hablo de eso. Eso ¿qué me importa? Hablo de la polémica entre Cuvier y Geoffroy Saint-Hilaire."[50] La Academia de Ciencias de París, en efecto, acababa de celebrar la memorable sesión en que la teoría analítica de Cuvier se encaró con la teoría sintética de Saint-Hilaire, tan cara a Goethe. Y aquí los comentaristas se lanzan a generalizar caprichosamente: A Goethe —dicen— no le interesaban las cuestiones políticas. Pero su vida y su obra ¿no dan testimonio de lo contrario? Y lo curioso es que esta anécdota, repetida con inexactitud, ha hecho pensar a muchos que se trataba de la Revolución francesa y no de la Revolución de Julio. Sobre la primera, ya conocemos las preocupa-

[48] El primer ejemplo se repite en versión corregida en "Idea política de Goethe", I [E.].

[49] Nada tiene que ver esto con los que se llenan la boca repitiendo la palabra "orden" mientras empuñan la porra, el rompecabezas, el látigo y demás instrumentos oprobiosos; ellos son los verdaderos causantes de todo desorden en la historia.

[50] Soret, 2-VIII-1830; copiado por Eck., 3ª parte.

ciones de Goethe. Respecto a la segunda, sabemos bien que Goethe no fue indiferente. Consta en sus *Anales* el ansia con que deshojaba los periódicos franceses —*Le Globe*, *Le Temps*— y consta que un mes más tarde ya no se conformaba con eso, sino que compraba cuanto libro aparecía sobre "las tres gloriosas". Véanse los ecos de esta inquietud en Soret,[51] en las cartas a Gersdorf[52] y a su hijo que andaba en Roma,[53] en sus charlas con el canciller Müller[54] o en la *Miscelánea* de Riemer.[55]

Goethe era ya un setentón. Con razón se quejaba de que le exigieran actitudes y actos de joven. Un día Eckermann —él mismo ha reconocido su imprudencia— le soltó a quemarropa: "Se le echa a usted en cara que en aquel tiempo [las guerras del Imperio], usted no haya tomado las armas, ni haya figurado [como Arndt, Teodoro Körner y Rückert] entre los poetas patrióticos." Hay que imaginar la majestad, no exenta de viveza, con que Goethe le contestó:

> Dejemos esas censuras a la gentuza que ignora lo que dice. ¿Cómo hubiera yo podido empuñar las armas sin odio, ni cómo odiar sin juventud? A haber tenido entonces veinte años, no hubiera tardado en hacerlo; ¡pero yo pasaba de los sesenta! Además, no todos podemos servir a la patria de igual modo. Cada cual hace lo que mejor sabe, según las facultades que Dios le ha dado. Durante medio siglo, mi vida no ha conocido reposo. Puedo afirmar que, en las cosas confiadas a mi labor cotidiana, nunca he descansado ni de día ni de noche, no me he procurado alivio alguno, antes me he esforzado cuanto me era dable. Si todos pudieran decir otro tanto, no nos iría mal... ¿Escribir canciones guerreras cómodamente sentado en mi despacho? Eso no era para mí. No; me hubiera gustado pasar las noches de centinela, oyendo los relinchos de los caballos en las avanzadas enemigas. Pero ya yo no servía para eso. Le estaba bien a Teodoro Körner, cuyas breves canciones guerreras son admirables. En mí, que carezco de naturaleza bélica, tal poesía hubiera sido una ridícula máscara. Mi poesía nunca fue hechiza, forzada: nunca he escrito ni versificado

[51] 11-VIII-1830.
[52] 9-IX-1830.
[53] 17 y 30-IX-1830.
[54] 5-I-1831.
[55] 27-II-1831.

lo que no vivía... Sólo he compuesto poemas amatorios cuando amaba de veras. ¡Cómo escribir poemas de rencor sin rencor! Sea dicho entre nosotros, aunque di gracias a Dios por vernos libres de los franceses, yo no los odiaba. ¿Cómo hubiera podido yo, a quien importan tanto los extremos de la barbarie o la cultura, abominar de una nación que cuenta entre las más cultas del mundo y a la que debo una parte tan considerable de mi propia formación mental?[56]

Y más tarde, hablando de que el poeta, *en cuanto poeta,* conserva el derecho a ponerse por encima de las luchas históricas, declara: "En eso se parece al águila, que vuela tendiendo su mirada por los horizontes, en busca de su presa, sin importarle que la liebre corra por Prusia o por Sajonia."[57]

Por lo demás, son bien conocidas las reacciones de Goethe ante los principales sucesos de su tiempo.

9. Idea política de Goethe

I

Basta, sin empeñarse en reducirlo a puntos de vista incompatibles con su época y con su vida, que en todas sus páginas y fragmentos donde el tema se cruza, Goethe respete al pueblo. Se burla, en buenhora, de los charlatanes y abomina de los agitadores. Reconoce la justificación que asiste al tercer estado francés y desea un alivio para las clases oprimidas. En su aversión a la violencia y a los falsos apóstoles, quisiera hacer la revolución desde arriba, para evitar excesos y sangre. En lo general, preferirá siempre a la crueldad el renunciamiento. Nunca admitió que lo clasificaran como un conservador, por la sencilla razón de que la mayoría de las cosas le parecía mejorable. Las instituciones en sí mismas no existen a sus ojos. Los hombres que las incorporan pueden ser o no capaces de fomentar la felicidad general. Pero las instituciones pueden ser arregladas en forma que faciliten las

[56] Eck., 3ª parte, 14-III-1830.
[57] Eck., III-1832.

virtudes del gobernante y atajen el desarrollo de sus malas inclinaciones.

Todo, en su vida y en su obra, respira la más viva simpatía para el artesano y el obrero, a quienes seguramente consideraba como la parte más amena de la humanidad, comparándolos con las abejas y con las aves. En su labor de ministro, su mayor preocupación, su verdadera obra política consistió en mejorar la condición de los campesinos y labriegos. Verdad es que todavía los consideraba como menores de edad, porque ciertamente lo eran. Y lo son aún para las legislaciones que, al acercarse a ellos, lo hacen con los miramientos y cuidados de una verdadera tutela o guarda de almas. Los cambios políticos y económicos que trajo el siglo XIX no encuentran a Goethe con la puerta cerrada: lo hacen atemperar su individualismo y organizarlo, por decirlo así, en una sociedad del trabajo donde no haya ociosos ni diletantes. En el *Meister,* dibuja una utopía social impregnada de sansimonismo. Su amor al trabajo lo trae del buen lado y lo hace nuestro.

Su aristocratismo personal —compatible con la visión burguesa de la vida y asentado en ella— se define así: todo sea hecho para el pueblo, pero no por el pueblo. Es un accidente de la declinación: cuestión de gramática, de gramática parda. La actitud de Goethe ante la Revolución francesa presenta, a primera vista, una contradicción. Contradicción fácil de resolver: está con la idea revolucionaria, pero quisiera verla realizada sin revolución. De aquí que justifique los anhelos del pueblo, pero no los actos de sus caudillos. La legítima incorporación de la idea revolucionaria —en suma: del nuevo espíritu de la época— será, a su modo de ver, Napoleón. Contra Napoleón no se podría combatir en nombre de ningún nacionalismo que no tenga más programa que el de su propia afirmación: posición ésta muy semejante a la que hoy adoptan ya muchos ante el nuevo espíritu de nuestra época. A Goethe, biólogo, le exaspera toda pérdida de la vida, y cerrará los ojos ante sus muertos más queridos, para no guardar en la memoria el espectáculo odioso de la disgregación. Botánico, se ha convencido de que una neoformación gasta inútilmente más energías que una transformación. ¡Si las revoluciones pudieran hacerse sin sacrificar lo ya adquirido! Las revoluciones —decla-

ra— hacen bien al que las recibe ya hechas, pero perjudican al que las hace. En su anhelo de integridad, él quisiera que ningún fragmento de la humanidad se sacrifique, ninguna virtud, ningún bien.

También la actitud de Goethe ante el sansimonismo debe entenderse con delicadeza. Entre nosotros, hay hombres tocados, sin saberlo ellos mismos y por imposición plástica de la realidad, por las nuevas tendencias sobre la organización de la sociedad y del Estado. Si se les habla de comunismo o de marxismo, digamos, rechazan, indignados, todo parentesco con tales sistemas, que juzgan inseparables de los hechos que han acompañado a la Revolución soviética o de su conducta internacional ulterior. Algo parecido acontece a Goethe con el sansimonismo, que en sí mismo le resulta absurdo y aun grotesco, y justificado sin embargo en el afán que lo inspira. Véase la escaramuza entre él y Soret a propósito de Saint-Simon, el 20 de octubre de 1830. Soret salió de allí convencido de que Goethe se dejaba persuadir poco a poco, y aun redactó para él una memoria sobre la reforma sansimoniana. Y aunque Goethe escribía a Carlyle pocos días antes: "Manténgase alejado de la sociedad sansimoniana", su odio a toda masonería, a todo compromiso del espíritu con lo automático bastaría para explicarlo. Y aunque sus humores de viejo individualista se sublevaban hasta hacerle exclamar: "Que el padre cuide su casa, el artesano sus clientes, el clérigo el amor al prójimo, y la policía nos deje en paz", ya al año siguiente, en avanzadísima edad que para todos suele ser de reposo, lo encontramos leyendo la exposición de Sinclair sobre la nueva doctrina. No se declara convencido del todo, y así lo escribe a su amigo Zelter, pero reconoce que tal doctrina denuncia males verdaderos. Los remedios, a su sentir, son inadecuados: no es posible atribuir a los hombres los poderes de una mística providencia. Y si recibió con aplauso la nueva de la prisión del padre Enfantin, es seguramente porque veía en él un embaucador inconsciente como también los hay, y un caso representativo de la ramplonería beata.

De todos modos, queda la evidencia de que le interesaban los tanteos hacia una mejor fórmula política. Y esto, de mucho tiempo atrás. Si, como nota Loiseau, en los *Años de aprendizaje de Wilhelm Meister* sólo se trata del individuo y su formación personal,

ya en los *Años de viaje,* escritos entre 1807 y 1829, la sociedad importa más que los individuos. Muchas ideas reivindicadoras merecieron su simpatía, pero la gritería demagógica lo hace desviarse con disgusto. Además, y esto lo olvidamos con frecuencia, estamos ya hablando con un octogenario. Como quiera, se alza ileso el ideal de 'Fausto': "De pie sobre una tierra libre, en medio de un pueblo también libre..."

El filósofo argentino Francisco Romero, acercándose a las ideas de Joel, considera que la humanidad ha desplegado hasta hoy tres concepciones de la vida: dos ya cumplidas, la última apenas comenzada. La primera, que dura hasta el fin de la Edad Media, se encierra en temor y plegaria. La segunda, el Renacimiento, que llega hasta el siglo XIX y encuentra en Goethe y en Kant sus expresiones excelsas, es de soledad y monólogo: la deidad ha sido sustituida por ideales deificados de razón, inteligencia, cultura. La tercera es toda de diálogo y convivencia, y apenas la hemos bosquejado. En ella el hombre, que abandonó su dependencia divina y en vano quería organizar con la cultura su nuevo sistema de defensa, descubre poco a poco otra nueva fe, al derramar sus anhelos fuera de sí mismo, lanzándolos hacia la idea inmensa de humanidad. Estas tres visiones se compendian en una sola interrogación: ¿Triunfará el bien o triunfará el mal? La primera etapa hace crisis en el Libro de Job. Job, desposeído de todo, deja de ser una sombra mimada por los dones gratuitos del cielo, para convertirse en un hombre que guarda la fe en medio de las adversidades. La segunda etapa revela su crisis en el *Fausto.* El hombre ha tratado de resolver el problema de su destino individual en un largo viaje a través de la filosofía y las ciencias. Todo en vano. Entonces será tentado, como Job, para averiguar si, en última instancia, caerá del lado del mal o del bien. La tercera etapa —aunque el ejemplo sea más modesto— podría representarse en *La llama inmortal,* de Wells, donde el hombre se emancipa a tal punto de la obsesión individual "que no se concibe separado de sus semejantes, cuyos intereses ideales ha fundido con los suyos propios al punto de no distinguir ya los unos de los otros".

Aceptemos este esquema para la sencillez del discurso, aun cuando simplifique y escamotee el equilibrio moral del mundo

clásico, y aun cuando un sentido de la armonía nos haga presentir que hay algo de arbitrario —de una arbitrariedad que sólo los siglos revelarán más tarde— en la limitación de esa segunda etapa, tan pequeña respecto a la que le ha precedido. En todo caso, lo que aquí se ha dicho del *Fausto* sólo es aplicable al 'Fausto' de la juventud. El 'Fausto' segundo, el inacabable, es ya aquel que emprendió el camino con el ánimo de llegar un día hasta nosotros. Podemos advertir que, entre la primera y la segunda parte del *Fausto* —también entre la primera y la segunda parte del *Meister*, según hemos visto—, Goethe da entrada a las inquietudes sociales que determinan el cambio de frente entre su época y la nuestra. El último ideal, el ideal de la tercera etapa, cunde ya como fuego secreto en los comienzos del siglo XIX, y Goethe muestra ya en su túnica las quemaduras primeras del incendio.

Hay que acabar de una vez con una funesta confusión. Los aficionados a sustituir el verdadero estudio de un autor por su anecdotario o sus frases sueltas han sacado mil consecuencias absurdas de aquel grito circunstancial: "¡Prefiero una injusticia a un desorden!" La multitud quiere linchar a un hombre. Goethe se atraviesa y lo salva, arengando a la gente con lo primero que se le ocurre. Su concepto puede traducirse así: "Prefiero que se salve un culpable a que todo el pueblo sea culpable." Que se equivoque el alcalde, pero no Fuenteovejuna. No es más que la postura de un hombre civilizado.

II

Individuo y comunidad

Quienes siguen considerando el individualismo de Goethe como una cosa tenaz, irreducible, hacen mayor caso de ciertas manifestaciones improvisadas en el calor de la charla que de las enseñanzas de su obra y de su conducta; olvidan las utopías del *Wilhelm Meister*, donde expresamente se declara que sólo constituyen la humanidad todos los hombres juntos; olvidan la creciente preocupación de Goethe, revelada en la segunda etapa de su labor, y aun en sus conversaciones, por armonizar el individuo y la comunidad.

Cierto que él no previó el sentido de nuestras revoluciones sociales. Esperar otra cosa sería repetir el error simbólico de Spencer, cuando cerraba la *Ilíada* con despecho porque no le daba argumentos para su teoría de la evolución. Nuestra época se siente angustiosamente solicitada hacia el problema de la comunidad, y Goethe —que tanto sirvió a la comunidad con su trabajo— dedicó lo mejor de su pensamiento a labrar sobre la materia prima de la comunidad, que es el individuo. Lo uno ayuda a lo otro, y cuando estas dos fases no se completan es porque aquella o esta función se ha sacado de quicio, y entonces se está en plena locura.[58]

Hay dos caminos geométricos para buscar el centro de gravedad: o buscarlo en lo íntimo del sujeto cuyo equilibrio se procura (y por aquí se llega un día hasta la mística: "¿De modo, Señor, que estabas en mí, y los sentidos no lo sabían?"); o buscarlo partiendo de los objetos exteriores, de los cuadros de referencia ambientes (y por aquí se llega a la política, sistema para organizar cada existencia de suerte que el rendimiento social resulte máximo).

Goethe se encuentra en un punto equidistante de la mística y la política. No sale de sí, es verdad. Pudo exclamar como Montaigne: —Yo soy mi física, soy mi metafísica. La *vis centripeta* domina en él a la *vis centrifuga*, como lo escribía en sus cartas a Herder. Ha adoptado, con respecto a sí propio, una actitud, una misión de educador. Eso mismo lo obliga a referirse constantemente a todos los órdenes de la realidad, a todas las artes y las ciencias, a cuanto del universo abarcan los hombres. Lo que a él le importa —como a su 'Ifigenia', y como antes a nuestro Ruiz de Alarcón— es cumplir con la verdad, cueste lo que cueste, y no la torcerá por servir a comunidad alguna. Tal es el sentido de la "aceptación pánica" que Nietzsche admira en él. No se le diga que es fuerza sacrificar lo esencial del individuo en aras de la comunidad, porque tal cosa le parece un dislate comparable al de Cronos cuando devoraba a sus propias criaturas, y un peligro de que, en último término, la comunidad acabe por devorarse a sí misma. Sino que el individuo debe sacrificarse socráticamente a sus convicciones justas, convenientes o útiles a la comunidad. Es un matiz, pero crece hasta volverse abismo. El bien de la comu-

[58] Eck., 20-IV-1825.

nidad es, en Goethe, la consecuencia y no el principio de la conducta. Si fuera de otro modo, "en atención al vulgo yo tendría que ponerme a hacer cuentecitos y a burlarme de la gente como el difunto Kotzebue".[59]

Tal manera de ver no significa una exaltación desmedida de la individualidad: Goethe sabe que todo ser es un equilibrio de fuerzas colectivas, las cuales reposan sobre la mónada indisoluble. Como la corneja del ejemplo, el individuo está propiamente revestido de ajenas plumas. Recuérdese la lección que da a propósito del Filoctetes: "Los poetas jóvenes... no debieran preguntarse si su asunto ha sido ya tratado, ni correr afanosos de norte a sur buscando aventuras nunca oídas, que suelen resultar demasiado bárbaras y no poseen mayor interés que el ser aventuras."[60] La originalidad es un don de selección en el patrimonio común. Mirabeau, el individuo Mirabeau, es, en sus juegos oratorios, un organizador de sustancia ajena. "El mismo Hércules de los antiguos no es más que un ser colectivo, un magno ejecutor de las hazañas propias y de las hazañas de otros."[61] Del individuo sólo puede afirmarse que necesita apoyarse sobre sí mismo para todos sus actos. ¡Ah, pero esto es toda una ley de la conducta!

Al fin y a la postre, se busca siempre igual resultado, aunque la estrategia sea diferente. Se trata en los tres casos —los dos polos de la mística y la política, y el centro representado por Goethe— de rendir una ciudadela. ¡Ay de los que pretendan rendirla con meros esfuerzos de imaginación, dentro de la propia cabeza, y sin acudir al deber, al deber que está en las manos! Pues la actividad exterior también para algo nos fue dada. ¡Ay de los que, por otra parte, quieran vencer con armas que se les van de las manos, por falta de adiestramiento personal, por falta de disciplina y ejercicio dentro de la propia cabeza! Al paso que cada individuo se corrige a sí mismo, va anulando, en maravillosa proporción, el problema social. Tal pudiera ser nuestra moraleja sobre Goethe.

Goethe. Textos de homenaje de Ernst Beutler, C. J. Burckhardt, Benedetto Croce, Taha Hussein Bey, Jaroslaw Iwaskiewicz, Thomas

[59] Eck., 20-X-1830.
[60] Eck., 31-I-1827.
[61] Eck., 17-II-1832.

Mann, Gabriela Mistral, F. S. C. Northrop, Sarvepalli Radhakrishnan, Alfonso Reyes, Jules Romains, Leopold Sedar Senghor y Stephen Spender, reunidos por la UNESCO, 1749-1949, México, 1949.

Una primera versión de la parte I se publicó en *plaquette* de Ediciones I. C. I., México, 1937.

10. La filosofía del dibujo

Goethe no nació para pintar con pinceles. En este sentido, hubo que rectificar tardíamente una falsa afición, que ponerle un límite. Pero no por eso es menos cierto que tenía un pintor en la cabeza. Mejor dicho, un dibujante. "El dibujo —dice un día a Müller— educa y adiestra la atención, y éste es el punto supremo de todas las perfecciones y virtudes." Y antes le ha dicho: "Cuando yo abro bien los ojos, veo todo lo que hay que ver en las cosas."[62] Y en otra ocasión, cuenta Eckermann, afirma que la gente debería leer menos y dibujar más. "Sin la visión directa, nada puedo entender."[63] "Quisiera uno, a veces, tener más ojos para mejor absorberlo todo."[64] Si los objetos son amenos, les atribuye intenciones favorables. Pero, desde muy niño, toda deformidad lo afecta y huye de lo horripilante: calles sucias, visitas de duelo, cadáveres de familiares o amigos, personas lesionadas, y hasta un poema medieval cuyo héroe es un leproso. Cuando su nuera sufre un accidente, espera a que se restablezca para consentir su presencia en el comedor.[65] Pues el tránsito entre la visión y la emoción es para él inmediato y brusco, impresiona con demasiada intensidad su conciencia, y prefiere economizar ese gasto inútil y morboso que los decadentes confunden con la caridad.

Ya Herder lo prevenía en Estrasburgo contra los excesos de su cualidad: "Todo usted se vuelve mirada." Pero él parece contestar con Job: "Hice pacto con mis ojos: ¿cómo, pues, había yo de pensar en virgen?" (31,1).

[62] Müller, 12-V-1815 y 30-XI-1816; *Lo Spettatore Italiano*, Roma, t. VIII, 9 de septiembre de 1957.

[63] A Meyer, 19-IV-1796.

[64] A Cristiana, 3-VI-1812.

[65] Müller, 17-V-1826.

El 8 de marzo de 1824, dice a Müller que nunca la imaginación puede representarse la perfección que se da en los individuos ni siquiera cuando de antemano los conocemos, y menos aún cuando solamente nos los figuramos: que la perfección sólo se realiza en las cosas concretas, y que la representación mental de lo objetivo tiene siempre algo de fugaz y de nebuloso. Y añade que así conviene mejor al reposo de nuestra naturaleza, pues ¿qué sería, por ejemplo, el hallarse eternamente bajo la emoción de la música ejecutada por Hummel?

A veces, sus inspiraciones poéticas parten de una mera estampa vulgar: ha visto cuanto hay en ella, y algo más sin duda. El solo ejercicio visual lo pone en estado de euforia. Posee, a pesar de todo, aquel optimismo de los sentidos, aquella manera de divertirse con los ojos característica de ciertos temperamentos felices. Para él, como para Gautier, el mundo exterior realmente existe. En su pensamiento hay todos los elementos para una mística del mundo exterior. Le horroriza, en cambio, la embriaguez del subjetivismo, y no soporta que el poeta joven quiera sacarlo todo de adentro.

Caso de alemán inaudito, exclama un día, irritado: "¡Yo nunca he pensado sobre el pensamiento!" No: piensa con los ojos; y traza esquemas con el lápiz. Mejor con el lápiz que con la pluma, para que el rasgueo no lo distraiga. Su dibujo de la *Urpflanze* o planta tipo, que podemos ver en la edición de Turpin, es una idea pasada por la criba visual. En este sentido, Schiller tenía razón. En este sentido, Goethe, que le lleva la contraria, también tenía razón: es una idea y, sin embargo, se la ve con los ojos. No existe tal planta "actualmente": el dibujo de Goethe representa todos los estados sucesivos por los cuales pasa la planta: el tiempo se ironiza en una expresión de superficie. Si, por ejemplo, el hombre produjera una rama distinta de su tronco en cada una de sus edades, y cada rama se arrancara al cumplirse el ciclo de cada edad, Goethe hubiera podido dibujar también el árbol típico del hombre; y este árbol, sin corresponder a ningún hombre "actual", correspondería a la realidad de nuestro ser tendido en el tiempo. Ludwig, por ejemplo, que parte la vida de Goethe en doce lustros, pintaría a su poeta como un tronco con doce ramas —sin olvidar esta vez

la raíz oculta, la infancia. Y Goethe, en efecto, ha comparado ya al hombre con el árbol, aunque sea con otro propósito: el de hacer ver que el eje del hombre es vertical, perpendicular al de la planta. El hombre queda dividido en dos porciones simétricas, a la derecha y a la izquierda. Un observador superficial, considerando que tenemos dos ojos, dos orejas, dos fosas nasales, dos brazos, dos piernas, hasta pudiera inferir que tenemos dos corazones. Y el árbol ofrece dos arborescencias: la parte visible, y la raíz, separadas por la línea horizontal del suelo.

Estos tanteos para descubrir, a través de las formas, la voluntad de la naturaleza, recuerdan los tanteos de Leonardo de Vinci. Y recuerdan también ciertas anticipaciones de León Hebreo, que miraba al hombre partido en dos mitades por el eje de la cintura, correspondiendo los brazos a las piernas, la boca al sexo: los brazos se alargan en busca de los alimentos, las piernas echan a andar en busca de la pareja. (Para ejemplos de otro carácter, prefiero remitirme a ciertas notas "Sobre la simetría en la estética de Goethe", que escribí hace más de treinta años.)[66]

En hombres dotados a la vez de temperamento para la filosofía y para el dibujo, o al menos la apreciación de las formas, se da como en fragmentos una teoría de las apariencias naturales nunca plenamente definida. Unamuno, en sus juegos de Cocotología o arte de hacer pajaritas de papel, llegaba a la noción de un demiurgo que se hubiera divertido en crear animales doblando y conjugando dobleces de una misma forma elemental. Por eso condenaba el uso de tijeras y goma, que se salían del supuesto, de la ley que atribuía a su demiurgo. Y el escritor argentino Carlos Alberto Leuman, en ciertas curiosísimas investigaciones, cree poder dar a esa forma elemental las características geométricas de un trapezoide privilegiado.

No caemos en sacrilegio asegurando que estos entretenimientos geométricos hubieran sido del agrado de Goethe, como lo fueron las siluetas o sombras a la moda en su juventud, y que nos han permitido conservar los perfiles de Hogarth, Fielding, Richardson, trazados por Hugh Thomson, y el del propio Goethe custodiado en el Museo de Weimar. (Tanto la cabeza, como el de cuerpo entero

[66] *Cuestiones estéticas*, en *Obras completas*, t. I, pp. 86 y *ss*.

en traje de corte, con botas y espuelas, y el de Schiller, igualmente en atavío ceremonial.) ¿No le divertían también ciertas cábalas mágicas, testigo el *Fausto?* ¿Y la *Fisonómica* de Lavater, verdadera mística de las expresiones faciales, en que Goethe tuvo la audacia de ventear una futura ciencia, contribuyendo a ella desinteresadamente con observaciones sobre los cráneos animales y sobre el tipo de algunos hombres históricos? Y no cabe duda que su temperamento visual lo llevó a los estudios ópticos, a sus concepciones sobre mineralogía y botánica, a sus descubrimientos en osteología.

Goethe procura encontrar esquemas para la representación de los hechos físicos, sistemas que demuestren lo esencial de su movimiento, al modo de los que llama Petrovich "mecanismos comunes entre fenómenos inconexos". Aconseja a Soret, verbigracia, que, para imitar las cristalizaciones de la nieve, coloque unas barbillas de pluma en el calidoscopio.[67] Sentimiento de dibujante todo ello, que Goethe aplica a sus estudios.

También a los actos de su vida. Digámoslo así, ya que nos hemos lanzado a comprender bajo el nombre general de dibujo varias ideas conexas. Dibujar es hacer contornos, es limitar. Goethe es maestro en limitaciones. El sentido de la clasificación que aprendió de Linneo, la afición a las colecciones metódicas que heredó de su padre, Goethe los traslada de la ciencia natural a todos sus actos. En tanto que no clasifica y ordena las cosas mismas que posee, no se siente dueño de ellas. Porque cada cosa sólo se justifica en un todo, y porque no tiene disculpa lo que quiere mostrarse aislado, regla que trasciende de la ciencia a la ética y a la política. Dominar la materia, para que ella no nos domine, convertirla en orden. De aquí el orden, y de aquí hasta las aficiones de coleccionista: el que clasifica objetos tiende siempre a completar series. Podemos perdonarle al tarambana de su hijo Augusto muchos desmanes, recordando que siquiera ayudaba a su padre en el cuidado de sus colecciones.

El espacio es jeroglífico. El que una línea pase por este o por aquel punto muda el sentido. El que un objeto o un libro estén sobre esta o sobre aquella mesa significa otra cosa. Para los ojos, y para el método del trabajo. El que un grabado se guarde en esta o

[67] 29-III-1823.

en aquella carpeta no es preocupación maniática: es atribución de un fin diferente. La existencia es un flujo neutro: evolución. Pero la mente entra en ella para repartir y limitar, para dibujar: morfología. El infinito de la evolución es la cantera en que lo finito de la morfología labra sus estatuas.

A veces hablamos de la primera etapa de Weimar en términos que pueden llevar a confusión. No debemos decir que tal etapa haya sido literalmente un desperdicio. Es desperdicio, si sólo consideramos el hecho de que pasaron días, meses y años sin que Goethe se ocupara en la producción y organización de sus obras poéticas fundamentales. Pero está organizándose a sí mismo; está dibujándose, limitándose. Y esto, al menos, bajo tres castigos, bajo tres perspectivas: servir al príncipe, servir a la dama y servir al pueblo.

Servir al duque de Weimar —servir al más justo de los señores, decía Goethe con orgullo— es, de todos modos, servir. Aquí de Horacio y su tira y afloja con Mecenas. Seguir el humor del príncipe, sin humillarse al príncipe. Participar en sus orgías militares, aceptar sus bromas espesas, sin perder la brújula. Admitir sus instantes de irritación para con nosotros, procurando siempre explicárnoslos y no caer en las ridículas caricaturas de la heroicidad inoportuna. Gran disciplina, si se acepta con libertad, con miras al propio pulimento y no para medros cortesanos. El príncipe defiende los caprichos de su actriz favorita, la Jagemann, contra las opiniones de Goethe. Éste no protesta, no se exalta, está aprendiendo a soportar las fricciones de orden secundario, se está labrando a sí mismo y acepta los golpes de cincel que le da el destino, y aun los acepta con cierta fruición. Simplemente, renuncia al teatro. Cuando, años después, se incendia el edificio (1825), acude al instante su admirable solicitud. Con ayuda del arquitecto Coudray, concibe un proyecto para el nuevo salón. Habla de él a todas horas, está entusiasmado como sólo él sabe entusiasmarse. Pero el príncipe no acepta el proyecto, y encarga la construcción a cualquier mediocre. Goethe no dirá una palabra. A falta de otro freno, como hay un peligro en la propia voz que a veces nos arrastra consigo, se sujeta, se dibuja, con el silencio.

Servir a la dama, a la dama de Corte, que atrae el amor y lo rechaza; que excita los celos y quiere que sean disimulados; que pone a competir a su caballero, en mil vanidades mundanas, con un coro de admiradores, para que se convenza de que es inferior en algunas cosas; que lo enseña a callar las expresiones vehementes de su pasión; que aparta, con un epigrama de buen gusto, todo ofrecimiento romántico de sacrificar posición y vida; que hostiga y frena... ¿El amante iba a dominar? Pues sea dominado. Hasta que, en este juego desigual de acicate y rienda, el amante descubre que debe gobernarse a sí mismo para que no lo gobiernen las mujeres. Amarlas, sí; pero será mejor que ellas no se sientan muy seguras. Entonces, la mujer que pasa de los cuarenta comienza, como cuchillo mellado, a cortar menos: ya no muerde más en nuestra carne; hemos cerrado el cuerpo. Y dejamos a Madame de Stein derrotada de repente, y escapamos ¡al fin! a Italia, para regresar impenetrables.

¿Impenetrables? Lo hemos dicho muy pronto. De paso, vamos madurando y la madurez trae, con sus gustos, sus cadenas. Ahora el verdadero peligro será la mocita fresca, la que no se acerca a disciplinarnos sino que se desliza en nuestro regazo, como Bettina. Parece que viene a pedir órdenes, aunque en verdad quisiera absorbernos del todo, en alma y en cuerpo, y hacer que se sepa que nos hemos muerto en sus brazos. ¡Bettina, Minna, Ulrica, para no hablar de Cristiana Vulpius! ¡Cuarenta años, cincuenta, sesenta, setenta y hasta ochenta, confrontados bravamente con veinte años como veinte tentaciones juntas, como veinte flores magnéticas! Y otra vez, a limitarse, a dibujarse, a cerrar las fugas psicológicas por donde el ser corre hacia lo amorfo, o a encauzarlas hacia el poema para purgar de ellas el alma. Como ya lo hizo con el *Werther* de la adolescencia. Como lo hará, en la vejez, con la *Elegía de Marienbad.*

Servir al pueblo, administrar la cosa pública. Darse cuenta de que los sueños nunca se realizan plenamente; que de cada intento sólo se logra una quinta parte; que el orden de la acción es el orden del compromiso; que toda acción es transacción. Los idealismos políticos no sólo le parecen, pues, un error, sino una falta: "desdibujo" en la operación sobre la realidad de los pueblos. Hay

que hacer el bien dentro del círculo que la realidad ha trazado. Más aún: hay que obrar con cierta ironía; hay que disparar como si el blanco estuviera a diez pasos, para que los elementos se encarguen de llevar el proyectil en sus alas hasta los cien pasos donde está el blanco. Obramos, para la comunidad, como el alfarero que aplica a su arcilla sustancias incoloras o de otro color que el deseado, y luego entrega el vaso al fuego para que el fuego saque la calcomanía a su manera y, creyendo irse por su lado, nos obedezca. Y, además, "hay que tratar los negocios de un modo abstracto, no humanamente y según nuestras inclinaciones o repulsiones... Hay que ser lacónico, imperativo, esencial. Nada de quejas sobre lo ya irremediable. Que cada día exista por sí mismo. ¿Cómo soportar la vida si no nos damos todas las noches la absolución y la otorgamos a los demás?"[68] Tal vez quiso decir esto el gran político francés: *Pour bien gouverner il faut être méchant.*

Limitación por fuera y por dentro: en los planes mismos, y en el arte de desarrollarlos. ¿Cómo no limitarse, si nuestro propio individuo vive a manera de sonámbulo? "Discurro en un renunciamiento constante, y todos los días, a pesar de penas y esfuerzos, hallo que no realizo mi voluntad, sino la de una Potencia Superior, cuyos pensamientos no se confunden con los míos." Luchemos contra esta masa de vaguedad que "lleva tres mil años pesando sobre nuestra cabeza". Dibujemos, dibujemos. El goce viril de precisar y de abarcar cosas concretas nos consuele del renunciamiento.

El contacto con Italia y la clara luz mediterránea acabará después de perfeccionar este proceso. La vocación del dibujo, que se desperdiciaba en manifestaciones externas, se volverá interior, caminará hacia adentro y, desde allá, inspirará las otras manifestaciones de aquel espíritu: la poesía, la ciencia.

Esto, en el orden de la acción, entendiendo también por acción la acción mental. ¿Y en el orden de la imaginación? La insaciabilidad de *Fausto* (abrazar a la infinita naturaleza y exprimir su seno); la bullente caldera donde truenan todas las posibilidades del cosmos... Si, en vez de dibujarse a sí mismo,

[68] Müller, 6-XII-1825.

llega el titán a entregarse a sus impulsos, hubiera causado algunas catástrofes.

Romance, México, 1940, año I, núm. 3. —En italiano en *Lo Spettatore Italiano,* Roma, 9 de septiembre de 1957, t. VIII.

11. De la educación y la cultura

La vida y la obra de Goethe manifiestan su interés por la educación y por la autoeducación. Este hombre vivió mucho, habló mucho y escribió mucho sin reducirse nunca a sistema. Quienes pretenden extraer de sus enseñanzas un tratado de pedagogía se pierden en vaguedades o en marañas de contradicciones. Ya cree Goethe en lo irreducible del carácter, ya en la curación por el desahogo, o por la confrontación con los tropiezos de la conducta libremente elegida, o en el ejemplo, o mediante cierta corrección insensible y placentera, como la que le administraba su madre, y nunca rígida y adusta como la que su padre imponía a los suyos; pues no acepta que la finalidad, por buena que sea, devore y entristezca la hora presente.

El tema recurre como una preocupación constante. A veces, una observación particular, sobre un incidente determinado, puede desviarnos si queremos generalizarla. Tampoco en política quiso trazar nunca programas: acudía al conflicto inmediato con una voluntad clara de la conveniencia social. Sólo fijaba reglas en los métodos de trabajo, como cuando exige a los bibliotecarios de Weimar y de Jena que lleven un diario minucioso de sus tareas, no sólo para dejar registro y memoria de los hechos, sino para avivar su atención y para encariñarlos con el oficio convirtiéndolo en asunto propio.[69] A veces esbozó planes educativos, pero atendiendo más a la filosofía del asunto, a los principios. A veces trazó verdaderas utopías en que los preceptos prácticos se van mezclando con la divagación literaria: aquel reglamento de uniformes, en el *Meister,* no pasa de un juego poético. Quiso, en *Poesía y realidad,* ofrecernos la historia de su juventud como un proceso hasta cierto punto educativo: sentido en que el gran

[69] Müller, 15-I-1821.

norteamericano ha llamado a su biografía *La educación de Henry Adams;* efecto que va produciendo en la persona la continuada experiencia de la vida, casi la *paideia* de los griegos.

Conviene respetar en esta problemática de la educación la misma flexibilidad con que él nos la presenta. Ya sabemos que pasean por ella las influencias de Rousseau y de Pestalozzi, reducibles al respeto a la naturaleza; sabemos que el término medio de la prudencia se desplaza, de pronto, poéticamente, hasta los extremos peligrosos, heroicos, titánicos y byronianos. "Tenemos que emanciparnos de lo que educa solamente para las acciones obviamente morales. Todo lo grande educa, con tal que nos demos cuenta de ello."[70] Ya sabemos que el *Meister* sigue la traza de la novela educativa según la línea del *Telémaco,* del *Tom Jones* de Fielding, del *Emilio* de Rousseau, del *Agatón* y el *Don Silvio* de Wieland, línea que prolongan el *Antón Reiser* de Moritz y el *Titán* de Juan Pablo. Ya sabemos que los "educacionistas" —triste palabra— hacen suyo a Goethe y ponen a manera de tránsito, entre las ideas de Goethe y las actuales, *La educación del hombre,* de Fröbel, libro un tanto olvidado en que también han impreso sus marcas Schelling y Krause. Goethe consideró siempre a los niños con amorosa inteligencia, al igual de 'Werther', y pensaba que sin las mutilaciones que les impone el mundo, si el crecimiento mismo no supusiera la destrucción de algunos elementos en bien de otros, "si progresaran en la forma que se anuncian, todos llegarían a genios" (*Poesía y realidad,* II). El exceso de subjetivismo es su bestia negra. ¡Ay de aquellos que, por un culto desmesurado del espíritu puro, descuidan la actividad exterior, que también fue invención divina! Si el abandono espiritual es la vereda que conduce a la cueva de los errores, esta fascinación de lo subjetivo vendría a ser el camino real que lleva derecho a la barbarie. En el orden moral, los efectos de semejante desvío son peores si cabe: encerrado en el subterráneo de su propio yo, el hombre se enferma de sí mismo. Hay que proveer a tiempo, desde que aparecen los primeros síntomas de tal introversión desmedida; de lo contrario, la planta humana está en peligro.

[70] Eck., 16-XII-1828.

Goethe da un ejemplo. Un chico ha incurrido en una leve falta, y no se consuela de haberla cometido. "Esto no me agrada —dice Goethe—. Un sentimiento tan irritable acusa una conciencia demasiado frágil, una sobreestimación del yo al que ningún flaqueo puede perdonársele. Y de esto resultan hombres hipocondriacos, a no ser que logren compensar su defecto con una intensa actividad exterior."[71]

Pensamos en la lección de Weimar, que proveyó nuevos intereses objetivos al 'Werther' atribulado. No hay aquí palabra perdida. La necesidad de la descarga exterior hace que William James aconseje un pronto y fácil desahogo a las emociones represas: una palabrita amable a la suegra después del concierto, cualquier cosa... Nietzsche decía que quienes se tragan sus emociones se echan a perder el estómago. Los griegos, a diferencia de los bárbaros, dicen lo que traen dentro y ni siquiera se avergüenzan de gemir antes del combate. Desconfiaban, en principio, de la gente demasiado callada, de la que no se expresa con soltura y espontaneidad, recelando en su mutismo alguna oculta perturbación moral. Al menos, tal era la *parresia* ateniense. El silencio pitagórico no la contradice: era un ejercicio de meditación. Tampoco la contradice el laconismo al que dio su nombre Laconia, sino que aconseja hablar lo esencial y nada más de la cuenta. Nada con desmesura. En cuanto a aquello de ocultar el dolor hasta que el animal escondido bajo el manto nos devore las entrañas, eso no es Grecia, es la sombra de Grecia, el enquistamiento de Esparta en la armoniosa fluidez helénica.

Para evitar que el niño críe esta barra de subjetivismo enfermizo, lo mejor será no insistir demasiado en la sentimentalidad. ¿A qué vienen esas historias espantosas de Campe, en sus libros para los niños? "¿Por qué ensombrecer innecesariamente la fantasía gozosa, fresca e inocente de los niños con semejantes impresiones de horror?"[72] ¡Y yo que vengo predicando en desierto contra ese *Cuore,* lleno de dolor y de sangre, que los ciegos pedagogos de nuestras tierras obligan a leer a los niños![73]

[71] Eck., 29-V-1831.
[72] Eck., 3ª parte, 29-III-1830.
[73] *Simpatías y diferencias,* 2ª ed., I, 311; *Calendario y Tren de ondas,* 2ª ed., 84.

Goethe se ejercitó en labores de educación como ministro y como jefe de la universidad; las experimentó de cerca con Fritz de Stein y aun con el joven duque; y aseguran que su fracaso o mala suerte con su propio hijo no sólo se debe a la impenetrabilidad de la "mónada demoniaca", sino al infausto destino que mantuvo a ambos separados (Ad. Langguth, *Goethe pedagoge*). Si algunos principios gobiernan este orden disperso, acaso puedan resumirse de la manera siguiente: Ante todo, "no soy vuestro maestro, sino vuestro libertador", dijo a los jóvenes. Educación por el ejemplo: búsquese cada uno a sí mismo como él lo ha hecho. "Es más simpático un niño o un mozo que marcha equivocado por su propio camino que otros muchos derechamente enderezados por un camino ajeno" (*Años de aprendizaje*). Además, "tanto en la educación del niño como en la dirección de los pueblos, nada hay más torpe y bárbaro que las órdenes y leyes prohibitivas". Conviene, en cambio, fomentar virtudes positivas, "que destruyan por sí solas esas necedades que se cometen a efectos del ocio y del aburrimiento" (*Afinidades electivas*, II, xviii). Principio éste mucho más fácil de enunciar que de cumplir. Finalmente, contemplando el conjunto de sus actos y sus meditaciones, se infiere que considera la educación como un movimiento centrífugo: comienza en el yo, se extiende a los amigos y la sociedad más cercana, y al cabo procura derramarse sobre toda la humanidad.

Concebía Goethe la cultura como un crecimiento biológico, diferenciación e integración paulatina entre las nociones, partiendo de aquel rudimento o pulso inicial que sentía bullir en todos los orígenes de la vida. Por eso se queja de que el desarrollo de la cultura alemana, durante sus últimos cincuenta años, obligue a los jóvenes a un exceso de preparación que podría dañar el desenvolvimiento armonioso. Y añade con una malicia de oriental: "Cuando yo tenía dieciocho años, Alemania tenía también dieciocho años, y podía hacerse alguna cosa."[74] Los nuevos programas académicos le parecen excesivamente recargados. A los futuros médicos antes sólo se les exigía la aplicación de la terapéutica de los vegetales, y hoy se les obliga a ser verdaderos químicos y

[74] Eck., 15-II-1824.

botánicos, conforme han crecido por su cuenta estas respectivas disciplinas, y con detrimento del arte de curar.[75] Es asunto de sentido práctico: no todos nacieron para sabios, ni conviene a la sociedad que todos se dediquen a la pura investigación. Se dijera que concibe dos categorías de cultura: la de los maestros y la de los técnicos. No le entusiasma el atiborramiento de noticias inútiles. En palabras que ya anuncian el *rond-de-cuir* de Courteline, nos pinta a los funcionarios y servidores del Estado vencidos bajo la balumba de un saber que nunca han tenido ocasión de emplear, y que los mantiene descontentos consigo mismos, con el público para el que debieran ser generalmente afables, entristecidos e hipocondriacos.[76] Han perdido en cambio lo único que necesitaban: la energía y el alegre impulso de la vida. Y, sin hacer caso de sus ochenta años, con ánimo resueltamente revolucionario:

> Si yo fuera príncipe, no llamaría a los primeros puestos a la gente del escalafón que ha subido de grado en grado por méritos de antigüedad, por su nacimiento o por su apego a las rutinas... Buscaría gente joven y alerta, dotada de inteligencia y energía, de noble voluntad y carácter. Así sería una delicia gobernar y conducir la prosperidad de un pueblo... ¡Paso al talento![77]

En cuanto al futuro investigador, comience también por los rudimentos, vaya adelantando y ahondando, no fuerce su ritmo natural de asimilación, deje dormir y crecer en sí las nociones, y que ninguna adquisición tenga que expulsar a las anteriores: verdadero plan de longevidad. Para que lo imposible deje de serlo en cierta medida, no hay como atacarlo pacientemente. Por 1820, Goethe admiró en Dornbourg a un hindú que se tragaba una espada de vara y media.[78] A fuerza de ejercicio, el volatinero se burla del espacio y sus leyes. ¡Qué no hará con su alma el estudioso! Además, como en la sabiduría de nuestra Sor Juana —que hubiera fascinado a Goethe— unas disciplinas ayudan a las otras.

[75] Eck., 24-II-1824.
[76] Eck., 3ª parte, 12-III-1828.
[77] Eck., 3ª parte, 11-III-1828.
[78] Müller, 9-II-1821.

Y así, el que quiere que la juventud comience apenas con su poquillo de griego y un poco más de latín, hace de su casa, a los setenta años, un instituto enciclopédico viviente, como decía Sainte-Beuve. Allí, unas veces en la sala de Urbino, otras en el salón de Juno, y hasta en aquel gabinetito de trabajo tan sobrio y sencillo para que los ojos no se le llevaran la atención —abominaba del decorado gótico y el lujo de Carlsbad le impedía escribir—,[79] allí, pues, entre lo excelente y lo aceptable, se discute de humanidades y de helenismo con Riemer, de artes plásticas con Meyer, de música con el bueno de Zelter, de arquitectura (esa "música petrificada") con Coudray o Boissarée, de ciencias sociales con Müller, de historia natural con Esenbeck, Martius o Sternberg, de geología con Noeggerath, de craneometría con Blumenbach, de esqueletografía con Dalton, de química con Döbereiner, de orientalismo con Lassen y Schlegel, de dialéctica con Hegel, de filosofía con Wolf, de viajes con los hermanos Humboldt. Y todas las dimensiones se combinan en la norma superior de la esfera.

¡Qué difícil hoy juntar tantas ciencias a domicilio! Ya Alemania no tiene dieciocho años. En el orden de la actividad exterior, el especialista necesita emprender campañas de dimensiones militares para fijar un solo dato; en el orden de la actividad interior, el peso del caudal adquirido dobla la resistencia de un hombre. Necesitamos máquinas para abreviar un tanto el proceso de pensar. Las máquinas científicas, que Goethe aún se daba el lujo de rechazar, hasta comienzan a participar de los defectos humanos: se cansan, se equivocan cuando están nerviosas, olvidan si están enamoradas... Lea, el curioso, la *Cibernética* de Norbert Wiener. Desde la universalidad goethiana, pasando por las especialidades, hemos cerrado ya el ciclo y damos con una nueva suerte de especialidad que necesita, a su vez, los conocimientos universales hasta para continuar su estrecho camino. La obra de Myers *Who are the Greeks?* se descompone en una serie de monografías, de que una puede ser obra de un filólogo, la otra de un arqueólogo, y así las demás. Me han contado de algún escritor norteamericano que acaba de montar una fábrica de escribir

[79] Eck., 17-I-1827 y 23-III-1828.

libros, como los talleres de Walt Disney en que trabajan millares de personas para una sola historia de dibujitos animados. ¡Envidia de Wiener! ¡Dichosa edad y siglo dichoso!

La teoría sobre la formación del artista literario debe entenderse también de acuerdo con este sistema de la educación por crecimiento, partiendo siempre de lo menor y más particular, donde por otra parte está encerrado el secreto del infinito. Con vivo empeño recomienda Goethe al discípulo de las Musas que se adiestre en las pequeñas experiencias diarias y deje para mejor sazón los grandes asuntos, pena de hacerlos abortar o de vivir bajo un fardo que lo privará de su agilidad natural y hasta de la alegría del trabajo. Insiste en que lo particular es la sangre del arte. Lamenta que Schiller se embarazara con sistemas y especulaciones abstractas. Afirma que el defecto de los poetas jóvenes está en su exceso de subjetivismo. La personalidad subjetiva del joven no puede ser por sí misma lo bastante jugosa, tiene mucho de tabla rasa. Y predica como remedio a este mal el asomarse a los objetos y acostumbrarse a buscar asuntos, aun cuando ellos repugnen a la propia subjetividad. Finalmente, clama contra la dispersión a que obliga el comprometerse a hacer regularmente reseñas y revistas literarias, cuando aún no se ha tenido tiempo de meditar la historia de toda una cultura nacional. El hombre de talento —añade— cree que le es dable hacer lo que ve hacer a los demás. No hay tal, pronto se arrepentirá de sus esfuerzos baldíos. ¡Lástima del tiempo que Schiller y él perdieron en *Las Horas* y en el *Almanaque de las Musas*! Dejemos esta dispersión a los que no tienen una crisálida que cuidar. Hágase el poeta con estudio y con tacto, no se crea autorizado a los despilfarros y temeridades del ignorante. El depositario de un tesoro natural debe miramientos a su tesoro. El campeón de carreras no corre para alcanzar un tranvía. El campeón de pugilato no contesta a una agresión callejera. ¿Por qué ha de ser menos el artista? ¿Queréis ahora el ejemplo de la monstruosidad juvenil? Acordaos de aquel adolescente que escribió a Goethe una carta preguntándole, sencillamente, qué se proponía hacer con el segundo *Fausto,* porque él, por su parte, desde su irresponsabilidad y candor, ¡había concebido el proyecto de continuar el poema a su modo! No le hubie-

ra sorprendido más al juicioso Eckermann un muchacho que se ofreciera a continuar las conquistas de Napoleón o a terminar la catedral de Colonia. Y todavía la catedral —reflexiona— puede entenderse matemáticamente, está ante nuestros ojos, cabe asirla con nuestras manos. ¡Pero el *Fausto*![80]

[80] 18-IX; 29-X y 14-XI, 1823; 14-IV, 24-XI y 2-XII, 1824; 20-IV-1825. Heine se atribuye el haberle gastado a Goethe una broma semejante. Recibido por éste algo fríamente, como le preguntara por sus proyectos, contestó bajando modestamente los ojos que estaba preparando un *Fausto*.

Cuarta Parte

DESDE AMÉRICA

1. Los hombres que crean atmósfera

CONTEMPLAR el mundo a través de la atmósfera de Virgilio o la atmósfera de Goethe. O mejor, contemplar cada uno, así, su propia tierra; someterla a la reacción Virgilio, a la reacción Goethe, a ver qué precipitado resulta. Fácil de decir, difícil de hacer. Menos difícil para Virgilio, cuyo asunto es la tierra hollada por el hombre, la nación y la agricultura. Mucho más difícil para Goethe, cuyo asunto es el armonioso desarrollo de la propia personalidad: el yo plenamente desplegado, tirante, liso y sin arrugas, donde la fuerza de ponderación sirve de medida al genio mismo. Obra maestra del corregimiento constante a lo largo de la larga vida, arte laboriosa tendida en la línea de longevidad, ochenta y tres años pletóricos, durada real con sustancia, tiempo no hueco sino golosamente henchido con la miel de cada minuto. ¡Qué relojero del corazón, Goethe!

Virgilio es la raya de la tierra, la base horizontal, el democrático suelo, donde alzan por primera vez los brazos unos hombres casi de barro todavía, y exhalan a lo alto lo único que pueden: sus lamentos. Sobre esa horizontal, hay una perpendicular que es la torre —Goethe en el faro. Se puede no desear imitarlo, se debe acaso, pero lo que importa es el ejemplo. He allí un hombre dispuesto a adueñarse de sí. Todo el fuego de las entrañas, todo lo que hay de vísceras y humores, se va depurando hacia arriba y llega a los ojos hecho espíritu. Goethe, en los ojos. El secreto está en escalar la cuesta que va de las plantas a los ojos. La primera modelación arranca de la epopeya agrícola, y el ideal último está en lograr una raza de titanes, de hombres que todos sean como torres. Desde las plantas callosas de Virgilio hasta los ojos insaciables de Goethe: la senda va así, con rumbo a Goethe.

2. Goethe universal

Si Goethe sea transportable, si se lo puede aplicar como anteojo a tierras alejadas. Que las agresiones y sandeces de cierta gaceta de Berlín, con motivo del centenario, no nos convencen del derecho exclusivo de los alemanes sobre Goethe. Por ser el más universal de ellos fue el mayor de los alemanes. En epígrafe: "Acontecimiento, no alemán, sino europeo", y por eso fue su primer clásico, dice Curtius: el traductor más alto de la mente germánica que hasta entonces ha tenido el mundo, el que la puso en circulación. No sirve, pues, para argumentos de exclusividad y nacionalismo. Sirve para todo lo contrario. El numerador humano es en él más grande que el denominador nacional. Ve con nitidez los defectos de su propio pueblo, y ve con nitidez los defectos de los demás. No hay que exagerar en ningún sentido. Si se regocija como Nietzsche a medida que se acerca al Mediterráneo; si se enorgullece en cuanto comparte el banquete de los griegos, tampoco es por falta de sentido germánico, sino por un agudísimo sentimiento de las tradiciones. Ingleses, franceses e italianos, a quienes se acercaba una y otra vez con curiosidad, provecho y simpatía, buscan en él un reflejo de su propia imagen. Pero ¿no es osado fantasear sobre lo que pudo ser, en Goethe, la imagen confusa de nuestra América? No voy hasta allá, líbreme yo de ello. Sino que Goethe es el clásico que nos queda más cerca. ¿Cómo no hemos de poder pasear este módulo por todos los pueblos?

3. Goethe ejemplar

Goethe no se improvisa. Se conquista con esfuerzo y se merece con siglos. Nuestros pueblos, entregados a la elaboración de un nuevo equilibrio étnico, apenas a punto de acomodarse, trabajados por guerras civiles y enfermedades políticas, no han tenido tiempo. Todavía llegan tarde a todas las etapas, o cuando no llegan tarde, las saltan. Así, salen de la anquilosis colonial para entrar en los acrobatismos de la democracia representativa; y más tarde,

casi aprenden a elegir diputados, cuando ya se han inventado las comisiones técnicas, las juntas soviéticas. Y van a ser ricos, pero he aquí que quiebra la moneda. Parásitos de Europa, y no por su culpa, tienen que abreviar los procesos para ponerse al día. Los latidos circulatorios les llegan a deshora y sin ritmo. En el ambiente disparatado, la música de las conciencias todavía no encuentra su compás. ¿Soñar con titanes, con hijos heroicos de la cultura? Hacen falta, y con urgencia vital, hombres cualesquiera: apóstoles y carne de cañón, santos y soldados desconocidos. Y sobre este mar tormentoso ¿se atreve el faro a pasear sus miradas? Su serenidad más parece una provocación. No nos alivia. ¿Qué viene a hacer Goethe entre nosotros? Lo que siempre el faro: dar el rumbo; a pesar de todo, dar el rumbo; aunque parezca sarcasmo, dar el rumbo. Todo ideal es un sarcasmo.

4. Difusión poética

Además de que Goethe no sólo es un ejemplo humano, sino que es también un poeta de emociones universales que no tienen fronteras. El viento de Walpurgis, con su pavor, su brujería, su misterio, sopla en ráfagas de inspiración por las selvas americanas. La *Noche rústica de Walpurgis* de Manuel José Othón, con ser obra de mexicanismo indiscutible, brotó bajo el conjuro de Fausto. Ya cantan —oíd— el arpa del árbol y los oboes del río; rezan las estrellas y saltan los fuegos fatuos; las aves nocturnas y los muertos cambian plegarias y amenazas; y todo el diabolismo de la montaña y del campo —los grotescos nahuales y los coyotes clamorosos, las hechiceras de nuestra tierra, "hediondas hijas de la víbora y del sapo"— corea con extrañas voces la llegada del Vaquero Marcial, diablo mayor entre los campesinos de México. Se oye un tiro.

5. La utopía americana

Y sin embargo, siempre fue América una utopía, la esperanza de una república mejor, y en seguirlo siendo está su sentido. Por los

días del Descubrimiento, los humanistas han desenterrado la Atlántida de Platón, cuyas promesas parece que vayan a cumplirse. La novela política, a lo Tomás Moro, es el reflejo del Descubrimiento en la mente de Europa. Montaigne, a quien algo se le alcanzó del Brasil, considera con simpatía e interés al autóctono americano y adelanta algunos rasgos del hombre natural de Rousseau. Los conquistadores mismos, aunque codiciosos, o tenían ímpetu de catequistas o, en el peor caso, sentíanse obligados a fingirlo: luego reconocían un impulso espiritual a la empresa. Poco después, en busca de libertad religiosa y de otra moral más apurada, embarcaban unos peregrinos con rumbo a la América del Norte. Si algunos, entre sus nietos, han podido ignorar a veces que en la base de su nacionalidad hay un pacto con el espíritu, no faltan entre ellos voces ardientes para recordarlo y exigirlo.

Goethe no podía sustraerse a esta imantación general de América que perdura de siglo en siglo. Ya, en el *Diario de Tiefurt* (1783), había traducido las dos canciones de caníbales que trae Montaigne en sus *Ensayos* (I,xxi), concediendo así al salvaje americano un honor que pocos poetas han merecido. Entre sus amigos personales —sin contar al vagabundo Seume que será soldado en América y oficial en Rusia, y sin reparar todavía en Humboldt que merece consideración especial— encontramos al naturalista americano Joseph Green Cogswell, con quien Goethe discurrió largamente sobre las cosas del Nuevo Mundo, y al ingeniero militar Eschwege, que había vivido en Portugal y en el Brasil, y a quien seguramente Goethe ponía a contribución como a todo el que podía darle noticias concretas sobre la vida de los pueblos distantes. Encontramos, singularmente, a Martius, el de la *Flora Brasilensis*, que vino al Brasil en 1817 en misión científica costeada por el rey de Baviera, y aquí permaneció tres años. Goethe se interesó vivamente por los estudios de Martius sobre botánica americana; aprovechó su teoría del desarrollo en espiral, usándola a su modo en la edición franco-alemana de la *Metamorfosis de las plantas*, y la llevó audazmente a sus últimas conclusiones, aplicando —como decía Buffon sobre Plinio— "aquella facultad de pensar en grande que tanto multiplica la ciencia". Un día, lo veremos disertar sobre los troncos fosilizados, que lo mismo se

encuentran en Europa que entre nosotros, después de los 21 grados, dando vuelta al mundo como un cinturón. Pero no sólo las plantas y los fósiles, también la obra humana en América es objeto de sus meditaciones. Sabía de las productivas colonias negras del Norte, y de cierta hipocresía anglosajona que sacaba partido de ellas mientras, para el exterior, predicaba contra la trata de negros por temor de la competencia. Discutía la colonización de América en términos que Julia de Egloffstein se sentía deseosa de hacer un viaje al Nuevo Mundo, y contribuía a su sociedad con el relato de la hilandera solitaria de la Luisiana. Se declaraba dispuesto a soportar otros cincuenta años de vida si había de ver realizados estos tres sueños: un canal entre el Danubio y el Rin, un canal de Suez, y un canal de Panamá o de cualquier otro punto de América que permitiera comunicar el Golfo de México y el Océano Pacífico. "Y mucho me asombraría —anunciaba ya desde entonces— que los Estados Unidos dejasen escapar la ocasión de apropiarse una obra como ésa." Entre sus colecciones de cuños, había una sección para las dinastías efímeras o desaparecidas. El canciller Müller pudo admirar allí, junto a las graciosas moneditas de Colombia, otras con las armas del emperador Iturbide y el cacto y el águila de Anáhuac. El 10 de mayo de 1819, después de una entrevista con Cogswell, dice entusiasmado a su amigo Meyer: "Si tuviéramos veinte años menos, embarcaríamos para Norteamérica." "Y si treinta menos —le contesta Meyer— mejor que mejor." Este apetito de América no se apaga pronto. Cinco años después, cuando ya contaba setenta y cinco, "Quisiera irme a América —exclamaba—, pero ahora sería demasiado tarde". A veces, cuando no tiene de qué hablar con los curiosos que lo visitan, escoge el tema de los Estados Unidos, y dice sobre ellos lo primero que se le ocurre, aunque parezca absurdo. ¿Qué representación tendría de América este admirador de Chateaubriand que ponía la *Atala* sobre su cabeza, declarándola, con el *Pablo y Virginia,* una de las mayores obras de la moderna literatura de Francia? América le parecería sin duda tierra más abierta que Europa, más dispuesta a recibir la obra del hombre. En todo caso, es indiscutible que, más que en la nuestra, pensaba en la América sajona. Durante mucho tiempo, nuestra América había estado

aherrojada, más que por ninguna fuerza material, por una filosofía aisladora que creaba cierto vacío a su alrededor. Cuando sobrevino la Independencia, no todos podían entendernos, porque carecían de elementos de juicio. Goethe se acuerda del trecho de historia que ha vivido (Guerra de Siete Años, separación de los Estados Unidos, Revolución francesa, época napoleónica, y más tarde presenciará todavía la Revolución de Julio) y no viene a su espíritu la inmensa trepidación de la Independencia hispanoamericana. La realidad política de los Estados Unidos da un perfil más claro, más seguro. Sus tierras son tierras de promisión para el que anhele recomenzar la vida, tras de salir maltrecho y herido de sus experiencias en Europa. Esto sólo quiere decir que, en aquel instante, la idea americana parecía refugiarse en la zona septentrional del Nuevo Mundo, porque a todos nos va tocando la vez en la gran marea de la historia. América representaba, pues, tras el fracaso de la primera, la segunda salida de 'Don Quijote', la segunda y la definitiva. Soñemos en 'Wilhelm Meister', dispuesto a rehacer su felicidad en el Nuevo Mundo; en las manos de 'Filina', buena costurera, las tijeras están temblando a la sola idea de cortar los vestidos para la futura colonia. 'Lidia' se siente maestra de primeras letras para las generaciones que han de venir. El grave 'Montano' sólo piensa en laboreos y minas. Atrás quedan los flanqueos y los sufrimientos, los años de aprendizaje sentimental y los años de veleidosos viajes. La barca se desliza río abajo. Una leve brisa seca, en las mejillas de 'Félix', las lágrimas jubilosas con que fue devuelto a la vida. De pie en la proa, 'Wilhelm Meister' —Goethe— cruza los brazos y, lleno de confianza en América, contempla el horizonte.[1]

[1] 15 y 25-II-1824; 21-II-1827; 7-X-1828; 5-IV y 1-IX, 1829; 27-I y 19-IV-1830; y 28-III-1831. Soret, 6-X-1828 y 11-VII-1831. Müller, 13-VII-1818; 21-II y 28-III y 10-V-1819; 8-V-1822; 5-XI-1824; 8-III-1824 y 28-III-1830. Carvalho, *Biblioteca Exótico Brasileña*, III, pp. 331-338. Prescindo de meras alusiones verbales a América. En la *Stella*, por ejemplo, la palabra "América" aparece dos veces: 'Cecilia', abandonada por su esposo, ha forjado, con su hija 'Lucía', para explicar su situación ante el mundo, la historia de que 'Fernando' desapareció en un viaje a América.

Cierto: un goethiano vino a nosotros. Llegó cuando el régimen colonial alcanzaba su término. Apreció la madurez de aquel régimen en todos sus rastros, y tal vez presintió los primeros síntomas de la descomposición, desde su cortesía perfecta de viajero.[2] Un goethiano rompió los candados de la cautela y obtuvo permiso del monarca para trasponer la muralla china que rodeaba al Imperio Español. Importa, siquiera como digresión oportuna, recoger el testimonio de Alejandro de Humboldt. Acaso el poeta de Weimar vería en Humboldt una como proyección de sí mismo lanzada al nuevo continente. Humboldt es la prueba americana de Goethe: veamos lo que vio.

La lente de Humboldt fue pulida en el mismo taller de Goethe. Éste tenía plena confianza en el testimonio de la familia Humboldt, comprendiendo que era su familia. Cuando Guillermo, el mayor de los hermanos, va a París o a España, Goethe le hace sus encargos como se encarga a los propios ojos el relato de lo que vayan viendo. "Sobre todo —le dice— quiero saber cómo es exactamente Restif de la Bretonne." Este precursor del naturalismo, autor de *Le Paysan et la Paysanne Pervertis*, le parecía, por entonces, al omnipresente Goethe, una de las más grandes curiosidades de Francia. De España, le pedirá a Guillermo de Humboldt noticias, datos y juicios sobre el arte peninsular, empeñado como estaba en escribir, con su amigo Meyer, una historia del arte. Y todavía (¡qué grande aficionado al cine ha perdido la era contemporánea!) fijará en su cuarto un mapa de España, para seguir desde su casa de Weimar el viaje de su amigo. Por eso dice bien Farinelli que Goethe anduvo por España en la persona de Guillermo de Humboldt. ¿Se asomó hacia América desde España? No lo creemos. Su misma visión de las cosas españolas contemporáneas era bastante turbia, y a través de ella difícilmente se transparentarían en toda su verdad las vicisitudes americanas: Goethe, en efecto, no

[2] "Durante los cinco años que hemos recorrido el Nuevo Continente, no encontramos ni la menor señal de desconfianza. Es para mí muy grato recordar aquí que, en medio de las más penosas privaciones y luchando contra los obstáculos que nacen del estado agreste de aquellos países, nunca tuvimos una sola ocasión de quejarnos por la injusticia de los hombres." A. de Humboldt.

simpatiza con el levantamiento del pueblo español, y espera la reintegración de los derechos borbónicos y la restauración del lamentable Fernando (*Cfr.* A. Farinelli, *Goethe et l'Espagne*).

Aunque las relaciones de Goethe son más frecuentes con Guillermo —el hermano que se quedó en Europa—, tampoco fueron escasas con Alejandro. Por 1797, Alejandro estuvo en Jena en compañía de Goethe y de Schiller. Y aunque Goethe no dejaba de irritarse, más tarde, con las teorías de Alejandro sobre los volcanes, ello se debe a que Goethe en materia científica era más impaciente que en asuntos estéticos, por lo mismo que tenía que habérselas con la verdad objetiva. Ya sabemos la poca amenidad con que recibía —aun de Eckermann, su criatura— cualquier observación sobre su teoría de los colores, su violín de Ingres. Alejandro, decía, tiene celo, tenacidad y buena salud de espíritu, pero ¡todo lo enreda! Goethe había tomado partido, en memoria de Werner, por los neptunistas, que atribuían a las influencias ácueas la formación de la corteza terrestre ("El agua estéril quiere ya verdecer", dice en su poema de las *Metamorfosis*) y se encontraba en el bando opuesto a los plutonistas o partidarios del origen volcánico, representados por Alejandro de Humboldt y por Voigt. Los amenazaba con sus epigramas o *Xenias.* Les gastaba bromas. Presentándole a la pianista Szymanowska, escribe a Humboldt: "Como usted figura entre los naturalistas que creen que todo ha sido obra de los volcanes, aquí le presento a esta mujer-volcán, capaz de arder y tostar todo lo que aún subsiste." Entre esta amistosa disidencia, llena de buen gusto y familiaridades, la simpatía que los une nunca llega a turbarse. A Goethe le atrae aquella actividad torrencial, aquella movilidad de Euforión que hacía decir al filólogo Wolf un día que estaba de humor satírico: "¡Este Humboldt nos da otra nueva gramática americana cada quince días!" Como Goethe estima a Humboldt de veras, lamenta que las esperanzas políticas de éste hayan quedado burladas. "Al partir para América, dejaba tras de sí la República. A su regreso, se encontró con un dictador, que le dijo despectivamente: ¿Conque usted se ocupa en yerbas y plantas? Creo que a mi mujer también le divierten esas cosas." Y llora sobre las ruinas del Instituto Nacional que, durante la ausencia

de Humboldt que era su alma, se transformó visiblemente. Una carta de Humboldt —ora le describa sus últimas impresiones del gran duque Carlos Augusto, ora le hable del silencio y la soledad de los umbrosos bosques de América— es siempre una fiesta para Goethe. No disimula lo mucho que le debe. He aquí lo que Eckermann le ha oído decir repetidas veces: reconoce la importancia que tuvo, para su propia formación, el que los hermanos Humboldt "comenzaran a desenvolverse ante su vista"; lo que entiende de Colombia y de Cuba lo debe a las narraciones de Alejandro, y son éstas las que lo llevan a reflexionar sobre el canal entre el Golfo y el Pacífico.

> Alejandro de Humboldt ha estado unas horas conmigo esta mañana. ¡Qué hombre! A pesar de que lo conozco hace mucho tiempo, cada día me asombra otra vez. No hay otro como él en conocimientos y en saber vividos. Nadie abarca más; todo lo domina y, en cualquier asunto, nos da alimento con sus tesoros espirituales. Parece una fuente con muchos caños: corre sin cesar, y no tenemos más que acercar el vaso. Se quedará aquí unos días, que van a aprovecharme como si fueran años.

E insiste: "Cuando Alejandro de Humboldt pasó por aquí, me hizo avanzar en un día, en los asuntos que yo estudiaba y quería conocer, mucho más de lo que yo solo hubiera conseguido en años enteros de trabajo." Carlos Augusto había hecho bien en aconsejarse con él: "Humboldt es el hombre que, por la universalidad de sus conocimientos, puede dar a cualquier pregunta la contestación más pronta y la más profunda." Por su parte, Humboldt declara que las ideas de Goethe sobre la naturaleza lo han dotado como de nuevos órganos para tomar contacto con las cosas.

Fiel a su método visual —sus inspiraciones más sublimes proceden a veces de una estampa mediocre—, cuando Alejandro le envía los primeros volúmenes de su *Voyage Équinoxial*, Goethe, a falta de cartas especiales, traza por sí mismo un diseño aproximado de las montañas de América y de Europa marcando la línea de las nieves perpetuas. Podemos, pues, arriesgarnos a decir que Goethe viajó por América en la persona de su amigo Alejandro. En Alejandro vislumbramos mucho de lo que Goethe

hubiera descubierto en América. "Cuando aprendemos de un amigo que tiene nuestros mismos gustos e inclinaciones, es como si nos sometiéramos nosotros mismos a las experiencias que él llevó a cabo." Casi todo une a Goethe y a Alejandro de Humboldt, y casi nada los separa. Todavía, para que haya más, es conmovedor recordar que, al andar del tiempo, cuando la trágica y tierna criatura Bettina Brentano se erija en defensora de las libertades populares —sin duda flameada por el fuego de Berlichingen—, la que nació con Goethe a la vida y a la pasión del espíritu hallará en Alejandro de Humboldt su principal sostén.[3]

7. Digresión sobre Alejandro de Humboldt

Sucedió, pues, que Alejandro de Humboldt —en cuya alma se revolvía, buscando expresión, una imagen del universo— encontró su vocación a pesar de todo. ¿Que lo dedicaban a estudios mercantiles? No importa: trazaba los viajes de la plata como se sigue el itinerario de las aventuras de Cook, y los números se le figuraban piratas que embarcaban en Veracruz, en Acapulco, en Cartagena de Indias, en Lima, en Buenos Aires. Al fin salió a medir con sus pasos los datos de las estadísticas, a recorrer la tierra siguiendo el camino de los guarismos. A serle posible, hubiera subido hasta las estrellas. Practicó durante cinco años nueve mil leguas de tierra americana —en total, seis naciones: Venezuela, Cuba, Colombia, Ecuador, Perú, México—, y luego, aunque pensó descargarse de la elaboración de sus noticias en unos dos años y medio, acabó por consagrarles veintisiete años: en rigor, el resto de su vida. Carlos Pereyra, el único americano que ha procurado devolverle un amplio testimonio de gratitud, resume así la obra de Humboldt:

> Fue el geólogo y el naturalista, el geógrafo sobre todo, que haya recogido mayor número de observaciones en América para sistematizar los conocimientos en cuatro o cinco ramos de la ciencia que todavía estaban envueltos entre las nieblas del caos original; y como

[3] 12-V-1825; 11-XII-1826; 21-II y 3-V-1827 y 23-X-1828. Müller, 18-IX-1823; 10-I y 19-IV-1824; 19-II y 28-V-1825; y 6-III-1828. Briefe, XIX, 297, carta del 3-IV-1807.

coronamiento, fue el genial fundador de la filosofía social en los países americanos.[4]

Sus relatos procuran el tono impersonal de las monografías científicas. Ello nada quita a la majestad de un estilo cósmico, capaz de dominar montañas, escalar cielos y sondear océanos; nada quita a la sensibilidad de una narración en que la humilde fuente, punto de referencia para tirar una coordenada, merece al paso alguna mención inconfundible.

Una epopeya de historia natural, una poesía donde los personajes son las fuerzas del mundo, como en Lucrecio, así nos aparecen algunas páginas de Humboldt. La zona tórrida y su grande vegetación desde el mar hasta la región de las nieves. Cumaná y sus azoteas abanicadas de tamarindos y datileros, las aves corpulentas que hacen el ruido del cisne al batir las alas. El mercado de esclavos que trae a la mente del viajero el recuerdo de las descripciones cervantinas en *El trato de Argel* y las palabras de La Bruyère sobre los que marcan a fuego "a aquellos que labran, siembran y cosechan para que vivan los demás". Las fantásticas nopaleras de pencas tan duras que los naturales las usan para remo, entre cuyo laberinto espinoso deslizan, al caer la tarde, los coralillos y las víboras de cascabel. La gente del Manzanares que siempre se saluda preguntándose si amaneció fresca el agua del río. Las toninas que alternan con los bañistas en su ostensible simpatía por el hombre. Las luciérnagas en la noche y las danzas de negros junto a la rojiza fogata. Las ruinas del Castillo de Araya que han alcanzado ya una verdadera majestad geológica. La hospitalidad de las hamacas, y la melancólica dulzura del indígena. El zapatero filósofo y las perlas que obsequia a los expedicionarios sin importársele su valor, como que parece de cuento árabe. Los pastores a caballo y con lanza, desnudos de la cintura arriba, que arrean por los campos sin acotar sus manadas de toros, de caballos y mulos. Los eléctricos gimnotos que se cazan obligando a las caballerías a entablar con ellos una lucha desigual en el agua de los pantanos. La piragua arrastrada por la tem-

[4] Los trabajos del venezolano Arístides Rojas, por ejemplo, no procuran una popularización de conjunto, como los de Carlos Pereyra.

pestad y que salva un viento oportuno. El jaguar que, en un acceso súbito de alegría, viene a jugar brutalmente con un niño indio, y huye después cuando lo azota una niña de nueve años. Las nubes de mosquitos voraces y el natural del Orinoco que suspira por la luna, donde seguramente estas plagas nos han de ser conocidas. El raudal espumoso de maipures, que se arroja en una extensión de una milla por entre isletas tan negras como el hierro, cambia a cada instante de matiz y se corona de nieblas donde el espectro mece un instante sus leves arcos de colores. El canal por donde la canoa tiene que abrirse paso a machete trozando las ramas vegetales. El ataque de los negros cimarrones que escapan de la cárcel de Cartagena, arrastrando sus cadenas y esgrimiendo sus hachas. En el Pichincha, en lo alto de rocas movedizas y amenazadas, entre la sofocación del humo de azufre, aquella operación casi mágica, la captación de aire para someterlo al interrogatorio, al análisis, y luego, a los pocos días, el terremoto de Pinto que los indios atribuyen a algunos polvos misteriosos que el inexplicable caballero germánico echó seguramente en el cráter. Y al fin, desde Veracruz al valle de México las tribus vegetales en marcha, por destacamentos de distinta jerarquía botánica y en figura de militar asedio hacia los volcanes. Pero a medida que la altura es mayor, las plantas —al revés de los animales— se despojan, se hacen escuetas. En unas cuantas horas, subimos desde la heliconia y el banano hasta el parénquima enjuto de los árboles resinosos. Hemos llegado a Anáhuac.

De regreso a Europa, el barón de Humboldt hace un viaje a Italia. Para profundizar su teoría de los volcanes, asciende al Vesubio. ¿Quién diréis que fue su compañero en la ascensión? Un joven venezolano que viajaba por su placer: se llamaba Simón Bolívar.

8. La Güera Rodríguez. (Lo femenino eterno)

En aquella alma espaciosa y pródiga, tampoco falta sitio para los sentimientos mejores. Una pequeña indiscreción, un secreto a voces, no daña la fama del viajero y nos lo hace todavía más simpático: en el Virreinato de la Nueva España, que sólo se proponía

atravesar, se fue alargando insensiblemente, y a esa circunstancia debemos el espléndido retrato de México que sigue siendo nuestro orgullo. Ahora bien, sabemos que no lo retuvo solamente el interés científico. Rindamos un tributo a la memoria de la Güera Rodríguez. En lo alto de aquel cielo geométrico, cruza el fulgor de una cabellera rubia. Cometa aventurero.

He aquí cómo se conserva, a medio siglo, la reliquia de los amores del sabio, en las cartas de una dama inglesa, esposa del ministro español en México, Madama Calderón de la Barca:

> [México, 5 de enero de 1840.]
>
> No quiero acabar esta carta sin contarte que recibí esta mañana la visita de una persona muy interesante y muy conocida aquí con el nombre de La Güera (la Rubia) Rodríguez, de quien se dice que hace muchos años fue celebrada por Humboldt como la más hermosa mujer que hubiera encontrado en el curso de sus viajes. Considerando el mucho tiempo transcurrido desde que el ilustre viajero visitó estas comarcas, me asombré cuando me presentaron su tarjeta, y más todavía cuando, a despecho del tiempo y los surcos con que se complace en marcar las más lindas caras, me encontré con que la Güera conserva una profusión de rizos rubios sin un solo cabello gris, unos deslumbradores dientes blancos, unos ojos muy bellos y una grande vivacidad... La Güera, aparte ser muy agradable, me pareció una crónica viviente. Está casada con su tercer marido, y ha tenido tres hijas, todas de famosa belleza: la condesa de Regla que falleció en Nueva York y fue enterrada en aquella catedral, la marquesa de Guadalupe también muerta, y la marquesa de A, que ahora es una preciosa viuda. Hablamos de Humboldt. Entonces, tratando de sí misma como de tercera persona, contóme todas las circunstancias de su primera entrevista y cómo empezó la admiración de Humboldt por ella. Era muy joven, aunque ya casada y con dos retoños. Cuando él se acercó a saludar a la madre de la Güera, la muchacha estaba cosiendo, sentada en un ángulo del salón donde el barón no podía verla. En el curso de la conversación, manifestó él gran interés a propósito de la cochinilla, y preguntó si podría visitar cierta región donde había unas nopaleras. "Por supuesto —dijo la Güera interviniendo— podemos llevar allá al señor Humboldt." Éste, descubriéndola entonces, quedóse como fascinado, y sólo al cabo de un instante pudo exclamar: *¡Válgame Dios! Pero ¿quién es esta muchacha?* Y, de

allí en adelante, siempre estaba a su lado. Y todavía más cautivado, según aseguran, por su ingenio que por su belleza, la consideraba como una Madame de Staël occidental. Todo esto me hace pensar que el grave viajero cayó bajo el embrujamiento de la Güera, y que ni minas ni montañas, ni geografía o geología, ni las conchas petrificadas o *alpenkalkstein,* bastaron a desaojar en él un pequeño estrato de galantería. Es un alivio pensar que, a veces, también el grande Humboldt dormita.

Nada, ni la geología, ni la historia natural, ni el estudio de la economía o de las costumbres, ni el arrobamiento ante la hermosa mujer mexicana hubieran cuadrado mal en Goethe. Fausto, a media subida de la ciencia, levanta los ojos y exclama: *¡Válgame Dios! Pero ¿quién es esta muchacha?*

9. América y el hombre goethiano

Por supuesto que no se trata aquí de las influencias de Goethe en nuestra literatura, ya directas o ya a través de España y de Francia, como es el caso más frecuente. Eso sería materia de un estudio aparte, y nada tiene de común con la imagen moral del hombre goethiano. El que, por ejemplo en España, estudia a Goethe como influjo de literatura comparada, da con los hombres menos goethianos de la literatura española: el extravagante Mor de Fuentes, el... Espronceda. Verdad es que también da con el epicúreo Valera para quien la inteligencia es otra voluptuosidad más y en quien algunos encuentran cierto tibio hálito goethiano.[5] Al lado de Valera, Azorín acaba de citar —como ejemplos goethianos españoles— "al sereno y alegre Duque de Rivas", y "sin ningún género de duda, a don Ramón de Campoamor; a Campoamor, sereno, inalterablemente sereno en su vejez, y afablemente jovial como Goethe".[6] Pero Azorín, desde el arranque

[5] Ver: J. M. Pabón de Urbina, "Algunas influencias del 'Fausto' de Goethe en España", *Universidad,* Barcelona, IV, 1 y 2; J. J. A. Bertrand, "Goethe en Espagne", *Mélanges-Baldensperger,* I, 39-53.

[6] Azorín, *Luz,* diario de Madrid, 25 de febrero de 1932.

hasta la última línea de su artículo, me parece muy sugestionado con la imagen —tan falsa— de un Goethe, más que sereno, indiferente, más al estilo de cierto diputado navarro que retrata él en su verso:

> Cuando llueve, cuando truena,
> su semblante siempre igual.
> Y si muere de algún mal
> será de gota serena.

¡Qué fácil sería, escogiendo los rayos aislados de su vida, darles un día un Goethe diabólico y fogoso, otro día un Goethe administrador y buen vecino! Con el sistema de escoger y borrar, aquí hay para todos. Goethe es una estrella en actividad. Aún no ha acabado a nuestros ojos.

Sin miedo a reducir proporciones y a bajar la escala, sería curioso averiguar si hemos tenido en América espíritus del orden goethiano.

Alguna vez leí el nombre de Rodó —aunque en él hay morbideces a lo Renan— incluido en la familia de Weimar. Ya sé que en estos últimos días gente incapaz de ensartar seguidas dos palabras, mucho menos de apreciar el arte magistral de Rodó, se autoriza de la refracción que traen los años, las modas cambiantes y las necesidades nuevas, para darse el bajo placer de desdeñarlo sin conocerlo. Verdad es que su misma actitud de contemplador intelectual parece dejarlo fuera de la vida americana contemporánea. Pero no olvidemos que también él trajo alguna palabra de combate. Además, creer que todos se han equivocado antes para que ahora acertemos nosotros es la más vulgar caricatura del hegelianismo, y también la más difundida por desgracia. ¡Como si la vida no estuviera en movimiento continuo, y no tocara a cada uno otra perspectiva de problemas! Ayer las predicciones de Ariel. Hoy, por ejemplo, las estocadas de Mariátegui.

Pero, de un modo general, es evidente que nuestra América prefiere al apóstol social o al llamado hombre de acción. El ambiente lo quiere así; el ambiente cuya pugnacidad hace endurecerse a sus criaturas o las hace desaparecer; el ambiente de autofagismo: el que devoró en breves instantes a José Martí, hombre el más

dotado para las letras en nuestra América, y uno de los mejor dotados en la lengua española. Sin duda, durante el pasado siglo —porque hoy el espectáculo es todavía más bronco— las sociedades intelectuales de América se han gobernado por maestros: Bello, Sarmiento, Luz y Caballero, Montalvo, Ramírez, Barreda, Hostos, y más cerca, Sierra y Rodó. Por rara excepción estos maestros habrán podido desarrollarse como meros organizadores de la cultura. Ellos participaban siempre del "clérigo" y del "laico", mezclaban el agua con el vino. Como aquellos jefes de las guerras civiles españolas que juntaban el oficio de la misa al oficio militar (¡su abuelo anda en el *Poema del Cid*!) y se echaban al campo de batalla sin soltar la cruz, y ceñían la espada sobre los hábitos sacerdotales, nuestros directores de cultura han tenido que ser algo caudillos, y alternar muchas veces la pluma y la espada a lo Garcilaso. Al servicio de la patria o del partido en las incontables luchas armadas, o al servicio más o menos directo de la política en las treguas de la guerra civil —puesto que, entre nosotros, el trabajo intelectual "no paga su hombre"—, el héroe de cultura fácilmente se contamina de otros géneros de heroicidad. Benda disertaría sobre esto, inacabable. Sin duda hemos tenido épocas de bonanza, para los privilegiados al menos, ya que todavía luchamos por una fórmula de civilización que cobije a todas las clases. Sin duda que los gobiernos no tienen toda la culpa de nuestra condición ambiente. Al contrario: cierta especie de respeto romántico, que anda en el aire mezclado con otras fuerzas opuestas, quisiera devolver al vate algo de su prestigio bíblico y a veces hasta espera de él que se erija en verdadero pastor de pueblos. A poco que pueda, el dictador corre un velo sobre los errores privados del juglar, y le perdona la cárcel en mérito de su canción. A poco que pueda, la revolución abre la mano, y da tiempo a que el intelectual acabe su lenta asimilación de las realidades nuevas y se acerque a ella como a la montaña. El mal está más allá de las voluntades individuales y aun colectivas: es un mal del tiempo, un mal en el tiempo.

Sea, para mejor describirlo, el ejemplo de la paz porfiriana en México, que bien pudo servir de plantel a los héroes de la cultura y desde luego produjo a Sierra. ¿Qué aconteció entonces como

fenómeno general en la poesía? Que aún no había tiempo para que madurara lo propio, y la floración se desató por la línea del menor esfuerzo: primero, la imitación de la literatura dominante en el mundo, el Simbolismo francés; segundo, el retruécano del alma, el culteranismo connatural de América —carácter ya bien conocido. Y fue el Modernismo, arte de exageración individual, que eso significó en su tiempo aun cuando, a la luz de posteriores experiencias, aquellas exageraciones nos parezcan juegos de niños y algunas de las nuevas nos parezcan justificarse ya dentro de otra filosofía. Porque era más fácil, por una parte, ponerse a la escuela de lo ya hecho en el Viejo Mundo; y por otra, era más cómodo ceder al capricho individual, entregarse a la esgrima del ataque en punta, que no solicitar ese avance de toda el alma, avance en línea desplegada, avance a lo Goethe: éste parece necesitar una acumulación de procesos culturales para la cual nuestra América no ha tenido tiempo todavía. La paz, la felicidad limitada y provisional de la era porfiriana, pueden considerarse un fenómeno entre paréntesis, como los que deja sin resolver, a izquierda y a derecha —si es que la situación del paréntesis no es ya un comienzo de solución—, la filosofía alemana de nuestros días, mientras se zambulle en el flujo neutro del vivir. Como ese paréntesis no estaba incorporado, disuelto en el flujo, sus efectos tienden necesariamente al descastamiento. Mucho más arraigado se ve en el suelo mexicano el grupo de escritores que acompañaban a Benito Juárez, por lo mismo que nadaba en plena corriente. Pero aquí la argumentación nos embiste con el otro cuerno: no se puede nadar y guardar la ropa; a mayor participación en la lucha ambiente (cuando es realmente exacerbada) menor rendimiento espiritual. Sólo el apaciguamiento de las aguas, sólo la conquista de cierto estado social puede servirnos. Una enfermedad, pues, en el tiempo. Pero que no se cura con el solo correr del tiempo, sino con el tiempo y la intención. "El tiempo y yo para otros dos", decía el emperador Carlos V.

> Yo —apunta Goethe— soy amigo de las plantas. Amo a la rosa como a la flor más perfecta que puede producir nuestra tierra. Pero no soy tan insensato que pretenda que mi jardín me ofrezca rosas ahora que

> estamos a fines de abril. Me conformo con ver venir las primeras hojitas verdes; con ver cómo, retoño a retoño, va creciendo la rama. Me alegraré si en mayo apuntan los primeros brotes. Me sentiré plenamente dichoso cuando al cabo se me dé la rosa en todo su esplendor y perfume. Y el que no quiere esperar a que llegue el tiempo de las rosas, ése que recurra al invernadero.[7]

No queremos una América de invernadero. Vamos a esperar. Dentro de 2 300 años, cuando el *Fausto,* como sueña Schwob, se haya convertido en cuestión homérica, alguien hablará de la *Goethea cauliflora,* curiosa planta de sólo tres o cuatro especies que se da en Brasil y fue descubierta en 1817, cuando Maximiliano de Wied exploraba, en tierra bahiana, el curso del río Itaipé. Y añadirá:

> Dicen que la descubrió un príncipe de la sangre. Su nombre nos hace pensar que este príncipe sería Goethe, naturalista conocido, autor también de una filosofía sobre el suicidio y algunos versos licenciosos sobre las mujeres de Roma. Es la única noticia que queda de sus andanzas en el Brasil.

10. Goethe en la frente

¿Cómo, entonces, aplicar a Goethe? Como una consigna general: acordaos siempre de entender. El rencor que dejan en pos de sí nuestras guerras civiles y nuestras luchas sociales se calma con bálsamo de Goethe. Quien, ante un fenómeno nuevo, no da con la nueva representación moral, siente rencor. Rencor: falta de acomodo, para una emoción inédita, en nuestro sistema del mundo. Sensación de estorbo sublimada —no: satanizada. Aquí nos acuda Goethe con sus sistemas de suma y adopción perpetua de nuevos valores añadidos. A diferencia de Nietzsche, explica Zweig, que muere y resucita otra vez para poder adelantar en el descubrimiento del yo, Goethe nada sacrifica ni destruye, sino que, a cada aportación nueva, transforma químicamente y destila

[7] 27-V-1825.

su gozosa sustancia. Goethe es confianza y comprensión, lealtad al Espíritu de la Tierra. Nuestro ser es cosa perfectible con tal de saber montarlo en las ondas de la fatalidad, en el movimiento del universo. Goethe, o la estrategia de movilizar todas las virtudes constructivas. Ufana palmera que cada año echa un nuevo anillo en el tronco. Y si se ha dicho que el germánico, desbordado a ensueños y a tentaciones encontradas, tiene que conquistarse a sí mismo en mayor medida que el latino, ¿qué decir de los iberoamericanos, en cuya sangre hierven juntos los males irremisibles del mestizaje? (Y aclaremos, para ahorrar inútiles distingos entre la parte europea y la parte mezclada o autóctona de nuestras poblaciones, que el concepto de mestizaje puede extenderse de lo étnico a lo cultural, y significar también una inadecuación entre una cultura importada a la buena de Dios y un medio natural reacio. De ningún modo el vástago italiano del Plata tendría derecho a considerarse como un heredero legítimo de Dante.) Entre nosotros, hay que dar vehículo a esas masas sin amalgama, hay que dar distancia a las energías —la distancia que sólo da el entendimiento— para que hagan algo más que chocar. En aquellas zonas donde la crisis americana se presenta en toda su nitidez, sin disfraces de gratuita, o casual, o pasajera prosperidad económica que cada vez nos engañan menos, no sólo hay dolor, sino una excesiva sed de dolor y casi un culto, lo cual seguramente no crea las razas mejores.

La cuestión se reduce así: ¿qué tiene que ver la cumbre con los trabajos del que sube por la ladera? Y se contesta sola. Pero la meta sólo se alcanza con el método del alpinista, método en dos partes: lo primero es darse todos la mano; lo segundo, poner el acento en el propio esfuerzo. Esto último es esencial. "No basta —decía Goethe a Eckermann— dar pasos que algún día pueden llevar a la meta, sino que cada paso debe ser una meta, sin dejar tampoco de ser un paso." La América que esperamos, cuando brote de cada uno, habrá brotado al mismo tiempo de todos. La cooperación no nos da el alma: ésa sólo podemos criarla nosotros. Si una ley de la sociedad nos pone en situación de ser más felices o más fuertes, tanto mejor; pero lo primero es que nuestra propia ley individual suba de quilates. Goethe, ya para morir, dejó estas

palabras —las últimas que escribió— en el álbum del joven Arnim: "Cuando cada vecino barra el frente de su casa, todos los barrios de la ciudad estarán limpios." Recojamos todas las colaboraciones de la fortuna, pero no lo entreguemos todo a la fortuna. No esperemos a que las instituciones nos salven: hagámonos capaces de concebir instituciones mejores. La salvación, la felicidad —¡y hasta la originalidad literaria!— son subproductos que se encuentran de paso, como el cok, mientras se fabrica otra cosa.

Río de Janeiro, marzo de 1932.

Noticia Bibliográfica

Entre las numerosas recopilaciones documentales sobre Goethe aprovechadas en el presente ensayo, además de las ya citadas en las notas de cada capítulo (y prescindiendo de las obras o estudios críticos o biográficos, así como de los libros mismos de Goethe), conviene señalar las siguientes publicaciones, por orden cronológico:

Sarah Austin, *Characteristics of Goethe*, Londres, 1833.
Correspondence between Schiller and Körner, edit. L. Simpson, Londres, 1849.
W. A. Lampadius, *Life of Felix Mendelssohn-Bartholdy*, trad. W. L. Gage, Nueva York, 1865.
Karl Mendelssohn-Bartholdy, *Goethe and Mendelssohn*, trad. M. E. von Glehn, Londres, 1872.
Henry Crabb Robinson, *Diary, Reminiscences and Correspondence*, Londres, 1872.
A. E. Ticknor, *The Life of J. G. Cogswell*, Cambridge, 1874.
George Ticknor, *Life, Letters and Journals*, Boston, 1876.
Correspondence between Schiller and Goethe, edit. L. Dora Schmitz, Londres, 1877.
Goethe's Mother, edit. A. S. Gibbs, Nueva York, 1880.
Goethe's Letters to Zelter, edit. A. D. Coleridge, Londres, 1887.
Correspondence between Goethe and Carlyle, edit. Ch. Eliot Norton, Londres, 1887.
Early and Miscellaneous Letters of J. W. Goethe, edit. E. Bell, Londres, 1889.

Talleyrand, *Mémoires*, 1891-1892.
Goethes Unterhaltungen mit dem Kanzler von Müller, edit. C.A.H. Burkhardt, Stuttgart, 1898.
Goethes Gespräche, edit. Fl. von Biedermann, Leipzig, 1909-1911.
F. Grillparzer, *My Journey to Weimar*, trad. A. Ramy, Nueva York, 1914.
Goethe als Persönlichkeit, edit. Heinz Amelung, Munich, 1914.
Bettina von Arnim, *Goethe's Correspondence with a Child*, trad. W. S. Murray, Nueva York, 1914.
F. W. Riemer, *Mitteilungen über Goethe*, Leipzig, 1921.
Goethes Briefwechsel mit Marianne von Willemer, edit. Max Hecker, Leipzig, 1922.
Correspondence entre Schiller et Goethe, trad. de L. Herr, París, 1923.
Erinnerungen der Karoline Jagemann, edit. Ed. von Bamberg, Dresde, 1926.
Bettinas Leben und Briefwechsel mit Goethe, edit. F. Bergmann, Leipzig, 1927.
Goethe, *Lettres à Mme. de Stein*, trad. de E. H., París, 1928.
Goethe d'après ses contemporains: choix de récits et de conversations, trad. P. Amann y G. Waltz, París, 1928.
Goethe: Entretiens avec le Chancellier F. de Müller, trad. y notas de A. Béguin, París, 1930.
Annette M. B. Meakin, *Goethe and Schiller (1785-1805)*, Londres, 1932.
Goethe, *Lettres à Augusta Stolberg*, trad. de J. Benoist-Méchin, París, 1932.
Frédéric Soret, *Conversations avec Goethe: documents présentés par A. Robinet de Cléry*, París, 1932.
J. M. Sacristán, *Goethe, según la psicopatología:* en *Revista de Occidente*, Madrid, abril de 1932, pp. 42-91.
I. Bauer, *Goethe*, Madrid, 1932 ("Bibliografía Goethiana Española").
H. Moncel y Ch. Andler, *Goethe: Notices iconographiques et bibliographiques* (Bibliothèque Nationale), París, 1932.
William Emerson's Travel Abroad, edit. H. Emerson, Charaka Club Proceedings, Nueva York, Columbia University Press, 1935.
F. Monterde, *Goethe y el "Fausto"*, México, 1949.
Eckermann, *Conversaciones con Goethe* [selección y prólogo de F. Benítez], Buenos Aires-México, Colección Austral, 1950.
Goethe's World: As seen in Letters and Memoirs, edit. B. Biermann, Londres, 1951.

III

TRAYECTORIA DE GOETHE

Acuérdate de vivir.
Wilhelm Meister, VIII, 5.

INTRODUCCIÓN

EL AÑO de 1932 se conmemoraba el centenario de la muerte de Goethe. Respondí entonces al llamado de la revista *Sur* (Buenos Aires), y envié unas páginas algo improvisadas, en mi afán de no faltar a la cita. Como entonces lo declaré, "por una vez, acudí al toque de asamblea con el dormán todavía desabrochado y el lazo suelto". En 1949, se ofreció la celebración del segundo centenario natalicio del poeta, y quise entonces ordenar aquellas viejas cuartillas. Han vuelto al telar, en efecto, pero aún no he logrado darles estabilidad y coherencia; antes han crecido por todas partes, verdadera rosa de los vientos. Algún día se publicarán como una colección de estudios goethianos. Entre tanto, no quisiera verlas nunca reproducidas bajo la misma forma en que aparecieron, aunque en ellas conste mucho de lo que pienso y siento sobre el autor del *Fausto.*

Mientras veía crecer mi ensayo original, y crecer en libro abultado, sentí la necesidad de trazar un derrotero a fin de no perderme en el bosque. De mis apuntes fue saliendo el presente breviario: instrumento para trabajos venideros o de futura aparición, que tal vez preste por sí mismo alguna utilidad a quien no pueda despojar todos los documentos que he manejado, los libros mismos de Goethe, sus numerosas "correspondencias" y "conversaciones", los abundantes comentarios sobre su obra y su vida, cuya referencia bibliográfica resultaría aquí embarazosa y desvirtuaría mi intención.

No presento, pues, una obra de crítica literaria, ni tampoco una biografía más de Goethe, sino que recorro la frontera entre las dos zonas, recogiendo los principales hechos de aquella vida, hasta donde ayudan a apreciar la evolución de aquella mente, y alterno la narración de los episodios esenciales con breves reflexiones que marquen las sucesivas etapas. En esta tortuosa jornada hacia la sabiduría, nos interesan las circunstancias externas que se ofrecieron a Goethe y que él supo aprovechar —incorporándolas

y dándoles sentido moral— así como las conquistas voluntarias de su conducta que él impuso a su medio.

Los intérpretes extremos nos dan un Goethe abstracto y, a veces, estático. Los biógrafos extremos, un ser vivo, sí, pero que lo mismo pudo no ser Goethe. La verdad está en el medio aristotélico. Hay que conciliar los dos métodos para mejor apreciar la sensibilidad de Goethe y su contemplación del mundo, siempre en desarrollo, tendidas sobre los sucesos de su existencia. Pero sin rigor ni sistema, que sería absurdo; pues no sin razón Groethuysen hace decir a Goethe: "Yo soy el que cambia."*

Es tan íntima la relación entre la vida de Goethe, su pensamiento y su obra, que no se le puede entender sin recordar los principales accidentes de su viaje terrestre. Algunos han fingido —como hipótesis o, mejor, metáfora explicativa— que Goethe, antes de nacer, se hubiera trazado un programa; han fingido un Goethe por dentro, que luego había de volcarse afuera, un jinete anterior a la cabalgadura. El peligro de este supuesto es que fácilmente pára en condenar a Goethe, por falla ante el destino, en vista de un plan hechizo y seguramente arbitrario. La objeción que de aquí resulta se reduce a inculpar a Goethe, por ejemplo, porque no siguió escribiendo el *Werther*, sino el *Fausto*, a lo largo de su dilatado existir; en suma, porque superó el subjetivismo enfermizo de la adolescencia, y se fue aliviando y serenando gradualmente en una concepción mucho más objetiva y generosa del mundo, donde ya su poesía, a la vez que se encamina a la cumbre clásica, abarca los intereses sociales, la acción y la ciencia. Ya nada humano le es ajeno, como en la palabra de Menandro que repitió Terencio. De aquí esa aceptación panteísta que conmovía y admiraba a Nietzsche, aunque era hombre de naturaleza tan distinta.

Ahora bien, este inmenso y heroico ensanche ¿puede significar una quiebra de la vocación, aun cuando sacrifique de paso algunas graciosas blanduras juveniles? Y, además, ¿con qué imagen irreal, con qué misterioso espejo estamos enfrentando a Goethe? ¿No se nos ha dicho por ahí, y aun adelantándose, si he leído bien, a ciertos autores alemanes hoy muy recibidos, que el hombre no tiene naturaleza sino historia? Tal vez el propio Goethe

* *La Nouvelle Revue Française*, I-III-1932.

haya provocado estos desvíos: hay en él su poco de desafío a los dioses y "fabulación *a posteriori*", *hybris* que se paga siempre, tarde o temprano. Tal vez no sea posible dar cuentas tan estrechas de la conducta humana, ni menos pedirlas. Goethe era un poeta de la experiencia inmediata —*Lebensdichter*—, y en la experiencia inmediata hay que buscarlo,dejando que la armonía final se recomponga sola. Si pecó por algo fue por querer apreciarlo todo al alcance de los sentidos, negándose a la mano oscura de la matemática o a las abstracciones filosóficas; pues, caso único de alemán, y poeta al fin, nunca quiso pensar en el pensamiento, sino sólo en las cosas. Para estimar con justicia a Goethe no hay más medio que ver acontecer a Goethe, aplicando aquí la regla que él mismo daba sobre el encaminamiento de los estudios naturales, regla inspirada en una sentencia de Turpin, botánico normando: "Ver acontecer las cosas es el mejor modo de explicárselas."

La vida de Goethe puede reducirse en cuatro etapas:

I. La primera va desde su nacimiento hasta sus veinticinco años: infancia, estudios, Universidad, experiencias sentimentales. Su escenario general es Francfort, cortado por las residencias en Leipzig, Estrasburgo, Darmstadt, Wetzlar, un primer viaje a Suiza, etc. Domina el "estado mercurial", cuya expresión suma es el *Werther*.

II. La segunda etapa ocupa de los veintiséis a los treinta y seis años: los diez años de Weimar, cortados por pequeñas excursiones a Ilmenau, Berka, el Harz y, sobre todo, el segundo viaje a Suiza. Aquella juventud tenaz se encamina trabajosamente a la madurez, sometida al afinamiento de tres influencias:

a) El servicio público o deber social;
b) el estudio metódico de la ciencia; interés por la naturaleza de un orden ya no puramente sentimental;
c) finalmente, la lenta educación o remodelación bajo el amoroso cuidado de Carlota de Stein.

De todo lo cual resulta un gradual corregimiento del romanticismo desorbitado. (Pues ya es propio llamarle desde entonces

"romanticismo". Otros dicen "prerromanticismo", por mero escrúpulo académico.)

III. La tercera etapa es el viaje a Italia, de los treinta y siete a los treinta y nueve años. Se acelera la maduración de Goethe y se definen sus ideales clásicos.

IV. La cuarta etapa se extiende hasta su muerte, a los ochenta y tres años, y es el Weimar definitivo; permanencia interrumpida por las experiencias guerreras de la expedición a Francia, el sitio de Maguncia, etc., y más tarde, por las frecuentes vacaciones en los balnearios a la moda. Cuando se dice "Weimar", debe entenderse "Weimar-Jena", verdadero campo de operaciones de Goethe. Esta cuarta etapa se desarrolla en tres capítulos sucesivos:

a) El primero, a raíz del retorno de Italia a Weimar, es el momentáneo retraimiento de Goethe, su nido de amor con Cristiana Vulpius, y corre de los treinta y nueve a los cuarenta y cinco.

b) El segundo capítulo es la plena conjunción con Schiller, en que éste aprende y Goethe se rejuvenece, y abraza de los cuarenta y cinco a los cincuenta y seis; es decir, hasta la muerte de Schiller en 1805.

c) El tercer capítulo es la soledad definitiva —por cuya penumbra pasa, como raudo temblor de la luz, la imagen de ese 'Euforión' que fue Byron—, de los cincuenta y seis años hasta la muerte de Goethe: soledad de monumento público, visitado por la admiración y la curiosidad universales, en su alto mirador de Weimar.

A. R.

México, 12-IV-1954.

I. LAS JORNADAS HEROICAS
1749-1775

1. El primer Francfort
28-VIII-1749 a 29-IX-1765

Durante los primeros años, se diría que su madre fue el sol; su padre, la sombra. Ella daba los premios, él imponía los castigos. Ella cultivaba su amor a la naturaleza y avivaba su imaginación con aquellos cuentos que, como los de Jerezarda, no tenían fin. Acaso Goethe, en *Poesía y realidad,* ha exagerado los rasgos adustos del carácter paterno. Mucho habría que decir en favor del consejero imperial Juan Gaspar Goethe, quien se desvivía —aunque con cierta dureza— por educarlo en las humanidades, las artes, los deportes, y le procuró los mejores maestros que había a la mano.

En su afición a los títeres, bulle el germen del futuro *Fausto;* en el trato con sus hermanos, la preocupación pedagógica; en el difícil roce con los compañeritos de escuela, el sentimiento de que él es cosa diferente; en su contacto con el mundo que lo rodea —la gente, las calles—, el horror a la fealdad bajo todas sus formas. Cuando, en la vejez, recuerda las quemas de libros prohibidos que le tocó presenciar, exclama: "Hay algo espantoso en este castigo de objetos inanimados" (*Poesía y realidad,* I). El terremoto de Lisboa —que inspiró el *Cándido* de Voltaire— le sugiere amargas reflexiones sobre los desviados caminos del Señor. Los cuatro años de ocupación francesa —desfile de títulos y uniformes, cuadro de asunto libertino— lo divierten como un gran espectáculo. Y aunque su padre no pudo tragar a su huésped de guerra, el conde de Thorane-en-Provence, este tardío representante del cinismo setecentista es para él un maestro de amenidades. La escena francesa le trae un pregusto de las bambalinas, larva del *Meister.* Quiere hacer teatro y pergeña un drama mitológico.

Primera amenaza: precoz idilio amoroso con la Gretchen de Francfort, una muchacha obrera rodeada de chicos de mal vivir, a quienes el niño Goethe frecuenta algún tiempo atraído o retenido por ella. Les escribe versos, los acompaña a las cervecerías. Escapa de noche con ayuda de una llave falsa, o a pretexto de participar en los preparativos para las fiestas imperiales. Los chicos resultaron unos falsarios y fueron a dar a la cárcel. El mismo Goethe, con ser nieto del burgomaestre, figuraba en la lista. Gretchen alejó de él toda sospecha, declarando en el proceso que siempre lo había considerado como a un hermanito menor. El escándalo y el amor propio ofendido lo salvaron. No sin sufrimiento, no sin crisis. Buscó alivios en la naturaleza, el caballo, las armas, la flauta y el clavecino. La "muchacha de Francfort" prestará más tarde algunos perfiles a la figura de 'Margarita' y acaso a la 'Clara' del *Egmont.*

Este incidente ocasionó que el jovencito (andaba Goethe en los catorce) no fuera aceptado en la Filandria o Sociedad Arcadiana de Francfort, especie de liga de la virtud recién fundada. Fue una suerte. Diez años más tarde, la Filandria, transformada en logia, solicitará el honor de contar entre los suyos al autor del *Werther.* Entonces será él quien la rechace. Las cartas en que solicitaba su ingreso nos dan su primer autorretrato: temperamento impaciente —confiesa—, tan vulnerable a la ofensa como pronto al perdón. Y añade: "Tengo mucho de camaleón", variabilidad increíble que aún le tomaba a mala parte, en 1766, Horn, un amigo de la infancia, y que diez años después, en Weimar, deleitaba todavía al poeta Wieland. En su poema de Leipzig *Die Freuden,* en el *Goetz,* lo persigue la metáfora del camaleón; y en sus *Xenias,* habla de anonadar a los adversarios con su naturaleza de Proteo.

Entre sus primeros maestros—ninguno de los cuales ve con gusto sus inclinaciones poéticas—hay tres que pertenecen ya al orden mefistofélico: el director Albrecht, hebraizante lucianesco y sardónico, especie de Esopo protestante, que lo inició en la crítica bíblica, más que por sus comentarios, por sus reticencias y sus sonrisas; el fantástico aristócrata Reineck, arruinado y ensombrecido, que destilaba pesimismo en sus enseñanzas de historia universal y política, y el consejero de corte Hüsgen, jurista sin plaza

a causa de su calvinismo, tuerto de viruela y gesticulante, que en todo descubría deficiencias, incluso en Dios.

Aunque la fúnebre casa familiar había sido mejorada a la muerte de la abuelita, a Goethe se le caía encima; lo mismo la ciudad de Francfort. Cuando su padre lo envió a Leipzig, poco antes de los dieciséis, tomó la silla de postas sin una lágrima: escapaba a la dura férula, rumbo a la libertad y a la vida.

2. Leipzig
Octubre de 1765 - agosto de 1768

En Leipzig aprendió muchas cosas —no lo que llevaba encargo de aprender—; ensanchó notablemente sus horizontes; aun entró en la escuela del mundo, si bien con aturdimiento y a testerazos: Mesón de la Bola de Fuego, Facultad de Derecho frecuentada con desgano, buena mesa y alegre vida ("alegre" es un decir), comedia, acceso de dandismo y pedantería... Escribió, quemó sus manuscritos, volvió a escribir. A pesar de los consejos del buen preceptor Oeser, no encontraba el camino; el pretendido maestro Gottsched —este doctor Johnson estereotipado— no logró infundirle el menor respeto, y el virtuoso fabulista Gellert lo desalentaba y entristecía. Reaccionó de nuevo en busca de la naturaleza.

Entre tanto, y de una en otra aventurilla, se enamora perdidamente de Kätchen, dulce Catalina del pueblo. El sentimiento, manso al principio, se fue encabritando con los celos; y cuando ya el muy atolondrado ofrecía a la hija del posadero su mano y su fortuna, ella tuvo la cordura de no rechazar al abogado Kanne, con quien se desposaría poco después. Goethe, que aún no cumplía los veinte, se exasperó y se consoló a su manera. Comprendió que nuevamente se había salvado: "¡Oh amigo Behrisch! —escribía a este otro personaje mefistofélico, preceptor del joven conde de Lindenau y que ejerció sobre Goethe una influencia mezclada de bien y mal—. He vuelto a la vida..., satisfecho como Hércules después de su tarea..., aunque he pasado días terribles... Comenzamos por el amor y acabamos por la amistad."[1]

[1] Carta de Goethe a Behrisch, 26-IV-1768.

Y si no llegó a entretejer otros lazos con Federica, la hija de Oeser, su maestro de dibujo, fue porque ésta supo mantenerse a la prudente distancia de las confidencias y los consuelos, y aceptar con una mezcla de buen humor y bondad sus suspiros de amante abandonado, sus reflexiones alambicadas y bobas de moralista barbiponiente, que a la sazón oscilaba entre el epicureísmo de la *Inconstancia* y la resignada melancolía de *La mariposa* o la *Oda a Venus.*

Los desórdenes y excesos por una parte, y por otra la influencia de Rousseau traducida en extravagancias "naturistas", provocaron al fin la hemorragia que estuvo a punto de matarlo.

Han querido hacerlo abogado. Él se sabe poeta. Regresa a Francfort sin haberse decidido a pasar un solo examen, después de seis semestres, y con el cuerpo muy quebrantado.

3. El segundo Francfort
Agosto de 1768 - marzo de 1770

La religión lo había preocupado desde los albores de su conciencia. En la primera época de Francfort, le había interesado de preferencia el Antiguo Testamento, porque lo hartaba el abuso de lugares comunes del Nuevo Testamento en los sermones pastorales. Durante la enfermedad de Leipzig —por persuasión de Langer, nuevo preceptor de Lindenau—, y durante su convalecencia en Francfort —por persuasión de la señorita Klettenberg, la 'Noble Alma' del *Meister,* que durante su ausencia había adquirido mucho ascendiente sobre su madre—, se refugiaba en el Nuevo Testamento.

Pero siempre se resistió a las iglesias definidas. Ni el protestantismo y sus sectas, ni el catolicismo romano lo saciaban, aunque reconocía en éste una coherencia mayor. Su instinto lo arrastraba hacia el panteísmo. Siendo aún muy niño, había pretendido comunicarse directamente con su Jehová, instituyendo un culto singular y solitario en las bohardillas, lo que estuvo a punto de echar a perder un pupitre musical de laca roja que le servía de ara. En Leipzig, lejos de la vigilancia paterna, abandonó todo cumpli-

miento para su iglesia. Y vuelto ahora a Francfort, insistió en su sueño de fabricarse una religión a su gusto: la magia, la teosofía y la alquimia —prenuncios del *Fausto*, influencias del misterioso doctor Metz que entonces lo atendía— se enredaba con la Trinidad, con Lucifer y con su panteísmo espontáneo, gobernado todo por un afán de síntesis entre las diversas creencias, conforme al principio de que la Creación es una restitución, una reparación contra el Mal, un retorno a la divina fuente.

Estas tentaciones personales evitaron que se sumergiera de lleno en el pietismo de los Hermanos Moravos, a cuyo Sínodo de Marienborn asistió en 1769. Ellos nunca lo dejaron acercarse mucho, sospechando en él un herético pelagiano.

La recuperación de la salud aleja estas extravagancias místicas. Los veinte meses del segundo Francfort, meses de un sedentario que se rehace en la reclusión, se han considerado como un intermedio sentimental y una lenta expulsión del racionalismo de Leipzig. Sigue describiéndose como un camaleón —si bien con otras palabras— a Federica Oeser: "Ya irritable como criatura en la dentición, ya tímido como mercader entre acreedores, ya mudo como un hipocondriaco, ya intachable como un menonita, o sumiso como un cordero, o alegre como un enamorado."[2] Choca un poco con su padre, y un mucho con la mojigatería de las muchachas de su tierra. Comienza a rebullir en su alma el anhelo de la revolución estética. Otra vez quema sus papeles. Cuando, en la primavera de 1770, lo envían a continuar sus estudios a Estrasburgo, vuelve a abrírsele la perspectiva de la emancipación.

4. ESTRASBURGO
Abril de 1770 - agosto de 1771

Recién llegado a Estrasburgo, presencia el paso de la archiduquesa de Austria, María Antonieta, que va a unirse con el Delfín de Francia, y le parece de muy mal gusto que, en esta ocasión nupcial, hayan colgado el Palacio del Wörd con tapices de Beauvais donde se representa la triste historia de Jasón y Medea. Se instala

[2] Carta de Goethe, en verso, a Federica Oeser, XI-1768.

junto al Mercado de la Pescadería y come en la pensión de la señorita Lauth, cuya mesa de estudiantes preside el escribano Salzmann, solterón simpático que iba para los cincuenta y le ayudó mucho a entender aquel mundo desconocido.

Hasta aquí parece que lo han empujado las fuerzas exteriores. Ha sido todavía un niño. En Estrasburgo comienza el desperezo, la lucha voluntaria contra el obstáculo. Ella se anuncia por los esfuerzos de autoeducación. Adopta resueltamente el deber de concluir sus estudios jurídicos, "cerveza de Merseburgo que repugna al principio, y a los ocho días se vuelve indispensable"; frecuenta cursos y salas de medicina para emanciparse del miedo morboso a los espectáculos repugnantes; se corrige de la intolerancia al ruido, acompañando, tarde a tarde, la retreta de tambores y antorchas; del vértigo, trepando a la flecha de la Catedral; de los pavores indefinidos, visitando por la noche los cementerios. ¡Éste era aquel que, a los tres años, aullaba de cólera si le acercaban un niño feo, y que en sus paseos de escolar huía de las calles desagradables!

Nuevas corrientes habían transitado por su alma. La Catedral le había enseñado la exaltación, la lógica y la biología del gótico, curándolo de las sequedades de Oeser —cuyas ideas, sin embargo, parece que superaban a sus cuadros—, y alejándolo de las gracias algo endebles de Wieland, que antes pudieron seducirlo. Shakespeare y Ossián, a quienes admiraba algo lejanamente desde los días de Leipzig, han entrado al fin en su corazón. Acaban de descubrirse las viejas baladas escocesas. Federica Brion le canta las tonadas de Alsacia. En este nuevo acento, como lo pensó su época, cree escuchar por primera vez la auténtica voz de la naturaleza. Rousseau sigue hablándole al oído. En la mescolanza fronteriza, se exacerba su germanismo, al punto de detestar por mucho tiempo a Voltaire. Pero el toque de Francia orientará un día su europeísmo, pues Estrasburgo es encrucijada en que se encuentran y acaban por entenderse dos virtudes occidentales.

Sus poemas se han pegado a la tierra y recogen como sin esfuerzo las emociones cotidianas. El individualismo ha desplegado las alas. Lo aguijan, en Silesia, Günther; en Hamburgo, Hagedorn; Haller, en Suiza; Lessing y Klopstock, en Sajonia; Kleist, en la

Pomerania. Se siente gruñir el *Sturm und Drang.* Un encuentro casual en la escalera de un albergue: Herder aparece en el horizonte. Goethe se le acerca, y Herder —que le lleva cinco años y tiene ya un renombre de crítico— lo vapulea y lo sacude como para quitarle la hojarasca de encima. Pero Goethe sólo aprenderá en los demás lo que cuadraba a su forma. Lo propio le acontecerá con Herder, Spinoza, Jacobi o Kant. En éste ni siquiera advirtió que negaba realidad a aquella "naturaleza sensorial" por él idolatrada y cantada. El estado de entusiasmo a que llega Goethe en esos días alarmaba a su amigo Franz Lerse. Su *animula vagula,* dice él, giraba como el gallo de la veleta.

Se aproximaba el término de su residencia en Estrasburgo. Goethe se había entregado, a ojos cerrados, en brazos de la pequeña alsaciana Federica Brion, hija del pastor de Sesenheim. Este nuevo amor bien hubiera podido acabar en matrimonio sin mucha oposición familiar. Como su alejamiento será una resolución en frío, siempre lo recordará con tristeza. Prescindió sencillamente de Federica. Los biógrafos lo defienden o lo atacan. Goethe abandonó a la niña alsaciana como 'Fausto' abandonó a 'Margarita'. Lo llamaba el mundo, y no quiso fijar prematuramente su destino. Sacrificó al sueño la realidad. Temió, como su héroe en *La nueva Melusina,* verse convertido por el matrimonio en un enano feliz. (Y pasamos por alto —lo conocen todos y no tuvo consecuencia ninguna— el episodio de las dos hijas del maestro de baile que se lo disputaron a besos.) Claro es: Goethe da la espalda a Federica para acudir a las promesas del universo. Desde arriba de su caballo, le alarga la mano y derrama algunas lágrimas, hijas de su buen natural. Tiende el galope: por el camino se encuentra con su propia imagen que galopa en el sentido contrario. Hasta eso le parece un buen augurio. Debemos a Federica la primera obra maestra de Goethe: *Saludos y adioses.*

En consejos a su camarada Trapp, Goethe, cada vez menos conforme con las ortodoxias, quiere que la religión y la moral no sean impuestas desde afuera, sino que nazcan de las propias entrañas. Como Federico II, pretende que cada uno gane el cielo a su modo. En su tesis doctoral propone, con innato helenismo, que, para acabar con las luchas religiosas, el Estado imponga los

ritos de un sencillo culto oficial, dejándose a todos la libertad de creencias. La Facultad rehusó prudentemente la tesis, y no faltó profesor que lo considerara un tanto extraviado. Sólo pudo obtener la licenciatura; no volvió a Francfort con el birrete de Doctor, sino con el casco de Prometeo.

5. El tercer Francfort
Agosto de 1771 - abril de 1772

Su padre le preparaba las causas, él hacía los alegatos. Con tanto ardor, por cierto, que varias veces el tribunal tenía que llamarlo al orden. Pero él no estaba en eso: estaba ya, entero, en su trabajo literario. Lo rodean los jóvenes. Para mejor olvidar a Federica, se entrega a los deportes, tira espada, patina, anda cabalgando de pueblo en pueblo, trepa a una roca solitaria; pasa lo más del tiempo en Darmstadt, en Homburgo. A merced de los huracanes poéticos, Carolina Flachsland —la novia de Herder—, desconsolada, declara que Goethe la lleva y trae como pelota. "Ni el más rápido escriba podría tener al corriente el diario de mi vida."[3] El acre y moroso Merck, de Darmstadt —otro 'Mefisto'— se le aficiona y lo empuja a escribir. Su misma hermana Cornelia le ha sugerido un drama sobre el caballero Goetz de Berlichingen. Concibe un Sócrates sin los dorados de Platón ni el incienso de Jenofonte.

Y ya va a enamorarse de Luisa von Ziegler —dama de compañía de la señora de Hesse-Homburgo, que hacía de pastora idílica suspirando por los alcores y conduciendo un corderito con un lazo color de rosa—, cuando su padre decide enviarlo a la Cámara Imperial de Wetzlar. No le venía mal: se sentía estrecho en Francfort, echaba de menos Estrasburgo. Merck escribía a Nicolai que la cabeza de Goethe era un torbellino de novedades. Es el "modo mercurial", que dice Fairley, y que domina toda la etapa anterior a Weimar. Goethe navegaba su *Sturm und Drang.*

[3] Goethe a Salzmann, 28-XI-1771.

6. WETZLAR
Mayo - septiembre de 1772

Ridícula sociedad caballeresca, imitación de la Tabla Redonda entre jóvenes diplomáticos. Goethe se liberta con el estudio de los griegos; Píndaro lo arrebata. Su correspondencia con Herder hace ver que solicita su censura, pero ya no la teme.

En un baile campestre, aparece Carlota Buff, hija del intendente de la Orden Teutónica de Wetzlar, novia del abogado Kestner y "mamita" de diez hermanos menores. Aquella amistad se torna peligrosa, tempestuosa. Acude Merck en su auxilio —también víctima, en tiempos, de los atractivos de Carlota—, y en vano trata de distraerlo con los encantos de una estupenda Juno, moza en libertad. La borrasca hace crisis a lo largo de quince días. Goethe sacrifica su egoísmo en aras de la pareja. Aquella "tercera vida universitaria" no fue, pues, tan indiferente como lo pretenden sus memorias. Esta vez se ha vencido solo, en buena lid, gracias a la virtud de dominio que Píndaro acaba de aconsejarle.

Mientras Goethe se aleja lentamente por el valle del Lahn, Lota —que ha comprendido la congoja del joven predestinado— llora sin rebozo a presencia del noble Kestner. Merck esperaba a Goethe en Coblenza, en casa del consejero Laroche. Era éste un volteriano enemigo de las delicadezas cordiales y de la monarquía. Su esposa, por contraste, era una sacerdotisa del sentimentalismo a la moda. Goethe se consiente el coquetear un tanto con la hija Maximiliana —aunque embargado por el recuerdo de Lota— porque, como dirá en la vejez, es muy grato ver salir la luna cuando aún no se pone el sol. Pero Merck hace una seña providencial: el barco para Francfort los espera ya en las aguas del Rin.

7. EL CUARTO FRANCFORT
Septiembre de 1772 - octubre de 1775

La experiencia de Lota, la falsa nueva del suicidio de Goué, la trágica muerte de su amigo Jerusalem, víctima de un amor imposible,

comienzan a elaborar el *Werther*. Se escribe, entre otras cosas, el *Goetz*, y... ¡Maximiliana de Laroche a la vista!

Ella se casa con el guapo comerciante Pedro Antonio Brentano, quien le consiente que Goethe haga de *chevalier servant* y de enamorado platónico. Por suerte, su éxito teatral lo conserva en el necesario equilibrio. Pero el comerciante italiano comienza a impacientarse. Si Lota podía ser feliz junto a Kestner —se dice Goethe—, no es fácil que Maximiliana lo sea junto al vendedor de aceite y queso. Con todo, declara: "Me liberté con una violenta revolución." Y confundiendo en una sazón estas y aquellas especies, escribe el *Werther*. Catarsis poética tan cabal, que reanuda la amistad casi interrumpida con los Brentano.

El "juego del matrimonio" —juego de parejas para ocho días— le depara tres veces seguidas la compañía de Ana Sibila Münch. Acaso Ana traería el alivio a tantas desazones. ¿El poeta iría a "sentar cabeza"? La familia comenzaba a creerlo. Entre tanto, la fama del autor del *Werther* cunde y atrae a los visitantes ilustres: Lavater, Basedow, Klopstock, Boïe, los príncipes de Weimar, el médico Zimmermann. Este ruido va borrando la voz de Ana...

No nos engañemos: acaba también de ofrecerse, en el campo visual del poeta, Lilí Schönemann, sentada al clavecino. Tiene dieciséis años, es huérfana de un padre banquero. La conciencia de su belleza, la edad, la situación social, la fama de Goethe, lo explican todo. ¡Pero no poder frecuentarla sino en los salones, aguantar por ella interminables partidas de *whist*! A juzgar por sus cartas a Augusta Stolberg, esta vez la llama no prende. La señorita Delph, de Heidelberg, amiga de los Schönemann, quiso hacer de casamentera. Los ambientes eran distintos, también las religiones: aquí protestantes, allá calvinistas. Las familias no se entendían bien. Goethe "se da a todos los diablos".[4]

Y sobreviene otra vez la ayuda providencial: los hermanos de Augusta Stolberg, su confidente desconocida —un par de mocetones atléticos—, han proyectado pasar por Francfort para llevarse a Goethe consigo en un viaje a Suiza. No lo tuvo a mal su padre: tampoco a él le seducía la perspectiva del matrimonio con Lilí. Goethe no sabe si se ha despedido de ella para siempre. A su

[4] G. a Knebel y a Herder.

paso por Emmendingen, su hermana Cornelia, que vive ya casada en aquel rincón aburrido, lo incita al rompimiento. ¿Se habrá equivocado esta vez la Providencia? El inquietísimo Goethe decide pronto regresar a sus cadenas, tras una ausencia de diez semanas. Por cierto que, de vuelta, recogió a un arpista vagabundo, heredero de los antiguos rapsodas, a quien resolvió proteger con gran escándalo de su casa. Ya presentimos al 'Arpista' del *Meister.*

La indecisión en que vive es un infierno. Esta vez pide ayuda a Merck: "Convence a mi padre de que me mande a Italia." La hoguera suelta una que otra llama, pero se va extinguiendo. Los adoradores de Lilí la rodean, con motivo de la feria de San Miguel. "¿Qué derecho tengo de estorbarles? —se dice Goethe—. Ellos son su verdadero mundo." Vacila un instante. Contempla la sombra de Lilí en la ventana. Y se va sin decir adiós. Sea dicho en mérito de Lilí: siempre recordó a Goethe con cariño, y aseguraba que a él debía la revelación de su verdadero ser moral y el desarrollo de su inteligencia. No deja de extrañarnos que Goethe, muchos años después, declare que Lilí ha sido su amor más verdadero.[5]

Lo inverosímil sucede. También acabó por prendarse de su corresponsal, la condesa imperial Augusta Stolberg. Ella le había propuesto, a raíz de la publicación del *Werther,* una relación literaria y sentimental, por correo, según la usanza entonces difundida por Leuschenring. Ella mantuvo el anónimo lo más que pudo, no por muchos días. Él desahoga con ella sus perplejidades respecto a Lilí. Tales desahogos son siempre peligrosos entre santa y santo. "¡Qué lejos estás, quiero verte, tenerte a mi lado!" (Porque ella vive en Copenhague.) Pero nunca se encontrarán. Desde Weimar le seguirá escribiendo. ¿No le bastaba para confidente la señora de Stein? En suma, este "amor entre almas" no llegó a privarlo de libertad, y sin duda le hizo algún bien. Así 'Fernando' repartía su corazón, sin esfuerzo, entre 'Estela' y 'Cecilia'.

Este vivir peligrosamente es orillado a mil descalabros. Se queja él en sus cartas, suelen quejarse sus amigos. Jacobi, que acaba de conocerlo, teme que sus arrebatos lo pierdan.[6] Su cuñado

[5] Eck., 3ª parte, 5-III-1830.
[6] Jacobi a Wieland, 8-VI-1774.

Schlosser tiembla, como Lerse en Leipzig, por su equilibrio mental, y sólo anhela que no se le haga pedazos antes de lograr entenderse con él. Bodmer cree que va a consumirse en su propia hoguera. Knebel se alarma de verlo siempre en disputa con su yo. Cristián Stolberg lo halla propenso a la violencia, aunque corregido por su auténtica bondad. "Pasa en un cuarto de hora de la ternura al desvarío."[7]

Y él, por su parte, no disimula su desazón. Ya pide que no se cuente con él por unos días, dada la perturbación que lo aflige. Ya se compara con el "caballo-mecedora" que se balancea sin avanzar; o con Tántalo, o con Filoctetes herido, o con San Sebastián acribillado de flechas.[8] Sólo se soporta a sí mismo porque se descarga en sus dramas; y anuncia crudamente a Johanna Fahlmer su certeza de que se encamina a un fin siniestro. "Mi vida es un vórtice de placer y dolor." "Cambio cien veces al día." Sin duda el azote de las Euménides, como a su 'Orestes', va a expulsarlo pronto de la tierra.[9] Éstos y otros documentos nos lo muestran arrastrado por el instinto y por el torrente de las emociones.

El desconcierto había llegado a un extremo irresistible. Como su 'Psique' en brazos del 'Sátiro', ya no distingue entre la pena y el gozo. Y con todo, desde su regreso de Estrasburgo hasta su partida para Weimar, ha escrito algunas de sus mayores obras. Y su fecundidad ha sido extraordinaria. Nunca más podrá rehacerse de esta sangría poética y sentimental. Para continuar en este mundo, necesita alimentarse de otras sustancias que no sean ya las desazones religiosas o los amorosos sobresaltos. Ya ha dejado correr bastante su cuadriga. O hace un alto, o perece. Y por otra parte, no podría seguir indefinidamente como "huésped literario" en la casa paterna. Por octubre de 1775, parte rumbo a Weimar, y grita como su 'Goetz' moribundo: "¡Viva la libertad!"

[7] J. G. Schlosser a Lavater, 10-VI-1774; Bodmer a Klopstock, 4-IX-1774; Knebel a G., XII-1774; Cristián Stolberg a su hermana Augusta, 12-V-1775; Federico Stolberg a Klopstock, XII-1775.

[8] G. a Johanna Fahlmer, 27-VI-1770 y III-1773; a Langer, 8-IX-1768; a Kestner, 25-IX-1772; a Herder, 10-VII-1772; a Sofía de Laroche, 15-IX-1774.

[9] G. a Augusta Stolberg, III-1775; 3-V-1775; 17-VIII-1775.

El alma de Goethe se apresura tormentosamente hacia el equilibrio. Hemos apreciado este desorden emocional en la primera etapa de su vida. Junto a los hechos y las cartas, que harto lo reflejan, no podía faltar el eco en su misma literatura. Goethe destruyó buena parte de su poesía incipiente. Entre lo poco que se ha salvado, hay un fragmento escrito para celebrar su decimosexto aniversario. Allí nos da su imagen del mundo como un conjunto de escenas inconexas, inventario de los impactos que marca sobre él la realidad tumultuosa: guarida de malhechores, cuarto de estudiante, ópera, cena de universitarios, cerebro del poeta, espectáculo callejero... Un biólogo diría que la función aún no crea su órgano; un físico, que el contenido se derrama sin continente. Tal carta rimada a Federica Oeser; tal otro poema en que se pinta como un Diógenes que rueda su tonel sin descanso, en medio de un mundo ya cómico o serio, quieto o agitado, esto y lo de más allá, todo y nada; o aquel en que describe el mundo como algo torcido, algo derecho, algo que gira en redondo, confirman el mismo estado de fluidez receptiva. Los versos se le caían de la pluma a la más leve provocación, y parecerían mero juego de ingenio si no insistieran en la misma tortura de lo cambiante y vertiginoso.

Cualquiera sea su valor artístico, las abundantes obras menores escritas en Francfort de 1772 a 1775 comprueban la identificación entre su poesía y su vida. En la *Alborada funambulesca* el tono muda y salta de una en otra estrofa. El *Concierto dramático* es de una celeridad no común. *El sátiro* mezcla la locura y la cordura. *La feria de las baratijas* es un cuadro de abigarrado impresionismo. *La boda de Hanswurst* —pieza cómica incompleta—, humor y hasta picardía, despilfarro que traspasa las conveniencias. En 1831, aún divertía con ella a Eckermann. Hay algunas páginas semejantes en una gaceta de Francfort. Varios planes se le amontonaban en la cabeza al mismo tiempo, y algunos de asunto tan desenfadado que no se atrevía a darlos a la revista femenina *Iris*.[10]

[10] G. a G. Jacobi, 28-I-1775.

Todo lo comenzaba a la vez, todo lo dejaba a medio hacer ante nuevas incitaciones, condición que atribuyó a su 'Meister' y que éste confiesa en carta a 'Werner'. "Su vida devoraba su obra." Y mientras más de prisa escribía, más seguro estaba de haber atrapado la instantánea poética. La libérrima mutabilidad de acento dentro de la misma obra llega a la contradicción. No es tan sólo agilidad técnica, sino expresión inmediata de su velocidad interior. En ocasiones, apenas puede trazarse el tema de sus piezas, y el final parece un "golletazo", como decimos en términos del oficio. Su 'Sátiro' irrumpe en pleno siglo XVIII, baja del monte para predicar las doctrinas de Rousseau y la dieta de castañas silvestres, riñe con sus secuaces y, como el 'Zaratustra' de Nietzsche, los abandona a sí mismos. No es menos extraño el *Judío Errante*, boceto en que lo vemos saltar del lecho a medianoche, acosado por el estro, ansioso de hablarnos; y empuñando un mango de escoba a falta de cosa mejor, pedir atención y paciencia para sus crudezas. Tales raptos de inspiración, según declaraba en la vejez, le eran singularmente propicios. De pronto, callejeando por la noche, se exasperaba de no poder escribir al instante lo que se le ocurría. Solía arrojarse sobre el papel y borronearlo con renglones oblicuos, a como salieran, por miedo de que se apagara el ardor sagrado. Entre su experiencia viva y su creación poética estaban rotas las aduanas. Sin duda se le fueron en el aire mil chispazos sin dejar huella. Durante una velada de junio, en 1777 —primera época de Weimar— asombró a Gleim improvisando poemas en metros diferentes, prestidigitador que se saca cintas de la boca. Wieland llegó a decir entonces que aquellas improvisaciones orales eran lo mejor de Goethe. Así, durante una jornada en coche, 'Meister' solía componer un drama entero.

En las obras más elaboradas de aquel periodo se transparenta igual inquietud; sea el *Werther* (1774), sea el *Fausto*, cuyo manuscrito lo acompañó a Weimar. Salvo que el *Fausto* prendió lo bastante para asegurarse la "recurrencia" en suerte de brotes esporádicos, y en zigzag, como viaja del cielo a la tierra el Cristo del *Judío Errante*. Las palabras que significan movilidad, cambio extremoso y brusco, cruzan sus grandes y pequeños poemas, y todavía durante el primer Weimar las emplea hasta para describir

estados muchísimo menos turbulentos. Era hombre capaz de decir: "¡Ha estallado la paz!" El joven 'Werther' toma nerviosamente la pluma y escribe a sus amigos en estos o parecidos términos: "No quiero decirte lo que quisiera decirte, o lo hago ahora o nunca...", etcétera. A cada instante, otro relámpago; cada presencia borra el resto del universo. Igual trepidación en el personaje de 'Estela' —contrafigura femenina del 'Werther'—, que apenas despierta a una aurora de serenidad cuando ya la angustia la sobrecoge. 'Fausto' alternativamente bendice y maldice la Creación. El 'Goetz' —más ameno que profundo y ligeramente más lógico— tampoco escapa a la fórmula del torbellino. Tal vez escape *El capricho de amante,* pastoral de escaso espíritu goethiano; tal vez el *Clavijo,* teatralidad que no nos seduce; y todavía el personaje afirma que vive en un sueño siempre cambiante. Goethe gira y gira sin tregua, como el torno de 'Margarita'.

Tan singular condición nació con Goethe y existía en su naturaleza aun antes de conocer las ideas e inclinaciones culturales de su época prerromántica: a menos que se respiraran en el aire. Sus raros instantes de quietud —como a su 'Tasso' habrá de sucederle más tarde— hasta lo ponen desconfiado. Y esta tremebunda vitalidad iba acumulando el tesoro de su genio, pero estaba expuesta a mil peligros y era capaz de destruirse a sí misma.

Bien quisiéramos matizar este cuadro con otras tintas más apacibles. Se han preguntado los biógrafos si, a pesar de este desorden emocional, el desarrollo mental de Goethe, aun cuando de ello no quede testimonio en sus cartas o en las ajenas, no habrá adoptado, entre tanto, un curso más seguro, asistido por la educación esmerada que recibió desde sus primeros años. Aunque todo lo absorbía con extraordinaria facilidad, alguna disciplina requirieron sin duda sus conocimientos lingüísticos, humanísticos, literarios, históricos, geográficos y científicos en general. Y la disciplina de los estudios por fuerza sería contrapeso de la conducta. Él cuenta que dominó el italiano asistiendo a las lecciones de su hermana, mientras él ejercitaba su latín en el mismo cuarto, así como a juego y a modo de variante risueña del latín; y que el francés se le entró sin sentir durante la ocupación extranjera. Aconseja a Sofía de Laroche que aprenda el griego sola, como si

fuera lo más fácil del mundo.[11] Se complace en lucir su inglés y su francés en las cartas a su hermana Cornelia. Pronto pudo dar lecciones de inglés a Johanna Fahlmer. Las primeras enseñanzas a domicilio lo salvaron de algunas ásperas y enojosas rutinas. Siempre —declara— detestó trabajar con esfuerzo. Fácilmente aceptaba y aun superaba las instrucciones de su padre o de sus maestros. De los estudios universitarios nunca hizo mucho caso; fue lo menos abogado posible y, en los días de su corta práctica, es sabido que dejaba al señor consejero la enojosa preparación de los litigios. Si en otros la cultura se va labrando en cuesta arriba, él la cubría en cuesta abajo como por pesantez natural. ¿Será posible que esta rara disposición, al dejar inútiles las habituales coerciones, haya contribuido, como se sospecha, a mantenerlo en aquel desbarajuste emocional?

Diríase que huye premeditadamente de lo "intelectual", lo racional y lo libresco. De casualidad lo encontramos explicando "en serio" su *Werther*, su *Clavijo*, su *Goetz*. Le repugna de suyo escamotear las intuiciones entre generalidades y teorías. Hace entender que no cree en la crítica ni en los principios preceptivos, sino más bien en la acción artística. Por sobre la cabeza de los críticos —dice— ha lanzado su *Goetz* hacia el corazón de los hombres. Sostiene ante Betty Jacobi su derecho al desorden de las ideas. No halla posible describir una emoción sino bajo el choque del momento.[12]

Para bien o para mal, este constante recurso al corazón se prolonga en él, como fijación de adolescencia, mucho más de lo acostumbrado. Semejante borrachera de la naturaleza tenía que encauzarse alguna vez. Los demás *Stürmer und Dränger,* aunque nunca formaron escuela definida ni pléyade, se portaban lo mismo y se mantenían en guardia contra la Ilustración (*Aufklärung*). Y —lo advierte su editor Freye— todos se agotaron a las primeras llamaradas. Goethe hubiera tenido igual fin si no llega a encontrar su senda, que algunos consideran como su desvío. En los

[11] G. a Sofía Laroche, 20-XI-1774.

[12] G. a Schönborn, VI y VII-1774; a Cornelia, 11-V-1767; a Oeser, 9-XI-1768; a Hetzler, 14-VII-1770; a Langer, 27-X-1773; a Betty Jacobi, XI-1773; a Augusta Stolberg, 14-IX-1775.

demás puede apreciarse la magnitud del peligro que corría Goethe. El derrotero era tan parejo, que Lavater tomó por obra de Goethe el *Allwill* de Jacobi, y Lessing, con toda su perspicacia, creyó que el *Julius von Tarent* de Leisewitz se debía a la pluma de Goethe. Pues bien: de Gerstenberg se ha dicho que murió para las letras cincuenta y cinco años antes de morir, una vez que hubo publicado su *Ugolino.* Leisewitz, después de su *Julius,* entró en una esterilidad de treinta y cinco años y recomendó que se destruyeran sus papeles. H. L. Wagner se seca a los veintinueve y perece pocos años después. Klinger (cuya obra dio nombre al movimiento literario) y "Maler" Müller sólo cuentan por lo que escribieron al punto del arranque. Lenz empezó a enloquecer hacia los treinta. Los que sobreviven pertenecen más bien a la crítica que no a la creación (Herder), o son posteriores (Schiller) al apogeo del incendio que Goethe cruzó a todo galope.

¿Cómo fue que pudo salvarse el más expuesto? ¿Cómo escapa a la disgregación mental (de que todavía Heine será víctima) el que era mil veces más polífono? Precisamente aliviando poco a poco aquel ahogo emocional y sometiendo la violencia a mesura: el *Sturm und Mass* que se le ha exigido en nuestros días. Goethe, por temperamento, era el más expuesto a perderse, aunque sea, como decía el Estagirita, porque la corrupción de lo excelso es la más espantosa. Cuando los otros quisieron madurar, no encontraron —como sus hermanos de Francia o de Inglaterra— una tradición en que apoyarse. Goethe la descubrió en las normas clásicas universales y se fabricó su propio mundo. La fatalidad del fracaso se cernía sobre aquella generación literaria. Pero, a semejanza de lo que acontece en los primitivos ritos de sustitución o simulacro, el rayo no cayó sobre Goethe, sino sobre aquel pintor subsidiario que lo acompañaba y quedó aniquilado en cierne. Pues dicen algunos contemporáneos que las primicias de su pintura, en Francfort y en Suiza, eran prometedoras. Es decir, que su pintura no logró superar la era de la improvisación emotiva. Otras energías de su ser tardaron en alcanzar la maduración, es cierto, mas no lo defraudaron. Persistirá por algún tiempo en su afán romántico de entregarse a la naturaleza, pero ya no insistirá en la angustia, sino en la saludable confianza. Si un día la natu-

raleza lo sedujo como manifestación de lo impremeditado, ella acabará por murmurar a su oído las áureas sentencias de la ley. Es tanta su felicidad de expresión desde la época de Francfort, que olvidamos el sentido trágico envuelto en sus hermosas palabras. El *Werther* y el primer *Fausto* son la historia de una catástrofe de la persona. La acción —allá la víctima, acá el victimario— es, más que acción, estado de ánimo y, por mucho, un monólogo del autor, más que un desarrollo externo y teatral como sucede en Shakespeare. Y en uno y otro poema, oímos la voz del desorden, del desorden de la adolescencia —sea juvenil o sea "senil"—, de la adolescencia que no encuentra su redención: "¡Perezcamos juntos!"

Bajo el manto de *Poesía y realidad* se transparenta el cuadro patético. Hoy podemos reconstruir este cuadro merced a otros nuevos documentos que han ido apareciendo después y que completan la imagen de Goethe. A lo largo del *Sturm und Drang* desciframos el revés de la tela. Su consecuencia por el anverso, su último destino, es lo único que Goethe quiso mostrarnos al registrar, en *Poesía y realidad,* el derrotero de sus primeros años. Él mismo advierte que tal libro es complementario y debe leerse en consonancia con su obra poética general, para mejor apreciar la trayectoria en que ésta se desenvuelve. La sublime fabulación es precisamente lo que da su valor artístico a esta autobiografía. Ella, de otra suerte, se hubiera deshecho en anales como los que se puso a juntar desde el instante de su viaje a Italia.[13] No quiere ello decir que haya falseado los hechos, sino que ha modificado inconscientemente el punto de vista, el *tono* como dice Lewes. *Poesía y realidad* no es un viaje, es una perspectiva hacia atrás, dibujada desde el punto final del viaje. En tal sentido, es poesía real, es realidad poética. Pero no hay por eso disimulo. Más de una vez, como a la pasada, Goethe confiesa que en aquellos primeros

[13] "Los últimos años —es decir, de Weimar en adelante—, más bien deberé tratarlos en forma de anales; en ellos debe resaltar más mi actividad que mi vida. Porque, en general, la época más importante de un individuo es la de su desarrollo, el cual, en mi caso, se cierra con *Poesía y realidad.* Después comienza el conflicto con el mundo, y éste sólo tiene interés en cuanto aporta algún fruto" (Eck., 27-I-1824). Sin duda Eckermann escribió impensadamente la palabra "conflicto", pues conflicto lo hay desde los primeros instantes. Goethe ha querido decir que, a cierta altura de su vida, interesa ya más el fruto de sus meditaciones que los sucesos de su biografía.

trances —según el célebre verso de *Saludos y adioses*— sus actos casi se adelantaban a sus pensamientos. Hasta habla del estado sonambúlico en que solía entonces escribir, y de aquella frenética disposición a confundir el presente y el pasado. *Poesía y realidad* es un libro pudoroso y a veces irónico, y debe ser leído entre líneas. Sólo así se deja conciliar con la verdad de su primera juventud, tan amenazante y tan amenazada.

Al llegar al ápice la crisis de Francfort, previene a Merck que aun la simpatía ajena lo perturba, y que prefiere pelear a solas con el monstruo. Así sobrevino la oportuna emigración a Weimar, a donde el duque Carlos Augusto acababa de convidarlo.

II. UN ALTO EN WEIMAR
Noviembre de 1775 - septiembre de 1786

1. Toma de posición

La invitación a Weimar no era inesperada. Desde la visita de los príncipes a Francfort, Goethe procuraba de modo discreto hacerse presente en el recuerdo de Carlos Augusto, y aun había logrado disipar la mala impresión que pudieron haber causado a Amalia, la duquesa madre, las sátiras que en los últimos tiempos se le escapaban contra Wieland, quien decididamente le resultaba ya demasiado estrecho.

Por aquellos tiempos, era ambición general de los soberanos alemanes el ornar su corte con la presencia de un "sabio", fuera poeta o matemático. Federico II había tenido consigo a Voltaire; el conde Schaumburg-Lippe aún contaba con Herder; la duquesa madre, en Weimar, con Wieland. Cuando Carlos Augusto recibió las riendas del ducado, invitó a Goethe, y al instante lo colmó de honores y funciones. Goethe llegó a la pequeña ciudad de Ilm a comienzos de noviembre de 1775. En junio del año siguiente, fue nombrado consejero de legación. A los tres años, se le confirieron diversas comisiones de gobierno; y en diciembre de 1779, se le otorgó la categoría de consejero privado, honor increíble para un burgués. El duque, atajando las murmuraciones, lo hace ennoblecer por el emperador José II y sigue encumbrándolo.

Temperamento algo fogoso, Carlos Augusto deseaba renovar los aires del ducado, desquitándose de la larga tutela materna y de la sujeción de Görtz. Por su parte, Goethe desde el primer día quiso afirmar su independencia portándose muy a lo estudiante y haciendo que todos lo siguieran. El duque mismo lo imita, viste a la moda de 'Werther' y aprende a patinar. Su esposa Luisa, una jovencita congelada en la corte de Rusia, se muestra altiva y disgustada. Pero la duquesa Amalia, que aún era joven y bulliciosa,

está encantada de aquella revolución traída por el poeta-ministro a su "Versalles". Bailes, cacerías y cabalgatas nocturnas —Goethe a la cabeza— mantienen al séquito ducal en deleitable animación, a pesar de algunos descontentos. El duque trata al burgués de Francfort como a un verdadero camarada. Aquel poeta le resulta su único émulo digno en aventuras y deportes. La murmuración asegura que se embriagan juntos y comparten la amante. Klopstock hasta toma el partido de los quejosos y escribe a Goethe una carta en que lo acusa de corromper al duque y hacer la desgracia de la duquesa. El primer ministro Fritsch —adivinando en Goethe a un sucesor— comenzará por renunciar y acabará por someterse. Wieland, reconciliado, le cede generosamente su puesto de favorito: "Mi alma está llena de Goethe, como una gotita de rocío con los rayos del sol naciente."[1] Goethe hace venir a Herder, venciendo la oposición de algunos recelosos. Si ha aceptado el nombramiento permanente de consejero privado en Weimar, no olvida las reservas de su libertad. Se le ha dejado el derecho de retirarse cuando le plazca. El sentimiento de que su servidumbre es voluntaria lo mantiene tranquilo. Se arregla una casita aislada, con jardín, a orillas del río, por las afueras de la ciudad.

Al principio, se diría que su oficio se reduce a cuidar de las representaciones teatrales, en Weimar, en el castillo de caza de Belvedere, en Ettersburgo, en Tiefurt. Pero poco a poco lo invaden las obligaciones administrativas que, según refiere Wieland, tomó desde luego muy a pechos. Largas sesiones burocráticas, papeles y cuentas inacabables, experimentos para reanudar la explotación minera en Ilmenau, comisión de arquitectura, comisión de guerra, comisión de carreteras y puentes (Herder lo llama *Pontifex Maximus*), comisión de finanzas, caza y pesca, cuerpo de bomberos, profesorado de la Universidad de Jena, presidencia de la Cámara y, una que otra vez, la dirección general del ducado: tales son los eslabones de la cadena voluntaria. Reduce los gastos exagerados de la corte y del dispendioso e inútil ejército liliputiense; mejora las redes de caminos y de canales; enriquece y organiza los depósitos artísticos; se esfuerza, aunque en vano, por fundar una Academia; lucha por una distribución

[1] Wieland a F. Jacobi, 10-XI-1775.

más equitativa de la propiedad territorial. Un creciente anhelo de caridad social se revela en todos sus actos. Antes de siete años llega a ser, dice Knebel, la espina dorsal del ducado.

En diciembre de 1778 emprende un penoso viaje al Harz para ver y aconsejar a Plessing, estudiante de teología deWernigerode, cuya carrera costeaba Goethe; y la nevada soledad lo conforta y lo devuelve de mejor ánimo. En septiembre del siguiente año, sale por segunda vez rumbo a las montañas de Suiza, en compañía del duque, y esta segunda visita, muy distinta de la primera, ejerce una profunda influencia sobre su mente y espolea sus meditaciones. Para subir hasta el San Gotardo, realizan ambos hazañas de alpinismo que alarman a los montañeses, y ante las cuales retrocederá Guillermo de Humboldt doce años después, al enfrentarse con los glaciares de la Furca. Al sentimiento de triunfo se unen ideas consoladoras, que equivalen a una redención del pasado: de ida, Goethe visitó a sus padres en Francfort y se detuvo cinco días con sus viejos amigos; en Alsacia, se atrevió a pasar por Sesenheim —cumpliendo la premonición que tuvo cuando, años antes, se vio galopar por la carretera en sentido inverso—, y los vecinos lo acogieron con alegría, lo mismo que la familia del pastor y Federica, ya consolada; en Estrasburgo, saludó a Lilí Schönemann, ahora casada con el banquero Türckheim y madre feliz de una criatura. Le pareció que se sentía perdonado.

2. El servicio público

Nueva transformación del héroe, en que intervienen varios estímulos: el servicio público, los deberes del gobierno libremente aceptados; el servicio de la dama, el trato con Carlota de Stein; finalmente, las nuevas lecturas y los estudios científicos.

El servicio público significa un aprendizaje de acción y de renunciamiento, únicas armas que faltaban a su verdadera libertad. El sujeto dolorido se va curando al volcarse sobre las obligaciones objetivas. Ya no es aquel mecerse al grado de la tormenta y la tempestad, sino el sortearlas y vencerlas. Ya no es aquel vivir al margen de la vida ordinaria, entregado a los propios desvaríos

pasionales. Es la hora en que el adolescente reacio, sépalo o no, se reconcilia en su interior con la voz paterna e ingresa en la continuidad social. El imperioso individualismo se depura ensanchándose y olvida su defensivo encogimiento. Junto a los solos derechos que antes exigía, acata ahora los deberes. Aún se ayuda con aparatos exteriores: Goethe se relaciona con la masonería, mera beneficencia protegida por la duquesa Amalia.

El cambio no es súbito, es trabajoso y lento; pero su intención apunta en las cartas, aquí más explícitas que los poemas: a los seis meses de Weimar, escribe a Lavater que se siente ya más seguro en su barquilla; al año siguiente, escribe a su madre en igual espíritu, felicitándose de la tranquilidad de su casa-jardín.[2] En cambio, su poema *Travesía marítima* quiere hacernos creer que ha dejado la calma por los vendavales —exactamente lo contrario de la verdad, reclama Brandes—, si bien acaba confirmando la confianza en su estrella. El *Amor incansable* parte de la turbulencia, pero desemboca en la quietud. El *Canto nocturno del viajero* es una invocación a la paz. En la oda *A la luna*, se despoja de su desasosiego y lo lanza al rumoroso río. Sus amigos aún están inciertos. Wieland nos lo pinta muy semejante al joven de Francfort, aunque su mentalidad poética tiende siempre a transportarlo al tipo de la "alegría sin reposo". En su femenino desvelo, Carlota de Stein, tras unos meses de experiencia, se manifiesta algo intranquila.[3] Emilia Berlepsch está francamente mareada ante aquel espíritu en vaivén.[4] Todavía en 1783 hay convulsiones y remolinos, pero se dijera que Goethe aprende a conllevarlos. Quisiera contar con media docena de secretarios a quienes dictar las mil cosas que se le ocurren —ideas, sentimientos, observaciones, historias, incidentes—, en la antecámara, en el comedor, en el despacho ministerial, a caballo, durante la vigilia o el sueño. Buen síntoma, sin embargo: en *El triunfo de la sensibilidad* (¿1778?) él mismo se burla ya de semejante atropellamiento. No era éste el tono de Francfort. Por fin, lo oímos asegurar un día que "su caos se amansa".[5]

[2] G. a Lavater, 6-III-1776; a su madre, 16-XI-1777.
[3] C. de Stein a Zimmermann, VI-1776.
[4] Emilia Berlepsch a Herder, por 1778.
[5] G. a F. Jacobi, 12-I-1785.

Tenía ya treinta y siete años. Su tiempo vital —condición de longevo— marchaba lentamente. Cuando los de su camada han comenzado a endurecerse, él sigue creciendo. Es muy significativa en tal concepto la carta en que explica a su madre que Francfort lo hubiera hecho trizas, y que la disparidad entre la existencia de hijo de familia y la ebullición interior hubieran acabado por fijarlo en una perpetua infancia. A Federico Jacobi casi le asegura textualmente que su propia mayoridad sólo empezará a los cuarenta;[6] y mucho tiempo después, el canciller Müller le escucha con asombro describir sus diez primeros años de Weimar como una era mitológica (1830). Cuando, más tarde, se resuelve a escribir sus memorias (*Poesía y realidad*), suspenderá el relato a los umbrales de Weimar, en 1775, con una cautela que ni siquiera justifica ya la embarazosa presencia de Carlota de Stein; dejará en sombra esos diez años, y sólo reanudará el cuento en 1786, con las notas del viaje a Italia.

Han sido —si vale decirlo para quien ya había alcanzado antes tamaños vuelos poéticos— diez años de crisálida; metamorfosis del primero al segundo *Fausto*. Le acontece algo misterioso, y más por dentro que por fuera. La palabra "oscuridad" pasea por sus cartas; teme el esclarecimiento y la introspección; no quiere escarbarse, atento pero respetuoso ante su destino. Hacia 1777 puede fijarse la hora de su mayor perplejidad: "No sé cómo están los dioses conmigo", dice a Carlota de Stein.

Mientras acontece esto en su conciencia, la vida exterior, práctica, se va desplegando en trazo más seguro, y hasta servirá de excipiente a la solución del enigma. Por lo pronto, ella rompe la unilateralidad, la "idiosincrasia dominante". Simmel dice bien que Goethe aparece atraído en varias direcciones, pero lo simplifica atribuyéndolo a la sola Carlota de Stein. De momento, lo vemos sumergirse en las tareas públicas.

Por supuesto que hay instantes de duda y desfallecimiento, pues gobernar no es vida y dulzura. Aunque Weimar es ciudad de 6 000 habitantes, y todo el Estado no pasa de 50 000, sus cuatro zonas —ducado de Weimar, territorio de Jena, principado de Eisenach y distritos franconios en tira y afloja con Prusia y Sajonia— son

[6] G. a su madre, 11-VIII-1781; a F. Jacobi, 13-VIII-1783.

un verdadero rompecabezas. "Me siento, a veces, como el chivo expiatorio que lleva a cuestas por el desierto los pecados de la comunidad."[7]

También el príncipe da quehacer. Mientras Goethe se va encaminando a la sabiduría, el otro se mantiene en su principesca condición caprichosa y sigue sus burdas inclinaciones. Sin chocar con Goethe, se le escabulle. Se entregaba a sus esparcimientos sin el conveniente recato. Nada le importaba más que sus mujeres, sus caballos, sus perros, y el pasar revista en Aschersleben al regimiento de coraceros que Federico II había puesto bajo su mando. Lo que menos se figuraba es que tan inocente juego de guerra y las ligas así contraídas con la corona de Prusia crearían en Weimar dificultades amenazadoras para la paz de Europa.

Por otra parte, Goethe no puede consagrarse a sus labores poéticas con la asiduidad que quisiera. Se entretiene coleccionando la edición de sus escritos, se desembaraza de algunos temas poco ambiciosos, medio adereza las obras en marcha de mayor aliento. Una visita en compañía del duque a la sociedad berlinesa le ha dejado un sabor ingrato. La mundanidad en sí no le conforta. Pero ya no se exaspera: "Mi vida interna sigue su curva, sin que nada pueda desviarla." Por grados nos aproximamos al bien, y el mal se va desprendiendo como del pellejo las escamas.[8] Ya el 7 de agosto de 1778, el *Diario* nos permite apreciar el nuevo término a que ha llegado. La página despide un aroma de oración expiatoria y de "Padre Nuestro":

"...Tranquila mirada retrospectiva sobre la existencia, la confusión, la actividad, la insaciable curiosidad de la juventud, y aquella busca aventurera de cuanto pudiera satisfacerla; cómo yo mismo he encontrado un deleite en los misterios y en los estados de ánimo más sombríos; cómo he hecho ciencia de *dilettante* y sin espíritu de continuidad; cómo, en cuanto he escrito hasta ahora, se mezclan la humildad y la presunción; cómo, en lo divino y en lo humano, he girado en un círculo sin horizonte; cómo muy pocos de mis actos y mis pensamientos o mis producciones poéticas

[7] G. a Knebel, 28-X-1799.
[8] G. a C. de Stein, 2-III-1779 y 7-XI-1780.

tienen un carácter real de oportunidad; cuántos días he despilfarrado en vanas sentimentalidades y en pasiones fugitivas como las sombras; cuán poco provecho he sacado de todo ello y cómo, pasada la mitad de la vida, no he obtenido un adelanto apreciable: cómo me encuentro aquí a manera de náufrago, que el sol bienhechor comienza a enjugar. No me atrevo aún a abarcar con igual mirada mi actividad desde octubre de 1775 a la fecha, en que me hallo mezclado en los negocios del mundo. ¡Dios quiera guiar mis pasos en el porvenir para que yo mismo no obstruya más de la cuenta mi propia jornada! ¡Désenos el hacer desde la mañana hasta la noche lo que conviene, y el prever con claridad las consecuencias de nuestros actos! No seamos como aquellos que cada mañana se quejan de dolor de cabeza y toman remedios, y al volver la noche vuelven a embriagarse con vino. ¡La idea de la pureza, que llega hasta el modesto bocado con que me alimento, sea en mí cada vez más nítida y luminosa!"

3. Carlota de Stein

No se han borrado del todo las huellas de las viejas pasiones, cuando —apenas llegado a Weimar— Goethe se siente atraído por la baronesa Carlota de Stein, dama de honor de la duquesa madre y esposa de su escudero mayor. Goethe tenía entonces veintiséis años, contaba con su gloria y con el valimiento del príncipe. Ella, treinta y tres años, su aristocracia y sus encantos, lindos ojos negros, voz dulcísima, mesurada naturaleza y aquella facilidad social que ni siquiera se da siempre con los buenos pañales. Había tenido siete hijos, de que le quedaban tres: el menor, Fritz, acabará por vivir con Goethe. Desde antes de venir Goethe a Weimar, el cambio de siluetas —las "fotografías" de entonces— y el auge de las teorías fisonómicas habían despertado una mutua curiosidad entre él y la baronesa. Ya la sola imagen del poeta, confesaba ella, le había ocasionado tres noches de insomnio. Se encontraron, se agradaron, y ambos se sentían halagados de su buen avenimiento. Durante diez años, viviendo en la misma ciudad —bueno es recordar que aún no había teléfono— Goethe llegó

a enviar a la baronesa de Stein no menos de mil quinientas cartas. Él se desborda, ella hace por tenerlo a raya. Le prohíbe tutearla en público; le censura la manía de usar palabrotas, resabio de estudiantón; quiere convertir al *Stürmer und Dränger* en todo un caballero. Él acepta el arte de vivir y se pliega hasta donde lo consiente su índole. Aprovecha la contradicción, en vez de rechazarla, y dice a la baronesa de Stein: "Acaba tu obra."[9] Los biógrafos se dan de puñadas sobre si hubo o no contactos carnales. No nos importa averiguarlo. Tampoco el saber si ella merecía de veras la estimación que Goethe le concedió, lo cual para el caso da lo mismo. Pero como tal situación no podría prolongarse indefinidamente, Goethe tirará de la rienda en el momento preciso.

Nada hacía presentir en Goethe esta actitud. Hasta aquí se ha conducido como cualquier joven soltero y apasionado, que lleva en sí mismo la forma del amor, y trata de aplicarla una y otra vez a la materia más o menos dócil, sin encadenarse en el matrimonio. Sin duda desde entonces sabía ya distinguir entre las dos hipóstasis de Afrodita, como lo hará cincuenta años más tarde: "Odio la improvisación en todo, y en materia de noviazgo me inspira horror. El amor puede nacer a primera vista, y toda inclinación verdadera alguna vez se ha encendido como relámpago. Pero ¿quién va a casarse en cuanto se enamora? El amor es cosa ideal; el matrimonio, cosa real; y ambos órdenes nunca se confunden impunemente."[10] Verdad es que Goethe se hacía estas amargas reflexiones a raíz de su fracaso con Ulrica de Levetzow.

Pero en sus relaciones con Carlota de Stein hay algo nuevo. La temperatura media se mantiene, a pesar de los inevitables altibajos. Tal estabilidad durante dos lustros no deja de ser asombrosa, si se considera, sobre todo, lo equívoco de aquella situación y la distancia que media entre las dos personas del diálogo; y no tanto en la edad como en los temperamentos respectivos y los distintos ambientes de que cada una procedía. El rebelde, el hereje, se somete a la dama ortodoxa y convencional. Ella viene a ser su guía y su reposo, su tutora y su indispensable compañera. Cuando

[9] G. a C. de Stein, 19-III-1781.
[10] Müller, 14-IX-1823.

Schiller creía ver una mano femenina en la *Ifigenia*, no le faltaba cierta razón: el consabido camaleón toma el matiz de su cielo. Y la sola duración de tan extraño comercio —hay quien diga "inercia"— mide la intensidad de la crisis que la produjo.

La baronesa de Stein ejerció una influencia poderosa sobre el héroe desorbitado. Lo ayudó en el paso más orillado al despeño, lo ciñó a sus límites cuando estaba a punto de disgregarse. Si él la conservó, es sin duda porque la necesitaba a toda costa. Sólo cabe preguntarse si tal influencia no la ejercía el mismo Goethe, oscuramente, por mano de la baronesa de Stein, como aquél que se pone en cura. Él sólo acierta a explicárselo en términos de metempsícosis: en alguna parte, en algún siglo, han sido ambos hermanos o esposos, y sus corazones lo recuerdan confusamente. Las cartas y los poemas que corresponden al "ciclo de Carlota" —donde descuellan la *Ifigenia* y el *Tasso*— comprueban la profundidad de aquel sentimiento y la sed de aquel amoroso arrimo. Que el Goethe anterior, el de las urgentes pasiones, emigre hacia este apaciguamiento, es sorprendente pero no incomprensible. Que el Goethe actual, tan puntual y lúcido para cuanto afecta a sus deberes públicos, se arrope en las nieblas y los sueños de la transmigración y la transubstanciación en cuanto convierte la mirada a Carlota, ya acusa una dualidad que tarde o temprano habrá de resolverse. Que el poeta, fecundizado ahora por la meditación, el estudio de la naturaleza y el cultivo de las ciencias, sujete a su Musa eternamente bajo el fanal de Carlota, será ya del todo imposible. La fuga a Italia va a facilitar la ruptura.

4. Nuevos derroteros

Pues el pensamiento de Goethe, en efecto, ha comenzado a viajar por nuevas órbitas. Hasta ahora su interés por la naturaleza había sido de orden sentimental. En Weimar se opera el cambio. La afición científica de toda su vida, antes informe, adquiere un carácter definido. El impulso parte de ciertas necesidades administrativas —los socavones argentíferos de Ilmenau inundados desde 1739—, y de su trato con el fisonomista Lavater —cuyas exage-

raciones y extravagancias acabarán un día por hartarlo—, o con herboristas como Dietrich, o naturalistas como el estudiante Batsch y el profesor Büttner. Sonrían en buena hora los profesionales: Sömmering en Kassell, Blumenbach en Gotinga, Camper en Holanda. Torciendo el gesto, reconocerán a la larga que Goethe no se engaña del todo. Por lo pronto, la contemplación de los principios naturales hace más llevaderas las pequeñas reglas cortesanas de Carlota de Stein.

Goethe no preveía seguramente el premio que Weimar le reservaba. Si los negocios públicos, por una parte, ensancharon su conciencia social, por otra lo enseñaron a ver con nuevos ojos las realidades naturales. Un bosque ya no es meramente un paisaje, sino además un posible aprovechamiento humano. Las casucas de la pobre gente campesina han dejado de ser tan sólo pintorescas. Las rutas son algo más que avenidas de canciones y aventuras por donde discurren los bardos. Y para intervenir en la vida, para mejorarla, hace falta ciencia. "Llegué a Weimar muy ignorante en ciencias naturales, y me llevó a estos estudios la necesidad de dar consejos prácticos al gran duque en sus diversas empresas, construcciones, instalaciones."[11] Su ciencia, hasta hoy borrosa, comienza a enfocarse por 1779, cuando su segundo viaje a Suiza, ocasión de muchas reflexiones sobre la formación y el color de rocas y montañas. Escribe a Carlota de Stein que empieza a percibir, como en panorama, las relaciones permanentes entre los hombres. Y al regreso de Suiza, Wieland, que lo observa con manifiesta simpatía, lo encuentra cambiado.[12] La salubre objetivación —el desprendimiento del yo doloroso— se abre paso. El ensayo *Sobre el granito* (enero de 1784) anuncia una nueva visión del mundo, a la vez artística y científica. De cierta manera, puede admitirse que la iluminación poética, en Goethe —la confidencia intuitiva de la naturaleza— precedía a la investigación. Y la investigación, por fin, lo llevó hasta la más estricta disciplina, según lo atestigua Loder, el anatomista de Jena. A la patética sobreexcitación de Francfort, sin meta definida, sucede el entusiasmo científico. Si antes luchaba por sacudirse una po-

[11] Müller, 16-III-1824.
[12] Wieland a Merck, 17-I-1780.

sesión satánica, ahora se abraza con una afición provechosa, y hasta quisiera que todos sus amigos lo acompañaran y disfrutaran de su alegría. Cuando Schiller, en su ausencia, visita Weimar por vez primera (1787), nadie presta oídos a su filosofía escolar: todos se ocupan de geología y botánica, siguiendo el arrastre de Goethe. La botánica, que sin duda está más cerca de su alma, y allí muy cerca en su jardín —hasta la incorpora en su biografía—, confluye con la geología y la anatomía en busca de alguna doctrina general: "las leyes fundamentales de la estructura, la armonía de los efectos que señalan una causa común" y dan los reflejos de la divinidad *in herbis et lapidibus.*[13] La telaraña interior, vivificada en todas sus fibras, lleva mensajes a todos los puntos del espíritu, y todos se enlazan con puentes insospechados. Goethe ha llegado a ser, de veras, el *Pontifex Maximus.*

La renuncia, ante la mujer, es trabajosa; ante la naturaleza, es austera pero serena. Y Spinoza, leído con mayor atención, nos enseña que puede ser plácida. En torno a Spinoza se ha movido una controversia —Mendelssohn contra Jacobi— que logra apasionar a Goethe. En torno a Spinoza giran sus conversaciones con Herder. Lo ocupan asimismo otras lecturas secundarias: Saint-Martin, cuyo tratado *Del error y de la verdad* le parece una mezcla absurda de verdades y errores;[14] y Hemsterhuis, platónico holandés, cuya *Astrea* acoge cuanto rechaza Spinoza —virtud de la imaginación, dualismo de Dios y el mundo, pruebas sentimentales y populares de la existencia de Dios, causas finales—, y que acaso le interesaba a Goethe por sus solas consideraciones éticas: el amor y la amistad, la unión ideal de las almas, etcétera. Nos aflige un poco figurarnos a Goethe y a Carlota de Stein inclinados sobre estas páginas, haciendo la Corte de la Paz Sentimental de La Haya. En cuanto a Hamann, nebuloso Mago del Norte, genio inadaptado al gusto del *Sturm und Drang,* Goethe nunca lo olvidará, y todavía en 1813 pensaba en provocar la publicación completa de sus obras.

La evolución de Goethe respecto al concepto del amor, del deber social, de la naturaleza, está reflejada en su poesía lírica y

[13] G. a F. Jacobi, 9-VI-1785; a C. de Stein, 15-VI-1786.
[14] G. a Lavater, 9-IV-1781.

en sus dramas de esta época, singularmente el *Egmont* y la *Ifigenia.* La evolución de sus ideas estéticas resulta de una somera comparación entre el *Goetz* o el *Werther,* el *Prometeo* o la oda *Al postillón Cronos,* a una parte, y a otra, la *Ifigenia, Elpénor, La roca escogida, La dicha aceptada.*

Dos obras merecen examinarse, las dos de la misma época: la primera parte del *Meister* (*La misión teatral*), comenzada en 1777, y la *Ifigenia en Táuride,* cuya versión en prosa data de 1779. Hay una profunda diferencia entre ambas. *La misión* no parece escrita por el autor del *Werther* o el *Fausto,* salvo las misteriosas figuras y canciones de 'Mignon' y el 'Arpista'. Corresponde más al espíritu de la Ilustración que al espíritu del *Sturm und Drang* y es un ensayo dialogado más especulativo que poemático. Es obra estructurada, lógica, propia de un escritor de oficio que no se entrega a los raptos de la inspiración. La *Ifigenia,* en cambio, aunque no en el rojo-blanco de la "era Francfort", es un poema emocional. Goethe trabaja en dos niveles, y la novedad está representada por el "régimen intelectual" y el don selectivo de *La misión:* tarea cerebral, prosa lenta y tersa, sin las invenciones verbales a que nos tenía acostumbrado. El aprendizaje del trabajo metódico puede explicarse por su inmersión en la vida activa.

Pero la antinomia entre la poesía y el gobierno no puede conciliarse de manera cabal, y *El bardo* —balada escrita en plena acción pública— rehúsa la cadena de oro que el monarca le ofrece: "Dala a tu canciller, que añada este áureo fardo a los muchos que ya lleva encima. Yo no, que canto como el ave en la rama." Y en el *Torquato Tasso* —tal vez comenzado por 1780—, el poeta se entiende difícilmente con 'Antonio', el hombre de negocios, al punto que este drama se ha considerado "como la primera y mejor manifestación de la naturaleza antisocial del artista en la literatura europea".

Goethe no se declara, pues, satisfecho. Algo le falta todavía, apenas inicia la subida. Y luego, tras diez años de prueba, la resistencia a las disciplinas de Weimar comienza a agotarse, y prácticamente, ellas han rendido ya todo su fruto. Fiel a sus normas, medita la evasión, una evasión que a su turno sea aleccionamien-

to. Un buen día del mes de septiembre de 1786, sale para Carlsbad. De allí, sin prevenir a nadie, escapa a Italia bajo el nombre de Juan Felipe Moller, comerciante en Leipzig. A su regreso, no volverá a ocuparse de los negocios meramente administrativos: ya ha exprimido bien la experiencia que necesitaba.

III. ITALIA
1786 - 1788

Dahin, dahin!

1. SENTIDO DE LA FUGA A ITALIA
Septiembre de 1786 - junio de 1788

¡QUÉ felices días los de Italia! Evocarlos ya en la vejez, a la hora en que se sirve el vino, a la mesa donde se congregan Augusto, la vivaz Otilia y el joven Eckermann, mientras corretean los nietos sin hacer caso de las personas mayores, ¿es un placer o es un dolor? Goethe cambia la conversación de repente, con aquel temor de restarse fuerzas tan característico de sus últimos años. No de otro modo huía de la relectura del *Werther.*

Todo viaje es un alivio moral. Pone tregua a las obligaciones habituales, a las costumbres que se han vuelto tiránicas; desarma el sistema de trabazones entre el individuo y el ambiente, permitiendo una cierta huelga biológica. Viajar, por eso, es ser feliz. Partir es revivir un poco. Y más cuando el término del viaje es Italia, camino de la tradición, de la cultura eterna.

Goethe había heredado de su padre el amor a Italia. Además, Italia era lugar de peregrinación para los artistas alemanes. El anhelo acabó de cristalizar con las enseñanzas de Oeser y con el estudio de Winckelmann. Y aun sin los apremios interiores que al fin lo empujaron al viaje, soñaba en él, por lo menos, desde 1756 y lo proyectaba en 1773. Apréciase la progresiva agudización de este anhelo en el *Meister:* 'Mignon' y su canción soledosa datan de la era de Weimar.

La fascinación era tal que hasta producía inhibiciones como en el amante de Ovidio. Se lo ha visto, años antes, detenerse en el preciso momento de realizar su sueño: ya en Suiza, 1775; ya cuando pide el auxilio de Merck para convencer a su padre de que lo envíe a Italia; ya cuando salió de Francfort con ese destino y —según él cuenta—, al tocar Heidelberg, mudó el rumbo a Weimar. Por

todas partes se llega a Roma y, sin embargo, cuando se decide a la grande aventura, todavía se apodera de él la superstición de que no alcanzará el deseado término si alguien descubre su salida. Así el guerrero de la balada se encamina hacia Carcassonne acosado por oscuros presentimientos. Por eso Goethe escapa, por eso su viaje es una fuga y tiene todos los encantos de una secreta iniciación. 'Fausto' se acerca, temblando, al trípode sagrado.

¿Cómo pude, en un viejo libro —*El suicida,* 1917— desconocer a tal punto la importancia del viaje a Italia? Aquella escapada significó para Goethe el descubrimiento de la luz, la luz mediterránea que tiembla en las telas de Claudio Loreno, desde entonces ya comprensibles a sus ojos. La profundidad en la claridad —el secreto de la *Odisea* y el secreto de Grecia— se le descubrieron ante el fulgor del mar siciliano. En su constante investigación del orden, ha presentido que el orden es la ley grecolatina, y va a comprobar su presentimiento sobre la materia viva de Italia, con aquella necesidad que sentía tan imperiosamente de ver las ideas encarnadas, operando en la naturaleza, en tanto llegaba a descubrir que el arte tiene sus normas exclusivas. De paso, rectificará una dirección equivocada —¡admirable adolescencia de cuarentón, medida a su talla de gigante!—, y al renunciar, por consejo de Italia, a la pintura, depurará para siempre sus inclinaciones dominantes, aunque sin dejar de lado, en ratos perdidos, el inofensivo "violín de Ingres". Nunca se figuró seriamente que iba a ser pintor; pero el dibujo era un precioso auxilio de su estudio y de su trabajo. También dibujaban Victor Hugo, Ruskin, Paul Valéry, Chesterton, Hillaire Belloc, Focillon... No hace ningún daño.

Italia —explicará a Schiller en su primera conversación— "vive de los goces del presente, porque la dulzura y fecundidad de su cielo simplifican las necesidades, abreviando su satisfacción". Los napolitanos no trabajan todo el día porque tal esfuerzo es inútil. Aun se diría que las desgracias, aunque se expresen con gran viveza, se les hincan menos en el corazón. También Renan, en carta a Berthelot, observa que el italiano se sacude fácilmente los contratiempos, mediante algo como una "coartada moral".

Pensando en la labor oculta que esta lección de sencillez fue haciendo en su espíritu, me figuro que gracias a Italia llegó gra-

dualmente a aquellas concepciones desnudas y esenciales que son, en el orden de lo sensible, un parangón de la "reducción fenomenológica" de Husserl. Un día de abril de 1827, paseaba por la carretera de Erfurt y exclamaba de pronto: "Siempre lo he dicho y ahora lo repito. El mundo no podría subsistir si no fuera tan sencillo. Este miserable suelo soporta con igual vigor las cosechas desde hace miles de años. Un poco de sol y un poco de lluvia bastan para hacerlo reverdecer a cada primavera, y así será indefinidamente." Dondequiera que Goethe reduce a sus líneas maestras una maraña de ideas o incorpora, por decirlo así, su explicación en un objeto palpable, parece que se acuerda de Italia. La explicación, el entendimiento de la naturaleza, son para él una función de la hermosura visual. El paralelo que solía hacer entre el aspecto físico de los italianos y los alemanes es ya bastante expresivo sobre lo que encontró y adquirió en Italia. "La mano de Dios es menos legible en un rostro alemán que en un rostro italiano", decía a Falk.

Italia, aparte de lo que en sí misma haya enseñado a Goethe, representó en su vida aquella interrupción oportuna, como la del cruzado que se iba a Jerusalén con el principal objeto de hallarse otra vez a sí propio y atajar el proceso de digestión del individuo por el medio. Todo hombre, en cierto momento, debiera someterse a una sacudida semejante. Italia, después de los años de solaz mundano, labor administrativa y sumisión amorosa, fue el viaje de expiación de Goethe. Al volver de Italia es ya otro, siendo todavía el mismo, o si se prefiere, es más él mismo. Se ha librado del sedimento psicológico acumulado por su vida anterior. Al regreso, lo espera la obra, las *Elegías romanas* y el *Tasso* inacabado, dos reinos tan diferentes que sólo un emperador de sí mismo podía frecuentarlos alternativamente sin extraviarse. ¿Trajo alguna mala influencia de Italia? Una sin disputa: la desmedida afición a las grandes escalinatas, con las que echó a perder su casa de Weimar, reduciendo las habitaciones mucho más de lo conveniente.[1]

[1] Carta de Schönborn a Gerstenberg, 1773; carta de G. a su madre, Roma, 17-X-1786; Schiller a Koerner, 7-IX-1788; Falk, 17-VII-1792, 20-IV-1825 y 10-IV-1829; Eck., 10-II-1827, 3-V-1827 y 21-III-1830.

2. La nueva metamorfosis

Tanto el traslado a Italia en 1786 como antes el traslado a Weimar en 1775 obedecen a una exigencia interior. Nunca hubiera Goethe emprendido este nuevo viaje sin una "verdadera necesidad", y hacía tiempo que el solo recuerdo de Italia y hasta el pasar los ojos por los versos latinos lo hacían sentirse culpable:[2] le parecía que retrasaba una cita de honor. Teme que la disciplina de Weimar haya sido excesiva; que Carlota y el gobierno lo hayan distraído demasiado de sus verdaderas inclinaciones, ahora ensanchadas con el cultivo de la ciencia. Cuando poco antes se había puesto a juntar la primera edición de sus obras literarias, lo desconsoló el percatarse de que la era de Weimar daba una cosecha alarmante de fragmentos y esbozos, al punto que le parecía andar entre los papeles de un muerto.[3]

El viaje a Italia —sueño de 'Mignon' realizado— había sido previsto como "un plan para corregir defectos y subsanar deficiencias".[4] La fórmula parece ambiciosa; la "racionalización", excesiva. Las notas de viaje y las cartas nos demuestran que no lo fueron. Weimar presenció la primera metamorfosis de Goethe; Italia, la segunda.

Se detuvo en Carlsbad para no defraudar a la sociedad que festejaba su aniversario. Escapó furtivamente a las tres de la madrugada y amaneció en Zwota. La linda mañana de bruma le sugiere las primeras observaciones meteorológicas. A medio día llega a Eger, "cuya altura polar es la misma de mi ciudad natal". Apenas en Ratisbona, ya siente que ha recomenzado la vida.[5] Llegado a Verona, anuncia que volverá a Weimar renacido. Este año será el más importante de su vida, y está dispuesto a sacar el mayor provecho de su "salto mortal". Muda de piel cada día, dice a Carlota. Durante medio año, éstas o parecidas expresiones se repiten hasta la saciedad, y todavía al año de haber comenzado el viaje asegura: "Cada día aprendo algo nuevo." Cueste lo que cueste, el valor y la felicidad de su existencia se juegan en esta aventura.

[2] *Diario*, Roma, 10 y 27-X-1786.
[3] G. a Carlos Augusto, 17-III-1788.
[4] G. a Knebel, 24-VII-1786.
[5] *Diario*, 5-IX-1786.

Su entusiasmo no fue, pues, esa embriaguez del primer instante que todos los viajeros conocen.[6]

Ni suspira por Weimar, ni se adelanta a imaginar lo que aún le espera, sino que se concentra en lo actual, deseoso de no perder un solo rasgo. Los versos latinos le acuden ahora como comentario para los objetos presentes, y dice que está "en conversación con las cosas".

La preocupación científica lo acompaña como un fantasma: forma y formación de las nubes, dirección de los vientos, latitudes, régimen pluvial, estructura del suelo, flora: todo ello es objeto de anotaciones y pequeñas teorías. El poeta, el pintor, han comenzado a contemplar el cielo con un nuevo interés. Su meteorología arranca de la primera semana del viaje.

Las costumbres y los monumentos empiezan a solicitar su atención en la llanura lombarda. Pero unas y otros, como cosas de la naturaleza, le arrancan ahora reflexiones sobre las fuerzas que los han engendrado, sobre su genética y su función. La necesidad de ver por encima de la cabeza del que está enfrente determina la figura de cráter en el anfiteatro de Verona. La estructura de Venecia o de Roma, como la de un bosque o una montaña, se entienden en relación con las energías naturales que las circundan y con las razones que fijaron su sitio. La geología, la botánica, la anatomía, ya habían iniciado un dibujo orgánico del mundo físico, dibujo que ahora se completa con la meteorología, la geografía humana y descriptiva, la arquitectura, la escultura, la pintura. Italia pasa a la categoría de "una de sus ciencias favoritas".[7] Sus cartas, sus notas, lo mismo que el *Viaje a Italia* compaginado veinticinco años más tarde, respiran igual doctrina: Las grandes obras de arte son obras de la naturaleza, realizadas conforme a sus leyes necesarias por intermedio del hombre. En una galería escultórica, siente que lo rodean "las fuerzas de la naturaleza en conmoción". Si Platón cerraba su Academia al ignorante en las conmensuraciones, él no franqueará su puerta al ayuno de conocimientos naturales.[8] La Catedral de Estrasburgo le había dado

[6] G. a Herder, 18-IX y 13-XII-1786; a C. de Stein, 20-XII-1786, 20-I y 1-X-1787.
[7] G. a C. de Stein, 29-XII-1786.
[8] *Viaje*, 5-X-1787, IV-1788.

los primeros atisbos sobre el arte como un crecimiento vivo; aquel germen latente se desarrolla ahora en pleno vigor. Su filosofía se asienta más a gusto con el estudio del arte clásico. La telaraña sigue extendiéndose y cada vez abarca más. Las palabras "todo" y "conjunto" le llenan la boca y el alma.

Se deshace aquella reclusión de las ciencias en dominio aparte, que algunos quieren atribuir a la dualidad mantenida en su mente durante el embrujo de Carlota o eso que llamamos "Carlota". Ahora lo contempla todo desde un solo punto de vista: su persona. Último humanista, la época le permite todavía intentar una reducción al orden humano de los nuevos brotes científicos —lo que sería imposible en la diferenciación actual del saber, mientras no aparezca el genio que lo realice—, juntando el inmenso racimo en una magna *Lebensphilosophie* o filosofía de la vida, y solicitando aquel maridaje de arte y ciencia que evoca los nombres de Vinci y de Albrecht von Haller: camino real de las intuiciones mucho más que armazón de lógica, armonía de las experiencias más que abstracción de los conocimientos. Todos los recursos interiores de Goethe "se han consolidado".[9]

Pues bien —dice la mejor crítica—, sólo con referencia al previo drama de Carlota puede entenderse el desenlace de Italia. La vida de Goethe "aumenta como una bola de nieve", y ahora será inevitable que Carlota quede arrollada. Si la turbulencia anterior de Francfort ha explicado la larga sujeción de Carlota, la demasiada limitación de Carlota explica la expansión de Italia. El viaje tenía, entre otros fines, "el curarlo de una antigua aflicción que venía sufriendo en Alemania". Este año de 1786 "vino a libertar su índole natural de cierto morboso encantamiento".[10] A Herder, a Carlota misma, una y otra vez les escribe desde Italia, afirmando sin rodeos que la forma latina lo ha dotado de solidez. Ello pudo haber sucedido antes, pero "el deficiente gobierno de su propio ser" no le hubiera permitido entonces aprovechar cabalmente la lección.[11] Poco tiempo después, el fruto se deja apreciar en las *Elegías romanas*. Se enlazan el ver, el desear y el hacer; "los ojos

[9] *Diario*, 23-VIII-1787.
[10] G. a Carlos Augusto, 25-I-1788; a Eichstädt, 29-I-1815.
[11] G. a Kestner, 10-XI-1788.

realizan la obra de las manos, las manos realizan la obra de los ojos", mientras la mente mide y compara. Y se enciende el Eros filosófico en toda la magnitud de su tradición y su misterio.

3. El orden natural

Nunca lo abandona su curiosidad por las ciencias particulares. El Jardín Botánico de Padua le dicta los primeros trazos sobre el posible desarrollo de toda planta desde una forma esencial y única. Observa, en Venecia, las conchas, las algas, la trabajosa subsistencia de la fauna marítima, los influjos del mar en la ciudad y los habitantes. Sale de Bolonia a caballo y recoge piedras por los Apeninos, aunque se había prometido no cargarse con demasiado peso. Con igual afán de verlo y estudiarlo todo, emprende la ruta de Roma, meditando en la esterilidad de la campiña. Colecciona y envía a su ayudante Seidel granos y flores. Se dirige a Nápoles, extasiado con los juegos de la luz en el mar, las penumbras de la arboleda, las higueras, los mirtos, olivos, granados y naranjales. El Vesubio, la bahía, la gruta del Pausílipo, las tempestades... ¡Con razón su padre no podía olvidar a Italia! El Vesubio propone la inquietante tesis del volcanismo, que parece perturbar las nociones evolucionistas de Goethe, las cuales casi han asumido para él una trascendencia moral. Se aplica a desentrañar, entre aquella diversidad de vegetales, el tipo primero de la planta. Se alarga hasta Sicilia, con la esperanza de adivinar desde allí lo que pueden ser las lejanías de África y aun de Asia. Palermo enriquece sus noticias geológicas y botánicas. Por un instante, se le atraviesa el recuerdo de Esqueria, y acude a una librería para releer el pasaje homérico sobre los venturosos feacios. Vuelve a la obsesión platónica de la *Urpflanze* o planta de las plantas, lo uno que se oculta tras lo múltiple. Parece confirmar sus sospechas cierto pie de hinojo cortado con mano temblorosa en Segesta. De regreso a Roma, pide a la Baronesa de Stein que comunique a Herder la estupenda noticia: —Ha entrevisto la planta madre, la planta que explica todas las plantas, punto de partida asimismo para provocar otras especies que aún no existen. Si tuviera

diez años menos —escribe a Knebel— iría hasta la India, no en busca de novedades, sino para examinar a la luz de su método lo que ya conoce: la *harmonia plantarum*, apenas sospechada por el microscopio y que él descubre a la simple vista. Pone a contribución a sus amigos, consulta la ciencia de Reiffenstein, explica su idea a Moritz para aclarársela a sí mismo, y empieza a redactar el resultado de sus estudios. Tal vez este principio de la vida vegetal —que organiza y rectifica a la vez la obra de Linneo— pueda extenderse a los demás órdenes naturales.

Pero tampoco olvida sus afanes por explicarse, con ayuda de la anatomía y la osteología, el bello equilibrio de la figura humana; y se abisma ante el *Desollado* del Hospital de San Spirito.

Prosigue en sus notaciones meteorológicas, con el empeño de buscar la ley más allá del cambio; y aunque sólo en 1815, al verse confirmado por Howard, se atreverá a publicar sus ideas, es notable que desde 1786 haya percibido la influencia de la atracción terrestre en las mudanzas atmosféricas.

Mal hubiera podido prescindir de la óptica ante aquella fiesta de colores que le ofrecen los paisajes y las pinturas de Italia. Y se lanza a sus divagaciones poético-científicas. De paso, la claridad italiana, más expresiva a la luz de la luna que a la luz del sol, educa sus ojos y le permite apreciar la relación de tonos y contornos, lo que le disimulaban los cielos grises de Turingia. De suerte que Italia demuestra sus adivinaciones de Weimar: la simplicidad de los principios fundamentales en que reposa la profusa variedad de las apariencias.

4. El orden artístico

El ideal estético a que había llegado —libertad de la forma artística y variedad de clasificaciones— era aún libresco y abstracto —lecciones de Oeser, lecturas de Mengs y de Winckelmann, yesos de Dresde o Mannheim—. Necesitaba confrontarlo con el repertorio de arte que es Italia, necesitaba aún el marchamo de la intuición.

No esperemos, con todo, que los ojos venzan de una vez ciertos prejuicios teóricos y morales a favor de la grandeza antigua: el

anfiteatro de Verona lo deleita, pero es indiferente para las iglesias románicas y góticas y le impacienta el amontonamiento de las telas modernas. Si admira a Palladio, en Vicenza, es porque en su arquitectura encuentra una conciliación entre la verdad antigua y la mentira moderna. Para mejor entenderlo, compra en Padua su *Tratado* y se dedica a estudiarlo en Venecia: quiere curarse racionalmente de ser moderno, libro en mano y a la vista de la Caridad, San Giorgio, la Redención; y luego se extasía ante los leones del Arsenal, los caballos de San Marcos, el colosal Marco Agrippa, anotando cuidadosamente a Vitrubio. No es ciego al colorismo del Tintoretto, de Tiziano y del Veronés, pero los monumentos modernos no lo convencen. San Marcos es un contrasentido, un cangrejo enorme; el palacio de los Dogas, una extravagancia; Santa Maria della Salute, producto del mal gusto; se empeña en no reconocer las maravillas del Gran Canal. Quiere, a la fuerza, reaccionar contra su anterior goticismo y castigarlo con la severidad del templo griego. Su teoría de la correspondencia entre el asunto y la forma, y su convicción de que los asuntos cristianos del Renacimiento son inferiores, empañan su libre contemplación. Da la espalda a su antigua tesis sobre Falconnet, respecto a la indiferencia del asunto y la preeminencia de la personalidad del artista.

Sólo se detiene ante el ascetismo cuando no ha escondido la belleza humana. El Guercino lo seduce en Cento por su gracia y su libertad. ¡Es una pena que tantas veces se torture en temas ingratos! En Bolonia, la Santa Cecilia o la Santa Ágata de Rafael lo deleitan como obras de inspiración antigua, sencilla y salubre. Pero los atormentados y gesticulantes de Guido lo horripilan. Siempre, y en todo, la ley de acomodación a la naturaleza: el pequeño templo de Minerva de Asís, pero no el convento ni la tumba de San Francisco, "para no perturbar su imaginación"; en Spoleto, el acueducto romano. Aleja con disgusto el recuerdo del castillo de Weissenstein, inutilidad ficticia y monstruosa que visitó unos años antes. Sólo la necesidad íntima sustenta el arte verdadero. "Desde que ando por Italia, no cabe en mi mente una idea falsa."

Con alguna inquietud cruza la Porta del Popolo en Roma, por miedo a que lo decepcione el interior del santuario. Las ruinas de

antaño, las antiguas joyas de los museos lo ponen en éxtasis. Ante el Apolo de Belvedere aprecia la superioridad del mármol sobre el yeso, y su teoría respecto al valor del asunto empieza a completarse con la importancia de la materia en que se incorpora el objeto de arte. Se empeña laboriosamente en descifrar la vieja Roma entre el laberinto de la actual. Las logias —diversiones espirituales—, la *Escuela de Atenas* de Rafael, sólo le procuran un "placer imperfecto". Los frescos de la Sixtina, en cambio, lo dejan estupefacto y arrobado. "La naturaleza misma me parece muda, pues no poseo, para admirarla, ojos tan grandes (como los de Miguel Ángel)."

El chubasco de impresiones artísticas lo desconcierta. ¿Podrá absorber tamaño espectáculo? Acaso sea más fácil estudiar la naturaleza que el arte. Aquí las leyes son más difíciles de establecer y se enredan con tradiciones. Roma le da y le quita mucho. Se compara con el torrero que derrumba y rehace su construcción. Miguel Ángel conmueve las certezas que creyó encontrar en Palladio. La medida común no parece acomodar al gigante.

Cierra por un instante los ojos y vuelve al Júpiter colosal, a la máscara de Juno que parece un canto de Homero. Ahora, con ayuda de Winckelmann, busca la evolución de los antiguos estilos. Para mejor apreciar la estatuaria, insiste en la anatomía. Quiere vivir plenamente sus experiencias, pasarlas por sus manos; pinta y dibuja bajo los consejos de Tischbein. Pero el paisajista Hackert, en Nápoles, le hace ver lo mediocre de sus intentos, y lleva consigo a Kniep en su visita a Sicilia, para que dibuje a cuenta suya los sitios y monumentos cuyo recuerdo le importa.

Lo hostiga el ansia de encontrar en el arte —como en botánica— un principio común, un tipo fundamental. Esto tomará tiempo, y se llena de alegría cuando el duque lo autoriza a prolongar su ausencia por otro año. Pompeya, Herculano, Portici, el templo de Neptuno en Paestum, muy importante todo; pero ¿qué vale todo eso junto al cielo azul y el mar radioso? Sicilia está llena de mal gusto. El príncipe Pallagonia vive rodeado de cosas absurdas. Muy preferibles las colecciones numismáticas de los príncipes Torremuzza y Biscari; y desde luego, el templo de Segesta, que le sugiere nuevas reflexiones sobre los zócalos de las columnas,

asunto que le preocupa desde Asís. ¡Lástima que no haya aceptado ir a Grecia con el príncipe de Waldeck, para definitivamente olvidar el seudoclasicismo a lo Palladio! En todo caso, la naturaleza siciliana le ha revelado la verdad de Homero, de la *Odisea*. La naturaleza inspira todo el arte de los antiguos, y no el capricho de una raza o de un individuo.

A su regreso a Roma, la fiebre científica ha cedido el sitio a la fiebre artística. Convive con los artistas alemanes Bury, Schütz, Moritz, Meyer, Hackert y Angélica Kauffmann. Sus ojos han progresado —dice—y no quiere que su mano se quede atrás. Anhela aprender a fondo el oficio, y sus amigos lo ayudan. Pero sobreviene el desaliento: el arte, como la sabiduría y la dicha, sólo nos dejan tocar el extremo de su manto. Intenta entonces acabar sus operetas, aprovechando la presencia del músico Kayser. Vuelve al dibujo, a copiar las partes del cuerpo bajando de la cabeza a las extremidades, y al fin se confiesa que es demasiado tarde. Por lo menos, ha aprendido a ver con estudio. Ya no teme el enfrentarse con las obras modernas. Logra equilibrar su admiración entre Miguel Ángel y Rafael. Ya sabe distinguir épocas y estilos. Examina con atención los dibujos que Cassas ha traído de Oriente. Sin abandonar su ideal clásico, admite una buena parte de eclecticismo. Y deriva todas sus reflexiones, como de costumbre, hacia la meta del equilibrio ético. En el fondo, este romántico se ha vuelto pagano. Huye de la Edad Media; y si no aprecia a los primitivos —salvo al preclásico Mantegna— recordemos que aún no había nacido Ruskin. Para ser justos, hay que situarlo en su época, la época de Winckelmann. Sus juicios sobre la pintura italiana —más poéticos, sentimentales o filosóficos que pictóricos— son, a los ojos de algunos críticos, tan absurdos como los de Stendhal.

No logró cautivar a Goethe el teatro de Italia en aquellos días. La gran ópera "es un monstruo sin vida ni savia". Los bailetes tienen siquiera amenidad. La ópera bufa es discordante y disparatada. Algún drama, pasable; las comedias, más deglutibles. Cimarosa, acaso porque Goethe andaba preocupado con sus propias operetas, le divierte un poco. No lo convence el entusiasmo por el *Aristodemo* de Monti. La dicción de algunos actores, herederos de la antigua tradición oratoria, y el empleo de las máscaras, lo hacen meditar.

La música le atrajo más: en Venecia, un oratorio de los Mendigos; en Roma, un concierto vocal el día de Santa Cecilia. En casa de Tischbein, él mismo —para agradecer cortesías— ofrece un concierto organizado por Kraus, maestro de capilla de Weimar, y con ayuda de los cantores de la Ópera Cómica. Cuando, a fines de 1787, aparece Kayser, consagra un estudio más detenido a la música.

Los escritores lo fatigan por su empeño de reclutarlo en sus opuestas facciones, y aunque se deja llevar a la Academia Arcádica, se retira discretamente. No le interesa el discutir la respectiva jerarquía del Ariosto y del Tasso. Sólo lee con gusto los cuentos galantes de Casti.

5. El orden social

I

El viajar es arte de acicate y freno, como la equitación. Las novedades atemorizan o entusiasman más de la cuenta, y sostener el paso medido supone un cuidado constante y una atención sin desmayo. El despejo y hasta la altiva negligencia, las costumbres y vestiduras pintorescas, aquella alegría vegetativa y aun la sensibilidad extremosa encantan a Goethe, que ofrece a Carlota, para cuando vuelva, todo un alegato en defensa del pueblo italiano, muchas veces mal entendido. Pero tampoco dejan de irritarle, en Venecia, ciertas exuberancias superficiales; en los campesinos de Umbría, el descuido de cigarras incapaces de tomar precauciones para el invierno; las necias rivalidades entre poblaciones vecinas; las discolerías de las clases sociales; el exceso de pasión verbal; la pésima administración de los Estados Pontificios; el catolicismo ya un poco exangüe; la violencia y grosería del populacho romano, indiferente a los esplendores de su ciudad; la artificiosa alegría del Carnaval, que halla fingida.

Nápoles, en cambio, brinda el confortante espectáculo de un contentamiento natural y nada costoso, bajo la caricia de su cielo magnífico. Allí se vive de la hora presente, pero él se confiesa demasiado alemán para aprovechar aquella lección horaciana,

con un ánimo muy semejante al de Renan cuando se siente bárbaro ante el Acrópolis. Sicilia le da el sentido de la vida homérica y patriarcal, y acepta de buen grado las faenas de prepararse la comida y hacerse la cama en aquellas ventas mal provistas. Vuelto a Nápoles, se aficiona a mezclarse con la gente de la calle, barqueros, pescadores, vendedores de limonada, los activísimos *lazzaroni*. Los moradores de la feliz Campania entienden la vida como en los días de Plinio. Se rodean de flores, telas vistosas y ornamentos de oro hasta para embellecer la muerte. La mundanidad es aquí también más plácida que en Roma; y la moral de manga ancha en los salones del embajador inglés —siempre acompañado de su linda amiga Miss Harte, la futura Lady Hamilton—, los duques de Ursel y la duquesa Giovanna, parece hallar una justificación en el ambiente físico: no hay que juzgarlo según cánones septentrionales.[12]

Esta visita al mediodía lo pone optimista y complaciente. Organiza más cuidadosamente su albergue en Roma, su vida de trabajo y su vida social, y aun se promete visitar a los cardenales, acaso por allanarle el camino a la duquesa Amalia, que está por llegar.[13] Con todo, el pueblo romano no le agrada. Algunas cartas demuestran que estudió las costumbres contemporáneas algo más de lo que revela su *Viaje*, y aun parece que se proponía hacer una pequeña memoria sobre las instituciones del Estado Romano; pero al fin prescindió de cuanto no afectara directamente a su propia educación en Italia.

II

Aunque las cuestiones religiosas han dejado de serle una tortura íntima, siguen interesándole como asunto histórico. Admira en Baviera el convento de Waldsassen, y en Ratisbona, el sentido práctico del clero. Las representaciones teatrales en los colegios de la Compañía de Jesús le parecen un excelente recurso de catequismo, y cree advertir en los edificios jesuíticos un propósito —que no censura— de impresionar los sentidos y deslumbrar a

[12] G. a C. de Stein, 25-V-1787.
[13] G. a Carlos Augusto, 25-I-1788.

las masas, hasta con exageraciones chillonas, en vez de "perpetuar una devoción gastada y envejecida". Escucha con afabilidad, cerca de Innsbruck, el relato de una joven arpista sobre su peregrinación a Nuestra Señora de Einsiedeln; o en Wolfratshausen, las quejas de los moradores porque Dios no les envía el buen tiempo. Le divierte la impaciencia del cochero por llegar a la misa y procesión de la Madre de Dios. No se ríe del viejo cura que, en la iglesia abandonada de Trento, lanza imprecaciones contra el Papa y llora sobre la decadencia de la orden jesuítica. Se encoge de hombros ante la casa que el Diablo edificó en una noche, y observa que la casa es la más bonita de la ciudad. Le complace que, en Verona, en vez de los caballeros que oran, armados, rígidos y con los ojos en blanco, un matrimonio se asome por el nicho como a un balcón, o el padre moribundo parezca conversar tranquilamente con su familia: sentimiento apacible de la muerte que opone al ascetismo adusto. El *Coronamiento de María,* del Tintoretto, en el Palacio Bevilaqua, le parece, en cambio, "una concepción estúpida ejecutada con hermoso genio". Le agrada, en los Dominicos de Vicenza, un Niño Jesús espantado ante los Reyes Magos. Todas sus observaciones son más humanas que religiosas, y se explica por eso su piedad para los infelices peregrinos alemanes que viajan de Padua a Venecia y a quienes el clero católico ha recibido con desconfianza, en tanto que los protestantes se han apresurado a socorrerlos. A bordo del barco que surca las aguas del Brenta, hace una colecta para ellos, distribuye en su nombre las estampas con oraciones latinas y obtiene del piloto la promesa de que los amparará en llegando a su destino. La fe de los humildes le parece cosa respetable.

Pero, según penetra en Italia, se apodera de él una irritación volteriana contra los que explotan las creencias. Y no se refrena para declarar a Carlota que la arquitectura de San Marcos corresponde a las locuras que se han predicado bajo su techo. En cuanto se apela a los sentidos, el hombre acepta cuanto le proponen: de aquí que la iglesia de San Roque se haya enriquecido por la superstición que atribuye a la Virgen el fin de la peste. Encuentra espléndido para la pintura el tema de Dánae, y estéril el de la Visitación. Aun antes de llegar a Venecia, se ha cansado de los

templos y de la pintura religiosa. En Cento, le repugna la herida en el costado de Cristo. Lamenta el talento despilfarrado de los Carracci, del Guido, del Dominiquino: todo aquí es anfiteatro quirúrgico, patíbulo, muladar, malhechores, extáticos y perturbados. Pero aprueba el pudor de una Madona al desnudar el seno, y la naturalidad de la Virgen de Guido, en Bolonia, que amamanta al Niño, como con duda y resignación, como a un ser sobrenatural sustituido al hijo de su carne. (Anuncia la crítica de Walter Pater.)

En Lugano, le asquea la calumnia religiosa encarnada en un capitán de los ejércitos papales. En Terni, al acercarse a Roma, observa con disgusto a los católicos que lo acompañan, en quienes parece haberse borrado toda huella de pureza cristiana, y como en su poema del *Judío Errante*, piensa que si Cristo volviera sería otra vez crucificado. Lo decepciona, al llegar a Roma, que en la fiesta de Todos los Santos no se celebre a todos reunidos como él esperaba, sino que cada comunidad se consagre aparte a su patrono; y que, en la misa del Quirinal, el Papa se limite a oficiar como cualquier sacerdote, sin dirigir a sus ovejas algunas palabras eternas, como lo hacía el Divino Maestro. Se asfixia entre el incienso y, tirando del brazo a Tischbein, sale precipitadamente "en busca del arte libertador". No es mejor su reacción ante la misa de Navidad en San Pedro. El rito griego, en la Epifanía, le resulta "más teatral y pedantesco que el rito latino". "Estoy demasiado crecido —añade— para lo que no sea la verdad. Estas ceremonias, óperas, procesiones y danzas se deslizan sobre mí como el agua por la tela encerada." Ante las recitaciones de un seminarista en el Colegio de la Propaganda, tras un grave discurso sobre si la Virgen María llegó a recibir a los Reyes Magos, el público ríe como ante una farsa. Repite anécdotas satíricas. La bendición de los cirios en la Sixtina es un "Hocuspocus". "Los actores hacen inauditos esfuerzos para alegrar al público, y los sacerdotes para ponerlo en ánimo piadoso, pero sólo tienen éxito con cierta clase de gente. Ambas artes han degenerado."[14]

Durante su viaje al sur juzga menos y observa con mayor atención. El clima favorable lo hace indulgente, como ya lo hemos

[14] G. a C. de Stein, 6-I y 2-II-1787; a Carlos Augusto, 3-II-1787.

advertido. Las fachadas de colorines de las iglesias; el capuchino que conmueve a sus feligreses contando su vida de pecador; la capilla de Santa Rosalía en Monte Pellegrino —donde se admira a la santa dormida ingenuamente en su gruta—; los festejos y cohetes a la puerta de los templos; las campanas y órganos de Pascua, más bien le divierten. El grotesco desfile de trajes talares y suntuosos, con el virrey de gran uniforme a la cabeza, en medio de aquellas calles lodosas, le hace pensar en los hijos de Israel que el ángel conducía a pie enjuto por los pantanos.

Cerca de Capri sobreviene una borrasca que casi da al traste con el barquito; y los pasajeros, las mujeres especialmente, cubren de injurias al capitán. Se le ocurre a Goethe, aunque iba mareado, predicar la calma recordando el paso del Tiberiades, y propone implorar a la Madre de Dios para que interceda ante su Hijo. Las mujeres caen de rodillas y todos oran. Goethe, nuevamente, hace honor a la religión de los humildes.

La celebración del 26 de mayo, en Nápoles, provoca en él simpáticas apreciaciones sobre la sencilla virtud de San Felipe Neri, adversario del clericalismo corrompido que, según Olivier Leroy, impresionaba a Goethe *pour son étourdissante fantaisie.*

Pero, en llegando a Roma, otra vez se apodera de él la impaciencia. Volvemos al tono de censura. No quiere relacionarse con el alto clero; y aunque logran interesarle las ceremonias de Semana Santa y la humillación del Papa ante la Cruz, no modifican aquella actitud que ha de manifestarse en los *Epigramas venecianos*.

Las anteriores notas de viaje no corresponden al arte ni a la religión propiamente, sino al juicio social. Cuando recibe los *Diálogos sobre Dios,* de Herder, se felicita de hundirse en el sentimiento de la verdadera religión.[15] La lectura lo devuelve a su mística de la naturaleza. Declara su aversión definitiva para los falsos profetas, llámense Lavater, Jacobi o Claudius, que confunden la revelación y el conocimiento racional. Se afirma en su spinozismo "rectificado" (el "error verbal" de éste, según Herder, consiste en haber identificado, por culpa de Descartes, "extensión" y "materia"), y procura convencer a su amigo, el indeciso y neurasténico Moritz.

[15] *Diario,* VIII-1787.

III

Hasta su solicitud para el prójimo —que vimos nacer en Weimar, donde se metió por el Harz en pleno invierno para consolar a un pobre muchacho afligido del 'mal de Werther'— se ha desarrollado. Ante todo, parece haber creído muy seriamente, a juzgar por la insistencia con que lo afirma en sus cartas, que, al perfeccionarse en Italia, está preparando un ejemplo benéfico a sus amigos distantes. Además, sus rasgos de filantropía para sus compañeros alemanes de Italia llegan a extremos increíbles. Cuando Moritz —el novelista y singular filólogo— se fractura un brazo, Goethe se instala a su cabecera con verdadera devoción fraternal, y le presta todos los servicios de un criado y hasta de un confesor. (Más tarde, lo hará nombrar catedrático en Berlín.) Hospeda y guía como a un niño a Fritz Bury, pintor de Hanau. Recomienda calurosamente con Wieland al arqueólogo Hirt y pide a Herder que le haga ganar algún dinero. Encarga al grabador Lips, para ayudarlo, la ilustración de sus libros. Propaga los merecimientos de Tischbein. Da dinero al músico Kayser. El pintor suizo Meyer se le asocia para toda la vida. Cuando parte de Italia, todos se sienten como huérfanos. Esta caridad se extiende a los extraños. Visita en Palermo a los padres de Cagliostro, que viven en la miseria, y más tarde procura auxiliarlos de algún modo anónimo, enviándoles el producto de la representación del *Gran Copto,* obra inspirada en la figura de aquel singular embaucador. Reconozcamos que la ocurrencia es epigramática.

IV

La relación epistolar con Carlota, siempre regular, muda de tono gradualmente. Comienza con vagas disculpas y recriminaciones. La dama, que no recibió a tiempo sus primeras misivas, se queja de la fuga y del abandono. La correspondencia continúa con las habituales manifestaciones amorosas, cada vez más mezcladas de

impresiones de viaje; y poco a poco desemboza la alegría de su feroz independencia. No sabemos lo que pudo ser aquel idilio con la Linda Milanesa en Castel-Gandolfo; algo sabemos de Faustina, la muchacha que prepara el escenario de las *Elegías romanas* en que ha de instalarse más tarde Cristiana Vulpius. Pero nos damos cuenta de que Goethe ha recuperado su equilibrio viril. Carlota que, amén de su instinto de mujer, tiene ya edad para percatarse del cambio acontecido, no se hace ilusiones. En ciertos jueguecillos poéticos, la oiremos decir que "nunca más gozará la dulce mirada de su amigo" y que, en adelante, la espera "la eterna soledad".

Goethe se ha encontrado a sí mismo, y no disimula su alegría de que lo dejen acabar a su manera la cura de Italia. Aun se las arregla para evitar que se le reúna la duquesa Amalia, y de una vez anuncia las nuevas condiciones para su futuro trabajo en Weimar: "Serviré mejor que nunca si se me permite hacer únicamente lo que nadie puede hacer por mí."[16] ¿Le interesaba reconquistar en Italia la libertad del bohemio que antes pudo haberlo seducido? Ya hemos comprendido que había logrado otra libertad más profunda. Y como no era cosa de abandonar las comodidades y la situación ya adquiridas, pudo volver a Weimar. Iba más ligero de equipaje, a pesar de los ejemplares mineralógicos. Todo lo llevaba ya en sí mismo. Cuanto se ha escrito contra el viaje a Italia queda resumido en pocas palabras: No fue, por suerte, un viaje de especialista. Y si, allá, en Weimar, sus amigos se quedaron en el punto en que él los dejó, mientras él continuó su marcha, peor para ellos.

Como antes había agotado la experiencia de Weimar, ahora ha absorbido cuanto Italia podía ofrecerle. En marzo de 1790, volverá por unos días a Venecia para acompañar el viaje de regreso de la duquesa Amalia, pero ya no tiene nada más que decirnos: la hora de Italia ha pasado ya. Además, él ha superado la era de las efusiones epistolares.

[16] G. a Carlos Augusto, 27-V-1787.

IV. EL SEGUNDO WEIMAR
Junio de 1788 - julio de 1794

1. INQUIETUD Y SERENIDAD

SALIÓ de Roma el 22 de abril de 1788 y llegó a Weimar la noche del 18 de junio. Y es que al principio iba despacio, le costaba trabajo arrancarse a la "montaña de imán".[1] Se recitaba la queja de Ovidio camino del destierro. Aún admiró telas y mármoles en Florencia. El Correggio, en Parma, logró distraer su melancolía, y en Milán, la *Cena* de Leonardo lo compensó de las "ineptas formas" del Domo. Pero, una vez en tierra alemana, apenas se detuvo unos días en Constanza para saludar a Bárbara Schulthess: "Frau Baebe", la "cordial, bella y buena", recordada en 'la muchacha Morena' de los *Años de viaje*, a quien se debe la preservación del primer estado de la *Misión teatral*, luego refundido en el *Meister* definitivo, que Goethe comunicó a su madre, ésta a Bárbara, y Bárbara hizo copiar a su hija. Tras este breve alto en Constanza, Goethe, enderezando por Augsburgo y Nuremberg, se apresuró a volver a Weimar.

Ahora sabe ya de fijo lo que antes sólo adivinaba. Su seguridad, por contraste, va a impresionar a muchos como alejamiento y despego. Ya no necesita volcar el corazón en sus cartas, ni importunar a los demás con sus incertidumbres. En más de cuarenta años que le quedan de vida, apenas habrá una media docena de cartas confidenciales. En la correspondencia ulterior, dictada a los secretarios —véanse las misivas a Zelter o a Mariana Willemer—, domina el carácter impersonal. Ahora consulta consigo mismo.

Ni qué decir: el fuego interior no se extingue: "electricidad", pondera Riemer en 1803. Y, a pesar de la máscara defensiva de las grandes ocasiones, Juana Schopenhauer, la madre del filósofo —mujer literata y pedante, pero perspicaz y de buen alma—,

[1] G. a Carlos Augusto, 6 y 23-V-1788; a Knebel, 24-V-1788.

todavía descubre en 1806 los relámpagos de tremenda movilidad en aquella fisonomía y adivina lo que ellos esconden. Carolina Flachsland, hoy Carolina Herder —su antigua compañera en las travesuras pastoriles de Darmstadt—, acertó desde el primer instante, y al encontrarlo de regreso de Italia, exclamó: "¡El mismo camaleón de siempre!"[2] Veit repetirá en 1794 la observación de Kraus, veinte años atrás, sobre aquella singular costumbre de cortar inesperadamente la conversación y alejarse sin explicaciones. Schütze, que todavía lo halla proteico hacia 1810 —lo mismo que Soret en 1824—, llegó a interrogarlo directamente sobre estas rarezas de su trato. Goethe le explicó que la gente se le quedaba atrás, y cuando pensaban verlo en Weimar, él ya andaba en Erfurt. Pasados los ochenta, todavía dice a Zelter que necesitaría tener un taquígrafo dentro de la cabeza. Pero sólo a Schiller confesará que la parte irracional de su naturaleza sigue atormentándolo: "cierta oscuridad e indecisión que no logro dominar aunque las percibo".[3]

Siempre que lo perseguía una obsesión, se escondía tras un fantasma (*Poesía y realidad*, XX). De una huyó en el *Goetz*, de otra en el *Werther*, arrojándolas como lastre para poder subir. Lo propio hace en el *Egmont* y en el *Tasso*, donde parece que descarga toda una realidad opresa durante el primer Weimar. Pero estas descargas —que en rigor explican toda su obra poética— no son más que aseos transitorios. *Werther*, por ejemplo, no consumió toda la pólvora. Goethe lo releyó diez años después de publicado, y... "me guardaré de volver a hacerlo —confesaba—. Es un libro lleno de materias explosivas. Me causa una desazón tremenda. Temo caer otra vez en el estado patológico que lo produjo".[4] Y el *Tasso* ¿no es, como lo define Ampère, un "*Werther* potenciado"? La melancolía fue dada al hombre con la conciencia de su destino, pero también el misterioso alambique para transformar en eternidades los instantes, como cantaban los ángeles en el prólogo del *Fausto*. Esta destilación del mal en virtud, a que se reduce el don poético, ni es "olimpismo" o indiferencia, ni es miedo al

[2] Carolina Flachsland Herder, 17-VIII-1788.
[3] G. a Schiller, 27-VIII-1794; a Zelter, 28-XII-1830.
[4] Eck., 3ª parte, 30-XII-1823 y 2-I-1824.

dolor, sino redención por el espíritu. Tampoco data del viaje a Italia: existía de todo tiempo en la nebulosa goethiana. Pero la catarsis, antes instintiva, se vuelve ahora un recurso consciente, acción perseverante que va sometiendo poco a poco los giros errabundos del alma.

Nos indigna, por eso, la insensibilidad de Robertson, quien se ha dejado decir que, a su regreso de Italia, Goethe "ha perdido su alma de artista". La dedicatoria del *Fausto* —escrita a los cincuenta años—, el monólogo inicial de 'Epimeteo' en la *Pandora* —escrito a los sesenta— permiten apreciar la vitalidad del viejo que evoca su juventud. El vaivén de pena y alegría con que 'Fausto' contempla el amanecer —no escrito antes de los sesenta y seis—, expresa las inexhaustas reservas del *Sturm und Drang*. Las *Elegías romanas*, llenas de viril autarquía, y el despertar amoroso, a los setenta y cuatro años, en la *Elegía de Marienbad*, son testimonios de aquella riqueza emocional ya gobernada.

Hoy es moda deleitarse ante el espectáculo de la propia disolución, y hasta el "feísmo" se cotiza en la estética. Cierto mal olor pasa por ser prenda exquisita. Dolencias son de épocas arrebatadas y excesivamente mudables, y duran mientras se define un nuevo ideal de la especie. Si de veras fuera posible traer a Goethe entre nosotros, averiguaríamos que esta serenidad hacia la que ahora se encamina no es más que una inquietud de orden todavía superior, y que abarca en sí las inquietudes más individuales y estrechas. En esta capacidad de construcción clásica, acontece con la moral lo que con los versos. Los renglones de la *Ifigenia* o del *Tasso* quedan labrados firmemente, de modo que parezcan inmóviles, pero los recorre una fuerza trepidante y perturbadora. Consecuencia del bien pensar y el bien escribir, el dolor como que se regocija en la expresión cumplida y logra hacerse soportable. El dolor, por magia del arte, aprende a participar del gozo.

Mas no acusemos a nuestra época, cuando precisamente la anterior divagación se nos ofrece a propósito de lo que aconteció a Goethe por los días del segundo Weimar. Él volvía anhelante de mostrar sus tesoros. Pronto se convenció de que los gustos generales lo buscaban todavía en Weimar... ¡y él ya andaba en Erfurt!

Para mejor entenderlo, vamos a revolver un poco los papeles que traía en sus maletas.

En sus días de Italia, y a pesar de sus múltiples actividades, logró dar término a algunas operetas; al *Egmont* y a la *Ifigenia en Táuride,* cuya lectura Angélica Kauffmann escuchaba con las lágrimas en los ojos; adelantó un poco el *Tasso,* el *Fausto,* el *Meister* y *El Judío Errante;* sin duda empezó las *Elegías romanas;* y planeó una *Ifigenia en Delfos,* y una *Nausícaa.* La escena de "La cocina de la Bruja" —donde 'Fausto', rejuvenecido, ve aparecer en el espejo la imagen de 'Helena' y su belleza inmortal— fue escrita por febrero de 1788 bajo las frondas de la Villa Borghese y es un símbolo de su viaje. La *Ifigenia* y el *Tasso,* obras planeadas y comenzadas años atrás, aunque muy transformadas y corregidas, conservaron el antiguo espíritu. Con todo, las transformaciones y retoques, encaminados a darles mayor solidez y equilibrio, no fueron entonces comprendidos. Ya, en el *Egmont,* choca a las señoras de Weimar la apoteosis de 'Clara', hija del pueblo, y la actitud del héroe, cuyos ideales de libertad se levantan muy por encima de la fascinación egoísta y amorosa, morbosidades de que aún no se emanciparon ni 'Werther' ni 'Torcuato Tasso'. Tal vez abandonó el proyecto de *Nausícaa,* donde la hija del rey 'Alcínoo' se suicida por amor a 'Ulises', no como se ha dicho en razón de que le repugnara dejar impune a 'Ulises' —pues nunca le preocupó la justicia distributiva en sus dramas—, sino porque le repugna ya que la pasión se imponga sobre la voluntad. Aunque el amor provoque tormentillas como con la Linda Milanesa, Goethe no quiere ya que aniquile ni absorba la plena actividad de los hombres. Antes que plegarse a los azares y torcer el verdadero destino, conviene renunciar bravamente a las caprichosas seducciones, abandonar la casa al tirano y refugiarse —como el bandido enamorado de su *Claudina*— junto a las "ratitas" de Roma. Las operetas escritas y las proyectadas se inspiran en ideas semejantes.

Pues bien: la literatura alemana ya no marca el paso con su obra. A los veinticinco años, Goethe representaba el centro mismo de la batalla. Durante los quince años siguientes, no parece percatarse de ello, ni le interesa aprovechar tan eminente situación. Está consagrado a acumular sus energías y a ensanchar sus

horizontes. Cuando lo ha logrado, se encuentra con que nadie lo sigue. ¿Quién ha podido acercarse en Alemania al clasicismo de Goethe? Acaso el único sea Stefan George. La literatura alemana no fue desviada por Weimar, como alguna vez se ha afirmado; la verdad es que se desvió de Weimar. "Si [los alemanes] hubiesen aprovechado mis experiencias, estarían hoy más adelantados" (*Máximas y reflexiones*). "Cuando logré esclarecer mis ideas —dirá un día Goethe—, me encontré aprisionado entre el 'Franz Moor' de Schiller y el 'Ardinghello' de Heinse." La primera edición autorizada de sus obras —1787 a 1790—, que era la prueba de su fertilidad en los más diversos reinos de las letras, le hizo sentir su soledad. El prospecto reclutó seiscientos suscritores en toda Alemania. Las mujeres se divertían más con Juan Pablo; Schiller ascendía como un nuevo astro.

Respecto a sus entusiasmos científicos, la pequeña corte sólo le prestaba una urbana desatención, y no entendían de qué hablaba en las *Metamorfosis de las plantas.* Cuando, entre los comensales diarios del duque, abría sus carpetas para mostrar los dibujos de Italia, tras el primer éxito de curiosidad todos seguían hablando de sus negocios. En suma, no participaban en su viaje, como él lo hubiera querido. Se le figuraba ser otro 'Epiménides', al despertar de su sueño de cincuenta y siete años.[5] Entre él y su mundo hay ya un desajuste inevitable. Tras de recorrer los espacios interplanetarios durante cinco minutos con la velocidad de la luz, el viajero "einsteiniano" regresa a casa y se encuentra con que la tierra ha envejecido un año.

Durante su ausencia, había corrido el rumor de su conversión al catolicismo; se lo había acusado de gastar el salario oficial en sus diversiones, mientras sus sustitutos cargaban con doble tarea. Se lo acogió con cierta benevolencia superficial. Carlota de Stein —en quien se dejaban sentir los años como de un día a otro suele suceder a las mujeres— recibió con resentimiento a este alemán transformado en "güelfo", en cuyas nuevas obras ya no encontraba ella su sitio (como antes en la *Ifigenia* o en el *Tasso,* los dos "dramas carlotinos") y cuyos constantes viajes a la Universidad de Jena —que tenían por fin conferir con los profesores sus estu-

[5] G. a Knebel, 25-X-1788.

dios científicos— se le figuraban a ella incalificables partidas de placer. Mientras él quiere interesarla en sus relatos, ella —como la amiga de 'Sinclair" en *Las buenas mujeres*— juega distraídamente con su perrito Lulú. La siempre simpática duquesa Amalia iba ya, a su vez, camino de Roma. Herder preparaba un viaje a Italia, y por algún tiempo se le manifestó algo huraño. Las cartas que desde Italia dirigió a su esposa Carolina impidieron que ésta mantuviera ahora su cordialidad habitual para con Goethe. Knebel, cada vez más hipocondriaco, sólo piensa en irse de Weimar; y Wieland, sólo en salvar su agonizante revista *Mercurio.* El que había de ser su amigo predilecto no acababa de entregársele con confianza. En efecto, tras sus primeros éxitos teatrales, Schiller había sufrido descalabros y buscó la sombra del duque. Goethe, sin parar mientes en su altivez ni en su conducta recelosa, lo hizo nombrar profesor de historia en Jena; pero Schiller todavía escribía a Koerner, en 1789, que Goethe le inspiraba una mezcla de odio y amor, "como la que seguramente sentían Casio y Bruto para César". El tiempo mismo era contrario: las tempestades arrasaban las cosechas y todos traían mala cara. El cielo borrascoso invitaba a suspirar por Nápoles. Menos mal que, entre esta confabulación de circunstancias adversas, el duque, con su habitual generosidad, quitó de encima a Goethe los enojos burocráticos de otros días y, conservándole sus títulos y privilegios, le permitió concentrarse en sus trabajos propios y en la administración de la Instrucción Pública y las Bellas Artes. Y Goethe, inquieto por dentro, sereno por fuera, sintió que comenzaba a escalar otra cumbre más inmensa y más solitaria que la cumbre de San Gotardo.

No hay que figurarse, sin embargo, que Goethe se desentiende de cierta responsabilidad general en los asuntos de Weimar. Herder, cuya opinión cuenta más que la de algunos críticos de última hora, aseguraba a Schiller que Goethe era tan admirable en la poesía como en el gobierno.[6] Schmidt, que se encarga ahora de la presidencia efectiva del Consejo, había sido designado por Goethe, así como Voigt, el nuevo miembro de la Cámara. Los

[6] Schiller a Koerner, 12-VIII-1787.

depósitos artísticos del ducado, la Universidad de Jena y sus revoltosos estudiantes, las irremediables minas de Ilmenau, la reconstrucción del castillo, toman gran parte de su tiempo. Schiller, a los comienzos de su trato, se queja de que Goethe está siempre muy ocupado. En enero de 1791 el duque resuelve fundar un teatro permanente, y Goethe lo toma a su cargo con un celo ejemplar, esforzándose, desde entonces hasta 1817, por crear la escena alemana que soñaba Lessing, gastando en ello sus propios fondos, reclutando y educando a los actores enviciados por falta de buena dirección, alternando y sustituyendo poco a poco las óperas y comedias de baja estofa, o las mediocres piezas de Kotzebue o de Iffland, por espléndidas representaciones del *Wallenstein* de Schiller o el *Rey Juan* de Shakespeare. Asiste al Consejo cuando hace falta, y a pesar de su ya manifiesta divergencia de opiniones políticas, sigue siendo el consultor predilecto de Carlos Augusto, a quien acompaña hasta en los campamentos de Silesia o Francia, y luego en el sitio de Maguncia. No es lícito regatear a Goethe un solo rasgo de probidad y conciencia en el cumplimiento de sus deberes. Ni siquiera quiso aceptar la tentadora invitación para suceder en Francfort a su tío Textor, por ser fiel al protector que le otorgó para siempre su confianza. Aquí, como de costumbre, los que sólo consideran un aspecto de esta existencia múltiple y plena desconocen a Goethe.

Claro es que en este apego a Weimar —y en tal respecto también se han equivocado algunos que ignoraron su vida— cuenta mucho su fecunda relación con Jena, indispensable a sus estudios y a sus más caros intereses por la cultura. Durante dieciocho años, a pesar de la redoblada atracción para el teatro y las letras que se encarga de mantener en él la amistad de Schiller, prosigue con ardor sus trabajos de botánica, de mineralogía, de osteología, de óptica. Ha aprendido la disciplina, la paciencia, el método, el oficio. Y sólo es de lamentar —desde nuestro punto de vista actual, pues en la ciencia no puede pedirse todo de un solo hombre— que, como observaba el agudo Schiller desde antes de conocerlo, haya desconfiado tanto de la razón especulativa, resignándose tan exageradamente al testimonio de los cinco sentidos.[7]

[7] Sch. a K., *loc. cit.*

Aunque no logra todavía elaborar las mil impresiones de Italia, comienza a agitarse en su mente una vaga teoría estética. Preferiría poner en orden sus conclusiones más sencillas; por ejemplo, la influencia de los distintos materiales sobre las distintas arquitecturas, y la habilidad de adaptación al material que se advierte entre los antiguos. Apenas llegado a Weimar, compagina sus notas y propone algunos artículos a Wieland, para su revista *Mercurio.* El arribo de Moritz renueva las auras de Italia.[8] Redacta unas páginas sobre el carnaval romano. Discute de arte antiguo con Meyer. El pensamiento que provocan en nosotros los artistas de la antigüedad —le explica— nunca supera los límites de la visión que nos presentan. De ellos aprendieron este secreto Carracci y Rafael. Los antiguos —dice— agotaron las representaciones del cuerpo humano en su mayor belleza, objeto final de la plástica, de suerte que los modernos, cuando no los repiten, caen en la fealdad. No sujetarse a la norma antigua es para el moderno lo que, en la música, desobedecer las leyes de la armonía. Quisiera establecer un canon de proporciones e interpretar, según la anatomía, la perfección de la forma masculina y la femenina. Si no se detuvo tanto en la vieja escuela veneciana, es porque no encontró mucho arte antiguo en Venecia. Schiller lo orientará más resueltamente a los estudios abstractos, y este afán de hallar el principio de los principios cobrará aún mayor exigencia. Allí están, en prueba, los *Propíleos* y la parte estética de la *Teoría de los colores.* Cuando concibe una posible obra de conjunto sobre Italia, le parece que lo más acertado sería reducirlo todo a unos cuantos hechos sencillos, y verlo todo como un fruto del suelo.[9]

2. El nido en la soledad

Cultiva tu artista, mujer...
Rubén Darío

Puesto que la soledad lo llamaba, todavía quiso amurallarse, marcar con un hecho manifiesto, algo crudamente, su ruptura con los

[8] G. a Voigt, 10-X-1788.
[9] G. a Meyer, I-1788, 13-III-1790, 16-X-1795; y cartas de 1796-1797. A Jacobi y a Stolberg, 2-II-1789, a Herder, 15-IV-1790; a Carolina Herder, 4-V-1790.

compromisos anteriores. La normalidad se protege, si hace falta, venciendo el propio corazón. Pero él necesitaba, al menos, la compañía deleitable, la "fembra placentera". Sus primeras pasiones encendieron y atizaron el fuego, ya trágica, ya gozosamente, y siempre con aire de aventura y desorden; y Goethe se sacudía de ellas —Eneas que se salva del incendio y lo lleva en sí mismo—, robando el resabio de las emociones que luego verterá en su poesía: ya la 'Carlota' inaccesible, ya la 'Margarita' abandonada. La baronesa de Stein se encarga de apaciguar este fuego con un riguroso tratamiento de duchas frías a lo largo de varios años. Y cuando ya la hoguera es horno y ha aprendido a cundir sin llama, cuando sirve ya para cocinar el diario alimento de la ternura, aparece Cristiana Vulpius.

Se acercó a Goethe en plena calle, pidiendo protección para su hermano, un escritorzuelo. La muerte de su padre, víctima de la bebida, la obligaba a ganarse el sustento trabajosamente, fabricando flores artificiales. Su desplante y su buen ver impresionaron a Goethe. Él era ya cuarentón, ella tenía veintitrés años, una hermosa pulpa natural y, como decían Juana o Adela Schopenhauer, "el aire de un joven Baco". No hay que imaginarla con largas trenzas rubias y ojos color de cielo, como pretenden algunos biógrafos, sino con ojos castaños y una melena de rizos negros. Goethe la convidó a su casa de campo, después a su casa de la ciudad, y al fin la instaló en sus habitaciones, confinándola más o menos en el servicio de cocina y de alcoba. La conoció por julio de 1788, tuvo un hijo de ella al año siguiente —los demás se malograron—, sólo la hizo su esposa en 1806, y la perdió en 1816.

Goethe no estaba hecho para el matrimonio de conveniencia ni para el matrimonio de compañía intelectual. Prefería las misteriosas "afinidades electivas". ¿La galantería? Pase: hasta donde no perturba la vida, la ameniza y la enflora. Sobre todo —dirá más tarde y con el cinismo de la vejez— como pasatiempo de balneario.[10] Pero sea lujo de puertas afuera: no más tormentas íntimas. Por lo pronto, parece que no exige mucho del amor, y más que un hogar, se arregla un nido.

[10] Eck., 3ª parte, 20-VII-1831; Soret, *Conversaciones con Goethe*, igual fecha.

Nunca aprenderemos a aprobar los gustos del prójimo, y la sociedad siempre es la misma. Sólo el peso de aquella inmensa personalidad pudo salir adelante entre la general censura, las hablillas y hasta las calumnias. El Wolfgang y la Vulpius —el Lobo y la Vulpia o Vulpeja— eran la fábula de Weimar. Muy bien que el consejero Goethe sufriera el ser largamente desjarretado por la esposa del escudero Stein; correctísimo. Pero muy mal que se encerrara con una muchachita que no le debía cuentas a nadie. "Me temo —escribía Schiller— que [Goethe] caiga en la locura de los solterones presumidos. Su amante, Mademoiselle Vulpius, le ha dado un hijo y vive de hecho con él. Fácil será que se case con ella dentro de unos años, y se persuada de que lo hace por el mucho amor que tiene a su hijo. Yo lamentaría este desvío del genio, pues no habrá muchos que lo entiendan."[11] Las Sirenas del Ducado y sus alrededores no perdonaban a esta Penélope en caricatura. Muchas amistades se alejaron. Y Schiller mismo, el apóstol de la libertad, durante la época de su mayor arrimo a Goethe no se atreverá a añadir en sus cartas una frasecita de saludo para la amante.

Es propio de la grandeza despertar fanatismos y adoraciones exclusivas. Cada uno de los amigos de Goethe lo hubiera querido para sí. Y cuando Cristiana y él dejaban a todos en el salón y cerraban la puerta, ninguno se quedaba conforme. De ésta —comentaban a una—, Goethe está perdido. Porque también las adoraciones humanas, sabiéndose efímeras, anhelan histéricamente que de una vez se les derrumbe su ídolo, alivio secreto de la derrota.

Pero Goethe aprendía junto a Cristiana a sustituir la fantasía desordenada por el cultivo saludable, o como se dice en *La tía fingida*, el esquilmo de la viña por el rebusco, que es sin duda lo más gustoso. Cristiana lo hizo feliz por mucho tiempo, si no ya en los últimos años, y nadie estaba en condiciones de sustituirla. Acaso sin darse cuenta, se halló responsable de la felicidad de la chica, y se fue quedando con ella.

Cuando la baronesa de Stein descubrió el secreto, presentó su ultimátum: o ella, o Cristiana. Goethe no veía el objeto de escoger entre dos términos de tan diferente utilidad. Estrechado a ello,

[11] Schiller a Koerner, I-IX-1790.

escribió a la baronesa algunas amargas verdades, reclamando la libertad de ser quien era, de aficionarse a lo que mejor le placía, de conversar y vestir como se le antojara, de callar cuando le viniera en gana; y acabó deseándole que su próximo viaje a Ems restaurara sus nervios tan sobreexcitados y recomendándole que abusara menos del café. A los ocho días trató de dulcificar el efecto de sus palabras, pero la ruptura era inevitable.[12] Mientras ella hacía circular el drama *Dido*, expresión calumniosa de su resentimiento —que tanta compasión despertó entre las buenas almas para el pobre genio embaucado por la mujercilla—, Goethe seguía ocupándose con invariable afecto del joven Fritz, hijo de la baronesa. Ocho años pasaron sin que volvieran a cambiarse cartas. El tiempo obró su piedad, y la fiel conducta de Goethe para Fritz dobló al fin el ánimo de Carlota. La amistad pudo remendarse en términos discretos, y duró hasta la muerte de Carlota, en 1827.

Cuando nació el primogénito de Goethe y Cristiana, el mismo duque, a pesar del mundo, fue su padrino. Le impuso el bautismo el propio Herder, cuya amistad y admiración para Goethe sobrenadaban entre todas las tormentillas que allá él fraguaba a solas y de que Goethe nunca hizo caso. Y durante las cortas ausencias de éste, Herder velaba por la pequeña familia irregular. La primera que recibió, después, a la ya señora de Goethe, fue Juana Schopenhauer.

Sin embargo, el duque no quedó satisfecho, y no por respeto a las conveniencias. ¡Bueno estaba él para estos escrúpulos! Vale la pena de transcribir la reseña que da Müller sobre las opiniones del duque:

> Goethe —le dijo a éste muchos años más tarde— era singularmente generoso con aquellos nuevos talentos que florecían en la época de la *bella literatura;* cuando, después del *Werther* y a su imitación, los genios se daban por docenas como los hongos que brotan con la tempestad. Goethe siempre había concedido mucho a las mujeres y amaba en ellas sus propias ideas, pero acaso sin verdadera pasión. Su más larga historia amorosa fue la señora de Stein, buena mujer pero

[12] G. a C. de Stein, 1 y 8-VI-1789.

> no de muchos alcances. La Vulpius había venido a estropearlo todo y a apartarlo de la sociedad. También había sido funesta, en tal respecto, la desaparición de la gran duquesa madre, que ejercía una influencia sin coerciones; pues la gran duquesa Luisa carecía de carácter para heredarla en este papel. Goethe se había alejado pronto de la señora Heygendorff, a causa de su mujer. Él, Carlos Augusto, a menudo había criticado ciertas obras de Goethe, sobre todo *El Gran Copto*, cuya representación trató de evitar por intermedio de Schiller. La muerte de éste ha sido una pena, pues se iba haciendo más morigerado y sociable, renunciaba a sus fantasías y excentricidades de antaño y aprendía a apreciar con justicia las cosas del mundo... y era un punto de apoyo para su amigo Goethe... Los Herder son muy susceptibles, y ella, apasionada hasta la locura... La gente de Jena se ha alejado... La Revolución francesa los ha trastornado a todos, y aun a Goethe, aunque en menor medida... El hijo de Goethe no es mala persona. ¡Lástima que beba tanto y lo hayan educado como a un salvaje![13]

De suerte que Goethe se alejaba de la sociedad por culpa de Cristiana, y más cuando faltó la influencia benéfica de Schiller, el "niño bueno", fallecido en 1805. Cristiana vino a representar un pequeño hábito absurdo que defendía al poeta contra la mundanidad, como una cerca de púas. Todo el tiempo que la sociedad de Weimar tardó en recibirla —los dieciocho años de su "matrimonio de conciencia"— fue agua para el molino de Goethe. Aquella mujer del pueblo era una compañera cómoda, dócil y amable, y así se conservó hasta que la venció la enfermedad: nos lo hace saber el huraño Riemer en su *Miscelánea goethiana*. Y sucedió todavía que, con aquellos brazos robustos y desnudos de hembra hacendosa, defendió a su poeta contra la agresión de la soldadesca ebria, cuando las tropas imperiales cayeron sobre Weimar. A guisa de presente conmemorativo, Goethe le obsequió entonces el matrimonio, como ofrecía a los visitantes escogidos una medalla con su efigie. Tal vez ya no había amor para entonces; ya Cristiana daba mucho que hablar; obesa y desmedidamente aficionada a la botella, a los bailes, a los patines, a las ferias y al tiro de arco. Pero al principio el cuadro había sido diferente, y Goethe lo pinta en sus *Epigramas venecianos:*

[13] Müller, 27-V-1848.

"—¿Ignoras la buena compañía? Tu librejo sólo nos habla de bateleros, del populacho, de cosas peores aún.

"—Sí, conozco la buena compañía. Así se la llama cuando no da asuntos al poeta."

Y más adelante:

"Muchas veces me ha sucedido perderme y encontrar de nuevo el camino: nunca con más fortuna que ahora. Esta locuela me hace feliz, y si otra vez me he equivocado, oh dioses sapientes, no me desengañéis sino en las frías riberas del Éstix."

Haciéndose eco de los celos de Carlota de Stein y de Bettina Brentano, la posteridad ha denostado a la pobre Cristiana. No cabe duda que tenía sus defectos y cierta vulgaridad de cosa doméstica. La encantadora madre de Goethe, que después la trataría con benevolencia, reconociendo en ella ese tesoro del mundo que es la capacidad de alegría, comenzó por llamarla "tesoro de alcoba". Nunca pudo Cristiana prescindir de su loca afición al baile; pero "Frau Aja" le decía: "Baila, baila siempre. Si yo fuera reina, haría lo que Julio César: sólo aceptaría en mi corte caras alegres." Nunca pudo Cristiana prescindir de los vestidos chillones; aunque, a lo mejor, esta flaqueza divertía al autor de la *Teoría de los colores:* protesta contra una civilización grisácea y monótona, como el célebre chaleco rojo de Gautier. Ahora que se conocen sus cartas, de irritante puerilidad, no se le pueden conceder tamaños de Musa: ella fue más bien el pretexto de las *Elegías romanas* y los *Epigramas venecianos*. Seguramente que no era la dama de los sueños de Goethe, aunque él nunca lo confesó; ni llegó a enturbiarse —por mucho que se destiñera— el trato apacible entre ambos. Él nunca abandonó su paciencia afectuosa, y la lloró a su muerte con sincero dolor. Ella fue siempre su guardiana solícita.

¡Ah! Pero escribía con mala ortografía. ¡Como si no supiéramos que la ortografía es la única superioridad cabalística que el hombre conserva sobre la mujer! La madre de Goethe, mujer deliciosa e inteligentísima, bordadora y tejedora de raro talento, aunque sabía más que Cristiana, ignoraba el francés y tampoco entendía mucho de ortografía. Por lo demás, el poeta que se avergüence de una amante sin letras, relea los consejos de Baudelaire. Él pro-

pone, en achaque de amor, los tres escollos del artista: la gran dama (y lo sería Carlota de Stein), "que pertenece necesariamente a dos hombres y es pasto mediocre al alma despótica del poeta"; la *bas-bleu* o marisabidilla (sin remedio, Bettina), "porque es un hombre fracasado"; la actriz (cualquiera de las 'Filinas' de Goethe), "porque está frotada de literatura y habla *argot*, y no es una verdadera mujer, puesto que el público le es más precioso que el amor". No: el verdadero literato tiene sus instantes de horror a la literatura. Y Baudelaire opta por "la hembra de la vida" o por la mujer decididamente casera. Aquí, Cristiana. Por algo le tomó cariño "Frau Aja".

3. CUADRO DE GUERRA
Agosto de 1792 - agosto de 1793

Goethe regresa de Venecia en compañía de la duquesa Amalia: el segundo viaje a Italia, viaje rapidísimo y mudo. El duque, ahora general del ejército prusiano, va a combatir contra Austria, y lo arrastra hasta un campamento de Silesia, espectáculo que a Goethe no le pareció edificante. Pero sobreviene la coalición europea contra la Revolución francesa, y el duque parte a la frontera, llevándose a Goethe en su impedimenta (agosto de 1792). Teme éste que la libertad, en su desenfreno, se devore a sí misma. Como hombre probado en el gobierno, ha dicho en los *Epigramas venecianos:* "¿Quieres libertar a las masas? Atrévete primero a servirlas. Ensáyalo y verás lo que cuesta."

De camino, pudo al menos visitar a su madre, "Frau Aja". La admirable mujer, gozosa de saberse abuela, envió algunos presentes a Cristiana. Goethe llevaba consigo sus notas sobre óptica y la teoría de los colores, plumas y lápices de dibujo, y resistió con naturalidad la larga travesía, las incomodidades, el encuentro con los aristócratas emigrados, escuchando contrito las quejas de los campesinos desposeídos de sus ganados por los "salvadores de Francia". Le interesaban las irisaciones de la alfarería hecha pedazos, que unos pescadores andaban sacando en los pantanos de Verdun, mucho más que el ultimátum del rey de Prusia al co-

mandante Beaurepaire. No tenía ningún deseo especial de ver morir a aristócratas o a demócratas.[14] Entre el cañoneo, pasea con el príncipe de Reuss discutiendo sobre la refracción. En cambio, lo impresionaba profundamente el sacrificio y la heroicidad de los republicanos: Beaurepaire se mató de un tiro para no sobrevivir a su derrota; un granadero cautivo se arrojó al Mosa a los ojos de sus aprehensores.

Los expedicionarios hablaban confiadamente de su próxima entrada en París y atravesaban los fangales, sin cuidarse de la tempestad, soñando en la victoria. En Londres, mientras la borrasca apagaba las fogatas, sacudía y arrebataba las tiendas, Goethe dictaba sus notas de física, que conservaría celosamente con todas las huellas de la campaña. El 14 de septiembre de 1792 se metió a caballo entre el bombardeo de Croix-aux-Bois. Luis Fernando de Prusia, en persona, tuvo que refrenarlo. El ejército prusiano avanzó hasta Champaña entre humaredas de incendios "que cuadraban bien en un paisaje de guerra". Luego volvió hacia Châlons en persecución de Dumouriez, y atravesó "el triste valle del Tourbe". Dumouriez logró cortar al ejército prusiano del austriaco, y atacó a aquél peleando de norte a sur, en Valmy. Goethe cabalgaba a la retaguardia de su regimiento, y presenció, en el camino de Saint-Menehould, el asalto a la Posada de la Luna. El asalto fue rechazado por la artillería, "y los capotes blancos de los jinetes volaban paralelamente sobre las ancas de los caballos". Las balas se clavaban en el suelo. El fango salpicaba las caras. El pelotón parecía flotar como una masa compacta. Los caballos, resoplando, se doblaban como pinos bajo la tempestad. Contrastando con aquellas imágenes espantables, la carita tierna, inolvidable, del portaestandarte Emilio von Bechtolsheim... Los fugitivos se rehicieron con el refuerzo de la infantería de Brunswick. La tierra temblaba bajo el disparo de las baterías de Valmy. Goethe había oído hablar de "la fiebre del cañón". Quiso conocerla. Se lanzó hacia la colina de la Luna. En vano intentaron detenerlo los oficiales. El aire era un horno, pero él advirtió que su pulso no se alteraba, y observó cuidadosamente el zumbido de las balas, que ya le recordaba el ruido del trompo, del agua hirviente, del trino

[14] G. a Jacobi, 18-VIII-1792.

de los pájaros. Experimenta cierta angustia física, pero no cree que sea miedo.

Dumouriez no había cedido, cambiaba la fortuna. Por la noche, Goethe, profetizando la futura transformación de Europa, dijo a sus amigos: "Comienza ahora mismo una nueva época del mundo, y podréis decir: yo estuve allí." Y allí estaba Goethe. *Et quorum pars minima fui.*[15]

Hubo que replegarse hasta Hans y entrar en negociaciones. Goethe, que no perdía su verba, procuraba distraer a todos con su charla. Su criado le hacía el chocolate con el agua que escurría de la capota del coche. Se veían los grupos lamentables de heridos, los cadáveres hinchados, los caballos —como en las corridas de toros— pisoteando sus entrañas. A los cuatro días empezó la retirada, pero la luna pareció bañar en calma aquella luctuosa procesión. Pasaron sin contratiempo los puentes del Aisne. El príncipe heredero y el príncipe Luis Fernando de Prusia compartieron las lentejas de Goethe. Sivry le da ocasión de admirar el arte de vivir hasta en los menores pueblos de Francia. A mitad de una fatigosa marcha, Brunswick alcanzó al regimiento de Weimar y dijo a Goethe: "Usted podrá dar testimonio de que nos han derrotado los elementos y no los enemigos." Carlos Augusto resolvió enviar a Verdun a su lacayo enfermo, e hizo que Goethe lo acompañara, sin duda para alejarlo de los combates. Y Goethe trepó en un carro de la ambulancia, sin temor al contagio de la disentería. En el tumulto de la retirada había perdido de vista su *coupé* de Bohemia donde guardaba sus manuscritos, y tuvo la suerte de encontrarlo ahora por el camino. Prosiguió la jornada en condiciones más llevaderas. En Étain pudo contemplarse en un espejo y apreciar el efecto del descuido y los malos tratos. Se encontró enflaquecido, despeinado y lacio y con una barba de varios días. El 16 de octubre pasó junto a un emigrado fugitivo que cruzaba penosamente la ruta de Longwy a Arlon. Iba herido, atacado de fiebre y de viruela. Apenas se vieron sin reconocerse: era Chateaubriand. Goethe pudo descansar en Luxemburgo, y se dirigió a Trèves la renana, donde había de reunírsele el duque Carlos Augusto.

[15] G. a Knebel, 27-IX-1792; Müller, 12-V-1815.

Allí averiguó que las fuerzas de Custine habían invadido el Palatinado, Spire, Worms, Maguncia y Francfort, y tuvo que emprender un largo rodeo, bogando el Rin desde Coblenza a Dusseldorf, donde visitó a Federico Jacobi, amistad ya en evanescencia.[16] Saludó en Münster a la piadosa princesa Gallitzin —que nunca perdió la fe en que este nuevo Juliano el Apóstata y hasta su Cristiana acabarían por salvarse juntos—, y entró en Weimar el 16 de diciembre de 1792.

A los pocos meses, el duque lo llamó a Maguncia, donde los aliados habían logrado encerrar a Custine. Se incorporó al regimiento el 12 de mayo de 1793. La plaza sitiada se rindió el 23 de julio, con todos los honores de guerra. Las heroicas tropas republicanas se retiraron con armas, banderas y bagajes, al son de la *Marsellesa*, entonada con cadencia fúnebre, cuyos acentos nunca más olvidaría Goethe. Comenzaron los habituales desórdenes, y Goethe tuvo ocasión de salvar a un republicano perseguido por la multitud callejera.

Durante la campaña de Francia, sólo se le vio algo decaído una noche. En general, conserva el buen ánimo, como si el amenizar la vida de los militares en la tienda y en los caminos fuera para él un deber de beneficencia. Les cuenta la Cruzada de San Luis o la batalla de los Campos Cataláunicos; les sirve, entre chistes, el buen vino francés que acaba de encontrar en una celda; escribe a la duquesa Amalia diciéndole que Júpiter se les ha vuelto *sans-culotte* por culpa del demócrata Wieland, y que las lluvias han convertido a todos los combatientes en arcilla, de que lo mismo podrá salir "un vaso de honor o un vaso de oprobio".[17] Finge buen humor por deber y por dignidad: es un estoico que se resigna. Sin tener obligación ninguna, forma entre los jefes, soporta las caminatas bajo la lluvia, comparte las noches al aire libre y duerme en los hoyos del suelo. Más de una vez recibe felicitaciones de la gente de tropa.

Durante el sitio de Maguncia, disfruta de cierta comodidad y ocio, y se ocupa más de sus papeles y sus dibujos. Asiste a un

[16] "Preferible no encontrarse con los amigos de ayer: ya no se entiende uno con ellos; cada cual habla ya otro lenguaje... La inevitable discordancia no hace más que desazonarnos y enturbiar la pura imagen de las pasadas relaciones" (Müller, XII-1824).

[17] G. a la duquesa Amalia, 25-IX-1792.

melodrama en regla: vino y mujeres en primer término, y al fondo, las llamaradas del incendio. "Así han representado los pintores a Lot y a sus hijas."[18]

Pero odia la guerra, la guerra que rebaja a los hombres, que recluta en su favor todas las hipocresías, que arruina a los humildes, que no engendra más que la guerra. Aunque *La campaña de Francia* y *El sitio de Maguncia* sean obras redactadas treinta años después de los acontecimientos, concuerdan en esto con las cartas que enviaba a sus familiares o amigos, con los *Anales,* con las *Charlas de emigrados alemanes,* con los reflejos todos que, de aquella experiencia, han pasado —mal que bien— a su literatura. No oye las bravatas militares. No se contamina un solo instante con la insolencia del invasor, ni está orgulloso de figurar entre sus filas. El sentimiento de humanidad domina en él sobre toda pasión de bando. Le importa más que nada ayudar al necesitado. Lo mismo distribuye tabaco entre su regimiento que distribuye pan a la población de Valmy, salva a algún perseguido o ayuda a los campesinos contra los saqueos de las tropas. Y aunque individualmente siente compasión por este o el otro emigrado francés, a los emigrados, como clase, no los mira con buenos ojos: aquellos aristócratas, ostentosos hasta en la humillación, falsificadores de billetes, jugadores empedernidos, siempre los primeros en la huida, son los responsables de que los ejércitos extranjeros destrocen ahora los campos de la dulce Francia.

Vuelve horrorizado. De momento no anhela más que trazar en torno a su vida "un círculo en que sólo puedan penetrar la amistad, el arte y la ciencia".[19] En su hermosa alcoba negra del Frauenplan, lo esperan Cristiana y su hijo. Durante su ausencia, ella y el pintor Meyer —el amigo de Roma— han embellecido y compuesto la casa. Goethe comienza a instalar su museo privado de artes y ciencias, su laboratorio de óptica. Lee a Homero, retoca el *Reineke Fuchs* —la Fábula del Zorro, modernización del bajo alemán del siglo XV—, vuelve al *Wilhelm Meister*, que había dormido una larga siesta. Herder y Knebel vienen a cenar en su compañía para discutir los nuevos libros. Se informa del precio del Chester y el

[18] G. a Jacobi, 7-VII-1793.
[19] G. a Jacobi, 19-VIII-1793.

pescado seco en el mercado de Hamburgo. Quiere hacerse desentendido.

4. Hacia la integración

Era inútil amurallarse. La hora de la integración no había llegado. Fácil aislarse del mundillo de Weimar; pero el trueno de la Revolución hacía retemblar las vidrieras. Goethe veía perturbada su filosofía de la evolución; burlado su creciente anhelo de que la humanidad conservara íntegro su patrimonio, mejorándolo progresivamente y sin destruir sus anteriores conquistas; amenazada tal vez la seguridad económica que apenas había comenzado a disfrutar, y hasta disipado el sueño de un retiro pacífico de trabajo en un ambiente también pacífico.

No podía rehacer su concepción del mundo, de la vida, de la sociedad. Imposible, por otra parte, negar la magnitud de un entusiasmo que permitió a la Convención levantar catorce ejércitos para oponerse a la coalición europea y que lanzó a todo un pueblo en defensa de sus fronteras. Ni le era dable rechazar la justificación de ciertos principios, ni aceptar que los envilecieran el odio y la violencia. Su espíritu se resintió hondamente. Este desconcierto no brotaba de su propio ser, sino que le era impuesto por accidentes exteriores. No lograba expulsarlo con la poesía, ni acabó de darle una formulación literaria que a él mismo pudiera satisfacerle. Aunque, a partir del *Gran Copto* (1791), y durante diez años, hizo cinco diferentes ensayos para tratar en forma dramática los temas revolucionarios, no quedó contento. (Reseña sobre la *Antropología* de Heinroth, 1823.) Mientras más se apega a la realidad—*El ciudadano general, Los sublevados*—, menos acierta; y sólo se mueve con relativa soltura cuando transporta el asunto al vacío, como en *La hija natural,* teatro de sombras donde "apenas se escucha el ruido exterior".

Goethe deseaba una reforma, sabía que era justa y necesaria. Desde 1785, el escándalo del Collar de la Reina —"primer hachazo al árbol real"—, al descubrir la prostitución de la clase gobernante, le había abierto los ojos. Él hubiera querido moralizar los gobiernos; pero estima que esa tarea no puede entregarse a las

multitudes enfurecidas. La Revolución, por lo pronto, asume la forma del Terror y ahuyenta a sus simpatizadores teóricos: Klopstock, Hegel, Wieland, Kant, Fichte, Goerres, Gentz, Richter, el propio Schiller, cuyo candor juvenil y algo demagógico retrocedía ante la guillotina, como se aprecia en su correspondencia con Koerner. Goethe no desea "que se trasladen a Alemania artificialmente las escenas provocadas en Francia por una imperiosa necesidad". Y sólo cuando se aplaque la marea de sangre podrá situar en su punto la justicia histórica, tantas veces indiferente a las cuitas de la persona. En 1793, la sangre cegaba la vista. "Aún no era posible apreciar las consecuencias benéficas que sobrevendrían a la larga."[20] Y la verdad es que esta desazón contribuyó a hacer más densa aquella atmósfera de soledad que ya nunca lo abandonará del todo y que aún le pareció respirar a Guillermo Grimm a fines de 1809. Goethe no cerrará los ojos a las transformaciones políticas, antes seguirá siempre acompañándolas, pero no quiso acompañar el desfile de la locura.

Mientras tanto, la filosofía ronda ya de cerca su estudio. Las lecturas filosóficas de antaño más bien saciaban su apetito moral; pero se detuvo siempre en los lindes de la especulación metafísica. Con vago recelo, olvida sobre su mesa la *Crítica de la razón pura* (1781); y aunque Jacobi lo instaba a ello, tampoco se atrevía con el *Fundamento de la metafísica de las costumbres* (1785), y ni siquiera con los *Primeros principios metafísicos de la ciencia y de la naturaleza* (1786), cuyo solo título muy bien pudo haberlo seducido. Por su parte, Herder, tan opuesto a Kant en esos días, no lo convidaba a tales lecturas.

Ahora, al regreso de Italia, se encuentra con que el yerno de Wieland, el furibundo kantiano Reinhold, ha empezado su campaña en Jena; y no puede menos de acercarse, acaso también solicitado por su creciente interés en la filosofía del arte. No adelanta mucho con la *Razón pura;* la espuma, la olfatea. Pero, desde luego, siente justificadas sus tendencias instintivas con la teoría de los juicios sintéticos *a priori,* y por de pronto se contenta con eso. Insiste al fin, lee los capítulos que halla más accesibles y trae algunos frutos a su cercado. La *Crítica del juicio* (1790) le facilita

[20] Eck., 4-I-1824.

el lenguaje, el manejo de sus propias ideas: desinterés del arte y de la naturaleza, avenimiento de la estética y la teleología —reinos que él trataba de relacionar— y repudio de las causas finales. Sin duda le complace, asimismo, la aceptación del arquetipo y de la noción evolutiva de las especies. Es decir: espiga en Kant lo que le conviene. No se pára a considerar el abismo que media entre su sentimiento de la naturaleza y la concepción kantiana, negación de lo sensible, rebajamiento de lo natural a un extremo que Goethe jamás admitiría, aun cuando creyera también en la superioridad absoluta de la libertad humana y de la voluntad moral.

Los verdaderos kantianos bien que percibían las diferencias, y se limitaban a escuchar pacientemente las improvisadas disertaciones del poeta, que "se iba por los cerros de Úbeda". Schiller, aún no ganado completamente al criticismo, considera imposible que Kant convenza realmente al autor del *Werther*, y escribe a Koerner que Goethe transforma sus lecturas kantianas de un modo de veras extraño. "Su filosofía es demasiado material."[21]

Goethe lee la duda en la cara de sus amigos, pero no desmaya. Hace una tabla analítica de las "categorías", con la *Razón pura* a la vista; y al margen de los *Principios metafísicos,* señala gozoso cuanto confirma su hipótesis de la polaridad como ley de la materia viva. En cambio, la doctrina del "mal radical", en *La religión y los límites de la razón pura* que lee el año de 1793, lo saca de sus casillas. El Viejo de Könisberg, "tras de haber consagrado una larga vida a limpiar su manto filosófico de toda mácula de prejuicio, acaba de mancharlo con un verdadero crimen".[22] Y a Fichte, tras de haber leído su *Doctrina de la ciencia,* le escribe con manifiesta intención, declarándole que lo entiende y lo aprueba, y que "le agradece el reconciliarlo con los filósofos, de quienes no puede prescindir, pero con quienes no acierta a entenderse". Fichte —afirma— "nos promete poner de acuerdo la filosofía y el sentido común".[23] Poco tiempo después, Schiller, que también seguía su propia senda, dará a Goethe "la ilusión de haber penetrado la

[21] Sch. a Koerner, X-1790.
[22] G. a Herder, 7-VI-1793; a Jacobi, 7-VII-1793.
[23] G. a Fichte, 24-VI-1794; a Carlota von Kalb, 28-VI-1794.

filosofía de Kant y dominar su terminología". Se ve, en todo caso, que Goethe está decidido a ir hasta el fondo de sus problemas y que emprende todos los sondeos posibles. Schiller lo estimulará en este empeño, como en otros órdenes de su labor.

Goethe iba alcanzando así la madurez, y no sólo por la vía intelectual, sino con la plenitud de su persona. Con menos se hubiera contentado cualquier estudiante de filosofía adiestrado a los veinte años por Herder. Pero Goethe no podía resignarse a una sabiduría puramente verbal, técnica y teórica, que él no hubiera practicado y merecido a cambio de un gasto vital. Llegado a este término, no se conformará con partir en pedazos la expresión de su ser. Anhela y exige la imposible, la cabal unidad de su conciencia, y la colaboración ajustada "de todas las facultades juntas" (ensayo sobre *Winckelmann*, 1805; *Poesía y realidad*, XII; la *Psicología* de Stiedenroth, 1824; pasaje del *Meister* sobre el peligro de perder la "saludable unidad"; pasaje sobre la unidad como salud biológica en sus *Consideraciones de la morfología en general).*

Ésta es la suma ambición trágica a que han llegado tres o cuatro grandes poetas. Y sus obras particulares —ya excelsas en sí— adquieren nuevo sentido en esta lejana orientación. La singularidad de Goethe está en que nos haya dado las pruebas y las evidencias de semejante armonía, en otros apenas sospechada, y a la que acaso llegó 'Monsieur Teste', pero en silencio. A veces parece el más sencillo, y a veces el más extraño de los hombres. Su ostensible superficialidad —como en algunos lugares del *Fausto*— esconde profundidades de abismo. Como Simmel lo hace entender, sabe filosofar sin los instrumentos profesionales de la filosofía, y puede hablar de las ideas con esa familiaridad con que se habla del tiempo. En esta condición, nos recuerda al sabio ateniense de los mercados, así como en su hilozoísmo temperamental, apenas servido de aparejos, nos recuerda tanto a los presocráticos. "Ver con las manos y tocar con los ojos", dicen las *Elegías romanas*. Fichte declaraba que los filósofos tenían que buscarlo, porque lo que Goethe *sentía* era la piedra de toque de cualquier *argumentación.*[24] Y Schiller:

[24] Fichte a G., 21-VI-1794.

> La atenta mirada de usted cae serenamente sobre las cosas y lo libra de los rodeos en que se extravían la especulación o la imaginación arbitraria. La intuición de usted capta y abraza con justedad y plenitud cuanto el análisis busca trabajosamente, y si usted mismo ignora su riqueza sólo es porque ella reposa en usted como un todo acabado; pues por desgracia sólo nos es dable conocer lo que aislamos y desprendemos de nosotros mismos. De aquí que los espíritus que poseen una profundidad semejante pocas veces se dan cuenta de ella, y de lo poco que les aprovecharía pedir auxilios a la filosofía, a la cual más bien incumbe instruirse junto a mentes como la suya. La tarea de la filosofía se limita a descomponer lo que se le da, mientras que el don creador es oficio, no del lógico analítico, sino del genio, único capaz de sintetizar según leyes objetivas, bajo la guía oscura y secreta, pero firme, de la pura razón.[25]

Y Hegel afirma que Goethe junta los dos mundos, el abstracto y el que conocemos directamente, poniendo a ambos en intimidad. Este Goethe de una sola pieza parte de 1786. No era así el que antes conocíamos.

Goethe lucha entre el anhelo de reclusión y el afán de seguir extendiendo sus ya dilatados dominios. Su larga amistad con Herder sufría por las desigualdades de este hombre descontentadizo. Había dado en culpar a Goethe, sólo porque éste lo llevó a Weimar, de cuantos enojos le causaba su constante y sorda pelea con los eclesiásticos del ducado, que lo tenían por un pensador atrevido y un hombre estrafalario. Durante su viaje a Italia, su irritabilidad se exacerbó todavía más porque el coadjutor Dalberg le impuso la compañía de su amante, la señora Seckendorf. Herder se separó de la pareja en Roma, y desde allá dirigía a su esposa Carolina, que se había quedado en Weimar, unas cartas furibundas, desahogando su genio mohino contra Goethe: "Cuanto digas en su abono es nulo a mis ojos —afirmaba—. ¡Váyase al diablo ese dios para quien todo es una farsa que él maneja a su capricho! Te lo diré, si prefieres, en términos menos crudos: no quiero tratos con ese gran artista, ese reflejo único del gran Todo, para quien sus mismos amigos y cuantos gravitan en su órbita no son más que unos miserables pedazos de papel donde él escribe, u otros tantos colores

[25] Sch. a G., Jena, 23-VIII-1794.

de la paleta con que él pinta." Carolina procura defenderlo al principio, aunque añadiendo con cautela: "¡Oh tesoro mío, no te engañes sobre la verdadera naturaleza de mis sentimientos!... Goethe es una alma fiel y varonil, créeme: te quiere de veras y es digno entre todos de tu afecto."[26] Pero pronto se percata de que no debe exagerar esta nota, y acaba permitiendo que su salón se convierta en centro de las murmuraciones contra Goethe.

Éste no se engaña, persiste en ayudar a Herder sin perder su ecuanimidad. Conoce sus cualidades y sus defectos. No tenía otro compañero de igual talla, y hacía tanto caso de su opinión que retuvo por consejo suyo la publicación de las *Elegías romanas* y los *Epigramas venecianos*, y hasta le sometió el título del *Gran Copto*.[27] Como el filólogo Heyne quiere atraer a Herder a Gotinga ofreciéndole los cargos de profesor de teología y consejero del Consistorio, Goethe, para retenerlo y salvarlo de aquel ambiente de intrigas que lo espera, obtiene que el duque pague sus deudas, le aumente el salario, tome a su cargo la educación y futura situación de sus hijos, y lo nombre vicepresidente del Consistorio de Weimar, con promesa de suceder al presidente actual. Herder era ingrato y salvaje, pero no negado a la admiración y a la amistad que, a pesar de todo, lo acercaban a Goethe. Ya hemos visto que, no obstante sus escrúpulos, cuidaba de Cristiana y de Augusto durante las ausencias de Goethe, y luego siguió frecuentándolo. Goethe, sin embargo, no podía ya abrirle su corazón como en los días de la juventud.

No, no había que abandonar a Goethe en aquel instante difícil. El trato humano se le hacía doloroso. Para este 'Fausto' algo entristecido, algo ensimismado, el milagro de un rejuvenecimiento no estaba seguramente en las manos de 'Margarita', ni de Cristiana, ni mucho menos de 'Mefistófeles'. Entonces aparece Schiller.

[26] Herder a su esposa, 7-IV-1789; Carolina a Herder, 10 y 29-V-1789.
[27] G. a Knebel, 1-I-1791 y 5-IX-1791.

V. GOETHE Y SCHILLER

24 de junio de 1794 - 9 de mayo de 1805

1. El camino de Schiller

La amistad entre Goethe y Schiller sólo se afianza el año de 1794. La crítica reconoce que el raudo tránsito de Schiller por el alma de Goethe parte la vida de éste en dos mitades. Sigamos los pasos de Schiller desde los primeros titubeos hasta esa hora trascendental. Retrocederemos unos años y, conforme el instante decisivo vaya acercándose, recordaremos brevemente el punto en que Goethe se encontraba. Fuera del concierto con Goethe —como observa Germán Grimm— "los hechos de la existencia de Schiller no son elementos de su poesía".

Diez años menor que Goethe, educado en la severa escuela militar de Ludwisburg, practicante de medicina a la fuerza, pronto atraído a los estudios filosóficos y poéticos, lector de Rousseau y de Goldsmith, admirador del *Goetz,* del *Clavijo* y de Shakespeare, con precoz inclinación al teatro, Schiller —rebelde a la tiranía del duque Carlos de Wurtemburg— fue aprisionado. Durante su encarcelamiento, escribió *Los bandidos*, según aquella fórmula "romántica" que ya Goethe había superado. La publicación de esta obra, hecha a su costa —y cuya representación fue por algún tiempo prohibida como impolítica—, lo dejó endeudado para muchos años, pero le valió una fama repentina y provocó imitaciones en Alemania y en Francia. Escapó a las persecuciones, se escondió en la casa campestre de un amigo, otra vez obtuvo un préstamo, y comenzó su carrera de escritor con ese enojoso fardo encima.

Cuando el duque de Weimar pasó por Mannheim, la señora de Kalb hizo que Schiller leyera ante la corte el primer acto de su *Don Carlos,* y el duque le concedió el título honorífico de consejero. Comenzó a publicar un periódico en que censuraba acremente a los actores de Mannheim. La vida se le volvió imposible, y su padre

casi lo forzaba a continuar su interrumpida práctica de medicina. En esta hora angustiosa, la carta y los presentes de un admirador desconocido vinieron a darle nuevos ánimos. Este admirador era el magistrado y hombre de letras Cristián Godofredo Koerner, de Leipzig, cuya amistad le fue tan preciosa. Schiller acabó por pedir a Koerner un modesto refugio: una mesa para escribir, unas gavetas para sus papeles, una cama, un sofá, una mesa donde comer.[1] Koerner le envió el dinero necesario para que pagara sus compromisos más urgentes en Mannheim y pudiera trasladarse a Leipzig, donde a los quince días los amigos se encontraron por vez primera.

Schiller seguía trabajando en *Don Carlos*, y durante ese verano, escribió además aquella *Oda a la alegría* que inspiró a muchos músicos, y que en 1818 Beethoven incorporará al final de su Novena Sinfonía. De entonces datan asimismo unas cartas filosóficas entre 'Julio' y 'Rafael', y una novela hoy olvidada.

En 1787, sin duda a instancias de la señora Kalb que le había procurado el favor del duque Carlos Augusto y que pensaba divorciarse para contraer nuevas nupcias con Schiller, éste se acercó por Weimar. La señora Kalb fue algo como su madrina social. Por desgracia Goethe seguía en Italia, y entre tanto el joven se presentó a Herder y a Wieland. Al primero lo encontró genial y gruñón; al segundo, gozosamente rodeado de catorce retoños. La duquesa Amalia no le agradó mucho a primera vista. Conoció al semirridículo Vulpius, hermano de Cristiana, quien aún no aparecía en la historia; conoció a la actriz Corona Schröter, con quien llegaría a tener buena amistad, pero que de pronto no le impresionaba como artista de corazón. Knebel lo llevó a la casa de campo de Goethe, que él ocupaba en su ausencia. No halló precisamente bella a Carlota de Stein, pero sí muy interesante y de buena compañía. Recogió por todas partes los mejores informes sobre Goethe, el escritor y el hombre, su limpieza y su claridad. Le encantaba el político Cristino Diosdado de Voigt, un predilecto de Goethe. Es evidente que Schiller anda por Weimar con la idea de acogerse a la amistad de Goethe y a la protección de Carlos Augusto, pero no

[1] Sch. a Koerner, 25-III-1785.

es hombre para importunar con instancias y espera más bien a que se lo llame.

Wieland, que lo había recibido con suma afabilidad y solía llevarlo a su club, se ausenta unos días. Herder cae enfermo. Schiller llama a la puerta de Bertuch, quien le hace admirar su jardín y le muestra el cenador rústico en que dictó su traducción del *Quijote*. Después, pasa unos días en Jena, donde oye las conferencias kantianas de Reinhold, el yerno de Wieland, "hombre exagerado y estrecho". Cuenta por carta a su amigo Koerner las hablillas sobre los constantes pleitos y reconciliaciones entre Herder y Carolina su mujer. Comienza a sentirse bien hallado en Weimar, donde cada uno hace su mundo aparte. Organiza su pequeña sociedad; aun sueña con que Koerner se traslade también a Weimar, y cree poder obtenerle el nombramiento de consejero, gracias a la buena disposición de Schmidt, primer ministro en ausencia de Goethe. Se burla, pero con simpatía, del carácter indeciso de Wieland. Se le ocurre que bien podría casarse con su segunda hija, aunque realmente no la conoce. Trabaja en su *Historia de la rebelión holandesa.*

A comienzos de 1788, anuncia a Koerner su esperanza de ser nombrado catedrático en Jena, si bien la perspectiva lo atemoriza un poco. Entre tanto, quisiera casarse y no halla con quién —como en la canción—; quisiera definir su vida, hasta ahora un tanto errabunda. "He sido incapaz de ser feliz durante bastantes años." Pero Koerner replica:

> No por el hecho de casarte lograrás que se aquiete tu natural inestabilidad, que te trae y lleva entre la sensación del gozo y la sensación de vacío. Además, bien está que se ocupe un poco de cosas históricas, como medio para mejorar su situación; pero, por favor, no olvide la poesía, que es lo primero.

Hacia abril de ese mismo año, Schiller le cuenta haber recibido una singularísima oferta de matrimonio, en Schweinfurt, con buen puesto y poco trabajo, alto salario y dote muy tentadora. Este pensamiento ¿se le habrá vuelto al pobre Schiller una idea fija? Y al fin sobreviene la gran noticia, en el mes de julio: "Goethe ha regresado a Weimar hace un par de semanas. La gente lo halla algo

cambiado. Veremos en qué pára esto." Aún no se han encontrado. Schiller pasa ahora una temporada en el campo, cerca de Volkstadt, junto a la señora Legenfeld y sus dos hijas, la menor de las cuales pronto será su esposa. La familia pertenece al mejor círculo, al de la señora de Stein. Las muchachas se parecen a las heroínas de Richardson. Y Schiller es levemente *snob* y algo preocupadillo de sus adelantos sociales, no obstante sus dramáticas prédicas de desmelenado.

2. La atracción indecisa

¡Al fin puedo hablarte de Goethe! Sé que esperabas la noticia con impaciencia. He pasado casi todo el domingo en su compañía. Vino de visita [a casa de las Legenfeld] con las señoras Stein, Herder y Schardt. Al principio, defraudó mis esperanzas respecto a su encanto y sus atractivos personales. Es hombre de talla media, algo rígido en el porte y en el andar. Su cara me pareció inexpresiva, pero su mirada llena de vida y seducción. Aire serio, aunque muy afable; tipo moreno, y según mis cálculos, representa más años de los que tiene. Voz agradabilísima, y muy fluida y animada cuando empieza a contar historias. A la gente le gusta oírlo, y cuando él está de humor —y estaba de un humor excelente— habla con extrema rapidez. Se deleita evocando sus impresiones de Italia, y lo hace con mucho ingenio. Lo que me dijo me ha dado una visión muy clara y vívida de aquel país y de su pueblo...

Después, averiguamos que Goethe hace grandes elogios de Angélica Kauffmann y el noble empleo que da a su riqueza. Habló de tantas cosas en unas cuantas horas, que Schiller sólo podrá contarlas poco a poco a su amigo Koerner. En conjunto, la impresión es buena.

Pero dudo que lleguemos a la verdadera intimidad. Mucho de lo que me interesa, mucho de lo que creo y espero, para él es cosa del pasado. Me lleva tal delantera, más en la experiencia que en los años, y en su desarrollo personal, que dudo si nuestros caminos podrán realmente encontrarse. Además, todo su ser es diferente del mío, y creo que lo ha sido siempre. Nuestro modo de ver las cosas es muy distinto. En suma, que nada ha salido en claro de esta entrevista. El tiempo dirá.

Y Koerner le contesta: "No espero amistad entre vosotros, sino una manera de fricción de que nazca el mutuo interés."[2]

Siempre afligido por sus enojos económicos, Schiller se da tiempo para escribir una concienzuda reseña sobre el *Egmont,* reseña que Goethe ha leído con agrado —aunque abunda en reparos históricos—, y que le ha valido cierta estimación. Ahora traduce la *Ifigenia en Áulide*, de Eurípides, sin que se le disimule el conflicto entre el argumento y la moral de los personajes.

Goethe le anuncia a los pocos días que le van a conceder la cátedra de historia en Jena, vacante por la partida de Eichhorn. Schiller se siente algo intimidado, aunque Goethe añade unas palabras de aliento y le recuerda que *docendo discitur.* Koerner le aconseja que se haga pagar bien y salga de una vez de aquella existencia trabajosa; le recuerda que el tiempo del poeta es precioso, y le asegura que es la Universidad quien sale ganando con su nombramiento, "pues hay allí profesores apenas conocidos en dos millas a la redonda".[3]

Este año ha presenciado la toma de la Bastilla. Mozart ha compuesto el *Don Juan.* Byron acaba de nacer. Comienza el 1789.

Aunque Goethe ayuda a Schiller, y aun moviliza en su ayuda a sus mejores amigos como Voigt, la crisis de soledad que atraviesa lo mantiene un poco distante, y tal vez hasta la preocupación de resolver sus intimidades con Cristiana, en una ciudad tan pequeña, y ante el círculo de las señoras Stein y Legenfeld, al que Schiller mismo está cada vez más unido. "Poco a poco —escribirá Goethe más tarde, refiriéndose a este momento de su vida— se aprende a trabajar en la soledad, a cambio de aquella recompensa que es ya imposible compartir con los otros."

Entre tanto, Schiller prepara su curso y habla a Koerner de su nuevo poema *Los artistas*, clave para entender lo que había en aquel espíritu desde sus días prekantianos. Cada vez le irrita más la admiración sin discernimiento de Moritz para Goethe, singularmente cuando se empeña en considerar como modelos ciertas obras meramente medianas, o que así le parecían entonces. Más tarde ha de rectificar sus juicios, lo que honra su criterio. En todo

[2] Sch. a K., 12-IX-1788; K. a Sch., 28-IX-1788.
[3] Sch. a K., 15-XII-1788; K. a Sch., 30-XII-1788.

caso, comienza a impacientarse con Goethe y su bondad fría, de divinidad ausente.

> Quisiera matarlo y lo adoro. Su juicio ejerce sobre mí un peso inmenso. Ha manifestado una opinión muy favorable sobre mi poema *Los dioses de Grecia*, pero le parece muy largo; tal vez tiene razón. Su dictamen es muy seguro, y no me engaña con halagos. Yo deseo ver claro en mí mismo, y sólo él puede ayudarme.[4]

¡Pero Goethe es inasible, se escapa! Schiller aún ignoraba la humilde razón de esta actitud. "Parece que esconde algo", decía. Y así era, en verdad. ¡Pobre Goethe! Escondía una pequeña felicidad, algo equívoca.

Koerner, que —como todos por esos días— ni conoce aún entera la obra lírica de Goethe, ni menos el *Fausto* ni el *Meister*, que no han aparecido, y que lo consideraba más bien como un serio rival dramático de Schiller, aconseja bondadosamente a éste que no niegue la grandeza, ya que él también participa de ella.

> No —contesta Schiller—, no pretendo compararme con Goethe... Posee más genio que yo, y un tesoro mayor de conocimientos, una "sensitividad" más clara y definida, y además, cuenta con una percepción artística muy delicada, refinada y pura en todas las ramas del arte, que yo ignoro en absoluto. Si no fuera porque yo poseo otros talentos, manifiestos en mis dramas, su antorcha ya me habría oscurecido.[5]

3. La cátedra de Jena

Si, por un extremo de la vía, Goethe adelantaba con cautela —no porque recelara de Schiller, a quien tan instantáneamente dominaba con su sola presencia, sino porque sus actuales condiciones lo hacían un tanto huidizo—, por el otro extremo Schiller avanzaba lentamente, algo espantado ante los deberes universitarios y la vida que le esperaba en Jena. Pronto se encontrarían en el medio. Cada uno ignoraba la situación del otro. Schiller se hacía mil pre-

[4] Sch. a K., 3-II-1789.
[5] Sch. a K., 25-II-1789.

guntas. De Goethe no podemos saberlo: había comenzado a callar. En mucho, era el más solitario.

Koerner ha cambiado de idea: es mejor que Schiller se case. Y puesto que, según cuentan, tiene "al alcance de la mano" a la señorita Schmidt, que posee riqueza, belleza y cultura, ¿a qué esperar?[6] Pero Schiller está ya en Jena, ocupado en su nueva instalación, y lleno de gratas sorpresas. Posee tres cuartos, una mesa de escritor mandada hacer a su gusto. Dos ancianas lo atienden y le traen los alimentos a sus habitaciones. Todo es más barato que en Weimar.

El auditorio tiene capacidad para sesenta personas sentadas. Pero afluye tal multitud a la inauguración de su curso, que, aunque a última hora lo cambian a una sala mayor —para tres o cuatrocientos oyentes—, el público llena los pasillos, desborda por las escaleras y hace fila en la larga calle Johannes, la más larga de Jena. Los estudiantes acuden corriendo para ganar sitio. Los vecinos se alarman y se asoman a las ventanas. Acompañado de Reinhold, el nuevo profesor se encamina a su sitio lleno de inquietud, y apenas logra llegar, mareado con los estrepitosos aplausos. Se recobra en cuanto empieza a hablar, procurando hacerlo con el mayor dominio, y él mismo se asombra al descubrir la potencia de su voz.

La conferencia fue un éxito. Toda la noche ha dado tema de conversación a la ciudad. Los estudiantes lo han escuchado con inusitada y respetuosa atención. Después, le trajeron serenata y lo aclamaron bajo sus ventanas. Al día siguiente se siente ya tan seguro que se atreve a sentarse. Lee la mayor parte del tiempo, e improvisa explicaciones adicionales. Aún no toma el gusto al oficio: hay un invisible muro entre él y los estudiantes. Ignora su preparación, no puede saber si lo entienden, si de veras aprovechan sus explicaciones. Además, siente que ya lo rodea la envidia.[7]

La gente comienza a asociar su nombre al de la hija de Eckardt, personaje de influencia y buen pasar, pero a él no le agradan la familia ni la muchacha.

> ¿Y qué se te ha ocurrido decirme sobre la chica Schmidt? ¡Imposible! Esa gente sólo ve el dinero. Ella es encantadora, pero sin carácter

[6] K. a Sch., 6-V-1789.
[7] Sch. a K., 28-V-1789.

para adaptarse a mi vida, lo que admiro mucho en una amiga como ella, pero no lo admiraría en mi esposa. Hay otra señorita de buena familia en Weimar, si yo quisiera... Pero no tiene dinero... Si sabes de algún buen partido, avísame: o riqueza, o mejor aún, pobreza absoluta, y así nos divertiremos más.[8]

Espera con alegría la visita de Koerner, le reserva dos cuartos, le da la lista de sus mejores amigos. "No sé qué decirte de Herder y de Goethe, no me atrevo a forzar su puerta."[9]

Las señoritas Legenfeld aparecen por Jena en julio, y al mes siguiente, Schiller declara su amor a la más joven, Carlota, desde Leipzig, donde ha ido para recibir a Koerner. Allí se le reúnen las dos hermanas. Schiller las presenta a su amigo y le da cuenta del compromiso. Koerner no sabe qué pensar: el paso ha sido demasiado súbito, no tenía ni la menor sospecha, está desprevenido. Se encamina con Schiller a Jena, llevando en su compañía a su mujer, su cuñada, su hijita y su criada. Los deberes del hospedaje y la sociedad privan a los dos amigos de toda ocasión para cambiar confidencias durante los breves días de su encuentro, y se despiden con la idea de que se dejaron por decir muchas cosas.

Desde Rudolstadt, en el campo, junto a la familia de su novia, cuenta Schiller a Koerner las impertinencias de Herder, quien, no habiendo predicado desde su regreso de Italia, porque dudaba si se quedaría en Weimar, acaba de consagrar su primer sermón a hablar de sí mismo, en forma que deleitó a sus adversarios e hizo enmudecer a sus amigos. ¡Para colmo, el texto del *Te Deum* tenía por asunto al señor Herder! Y todavía dijo algunas insolencias en una cena de la duquesa, burlándose de la corte que lo ha acogido... Pasando a otra cosa, ¿ha leído Koerner los *Viajes de Anacarsis*, de que habla todo el mundo? La forma parecería excelente en manos de un genio, pero el autor es muy aburrido.[10]

Como Koerner vive en Dresde, Schiller insiste en su antigua idea de trasladarlo a Weimar, y de paso le expone su concepto de la historia, anticipación a las actuales teorías de los "campos in-

[8] Sch. a K., *loc. cit.*
[9] Sch. a K., 12-VI-1789.
[10] Sch. a K., 26-IX-1789.

teligibles" que no deben limitarse a las naciones separadas. Mientras vuelve a Jena, se entretiene en dar lecciones a una treintena de discípulos, la mayoría incapaces de pagarle. Ha tomado gusto al oficio.[11] Cierto catedrático en Jena reclama el título de profesor de historia que Schiller le ha "arrebatado", y éste aplaca la tormentilla haciéndose designar profesor de filosofía.

De su compromiso con Carlota de Legenfeld ni siquiera la madre de ésta tiene todavía conocimiento. Schiller se esconde a los ojos de la señora Kalb, como Goethe se esconde a los ojos de la señora Stein. No va más allá la semejanza del caso. La soñadora Kalb pide que Schiller le devuelva sus cartas y quema, iracunda, toda la correspondencia cambiada entre ambos. La prudente Stein también obtiene la devolución de sus cartas y las destruye, pero conserva cuidadosamente las cartas de Goethe que han llegado hasta nosotros. Schiller ha reconocido que la influencia de la señora Kalb no le fue benéfica. Goethe reconoce lo mucho que debe a la señora Stein. La señora Kalb, cuando puede, intercepta la correspondencia de Schiller y dicen que envía anónimos a su novia. La baronesa de Stein, por su lado, protege este noviazgo.

Se recrudecen los disgustos de Jena, la guerrilla entre colegas. "Tu sitio está en Berlín", dice Koerner. "Pero —contesta Schiller— creo que debo soportar aquí todo el año entrante, primero para adquirir práctica, segundo porque voy a casarme." El ambiente académico ha conseguido hartarlo. Ni siquiera se cree con derecho a imponerlo a su novia. Pero se calma unos días después, y así acaba el año de 1789.

La baronesa de Stein logra interesar al gran duque en el próximo matrimonio de Schiller y en su difícil situación económica. Parece que van a ayudarlo de algún modo, y contempla con tranquilidad el porvenir. Por su parte, Goethe acaba de ceder su casa del Frauenplan al gran duque para hospedar a algunos personajes; se ha trasladado a la Jägerhaus, ha ido a Venecia por la duquesa Amalia y luego al Congreso de Reichenbach; ha continuado sus trabajos literarios y científicos; ha recorrido las colecciones de arte del ducado, nombrando aquí y allá curadores.

[11] Sch. a K., X y 10-XI-1789.

Schiller se casó con Carlota de Legenfeld en el pueblecito de Eningen, alrededores de Jena, el 22 de febrero de 1790. A mediados de mayo, reanuda en Jena su curso de historia y diserta, además, sobre la estética de la tragedia. Ya no le intimida la cátedra, y apenas necesita preparar las lecciones orales. Su felicidad doméstica lo sostiene. Pero trabaja con exceso, lo que va minando su salud.

Koerner ha podido charlar con Goethe a su paso por Dresde, y Schiller comprueba con complacencia que Goethe trae el mejor recuerdo de su amigo. En Dresde, como en Weimar, se ha discutido a Kant.

Durante tres años, Schiller no realizará ninguna obra poética original: traduce a Virgilio, estudia, da sus cursos, va a sumergirse en Kant. El acercamiento futuro entre Goethe y Schiller renovará la actividad literaria de uno y de otro.

Por primavera se ha distribuido un fragmento o primera entrega del *Fausto.* Koerner sabe que Schiller no está del todo satisfecho. "Hay desigualdades—le confiesa—, tal vez debidas al mucho tiempo transcurrido entre la redacción de algunas escenas; pero el conjunto es delicioso, y me encanta que el carácter de 'Fausto' sea siempre de un orden superior al de 'Mefistófeles', aun cuando éste lo supere en ideas, experiencia y agilidad."[12]

En 1791, como sabemos, Goethe se hace cargo del teatro de Weimar, cuya dirección conservará hasta 1808. La aparición de Mozart, su menor en quince años, por quien ha comenzado a interesarse desde Italia, lo ha convencido de que Kayser no era el hombre para poner música a su *Egmont.* Aún no soñaba con que poco después había de hacerlo el propio Beethoven. Por ahora, se preocupa de dar a conocer en Weimar el *Don Juan* y *La flauta mágica* de Mozart.

La salud de Schiller ha comenzado a flaquear, en términos tales que tiene que abandonar el curso durante el invierno. Pero se siente muy halagado: Goethe declara que le hubiera gustado firmar cierto juicio sobre los poemas de Bürger, juicio anónimo de que

[12] K. a Sch., 29-VI-1790.

Schiller es el autor. Se ha puesto a estudiar seriamente a Kant, y aunque no se restablece del todo, continúa sus apremiantes labores de escritor. Su felicidad doméstica sigue siendo ejemplar. A esta altura de su amistad, es ya indudable que aquel conferimiento constante de su trabajo y sus estudios con Koerner ha sido de suma utilidad para Schiller.

Logra al fin libertarse de las deudas que han pesado sobre toda su vida, gracias a un generoso donativo del príncipe de Holstein-Augustenbourg y del conde de Schimmelmann, ministro danés, auxilio que acaba de llegarle de Copenhague y está aparentemente sólo destinado a atender los gastos de su enfermedad.[13] Este presente, de mil táleros por tres años sucesivos, le devolvió la vida para otros catorce de fecunda labor. La iniciativa corresponde a Baggesen, el poeta danés, a quien, de paso por Jena, impresionó mucho el estado en que se encontraba Schiller. Es muy singular que este rapto de liberalidad haya sido provocado por la falsa noticia del fallecimiento de Schiller, noticia llegada a Copenhague justamente en los momentos en que se celebraba una fiesta en su honor, la cual de pronto pareció un duelo.

El año de 1792 se inicia, pues, bajo los mejores auspicios. La salud de Schiller aún deja qué desear, pero prosigue tenazmente el estudio de Kant, que ahora quiere combinar con el de Locke, Hume y Leibniz. Suele cenar, en familia, con otros cinco jóvenes profesores interesados en las mismas lecturas. Cada uno trae su parte y no hay gasto extra. Después, se juega un rato a las cartas.

Koerner, que tampoco deja su Kant, reflexiona sobre ciertas proposiciones de este filósofo que le han parecido arbitrarias, lo cual lo ha llevado a meditar "sobre la prueba en general y sobre los límites de la duda".[14] Y como sabe que el mal de Schiller acaba de recrudecerse y no se mitiga aquel dolor del pecho que le apagaba la voz, le estorbaba el resuello, le impedía hasta el bostezo y le ponía las manos temblorosas, lo invita a trasladarse a su lado: "Volvamos a vivir juntos." Schiller prefiere dejar pasar la crisis y, por lo pronto, le ruega que le diga cuánto debe todavía a su acreedor Beit, para de una vez acabar con esa larga tortura.

[13] Sch. a K., 13-XII-1791.
[14] K. a Sch., 8-I-1792.

Sólo entonces le confiesa el excelente Koerner que él mismo ha pagado a Beit de tiempo atrás, para que no importunara a su deudor, y le ruega que no se inquiete ni se apresure, pues ya no recuerda de momento el valor de la deuda, ni tomó nunca nota del pago y, para fijar las cifras, tiene que buscar una vieja carta de Schiller ¡de 1789![15] La intervención de Dora, la cuñada de Koerner, no había sido ajena a la liberalidad de los amigos daneses: durante una temporada en Carlsbad, ella había hablado muy largamente sobre la situación de Schiller al príncipe heredero de Dinamarca. Pero ni Dora ni Koerner cometieron la grosería de anunciárselo. Schiller se dispone a visitar a su amigo, e insiste en pagar cuanto antes su deuda, pues no hay ya razón para demorarlo. "Pagaré cuanto debo, y a ti mismo te pagaré lo que puede pagarse. Para ser feliz sólo pido ya buena salud." "Siempre estaremos juntos —le contesta éste—. Nadie, excepto Goethe, ha influido más que tú en mi existencia."[16]

Por estos días, Schiller había adquirido el hábito de dormir un poco entre una y otra tarea. En cambio, de noche, cuando todos descansan y mientras cobra el sueño, se pone a jugar a las cartas con la criada. Se ha comprado un caballo, pero aún no puede montar, por miedo a los dolores del pecho. (Todos montaban a caballo en aquel tiempo: era el medio más general de transporte, aunque a un escritor urbano de nuestros días le resulte casi increíble.) "Pienso llevarlo a Dresde, y cabalgaremos juntos para tener más tiempo de hablar... También llevaré mi *Guerra de Treinta Años...*, no le dedicaré más de cinco horas al día; no quiero que absorba todas mis fuerzas. Consagraré mis mejores ratos a alguna tarea más inteligente, que ya te revelaré de palabra."[17]

A mediados de abril, Schiller y su esposa emprendieron el viaje a Dresde, llevando consigo a otros compañeros, también estudiantes de Kant. Su permanencia de un mes al lado de Koerner se vio enturbiada por las recaídas de su salud. Venciendo sus dolores, pudo trabajar un poco y charlar con él a su sabor. Le comunicó entonces su proyecto, que era la publicación de un periódico

[15] K. a Sch., 24-I-1792.
[16] Sch. a K., 28-II-1792; K. a Sch., 2-III-1792.
[17] Sch. a K., 15-III-1792.

literario, *Horen* (*Las Horas*), y Kant estuvo presente en aquellas tertulias como un convidado invisible. Schiller no logró contagiar a su amigo de su afición por las cartas y el ajedrez.

Vuelto a Jena, Schiller medita en un drama sobre Wallenstein, lo que llena a Koerner de alegría, pues teme que Schiller se aleje de la poesía más de lo que conviene, con sus preocupaciones históricas y kantianas. Schiller habla de cierta "premonición musical" que suele preceder a su trabajo artístico, y de la conveniencia de alternar la creación poética con la investigación, pues hay momentos en que las inspiraciones subconscientes "son como leones dormidos a los que es mejor no despertar".[18] A fines de septiembre, ha dado término a su *Guerra de Treinta Años* que ya comenzaba a pesarle. ¡Las Musas ya estaban indignadas! En diciembre, su salud otra vez flaquea.

¿Qué hacía Goethe, en tanto? Levantaba el teatro en Weimar, como habían intentado hacerlo Lessing en Hamburgo y Schiller en Mannheim. Transigía un tanto con el gusto del público, para no ahuyentarlo, y ya había logrado presentar el *Don Juan* de Mozart, al que pronto seguiría el *Don Carlos,* de Schiller. El pintor Heinrich Lips, llegado de Roma, acaba de hacer su retrato. Él continúa en su empeño de aplicar a la física el método que aplicó al estudio de la morfología de plantas y animales, incurriendo en el mismo desvío de todos sus contemporáneos, con excepción de Kant, al querer conciliar el orden fisiológico y el orden objetivo de la visión. Su estudio de los colores encontró un público incrédulo. Convertida su atención al aspecto técnico de las artes, convencido de que los artistas alemanes que lo acompañaron en Italia hablaban de colores "fríos" y "calientes" sin entender lo que decían —salvo Angélica Kauffmann, que llegó a pintar para él un cuadro sin el menor asomo de azul—, ordenadas ya sus observaciones sobre la influencia de la atmósfera en los matices y en las sombras, se entregaba a mil experimentos al aire libre, se hacía traer las obras de Newton y buscaba cuanto se ha escrito en todo tiempo a propósito del color. A la vez, organizaba la representación del *Gran Copto,* que al menos perdurará por la aparición del personaje en la célebre escena del tercer acto. Se embriaga

[18] Sch. a K., 25-V y 10-VI-1792.

de trabajo. En cualquier periodo de su vida —observa Rudolph Magnus— es imposible que un solo biógrafo desenrede la trama de la actividad de Goethe. A ratos perdidos, jugaba con su hijo de dos años. Pero él no tenía un Koerner en quien confiarse, pues Herder estaba cada vez más maniático, gruñón y difícil. A Goethe ni siquiera le divertían las cartas, y mucho menos el ajedrez, contrario al espíritu poético, según el *Diván.* Schiller y Koerner también hablan por esos días de su respectiva soledad mental: al menos, se acompañaban en ella. Y los tres parecen huir del desperdicio a que obliga el trato con mediocres, y los tres dan señales de la marea kantiana.

Por estos días sobrevino la campaña de Francia, que ya conocemos a grandes rasgos en cuanto a Goethe se refiere.

5. La amistad

Las primeras cartas de Schiller a Koerner, el año de 1793, muestran una doble preocupación: los estudios de estética y el temor supersticioso de que reincidan los dolores del pecho como en el invierno pasado, y vuelvan luego los espasmos, como en la pasada primavera. "Cada signo del Zodiaco me tiene reservado un distinto padecimiento." En cuanto a la estética, los autores que maneja, y son muchos, tienen sólo razón en parte, sin exceptuar al propio Kant. "Veo que necesitas crearte una teoría propia de la belleza", le contesta su amigo. Schiller explaya sus ideas en una carta de unas quince páginas. Unos quince meses después las discutirá ya con Goethe. La belleza le parece función de la libertad, y en la misma idea del deber encuentra una nota ofensiva por donde se aleja de Kant. De cuando en cuando, asoma en la correspondencia la inquietud por los asuntos de Francia. Luis XVI había sido ejecutado el 21 de enero.[19]

Goethe, que había tomado con paciencia el escaso éxito de su *Gran Copto* y su *Ciudadano general,* estaba en el campamento de Maguncia desde el 27 de mayo.

Schiller se propone desarrollar sus teorías estéticas en una serie

[19] Sch. a K., 6-I-1793; K. a Sch., 4-II-1793; Sch. a K., 23-II-1793.

de cartas a su protector, el príncipe de Augustenburgo (20-VI-1793). Dos meses después, visita a su familia y vuelve a ver los lugares de su infancia, donde el duque Carlos adopta el buen acuerdo de ignorar su presencia. La figura del joven Guillermo de Humboldt —que no parece muy capaz de escribir con método ni amenidad lo mucho que sabe— comienza a dibujarse en las cartas de Koerner. Por octubre, todavía en Ludwigsburg, nace un hijo de Schiller. Sus amigos de ayer se le han quedado ya muy lejos. Su mala salud vuelve a amagarlo.

Schiller anda todavía por Suabia cuando fallece el duque Carlos, su enemigo. Es falso que la noticia lo haya afectado ni haya contribuido en modo alguno a agravar el precario estado de su salud. Se limita a escribir a Koerner: "Ha muerto el viejo Herodes." Y le habla de otras cosas. Reinhold ha salido de Jena. ¿A quién llamarán para sustituirlo? Fichte sería una excelente adquisición, y hasta "una ganancia por cuanto a la salud mental". Convendría buscar un puesto de tutor para el joven Augusto Schlegel.[20]

Marat muere asesinado por Carlota Corday. El sur y el oeste de Alemania viven en constante sobresalto. Las joyas y las obras de arte emigran a Weimar, buscando la custodia de Goethe. En la misma ciudad de Francfort, la casa de "Frau Aja" se ha convertido en lugar de refugio para mil curiosidades y riquezas, que ahora quedarán casi abandonadas. A pesar de las instancias de su hijo, "Frau Aja" no había querido trasladarse oportunamente a Weimar, siempre pegada a su Antiguo Testamento y confiada en la protección de los Profetas. Goethe ha hecho nombrar a Fichte profesor en Jena.

Schiller se traslada a Stuttgart en busca de compañía intelectual (17-III-1794). Danneker le hace un busto que considera excelente, y que Goethe también elogiará más tarde, pero que sólo será presentado al público después de la muerte del modelo. Schiller regresa a Jena en mayo, y cuatro meses después recibe el primer vaciado de su busto. Ha comenzado a relacionarse con Guillermo de Humboldt. Ha publicado su ensayo *De la gracia y la dignidad* (mayo de 1793), y acaba de recibir de Kant una réplica respetuosa.

[20] Sch. a K., 24-XI-1793.

Fuera del *Wallenstein,* que adelanta muy lentamente, lo han absorbido la filosofía y la estética. A mediados de junio, define el plan de su revista *Horen* (*Las Horas*). Cuenta con Fichte, Guillermo de Humboldt y Woltmann. Ha invitado a colaborar a Goethe, Kant, Garve, Engel, Jacobi, Gotter, Herder, Klopstock, Voss y otros. Pronto vendrá por Jena el hermano menor de Humboldt, Alejandro.

Eran los días en que la influencia de Wieland en el sur de Alemania se equilibraba con la influencia que ejercía Klopstock en el Norte. Gleim y Lavater contaban con círculos limitados. Faltaba la comunicación entre los cuarteles generales. Goethe dice que reinaba en el pensamiento germánico una anarquía aristocrática y que hacía falta organizar aquella "Edad Media" para que produjera una alta cultura. Todo parecía desmenuzado. Él mismo se había resistido a forzar el acercamiento con Schiller, que lo aludía solapadamente en su ensayo *De la gracia y la dignidad.* Aquel genio abrupto no parecía hecho para agradarle.

Pero Batsch había fundado en Jena una sociedad de historia natural, a cuyas reuniones periódicas Goethe concurría asiduamente. Una tarde apareció Schiller. Salieron juntos, y ambos se encontraron en el más perfecto acuerdo para censurar los métodos fragmentarios de los naturalistas. Goethe acompañó a Schiller hasta su casa, entró con él, se animó la charla. Goethe expuso su teoría sobre la transformación de las plantas. La discusión, en vez de alejarlos, fundió el muro de hielo que hasta entonces los separaba.

—¡Pero la *Urpflanze* no es una experiencia, es una idea! —gritaba Schiller.

—¡Pues entonces —replicaba Goethe—, me felicito de poseer ideas que puedo ver con mis ojos corporales!

> Schiller era más hombre de mundo que yo —dice Goethe en sus *Anales,* 1817—. No quería rechazarme, y estaba resuelto a ganarme para su revista. Pactamos un armisticio; ninguno se declaró vencedor, ninguno vencido... Me objetaba con citas de la *Crítica de la razón pura.* Pero yo me dije que si para mí era experiencia lo que para él era idea, en alguna parte debía estar el enlace. Se había dado el primer paso. El magnetismo personal de Schiller era enorme: se apro-

piaba de cuantos caían en el círculo de su amistad... Acepté colaborar en su revista... Su esposa, a quien yo conocía y quería desde su más tierna edad, contribuyó a consolidar nuestro afecto... Fue una fiesta para nuestros amigos. [*Lo fue, desde luego, para el excelente Koerner, que siempre deseó una inteligencia entre los dos hombres por él más admirados; pero el antikantiano Herder* se *puso desconfiado y celoso.*] Aquella alianza, efecto de la magna y acaso inacabable lucha entre el sujeto y el objeto, nunca más había de romperse, y nos hizo un inmenso bien a ambos, lo mismo que a los demás. Para mí fue un renacimiento primaveral.

Era el 24 de junio de 1794, noche de San Juan, fecha memorable (recordada más tarde por una inscripción al pie de la escalera que daba acceso a las habitaciones de Schiller). Dos meses después, Schiller dirige a Goethe aquella carta del 23 de agosto de que hemos citado unos fragmentos (ver: "Hacia la integración"). Entre otras cosas, le decía:

Usted procura percibir lo que hay de necesario en la naturaleza de las cosas, pero para ello emplea el método más difícil de manejar y de que con razón se abstienen los espíritus menos templados que el suyo. Considera usted la naturaleza en conjunto, en su totalidad, y a ese conjunto pide la explicación de los detalles particulares; pide a la infinita multiplicidad de las existencias fenomenales que dé cuenta del individuo. Partiendo de la organización más pobre y humilde, se eleva gradualmente hasta las más complejas formas, para construir al fin, por síntesis genética, la más elaborada de todas, el hombre, mediante los materiales que le ha dado el edificio entero de la naturaleza. Y así, creando en cierto modo al hombre por usted mismo y según el tipo de la creación natural, trata de desnudar los resortes ocultos de su estructura y de su vida. Concepción grandiosa y verdaderamente heroica, que demuestra hasta la saciedad a qué punto se armoniza estrechamente en su espíritu —hermosa unidad— la cosecha entera de sus ideas. Sin duda usted nunca se ha figurado que el espacio de su vida pueda bastar para dar término a tamaña tarea; pero mil veces vale más haber empezado siquiera este camino que haber acabado otro hasta el fin, sea el que fuere; y usted, como Aquiles en la *Ilíada,* ha escogido entre la inmortalidad y una cómoda vida mortal en Ftía. —Si hubiera usted nacido griego, o siquiera italiano, y si, desde la cuna, se hubiera usted visto rodeado de una naturaleza

admirable y un arte idealista, la tarea que se ha impuesto le hubiera resultado muchísimo más leve y hasta innecesaria. Desde la primera intuición de las cosas, les hubiera usted impuesto la forma de la necesidad, y desde sus primeros ensayos, hubiera sentido crecer en sí mismo el estilo del arte excelso. Pero ha nacido usted alemán, y su esencia helénica fue fundida en moldes septentrionales: no le quedaba más que resignarse a ser un artista del Norte... o crearse una Grecia íntegra mediante un acto de la razón, proyectándola desde dentro hacia fuera.

Fue tal la emoción de Goethe, que se apresuró a comunicar la noticia de su nueva amistad al joven Fritz von Stein, sin duda para que éste la comunicara a su madre. Como Goethe recibió tal carta el 28 de agosto, escribió a Schiller:

Jamás se me ha hecho mejor aguinaldo de cumpleaños... Comienza una nueva época de mi vida... Compartiré con usted cuanto hay en mí. Pues, mientras más me convenzo de que mis ambiciones superan las fuerzas de un hombre y la duración normal de una vida, más anhelo depositar en usted mil proyectos, no sólo para darles segura guarda, sino para que usted les comunique nueva vida y nuevo vigor.

Goethe no podía menos de provocar envidias. El mismo Schiller lo había venido contemplando con esa mezcla de fascinación y desazón que suscita el triunfo no compartido. Cuando sintió que Goethe lo situaba a su altura, que se explayaba con él como con ninguno lo había hecho, le consagró su amistad para toda su vida: ¡diez años más, cortísimo plazo! El Schiller que así solicitaba patéticamente la compañía de Goethe y su trato de igual a igual no era ya el autor de *Los bandidos*. Su mente había madurado, y oscuramente requería el arrimo de su hermano mayor, quien también a ciegas, venía buscándolo. "Ahora ha sentido la necesidad de unirse a mí y de continuar conmigo la jornada, la jornada que venía haciendo solo y sin recibir el menor aliento."[21]

La corte acababa de trasladarse a Eisenach. Goethe cuenta con unos días de asueto en Weimar, y convida a Schiller a su casa.

[21] Sch. a K., 1-IX-1794.

Y así empezó una de las alianzas más hermosas en la historia del pensamiento humano.

6. Las dos verdades

La abstracción especulativa y el realismo visual descubrieron, pues, que su diálogo no era disputa, y que una profunda gravitación los equilibraba mutuamente. Cuando, por fin, Goethe y Schiller se acercaron, ambos más o menos se sentían solos, ambos estaban amenazados. Goethe se refugiaba en las ciencias, algo desviado de la poesía, no muy satisfecho de sus últimos intentos dramáticos, y contemplaba la marea creciente de la filosofía con cierta mirada perpleja. Schiller, por su parte, también andaba distraído de sus labores poéticas con la historia y con la metafísica. Puede decirse que si Schiller aportó a Goethe la fórmula de un *modus vivendi* filosófico, éste le reveló en cambio el mundo de las artes —hasta entonces, huerto cerrado para Schiller— y uno y otro se fertilizaron mutuamente sobre el terreno común de la literatura.

Esta conciliación jamás hubiera sido posible entre personas de *soberanía* desigual, pues, en cuanto al temperamento, Goethe y Schiller son muy distintos. A aquél podemos llamarle clásico, y a éste, romántico. Pero esta manera de hablar se presta a confusiones. Goethe es una naturaleza intuitiva; Schiller, una naturaleza discursiva. Aquél, un observador prudente y algo irónico; éste, un dialéctico sutil mezclado de humor apostólico. Además, la existencia había sido para cada uno cosa muy diferente. "Mi relación con Schiller —explicará Goethe más tarde— se fundaba en nuestra notoria comunidad de propósitos; nuestra colaboración, en la diferencia de los medios que empleábamos para alcanzarlos" (*Máximas y reflexiones,* IV). Y también: "Dos viajeros que parten de puntos alejados, se encaminan a igual destino y se encuentran a media jornada, suelen acompañarse mejor que si hubieran comenzado juntos el viaje."

Schiller se daba a la creación como a una tarea, a un oficio de letras; con fatiga, esfuerzo y sudor, según decía Goethe. A éste,

en cambio, lo hemos visto desconfiar desde el primer instante de todo empeño que suponga una contrariedad excesiva. Le contentaban más las obras de Schiller que su método de trabajo, harto premeditado y violento para su gusto.[22] Confesaba a Schiller que el solo hecho de comunicar un plan le estorbaba para realizarlo. cual si de antemano le impusiera una sujeción.[23] Pocas veces "se sentó a escribir" como un literato profesional. Schiller, por su parte, concede primacía al espíritu sobre la naturaleza, traza un programa y se obliga a él, provocando en sí mismo un entusiasmo artificial, lo que fue causa de su prematuro agotamiento.[24] Pero Goethe no quiere que la obra se desprenda de una sola parte de su ser, sino de todo su ser completo. No quiere —nos declara una y otra vez— que la imaginación o el intelecto engendren la obra, sino que la sigan. Su constante consejo a los jóvenes escritores, al propio Eckermann, se reduce a no forzar el crecimiento interior y las capacidades actuales; a adiestrarse en los pequeños asuntos, a empezar por lo particular y los temas concretos.[25] Si en Schiller hay una tesis previa, Goethe sólo por excepción "ha consagrado una obra extensa al desarrollo consciente de una sola idea, y tal es el caso de las *Afinidades electivas*". El *Tasso* o el *Fausto* no encierran tesis escondidas. "Me inclino más bien a pensar que cuanto más inconmensurable y menos productiva sea para el entendimiento una obra poética, tanto mejor resultará."¿Qué podrían añadir los teóricos de la "poesía pura"? He aquí, por ejemplo, el caso fulminante de la creación mitológica: ¡las Madres! ¿Qué son las Madres? No lo sabe Goethe al comenzar. En Plutarco ha leído un día cierto lacónico pasaje en que se dice que los griegos adoraban a las madres como a divinidades. La palabra se le quedó en la conciencia; saltó a la pluma; y luego, ella de por sí, tirando misteriosamente del espíritu con el hilo de tinta, fue creando el nuevo significado.[26] Acaso lo acompaña en su obra cierto sentido musical. Los maestros simbolistas dirán más tarde que la poesía debe reivindicar su patrimonio en el seno de la música;

[22] Eck., 19-II-1829.
[23] G. a Sch., 28-III-1797; Eck., 14-XI-1823.
[24] G. a K. F. A. Conta, 26-V-1820.
[25] Eck., 18-IX, 29-X y 3-XI-1823; 3ª parte, 11-III-1828.
[26] Eck., 3ª parte, 6-V-1827 y 10-I-1830.

y Goethe afirma ya que "la música es el verdadero elemento donde nace toda poesía y al que tiene siempre que volver". Es la consigna de Verlaine: *De la musique avant toute chose!* (R. Rolland, *Goethe musicien*).

En el "estado mercurial" de la primera juventud, cede a la punzada inmediata, a ese estímulo que suele llamarse inspiración, y le acontece dejar muchas obras a medio hacer porque se evapora el entusiasmo. En la época posterior, observa una paciencia vegetativa, espera a que los frutos maduren y caigan en sazón; y siempre que habla de su trabajo con Schiller, con Knebel, con Wolf, emplea un lenguaje de hortelano, de jardinero. A tal punto, que aun asegura no poder escribir poesía durante el invierno.[27] Dejar dormir los poemas hasta que el genio vuelva por ellos tiene sus peligros; y aunque tal costumbre respondía en Goethe a una auténtica necesidad, él mismo probó sus daños exponiéndose a la discontinuidad de las largas pausas y al abandono de algunos proyectos. Quienes pretendan imitarlo sin poseer su idiosincrasia acabarán por conceder mayor interés a su estado de ánimo que a su obra.

Nada le hubiera costado confiarse a su sola fantasía. La invención era en él instantánea desde los días infantiles, allá cuando contaba a sus amiguitos la historia del *Nuevo París.* Su don imaginativo y su poder de evocación se aprecian en numerosos pasajes del *Fausto,* y a veces le basta una palabra lanzada desde un caballo al galope para crear una ronda de brujas en el cadalso. Merck le ha dicho —y Goethe no habrá de olvidarlo nunca— que deje lo caprichoso y lo quimérico a gente menos dotada para adueñarse de las realidades (*Poesía y realidad,* XVIII). Goethe sueña con una forma de necesidad poética, y confiesa a Kestner su afán de poder un día volcar su pensamiento directamente, sin la interferencia de imágenes ni personajes. Más tarde se pregunta si no habrá una poesía directa, que no necesita de tropos ni metáforas: estética de la música gregoriana.

Los críticos creen advertir que, durante los años de su asociación con Schiller, y aunque nunca trató de ajustarse a la índole de éste, anduvo más cerca de la creación "arbitraria", o conforme a

[27] Sch. a Iffland, 18-XII-1800.

un plan intelectual. De aquí el *Germán y Dorotea,* obra que, por lo demás, todavía disfrutó el privilegio de ser escrita con extraordinaria rapidez.[28] De aquí *La novia de Corinto,* que tampoco parece haberle tomado mucho tiempo. La alegoría de *Paleofrón y Neoterpe,* para festejar la entrada del año de 1800 —unos dos mil quinientos versos— fue dictada de un rasgo, paseando de un lado a otro por su estudio, y la *Elegía de Marienbad* fue escrita a los setenta y cuatro años, durante el viaje en coche de Eger a Jena. Los poemas del *Diván,* obra de sesentón, salen a cuenta de dos o tres por día, y los escribía a chorro abierto, por miedo de no poder recobrarlos.[29] Otro tanto puede decirse del ciclo lírico de Dornburgo (1828). El anciano, como en su juventud, creaba bajo la plétora del instante, que él llamaba "estado sonambúlico";[30] y aún le sucedía componer poemas en sueños, perdidos para siempre. Pero hemos dicho mal "componer": sus poemas "crecían" más bien, y él abominaba de la palabra francesa *composition* aplicada a la poesía.[31] "Modelad, artistas; no discurráis: que vuestro poema sea un soplo", dice el epígrafe de *Las Bellas Artes.*

7. La colaboración

Entretanto, la colaboración de Goethe y Schiller, aparte del estudio común y del mutuo estímulo, se manifiesta en la publicación de la revista *Las Horas,* la guerra literaria de las *Xenias,* las baladas de uno y otro poeta, la campaña teatral. De 1795 en adelante, tales actividades se desarrollan en medio de una verdadera batalla de censuras y burlas, que Goethe soporta con ecuanimidad y hasta buen humor y en que le corresponde la tarea de frenar a Schiller y evitar que se le desboque. Ante las agresiones de las gacetas literarias, los dos amigos pasan a ser camaradas de trinchera. El grueso calibre de *Las Horas* se acompaña con la artillería ligera de las *Xenias,* seiscientos epigramas en que el mismo Goethe se declarará más tarde incapaz de discernir la mano de

[28] Sch. a Koerner, 28-X-1796.
[29] G. a G. Boisserée, 8-VIII-1815.
[30] Eck., 2-I-1824.
[31] Eck., 20-VI-1831.

Schiller y la suya. Los tiros van dirigidos contra los incomprensivos, los demagogos, los pedantes, y también contra algunos amigos de ayer que han caído en extremos de iluminismo, aberración mística y extravagancia —Jung Stilling, Lavater, los Stolberg—, o los defensores del mezquino racionalismo atrasado, como Nicolai. Si, en otros días, el *Werther* fue prohibido y excomulgado en concepto de obra dañosa para los jóvenes, ahora las *Elegías romanas* son calificadas de procacidades intolerables, y pronto el primer *Meister* será juzgado como una indecente historia de bambalinas.[32] No faltaron infamias a propósito de "la Vulpia" ni groseras caricaturas de Goethe. Éste, para huir de las hablillas de Weimar, se refugiaba frecuentemente en Jena, al lado de Schiller, junto a la Universidad, donde disfrutaba de la compañía de Fichte, Schelling, Hegel, Voss el joven, Humboldt, los hermanos Schlegel, y donde encontraba elementos para su trabajo. Años más tarde, considerará como desperdicio el esfuerzo empleado en la publicación de *Las Horas* y del *Almanaque de las Musas,* pues no es posible redimir a la gente contra su voluntad.[33]

Después de quince años de olvido, Goethe volvió a las baladas, cuyos temas ya no buscaba como antes en las leyendas del Norte, sino en la Antigüedad y en el Oriente, y en cuya elaboración emplea un arte más erudito y refinado. El año de 1797 es "el Año de las Baladas", dice Schiller.

Desde el incendio del antiguo teatro de Weimar, la escena había venido a ser cosa de aficionados, y se asilaba en las residencias ducales. En una de estas representaciones cortesanas, Goethe mismo había desempeñado el papel de 'Orestes', y el de 'Ifigenia', la actriz Corona Schröter, traída expresamente de Leipzig. El nuevo teatro fue inaugurado por Goethe en 1790. Al instante organizó una compañía permanente, la formó y la disciplinó, alternando la severidad más extrema con la benevolencia paternal. Él mismo dirigía los ensayos y no aceptaba desobediencias ni transgresiones. Ponía centinelas a las puertas de los camarines para que, durante las representaciones, los visitantes no distra-

[32] El 28 de agosto de 1833, Wordsworth, delante de Emerson, arrojó al suelo, indignado, un ejemplar del *Meister,* porque *it was full all manner of fornication* (Emerson, *English Traits:* I. "First visit to England").

[33] Eck., 3-XII-1824.

jeran a las actrices. Lo mismo educaba a los artistas que al público, e imponía silencio y respeto para el espectáculo a los bulliciosos estudiantes de Jena. Gastaba su propio dinero en la mejor presentación de las obras y no perdonaba esfuerzo alguno.[34] Cuando se asoció con Schiller todavía se redobló su entusiasmo. Excitaba a Schiller para que diera término al *Wallenstein*, y fragmento a fragmento, le fue arrancando la trilogía entera, que al fin pudo representarse durante tres días sucesivos en abril de 1800. En 1797, había hecho un tercer viaje a Suiza, donde tuvo la inspiración de una epopeya sobre Guillermo Tell; pero resolvió ceder el asunto a Schiller para que éste lo redujese a drama, y pacientemente le dictó el conjunto, los detalles, el fruto de sus meditaciones y sus notas. Schiller, así estimulado, compuso sucesivamente su *María Estuardo*, *La doncella de Orleáns*, *La novia de Mesina*. Goethe mismo volvió a su *Fausto*, y escribió la primera parte de *La hija natural*, bajo la sugestión de las *Memorias* de Estefanía Luisa de Borbón-Conti que acababan de aparecer en Francia. Esta pieza fue representada en Weimar el año de 1803.

El teatro del Ducado alcanza su apogeo hacia 1815. En relación con los empeños teatrales de Goethe, debe recordarse, además de la "Misión teatral" del *Meister*, una curiosa conversación recogida por Eckermann muchos años después. Se habla en ella de las peculiaridades lingüísticas en las distintas regiones de Alemania. Eckermann se refiere a algunos equívocos chuscos causados por la mala pronunciación de los actores, que han hecho reír a los públicos, y Goethe añade anécdotas de su cosecha. (Entre nosotros, es frecuente, por ejemplo, que los actores profesionales digan "ecsena" en vez de "escena", en lo que parecen complacerse con cerril terquedad.)

Goethe dejó la dirección de su teatro en abril de 1817. Sucedió entonces que al gran duque, para satisfacer un capricho de su amante, la actriz Carolina Jagemann, se le ocurrió autorizar la representación de cierto ridículo melodrama, *El perro de Aubry de Montdidier*, en que se exhibía un perro amaestrado. No hace falta, como quieren los biógrafos, preguntarse si Goethe conservaría, de su neurasténica juventud, un profundo horror a los ladridos. La

[34] Müller, 16-III-1824.

dignidad artística basta y sobra para explicarse la resistencia de Goethe. El gran duque, por de contado, se salió con la suya. Pero Goethe abandonó el teatro, se fue a Jena para no aprobar con su presencia semejante dislate. Sólo volvería a ocuparse del teatro en dos ocasiones señaladas: cuando, en 1818, compuso y organizó una mascarada literaria en honor de la emperatriz madre de Rusia, cuya hija María Paulowa se había desposado con el príncipe heredero de Weimar; y cuando, al incendio del edificio en marzo de 1825 —pues este teatro acabó en un incendio como el que existía antes de su llegada a Weimar—, quiso planear, con ayuda del arquitecto Coudray, un proyecto de reconstrucción. Goethe se ocupó, pues, activamente de su teatro más de veintisiete años: antes de su asociación con Schiller, durante ella y por mucho tiempo después, y su "misión teatral" marca una época en el desarrollo de la escena alemana. Asombra que alguien en nuestros días ignore estos hechos y haya osado considerarlo como un regidor negligente.

Por diciembre de 1803 llegó a Weimar Madame de Staël —inteligente, ruidosa, entrometida como un reportero de las letras—, y encontró a Goethe un poco encerrado en sí mismo, algo aburrido cuando no había bebido champaña, y poco dispuesto a prestarse a sus interrogatorios. Por instancias del duque y de Schiller, a duras penas consintió Goethe en sacrificarle un poco de su tiempo. Temía las indiscreciones de aquella mujer que todo quería ponerlo en claro, y el ruido que por todas partes levantaba a su paso. Pero la entrevista —dijo Goethe— "resultó de lo más interesante: duró una hora, y no me dio oportunidad a despegar los labios". Acompañaba a Madame de Staël el ilustre Benjamin Constant, quien no parece haberse sentido muy a gusto en presencia de Goethe.

La fogosa hija de Necker no sabía estarse quieta. Paseaba por los salones improvisando verdaderas conferencias sobre la vida literaria de Francia o recitando a Racine. Agitaba sus hermosos brazos y espantaba al coro de señoras que la escuchaban boquiabiertas, haciendo calceta junto a los veladores. Si los franceses la encontraban demasiado germánica, los alemanes la encontraron

excesivamente francesa. Schiller, a quien Goethe había encargado que recibiera a la dama, dice de ella:

> Su naturaleza y su espíritu valen más que su metafísica, y su agudísima inteligencia se aproxima al genio... No concibe que haya en el mundo sombra alguna capaz de resistir a su antorcha. Lo que ella no entiende, no existe... Para lo que por acá llamamos poesía no tiene la menor aptitud, y en las obras poéticas sólo aprecia lo que es apasionadamente oratorio y universal. Pero no la engañarán jamás las indignidades ni las falsedades.[35]

Cuando, cuatro meses más tarde, Madame de Staël salió de Weimar, Schiller declaró que se sentía tan extenuado como después de una larga enfermedad.

[35] Sch. a G., 21-XII-1803.

VI. ÚLTIMAS CUMBRES
1805 - 22 de mayo de 1832

1. NAPOLEÓN

HERDER había fallecido en 1803. Schiller murió el 9 de mayo de 1805. Goethe ni siquiera lo había visto de un mes atrás, recluido a su vez por achaques de salud. Adivinó la amarga noticia en la cara de sus familiares. No tuvo ánimos para acercarse al féretro ni asistir a los funerales —no aceptaba su sabiduría estas humillaciones ociosas al dolor—, pero luego consagró a su amigo una espléndida capilla mortuoria. Quiso continuar el drama *Demetrio* que aquella "mitad de su persona" había comenzado: no lo dejó la angustia. Contaba ya cincuenta y cinco años y contemplaba el porvenir con melancolía.

¿Sería, otra vez, la soledad? Aun sus relaciones con el duque se habían ido haciendo cada vez más protocolares. Wolf, el comentarista de Homero, pasó algunos días a su lado. Fue entonces su único solaz, y un solaz por cierto algo equívoco. Eran ambos buenos amigos; pero las eternas negaciones de Wolf impacientaban a Goethe, que lo llamaba perro gruñón. Una vez se encontraron juntos en el balneario de Tennstedt. Se acercaba el cumpleaños de Goethe. La presencia del aguafiestas no era ciertamente deseable. Goethe lo engañó en la fecha y lo obligó a partir la víspera. "Temí que, si se encontraba a mi lado el día de mi aniversario, se le ocurriera revocar a duda que yo hubiese venido al mundo."[1]

A mediados de 1806 Goethe decidió ir a Carlsbad; volvió restablecido, sólo para padecer nuevas aflicciones. Acababa de crearse la Confederación Germánica del Rin, que puso término a aquella sombra del Santo Imperio Romano. Y estalló la guerra entre Francia y Prusia. Napoleón invadió a Alemania. Los Esta-

[1] Müller, 3-IV-1824.

dos germánicos se repartieron entre los bandos. Goethe no creía en la derrota de las armas imperiales, y contemplaba los preparativos bélicos con no disimulado escepticismo.

Pronto el cañón tronó sobre Jena. El duque se mantuvo fiel a Prusia, y Weimar sufrió las consecuencias. No fue posible evitar que la soldadesca amenazara la casa y la persona de Goethe, aunque el primer adversario que se presentó en la ciudad, a la cabeza de los húsares, fue el joven teniente Türckheim, hijo de Lilí Schönemann, que al instante vino a saludarlo; pero parece que no quiso darse a conocer por algún escrúpulo o reserva. Después aparecieron sucesivamente los mariscales Ney, Victor, Lannes, Augereau, y Goethe se vio mejor tratado. El general Dentzel, antiguo universitario de Jena, restableció el orden e hizo custodiar respetuosamente la casa del poeta. Además, le envió al más grato de los huéspedes militares, al barón Vivant Denon, con quien Goethe se había encontrado en Venecia, compañero de Napoleón en Egipto, y ahora inspector general de Bellas Artes y de los Museos Nacionales. En aquellos días luctuosos, Goethe tuvo al menos a quien mostrar sus joyas artísticas y sus colecciones, y el huésped mandó grabar el busto de Goethe en un medallón que le dejó de recuerdo.

Aconsejado, según dicen, por el mariscal Augereau, agradecido a Cristiana que lo defendió y lo salvó de los soldados intrusos, Goethe se desposó con ella el 19 de octubre, aprovechando la confusión general. En el acta matrimonial hizo inscribir la fecha fatídica de la invasión: 14 de octubre de 1806. El paso era oportuno para regularizar la situación de su hijo Augusto, que estaba ya en edad universitaria.

Entretanto, Napoleón había pasado por Weimar, donde la altiva dignidad de la duquesa Luisa lo impresionó al punto que concedió su perdón al duque. La duquesa Amalia, otra predilección de Goethe, falleció en 1807; y al año siguiente, "Frau Aja", la madre inolvidable. Goethe buscó alivio en el trabajo. No bien acabado el *Primer Fausto,* se consagró a la *Pandora,* a *Las afinidades electivas,* a la *Poesía y realidad,* verdadero poema de su juventud. Cristiana salió para Francfort a recibir la herencia materna, y él se encaminó al Congreso de Erfurt, donde, entre otros príncipes y

señores, habían de encontrarse Napoleón y el zar Alejandro, reconciliados en Tilsitt. Aunque Goethe fue de mala gana, tuvo algunas compensaciones: asistió a la Comedia Francesa —que venía en el séquito imperial—, aplaudió a Talma, y el 2 de octubre de 1808 fue recibido por Napoleón.

La entrevista ha sido narrada y comentada hasta la saciedad.[2] Para apreciar cabalmente la impresión de Goethe nos haría falta la presencia de Napoleón. Mientras tomaba el desayuno, entre las tareas de su despacho habitual, ante Talleyrand, Berthier, Savary y el intendente Daru —un germanista distinguido—, Napoleón fue afable y deferente. Ya se alejaba con Goethe al balcón para hablarle a solas, ya lo mezclaba en la conversación de sus negocios y solicitaba el sentir de *Monsieur Goet.* Lo encontró bien conservado para sus sesenta años; quiso saber si era casado y tenía hijos; convencerse de que eran buenas sus relaciones en la corte y de que se encontraba en los mejores términos con el duque de Dalberg, hoy favorito del emperador y príncipe primado de la Confederación del Rin. "Si va usted a la Comedia —añadió—, lo verá dormir noche a noche sobre el hombro del rey de Würtemberg." Y a propósito, recomendó a Goethe que aprovechara la ocasión para conocer el teatro francés. Le declaró que lo tenía por el primer trágico de Alemania, y que ignoraba a Lessing, a Wieland, a Schiller, aunque había ojeado su *Guerra de Treinta Años,* la cual no le parecía revelar a un dramaturgo de altura. Averiguó que el duque de Weimar —su adversario ya castigado y perdonado— era un protector de las artes y las ciencias. Y a su manera tajante, como quien dicta órdenes, aseguró que el *Mahoma* de Voltaire —recién traducido por Goethe— era una obra mala, y que las tragedias de la Fatalidad le interesaban poco. El Destino es cosa gastada. "El Destino es la Política". Dijo que había leído siete veces el *Werther,* que lo había llevado consigo a Egipto, e hizo algunas objeciones de detalle que Goethe

[2] Müller, 2-X-1808; Falk, 2-X-1808; notas de G. a Müller, 14-II-1824, redactadas por reiteradas instancias de éste (23-XII-1822 y 14-II-1824); carta de Bonstetten a Federica Brun, 16-X-1825.—El relato de Müller no es idéntico a las notas de G. Según éste, Napoleón lo saludó diciéndole: "Es usted un hombre", y durante la charla le repetía sus frases dándoles un giro más contundente. Todavía en 9-VI-1814, G. decía a Müller: "Nunca he contado todo lo que hubo en mi entrevista con Napoleón para evitar hablillas."

aceptó sonriendo y justificó en breves frases. "Si escribe usted algo sobre el Congreso de Erfurt. *Monsieur Goet*, no olvide decírselo al zar de Rusia." Se ve que quería llevarle el genio a aquel que solía llamar "el Talma del Norte". Y cuando Goethe se retiraba, la famosa frase: "He aquí un hombre."

A los cuatro días, Napoleón estaba en Weimar, y la Comedia Francesa representaba, en el teatro de Goethe, *La muerte de César.* Siguió un baile. Napoleón hizo llamar a Goethe y a Wieland; comentó la tragedia; expresó el deseo de que Goethe fuera a París y escribiera otra obra sobre César, haciendo ver lo que perdió el mundo con su muerte. "Nada supera a una buena tragedia. La tragedia, en cierto modo, está por encima de la historia." No dijo otra cosa Aristóteles. Después, dirigiéndose a Wieland, comenzó a deturpar a Tácito, y se interrumpió para observar lo bien que bailaba el zar Alejandro.

Lannes y Maret se alojaban en la casa de Goethe. Él y Wieland recibieron la Legión de Honor. Los Talma almorzaron con Goethe. El gran actor le ofreció hospedarlo en París, y no se cansaba de elogiar el *Werther.* El poeta, pensando en su pasado romántico, suspiró y dijo:

—No escribe uno tales cosas sin que se le caigan algunas plumas.

Ni Napoleón ni Talma sospechaban —observa la crítica— que Goethe sería en adelante, por antonomasia, el autor del *Fausto.*

2. Minna, Bettina y Mariana

Afirman que, cuando Goethe se casó con Cristiana, su corazón pertenecía ya a la joven Minna Herzlieb, hija adoptiva del editor Fromann, la cual contaba a la sazón dieciocho años. Verdad es que le dedicó diecisiete espléndidos sonetos a modo de juego de sociedad —a Goethe no le interesaba ya el soneto—, pero aquello más parece haber sido un cariño que una pasión, y hasta un deseo de emular a Zacarías Werner, brillante y efímero meteoro. Verdad es que Minna pudo inspirar a Goethe algún fragmento de *Pandora,* pero esto no quiere decir amor. Y Goethe no necesitaba olvidar a una mujer para apreciar el encanto de otra.

Un año antes del Congreso de Erfurt, apareció en Weimar una de las figuras más características del romanticismo alemán: Bettina Brentano, impetuosa muchacha de unos veinte años a quien el príncipe Pückler había puesto un apodo que la define: "Orlanda Furiosa". Era hija de Maximiliana de Laroche, y se había criado en la admiración de Goethe. Muy joven aún, se unió con una amistad apasionada a la canonesa Carolina de Günderode, y tras el suicidio de ésta, volvió a Goethe los ojos. Cuando se presentó inesperadamente ante el glorioso viejo, tras largas y penosísimas cabalgatas y vestida con un traje de hombre, comenzó por echarle al cuello los brazos y luego se le durmió en las rodillas. Lo asedió durante diez días, y él se dejaba embriagar un poco en la atmósfera de aquella naturaleza arrebatada y graciosa. Es posible que este episodio haya inspirado el *Solness* de Ibsen. Goethe comunicaba a Bettina los sonetos que escribía para Minna Herzlieb, y más tarde, Bettina había de apropiárselos, convirtiéndolos en supuestas cartas de Goethe dirigidas a ella (*Correspondencia de Goethe con una niña*).

En tanto, aunque siempre puntual ama de casa, Cristiana se avulgaraba y decaía. Goethe se encerraba a trabajar en Jena, o se iba a Bohemia, en busca de descanso y salud. La vida de los balnearios elegantes ponía una tregua en sus enojos. En Carlsbad, en Marienbad o en Teplitz, donde se amistó con Luis Bonaparte —el ex rey de Holanda— y con Beethoven, Goethe era el favorito de los magnates y las señoras. La curiosidad pública lo seguía. Beethoven, genio iracundo, no entendía las obligaciones cortesanas del ministro Goethe, a quien por lo demás admiraba. En la imperfecta amistad de los dos colosos es posible que corresponda alguna culpa a Bettina. Ésta, despechada después de su ruptura con Goethe, hizo correr, para regocijo de sandios, algunas anécdotas en que el poeta parece quedar en situación menos airosa que el músico. ¡Pues sólo faltaba que Goethe, con su responsabilidad, su cargo, su gloria y sus años encima, pudiera darse también aires de ogro y se permitiera no contestar los saludos de sus admiradores, como se complacía en hacerlo Beethoven! A cada uno su alto merecimiento, y hablen lenguas.

Pero ¿cómo sobrevino esa ruptura entre Goethe y la absorbente Bettina? Sucedió que Cristiana, ya presentada en sociedad, era

blanco de las murmuraciones, y Goethe padecía en silencio. Cuando, por 1811, Bettina, casada con el poeta Arnim, reapareció por Weimar y en compañía del matrimonio Goethe, visitó una exposición de pintura, exageró un tanto sus aires de superioridad ante Cristiana. Las dos señoras, a la vista del público, riñeron como unas comadres. Goethe se puso naturalmente al lado de su esposa; la corte, naturalmente, al lado de Bettina. Y la historia romántica paró en sainete.

Fascinado por Napoleón, Goethe apuntaba en su delirio las etapas de la campaña de Rusia que, por invierno de 1812, paró en un desastre. El héroe se desmoronaba. Cruzó en trineo por Weimar en su precipitado regreso a Francia, y apenas tuvo tiempo de mandar un saludo a Goethe. Luego era verdad; aquella fuga era la confirmación de su derrota.

Todos comenzaban a volver la espalda al vencedor de ayer, pero Goethe no pudo hacerlo. Él vivía en los siglos y era ciudadano universal. Apreciaba el bien humano por encima de aquel caos de fronteras. Entre el Código liberal de Francia y los Reglamentos militares de Prusia, su preferencia no era dudosa. Goethe vuelve a sentirse solo. En el propio año de 1812 dio término a la segunda parte de *Poesía y realidad.* Al año siguiente, desaparecieron Koerner y Wieland. Entre los ecos de la batalla de Leipzig, escribía el epílogo de su *Conde de Essex* cuando, de repente, el retrato de Napoleón se desprendió del muro y cayó al suelo.

Austriacos y prusianos entraban ahora por la ciudad. Acuartelados en Erfurt, dejaron a Weimar convertido en hospital de sangre. La peste cundía por la población. *Sans prendre part à l'ouragan*, Goethe se encerró a escribir el *Diván occidental-oriental*, oasis del arte. Impidió que su hijo se alistara en las filas, y lo hizo nombrar asesor. Mientras tanto, la inconsciente Cristiana, en compañía de Carolina Ulrich, la novia del profesor Riemer, recorría los bailes de las charreteras.

Cayó París. Goethe, por comisión de Berlín, escribió un poema para el regreso del rey de Prusia; un poema de encargo, frío, confuso y alegórico —*El despertar de Epiménides*—, pero donde no faltan hermosos fragmentos y hasta un velado elogio de Napoleón

que hoy nos parece mucho más expresivo de lo que pudo parecer a los contemporáneos. Con todo, su pensamiento estaba muy lejos, al lado de Hafiz, el poeta persa: "Eres grande —le decía—, porque eres incapaz de acabar." ¿Hablaba acaso de sí mismo? Leía por entonces con asiduidad los viajes a Oriente de Tavernier y de Chardin, y la *Crestomatía árabe* de Sacy; cantaba a 'Suleika'.

'Suleika', una nube, encarnó en Mariana Yung, amiga del banquero Willemer, antigua cantante austriaca que "este fino conocedor había arrebatado a la bohemia teatral cuando ella contaba apenas diecisiete años". Goethe se encontró con ambos en Francfort (1814). Willemer, precavido, se apresuró a legitimar su unión con Mariana, pues la atracción del añoso poeta parecía sobrenatural. La pareja lo recibió en su casa de campo, adonde Goethe volverá al siguiente año, huyendo de la ya extravagante Cristiana, quien no hacía más que precipitar la ruina de su salud; huyendo también de las eternas conversaciones políticas sobre el Congreso de Viena y el retorno de Elba.

Por las noches, en su bata de franela blanca, junto al piano, oía cantar a 'Suleika' algunos fragmentos de Mozart, y le recitaba sus aromáticos poemas de Oriente. Allí lo encontraron los hijos de Carlota Kestner. El pasado —con todos sus fantasmas de amor— quería envolverlo. Goethe se estremeció y se puso en guardia. Partió a Heidelberg, para conocer las colecciones artísticas de Boisserée, joven mecenas empeñado en restaurar la catedral de Colonia. En Heidelberg se le juntaron los Willemer. Allí dijo adiós a Mariana; incluyó entre sus propios versos la oda *Al viento del oeste* que ella le dio como despedida; y el *Diván* acabó —según convenía a su género estético— con una nota de fatalismo y resignación. Tenía ya sesenta y seis años. "La religión, la mitología, las costumbres mahometanas, inspiran una poesía que conviene a mi avanzada edad."

3. El infierno de Weimar y el sueño de Marienbad

Cristiana se moría como un animal adicto y fiel, a los cincuenta y dos años, y tras veintiocho de servirlo con todas sus fuerzas y

cuidar sus materialidades con evidente devoción. No incurramos en malicias fáciles sobre las imprudencias con que la humilde mujer adelantó su fin. La vecindad de la muerte pone en limpio el borrador de la vida. Él se encontraba en Jena, entregado a sus estudios, y regresó rápidamente en la primavera de 1816. Los criados se le enfermaron. Su hijo Augusto, Riemer y Carolina Jagemann se turnaban a la cabecera de la moribunda. Goethe se pasaba el día entre su gabinete y la alcoba, y apuntaba en su diario los progresos del mal. Cristiana falleció el 6 de junio, en medio de una tempestad. Goethe escribió:

La negra nube, oh sol, en vano
solicitas con tu clemencia:
todo lo que en la vida gano
gasto en lágrimas de su ausencia.

Pero el deber no le permitía encerrarse con su dolor. Carlos Augusto salió del Congreso de Viena convertido en gran duque de Saxe —Weimar— Eisenach; y hubo nueva Constitución, y asamblea y ceremonias públicas. Sobrevinieron desórdenes universitarios en Jena, donde, con motivo del centenario de Lutero (octubre de 1817), los estudiantes dieron a la hoguera la literatura reaccionaria de la Santa Alianza. Berlín y Viena se inquietaban. Kotzebue fue asesinado en Rusia (1819). Goethe, entre dos fuegos, mientras por un lado había tenido que reprimir los tumultos de la juventud, por otro tuvo que defender bravamente a su Universidad, amenazada de clausura, y rechazar las intromisiones de Prusia y de Metternich.

Escuelas, museos, laboratorios y jardines reclamaban su incesante acción. Goethe obraba con prontitud, y a la intransigencia respondía con la intransigencia. Lo hemos visto cuando el incidente del *Perro de Aubry* (1817). Y Soret, instructor del príncipe heredero, le oyó contar cómo tuvo que echar abajo el muro de la incómoda biblioteca universitaria, y apoderarse a la fuerza de una sala para instalar decorosamente los libros.[3]

[3] El año de 1816, Lota Kestner (la inspiradora del *Werther*), ya viuda, sesentona y madre de doce hijos, visitó en Weimar a una de sus hermanas que allí vivía casada, y se encontró nuevamente con Goethe. La entrevista fue ceremonial. No quedaba el menor rescoldo de la

El mentecato de su hijo, recién casado a los veintiún años con Otilia von Pogwisch, vivía entre el despilfarro y la orgía. Ella, "que tenía un loco afán de aventuras", le pagó con la infidelidad.[4] Había instalado en el Frauenplan a su madre y a su hermana Ulrica, y por unos años la casa se convirtió en un infierno. Goethe asegura más tarde a Eckermann que, siempre tolerante en las demás cosas, había acabado por ser algo severo en materia de matrimonio.[5] No, no era lo mismo novelar poéticamente las desavenencias conyugales que sufrirlas en la propia familia. Goethe, como era ya su costumbre desde su regreso de Italia, sufría calladamente y continuaba su trabajo.

Cuidaba de Otilia, la quería, la comprendía en el fondo, y hubiera deseado guiarla. Otilia no carecía de imaginación ni de gracia. Tampoco de letras. Soret, Müller y otros hablan de ella con simpatía no disimulada. Por su parte, ella se sentía mejor avenida con su suegro que con su esposo. Acompañó con solicitud y buen ánimo los últimos y solitarios días del poeta: fue ella quien cerró sus ojos.

Por lo pronto, la vida en el Frauenplan era cosa poco envidiable. Goethe se quedaba en Jena lo más que podía. Vivía en cuartos amueblados. Le enviaban con impuntualidad el correo y aun los alimentos. Se resignaba a todo. O bien, en Carlsbad (1819 y 1820), continuaba su *Wilhelm Meister*.

En 1821, murió Napoleón, ese "compendio del mundo". Acababa de abrirse, con gran éxito, el balneario de Marienbad. La familia Levetzow —la abuela, la madre y su hija Ulrica—, aristócratas arruinados, gente amiga de Goethe, abrió en Marienbad una pensión para huéspedes de alcurnia. Allá fue a dar Goethe, que se vio acogido con cariñoso entusiasmo y rodeado de las atenciones que ya echaba de menos. Había conocido a la señora Levetzow en Carlsbad (1806), cuando Ulrica, su hija mayor, tenía dos años. La encontró de nuevo en Teplitz por 1810. Ahora, en Marienbad, comía a la mesa de sus huéspedes y las llevaba a pasear en coche.

hoguera de antaño. La terrible descarga había quemado los plomos, y el tiempo había hecho su obra. Sin duda aquel cambio de cortesías huecas es el tipo de las emociones inútiles que tanto amedrentaban a Goethe.

[4] Müller, 17-XI-1823.

[5] Eck., 30-III-1824.

Ulrica era una criatura angelical, recién salida de la escuela, que no se acostumbraba a la ausencia de sus hermanitas menores. Goethe salía de excursión mineralógica y le traía flores del campo. Se aficionó a su compañía. Le dio a leer *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister,* y le resumió de palabra *Los años de viaje,* lectura inadecuada para una niña de diecisiete años.

En 1822 Goethe volvió al lado de las Levetzow. Entonces conoció a Berta, hermana menor de Ulrica, que lo ayudaba a coleccionar y clasificar sus minerales. Pero Ulrica seguía siendo su preferida, y hubiera soñado con hacerla su nuera a haber tenido otro hijo, pues la quería paternalmente, como solía confesarlo a la abuelita Levetzow. Cuando se despidió de ellas, escribió el *Coloquio de las arpas eolias,* en que despunta ya un sentimiento que no era precisamente paternal.

De regreso a Weimar, padeció una crisis cardiaca; pero en 1823, ahora en el séquito del gran duque, ya estaba de nuevo en Marienbad. El ambiente se transformó un tanto, respiraba galantería cortesana. Había parejas bajo todos los árboles. Ulrica lo seguía mimando con ternura, y a él se le ocurrió enamorarse una vez más, en plena gloria de sus setenta y tres años. ¡Veranillo de San Martín! —dice la historia guiñando un ojo—. Pero fue una verdadera pasión. Además, aquella quimera significaba para él la redención de Weimar, donde la existencia había bajado de tono por obra y gracia de su hijo Augusto, muchacho grosero, y de la casquivana Otilia, tan linda como incierta.

El gran duque se prestó a pedir para Goethe la mano de Ulrica. Entre estos dos hombres tan distintos, la experiencia y los recursos comunes, la larga convivencia que alisa o resuelve las desigualdades, habían creado una suerte de fraternidad que resistía a todas las pruebas, y aun vencía el difícil tira y afloja entre el soberano voluntarioso y el orgulloso favorito. El gran duque cumplió el encargo a conciencia. Fue señorialmente persuasivo, e hizo a la familia Levetzow liberales ofrecimientos que podían tentar a un corazón de menor temple, no a Ulrica. Ella declaró que de buena gana se hubiera consagrado, como una hija, a velar por la vejez de Goethe; pero que éste tenía ya una familia propia, y que no se sentía naturalmente inclinada a ser su esposa.

Goethe todavía la siguió a Carlsbad y pasó una semana a su lado. Ulrica sólo había pedido un plazo prudente antes de dar una respuesta definitiva, pero él comprendió, y prefirió no estrecharla más. Regresó a Weimar desengañado y dolido. En las etapas del viaje escribió la célebre *Elegía.*

¡Lo que el amor cuesta a los viejos! —dice Balzac. Goethe ha pasado por esta tortura, cuando menos, con la dulce Minna, con Bettina —la pequeña bacante—, con la deliciosa Mariana. Nunca, sin embargo, parece haber sufrido más que en esta última prueba, aunque no han faltado malas lenguas para asegurar que exageraba un poco, así como por atuendo literario. Ulrica ha querido desmentir más tarde o rectificar la interpretación del caso (*Arbeit*, Munich, 1904), aunque nadie ha concedido crédito a estos escrúpulos tardíos y piadosos. Y la *Elegía de Marienbad* es un testimonio irrefutable.

Goethe fue recibido por su familia entre una tempestad de denuestos y de amenazas. Nadie entendía ni perdonaba las extralimitaciones del genio. ¡El anciano se había puesto en ridículo y había llenado de infamia a los suyos! El hijo —que por lo visto se consideraba muy cuerdo— amenazó con llevarse a su esposa y a sus tres retoños a Berlín, antes que pasar por aquella afrenta. Hasta se habló de herencia y despojo. Otilia sufrió un ataque de nervios. Goethe lloró a solas.[6] Pero ya la noche del 2 de octubre Müller lo encontró de nuevo bien acomodado en los estribos, lleno de verba y fantasía, y aun dispuesto a las confidencias irónicas sobre su fracaso.

La pianista polaca María Szymanowska, amiga de Carlsbad, llegó a Weimar y puso su belleza y su música al servicio de Goethe. Aquella mujer —como él decía— tocaba el piano "con una facilidad polaca", y era por sí sola una fiesta para los ojos insaciables del juvenil anciano. De mucho sirvió su compañía, pero la recuperación de Goethe fue efímera. En cuanto se alejó la buena hada, el corazón de Goethe comenzó a flaquear en términos alarmantes.

Llegó de improviso Zelter, el director del Conservatorio de Berlín, que volvía de Holanda, y encontró la casa con aire de aban-

[6] Müller, 23 y 25-IX-1823.

dono. Nadie se presentó a recibirlo; él mismo empujó la puerta y se fue metiendo por los salones. Goethe estaba grave; Augusto, de mal humor, intratable; Otilia, ausente, en Dessau, donde acababa de morírsele un tío; Ulrica von Pogwisch guardaba cama. Zelter comprendió que nadie se cuidaba de Goethe; modificó sus planes de viaje; se instaló al lado de su amigo, lo confortó, lo hizo que desahogara sus penas, leyó y releyó para él La *Elegía de Marienbad*, se puso al piano, lo atendió con perfecta solicitud.

Al cabo de un mes Goethe estaba restablecido, y para la noche de San Silvestre, pudo recibir a sus amistades. La *Elegía de Marienbad* tuvo un final victorioso, en que el alma, tras la zozobra, recupera su orden. Y si la casa no volvió a su antigua quietud —¡oh manes de Cristiana!—, al menos no perturbó más la quietud de Goethe, quien abrió de nuevo sus libros y encendió su lámpara, sin prestar oídos a los rumores importunos.

4. El paso de Byron

Nueva desgracia vino a ser el fallecimiento de Lord Byron en 1824. La imagen del joven romántico no se le apartaba desde que, en 1816 cuando menos, comenzó a conocerlo. En años sucesivos, Goethe leyó el *Manfredo* —de que tradujo un fragmento y sobre el cual publicó una reseña en su revista *Arte y Antigüedad*—; el *Caín* —y lo defendió de los reparos de Fabre d'Olivet—; el *Don Juan* —que también lo tentó a traducir unos cuarenta versos y a escribir un análisis de la obra—. Quiso traducir asimismo la sátira sobre *Bardos ingleses y críticos escoceses*, pero desistió por no entender bien las alusiones. El *Cielo y Tierra*, aunque menos profundo y trascendental que el *Caín*, le parecía una obra más inteligente y más clara. Solía comentar *El deforme transformado* y poseía la *Correspondencia de Byron con R. C. Dallas* en una traducción francesa. Consta que leyó dos veces *La visión del juicio* (1824 y 1829). Entre sus papeles póstumos se encontró una versión de *Fare Thee Well*, pero no es seguro que sea suya. Hace pasajeras referencias al *Mazeppa*, *La isla*, *La Edad de Bronce*, los

Discursos, El prisionero de Chillon; y es dudoso que conociera *La novia de Abidos, El lamento del Tasso, Óscar de Alva* y *Beppo.*[7]

La admiración de Goethe por Byron lo llevó a interesarse más generalmente en la poesía inglesa contemporánea, con ayuda de los trabajos de Jacobsen, que tanta popularidad alcanzaron en los años de 1820. Hablaba frecuentemente de Byron y lo ponía por encima de todos los poetas de entonces. Rastreaba las influencias que él mismo ejerció sobre Byron; se comparaba con él y lo comparaba con los demás. Lamentaba que el empeño de torturarse y de insistir en los aspectos más deprimentes del mundo lo privaran de aquella alegría que engrandece a Shakespeare; pues ese su pesimismo tan insistente acababa por contaminar al lector. Creía que Byron no había logrado saciar del todo en la vida pública su espíritu de oposición, por lo cual los que pudieran llamarse sus "poemas negativos" asumían un tono de "discursos parlamentarios represos". Pero, aparte de esos reparos, no se cansa de aconsejar a Eckermann, a los comienzos de su trato, que estudie a fondo la lengua inglesa, siquiera para disfrutar de Byron. Además —le explica—, la literatura alemana proviene de la inglesa. "Pues ¿a quién debemos nuestras novelas, nuestro teatro, sino a Goldsmith, a Fielding, a Shakespeare? ¿Ni dónde encontrar en la Alemania de hoy tres nombres como los de Byron, More o Walter Scott?" Celebra los dones descriptivos de Byron, sobre todo en los paisajes marinos, donde aparece una vela o se oye silbar el viento, y también su caracterización de las figuras femeninas —así en *Los dos Foscari*—, "lo único que nos ha quedado a los modernos, ya que Homero agotó los tipos masculinos con el denuedo de Aquiles y con la prudencia de Ulises". Advierte la rara facilidad con que Byron se sumerge en el ambiente de su

[7] En los *Anales* y en una entrevista con Ticknor aludida en las *Conversaciones* de Biedermann, habla de *Lara y* de *El corsario,* 1816. Ver también Müller, 18 y 19-1-1820, y 12-X-1823; *Anales,* 15-I-1825. Los testimonios de su entusiasmo por Byron abundan en Eck., Müller, Soret; en sus cartas a Knebel, a Boisserée, etcétera. En 1819, lo comprueban los norteamericanos Cogswell y George Bancroft. Respecto al *Beppo,* Eck. (8-XI-1826) dice haber comprendido a la lectura de esta obra ciertas observaciones de G. sobre algunos deslices del realismo pedestre, pero no dice que G. la haya leído. Errores de época: G. tenía por obras de Byron *El vampiro,* de Polidori —por lo demás, sugerido a Polidori por Byron—, y la *Oda a la muerte del general Moore,* de Wolfe. Acaso los excesivos elogios que sobre esta obra se le atribuyen sean imputables a la pluma de Müller (25-II-1820 y 20-XI-1824).

asunto —como en el *Marino Faliero*—, a diferencia de esos escritores franceses que parecen verlo todo desde París. Le asombra la originalidad de sus desenlaces, y le contenta su despego de las famosas "tres unidades". Cada día le encuentra nuevas excelencias: en 1829, dice a Henry Crabb Robinson —un estudiante inglés de Jena— que Byron tiene increíbles aciertos aun en el orden de la verdad científica. ¿Pensaba acaso, con referencia a sus teorías ópticas, en la pintura que hace Byron de los dos brazos del Ródano, uno azul y otro verde, según la profundidad y la velocidad de la corriente? Y concluye que Byron es un inspirado, no un reflexivo, "cuyas obras bellas le han nacido sin proponérselo, como les nacen a las mujeres los hijos hermosos"; y que sus excelencias son de hombre; sus defectos, de inglés; y su incomparable genio, suyo y nada más que suyo.[8]

Leyendo el *Caín*, se preguntaba si Byron insistiría en los temas bíblicos, y si se atrevería con Sodoma y Gomorra, que le parecía un asunto a su medida. Y añadía que, tras de haber escrito obras como el *Caín* y *El diluvio*, comprendía muy bien que Byron lo encontrara todo insípido y hubiera partido a la guerra de Grecia en busca de nuevas emociones. Y aunque por lo pronto se explica la indignación provocada por el *Caín* en los ambientes eclesiásticos de Inglaterra, años más tarde, cuando ya todos los viajeros ingleses llevaban las obras de Byron en la maleta, le parece absurda la prohibición del poema, y sostiene que en él no hay nada ajeno a las enseñanzas de los obispos anglicanos.[9]

En su análisis del *Don Juan* establece un curioso distingo entre el *humour* germánico, fundado en el sentido, y el *humour* británico, fundado en ingeniosidades lingüísticas. No será la primera vez que este poema le inspire consideraciones generales: "Cada forma poética —observa en otra ocasión— produce diversos y misteriosos efectos. Si el contenido de mis *Elegías romanas* se expresase en el metro y tono del *Don Juan,* resultaría escandaloso." Tres años más tarde, sin embargo, habla del *Don Juan* —que declara "conocer poco"— con cierta extraña vaguedad y

[8] Eck.: 19-X-1823, 3-XII-1824, 24-II y 25-XII-1825, 18-I y 5-VII-1827; 3ª parte, 14-III y 14-IX-1830, 21-III-1831. Soret, 25-V-1824, 28-IV-1825, 14-III-1830; Müller, 1-VI-1825.

[9] Eck., 24-II y 8-III-1824, 20-VI-1827.

como si comenzara a olvidarlo. A menos que Eckermann no lo haya entendido.[10]

Por su parte, Byron sentía veneración por Goethe. Sin embargo, encontrándose en Ravena a fines de 1820, tuvo un mal momento. Se preparaba en Londres la publicación del *Marino Faliero*. Decidió encabezar el libro con una carta-prólogo dirigida a Goethe. Se contuvo a tiempo, y la mandó suprimir. La carta quedó muchos años en poder de los editores. El sucesor de éstos, Charles A. Murray, el futuro diplomático, no sin ciertos escrúpulos, la envió finalmente a su destinatario, después de una visita que le hizo en 1830. En esta carta, Byron, irritado por algunos juicios de Goethe, le reprocha el ignorar a Wordsworth y a Southey y se indigna de que Goethe achaque a la poesía inglesa el disgusto y el desdén de la vida. ¿Y lo dice el autor de *Werther*, libro que —como afirma Madame de Staël— ha provocado más suicidios que una belleza ingrata, y más muertes que el propio Napoleón, salvo las causadas en sus combates? Pero tiene buen cuidado de añadir: "Mi principal objeto al escribir estas líneas es el manifestar mi respeto y admiración sinceros al hombre que, durante medio siglo, ha guiado las letras de una gran nación y ha de pasar a la posteridad como la primera figura literaria de la época..., como la primera de toda Europa desde los días de Voltaire." Cuando Goethe conoció esta carta, era ya cosa del pasado, redimida por la amistad y el afecto que luego fue creciendo entre ambos. La observación de Byron sobre la facilidad del nombre de "Goethe", que —a diferencia del de "Grillparzer"— lo hacía más cómodo para la fama, sin duda vino a confirmarlo en su idea sobre el humorismo lingüístico de los ingleses. Algunos fragmentos de esta carta, cuidadosamente escogidos, aparecieron en las *Cartas y diarios de Lord Byron* que el editor Murray envió a Goethe en 1830, y que éste leyó en compañía de Riemer y de Otilia.

Como arrepentido de su momentánea irreverencia, Byron no sólo quiso que desapareciera esa carta, sino que se propuso dedicar a Goethe el *Sardanápalo*. Pero no tuvo suerte. Por algún embarazo del correo o algún descuido del editor, la obra apareció en 1821 sin la dedicatoria que Byron había enviado de Italia.

[10] Eck., 25-II-1824 y 5-VII-1827.

Exigió al instante que se explicara el caso a Goethe, y que, en el *Werner*, que ya estaba para salir, se estampara esta otra dedicatoria: "Al ilustre Goethe, uno de sus más humildes admiradores dedica la presente tragedia." Goethe, aunque complacido, estimaba en más el *Sardanápalo* que el *Werner*. Y por cierto, la dedicatoria perdida —que le fue comunicada al fin, después de la muerte de Byron, y que conservó piadosamente— era muchísimo más halagüeña, sobre todo para un burgués de la pequeña corte de Weimar, y por lo mismo que venía del gran mundo londinense y de un orgulloso Lord inglés. Decía así:

> Al ilustre Goethe, un extranjero se atreve a ofrecerle el homenaje que un vasallo literario debe a semejante Señor: primero entre los escritores del día, creador por sí solo de toda una literatura nacional y lustre de toda la literatura europea. La modesta obra que le dedica tiene por título: *Sardanápalo.*[11]

Para mejor conocer la existencia de Byron, Goethe no dudó en imponerse la enojosísima lectura del *Glenarvon* de Caroline Lamb, novela de clave. Quería ver a Byron, no sólo en sus libros, sino también en su vida, en sus hazañas deportivas, en su desenfreno, en sus pecados y en sus virtudes. Cuando comentó el *Manfredo*, pretendió, tal vez con razón, descubrir allí algunos rasgos autobiográficos, aunque Byron siempre negó que los hubiera. A Goethe le irritaba la general incomprensión que contribuyó a desquiciar a Byron. Lo consideraba víctima de su misma cuna aristocrática, y comentaba con Eckermann este pasaje de Parry en *Los últimos días de Lord Byron*:

> Al noble caballero le faltaban todas las virtudes de la clase media, y su nacimiento, su educación y género de vida le impedían adquirirlas. Quienes ahora lo censuran pertenecen sin excepción a la clase media, y le achacan la ausencia de aquellas normas a la que ellos sujetan su conducta, ignorando en absoluto las que él heredaba con su elevada posición.

[11] Cartas de G. a Benecke, 12-XI-1822; a Boisserée, 12-I-1823; a Nees von Esenbeck, 2-II-1823. Eck., 26-III-1826.

Byron, decía Goethe, demostró desde el primer instante que era incapaz de rienda; comenzó por declarar la guerra a la crítica en su sátira de los *Bardos ingleses*, y tuvo que ceder terreno para poder vivir. Después se sublevó contra la Iglesia y el Estado, contra su patria y su sociedad. No dejó cuajar su talento. Su rebeldía y las malas lenguas lo expulsaron de su país y, si no llega a morir en Grecia, lo hubieran expulsado de Europa. Grecia fue un refugio de náufrago, y acaso contribuyó a matarlo el encontrarla tan decaída.[12]

En su afán de apropiarse a los poetas que admira, asegura que en Alemania se aprecia mejor que en Inglaterra a Shakespeare y a Byron; lo cual, a raíz de la triste aventura de Missolonghi , no dejaba de ser verdad para el caso de Byron. "Byron —declara con orgullo al general W. Congreve— es uno de nuestros favoritos. Nos basta admirar en él al gran poeta, y dejamos a sus compatriotas la triste tarea de acumular cargos contra su conducta privada." Congreve le dice que, aunque Byron haya muerto joven, ya su gloria había envejecido. No lo acepta Goethe, pero concede que difícilmente hubiera podido superar la plenitud que alcanzó en la *Visión del Juicio*.[13]

Por devoción a su memoria, contribuyó con unas páginas, firmadas el 16 de julio de 1824, al volumen de Medwin, *Conversaciones de Lord Byron en 1821 y 1822;* y en 1826, aceptó formar parte de un comité de homenaje a Byron. El homenaje se redujo a un busto que, rechazado por la Abadía de Westminster, se custodia en el Trinity College (Cambridge). Dos años más tarde, Flatter le obsequió un busto del poeta que, aunque mediocre, Goethe hizo colocar en lugar de honor, donde todavía lo encontró Murray en 1830, y que hoy se halla en el Museo de Weimar.

La influencia de Goethe en Byron ha sido ya minuciosamente estudiada, y aquél, desde luego, la consideraba tan inobjetable como lícita. Byron se defendió alguna vez y quiso negarla en algún caso, pero en muchos otros la declaró él mismo sin rodeos. De un modo general, el *Sturm und Drang* no aconteció en vano para Byron, como se aprecia singularmente en *Lara* y en *El cor-*

[12] Eck., 24-II y 11-VI-1825.
[13] Eck., 15-VII-1827; Soret, 28-IV-1825.

sario, aunque el propio Goethe no parece haber reparado en ello cuando se refiere a estos poemas, donde también hay recuerdos del *Oberón* de Wieland. Es posible, como quiere Carré, que ni Byron ni Shelley hubieran practicado mucho a Goethe cuando echaron a andar y que, más bien por instinto y por absorción atmosférica, hayan franqueado por cuenta propia la etapa que va del *Werther* al *Fausto*. Pero es indiscutible que el *Manfredo* viene del *Fausto*, como lo afirmó Goethe. Y si Byron no leía muy bien el alemán, sabemos que Shelley le traducía el *Fausto* de viva voz. (Byron entendía lo bastante para corregir la traducción que George Finlay le proponía en Metaxata el año de 1823, de las *Afinidades electivas*. Finlay dijo: "Relaciones escogidas", y Byron rectificó: "Afinidades de elección".) También *El deforme transformado* le parecía a Goethe un inteligente aprovechamiento de su 'Mefistófeles', y en el preliminar, Byron declara efectivamente haberse inspirado en una vieja novela llamada *Las tres hermanas* y en el *Fausto*. Shelley le dijo: "Tu *Deforme* es una mala imitación del *Fausto*, con dos versos que le robaste a Southey."

Tampoco es difícil rastrear influencias de Byron en Goethe. El viejo de Weimar poseía el don de alimentarse con los renuevos de cada primavera. Algunos creen ver una reminiscencia de *Childe Harold* —directa o a través de charlas con Eckermann— en aquella cascada bajo el arcoiris que aparece en el acto I del segundo *Fausto;* aunque sigue siendo dudoso que Goethe haya conocido realmente este poema. Pero Goethe concede a Eckermann que el soplo byroniano se deja sentir en su *Elegía de Marienbad;*[14] Y, además, le explica que el episodio de 'Helena' —segundo *Fausto,* acto III— fue retocado y refundido en vista de la tragedia de Missolonghi. 'Eufurión', en su rauda y luminosa vida, en su armonía del espíritu romántico o fáustico y el espíritu clásico o helénico, fue entendido como un símbolo del poeta inglés, y éste, por haber realizado en su persona semejante fusión, como el representante más auténtico de los tiempos modernos.[15] La elegía que sigue inmediatamente al encuentro de 'Helena' y 'Fausto' —una de las más hermosas páginas— ¿está consagrada a llorar aquella

[14] Eck., 16-XI-1823.
[15] Eck., 5-VII-1827.

vida patética y aquella muerte prematura? Y todavía tal o cual poema —como las frecuentes y siempre vagas explicaciones sobre la "energía demoniaca"— descubren la presencia de Byron en el pensamiento de Goethe.

La verdad es que se entró Byron en la vida de Goethe mucho más de lo que a primera vista pudo esperarse. Esta flecha enherbolada acertó con el tendón de Aquiles. Herder, Schiller y Byron son, en tres edades sucesivas, otros tantos focos de su existencia. Byron fue la última pasión del anciano, una pasión paternal, tierna y comprensiva. En cierto modo, Byron era un duende familiar y un convidado invisible, no sólo en las charlas literarias del Frauenplan, sino en el trato íntimo y casero. Otilia y aun su hermana Ulrica sentían el embrujo lejano del seductor, y Goethe solía gastarles bromas sobre aquella rara atracción a que él mismo no era ajeno.[16] Otilia llegó a concebir un amor espectral del tipo byroniano, y acabó por saciar de alguna manera aquella apetencia abstracta. En 1823 se presentó a Goethe un enviado de Byron, Charles J. Sterling, hijo del cónsul inglés en Génova. Traía la mejor recomendación: Goethe le abrió sus puertas, y Otilia no pudo ni quiso mostrarse indiferente.[17] Sterling trajo la noticia de que Byron estaba a punto de embarcar para la aventura de Grecia, y el viejo se apresuró a dedicarle un poema. Byron ni siquiera se atrevió a contestar en verso, sino que lo agradeció con una carta emocionada, en que le anunciaba su propósito de visitarlo al regreso. Fue acaso su última misiva literaria.[18] A la sola idea de encontrarse con Byron, Otilia se manifestaba inquietísima.[19] Se dio el trabajo de traducir un fragmento de *Cielo y Tierra.* Y tres años más tarde, tras la muerte de Byron, todavía suegro y nuera se disputaban sus reliquias, que aquél guardaba cuidadosamente en una carpeta roja.[20]

[16] Müller, 18 y 29-I-1820.
[17] Müller, 27-V y 17-XI-1823.
[18] Leghorn, 24-VII-1823.
[19] Eck., 4-XII-1823.
[20] Eck., 26-II-1826. Tiempo después, Goethe hacía a Eckermann el elogio de los ingleses que pasaban por Weimar, de su aplomo y su garbo. Y añadía melancólicamente: "Y yo, buen padre de familia alemán a quien importa la felicidad de los suyos, siento un leve escalofrío cuando mi nuera me anuncia la llegada de otro joven inglés... Son gente peligrosa, y en serlo está su mayor virtud" (Eck., 3ª parte, 12-III-1828). Por supuesto que el dis-

El caballero romántico suscita a su paso una llamarada a cuyo fulgor descubrimos en el alma de Goethe ciertas tenebrosidades y honduras que, por lo demás, no pueden sorprender a quien conozca ya su vida y su obra. Byron encarna todas aquellas tentaciones que Goethe tradujo en poesía. Pero si Goethe predica con insistencia que nunca deben confundirse el orden real y el orden ideal, Byron los mezcló, o bien invirtió el sentido de los términos, como lo hacían, en su tiempo, aquellos suicidas wertherianos. Para conformarse a la realidad, Goethe aplicó el renunciamiento con una constancia y virtud mayores de lo que conceden Sainte-Beuve o Menéndez y Pelayo. En Goethe se descubre fácilmente el intersticio entre el mundo práctico y el poético. El intersticio lo cubre la poesía, lo cubre la intensa labor mental, en agencia de apaciguamiento y de satisfacción simbólica, de catarsis que "agita, sin daño, la piedad y el terror".

Ahora bien, cuando Goethe se enfrenta con un destino que se desenvuelve en línea magnética a la de su propio destino, parece que lo sacude un temblor profundo. Ante sus ojos atónitos Byron aparece como la incorporación de un sueño secreto. Aquella osadía, aquel arrojo, poseen un alto sentido vital, y aunque Eckermann se espante de oírlo, son lecciones aprovechables. El poder nunca es ridículo, decía Napoleón, y Goethe viene a decir a Eckermann que nunca la bravura es ridícula.[21] Parecería que Goethe ha compuesto una música prohibida y Byron la está ejecutando. Byron es una de las posibilidades ideales de Goethe, lanzada a la aventura práctica. De aquí la grandeza y la miseria de su destino. Aquella hazaña helénica —dice Goethe— tiene ya algo de impuro, de anacrónico; es una confusión que no podía acabar felizmente.[22] Byron resulta otra criatura más de sortilegio y hechicería, entregada en expiación al fuego. Goethe no pudo ya salvarlo, como lo hubiera deseado, pues la ley está en persistir. A 'Fausto',

creto Eck. sólo publicó este pasaje en la tercera parte de sus *Conversaciones*, que circuló en 1849, cuando ya habían muerto Augusto y Goethe, y cuando ya Otilia había desaparecido de la escena. Ella, tras el fallecimiento de G., abandonó Weimar precisamente en compañía de Sterling; vivió luego con Gustavo Kühne (1806-1888), escritor de la joven Alemania revolucionaria, y, después, en Viena, con el doctor Seligmann. Regresó a Weimar y se extinguió en la pobreza, año 1872.

[21] Eck., 16-XII-1828.

[22] Müller, 13-VI-1824.

activo y consciente, lo salva la fuerza de su integridad, y 'Mefistófeles' esgrime en vano sus considerandos de leguleyo. Pero este nuevo "aprendiz de brujo" desata tempestades que no sabe cómo conjurar. Y Goethe le dice en su poema, temblando cual si adivinara el desastre a que se encamina: "Ojalá te encuentres a ti mismo, como yo creo haberte encontrado."

5. La muerte

Tiene la ancianidad sus compensaciones. La vida ha sido renovación incesante, y ya han caído todos los obstáculos del camino. Deslumbradora, la lozana vejez de Goethe más parece una condensación del vigor vital que no una decadencia. Plenamente movilizado en todo instante, se lo ve acercarse con ánimo cabal a todas las invitaciones que lo solicitan. ¿Será la segunda pubertad, propia de las naturalezas geniales, de que él mismo solía hablar a Eckermann? En ocasión del concierto de la Szymanowska, Goethe improvisa un brindis: asegura entonces que el recuerdo no es una partida de caza en busca de una pieza perdida, sino que el recuerdo es sustancia que se incorpora a nuestro ser. No hay pasado, sino una perpetua novedad cada vez más rica. La Szymanowska se va y no se va, no se irá nunca. "La tengo encerrada en mi interior."[23] De suerte que para él la vejez no es una resta, es una suma. Además, el ambiente se dulcifica conforme se aflojan los tirantes de la ambición. Y en fin, la literatura militante se resuelve a considerar con deferencia al que ya no puede ser un rival. La fama del viejo es más estable que los triunfos de la juventud.

Pero, en cambio, Goethe tiene que soportar cortesías de monumento público. Lo visitan monarcas, embajadores y notabilidades europeas: y desde luego, meros turistas intelectuales a quienes ahuyenta mostrándoles sus colecciones osteológicas.

Los años y el hábito le van dando una apariencia ceremonial, que no siempre tiene tiempo de dejar caer cuando lo abordan los nuevos escritores. El travieso Heine, por ejemplo, al verlo tan

[23] Müller, 4-XI-1823.

solemne, no resistió la tentación de gastarle una broma. "¿Qué hace usted ahora?", preguntó Goethe. Y el muchacho, bajando humildemente los ojos: "Estoy escribiendo un *Fausto*, Excelencia." Pero él mismo, en su espléndido libro *De la Alemania*, a la vez que reivindica la figura inmortal y casi reclama su derecho a admirar más que ninguno "al que inauguró la era de las artes", tras las falsas divinidades "como aquella *vieja peluca* de Gottsched", ha puesto la verdad en su punto. Hasta para censurarlo —dice— hay que comenzar por arrodillarse y pedirle perdón, como lo hizo el verdugo antes de decapitar a Carlos I. He aquí lo que nos cuenta:

> Cuando, en Weimar, me vi frente a él, mi mirada espiaba furtivamente los rincones para convencerme de que no andaba a su lado el águila con el rayo en el pico. Ya iba yo a hablarle en griego, cuando advertí que entendía el alemán, y me atreví a decirle, en mi lengua, que las ciruelas crecidas entre Jena y Weimar tenían un gusto excelente. Me había pasado muchas noches de invierno pensando en decirle cosas sublimes, pero en aquel instante sólo me fue dable soltar esas sandeces. Y Goethe sonrió, sonrió con aquellos mismos labios que un día besaron a Leda, a Europa, a Dánae, a Semele y a muchas princesas o modestas ninfas.

Grillparzer —ante el cual Goethe se olvidó de arrancarse la máscara oficial en la primera entrevista— salió decepcionado. Pero, convidado a almorzar después, se conmovió hasta las lágrimas con aquella afabilidad paternal.

Entre 1825 y 1827 desfilan por la casa Schopenhauer, Quételet, Hegel, Cousin, Ampère, Stapfer, Saint-Marc-Girardin. Ampère lo visitó a diario durante tres semanas, asistía a su *petit-lever* y ambos hablaban largamente de literatura francesa. El romanticismo francés aprendió el camino de Weimar. Nerval y Berlioz envían a Goethe sus obras. En 1829, David d'Angers acude a modelar un busto de Goethe —aquel busto que se le volvió todo cerebro—, y al año siguiente, le manda de París una caja con retratos y medallones de los escritores del día, y muchas obras dedicadas de Victor Hugo, Sainte-Beuve, Vigny, Janin. Inglaterra le rendía tributo semejante, y entre otras cosas, "quince amigos" le obsequia-

ron un sello con su lema: *Sin prisa pero sin descanso*.[24] Otilia le trajo a Thackeray en 1831.

Cuando se iba quedando solo —hasta Carlota de Stein había fallecido en 1827, y al año siguiente, el gran duque y Lota Kestner—, cuando ya desaparecían los amigos y los amores de antaño, una vaga onda de cordialidad general comienza a envolverlo. Nada podía sustituir el calor de la intimidad perdida, ciertamente; pero aún le quedaba la panacea del trabajo, el consuelo superior de las Musas. Correspondía con Cuvier; lo apasionaba la controversia entre éste y Geoffroy-Saint-Hilaire, que compartía sus opiniones sobre los orígenes animales. El joven Mendelssohn tocaba el piano para él, y él en cambio le leía fragmentos de su *Helena*.

Pero faltaban las últimas heridas. La gran duquesa Luisa desapareció el 14 de febrero de 1830. A poco, durante un viaje a Italia, falleció su hijo Augusto (27-X-1830). La noticia lo sorprendió en plena tarea, el 10 de noviembre: era —"poesía del azar"— una carta de Roma, firmada por Kestner, hijo de Lotta. Permaneció inmóvil un instante. Müller y el doctor Vogel lo rodeaban. Las lágrimas asomaron a sus ojos, y exclamó: *Non ignoravi me mortalem genuisse.* Hizo venir a Otilia y le dijo: "Augusto no volverá de Italia." Y después: "Ahora tenemos que vivir más unidos."[25]

Y así fue, en efecto. Otilia había comenzado por 1829 la publicación de un periódico de sociedad, *El Caos,* en alemán, francés e inglés, casi por distraer a su suegro, aunque más de una vez se sentía cansada. Lo continuó hasta la muerte de aquél, así como continuó siempre a su lado, a pesar de que la solicitaban otras tentaciones. Ella, los dos nietos, la nieta que murió al siguiente año, el pintor Meyer, acompañaban su reclusión. Goethe quiso dominar su pena. "Me mantiene la idea del deber —escribió a Zelter—. El cuerpo debe, el espíritu quiere." Pero a los pocos días de recibir la noticia sobre el fallecimiento de su hijo, sufrió una grave hemorragia. Se enderezó aún "sobre las tumbas" y siguió labrando su *Fausto.* Había alcanzado los ochenta y dos años, y quería sal-

[24] "Los quince amigos de Inglaterra": Th. y J. Carlyle, W. Scott, Southey, Wordsworth, J. G. Lockhart, Procter, Lord Levenson Gower, W. Fraser (de la *Foreign Review*), Maggin, Heraud (del *Fraser's Magazine*), G. Moir (traductor del *Wallenstein*), Churchill, Jerdan (de la *Literary Gazette*) y John Wilson (del *Blackwood*).

[25] Testimonio de Jenny von Pappenheim, citado por los biógrafos.

var definitivamente a su héroe, como esperaba salvarse él mismo —más allá de las ortodoxias—, por su lealtad para la vida, que viene a ser, con la resignación, la verdadera figura de su mística.

Los días de sol, paseaba con sus nietecitos. La salud amenguaba. Los pulmones nunca se restablecieron después de la última hemorragia. Cayó en cama a mediados de marzo de 1832. En vano pretendía leer los libros recién llegados. Se hizo instalar en un sillón. El día 22 deliraba dulcemente. Creía ver por el suelo una carta de Schiller, y allá, entre las penumbras de la alcoba, una hermosa mujer coronada de rizos negros. ¿Será un recuerdo de la condesa de Vaudreuil, esposa del ministro de Francia, último arrobo de sus ojos? Tal vez una síntesis de todas las bellezas que contempló en su vida, algo como una Helena evocada de las sombras para acompañar el tránsito de 'Fausto'. Comenzaba la primavera. Murió cerca de mediodía.

Dejaba trazados mil senderos: el lirismo personal, el drama gótico, el romanticismo, la moderna tragedia, un nuevo clasicismo y el concepto de la "literatura mundial"; el entendimiento filosófico de la ciencia, el transformismo y el darwinismo; el sentido general de lo europeo y la futura sociedad de naciones, el ideal de superación constante y de sabiduría moral; el respeto del orden divino y la liberal comprensión del orden humano; la reivindicación de la poesía como trama y como norte de la existencia.

Más que un iniciador, Goethe es una composición armoniosa —después de él nunca superada— entre todos los intereses de la acción y la meditación; una gran síntesis humana con quien era útil, y sigue siéndolo, confrontar las conquistas particulares de la investigación, del arte y de la conducta; y a quien nos es dable referirlas por lo mismo que no fue la suya una naturaleza inaccesible ni sobrehumana, sino sometida a nuestros mismos quebrantos.

Tampoco está fuera del tiempo, ni tiene significación alguna hablar de su "ucronismo": "Lo que más nos importa —solía decir— son las cosas de nuestra época, únicas que se reflejan en nosotros y en que nosotros nos reflejamos con pureza cabal." El haberse aplicado a la realidad próxima, tangible y visible —explica en su ensayo sobre Winckelmann, a propósito de los historia-

dores griegos— fue la cualidad por excelencia de los antiguos. Pues sólo las formas, y no los sueños abstractos, nos llevan hasta las esencias. Lo cual no significa, desde luego, que cuanto nos pase por delante tiene derecho a perturbar el necesario aislamiento del trabajo, ni tampoco significa que el pasado no nos pertenezca. Pues "no sólo están asociados los hombres cuando materialmente se juntan: también están a nuestro lado los que andan lejos y los que han dejado de existir".

Consideremos la hora en que Goethe aparece y lo veremos sumergido en su tiempo, así como lo hemos visto, en todas sus etapas, rodeado por un cortejo de amigos o acompañado de una mujer. El racionalismo, que arranca del siglo XVII, poco después se codifica en la Ilustración y el *Aufklärung.* Para la Alemania del siglo XVIII, puede representárselo en los nombres de Leibniz o de Cristián Wolff, y viene a decirnos, en suma, que todos los males de la humanidad provienen de las pasajeras deficiencias de la cultura. Pero pronto, con Rousseau y el *Sturm und Drang,* el enigma de la vida y aun la dignidad de lo irracional reclaman sus fueros: Hamann, Herder, el joven Goethe y los primeros dramas de Schiller pueden evocar esta fase del pensamiento. Al Dios-Razón sucede el Dios-Naturaleza. La naturaleza no es ya el objeto inanimado de la ciencia, sino un sujeto, un inmenso ser palpitante.

Tales ideas estaban en el aire, no aparecen con Goethe. Las debe a sus precursores: a la Biblia, a sus estudios teológicos, a los círculos pietistas; a las universidades y a los libros; a Platón y a Plotino; a Spinoza y a Leibniz, a los pandinamistas de los siglos XV y XVI, como Paracelso, Van Helmont, Basilio Valentino; a los místicos Jacobo Boehme, Swedenborg, Zizendorf, y hasta a su coetáneo Lavater; a la estética de Cudworth, Shaftesbury, Young, Sterne, al mismo Gellert, a Breitinger o a Batteux; a Klopstock, a Rousseau, a Hamann y a Herder. A todo lo cual deben unirse las lecturas y el estudio de Shakespeare, Erwin de Steinbach, Hans Sachs, Durero, Homero y Ossián, que animan el fuego de su juventud durante la "era titánica".

Conforme se calman los primeros ímpetus y aprende a acomodarse en la sociedad de los hombres —el Weimar de 1775 a 1805—, la evolución clásica adelanta en sucesivas etapas:

De 1775 a 1786, instalación en un orden nuevo, tránsito de la mocedad revolucionaria a la fuerza de la madurez. A un lado Carlos Augusto y sus fiestas; a otro, la lenta domesticación de Carlota de Stein; y en medio, los deberes públicos y el sentimiento social, que traen a las ciencias como de la mano, y con ellas, la revelación de las leyes universales.

De 1786 a 1788, el episodio afortunado del viaje a Italia, la libertad del arte, el valor de la felicidad, el descubrimiento de la luz.

De 1788 a 1794, el paréntesis gris de Weimar, la reclusión, el abandono de las faenas burocráticas, el provechoso escándalo de Cristiana Vulpius. Lo cual le permite reconcentrar sus azúcares y posar su vino.

De 1794 a 1805, la autofecundación por injerto, que eso vino a ser la amistad de Schiller; la guerra literaria; Weimar, capital de la inteligencia alemana. La muerte de Schiller da la hora de la vejez.

Asoma un mundo nuevo: guerras napoleónicas, Restauración, Santa Alianza, régimen de empresa capitalista, avance del maquinismo, derrame del idealismo filosófico que se elabora desde Kant hasta Hegel, romanticismo de la Joven Alemania, rápidos progresos de la ciencia y la técnica. Goethe lo ve y lo acompaña todo desde las últimas cumbres de su edad. Su clasicismo, todavía algo exclusivo, se expande en universalismo; su "tipismo" o preocupación de los paradigmas, en "simbolismo"; un simbolismo que acepta y resiste las corrientes de lo transitorio sobre el lecho de lo inmutable, de lo eterno.

Entre tanto, su curiosidad y su saber han ido abrazando ensanches que sólo se explican por su vigor mental y por la buena economía de sus fuerzas: pues no era un atleta y ni siquiera fue muy sano. El largo proceso puede resumirse en tres palabras, como quiere Lichtenberger: revolución, clasicismo y mística. Pero siempre que se tomen en cuenta la fluidez y el ir y venir incesante de aquella naturaleza dotada de rara plasticidad. La verdad es que conviene acostumbrarse a entender a Goethe como un caso de simultaneidad prodigiosa; no de eclecticismo, no de yuxtaposición artificiosa, sino de viviente integridad. De aquí que los juicios más encontrados parezcan convenirle a un tiempo, según la fase que se contemple.

Criatura de Apolo y de Dióniso, es mesura desmesurada. Se escabulle como Proteo y escapa en el vuelo de Euforión. Es fiel y es voluble en sus amores; nunca falsamente seductor, sino sinceramente ofrecido. Se da y se recobra, se enloquece y se salva. Vende el alma al diablo, y no se la entrega. Sale incólume de sus propias tormentas, pero resiente los terremotos lejanos y los eclipses de las estrellas. En una constante coartada, es una presencia constante. Mucha sustancia natural ha entrado con Goethe en la literatura. Habla tan cerca de su pensamiento y piensa tan cerca de su vida, que vence el oficio conceptual del lenguaje y sus palabras parecen hechos. Mezcla de algún modo la voluntad del Occidente y la resignación del Oriente. Concilia el espíritu del Norte y del Mediodía, y cuenta sus dineros de bárbaro septentrional sobre el mosaico romano. No acabamos de darle mate, porque se nos sale del tablero. Es inabarcable, y a veces, también invisible. ¿Cómo poner sitio al grande abuelo? Por todas partes a un tiempo nos asalta y nos sobresalta. Él ha dado por consigna a su alma: ¡Fuego en toda la línea!

IV

ESCOLIOS GOETHIANOS

[1932-1954]

PRELIMINAR

NO EMPRENDEMOS hoy ni una biografía ni una historia literaria de Goethe. Damos lo uno y lo otro por conocidos, en sus rasgos generales al menos. Quien quisiere, fácilmente podrá ayudar su memoria, acudiendo a cualquiera de las excelentes obras —muchas en español— que pueden hacer veces de introducción al estudio de Goethe. Pero no basta haberse informado sobre la vida del sabio de Weimar o haber leído sus obras principales para abarcar en su totalidad aquella personalidad extraordinaria. Goethe, en efecto, por la complejidad de su naturaleza, escapa a las clasificaciones habituales. A la vez poeta y artista, naturalista y pensador, hombre de acción y místico, junta en sí las condiciones más varias, es una de las más ricas "mónadas", de las fecundas y comprensivas que haya producido la humanidad. Refleja el mundo en una variedad de fases más asombrosa aún por la armonía del conjunto. El poeta Goethe no se entiende sin el hombre universal que hay en él. De aquí la necesidad de estudiarlo en conjunto, procurando no embriagarse con los detalles.

Tras de bosquejar, en la Introducción, la fisonomía general de Goethe, descubriremos los que nos parecen ser sus aspectos esenciales y sobresalientes: naturista, sabio, poeta, artista, hombre de acción, intérprete de la historia, pensador, metafísico o místico.

INTRODUCCIÓN

La personalidad de Goethe

Goethe no sólo fue un gran poeta. Fue también, y por encima de todo, un sabio —en el sentido moral—, un ejemplar magnífico de humanidad superior. Tal es el aspecto que aquí interesa.

Para entender esta "humanidad" de Goethe y el interés que todavía presenta para la historia del pensamiento europeo, comencemos por representarnos el cuadro de las grandes corrientes de ideas que se desarrollan, se entrechocan o se suman en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando Goethe entra en la vida consciente. Creo que puede afirmarse: en este momento, el alma germánica aparece solicitada por dos fuerzas que después se han ido diferenciando al punto de manifestar cierto antagonismo: el instinto religioso y la razón.

Todavía en el siglo XVII, el cristianismo confesional prevalecía resueltamente. La unidad cristiana quedó rota por la Reforma. Pero también el protestante era sobre todo un hombre de fe, que creía firmemente en el milagro, en el pecado original, en la redención por la gracia, que veía en la muerte un mandamiento de Dios y que, si no subordinaba —como el católico— la razón a la fe, al menos establecía una separación radical entre uno y otro dominio, y rechazaba toda autoridad a la razón en el reinado de la fe.

Pero poco a poco la razón se desarrolla y se robustece. Merced a la ciencia y las técnicas se va adueñando de la naturaleza; afirma su autonomía, se levanta contra la autoridad y la tradición, racionaliza la religión, la moral, el derecho, la misma estética; pretende erigir su soberanía y estima que el hombre es "libre" sólo cuando a la razón obedece, cuando se somete a la ley racional.

En teoría, hay una oposición radical entre la concepción cristiana y el racionalismo, y esta oposición se expresa en inacabables polémicas entre los hombres de fe y los hombres de ciencia. De

hecho, esta oposición no era absoluta, y mucho menos en Alemania. En Francia, el racionalismo se ha desarrollado en un combate implacable contra la religión y, en su forma extrema, ha parado en un materialismo intransigente que niega resueltamente el valor de la religión. El espíritu alemán, más aficionado entonces a los compromisos, se rehusaba a sacrificar uno de los principios en aras del otro; pretende más bien conciliarlos; sospecha que, en el absoluto, la verdad religiosa debe de coincidir de algún modo con la verdad científica. El racionalismo alemán del siglo XVIII, tal como aparece en Leibniz o en Wolfe, no es pues irreligioso en esencia: pretende conciliar a su modo la razón y la fe.

Los demonios de Goethe

La "hiperexegética goethiana" —para de una vez darle el nombre horrible que se merece— se ha entregado a largas cogitaciones sobre esos "demonios" que Goethe suele mentar como a personas conocidas. Cierto biógrafo, a lo largo de su voluminoso libro, usa mucho, sin definirlo nunca, del concepto de lo demoniaco y la pugna contra la demoniaco —pretendido resorte para explicar todas las acciones de Goethe, que por cierto no necesitaban tamaño aparato explicativo—, y pára en no sé qué insipideces y nos deja donde antes estábamos. A menos que la pugna contra lo demoniaco signifique ese gobierno que todos los días ejercemos contra el espíritu de la pesantez, desde que por la mañana saltamos del lecho antes de lo que quisiéramos, hasta que por la noche nos metemos otra vez en las sábanas, también antes de lo que quisiéramos.

Las palabras "demonio" y "demoniaco" visitan el lenguaje habitual de Goethe, pero eso no las salvaría a nuestros ojos. Las usa de una manera contradictoria y muchas veces bastante vaga. No son denominaciones unívocas, son mitos de aquellos que tan fácilmente nacían en su imaginación. (Recuérdese el caso de las Madres, mito arbitrario brotado de una lectura de Plutarco: de una lectura "oblicua", digamos.) Afirman algunos que poco antes de llamarse demonio, este demonio de Goethe no era más que el

"genio", el genio que Herder propone como reacción germánica contra la cultura francesa, la cual le resultaba ya un laurel marchito; el genio que, de lejos, anuncia la fórmula bélica del "Dios con nosotros", y que, por lo pronto, está llamado a alcanzar tan gran predicamento entre los románticos propiamente dichos. Especie de ángel tutelar que nos lleva y trae, agente del favor divino, suele incorporarse en el hombre privilegiado, al modo que —en cierta comedia española del XVII, cuyo nombre callo como reto a la erudición de mis lectores—, el ángel rapta al rey que se ha quedado dormido en el jardín, asume su forma, y se entrega a regir el reino en su nombre. Cuando Herder, de paso por Estrasburgo, se encuentra con Goethe en la Posada del Espíritu —¡qué nombre para aquel contacto providencial!—, dicen que le comunicó magnéticamente la idea de que estaba poseído. Y el "genio" de Herder sería, entonces, el antecedente inmediato del "demonio" de Goethe. Pero la verdad es que el "demonio" de Goethe trae, desde su etimología, una casta helénica, a nuestro sentir más respetable. Con todo, no hay que apresurarse a filiarlo, a clasificarlo.

En efecto, el tal demonio es para Goethe, en ocasiones, un mediador morfológico, o bien lo que hay de indestructible en la persona, el núcleo del individuo, a lo que más tarde —ya metido en Leibniz— llamará "mónada". En *Poesía y realidad* (XX) lo demoniaco pretende cobrar fisonomía: en todo lo existente hay algo que se manifiesta en contradicciones, por lo cual no cabe en ninguna idea cuajada. No es divino, angélico, diabólico ni humano. Todo lo penetra, encierra en sí el tiempo y el espacio; y, con notorio desprecio para lo posible, sólo se complace en lo imposible, por donde caemos de nuevo en la sed fáustica. Es amoral e imperioso. Se deja sentir claramente en las fuertes personalidades. Es el elemento creador, y hace el bien y el mal de un solo impulso; pero, por lo mismo, hay quien se empeña en demostrarnos que no podría ser fecundo. No lo entiendo, no: confieso que se me va en palabras, aunque me duele despedirme de una fórmula tan brillante y cómoda.

Pero he aquí: Goethe, por un lado, presenta a su demonio como una fuerza enemiga y disolvente; y por otro lado, como una fuerza

propicia, un buen azar. Ya asegura que es indispensable, aunque difícil, el imponer la parte buena que hay en nosotros sobre el obstáculo demoniaco; y entonces le aparecen los demonios como energías retardatarias del proceso del mundo. Ya declara que hubo algo demoniaco —aquí, afortunado— en su oportuno encuentro con Schiller, cuando éste comenzaba a cansarse de sus especulaciones abstractas y cuando, a su vez, Goethe regresaba de Italia henchido del gusto de lo concreto y lo visual. Si le piden que defina el término, sale diciendo que lo demoniaco "no se resuelve en entendimiento ni razón, no reside en mi naturaleza, pero estoy sometido a ello". Y añade que Napoleón tenía "una naturaleza demoniaca", que los demonios son semidioses, que Mefistófeles no es demoniaco, porque lo demoniaco es constructivo y no destructivo. Y después averiguamos que Federico, Pedro el Grande, Byron, Paganini, y aun el gran duque de Weimar por su buen instinto, eran otros casos palmarios de lo demoniaco; y que los demonios, finalmente, no gustarían de manifestarse en ciudades como Berlín, tan claras y prosaicas.[1] Y otra vez, traduce el *Quilibet habet suos manes* de Pascal por: "A todos nos atormenta nuestro demonio."[2] ¿A qué disimularlo más? Hemos dado con una de las mil facetas del Goethe pintoresco. Lo demoniaco es una bisagra poética del discurso —idea que se quedó en larva—, y ya se articula a la izquierda o a la derecha. El demonio de Sócrates era decididamente más sencillo: era una vocecita, esa que solemos oír.

"México en la Cultura", *Novedades*, 16 de mayo de 1954.

Las disyuntivas de Goethe

I

Toda conducta humana se resuelve en una serie de disyuntivas, unas pasajeras, otras más o menos permanentes a lo largo de la

[1] Eck., 3ª parte, 23-X-1828; 24-III y 2-IV-1829; 28-II, 2, 8 y 30-III-1831.
[2] Müller, 7-IV-1823.

existencia. Si Goethe, al salir de Francfort, ha de seguir el camino para Italia —como vagamente se lo proponía— o si ha de torcer el rumbo hacia Weimar —como lo hizo al fin—, es disyuntiva momentánea; y vino a decidirla el arribo del coche en que un oficial del duque se lo llevó junto a su señor, como se recoge un botín disputado. Schweitzer, profundo conocedor de Goethe, insiste en aquella incertidumbre que el grande hombre suele mostrar ante las crisis de su destino; timidez, blandura o condición hereditaria, según piensa él y piensan muchos, contrariando así una vez más la falsa figuración del dios de mármol. En varios trances —singularmente cuando se enfrenta con los conflictos amorosos—, Goethe ha preferido ignorar el problema, aunque a costa de su corazón, y entonces elude el cuerpo como el torero en el quiebro, como el luchador japonés, y opta por la fuga, o sea por la resignación, la renuncia. Así, en Alsacia, con Federica Brun, propia imagen de 'Margarita', víctima de este 'Fausto' joven, si bien víctima de buen sentido, que acertó a embotar los filos de la tragedia. Así, en Wetzlar, Coblenza y Francfort, con Lota, con Maximiliana o con Lilí. Así, tras el largo idilio de Weimar, con Carlota de Stein; y, más tarde, con Mariana de Villemer, o con Ulrica. El patetismo opreso se desahoga luego en poemas: *Saludos y adioses*, *Werther*, *Ifigenia* o el *Tasso*, el ciclo lírico de 'Suleika' o la *Elegía de Marienbad*.

Pero hay, a lo largo de la vida de Goethe, otras disyuntivas permanentes. Su examen ayuda a comprenderlo. Tal, por ejemplo, la disyuntiva entre el subjetivismo exaltado —tendencia innata— y el cabal objetivismo a que aspira —doctrina creada por la cultura—; tal la disyuntiva entre el confinamiento privado —inclinación congénita— y la acción pública —fruto, éste, del convencimiento intelectual y moral. La brújula de Goethe oscila entre uno y otro extremo. Aunque allá, en el fondo, ambas disyuntivas se traben de alguna manera inconsciente, hay que estudiarlas por separado. Conviene, para ello, descarnar y esquematizar los procesos, a riesgo de perdernos por el laberinto de motivos y motivaciones.

II

Cuanto a la primer disyuntiva, he aquí nuestra tesis: Goethe es, por esencia, un subjetivo, perfeccionado poco a poco por la educación objetiva, fase que en algún instante hasta ofusca pasajeramente la fase fundamental.

Desde luego, todos admiten que descuella en la lírica, expresión de lo subjetivo; la cual bien puede —claro está— echar mano de los objetos y no se limita a interjecciones. El mismo 'Werther', héroe de la introspección, refiere sus estados de ánimo —como los pastores de las églogas— a la naturaleza risueña o a la naturaleza tempestuosa; y según lo lleva el humor, se encuentra en el luminoso Homero, o en Ossián el caliginoso. En la evolución literaria del poeta, el subjetivismo algo abstracto se va poblando cada vez más con imágenes exteriores. Éstas pasan al primer plano al regreso de Italia; digamos, con las *Elegías romanas*, por las cuales probablemente lo llamó Chateaubriand "el poeta de la materia". Y luego, hinchada y robustecida la vena, objeto y sujeto se entrelazan en una coherencia superior que, en los versos últimos, casi despersonaliza al poeta, o mejor aún, le confiere la gracia de poseer, a modo de acento propio, un acento humano universal. A lo largo de la jornada, resuenan una y otra vez los retumbos reiterados del *Fausto*, drama interior, drama sin teatro si los hay.

Pues Goethe fue, más que nada, un poeta lírico. Las tres intenciones evolutivas que Gundolf cree ver en el desarrollo de su obra —la lírica, la simbólica, la alegórica— son otros tantos recursos o manifestaciones de su lirismo. Lírico, y lírico de condición musical, cualesquiera sean sus dotes de narrador o dramaturgo, y aun cuando parezca disimularlo —que no lo consigue— ese Lucrecio despedazado que asoma en los versos marginales de sus estudios científicos. Lírico en su poesía juvenil, toda hecha de canciones. Lírico en el *Werther*, ¿quién lo duda? O en el primer fragmento del *Fausto*, donde hasta las escenas de 'Margarita' dan pretexto a monólogos íntimos al tenor del *Hamlet*. Lírico estorbado en el teatro y embarazado en la novela: basta compararlo con otros. En vano la *Ifigenia* o el *Tasso* intentan obrar por su cuenta o según

sus mutuas relaciones. Aun el ambiente o contorno social es tan restringido que no logra atraer a los protagonistas. El latido de las multitudes, a partir del primer monólogo de 'Ifigenia', se apaga gradualmente. En el *Tasso*, esta presencia del coro se desvanece del primero al quinto acto. En torno a *La hija natural* parece que pesa el silencio. El 'Tasso' es un yo secuestrado, más aún que 'Werther', y ni se le ocurre salvar los muros de su jardín. El *Egmont*, el *Meister* de la "Misión teatral" son breves paseos en torno al claustro del poeta. El don de pintar los caracteres ha dado sus pruebas en las figuras de 'Marta' o 'Clara', pero el poeta deja caer prontamente el pincel realista y entra en el retrato filosófico. Los personajes transitan por su mente más que por el mundo. Como ese sonámbulo de "Egmont", ponen otra vez la proa hacia sus costas a la hora en que debían alejarse. No veamos en todo esto una preferencia estética, sino una necesidad impuesta por la plétora emocional. El 'Fausto' de la segunda parte escucha aún voces misteriosas que vienen a perturbar su quietud, y nos habla de su noche interior. "El incierto laberinto de la pasión", en plena ancianidad de Goethe, lo lleva todavía hasta los pies de Ulrica.

De aquí el alivio, la merced de las aficiones científicas. El "sublime reposo" del granito como que viene a calmar la "celeridad del corazón". Hay un instante en que la emotividad acumulada de la *Ifigenia* y el *Tasso* luchan con los frenos de la ciencia. Carlota de Stein estaba plantada en el camino, y Goethe es perfectamente sincero al escribirle, desde las montañas del Harz, que su amor por ella sólo tiene un digno rival en la geología.[3]

La pugna entre la corriente subjetiva y la corriente objetiva pudiera muy bien simbolizarse en la balada del *Rey de los silfos*. El diálogo tembloroso y precipitado pretende concertar los fantasmas que cree ver el hijo con los árboles remecidos que el padre ve en efecto. Y en este trágico vaivén, el hilo se rompe sin remedio, y el niño es arrebatado al fin por sus mortales quimeras.

Pero Goethe está resuelto a salvarse. Si hasta entonces, como lo confesará al cabo, el soñar despierto ha ocupado la mayor parte de sus horas, en adelante espera que su atención por el mundo

[3] 11-VIII-1784.

externo sólo se suspenda para recapitular las ganancias.[4] Y sobrevino Italia, en ayuda del predominio de lo visual; Italia donde la tierra, el mar, el aire, las poblaciones y el campo, los monumentos y los museos sacian aquel apetito despertado en él desde los remotos días en que su padre lo paseaba por su galería de viejos grabados; donde —como cantan las *Elegías romanas*— "Febo el dios convoca las formas y los colores". Aquel caos, aquel hervor íntimo que, diez años atrás, se deja sentir en alguna de sus cartas a Bürger, cede el paso a la deslumbrante objetividad, en análisis tan rigurosos que asumen un sesgo científico y son, mucho más que observaciones críticas o notas de viajero, afirmaciones de una posición poética ante el mundo. Lo inmediato, lo palpable, lo vivo, se justifican por su sola presencia, lluvia benéfica para el alma sedienta de emociones visuales. Italia disipa sus pesadillas como aquella campanita que lo despertaba en la infancia. Sus *Anales* declaran, en 1789, que trajo de Italia el consejo de olvidar provisionalmente las preocupaciones privadas, de olvidar a Sterne y demás viajeros sentimentales, de objetivarse lo más posible: ¡La objetividad —dirá un día a Eckermann—, tal es la virtud de las artes![5] Por eso se engolfa en las páginas de Winckelmann, o estudia la anatomía, a la vista de la escultura clásica, como nunca logró hacerlo en las aulas médicas de Estrasburgo o en su encierro de Weimar. Por eso vuelve al dibujo, y no porque se haya figurado, en serio, que podía ser pintor, no obstante alguna candorosa salida, brote de la euforia del viajero; pues nunca pudo ni quiso engañarse sobre el valor meramente auxiliar de sus intentos artísticos. Y son, entonces, los poemas de tono clásico, donde la plasticidad y el color se visten de palabras. En los sarcófagos de Verona se anima la danza de los faunos y se oye latir la música salvaje de las bacantes. Y Helena vaga por las praderas del Eurotas, o regresa sobre los pesados lomos del Egeo.

Goethe nos aconseja ahora entregarnos a los objetos —ya mediante los recursos del arte o de la ciencia— por los objetos mismos, y no para reflejarnos o buscarnos en ellos; principio goethiano por excelencia que Schiller comenta en sus cartas a

[4] A Boisserée, 18-VI-1817; a Herder, 10-XI y 29-XII-1786.
[5] 5-VII-1827.

Guillermo de Humboldt.[6] El tránsito de uno a otro estado es manifiesto. No se cansa de predicar al poeta que se eche fuera de sí mismo, que se nutra en la normalidad exterior y no en la extravagancia íntima. Wolf, el improvisador de Hamburgo, no supo escucharlo: en vez de describir el viaje de regreso a su patria, se extendió sobre las emociones del hijo que vuelve al seno de los suyos, lo que igualmente convendría a Hamburgo, a Merseburg, a Jena... a Cuautitlán. Y es —dice— que los poetas jóvenes padecen porque no saben salirse de sus sentimientos, y sus sentimientos carecen de interés general.[7]

Ahora bien, Goethe mismo ha perturbado a la crítica respecto a la evolución de su poesía. Ciertas declaraciones suyas nunca debieron tomarse al pie de la letra. Comienza la *Historia de mis estudios botánicos* censurando en sus primeros poemas este mismo exceso de confidencias íntimas que censura en los poetas nuevos, y otra vez se queja con Eckermann de la positiva falta de asunto que aflige a su obra juvenil, con excepción del *Goetz*. Aun se disculpa —sin necesidad ninguna— del exceso de subjetivismo en el *Primer Fausto*. Y cree haber corregido esta deficiencia en el *Segundo Fausto* y en todas sus últimas obras.[8] Pero ¿acaso ha logrado Goethe curarse, para entonces, del intenso ardor subjetivo, aceptando que esta condición sea un mal en sí misma? Aquella autocrítica severa o mejor, aquella jactancia de absoluta objetivación cuanto a la segunda etapa de su obra, puede convenir al tránsito "clásico" de 1790, a las *Elegías*, al *Alexis y Dora*, al *Germán y Dorotea*. Pero ¿conviene igualmente a toda su magna labor de la vejez y a todo lo que la posteridad evoca cuando pronuncia el nombre de Goethe? Allí está el prólogo del *Fausto* —apenas posterior al *Germán y Dorotea*—, o el pasaje sobre las campanas de Pascua, rasgos de intenso subjetivismo. Y ya para los días del *Diván*, las ráfagas líricas han disipado nuevamente las "tentaciones" épicas. Recordemos... Entre el infinito del pasado y el infinito del porvenir estalla el instante de la más aguda experiencia. El longevo se ríe de los que no saben esperar

[6] Goethe a Meyer, 9-III-1796; a la princesa Gallitzin, 6-II-1797; a Riemer, 3-V-1814; a Boisserée, 22-XII-1822. Schiller a Humboldt, 9-XI-1795.

[7] Eck., 24-XI-1824 y 29-I-1826.

[8] Eck., 20-IV-1825 y 16-II-1826.

que la nieve se funda, a que el botón reviente. Entre los rumores del arroyo balbucea la voz del espíritu. Sentirse espectador del mundo es goce supremo. En lo diminuto está el Todo, que nos hace señas por dondequiera. Da lo mismo tener nombre que ser anónimo. El ruiseñor vuelve cada noche con su misma canción...

Igual mezcla, igual desposorio de calor íntimo y de cosas universales en el *Diván* o en las *Xenias mansas*. Goethe no ha olvidado el sujeto por el objeto, como exageradamente lo proclama, sino que ha robustecido el uno con el otro; ha atado, con puño más fuerte, las hebras flotantes de su juventud. Nada más goethiano que esta confianza final en la saturación del espíritu por la larga acción de la naturaleza. En la madurez de su lirismo, su ancianidad se aficiona a los versos gnómicos, dichos y sentencias que sueltan un gusto de proverbios. En cada palabra está Goethe, pero todo trasciende a verso acuñado por mano de todos los pueblos, a río de todas las vertientes que viene a desembocar en Goethe. La persona ya no es una diferencia irritante, sino una ley genérica. El yo, al acendrarse, se expande, por manera que la subjetividad se torna molde humano. No es un hombre quien nos habla ahora: es el Hombre, el Hombre a toda orquesta.

"Representativo, sin dejar de ser usted mismo", le había dicho Schiller, adelantándose proféticamente a la evolución final de Goethe. Y él no se engañaba cuando le escribía a Lavater: "Mi nombre es legión." "¿Es uno, o es una docena?", pregunta Rienhard. "Es ciento en uno —había declarado Lavater—; muchos caracteres, sin la menor merma del propio." Federica Brun, y más tarde Müller, lo llamaron Proteo. El Proteo, o en metáfora modesta, el Camaleón —sólo manifiesto ayer en la vida cotidiana, en el humor y en el trato, exasperación propia, desazón y asombro de sus amigos—; el Proteo, o el Camaleón —cuya imagen lo acosaba desde la infancia— han encontrado su camino en la mutabilidad continua de la experiencia, ahora cabalmente recogida por la poesía; en el renacer continuo de que habla el *Diván* y que acaso no olvidará Nietzsche; en el rejuvenecimiento incesante concedido a algunas naturalezas, que el mismo Goethe explicaba a Eckermann. Necesitaría otra nueva existencia —confiesa a Zelter cuando ya declina su vida— para acudir al tumulto de sus pensa-

mientos. Tiene que contenerse más conforme envejece, y lo tortura la angustia de lo abortado, de lo incompleto, y esto ya en vísperas de su muerte. Su fe en la inmortalidad, más que de una convicción teológica, se deriva de su riqueza vital, que en alguna parte ha de encontrar desahogo, que en alguna forma ha de realizarse en toda su excelsa plenitud.[9]

Pasemos de la poesía de Goethe a la ciencia de Goethe. Si Goethe, en suma, nunca prescindió del orden subjetivo en el campo de la poesía —pues aún queda mucho por decir sobre la famosa etapa transitoria que, para abreviar, llamamos clásica—, tampoco prescindió del sujeto en el mismo campo de la ciencia. Y aquí, explícitamente; pues, por singular paradoja, mientras en la poesía exige la anulación del sujeto, en la ciencia reclamó siempre la consideración del sujeto. Rechaza rotundamente esa solapada hipótesis de trabajo que se figura lograr la objetivación mediante la anulación del sujeto. El "cientista" no puede ser mejor que su persona, y aun el matemático, a su ver, tiene que ser un hombre fundamentalmente bueno. El sabio no trabaja *in absentia*, ni deja a las puertas su personalidad como se deja un quitasol: está presente en sus labores. Jamás, ni en la ciencia ni en los negocios, se puede ser un mero racimo de previsiones etéreas. Más estrecha es la salida, y más de cerca acechan al sabio, a las puertas del desfiladero, todos sus humores subjetivos. La exclusión de la persona es ya, en sí, locura metafísica; además, es indeseable. La ciencia que se da por naturaleza se vuelve insensata. La ciencia es intermediaria del sujeto y la naturaleza. ¿Que Reinhard lo acusa de enredar lo subjetivo en la observación del mundo? Sea enhorabuena. No se propone él otra cosa.[10]

Estas declaraciones un tanto combativas deben apreciarse por referencia a la doctrina orgánica de Goethe. Él se obliga a pensarlo y hacerlo todo con todo el ser a un tiempo, caiga quien caiga. Lo objetivo no podría, según él, definirse en términos puramente objetivos, que sería una mutilación de entidades. Sujeto y obje-

[9] Sch. a G., 31-VIII-1794. G. a Lavater 7-V-1781. Müller, 7-X-1823. Lavater, 29-V-1788. Eck., 18-VI-1819, 4-II-1829 y 29-IV-1830. A Zelter, 17-IV-1815 y 20-VIII-1831.
[10] A Meyer, 7-X-1810 y 10-IX-1822.

to son correlatos necesarios. Lo subjetivo-orgánico y lo objetivo-físico-matemático se corresponden en la humana receptividad: "representación", dirá muy pronto Schopenhauer. Si el ministro Goethe edificó muchos puentes en el ducado de Weimar —por lo cual Herder le llamaba *Pontifex Maximus*—, ahora Goethe el hombre de ciencia se empeña en tender un puente más sutil entre estos dos órdenes lógicos, al modo que procuran algunas filosofías resolver la conexión de alma y cuerpo. En el poeta —afirma a Riemer, como comprobando nuestras discusiones ante-riores— se ve muy claro que el hombre oficia a la vez por el sujeto y por el objeto. Y sin la supremacía de la persona, se alteran las relaciones naturales.[11]

Otros han dicho que, si Goethe no hizo poesía científica, hizo a veces ciencia poética. No es la ocasión de discutirlo, y aun ello fortalecería el subjetivismo fundamental de Goethe que aquí venimos sosteniendo. Apréciese, en suma, el desprendimiento que ganó con la edad, hasta no lograr contemplarlo todo bajo especie histórica; no sólo con los propios ojos, también con los ojos de los demás, "privilegio único de la vejez", según sus propias palabras.[12]

Tal es, en grandes rasgos, la disyuntiva entre el sujeto y el objeto que atraviesa la conducta espiritual de Goethe.

III

Con mayor cautela, si cabe, hay que proceder a examinar la disyuntiva entre lo privado y lo público. Y como el argumento puede deslizarse inconscientemente a la apreciación de las ideas políticas de Goethe, comencemos por la salvedad. No se trata aquí de ninguna posible doctrina o convicción política, sino de la mayor o menor simpatía personal, íntima, ante la acción política efectiva. Se puede vivir en completo alejamiento del mundo político y profesar una doctrina política. Se puede carecer de doctrina y ser político militante. Las ideas políticas de Goethe son asunto aparte. Goethe, durante cierto periodo de su vida, participó activamente, si no en lo que suelen llamar política —pala-

[11] A Schlosser, 6-II-1815; a Nees von Esenbeck, 13-XI-1825.
[12] A Müller, 6-IV-1818. Eck., 20-IX-1822.

bra muy estropeada ya en el uso— sí en lo que entendemos por gobierno. ¿Hasta qué punto, al gobernar, cedía a una espontaneidad de su naturaleza, o hasta qué punto se lo impuso como un deber? He aquí la cuestión. Porque, en hombre de probidad tamaña, el que se desempeñara a conciencia de los cargos no acusa necesariamente una afición: puede ser nobleza.

Goethe vivió tanto y tanto comentó los casos de su existencia —como si quisiera explicarnos la moraleja para mejor aceptar las sinuosidades de su trayectoria—, y tan igualada está su vida con su pensamiento, que es imposible exponerlo en ninguno de sus aspectos sin volver a estirar la tela en el bastidor de su biografía. Toda crítica que descuide este método conlleva un pecado original.

Desde luego, Goethe vino al mundo en la condición de un *déclassé*. Cierto, el bienestar económico de su casa lo ajusta al cuadro de aquella naciente burguesía que ya iba camino del poder, al menos desde que Luis XIV reclutó en ella a sus ministros. Pero ¡caprichoso hogar el suyo! El padre procedía del "tercer Estado". Enriquecido por el trabajo de sus mayores, se educa en la Ilustración, se gradúa en la Universidad, viaja, se cultiva, y compra un título que le confiere notoria preeminencia social. ¿Para alternar con las altas clases? ¡En modo alguno! ¿Para reclamar un sitio en la vida pública de Francfort? Se arrepintió a punto de hacerlo, él mismo se puso los obstáculos. Se recluyó más bien en casa, a vivir de sus aficiones; algo hosco, solitario, tal vez minado secretamente por el mal que habrá de determinar su muerte. Frisaba en los cuarenta, cuando resolvió también comprarse una joven esposa, una niña, en quien comenzar los ensayos de su implacable manía pedagógica. Era hija del burgomaestre, y de las más encopetadas familias. Pero ella se conservó niña, con deliciosa placidez, a lo largo de la maternidad y hasta el postrer instante. Recogida bajo el ala negra del marido, sólo escapaba para jugar con sus criaturas, para dar suelta a su bendita índole. Ágil, flexible, inteligente, ignorantona y graciosa, fue una gran mujer, no una gran dama; no soportaba la tiesura de la verdadera vida social. La vieja mansión de la Zanja de los Ciervos, con todos sus cuartos a desnivel y un sí es no es temerosa, sólo se alegraba con sus risas constantes, y se alzaba como una isla al

costado de la población. Era cosa autárquica, casa libre en "la ciudad libre"; para los amigos deseados, no para el mundo. Los niños estudiaban a domicilio, y cuando, por las reconstrucciones, hubo que enviarlos a la escuela, Goethe mismo nos ha contado que no se avenía con sus camaradas; era niño aparte. Verdad que luego anduvo en ciertas compañías, pero lo pagó con sufrimiento, porque eran malas compañías, como las que suelen tropezar los mozos riquillos y sin clase. Años después, vemos que Goethe no acomoda junto a Lilí Schönemann, en cuyo círculo aristocrático se sentía como un oso amaestrado; y, recién caído en Weimar, la señora Stein lo encontrará estudiantón, algo grosero, afecto a decir palabrotas, incapaz de guardar la línea.

La gente que rodeó su vida hasta los veinte años andaba muy preocupada del estudio del hombre, pero no leía los periódicos ni le importaba lo que sucedía por allí. Se respira un aire de invernadero. El 'Meister' de la primera versión, el de la "Misión teatral" —no muy posterior a los días de Francfort—, habla por Goethe: acierta en la crítica literaria, analiza y comenta a Shakespeare a maravilla; pero se equivoca con el mundo. Vive de alimento introspectivo; entiende al hombre en singular, e ignora a los hombres en plural. Y lo propio le acontece en sus intentos dramáticos: no sale de su corazón. Es un niño, concluye 'Aurelia'.

¿Pues no es ésta la reclusión subjetiva que ya examinábamos en la obra juvenil de Goethe? De páginas atrás creo ver venir la objeción: No me he detenido suficientemente en el *Goetz de Berlichingen*, drama de la primera hora, que es realmente teatral. ¡Oh, sí, el *Goetz*! Considerémoslo. El drama se desarrolla en un periodo de tremendas crisis históricas. Y ¿qué hace Goethe del ambiente social? Se lo quita de encima con recursos artificiales y dos o tres frases felices. El espíritu romancesco, la ilusión feliz de los tiempos idos, borran la aspereza de la lucha. La misma sublevación de campesinos asume el aire de un día de asueto. No faltan magníficos retratos, como de tal pluma, y retratos de las más varias condiciones: vagabundos y palacianos, monjas, labriegos; cuadro mural de abundancia nunca superada por su autor. Pero desfilan como procesión pintoresca, y callan los problemas de la época; telón de colorines, mas sin la tercera dimensión. Aun

puede decirse que el encanto de la obra se debe a la perspectiva infantil: el muchacho 'Jorge' admira a 'Goetz', y sueña con parecérsele en todo: aquí está el pulso de la obra. El ataque contra los amos de la tierra resulta tan inocuo que mereció la simpatía de los nobles, y, desde luego, la del duque Carlos Augusto, futuro mecenas del poeta. Así, al menos, lo declara Goethe en su *Poesía y realidad*. ¡En mala hora evocan algunos el *Florian Geyer* de Hauptmann, donde el siglo XVI germánico se sacude en todo su dolor! Claro está: hoy es otro el punto de vista. Sucede aquí lo que con la historia bien contada, que cada vez se ha de contar de otro modo.

¿Y el problema social en *Werther*? ¿Hay la menor relación del personaje con su profesión o comunidad? Ni por asomo: no era ésa la intención de Goethe, no era ésa la intuición de Goethe. Si prescindimos del contorno social, la obra y el héroe quedan intactos. El conflicto reside en 'Werther'. ¡Felices —exclama— aquellos cuyos conflictos sólo son exteriores!

Otro tanto acontece a 'Fausto'. Apenas el monólogo escrito en Francfort nos dice que el héroe carece de dinero y reputación, y arrastra una vida de perros. Nos lo advierte de pasada, lo olvida, y pasa —como si dijéramos— al orden del día. 'Margarita' nunca es considerada en términos de justicia social. La conciencia de Goethe anda comprometida con el conflicto íntimo y no quiere saber de más. Parece que ni siquiera sintió la tentación de ver el caso con los ojos del mundo. El fuego patético aniquila las implicaciones sociales. El espectáculo cruel y desnudo de la catástrofe paraliza toda otra contemplación o la relega al último término. "¡No es la primera!", dice 'Mefistófeles' torciendo el gesto. Y la acción interna sigue su marcha.

La versión original de *Estela* —comedia luego transformada en tragedia— nos presenta el eterno triángulo, y lo resuelve cinematográficamente mediante la institución fantástica del hombre de las dos mujeres.

Por todo el periodo del *Sturm und Drang* la pasión —gozo y dolor no razonados— ahoga lo que propiamente merece llamarse la razón social. Lo cierto es que el poeta se enfrenta desde la primera hora con una serie de problemas encadenados, todos de

orden íntimo, que parecen volverle la mirada hacia adentro. Este escarbar, o estaba en su naturaleza, o se le ha convertido por el hábito en segunda naturaleza, y más si aceptamos con el filósofo que la naturaleza es probablemente un primer hábito. No todo habrá de achacarse al ambiente de la casa paterna. No todo habrá de achacarse, tampoco, a la índole personal. En aquella hora de las letras, Goethe no es un caso único. Hay corrientes de sensibilidad que pasean el ámbito de la poesía. Pero, pues hablamos del ambiente de la casa paterna, ¿por qué no preguntarnos también si el ambiente de la ciudad nativa contribuyó en algo?

No nos engañe el equívoco relato sobre la coronación de José II, de propósito incrustado por Goethe en el Libro V de *Poesía y realidad.* El separatismo germánico del Setecientos ha hecho de Francfort una "ciudad libre", a quien poco se le da del Santo Imperio Romano, cuya espectral perduración hace reír a los borrachos del *Fausto.* La Guerra de los Siete Años trajo tres años de invasión francesa en Francfort; el jefe de las armas se hospedaba en la propia casa de Goethe; pero éste era todavía muy niño para compartir las iracundas reacciones de su padre; lo tomaba todo a diversión; y él no conservó la menor cicatriz política, como tampoco la conservó Francfort. Si había disidencias familiares, entre el padre y el abuelo, sobre la conducta de Federico, no se referían a la suerte de Prusia, sino a la adoración o vituperio que merecía el héroe en cuanto a tal. Era Alemania un nombre geográfico, un tablero desorganizado con fronteras indefinidas, sin unidad nacional, sin capital verdadera, para bien como para mal. Francfort respiraba por su cuenta; cómodo y propicio plantel de "subjetivos", no conoció tiranuelos como el de Würtemberg, donde Schiller se crió rebelde. Los escritores del día gozaban de la misma embriaguez y, alejados de cuestiones sociales, vivían en medio de su corazón. Unos más que otros, por supuesto. Pues Lessing, mayor que Goethe, y Schiller, menor que Goethe, revelan, en *Minna* o en *Los bandidos*, serias preocupaciones sociales. Dígase otro tanto de algunos contemporáneos: Klopstock, Wieland, Lavater y aun Herder, cuál más, cuál menos, dejan sentir cierto escozor que Goethe ignora. Es, por entonces, indiferente a lo que no sea su tormento interior, indiferente a toda responsabilidad

para con sus padres, su sociedad o su país. En sus primeras confidencias a Augusta Stolberg, el año de 1775, le dice que no ve en su camino más obstáculos que su propio ser, ni le importa más que la compañía escogida de quienes comparten sus fervores.

No es ajeno a esta configuración psicológica el que Goethe anduviera en los trece cuando llegó a su fin la Guerra de Siete Años, como no lo es el que Goethe fuera ya cuarentón cuando estalló la Revolución francesa: falta de sincronización, uno y otro caso. Y entre uno y otro episodio, la atmósfera de seguridad de que habla su autobiografía. Las vagas noticias sobre la lejana guerra turcorrusa sólo sirven para amenizar los dominicales tragos de cerveza con que se solaza el burgués del *Fausto*. La primera partición de Polonia deja frío al joven poeta, con tal de poder discurrir en libertad de Francfort a Wetzlar, y admirar los ojos de Lota y estrechar la mano de su novio.[13] Parece que oímos la letrilla burlesca de Góngora:

Traten otros del gobierno,
del mundo y sus monarquías,

pero a condición de convertir así el epicureísmo del cordobés:

mientras un corazón tierno
entienda las cuitas mías.

El ambiente literario estaba enrarecido. En su *Pandaemonium Germanicum*, Lenz se desliza a afirmar que no había lectores ni espectadores. (Habla de Alemania en general, y no de la América Latina.) Los *Stürmer und Dränger*, libres de compromiso con el público, y carentes de tradición, escribían en pleno desasimiento social, que se reflejaba en la cultura: formas en el aire, como el globo sin amarras de su poema *Ganimedes*.[14] Sus versos afirman que no hay más patria ni hogar que el sitio donde residen nuestros afectos. *Poesía y realidad* nos revela que le divertía imaginarse extranjero en Francfort.

[13] A Kestner, I-1773.
[14] A Müller, 24-IV-1830.

De modo que las circunstancias se conjuraron para que florecieran cuantos gérmenes encerraba el suelo, buenos y malos. Si Goethe llega a nacer pobre, otra hubiera sido la historia. La viuda de *Estela* tiene demasiados quehaceres para llorar y rezar día y noche por el difunto. Y como Goethe era todo superabundancia emocional, se explica que algunos años después, cuando ya veía muy claro en sí mismo, viva en guardia contra las excesivas libertades de su primera formación, que lo habituaban al desenfreno.[15] Para averiguar si logró corregir del todo estos hábitos insociales de sus cinco primeros lustros, traslademónos con él a Weimar.

La articulación de deberes públicos, las obligaciones palaciegas, la servidumbre voluntaria del trabajo administrativo —piedra en que se va aguzando su acero— significaron sin duda un corregimiento notable. El joven adopta los deberes y descubre el sentido de la seriedad en la conducta, que él mismo ha de atribuir a los humores de la herencia paterna, así como atribuía a la herencia materna su aptitud para las alegrías de este mundo. Y es curioso que esta metamorfosis se acompañe de una gradual declinación hacia el tipo físico de su padre, cada vez más aparente en los retratos que conocemos.

Pero ha saltado de un extremo a otro, sin establecer el término medio y, esta vez, sin tender el puente. El muchacho desaprensivo, el anarquista literario de Francfort, sólo unido a sus semejantes por relaciones de pasión y poesía, responde ahora de una población, posee autoridad suma y se agita entre los desvelos del gobierno. El tránsito fue demasiado brusco para resultar del todo provechoso: no una educación, sino una contrariedad. A los diez años de tan estrecha disciplina, la experiencia pára en un hartazgo. Cansado del arraigo que él mismo ha querido imponerse, movido por su no aplacada angustia íntima, su índole individualista vuelve de repente por sus fueros. Se ataja el laborioso proceso que pugnaba por labrarse un cauce desde 1775. Huye a Italia, se desliga de las ataduras, aspira a la irresponsabilidad de su adolescencia. Y aunque ha de regresar a Weimar, lo hará con capitulaciones que le aseguren, al menos, ancho margen de libertad.

[15] A Carolina Herder, en 1788.

A esta etapa del primer Weimar corresponde el *Egmont*, cuyo asunto entiendo que le fue inspirado por su padre, como el del *Goetz* lo había sido por su hermana Cornelia. Y no es aventurado pensar que, en la primera versión del *Egmont*, el interés gravitaba sobre el temperamento del héroe, tal como lo revelan sus diálogos con el 'Secretario'. En típico arrebato de *Sturm und Drang*, el héroe olvida toda circunspección y anuncia que está resuelto a seguir su camino, pase lo que pase, y que la gente se las arregle como pueda. Ya en una versión posterior, aconsejado Goethe por las lecciones de su gobierno, el drama quiere convertirse en drama político, a lo que tanto se prestaba el asunto. Y aquí las escenas de palacio por donde desfilan Guillermo de Orange, Alba y la duquesa de Parma, portavoces del dramaturgo. Hubiera podido llegarse a un desenlace también político. Pero el dramaturgo se echa atrás, algo lo detiene; vuelve al tono emocional e íntimo en que había comenzado, al tono apolítico. Se oye el soliloquio de 'Egmont' en la prisión, interrumpido cuando lo arrastran al cadalso. Final, en cierto modo, evasivo, cuyas últimas páginas no datan de Weimar, sino de Italia; es decir, de aquellos días precisamente en que Goethe se sentía ya "fuera de la liza".[16]

De regreso a Weimar, los grandes trances públicos de su vida serán las expediciones militares a Valmy y a Maguncia, que se le deslizan por la epidermis, salvo para confirmar su horror a la guerra. Pero la Revolución francesa en sí misma sacude profundamente su ánimo, cuando menos preparado estaba para resistirla. ¿Quién sabe lo que hubiera sido si ella acontece diez años antes o diez años después? ¡Pero ahora, cuando más deseaba reconquistar la intimidad de su estudio y hasta se había arreglado un nido de amor, aprovechando cierto silencio, cierto vacío que se hizo en torno a su persona!... Goethe, lo sabemos, ha tardado mucho en madurar, y se ha distraído entre vaivenes y ensayos. Hacia los cuarenta, va a encontrarse a sí mismo, va a pisar la tierra segura, y he aquí que la tierra le falta bajo los pies. El antiguo orden se derrumba: turbulencias del mundo, ya no turbulencias de su corazón. Ni siquiera se quedará contento con los desahogos literarios

[16] A Carlos Augusto, 28-IX-1787.

en que ha querido descargarlas, según su catarsis habitual: sus dramas de la etapa revolucionaria ni a él ni a nosotros nos satisfacen. Unos diez años antes había presentido, había venteado cierta tempestad inminente. Pero no apuró sus predicciones y abandonó la guardia. La Revolución francesa fue para él una verdadera revolución. En los umbrales de la serenidad —se queja en su *Morfología*— vino a sorprenderlo la inmensa transformación de Europa. Mucho le costó despertar de "la pesadilla revolucionaria". En 1830, aún hay ecos del azoramiento provocado en 1789. De aquí que en sus últimos años todo su afán, no disimulado, sea echarse fuera de la política. Ni siquiera quiere hablar de semejantes asuntos; o afecta indiferencia, o corta la conversación. ¡Loado sea el amigo Sartorius que no se ha enterado de la prensa durante ocho semanas! ¡Que arda Moscú y nos dejen en paz! Ni se opone a la masa ni a los gobiernos, pero prefiere encerrarse en su trabajo. Humboldt, que tanto admiraba su insaciable curiosidad y su información en todas las cosas de la cultura, respiraba, sin embargo, a su lado, una atmósfera de soledad. Mucho ha admirado Goethe la grandeza de Napoleón y sigue admirándola; pero, desaparecido el cometa, no permite que su recuerdo se le vuelva preocupación.[17]

¿Cómo se encontró mezclado en los negocios de una familia reinante el que es, por naturaleza, un "hombre privado"? —se pregunta ante Carlota de Stein, por los días en que más activamente se ocupaba en el gobierno de Weimar. ¿Pues no advierte 'Egmont' que unos nacieron para el estudio y otros para el Estado? A cada uno su incumbencia. Él no podría prestar mejor servicio que continuar el panorama espiritual de su época, ya iniciado en su autobiografía. Tal es la concepción del "hombre privado" a que se acoge cada vez con más insistencia.[18]

En el fondo, no está tranquilo. Generaliza su caso como un caso alemán típico, y en esta generalización parece apuntar una disculpa. Después de todo, los alemanes nunca han sido políticamente importantes; lo suyo es el arte, la ciencia. El sabio alemán

[17] A Lavater, 22-VI-1781; a F. Jacobi, 3-III-1790; a Reinbach, 1806 o 1807; a Sartorius, 19-VII-1810; a Reinhard, 14-XI-1812; a Luden, 13-XII-1813; a G. Humboldt, 1-I-1814; a Boisserée, 7-X-1815; a Johanna Frommann, 4-XII-1817; a Zelter, 20-II-1823.

[18] A Carlota de Stein, 17-IX-1782; a Buchholtz, 14-II-1814.

ha sido siempre un bicho aislado. Así es nuestra época, y es buena. El alemán anda muy bien cuando se lo deja por su camino. Hasta aquí, hace por disculparse. Otras veces, la conciencia punza: "Entre nosotros, cada uno quiere su vereda privada ¡como si la vida fuera un paseo!" Los franceses todo lo piensan y lo hablan en público; los alemanes viven solos y hablan a solas. Weimar no acaba de ser un centro cultural, a pesar de todos los esfuerzos: sólo vale por algunos de sus residentes, carece de fisonomía y de unidad, los elementos no se aglutinan. El contraste entre Alemania y otras naciones —con un saldo desventajoso— acude constantemente a sus labios.[19]

Y es que, a despecho de sus profundas inclinaciones temperamentales, su espíritu no se contenta con ver el mundo desde una estrecha hendedura; quiere sacudir aquella inercia. Su doctrina de universalidad y objetivismo mal puede prescindir de una porción tan enorme de la realidad humana como lo es la vida política y social. El choque de la sangre paterna y de la sangre materna estremecen su naturaleza —la introversión y la extraversión, diría el psicólogo— sin que ninguna de las dos herencias corresponda exactamente a los términos de la disyuntiva. El poeta se fustiga a sí mismo, por primera y última vez, para hablar a sus compatriotas sobre la crisis nacional, en los versos finales del *Germán y Dorotea* y en el *Epiménides*, a quien quiere despertar de su largo sueño. Confiesa, desazonado, que aun los barómetros más ocultos registran la presión atmosférica de los Cien Días napoleónicos. Previene al joven Schopenhauer contra las limitaciones del subjetivismo, pues el individuo no es infalible. Recuerda a Müller que el patrimonio cultural no está en los individuos sino en el conjunto de la especie. Sólo la totalidad de los hombres forma la humanidad, hace declarar a 'Jarno' en el *Meister*. Y lo propio leemos en *Poesía y realidad*, aunque con distintas palabras, o en las cartas que ayer dirigía a Schiller y en las que dirige ahora a Villemer, a una generación de distancia. Pero hay que entenderlo con finura: la idea, como dirían los ingleses, está "cualificada". La "cualificación" se abre paso entre una carta a Schlichtegroll y una carta a

[19] A Lota, 7-X-1807; a Lichtenstein, 25-VI-1829; a Müller, 30-VI-1824 y 6-VI-1830; a Esenbeck, 2-IV-1828; a Reinhard, 12-V-1826; a Luden, 13-XII-1813.

Carlyle, a lo largo de dieciséis años. La humanidad no es la suma bruta de sus factores: el conflicto y la antinomia de las opiniones la modelan y la edifican, y los puntos de vista de escoceses, rusos y franceses se van definiendo unos con otros. Así se esclarece la famosa noción de una Literatura Mundial, noción que tendría tan alto porvenir. Pero acaso su primera etapa haya sido el convencimiento de que la ciencia necesita la cooperación de todos los pueblos. Su ensayo sobre la experimentación reconoce la necesidad de que el artista se recluya con su obra hasta completarla, pero casi aconseja en cambio el concierto de una sociedad universal de la ciencia desde el instante en que se plantea la primera hipótesis: sería la única manera de corregir la inevitable desviación subjetiva de los individuos. ¡Como que hoy la confesamos y la corregimos hasta en las máquinas![20]

Según medita en la relación del sabio con el sabio, el problema de la relación del hombre con el hombre se le ofrece con urgencia creciente. En *La metamorfosis de las plantas* hay una nota que resume su cosecha de Italia: la naturaleza, los clásicos y *el sentido de la sociedad humana*. Por los mismos días de 1793, daba la primera mano a *Los años de viaje de Wilhelm Meister*, donde al fin lo vemos atacar los problemas sociales desde fuera del individuo y como entidades suficientes. 'Werter' ante la cascada, 'Fausto' ante el terrible Espíritu de la Tierra, luchan por dentro contra la naturaleza y las energías universales. Ni la 'Ifigenia', a quien rodean los que ella domina, ni el 'Tasso', a quien rodean los que de él hacen mofa, habían salido definitivamente al mundo social como lo hace ahora 'Wilhelm Meister'. La introspección ocupa su sitio legítimo, pero ya no ahoga al novelista, como en el *Meister* de "la Misión Teatral". Allá, decía Goethe, la reducción del mundo social a unos cuantos cómicos de la legua y a unos cuantos terratenientes de segunda fila era un efecto de la pobreza del ambiente alemán. Pero la verdad es que había sido un efecto de su reclusión y su inexperiencia. No quiere esto decir que todo haya resultado fácil en la elaboración del nuevo *Meister*. Al contrario: nunca

[20] A Knebel, 22-IV-1815; a Schopenhauer, 16-XI-1815; a Müller, 8-VI-1821; a Schiller, 25-II-1798; a Villemer, 11-VII-1821; a Schlichtegroll, 31-I-1812; a Carlyle, 5-VI-1828.

estuvo más solo, a juzgar por ciertas líneas de *La campaña de Francia* y ciertas revelaciones que hizo a Müller.[21] Y Goethe, deseoso de ensanchar el círculo en que se mueve su personaje, lo hace abandonar la amena compañía de su juventud, y sólo acierta a plantarlo en medio de extrañas comunidades casi masónicas que tampoco logran respirar la vida a plenos pulmones. Y la subjetividad de 'Meister' tiene que completarse —para el relato de sus experiencias de viajero— con la objetividad de 'Laertes', y en un orden todavía superior, con la caridad y la filantropía de su esposa 'Natalia'. Es manifiesta, entre la maraña amorfa del *Meister*, la intención de Goethe por rodear al héroe de personajes que complementen y corrijan su temperamento de introvertido, hasta conducirlo a la vida práctica y a la vocación del cirujano.

Goethe no quiso repetir este intento para lanzar a sus personajes por las carreteras del mundo. *Las afinidades electivas* (1809) es una novela del grupo, de la "tertulia", una danza de cuadrillas en torno al problema del matrimonio, en una casa de campo aislada de la tierra bajo un fanal. Aire de laboratorio químico —ya lo anuncia el título—, elegante *tour de force* poemático; pero, eso sí, estupendo estudio de un caso, bomba de relojería secreta que sigue marchando en el silencio. "Lo leí y no le entendí —decía una amiga de Goethe—, y ahora que he dejado de leerlo, voy entendiéndolo poco a poco."

Aunque, en general, correspondía mejor a su carácter poético el dejar las concepciones sociales para la prosa, su mejor pintura social está en el poema *Germán y Dorotea*, cuya atmósfera es la normalidad misma, donde el fondo y las figuras parecen necesitarse mutuamente, y donde las relaciones se enlazan por sencilla línea parental, al punto que conocemos íntimamente al héroe porque conocemos a su familia, a su novia y a sus vecinos. En el espacio de una casa modesta, en una sola tarde, el relato es completo y justo, y es, además, exacto reflejo contemporáneo de los años 1796 a 1797 en que fue escrito y en que se sitúa el episodio.

Ya se entiende que los anteriores análisis no se dan por valoraciones estéticas. Sólo hemos querido emprender un rápido examen de la disyuntiva goethiana entre lo íntimo y lo social, según

[21] A Müller, IX-1823 y 22-VI-1821.

se manifiesta en sus libros. Esta vez, de caso pensado, incurrimos en la crítica extraliteraria de la literatura. Pero aún nos queda por escalar la última cima, el *Fausto*, sin el cual todo estudio sería incompleto y le faltaría la corona.

Goethe escribió el *Fausto* a grandes intervalos y a lo largo de su existencia. Cuando, después del *Germán y Dorotea*, volvió a él con el ánimo de terminarlo, ya el *Primer Fausto*, el 'Fausto' individualista de la primer manera, había andado mucho, y ahora el autor se propone darle nuevo ensanche según sus recientes preocupaciones sociales. Así se advierte después del fragmento que circuló en 1790. Siete años más tarde, hay en el *Fausto* otros cuatro fragmentos, y tres de ellos se refieren de cerca o de lejos al ambiente social: el "Prólogo en el Teatro", la escena "Frente a la Puerta" y la "Noche de Walpurgis", cuadros de vida pública aquéllos, y éste, trasfondo de superstición en que vive la muchedumbre y en que 'Margarita' siempre ha vivido. En el *Segundo Fausto* lo sobrenatural y lo social se yuxtaponen en cierto modo, y las cosas públicas —desde luego excluidas de las escenas clásicas— quedan relegadas a las escenas imperiales, el desbarajuste del gobierno en el primer acto y la guerra en el cuarto. Pero también asoma la representación social del mundo clásico: vagamente, en la discusión sobre la campaña del Peloponeso, y plenamente, en los "paisajes teóricos" de Arcadia. Pues bien: la fusión del individuo y la comunidad no se realiza aún, y cuando 'Fausto' proclama su plan definitivo de someter y utilizar los poderes de la naturaleza, lo expresa en términos del más extremado individualismo y de proteica rebeldía. Sólo en el quinto acto 'Fausto' casi alcanza su ideal de vivir "en una tierra libre en medio de los pueblos libres", y esta definición hace de su muerte una victoria. Aquí, como en los pasajes utópicos del segundo *Meister*, la disyuntiva desemboca por el mismo estero en que vimos ya desembocar la anterior disyuntiva entre lo subjetivo y lo objetivo; aquí se compensan las discordias de su alma en la gran vastedad humana, y aplasta definitivamente ciertas veleidades reaccionarias que —muy a pesar suyo— habían crecido como mala yerba sobre el suelo de su escepticismo político. Las escenas imperiales no dejan duda sobre su franco repudio del antiguo régimen. La humanidad tardó algunos siglos en

vencer esta pendiente. ¿Qué mucho si Goethe tardó algunos lustros, Goethe el lento, el longevo, el "vegetativo", a quien la Revolución conmueve cuando apenas iba a cristalizar? No olvidemos que nos habla un anciano, sobre cuya alma giró la rueda dentada, el gran vuelco histórico. No salió deshecho como sus demás contemporáneos; se rehizo, supo tragar la realidad. En su mismo individualismo entrañable encontró recursos para corregir su individualismo. Aquella plétora emocional —única en la historia de las letras— no se refugió en las lamentaciones, sino que saltó a la arena de la vida. La inteligencia y la voluntad dieron un mentís a los hábitos, a la educación y a la rutina. Allá quedan atrás el 'Werther' con su dolorosa adolescencia y el 'Tasso' con su locura antisocial. Ahora se nos dice que el poeta incapaz de fincar su solidaridad con los hombres es un niño retardado en tutela. Apréciese, cerca de nosotros, una evolución semejante entre el Rubén Darío de las *Prosas profanas* ("...A un presidente de la República no podré saludarlo en el idioma en que te cantaría a ti, oh Helegábal!") y el Rubén Darío de la "Oda a Roosevelt" o la "Salutación del optimista". También Goethe, en la primer edición autorizada de sus obras, cuando andaba en los treinta, declara su inclinación a considerarse como hijo mimado de la Musa, *lusus naturae* en su mundo aparte; pero oye la voz severa de la Musa que ha comenzado ya a predicarle el entregarse a la humanidad en cuerpo y alma. Y así lo ha cumplido finalmente, en una comunión suprema. Las decadencias engendran poetas indiferentes y alejados, metidos en sí —dice a Eckermann—. Los renacimientos y progresos dan poetas derramados al mundo.[22]

Sin duda la disyuntiva es eterna y alcanza las proporciones de un cuerpo a cuerpo con el Ángel. "Los poetas —exclama un día con honda amargura— debieran ser tratados como trataron a Lutero los duques de Sajonia: ¡prohibición de andar por la calle, reclusión en la fortaleza!" Goethe, a los cincuenta, dirige el teatro de la corte y es ministro de educación, ¡pero el *Fausto* sigue a medio hacer! Con magno desperezo se le añaden ochocientos versos a lo sumo. La primera parte está acabada a los cincuenta y dos: sólo puede publicarla a los cincuenta y nueve. Pero es una obra

[22] 29-I-1826.

fragmentaria, y la criatura sigue pidiendo vida a gritos. Apenas a los setenta y seis años es dable continuar, y el libro apenas se completa a los ochenta y dos, vísperas de la muerte. Marco Aurelio —se consuela Goethe— hizo bien en no permitir que sus escritos absorbieran toda su energía. Y añade con involuntario dolor:

> Hago cuanto puedo para traer el agua de las fuentes y las cascadas hasta los molinos y las presas; pero, en cuanto me distraigo, algún mal espíritu abre las compuertas, y allá se va el agua en torrentes. Creo que voy cabalgando camino de alguna estación, y el caballo se me enfurece y se desboca.

¡Qué pena, qué afanes, cumplir con la Musa y con el Hombre! Y en cuanto a nosotros, poetas iberoamericanos que, por decirlo en bellaco, lo mismo tenemos que servir "para un fregado que para un barrido"; a quienes la pluma nunca sustenta, y mil veces solicitados por deberes cívicos apremiantes; nosotros que hemos visto a Sarmiento preso y fugitivo, a Guillermo Prieto administrar la hacienda pública, a Jorge Isaacs meterse a descubridor de minas, a Martí caer en la guerra de independencia, a Othón oficiar de juez en Ciudad Lerdo, ¿no entenderemos tal grandeza, no respetaremos tan noble angustia? Antes de desaparecer, 'Fausto' nos ha cedido su antorcha: llevémosla en alto, crucemos con ella el arco final de nuestro destino.

Cuernavaca, 24 de agosto de 1949.

La primera parte se publicó en *Las burlas veras*, segundo ciento, 1959.

UNO DE LOS DOS SE EQUIVOCA

Cuenta el joven Ampère que encontró a Goethe "de rodillas ante Molière y La Fontaine". En el pasaje de las *Conversaciones* con Eckermann en que Goethe habla de Corneille y Racine,[23] lo oí-

[23] V. "La persona y la obra", 30-III-1824.

mos decir con sorpresa: "Si La Fontaine goza de tanta aceptación entre los franceses, no es por sus méritos poéticos, sino por su grandeza de carácter, reflejada en sus obras." ¿Grandeza de carácter en quien no tuvo valor para resistir una sola de las tentaciones que la vida le iba presentando, en quien no supo cumplir una sola de sus obligaciones públicas ni privadas? Veamos este rápido cuadro de Daniel Mornet:

> La Fontaine es un clásico ciertamente. Pero si lo es por el gusto, no lo fue por el carácter. Nunca se cuidó de las reglas, de la religión, de la moral, ni siquiera de la dignidad. Para él nada cuenta fuera de su fantasía y su placer, el juego, el amor, los libros, la música, "las delicias quiméricas" (añadamos, sus amigos, a quienes es fiel). Sacrifica sus deberes de estado, de familia, de conciencia, o mejor dicho: nunca se dio cuenta de que tenía deberes. Va en busca de lo que ama, por instinto, como "mariposa del Parnaso". Pero lo hace sin malicia, con un ingenuo candor que desarma a sus contemporáneos.

Lo primero que ocurre es pensar que Goethe ignoraba la vida de La Fontaine, y se formaba de ella una imagen falsa, hecha como las moralejas de las fábulas. Pero lo segundo que ocurre me parece más razonable. Goethe venía hablando del "carácter" moral de los escritores. Tal vez cambió poco a poco de idea en el curso de la charla, y se fue de lo moral a lo descriptivo, considerando a La Fontaine como "característico" de cierta manera de desenfado y sensualidad que tiene culto entre el pueblo, y en que los hombres de una nación sienten, si no la expresión de un ideal, sí la caricatura de una tendencia que no es extraña a su manera de ser. Así, por ejemplo, en ciertas repúblicas americanas —sé de dos, al menos— hay un verdadero culto secreto por la embriaguez, que aún no ha encontrado su novelista. En otras, hay un culto secreto por la matonería y, para usar la pintoresca expresión argentina, por los "compadrones". Poetas compadrones no habrán faltado entre nosotros. Alguna vez hasta se ha pensado en escribir un tratado satírico de la lírica americana dividiendo a los poetas en dos categorías; el cursi y el compadre, el refinado, desasido de la realidad ambiente, cuya sublimación sería Rubén, y el que hace versos como una manera más de matar a sus enemigos. Los

nombres acuden en tropel. Pues bien, de estos que firman sus estrofas con la pistola —estrofas a veces muy bien labradas, pistolas a veces de buena puntería— puede decirse que representan un "carácter" nacional, y que ello contribuye a aumentar la general aceptación de su obra. Bien podemos figurarnos que Goethe estaba diciendo algo semejante respecto al "carácter" de La Fontaine. No sé bien lo que aconteció. Pero tengo la impresión de que Eckermann perdió el hilo del discurso un instante, tal vez dejó de oír. Todos somos víctimas de estas fatigas de atención. En todo caso, uno de los dos se equivocó.

Por lo demás, cuando Goethe habla de moral hay que tenerse firme, y entenderlo con grandeza o renunciar a entenderlo. ¿No alarmó a Eckermann un día, exaltando el ejemplo moral de Byron? De Byron, sí —le decía—. Hay que guardarse de querer que la humanidad se eduque exclusivamente en lo convencional y aceptado. Todo lo grande educa, con tal que nos demos cuenta de su grandeza. Pues qué ¿el atrevimiento, la osadía, la grandiosidad de Byron no son educativos?[24]

Dos lecciones poéticas de Goethe: la originalidad y la libertad

I

> Que Byron, en su *Prisionero de Chillon,* haya tomado a Hugolino por modelo no justifica la menor censura. El universo entero pertenece al poeta, y toda obra genial se convierte en parte de la naturaleza, que otro poeta puede después utilizar libremente, como cualquier otro hecho del mundo.[25]

Goethe, por ejemplo, es el primero en saber que Byron ha recibido sus influencias, lo cual le parece tan legítimo como explicable: el *Manfredo*, el *Caín*, *El deforme transformado* pertenecen a

[24] 16-XII-1828.
[25] Müller, 20-XI-1824. Se refiere al episodio de 'Hugolino' en Dante.

la familia del *Fausto*. A Goethe le extraña que Byron se defienda tan mal de quienes groseramente le achacan plagios literarios.

> Cuanto han hecho los predecesores y los contemporáneos ¿no pertenece al poeta por derecho propio? ¿Por qué no ha de cortar la flor donde la encuentra? Sólo apropiándose los tesoros ya adquiridos puede juntarse un tesoro inmenso. ¿No me apropié yo la idea de Job y una canción de Shakespeare en mi personaje de Mefistófeles?

Walter Scott ha utilizado una escena del *Egmont* y la figura de 'Mignon' que aparece en el *Meister*, y no es objetable.[26]

Todo desmedido afán de subjetivismo impacienta a Goethe, y aun se acusa a sí propio de haber incurrido en este error juvenil, en términos tan extremosos que ha logrado perturbar a la crítica sobre la verdadera evolución de su obra.

> El defecto característico de nuestros poetas jóvenes —afirma— está en que su personalidad subjetiva no posee suficiente riqueza y no saben hallar asuntos en lo objetivo, o a lo sumo, dan con asuntos demasiado parecidos a ellos y que responden a su propia subjetividad; pero no escogen el asunto por sí mismo, por su propio valor poético [...] Todas las épocas decadentes y amenazadas de disolución exageran lo subjetivo, mientras que las épocas de progreso muestran una tendencia objetiva.[27]

"Mi época me rehuía —dice hablando ya en tiempo pasado—, porque estaba totalmente dominada por preocupaciones subjetivas; y yo, con mi empeño de objetividad, me encontraba aislado y en situación desventajosa".[28] En literatura, uno de los peores abusos es el desordenado apetito de originalidad, entendiendo por tal esa cosa tan bella y tan discutible como lo es la libertad filosófica.

> Se habla mucho de originalidad. ¿Qué se quiere decir con eso? En cuanto nacemos, el mundo comienza a pesar sobre nosotros, y así ha

[26] Müller, 17-XII-1824, y Eck., 18-I-1825.
[27] Goethe, *Historia de mis estudios botánicos;* Eckermann, 24-XI-1824 y 29-I-1826.
[28] Eck., 14-IV-1824.

de ser hasta el fin de nuestros días. ¿Qué podemos llamar nuestro si no es la energía, la fuerza, la voluntad? Si yo me pusiera a enumerar todo lo que debo a mis grandes precursores y contemporáneos, poco me quedaría en propiedad. Para mí fue una suerte el que Lessing, Winckelmann y Kant fuesen más viejos que yo e influyesen en mí, los dos primeros durante mi juventud, el tercero en mi edad madura; también el que Schiller fuese menor que yo y conservase impulso y verdor cuando yo comenzaba ya a cansarme; y el que los hermanos Humboldt y los hermanos Schlegel comenzasen a manifestarse en mis días. Todo ello ha sido muy ventajoso para mí.[29]

¿Quiere esto decir que el artista debe mirar su obra como mera repetición o siquiera reproducción? En manera alguna. El arte reside en el tratamiento, en la forma. Los trágicos griegos, no superados hasta hoy, jamás pretendieron presentar un caso nuevo a su público, o sólo con una excepción conocida: el *Anteo* de Agatón, que no podemos apreciar porque de él sólo nos queda en Aristóteles una vaguísima referencia. La fábula sobre la cual bordaban los trágicos griegos era del dominio general.

Consideremos la lección que nos da el asunto de 'Filoctetes', historia que ya hasta los niños sabían de coro cuando la hacen suya los poetas.

El asunto ha sido tratado por los tres grandes trágicos, y la última y mejor obra es la de Sófocles. Por fortuna, esta obra ha llegado íntegra hasta nosotros. En cambio, de los *Filoctetes* compuestos por Esquilo y por Eurípides sólo conservamos fragmentos, aunque suficientes para apreciar el sesgo que imprimieron al tema. Si yo tuviera tiempo, me agradaría restaurar estas piezas, como lo hice con el *Faetonte* de Eurípides, y no me sería labor inútil. La trama es muy sencilla: había que ir a recoger al héroe y a su famoso arco en la isla de Lemnos (*sin lo cual no se lograría la caída definitiva de Troya*). Pero en cómo hacerlo está la tarea del poeta, y aquí ponía cada uno sus talentos y revelaba sus excelencias propias. Quien recoja al héroe abandonado será Ulises. Pero ¿habrá de ser reconocido o no por Filoctetes? Y si éste no lo reconoce al pronto ¿cómo llegará a identificarlo? ¿Irá Ulises solo o acompañado? En Esquilo, el compañero es un desconocido; en

[29] Eck., 12-V-1825.

Eurípides, es Diomedes; en Sófocles, es el hijo de Aquiles, Neoptólemo. Y luego, ¿en qué estado ha de hallar a Filoctetes? La isla ¿estará habitada o deshabitada? Y si está habitada ¿habrá un alma compasiva que se haya apiadado de las desdichas de Filoctetes? Y así se van presentando cientos de cuestiones al arbitrio del poeta, y en las que éste puede manifestar su genio. En esto reside el arte. Y en esto debieran reflexionar los poetas jóvenes, en vez de preguntarse angustiosamente si tal asunto habrá sido ya tratado, o recorrer los cuatro puntos cardinales en busca de casos inauditos, a menudo bastante bárbaros y sólo interesantes como acontecimientos (*no como temas artísticos*).[30]

Goethe bien pudo añadir aquí el tema de la 'Ifigenia', al que otra vez se ha referido, y que él mismo y tantos antiguos, modernos y contemporáneos hemos interpretado a nuestra manera.[31]

Y ya cercano a la muerte, todavía predica:

En el fondo, todos somos seres colectivos. Pues ¡cuán pocas cosas somos y tenemos que podamos llamar verdaderamente nuestras! Todo lo aprendemos y recibimos de fuera, tanto de los que nos precedieron como de los que conviven con nosotros. Ni aun el genio más poderoso iría muy lejos si tuviera que sacarlo todo de sí mismo. Pero hay muchos que no lo entienden, y se pasan la mitad de la vida tanteando en la oscuridad y persiguiendo sus sueños de originalidad absoluta. He conocido artistas que se glorian de no haber seguido a maestro alguno y de haberlo averiguado todo gracias a su genio personal. ¡Insensatos! ¡Como si esto fuera posible! ¡Como si el mundo no los rodease a cada uno de sus pasos, para hacer de ellos algo bueno, a pesar de su ingénita estupidez!... ¿Y qué hay de bueno en nosotros, sino la fuerza y la capacidad de atraer hasta nosotros los recursos del mundo y hacerlos servir a nuestros altos designios? Bien puedo hablar de mí mismo y declarar con toda modestia lo que pasa conmigo: Verdad es que, durante mi larga vida, he hecho algunas cosas buenas de que puedo ufanarme. Pero, para ser sincero, lo propiamente mío no era más que cierta facultad o propensión para ver y oír, para distinguir y escoger, para animarlo todo con algún espíritu y combinarlo con cierta habilidad. Mi obra no la debo a mi sola sabiduría, sino a millares de personas y cosas exteriores a mí que me han

[30] Eck., 31-I-1827.
[31] Eck, 18-IX-1823.

dado los materiales [...] Mi obra es la de un ser colectivo que lleva el nombre de Goethe.[32]

Como el ilusionista descubre al público sus secretos, así este maestro de sencillez nos descubre los elementos de que se compone su grandeza. Contra la poesía del escorbuto, que quiere nutrirse de sí misma, sostiene que los poetas empeñados tan sólo en expresar su subjetividad no merecen nombre de poetas. "Sólo es verdadero poeta quien ha sabido adueñarse del mundo y expresarlo. Entonces será también inagotable y podrá renovarse incesantemente. Pues una naturaleza subjetiva pronto agota su limitada vida interior, y entonces su producción degenera en amaneramiento."[33]

Pero hay que entenderlo con fineza, pues el mismo Goethe ha explicado detenidamente, en otra parte, que sin sujeto no hay objeto. Lo que importa no es prescindir de aquél, sino robustecerlo con éste.

II

Que viva atento a la naturaleza y obediente a sus enseñanzas no significa que Goethe entienda el arte como una reproducción fotográfica. El arte tiene sus normas exclusivas. Si Goethe censura las descripciones de la peste en Manzoni es porque aquí el artista cede el sitio al historiador.[34] No es necesario contar todo lo que ha sucedido, ni tal como sucede. "Si yo hubiese adoptado sin más al 'Egmont' de la historia, esto es, al padre de una docena de chicos, hubiera parecido absurda la ligereza de su conducta."[35] Palabras con que, de lejos, contesta las objeciones históricas de Schiller, a raíz de la aparición del *Egmont* (1788). Sobre lo cual queda todavía mucho que hilar. H. Grimm juzga que, en esta obra, Goethe revela su ser mucho más que en todas sus cartas juntas; Schiller le concede, sobre todo, un valor poético; Croce no duda en reconocerle positivo valor histórico. 'Quirón' dice a 'Fausto',

[32] Eck., 3ª parte, 17-II-1832, y Soret, 17-II-1832.
[33] Eck., 29-I-1826.
[34] Eck., 23-VII-1827.
[35] Eck., 31-I-1827.

más o menos: —Los eruditos te han engañado. Cuando yo llevaba a Helena en el lomo, no es verdad que Helena tuviera siete años, Helena no posee edad. El poeta es extraño al tiempo.

Napoleón, tan aficionado al *Werther* que lo había leído siete veces y lo había llevado en su equipaje a la campaña de Egipto, hizo algunas objeciones a Goethe, allá cuando la célebre entrevista de Erfurt. "No me gusta el final de la novela", le dijo entre otras cosas. "Nunca creí —contestó Goethe— que a Vuestra Majestad le agradase el que las novelas tuviesen fin."[36] Pero, sobre todo, los reparos de Napoleón se referían a cierto pasaje que le parecía inverosímil.[37] Eckermann no logró que Goethe le confesara cuál había sido el pasaje objetado, aunque se figuraba que se refería a la ocasión en que Carlota envía a Werther las pistolas, sin decir una palabra a Alberto ni comunicarle sus aprensiones.[38] Müller dice explícitamente que la censura de Napoleón se refiere a cierta mezcla de motivos acumulados confusamente en las pasiones de Werther: decepciones amorosas y sinsabores de la ambición frustrada. Sea como fuere, Goethe consideró esta censura como la del costurero avezado que descubre a primera vista el remiendo disimulado en la tela. Por lo pronto, se limitó a contestar que el poeta tiene derecho al artificio, según la ley interna de su obra, cuando la realidad no le proporciona por sí misma el efecto buscado. Parece que el emperador fue lo bastante perspicaz para darse por satisfecho.

La verdad es que Goethe no tuvo tiempo de explicarse. Pudo también haber dicho que introdujo en su cuadro un toque irreal por el tenor del que un día se consintió Rubens. He aquí el caso:

El joven Eckermann, estrechado socráticamente por Goethe, acaba por darse cuenta de que, en cierta tela del maestro flamenco, el mayor encanto se debe, de alguna manera inexplicable, al hecho de que, mientras las figuras humanas arrojan la sombra a un lado, el grupo cercano de árboles da la sombra al lado opuesto.

—¡La luz llega por dos lados contrarios! —exclama Eckermann sorprendido—. ¡Esto es inverosímil!

[36] Bonstetten a Federica Brun, 16-X-1825.
[37] Müller, 2-X-1808.
[38] Eck., 3ª parte, 2-I-1824.

Y Goethe lo tranquiliza, explicándole que en este efecto paradójico reside el hallazgo del arte.

—Esa luz —observa— no es contraria a la naturaleza, sino superior a la naturaleza y se sostiene en sus propias leyes. ¿Un ejemplo de doble iluminación en la literatura? Allí está 'Lady Macbeth' que tiene hijos y no tiene hijos, según cuadre a la elocuencia del discurso dramático.[39]

No de otra suerte, en sus reflexiones científicas, persigue la idea de que el estudio humano puede crear nuevas especies vegetales hasta ahora desconocidas.

Tribuna Israelita, México, mayo de 1954, año X, núm. 114.

POESÍA Y CLARIDAD

Más claro que él no lo hay entre los occidentales. Le hace cruces al galimatías como al diablo. Abomina del trabalenguas y de las palabras sexquipedales que traen bonete de doctores y quieren pasar por ideas. Se ruboriza de que caigan en abuso tan feo escritores tan estimables como Hinrichs. (¡Qué pensarán de esto los franceses y los ingleses!) Huye de aquel triste lenguaje que gira sin avanzar un palmo al modo de la mula de la noria, o de la bruja del *Fausto* entregada a multiplicar "uno por uno".[40] Cuando Hegel viene a decirle que la dialéctica no es más que el desarrollo del espíritu de contradicción latente en nosotros, se le oye contestar, no sin bizarría: "Mil veces celebro el haberme dado al estudio de la naturaleza, donde no hay lugar a semejantes morbosidades y en cuyo contacto muchos dialécticos convalecerían del mal que los aqueja."[41] Schiller se lamenta, allá en los comienzos de su amistad, de que "palpe demasiado las cosas".[42] No es un abstractor de quintaesencias, sino un incorporador de esencias en objetos. Digamos que es un demiurgo. O después de todo, digamos —voz griega— es un *poeta*.

[39] Eck., 3ª parte, 18-IV-1827.
[40] Eck., 3ª parte, 28-III-1827.
[41] Eck., 3ª parte, 18-X-1827.
[42] A Koerner, 31-X-1790.

a) Goethe y la libertad poética. A los ochenta y dos años, sintiendo venir la muerte y ya sin el poder de ejecutar, todavía concibe. Se habla de la *Luisa*, de Voss, que Eckermann lee para el príncipe heredero de Weimar:

> Se da ahora a la técnica un valor excesivo —reflexiona Goethe, siempre en guardia—. Los señores zoilos se dan a discutir nimiedades, como el saber si una *s* sencilla rima con una doble *ss*. Si yo tuviera aún juventud y ánimos, procuraría infringir adrede estos arbitrarios preceptos; emplearía aliteraciones, asonancias, rimas incorrectas, y en fin cuanto se me ocurriese y me resultara cómodo. En cambio, procuraría ahondar en lo esencial, diciendo cosas tan buenas que todo el mundo se sintiese excitado a leerlas y aprenderlas de coro.

Diciendo cosas tan buenas: no hay que olvidar esta condición. Porque, para hacer buen arte, no basta violar un precepto, por arbitrario que sea.[43]

b) Goethe y la previsión del simbolismo. El empeño de la poesía, define Mallarmé: "Reprendre son bien à la musique." Y Goethe dice que "la música es el verdadero elemento de donde sale toda la poesía y adonde tiene que volver". Cuando le hablan de metros tradicionales, contesta ya como Verlaine: "Música, música ante todo." (Romain Rolland, *Goethe musicien.*)

c) Goethe y el lenguaje estético. El lenguaje estético; el de las expresiones, por contraposición al lenguaje práctico o de las comunicaciones, como lo explicó Mallarmé antes que los psicólogos.

> La cosa, exclamó Goethe, acontece sencillamente así. Todos los idiomas han nacido de las inmediatas necesidades y ocupaciones humanas, de los sentimientos e intenciones generales. Ahora, cuando un hombre de espíritu elevado llega a adquirir una idea de la acción misteriosa de la naturaleza, el lenguaje tradicional no le basta para expresar lo que está por encima de las cosas humanas. Necesitaría tener a su disposición el lenguaje de los espíritus, para dar con la expresión adecuada. Como esto no es posible, para sus intuiciones

[43] Eck., 9-II-1831.

extraordinarias tiene que emplear la lengua de todos, y entonces se queda corto, rebaja y hasta aniquila su objeto.

—¡Sí que es posible —dijo después el Simbolismo— y vamos a intentarlo o morir![44]

En su "Symbolik", notas incluidas entre sus estudios científicos, recuerda que el lenguaje ordinario sirve sólo para fines ordinarios, y que otro lenguaje distinto, el lenguaje poético, aparece en cuanto ahondamos en la expresión artística.

d) Goethe y la declamación. En los dos extremos de la voz humana están la conversación y el canto. A la declamación se llega generalmente subiendo de la conversación hacia el canto. Ensayemos el camino opuesto, y bajemos ahora desde el canto hasta la tecla insegura de la declamación. Tal fue la teoría de Paul Valéry (*Lettre à Mme. C...*). También Goethe hizo algunas prácticas de declamación musical. Él tenía la tentación en sí mismo: su voz espléndida de bajo. Llama a la declamación "el arte de música en prosa". Al margen de *La novia de Mesina*, pone anotaciones musicales y dibuja rayas que representan la pausa respectiva de cada signo de puntuación. Somete a sus reglas a los actores principiantes, pero una vez que adquieren el tinte, los deja en libertad —dice Genast. En estos ejercicios, no considera la música como el término de la palabra, sino la palabra como el término de la música.

CRISTAL DEL ARTE

Al precavernos contra la engañosa apariencia rígida de Goethe, conviene estar en guardia ante ciertos efectos paradójicos que el grande arte a veces produce: el mismo equilibrio del poema goethiano engaña respecto al vigor vital que en él se expresa. Se me ocurre insistir en ciertas antiguas reflexiones sobre la simetría en la estética de Goethe.[45] Su obra parece un jardín de líneas y masas equilibradas, como las posesiones bajas del barón Eduardo vistas desde las terrazas de su castillo. Fausto y Margarita,

[44] Eck., 3ª parte, 20-VI-1831.
[45] *Cuestiones estéticas*, 1911, 133-139.

Mefistófeles y Martha —las dos parejas típicas, una a lo galante, otra a lo grosero, que también encontramos en la Comedia Española—; Homero y Ossián, que se alternan con los estados de ánimos y con el ritmo de las estaciones en el corazón de Werther; Eduardo, Carlota, Otilia, el Capitán y el Arquitecto, en danza compleja de "afinidades electivas"; los motivos de ciertos poemas, como aquel en que los amantes y los indiferentes se entrecruzan; los mismos efectos simétricos tomados a la superstición y a la magia.

La simetría: imitación o tendencia al cristal, a lo más estático que se encuentra en la naturaleza. Aquí del principio de Aristóteles, *De Coelo*, c. 2: "El movimiento decrece a medida que la naturaleza se hace más perfecta." El temperamento clásico, constructivo, tiende a mineralizar la idea. El romántico, disolvente, la fluidiza otra vez y la vuelve al caos y a la espuma.

Un ejemplo claro: lo que se ha llamado el sentimiento de la naturaleza. Rousseau, y casi todos en aquel siglo, anuncian al romanticismo disolviendo melancólicamente el hombre en la naturaleza, con acompañamiento de suspiros y lágrimas. Goethe, acaso por ser de mejor salud moral (no física), contempla siempre la naturaleza como un escenario en que se mueve el hombre, con alegría deportiva, con gusto de saltar y correr; la describe sólo en toques sintéticos y, a veces, tras el telón del paisaje, cree ver un laboratorio de energías geológicas. Por aquí, la naturaleza tiende hacia el cristal y quisiera esquematizarse. Estas palabras nos dan todo el proceso:

> Suiza me produjo al principio una impresión tan grande que me llenó de confusión e inquietud (*primer estado*, o *estado romántico*). Sólo después de repetidas estancias, cuando en años posteriores consideraba las montañas con interés mineralógico, logré contemplarlas con calma (*estabilidad clásica*).[46]

Después de haber enviado esta página a la revista *Sur*, de Buenos Aires, la *Nouvelle Revue Française* me trajo estas palabras de Alain sobre Goethe, mineralogista del poema, armado de martillo y partiendo piedras como un cíclope:

[46] Eck., 22-II-1824.

Es el hombre de los sólidos; hasta diré que los fluidos son sus enemigos propios. La parte fluida de sí mismo —sus pasiones, su juventud— la arroja de sí y se sacude y se liberta de ella. Espera y anhela el instante del cristal y de la luz fija. Las bellezas de la *Ifigenia* son en cierto modo minerales: son momentos eternos.

ALGUNAS NOTAS

LAS CIENCIAS Y LA ESPECIALIZACIÓN

GOETHE no cae necesariamente en la especialización, aunque está a la altura de ella. Su oficio es el ser intelectual, el más universal que existe, el de buen entendedor del alma y su contenido, el de maestro. ¿No hablaba él de esos "seres colectivos", llamados a dar unidad a todas las impresiones que reciben del mundo externo, a todas las experiencias que hacen sobre la naturaleza y la humanidad? Si mucho abarca, moralmente hablando, mucho aprieta. Ha contado, para su alquimia, con el mejor ingrediente que es el tiempo: como las estrellas —decía él— "sin prisa y sin descanso". Si se equivoca alguna vez en las ciencias particulares, también los especialistas se equivocan. En materia de óptica, por ejemplo, confundió la luz física —de que no quería saber nada—, la luz antes del ojo, la luz como vibración de energías reducibles a cifra, con la luz biológica, la luz como sensación en el ojo. "Si Goethe, en su teoría de los colores, se hubiese limitado a la psicología de los matices, que sabe describir con sutileza y precisión encantadoras —dice Reichenbach—, nada tendríamos que objetarle." Pero rebasó los límites de su método al irrumpir, con las armas de la psicología descriptiva, en el terreno de la física seca.

Su imitación, sin su grandeza, hoy que cada ciencia particular tiene ya su casa propia y familia aparte, puede arrastrar a nuestros líricos a pintorescos errores. Alemania no tiene ya dieciocho años. No es fácil, en nuestros días, juntar tantas ciencias a domicilio. De Goethe acá, el problema de la digestión del conocimiento se complica en progresión geométrica. Para nosotros, los verdaderos extremos de la educación consisten precisamente en investigar y descubrir otra vez donde está lo esencial, entre la maraña creciente de las ciencias particulares, y en dar camino después a todas las vocaciones posibles, sin que se desequilibre

en la sociedad la justa proporción entre los especialistas —que hoy por hoy deben ser heroicos hasta la mutilación— y los que mantienen el nivel medio de conocimientos generales. A pesar de las máquinas auxiliares, sistemas de referencias y anotaciones, fichas y demás procedimientos para conservar, fuera del cerebro y sin cargarlo, el caudal ya adquirido en cada ramo científico, hay quien desespere de la resistencia del espíritu ante esta proliferación creciente. Se dice, entonces, que es tan lamentable como inevitable el abandono inconsciente de una parte de la cultura, y que el olvido y la pérdida son también fuerzas positivas en la evolución de la humanidad. Triste visión de nuestra época que contrastamos, envidiosos, con el espectáculo de la integridad goethiana. Una juventud que partiera a la vida con este convencimiento previo de su derrota, con esta bochornosa aceptación de su ineptitud para administrar su herencia, ¿no estaría arruinada de antemano? La confianza de Goethe, su aplomo y su despejo en mitad de la naturaleza pueden sernos de mucho estímulo.

LA FORMACIÓN DEL ARTISTA

De acuerdo con este sistema de educación por crecimiento, partiendo de lo menor y más particular, debe interpretarse también la teoría goethiana sobre la formación del artista literario. Con vivo empeño recomienda al joven que se adiestre en las pequeñas experiencias diarias y deje para más adelante los grandes asuntos, pena de hacerlos abortar o de vivir doblegado bajo un peso que lo privará de su agilidad natural y hasta de la alegría del trabajo.[1] Insiste en que lo particular es la vida del arte.[2] Lamenta que Schiller se embarazara con sistemas y especulaciones abstractas.[3] Reconoce que el defecto de los poetas jóvenes está en su exceso de subjetivismo, puesto que la personalidad subjetiva del joven no puede ser por sí misma lo bastante jugosa; y predica, como remedio a este mal, el asomarse a los objetos y acostumbrarse a buscar y tratar

[1] Eck., 18-IX-1823.
[2] Eck., 29-X-1823.
[3] Eck., 14-XI-1823 y 14-IV-1824.

asuntos, aun cuando ellos repugnen a la propia subjetividad.[4] Finalmente, clama contra la dispersión a que obliga el comprometerse a hacer regularmente reseñas y revistas literarias cuando aún no se ha tenido tiempo de meditar en la historia de toda una cultura nacional. "El hombre de talento —añade— cree que le es dable hacer lo que ve hacer a los demás. No hay tal: pronto se arrepentirá de sus esfuerzos baldíos."[5] ¡Lástima del tiempo que Schiller y él perdieron en *Las Horas* y en el *Almanaque de las Musas!* Dejemos esta dispersión a los que no tienen una crisálida que cuidar. Hágase el poeta con estudio y con tacto, y no se crea autorizado a los despilfarros ni a la osadía del ignorante. —¿Queréis el mejor ejemplo de la monstruosidad juvenil? Acordaos de aquel adolescente que escribió a Goethe una carta preguntándole, sencillamente, qué se proponía hacer con el segundo *Fausto*, porque él por su parte, desde su irresponsabilidad candorosa, había concebido el proyecto de continuar el poema a su modo! No le hubiera sorprendido más al juicioso Eckermann un muchacho que se ofreciera a continuar las conquistas de Napoleón o a terminar la catedral de Colonia. Y todavía la catedral —reflexiona— puede entenderse matemáticamente, está ante nuestos ojos, cabe asirla con nuestras manos; pero ¿el *Fausto*?[6]

TODAS LAS POSIBILIDADES DEL ESPÍRITU

Nunca se insistirá lo bastante: el jinete que quiere todo el rendimiento de su caballo necesita desarrollar prodigios de equilibrio. Nada más riesgoso y atlético que la energía de normalidad. Para dar todas las posibilidades a su espíritu, Goethe moverá tierra y cielo. En Valmy, se expone un día al fuego de las baterías enemigas. Diréis que es alarde de bravura. No: se trata de experimentar por sí mismo la fiebre especial que ocasiona el retumbo ininterrumpido del cañón.[7]

[4] Eck., 24-XI-1824.
[5] Eck., 3-XII-1824.
[6] Eck., 20-V-1825.
[7] *Et quorum pars minima fui.* A Knebel, 27-IX-1792.

La normalidad lo abarca todo. Siempre, para abordar a Goethe, el mismo ejercicio previo: hay que ensancharse la cabeza. En aquella vastedad (normalidad) no debe turbarnos el tributo pagado a la pasajero, a lo blandamente juvenil: los años de estudiante en Leipzig, los estragos de la incesante orgía son, también, una crisis indispensable en que se habrá de quemar todo lo combustible. Después habrá más diamante y menos carbón. La normalidad lo abraza todo, hasta los centelleos que nos llegan de lo sobrenatural, los relámpagos metapsíquicos. Un día se ve venir a sí mismo a caballo, por un camino que en efecto había de recorrer más tarde, vistiendo precisamente el traje que vestía su aparición. Otro día, estando en Weimar, tiene de algún modo extraño la monición de un terremoto en Mesina. La dama estrellera del *Wilhelm Meister*, que, desde la silla en que la tenían postrada sus continuas dolencias, vivía una vida sonambúlica, recibiendo influjos de los astros y repartiendo consejos a sus amigos, acusa en Goethe una preocupación especial por estas fronteras de la ciencia. La *Poesía y realidad* —aunque sea por lujo retórico— se abre con una referencia a las constelaciones que presidieron su nacimiento. El *Fausto* es un elocuente testimonio del espíritu aventurero. Cuando Goethe se despide de sus amigos Lota y Kestner, los tres convienen en que el primero que muera procurará dar a los supervivientes noticias del otro mundo. No acontecía de otro modo entre William James y Richard Hodgson.

MEJORAMIENTO SOCIAL

En cuanto al sentido de burguesía en política, basta, sin apurar demasiado, que en todas sus obras y fragmentos donde el tema aparece, Goethe respete al pueblo. Se burla, en buenhora, de los charlatanes y agitadores. Reconoce la justificación que asiste al pueblo francés y a todos los pueblos oprimidos. En su aversión a la violencia y a los falsos apóstoles, quisiera hacer la revolución desde arriba para evitar excesos y sangre. Se ha dicho que su *Germán y Dorotea* es la apología del burgués alemán. Por lo demás, nunca admitió que lo clasificaran como conservador, declarando

que la mayoría de lo que existe puede ser mejorado. Todo, en su vida y en su obra, respira la más viva simpatía para el artesano y el obrero, a quienes seguramente consideraba como la parte más amena y hermosa de la humanidad, comparándolos con las abejas y con las aves. En su labor de ministro, su mayor preocupación, su verdadera obra política, consistió en mejorar la condición de los campesinos y labriegos. Verdad es que todavía los consideraba como menores de edad, porque ciertamente lo eran. Y lo son aún para las legislaciones que, al acercarse a ellos, lo hacen con los miramientos y cuidados de una verdadera tutela o guarda de almas. Los cambios políticos y económicos que trajo el siglo XIX no encuentran a Goethe con las puertas cerradas. Al contrario: lo hacen atemperar su individualismo y organizarlo, por decirlo así, en una sociedad del trabajo donde no haya ociosos ni diletantes. En el *Meister*, dibuja una utopía social impregnada de sansimonismo. Su amor al trabajo lo trae al buen lado y lo hace nuestro.

De "Rumbo a Goethe", *Sur*, Buenos Aires, 1932, núm. 5. Notas números 6, 7, 10 y 12.

Amor a Francia

A este amigo de Francia, a este antípoda del III Reich, ya los germanistas exaltados de 1914 lo denostaban con el apodo de "molusco", por no poder ajustarlo a sus doctrinas.

Los contactos de Goethe con Francia fueron sobre todo espirituales. Verdad es que Goethe anduvo por Francia en dos ocasiones: el 22 de septiembre de 1770 se inscribió en la Facultad de Derecho de Estrasburgo, donde pasó cerca de un año y obtuvo su grado profesional; el 27 de agosto de 1792 —ya ministro de Weimar y en compañía del duque Carlos Augusto— franqueó la frontera cerca de Longy para seguir, con más curiosidad que entusiasmo y con los ojos muy abiertos sobre los encantos de la tierra francesa, la expedición invasora de unas cuantas semanas que fue rechazada en Valmy. Aunque ambas experiencias hayan sido fructíferas para su cultura personal —y todas las experiencias lo eran, pues nunca se negó a los retos de la vida—, no es aquí donde debemos

buscar ni el Goethe de Francia, ni la Francia de Goethe. Pero es legítimo deplorar, con Sainte-Beuve, que Goethe nunca haya tenido ocasión de pasar siquiera seis meses en París, "antes de 1786, un poco antes de su viaje a Italia", para hacerse allá conocer "como tantos extranjeros ilustres que han venido a ser nuestros". Ya Suard había lamentado que Goethe nunca hubiera conversado con Diderot. Napoleón, que se encontraba en Weimar por 1808, lo invitaba insistentemente a trasladarse a la capital francesa; y Talma, el gran actor, que acompañaba el cortejo del emperador con su cuadro de la Comedia Francesa y dio varias representaciones en el teatro de Weimar, en el teatro de Goethe, le ofrecía hospedarlo en su casa, y le aseguraba el favor de los parisienses para el autor del *Werther.* Pues ni para Napoleón ni para Talma era Goethe todavía, como para la posteridad, el autor del *Fausto.* Más tarde, entre los ingenios que preparaban en París, desde el *Globe,* la campaña del romanticismo, Goethe hubiera sido acogido con verdadero júbilo, y hasta es posible que Chateaubriand se hubiera resignado, en favor del huésped extranjero, a faltar una o dos noches al salón de la Abbaye-au-Bois. Goethe tal vez habría encontrado entonces un vocero de talla, como lo encontró en Inglaterra con Carlyle, quien de un solo golpe lo lanzó a la admiración del público inglés. La difusión de Goethe en Francia fue, en cambio, un proceso paulatino, cada día más avasallador. Fue, como dice Sainte-Beuve, un fervoroso deletreo de Goethe.

Es muy de notar, sin embargo, que aun para penetrar en Inglaterra Goethe pasó por Francia. *Werther* fue primeramente traducido al francés. Los dramas de Goethe y de Schiller llegaron a las islas británicas en la edición de Friedel y Bonneville. Mackenzie y Southey conocieron el *Goetz de Berlichingen* en versión francesa. Byron, Shelley, el mismo Carlyle, tuvieron las primeras noticias sobre la importancia de Goethe y la significación del *Fausto* por *La Alemania* de Madame de Staël. Las *Memorias* de Goethe (1824) llegaron al público anglosajón en la paráfrasis, deficiente y todo, de Aubert de Vitry.

Pero pongamos un poco de orden en este examen. Las relaciones de Goethe con Francia han de investigarse en dos sentidos: de Goethe a Francia, y de Francia a Goethe. El camino de Goethe

a Francia ha sido explorado por Hippolyte Loiseau hará unos diez años; y hará unos veinte, el camino de Francia a Goethe ha sido explorado por Fernand Baldensperger. Las conclusiones de ambos maestros se mantienen. No haremos más que reseñarlas sumariamente.

Goethe nació a mediados del siglo XVIII en una "ciudad libre" que contaba unos treinta mil habitantes, plantada en el cruce de todos los caminos terrestres y fluviales de aquella Alemania todavía feudal en mucha parte. Era la Alemania de Federico II, soberano a quien Goethe admiró siempre profundamente, y héroe de sus adoraciones infantiles, no obstante los juicios severos y desdeñosos que alguna vez escuchó en su contra, de labios de su amadísimo abuelo, el jardinero burgomaestre.

En aquella Alemania dominaba la influencia de las letras y la civilización francesa. Muchas veces lo reconoció Goethe y, ya en la vejez, decía al joven Eckermann, el que ha recogido piadosamente sus conversaciones:

> No puede usted figurarse el ascendiente que, durante mi mocedad, disfrutaban aquí Voltaire y sus grandes contemporáneos... Mi biografía [se refiere a su obra *Poesía y realidad*, que cubre los primeros veinticinco años de su vida] no representa con bastante relieve la influencia que estos hombres ejercieron en mi juventud, y el mucho esfuerzo que me ha costado desprenderme de sus garras para volar con mis alas propias.

Voltaire era entonces el monarca del mundo intelectual, y —salvo el desvío gótico de Estrasburgo, alimentado por los primeros tratos con Herder y por el espectáculo de la Catedral— Goethe siempre vio un modelo en este monarca. Los escritores de su pléyade juvenil, el famoso *Sturm und Drang*, reconocían como su maestro a Rousseau; y *Werther* viene a ser, sin paradoja, algo como una *Nueva Heloísa* reducida a una bomba atómica. Diderot, en fin, "la más alemana de las cabezas de Francia" —como se ha dicho— interesó singularmente a Goethe, quien tradujo *El sobrino de Rameau*, aún desconocido, y su *Ensayo sobre la pintura*. Los escritores alemanes de entonces, alguno de los maestros que Goethe escuchó en la Universidad de Leipzig —no le inspiraron

mucho respeto, pero por muy otros motivos—, Gottsched, Gellert, Gessner, el amable Wieland, siempre francés a medias, seguían el gusto clásico de Francia, siquiera con alguna estrechez; y sólo en 1767, Lessing, mucho tiempo imitador de Diderot y de los trágicos franceses, reaccionará oponiendo la figura de Shakespeare a la de Voltaire y a los poetas seiscentistas de Francia.

Tal era la atmósfera general durante la infancia de Goethe. Nunca hubiera dicho éste, como Herder en 1796, a su regreso a París —genio gruñón, envidioso y atrabiliario—: "¡Oh, Francia! Se acabó su era literaria... Pasaron para no volver sus Montesquieu, sus D'Alembert, sus Voltaire y sus Rousseau... Ha terminado la gran cosecha." Sin duda que Goethe se apartó por un tiempo del clasicismo francés. Al salir del naufragio del *Sturm und Drang* —cuyos principales representantes no lograron salvarse, y los que no se agotaron prematuramente acabaron en los manicomios—, Goethe no encontró en las letras alemanas una tradición ya hecha en que apoyarse, como la tenían sus contemporáneos de Inglaterra y de Francia, y tuvo que fabricarse por su cuenta una antigüedad grecolatina, ora buscando en Inglaterra y ora en Francia algunos recursos natatorios. Innegable que, por un instante, el genio juvenil de Goethe —siempre en busca de los contactos vivos— se plegó a los soplos de Shakespeare lo mismo que se adaptaba a todo ambiente. Pero siempre tendrá la mirada fija en la frontera, y volverá a Racine al mismo tiempo que se acercará, goloso, a la lectura de los románticos, que agotó —como solía— de extremo a extremo. Cuando, en nombre del orden natural, reaccione contra el desorden natural que al principio pudo seducirlo; cuando se aleje del sentimentalismo de Rousseau y del pietismo de Jacobi o de Lavater; cuando combata a los románticos alemanes de comienzos del XIX —Novalis, Tieck, los hermanos Schlegel—, lo hará en nombre de las normas que aprendió del clasicismo francés. A estas influencias predominantes hay que añadir por supuesto otras, no menos trascendentes. Tales son la poesía ingenua y popular, el descubrimiento de la poesía folklórica europea, tan fecundo en las letras y en el pensamiento de entonces; un conocimiento más apurado del arte antiguo —muy apegado todavía a Winckelmann, sin embargo—; la observación

y el estudio científico de la naturaleza y, sobre todo, de la vida; las pruebas sentimentales, no menos que las intuiciones filosóficas, derramadas pronto a aquellas anchuras místico panteístas que acaban de trazar la vasta imagen de su universo.

Son incontables los alemanes que, durante los siglos XVII y XVIII, sufrieron la sollama de Francia. No todos lo confiesan; y otros pocos han acabado por vengarse de sus acreedores, afectando el desprecio de un Lessing, un Herder, un Menzel, para citar los más ilustres. Otros, como Heine y Börner, no son de pura sangre germánica, y usan de Francia como de un arma contra Prusia o para enderezar el orgullo abatido de sus compatriotas, así como Madame de Staël esgrime el ejemplo de las virtudes germánicas como un argumento contra Napoleón, el Rey de Espadas que mandó cerrar la tertulia de la Dama de Corazones.

Pero el amor de Goethe a Francia fue siempre desinteresado y sincero. Con toda lealtad veía los defectos y las cualidades, y los declaraba sin exageración ni apasionamiento, como quien habla de cosa propia, y sin escatimar nunca el reconocimiento de sus deudas: hasta puede que las haya abultado un poco, observa Loiseau. Y ya vimos que le ha quedado el remordimiento de no haberlas resaltado como debía en las páginas de su biografía juvenil. Claro es que sus juicios no siempre nos son aceptables; claro es que, aquí y allá, los tiñe el espíritu de la época; pero su simpatía es cada vez más manifiesta y más avisada.

A esta actitud, que representa una verdadera originalidad de Goethe con respecto a Francia, hay que añadir otra circunstancia: si fue el único alemán que juzgó entonces a Francia sin pasión, también fue el que la conoció más a fondo. No ignoró fase alguna de la vida, de la cultura y del pensamiento franceses. ¡Lástima que tal conocimiento no se haya fertilizado con una permanencia verdadera en tierra de la Dulce Francia! Su conocimiento proviene más bien de los libros. Sus obras, sus memorias, sus anales, su correspondencia, sus conversaciones, su crítica literaria, sus monografías científicas, permitirían levantar un panorama contemporáneo de la inteligencia francesa. Esto podemos decir, en resumen, sobre el sendero que lleva desde Goethe hasta París.

Veamos ahora el sendero desde el opuesto punto de vista; sepa-

mos cómo Francia, según la palabra ya citada, se puso a deletrear a Goethe en una serie de exploraciones consecutivas. Lo cierto es que el mismo proceso se hubiera operado, aun cuando alguna pluma eminente de Francia hubiera lanzado una especie de proclama goethiana allá entre 1825 y 1840. El río de curiosidades sucesivas se hubiera abierto paso de todas suertes, y nunca faltaría quien echara una mirada para explorar algún rincón del reino de Goethe: "ya la ventana desde la cual, el rostro bañado en lágrimas, 'Werther' contempla el cielo nublado; o ya la espira vertiginosa del *Fausto;* o el frontón del temple en que soñaba 'Ifigenia'"; o el viajero apasionado que recoge, en las arenas del Lido, un cráneo de cordero —figura de un 'Hamlet' de la ciencia—, o contempla con veneración y melancolía el cráneo de Schiller —con cuya muerte se le murió una parte de sí mismo, y cuya verde juventud supo injertar oportunamente en su propio tronco, algo embravecido por los años—; o "el pabellón del jardín en que se investiga la *Metamorfosis de las plantas;* o el alto mirador luminoso de las *Conversaciones*". Pues cada época de la cultura busca y absorbe el alimento que necesita, y las influencias extranjeras aceptadas no son más que un índice de la propia tendencia. "La higuera —explica un proverbio oriental— aprende a florecer contemplando a las higueras vecinas".

El interés de Francia por Goethe puede establecerse claramente en etapas de sucesión cronológica, y es fácil marcar el instante en que *el autor del Werther* comenzó a ser *el autor del Fausto.* Naturalmente que los rasgos de una y otra etapa se mezclan, conviven, y aun se anticipan por predicción crítica. Ya Madame de Staël, ante el autor del *Werther,* señala en él al poeta dramático que invocarán los reformadores románticos. Y el joven Ampère, el hijo del sabio, excelente testimonio de la Francia de aquellos días, se adelanta a su generación, descubriendo, entre las fantasmagorías con que el *Fausto* embriaga al 1830, algunos símbolos profundos. Cuando, por 1860, el Olímpico, el Júpiter de Weimar, aparecía a la opinión general como una estatua, Taine y Montégut muestran las lecciones de su alta disciplina intelectual y moral. Con todo, puede decirse que para cada etapa se ofrece una frase predominante en Goethe. Y sobre este nivel medio de la opinión francesa, se destacan a uno u otro lado las actitudes más acentua-

das de un independiente, como Gérard de Nerval, o de un solitario como Émile Montégut; o de Chateaubriand o Edmond Scherer, a quienes no gusta la *Ifigenia;* o de un Barbey d'Aurevilly o un Lacretelle que no aciertan a estimar a Goethe. De todos modos, en la curva media, Baldensperger se cree autorizado a señalar estas etapas principales: 1) el autor del *Werther;* 2) el poeta dramático y lírico; 3) el científico, y el novelista del *Meister* y las *Afinidades;* 4) la personalidad de Goethe en su última y definitiva imagen, "tel qu'en lui même en fin l'éternité le change".

Así corrió el caudal de Goethe por el lecho de la que pudiéramos llamar —con la palabra característica de Matthew Arnold— "la sensualidad media del francés", despojando el término de todo sentido peyorativo. Goethe resultaría incomprensible sin una Alemania con las fronteras sobre Francia, sin una Francia vecina como antagonista y complemento natural de su espíritu.

GOETHE E INGLATERRA

Goethe comenzó desde la infancia a estudiar inglés, pero era más dado a retener las frases que le cantaban o a fiarse de sus intuiciones poéticas que no a castigarse con la gramática. En aquellos días el inglés no formaba parte de los programas escolares de lengua extranjera. Se concedía la preeminencia a las lenguas clásicas, y en cuanto a las modernas. desde luego, al francés; y una que otra vez, secundariamente, suele mencionarse el italiano. Pero el padre de Goethe tenía sus ideas personales sobre la educación, y le impuso, de una vez, cinco estudios: latín, griego, francés, italiano e inglés, al que pronto —a instancias del propio educando— se añadió el hebreo. El consejero Goethe, en compañía del niño y de la pequeña Cornelia, se sometió a las enseñanzas de un maestro de inglés que se comprometía a dar en cuatro semanas los elementos esenciales para que cada uno siguiera después el camino por su cuenta. Era un cierto Schade, estudiante de teología que apareció en Francfort en 1760 procedente de Hildburghausen, y que sabía cumplir sus promesas. La familia Goethe, que adelantó bastante en el primer curso y tomó otro al siguiente año,

hasta le servía de anuncio, y él siguió en contacto con la familia mientras permaneció en Francfort, para ayudarla a resolver sus dificultades en las lecturas inglesas. Pero las cartas en inglés que Goethe escribía desde Leipzig revelan aún muchas deficiencias; y aunque pronto se atrevió a comunicar sus conocimientos a Johanna Fahlmer, sólo en sus días de Weimar llegará realmente a dominar la lengua, mediante una aplicación metódica. Testigo, su traducción del *Romeo y Julieta,* que he oído preferir a las de Wieland, Eschenburg y Schlegel.

Por lo pronto, el niño Goethe, fatigado de andar de una lengua en otra —aunque aprendió el italiano al margen del latín y sin darse cuenta y adquirió el francés sin esfuerzo durante la ocupación francesa de Francfort—, discurrió abrazarlas. Todo a un tiempo, escribiendo una especie de novela epistolar entre seis o siete hermanos que, consagrados a actividades diferentes y repartidos por el mundo, se escriben cartas en la lengua respectiva de la tierra que habitan. El hermano que trabajaba en Hamburgo, dedicado a asuntos comerciales, sostenía su correspondencia en inglés. El mayor escribe en buen alemán; la hermanita, en lengua coloquial y casera; el estudiante de teología, en latín con sus adornajos de griego; el que vive en Marsella, en francés; el músico, que andaba en su primer viaje artístico, en italiano; y el chico travieso, en judío alemán. Esto obligó a Goethe a estudiar la geografía y las costumbres locales. Los cuadernos iban engordando, y su padre estaba regocijado. De aquí nació su afán de estudiar el hebreo.[8]

Poco después se hizo amigo de un joven inglés que vivía en la pensión de Pfeil, amigo y casi dependiente del padre de Goethe: Harry Lypton, el que anduvo enamoriscado de Cornelia. Los dos hermanos practicaban con él e imitaban su pronunciación lo más que podían.

En Leipzig continuó Goethe sus estudios de inglés, estimulado por Juan Jorge Schlosser, hombre de cierto gusto y cultura que luego se casaría con Cornelia. Schlosser era gran lector de Pope y se ejercitaba escribiendo ensayos en inglés y otras lenguas. Goethe, a su vez, compuso para él varios poemas en alemán, francés, inglés e italiano; y cuando Schlosser se trasladó a Trep-

[8] *Poesía y realidad,* IV.

tow, seguía escribiéndole cartas en inglés. Con Belwisch, también su compañero de Leipzig, se carteaba en francés, le daba cuenta de sus progresos en la lengua inglesa, y hasta le incluyó algún poema que comienza:

What pleasure, God! of like a flame to born,
a virteous fire, that never to vice can turn[9]

De estos años datan asimismo las cartas en inglés a su hermana, que abundan en citas de Pope y otros poetas insulares. Parece que Goethe apenas comenzaba a asomarse a Shakespeare, en los extractos de Dodd, *Beauties of Shakespeare,* que solía aprender de memoria y, a veces, comunicaba a Cornelia. Pronto ahondaría de veras en el estudio del trágico inglés.

En octubre de 1771, para ciertos festejos que organizó en Francfort y provocó en Estrasburgo, escribió por primera vez un panegírico o discurso sobre Shakespeare, en que todavía hay más entusiasmo que crítica. De este entusiasmo fecundo —entre otras ilustres obras del teatro alemán— brotará el *Goetz de Berlichingen,* escrito en mes y medio, y que fue después retocado por consejo de Herder. El *Meister* descubre la profundidad de la influencia que Shakespeare ejerció sobre Goethe, pero en el solo *Goetz* se advierte ya el aprovechamiento del *Romeo y Julieta,* el *Cuento de invierno, Las alegres comadres, Como gustéis, Mucho ruido para nada, Penas de amor perdidas, Antonio y Cleopatra, Ricardo III* y *Ricardo II, Julio César, Macbeth,* si es que el análisis de los comentaristas no peca de hipercrítica, en su afán de buscar "fuentes" donde sólo hay naturales coincidencias del movimiento dramático. Él mismo explica, además, que, cuando se absorbe a un autor, las imitaciones llegan a ser inconscientes. Pero, dejando aparte las circunstancias de técnica dramática, queda claro que Goethe adquirió en Shakespeare el gran estilo, la altura del tono poético.

El *Romeo y Julieta* fue siempre una de sus obras favoritas. Ya en los días de Leipzig soñaba escribir un drama de igual tema,[10] y

[9] 12-X-1766.
[10] A Behrisch, 17-X-1767.

en los días de Estrasburgo, leía asiduamente a Shakespeare bajo la dirección de Herder y lo discutía en el círculo de Salzmann. Años más tarde, en Weimar, animaba a Schiller a simplificar esta obra, cortando episodios y personajes, por parecerle así necesario para el éxito en la escena alemana (1797). Y en años sucesivos, en efecto, el teatro de Weimar presentó, así simplificados por Schiller, el *Macbeth* y el *Julio César* (1800 y 1803), y el *Otelo* preparado por Voss (1805). Después, él mismo atacó la versión del *Romeo y Julieta* (1811-1812).

Su objeto era reducir la obra al asunto principal y dar a los hechos mayor secuencia, a lo que procedió consultando el original y las traducciones de Schlegel y de Wieland. Todos estos intentos parecen haber sido recibidos con aplauso.

Para un poeta de mentalidad filosófica como la suya, el *Hamlet* no podía menos de ser un centro de inspiración. 'Fausto' y 'Werther' son hermanos de 'Hamlet', como 'Margarita' —enloquecida por el dolor e inconsciente de la liviandad de sus canciones— es una hermana de 'Ofelia'. Goethe había experimentado también el conflicto entre la indecisión y la pasión, y conocía el abismo entre la acción y el pensamiento, el deseo y el deber. En el ambiente de la época se saboreaba aquel pesimismo, aquel *Weltschmerz,* aquel gusto de la melancolía. En Weimar relee el *Hamlet,* y no sólo declara que es la más bella obra de Shakespeare, sino el modelo, la escuela de los dramaturgos. Todos saben que los consejos de 'Meister' a los actores recuerdan la escena paralela del *Hamlet.* Los capítulos relativos del *Meister* se consideran como la contribución por excelencia de Shakespeare a la crítica de las letras inglesas. La discusión parece haber ido creciendo sola y ocupa no menos de dieciséis capítulos. Y ni siquiera lo deja satisfecho, no sólo porque al releerla más tarde han cambiado un poco sus opiniones, sino porque siente que en este drama hay un elemento imponderable que el análisis no puede agotar. Resulta evidente, a la lectura del *Meister,* que Goethe, aunque no llegara a realizarla, había contemplado la posibilidad de una simplificación del *Hamlet,* fiel al espíritu del original, pero despojada al gusto de su público.

Durante los días de Estrasburgo, Goethe aparece atraído por las imágenes heroicas: Goetz, Egmont, Fausto, y aun Mahoma, Prome-

teo y César, sobre los cuales sólo nos ha dejado fragmentos. De entonces data su interés por el *Julio César* de Shakespeare. Parece que Goethe, en su drama apenas comenzado sobre César, quería resaltar la importancia de éste para que su figura no resultara ensombrecida junto a la de Bruto. Pero resulta que todo el interés del personaje romano parece haberse trasladado a Egmont, y lo cierto es que abandonó el proyecto. No por eso declinó su afición al drama shakespiriano. Lo presentó en Weimar —refundido sobre la versión de Schlegel— en 1803, y lo cierto es que obtuvo un éxito que no pudo lograr Dalberg en su teatro de Mannheim, y que ni siquiera se logró en Inglaterra, donde la obra quedó olvidada por cincuenta años después del fracaso de Garrick. Los ecos del *Julio César* sobre el *Egmont* han sido señalados desde los días de Goethe por Schiller y Jacobi. Ningún otro drama de Goethe, con excepción del *Goetz,* muestra mejor su apego a Shakespeare. Así lo reconocía el poeta alemán en sus conversaciones con Eckermann.[11]

De las mismas conversaciones resulta que, si el *Hamlet* le parecía más fácil de absorber en la lectura, por su misma abundancia de pasajes discursivos, el *Macbeth* le parecía más puramente teatral, más escénico, aun por ciertas contradicciones que —manifiestas en la lectura— dan relieve a los efectos momentáneos de la representación. Por 1785 presenció un *Macbeth* en Weimar. Él mismo lo dirigió en 1796; y, en 1800, nuevamente lo trajo a escena en una versión de Schiller. Después, siguió discutiendo todavía con él algunas posibles mejoras, de que aún habla en carta de 1804. Pero, aunque habla del *Macbeth* desde sus días de Francfort, aunque lo menciona a propósito de su traducción del *Don Juan* de Byron, en su diario (1826 y 1828) y en carta a Rochlitz,[12] sólo parece haber influido en las escenas de brujería del *Fausto.*

[11] 25-XII-1825.
[12] 11-IX-1831.

[Carta a Eduardo Mallea sobre el Goethe de Ortega y Gasset]

Caro Mallea:

El Goethe sigue en marcha. Pero voy procurando quitarle todo lo que tiene de efímero, de cosa escrita en tono de objeción o panegírico para un Centenario. Quiero que llegue a un equilibrio.

La "Carta a un alemán"[13] de José Ortega y Gasset me ha causado un verdadero arrobamiento, lo mismo que a usted. El gran escritor lo empuña a uno y lo transporta. Pero tiene la elocuencia engañosa de las sirenas. No se deje usted engañar. Ortega es sofístico y arbitrario. Esto se lo digo a usted en secreto. Esta carta es un desahogo que yo confío a su corazón de amigo, pero no quiero que le dé el aire, porque no quiero tener que sufrir más en mis relaciones con José. Cuando entre él y yo se ha atravesado una pestaña, le confieso a usted que me sentí muy desdichado. Quizá Victoria también podrá leer esta carta. Yo creo que le pasa con José lo que a mí: yo lo admiro, lo "amo" y no lo aguanto.

El ensayo de Ortega y Gasset es el fruto de dos sentimientos que él lleva a una temperatura de sublimidad: la soberbia y la envidia. La soberbia es casi otro nombre de la filosofía: yo me forjo una idea *a priori* de la realidad y comienzo por establecer que es la única idea legítima. Luego, si la realidad no la cumple, trato a puntapiés a la realidad. ¿Entender a la realidad en sí misma? ¿Aceptarla siempre como hizo Goethe? ¡Eso ni por asomo se me ocurre! ¡Eso sería clasicismo y humillación, y yo soy romántico, yo soy muy Satanás! Eso dejémoslo a los filólogos (y aquí pensamos en Menéndez Pidal), gente miserable que abusa de la atención de los hombres. ¿Que se me ocurre escribir sobre el *Quijote* para empezar? Pues comienzo por declarar que Cervantes está sentado en la llanura castellana desde hace cuatro siglos, esperando que nazca alguien que lo comprenda (ése, seré yo). ¿Que se me ocurre pensar sobre cualquier cosa? Pues a eso le llamaré "Otra manera de pensar", porque no es la de los demás humanos. ¿Que voy a escribir sobre Goethe? Pues ignoro el siglo y medio de comentarios que andan en cerca de los 50 000 volúmenes, y arremeto contra Goethe partiendo de un apriorismo. Baroja hace lo

[13] Se refiere al ensayo de Ortega y Gasset "Pidiendo un Goethe desde dentro. Carta a un alemán", publicado originalmente en *Revista de Occidente*, en abril de 1932. La presente carta de Reyes debe de ser de fecha cercana. [E.]

mismo que yo cuando hace crítica; sólo que él no tiene ni don de escritor ni mi música divina. Él es un bruto. Pero la actitud se parece mucho. Por eso me entiendo bien con Baroja y lo presento a mis amigas argentinas en Madrid como un representativo español. Esto, por lo que hace a la soberbia. En cuanto a la envidia, José envidia a Goethe con aquella envidia que —según André Gide— Nietzsche sentía por Jesucristo. En ningún caso quiero hablar de sentimientos mezquinos aun cuando, para abreviar, caiga un poco en la caricatura.

La tesis de José sobre Goethe se articula en los siguientes puntos:

1. No estamos para centenarios. El pasado está en quiebra.

2. Goethe no debe ser descrito como hasta ahora, sino puesto en tela de juicio.

3. Goethe vivió contra su vocación, entendiendo por vocación cierta idea de ella que yo me hago. La antivocación de Goethe se revela en estos extremos:

4. Antes de los 30 ha concebido (si no acabado) todas sus grandes obras poéticas y diez años después todavía anda por Italia preguntándose si será un poeta, un pintor o un sabio.

5. Es optimista ante la naturaleza y trágico ante sí mismo: signo de contrariedad.

6. Todo le salió bien en la vida, y siempre estaba de mal humor. Signo de contrariedad (aunque, cierto, era muy joven, confiesa Ortega y Gasset, contradiciéndose).

7. Era tieso, rígido, andaba con paso perpendicular llevando su cuerpo como un estandarte en las procesiones. Una mujer dijo una vez de él que en su frente había una nube de hastío. Un hombre dijo de él otra vez que había algo desagradable en su boca. Todo esto es contrariedad (aunque, cierto, era el más dotado, el más elástico y fácil de los hombres, confiesa Ortega y Gasset, contradiciéndose).

8. Siempre huye de sí mismo: huye de sus amores, huye de la literatura para esconderse en Weimar y convertirse en estatua, y todavía huye de Weimar y se va a Italia, aunque después vuelve. La seguridad lo amojama y priva de un héroe a la literatura. Muera Goethe (espero que en Alemania se escandalicen. ¡Dios lo quiera!).

El primer punto es un esnobismo a la moda que ya me está cargando. Los hombres más eruditos y culturizados, para halagar a la muchachada ignorante, se ponen delante de ella a gritar: "Estoy con vosotros: ¡a cerrar los libros que para nada sirven!" Sería el primer caso, nuestra época, de un fenómeno sin relación con el pasado. También grita así, en México, nuestro Diego Rivera, después de henchir-

se de tradición como puede verse en sus cuadros, y de haberse opuesto a la escuela de Picasso (otro que tal canta) que es como un compendio de historia de la pintura hecho hombre.

El segundo punto es el apriorismo del filósofo. Es una idea anticrítica. Muy útil para decir cuáles son nuestros ideales, pero no para entender a Goethe, ni a nadie. Objetar una realidad no tiene sentido. Y decir de ella "me gusta o no me gusta" es cuestión de gustos personales. Libertad completa. Ahora, el error contrario: poner de ejemplo a Goethe para ser imitado, tampoco tiene sentido a mis ojos.

Para valorizar el tercer punto habría que esperar el ensayo sobre la vocación que Ortega y Gasset acaba de ofrecer a los jóvenes españoles. Pero creo que es objetable. Supone que, antes de existir cada uno de nosotros, existe un yo programático. No admite que el yo se vaya formando en la vida. Es un punto de vista subjetivo y antigoethiano. Goethe es objetivo y hasta oriental y fatalista. No quiere magnetizarse interrogándose a sí mismo. No quiere decidir, por eso escapa de las mujeres, de Francfort, y hasta de Weimar. (El segundo Weimar ya no es Weimar, sino el gabinete de trabajo de Goethe, de donde, prácticamente, no vuelve a salir más.) Goethe hace su yo renunciando, prescindiendo de todo lo que no le interesa, y, en lo que le interesa, alimenta su yo —al revés de lo que quiere Ortega— de fuera para dentro. Goethe duda a veces de ser un yo. Dice que estamos en manos de los "demonios". Es demasiado inmenso para sentir su personita como lo siente hoy un romántico quisquilloso. La vida de un hombre es, a los ojos de Ortega y Gasset, una cabalgata: el jinete existe antes que el caballo y tiene un rumbo proyectado. Se trata de saber si logra plegar su caballo al rumbo. Para Goethe, al contrario, la vida es una integración vegetativa entre una realidad subjetiva (mínima) y una realidad objetiva (máxima): una simbiosis paulatina entre el yo y el no yo, en que el yo, para ser cada vez más y hasta para seguir siendo, absorbe el no yo. Pero al paso que lo absorbe, se confunde con lo absorbido. El individuo se hincha hasta deshacerse en el paisaje. Mientras no se entienda esto, no se conoce a Goethe. A la luz de esta idea que es la de Goethe, Goethe mismo es la más alta realización de su propio yo. La idea de Ortega es contraria: Goethe no la realiza. No tenía para qué.

El cuarto punto es una simpleza: Desde el momento en que, para las cosas de la naturaleza, la vida es evolución mientras que para el hombre es drama, Goethe puede y debe ser optimista en su filosofía científica y trágico al inclinarse sobre sí mismo. ¿O es que se puede considerar por lo trágico el problema científico del arbusto? ¿O es

que se puede abandonar un problema de la propia conducta en brazos de la evolución natural? ¡Ojalá!, dice Goethe: ello nos libraría del dolor. Pero no puede, porque no ha logrado aniquilar la cosquilla del libre albedrío como lo hace un faquir. Goethe, siempre, entre el Oriente y el Occidente. Como quiera, este caso del Juan que ríe ante la naturaleza y el Juan que llora ante sí mismo es el de todos los hombres de ciencia, porque es el único posible y humano: unos nos lo han contado, y otros no. Pero así es siempre y no supone contradicción. ¡Qué tontería!

El quinto punto me ha dejado perplejo. Yo creí que la "vocación" de que habla Ortega y Gasset era una realidad ética, casi mística, superior a la que en la tierra los pobres mortales llamamos "las distintas ramas del conocimiento". ¡Y resulta que la "vocación" se confunde con una idea tayloriana de la especialidad! No: la vocación de Goethe no era ser poeta, pintor ni sabio, sino desplegar todo su yo, realizarse todo en el orden de la plena conciencia de su propia vida. Lo demás, son meras estrategias de la vocación. Además, si como dice Ortega y Gasset muy bien ya Goethe en la juventud ha concebido las grandes líneas de su obra poética, y tiene ya (aunque Ortega y Gasset no habla de eso) una perfección técnica que parece que nació con él, ya, en el orden poético, no le falta más que ir todos los días "acostando obra sobre el papel" como dicen los franceses. Pero como no se ha muerto, y como además tiene el coeficiente dinámico de ser quien fue —una dosis de hombre extraordinaria— su ser sigue de frente, trasciende de la poesía a otras actividades. Siempre tuvo la preocupación de pedagogo y de biólogo experimental por desarrollar todos los gérmenes; la "potencia" es una suciedad a sus ojos: todo tiene que llegar a ser "acto". De aquí que se entregue a todas sus tentaciones activas. ¿A los cuarenta? Sí: el desliz del pie del gigante es carrera para un enano, decían los griegos. Algunos nos andamos desmayando a los cuarenta y cinco, pero no Goethe que tenía la intuición y la voluntad de la longevidad. (Ya lo verá usted en mi libro.) Su compás no es el nuestro. En lo infinitamente grande o pequeño, los físicos saben que fallan muchos modos funcionales tenidos hasta hoy por leyes absolutas y que sólo se aplican a las dimensiones medias en que el hombre se mueve. La dimensión planetaria de Goethe también desconcierta a los filósofos. Finalmente, a Ortega y Gasset se le olvidó que Goethe es considerado y apreciado como el último gran representante del ideal del renacimiento humanístico, también encarnado en Leonardo de Vinci, y que se llama "el hombre universal". Se le fue de la mente, y cometió el dislate de juzgar a Goethe a la luz de un

ideal de especialista contemporáneo. Goethe ni siquiera va a las ciencias por enciclopedismo (ideal contemporáneo suyo que bastaría para explicarlo), sino por "universalismo humanístico", que es tradición mucho más enraizada y fuerte. Y va a la pintura, y a la música, y hasta se ensaya cerca de los ochenta años en tirar al arco. ¿Cómo pudo Ortega olvidar esto? ¡Ganas de roerle a Goethe los zancajos!

El sexto punto me exaspera. Eso de que todo le salió bien en la vida, a aquel que mayor conciencia ha tenido de la situación trágica del hombre ante el mundo como lo confiesa el propio Ortega y Gasset (¡y ahí están sus obras para decirlo!), es una ramplonería de los biógrafos baratos. Goethe supo sacar siempre de necesidad virtud, eso es todo. Y luego, al interpretar él mismo su vida, por amor a la armonía, nos presenta la verdad siempre dulcificada por la poesía. Si yo aceptara la idea combativa de Ortega y Gasset con esa idea misma lo atacaría, diciendo si a un hombre de la talla de Goethe, de su sensibilidad y su conciencia, parece que todo le salía bien, será porque lo sabía gobernar: vocación. Pero yo prefiero mi idea de Goethe. Tengo gotas de sangre india, y creo por eso entender muy bien este proceso de libertad pasiva (idea germinante goethiana), o de "plicidad sin reposo" como él decía. Primero, interpretar un dolor en un plano más alto que el de la queja. Él acepta las cosas de la realidad, y luego se acomoda dentro de ellas en una simbiosis armoniosa: por eso todo *tiene* que salirle bien. En cuanto al malhumor es un embuste completo. Goethe tenía el *genus irritabile vatum* que hasta hoy siempre fue considerado como un síntoma de la alta vocación poética o filosófica. El mayor testigo de la intimidad de Goethe es Müller. Sobre 500 días, he encontrado en Müller una proporción de uno a veinte a favor del humor normal de Goethe, y dentro de éste, una proporción de algo más de la mitad para el humor "sublime", "encantador" y "gozoso" y otras cosas así. Y esto, en la vejez, cuando se aceda el carácter. Y yo hablo *a priori* partiendo de un principio filosófico: yo hablo a lo filólogo y a lo historiador, de afuera para dentro, después de documentarme y contar mis fichas con los dedos. Créame usted a mí. Ortega y Gasset tal vez ha confundido —como lo hacía el pobre Müller con quien Goethe jugaba al gato y al ratón diciéndole cosas contra la Iglesia, en lo cual hacía perfectamente— el mal humor con el humorismo. Da pena.

El séptimo punto, lo de la "tiesura", es una ramplonería como lo de que todo le salía bien, y una ramplonería aceptada sin probidad por un hombre tan enemigo de la ramplonería habitualmente como lo es

Ortega y Gasset. Y aceptada sólo para asombrarse de que Goethe tuviera chispazos y humorismo, de que fuera un hombre como todos. Y lo de la frente y la boca "son pláticas de familia de las que nunca hice caso". También Ortega y Gasset es tieso y rígido, y tiene una frente de hastío y una boca desagradable, y nada de eso es vocación contrariada, sino necesaria energía de control de los grandes hombres sobre sí mismos, y también actitud de ahorro de esfuerzo en los hombres visitados como monumentos públicos, y más si son cimas mundiales y ministros y maestros de Europa. Y por eso, a pesar de todos esos rasgos ingratos, las mujeres —que saben mucho— se enamoran de Ortega y Gasset, aunque nosotros (muertos de envidia, pero aquí sí de la buena y de la que Dios hizo) les aseguremos a ellas que con nosotros la pasarían mejor, hasta en punto a rigidez y tiesura.

El octavo punto yo lo contesto, respecto a la fuga de sí mismo, con las consideraciones ya hechas a propósito de los otros puntos. Creo que esta visión de Goethe orientalizado voy a incorporarla en mi libro. Realmente me parece una clave. En cuanto a la obra de anquilosamiento insensible que la vidita de Weimar y la seguridad burocrática ejercieran sobre Goethe, la acepto como una idea relativa, no en modo alguno como caso de traición a sí mismo. Regidor de teatro que no se ocupaba del teatro, dice Ortega y es una calumnia. No sólo se ocupaba en alma, vida y corazón sino hasta le costó dinero de su bolsillo. Puede ser que un Goethe bohemio y trashumante —es decir: con el yo roto, con la "vocación" marcada precisamente— hubiera sangrado más sobre la vida, hubiera pues servido mejor a la poesía. ¿Habría sido mejor para la poesía que Rubén Darío no se embriagara? No lo sabemos. En todo caso, esta virtud sería el fruto de una mutilación. La naturaleza, como dice Aristóteles, se aquieta a medida que se perfecciona. El más inteligente de los hombres, que es Monsieur Teste, ya no siente la necesidad de expresarse. Goethe iba por ahí. Si llega a vivir cien años más (y bastaría que le hubiera dado la gana, estoy seguro, sino que a él mismo se le ocurrió decir que ya había acabado el *Fausto* y ya podía morir), lo hubiéramos visto alcanzar la inmovilidad y el silencio de las montañas. Yo tengo un loro, Mallea. Cuando quiero que sea poeta, cuando quiero que hable todo el día, me basta mutilarlo; es decir: dejarlo sin comer. Cuando se encuentra bien nutrido, empieza a andar solemnemente como el grande hombre de Weimar.

En suma: que Weimar puede que haya sido una lástima, pero puede que no. Es cuestión de puntos de vista, pero la discusión no con-

duce a nada, no crea nada. Un personaje de Pérez Galdós andaba escribiendo la historia lógico-natural de España: no como ella fue, sino como debió haber sido. Pérez Galdós había presentido a Ortega y Gasset.

Finalmente, le recomiendo que busque el discurso universitario de Ortega y Gasset sobre "Goethe el libertador" pronunciado recientemente en Madrid. Repite algo de la "Carta a un alemán", y de repente, dejando establecido que Goethe es un caso de vida a contrapelo, se arranca —en palmaria contradicción— a cantar a Goethe libertador de la juventud, entendiendo por libertador al que enseña mayéuticamente (con *y*, no con *ll:* no se dé usted por aludido) a parir el propio yo: a libertarlo. De paso se deja decir, y es falso, que Goethe huyó de la palabra "libertad" que era tan usada en su tiempo. No hay tal: la usó de otro modo. Aquí, en mis "puñeteras" fichas, tengo no menos de ocho textos sobre la idea de libertad en Goethe, todos de primera. Ellos me han autorizado esa noción de la libertad pasiva que le dejo expuesta.

Y ahora ¿puedo esperar de usted que guarde esta carta como secreto? Mire que no quiero hacer junto a Ortega y Gasset el papel que él hace junto a Goethe. Mire que discutir públicamente con Ortega y Gasset quien se siente menor que él y no tiene siquiera posibilidad de combate periodístico, quien al fin lo quiere y admira de veras, quien quizá siente que choca con él por un fenómeno de "adoración", quien nunca se acercó a él sin utilidad y provecho en pro o en contra, sería absurdo.

Suyo cordial.

V

TEORÍA DE LA SANCIÓN

I. EL DILEMA DE LA CONDUCTA

1. *COSAS que están y cosas que no están bajo nuestro poder.* Era, entre los estoicos, una noción familiarísima la de dividir teóricamente los fenómenos en cosas que están y cosas que no están bajo nuestro poder. Así, en la recopilación de los discursos de Epicteto que debemos a Arriano (fl. 130), lo primero de que se trata es de discernir esta doble categoría, como asunto previo y necesario para poder situar al hombre en medio del universo ético, en medio de los caminos de la conducta. Según aquella filosofía —y podemos asegurar que el derecho romano, en cuya era vivimos, está profundamente impregnado de filosofía estoica—, según aquella doctrina, más inclinada a las orientaciones prácticas, a los problemas del valor moral de la vida que no a las lucubraciones abstractas sobre el ser o el conocer, la naturaleza aparece como dividida en dos partes: contiene una de ellas los fenómenos sustancialmente emancipados de la acción humana; aquellos cuyos efectos padece el hombre, pero cuya aparición no puede evitar; la segunda contiene todo lo que puede, originariamente, ser afectado por la intervención humana; ser, por ella, desviado o suspendido y aun definitivamente anulado; aquello que, por estar interpuesto en las líneas lógicas de nuestra actividad, nos puede, de antemano, ser anunciado a través de las vías internas de la previsión. Y concluía el estoico: las cosas que están fuera del poder humano, el hombre tiene que padecerlas sin intentar libertarse de ellas, que sería inútil; las que caen bajo el humano poder, debe reducirlas a la orientación de sus propósitos morales. Ante las primeras no hay problema ético; el problema ético solo con las segundas aparece.

2. *Ilustración: cosas que están dentro y cosas que están fuera del comercio.* En el derecho civil clásico, el reflejo de la anterior doctrina se traduce por la diferenciación de las cosas que están dentro del comercio y las que están fuera del comercio. Entiéndese

aquí por comercio, en el sentido castizo del término, el trato humano, el campo de acción de nuestra actividad, y no solamente, como al pronto pudiera creerse, el campo de lo que puede ser valuado en dinero y cambiado por dinero.

El delito intentado. En el derecho penal mismo la concepción de los estoicos puede tener su aplicación; y las figuras teóricas del delito imperfecto —entre los cuales nos da nuestra ley la sutilísima distinción del delito intentado, dan ancho campo a la controversia de lo que está y lo que no está bajo el poder actual del delincuente.

3. *La idea de lo natural y lo artificial en la filosofía del derecho: digresión.* Si interrogamos al sentido común —este último yacimiento de las filosofías, suma de los detritos de todas ellas y forma, a la vez, la más simbólica y vacía de todo criticismo del mundo—, si lo interrogamos sobre la idea estoica de la división de las cosas, notaremos que ella corresponde, aproximadamente, a la noción ordinaria sobre lo natural y lo artificial. Entiéndese generalmente por lo primero lo que, si no sustancialmente emancipado de toda posible intervención humana, se halla, por lo menos, actualmente virgen de ella; entiéndese generalmente por lo segundo lo que ha recibido la marca de la utilización humana y queda, por eso, sujeto a la acción de la voluntad. De donde nace la confusión de concebir todo fenómeno en que el hombre interviene como un caso de artificialidad; de imaginar al hombre como al perpetuo rebelde de la naturaleza, que la va domando y corrigiendo a su arbitrio ¡Como si no fuera, el hombre mismo, uno de tantos agentes de energía natural!

Y siendo así que el hombre se espía sin cesar en el espejo de la conciencia, acaba por juzgar que sus intentos y realizaciones sobre el mundo nacen del dictado de la conciencia. ¡Como si la imagen del espejo fuera otra cosa que un fantasma virtual! Y como por la conciencia percibe sus errores y por los avisos de ella los rectifica, piensa que la causa animadora, original, de su acción reside en la conciencia. Y, descendiendo a las interpretaciones de su pasado social, cree adivinar un pacto, una deliberación espontánea, un convenio libre en la agrupación primera de los hombres; parécele verlos discutir y acatar a mayoría de votos las for-

mas y modulaciones de habla primitiva, el primer culto y las primeras instituciones jurídicas.

Como frecuentemente, en el curso de este trabajo, se hablará del hombre y de la naturaleza cual si se tratara de dos órdenes irreducibles, quisimos dejar aclarado el concepto para que se entienda, que al hablar así, queremos hablar de los dos órdenes naturales que el hombre percibe: el externo y el humano, la naturaleza exterior y la humana; ambas, en el fondo, igualmente *naturales* y necesarias.

4. *El mundo teórico y el mundo práctico.* En todo caso, tales confusiones secundarias no enturbian la idea primitiva de los estoicos. Y de ella resulta que, en cuanto a la voluntad humana se refiere, la naturaleza se divide en dos órdenes: que en uno de ellos sólo podemos conocer, y que en el otro podemos obrar. Corresponde al primero la noción de lo teórico; al segundo, la noción de lo práctico. Schopenhauer llamaría al primero el *mundo de la representación*, al segundo lo llamaría el *mundo de la voluntad.* Unos, como Aristóteles, se inclinarán a considerar la razón práctica como una simple aplicación de la razón teórica; otros, como Kant y Fichte, tendrán a ésta por fuente de verdades nuevas y aun la sobrepondrán a la teórica. De lo primero vendrá la tendencia a dar por objetivo a la vida (sin apreciar su valor intrínseco) el descubrimiento de la verdad; de lo segundo, el darle por objetivo la felicidad y el éxito, aun trastornando, como el pragmatismo, la noción de verdad, y esto supone una apreciación optimista de la vida.

5. *Dualidad del mundo práctico: el dilema de la conducta.* Así, pues, en cuanto la voluntad se asoma al mundo, el mundo se le fracciona en dos: el mundo que le está vedado y el mundo que no le está vedado. Pero, todavía, si penetramos en el mundo práctico —que es el propio de la voluntad—, la bifurcación se sigue operando. En efecto: obrar es, esencialmente, escoger, porque las posibilidades de la conducta son múltiples, y nuestra historia individual, y aun nuestra personalidad misma, son, bajo su aspecto de voluntad, el resultado de una perpetua y renovada elección. Obrar es, siempre, optar entre el sí y el no de un dilema.

6. *Problema filosófico de la libertad.* Que nuestra elección sea o no libre entre los términos del dilema, o que sea determinada

por una relación causal superior a que el hombre está subordinado, es asunto cuya discusión atañe a la filosofía, y a que aquí sólo de pasada nos referiremos. Los estoicos —puesto que de ellos hemos hablado— transforman el universo en un conjunto de causas que determinan, por completo, el destino del hombre; pero admiten que dependa de la decisión personal el reconocer el curso del universo y admitirlo en la íntima convicción, o bien el dejarse arrastrar por él a contra ánimo. Ahora bien: la posibilidad de esta decisión —que es el fondo de la moral estoica— es ya un principio de libertad.

> ¿Y no hay, en efecto, aun en la concepción más empírica del determinismo, que es la de nuestra época, gran diferencia según que el encadenamiento de las cosas obre sin que tengamos la menor conciencia de él, o según que lo comprendamos y acojamos en nuestra acción?... Lo que está predeterminado no es para el espíritu sino una posibilidad que no se realiza ni toma cuerpo más que por nuestra acción personal. La decisión humana no parece, pues, cosa del todo indiferente.[1]

Y la sola apreciación del dilema de la conducta es ya un modo de libertad. Podemos, figuradamente, decir que el hombre que se halla indeciso o indiferente ante los términos posibles de su acción está respirando la plena atmósfera de la libertad metafísica. Cierto, grande parte toca a la necesidad en el desarrollo de nuestra vida; pero no está demostrado que toda ella sea necesidad. La demostración de la libertad o del determinismo, dice Ostwald, supondría necesariamente que la ciencia estuviera completa y hubiera agotado sus problemas. En tanto, creemos, como Schelling, que el contraste entre lo libre y lo necesario es la fragua de la voluntad.

El libre albedrío como hipótesis del derecho. Sin embargo, no debe este problema, cualquiera que sea la solución que se adopte, preocupar nuestros ulteriores desarrollos. Bien puede adoptarse la opinión contraria, bien podemos creer que somos ludibrio perpetuo de un determinismo sin cuartel, y que los dioses (como decía Plauto) juegan con los hombres a la pelota. No importa: el de-

[1] Eucken.

recho no presupone la libertad metafísica; la imputabilidad no la presupone: si fatalidad es el delito, fatalidad es el castigo. Si fatalidad es que la roca sin sostén se derrumbe, es también fatalidad que se parta al golpe contra el suelo. El estoico nos diría que está fuera de nuestro poder evitar que a la infracción sobrevenga una reacción, de cualquiera especie que sea; nos diría que no por ser fatal el delito perjudica menos. Y como prevenirse contra el perjuicio sólo puede racionalmente hacerse previniéndose contra el instrumento del perjuicio, a la fuerza nos prevenimos contra el hombre —puesto que no hemos de luchar contra los destinos. Aun admitiendo el determinismo científico, el derecho se justificaría como una terapéutica social. El determinismo en las ciencias biológicas no ha impedido la formación de la medicina: la medicina misma forma parte del determinismo. Puesto que el derecho ha existido, el determinismo tolera que exista el derecho; porque, en la hipótesis del determinismo, todo lo sucedido es necesario. Cierto que el fatalista dice: todo está escrito y, pues todo está escrito, eliminaré del mundo mi voluntad; pero en cambio, el determinista piensa que, si todo está escrito, también lo está su intervención, y que ella, dentro del general determinismo, produce, necesariamente, una alteración en los datos de la experiencia. En todo caso, hay que convenir en que, cualquiera que sea la doctrina filosófica adoptada, nuestro sistema de responsabilidades se funda, como toda acción humana, en la hipótesis libre arbitrista. Pero nos da lo mismo considerar al criminal como un lamentable efecto necesario subordinado a causas ajenas a su albedrío, o como un dañino y consciente creador del mal que causa.

7. *Normas técnicas y normas éticas.* Colocados, pues, en el mundo práctico, en el mundo de la conducta, y generalizadores por esencia, establecemos reglas o normas para nuestra acción, que son el resultado de nuestro propósito y de nuestra experiencia. Normas que pueden ser técnicas o éticas. Las normas técnicas se refieren a los propósitos humanos particulares, aislados, fuera de toda relación. Hay tantas normas técnicas cuantos objetos distintos posee la actividad humana. Pero como cada hombre no podría realizar todos los objetos posibles de la actividad humana específica, y como las realizaciones particulares pueden obstruir-

se entre sí y suponen, cada una por su parte, la decisión de un pequeño dilema de la conducta, la opción entre un sí y un no, entre una tesis y una antítesis, resulta que el hombre debe optar, definitivamente, por un grupo de actividades, dentro del conjunto de todas ellas, y que debe, en el grupo elegido, establecer ciertos elementos como principales y otros secundarios; pues que de otro modo no centralizaría la curva de su acción ni daría congruencia al conjunto de sus propósitos. (Y aquí, otra vez, por el contraste entre la actividad o propósito superior y los propósitos subordinados, aquella dualidad fenomenal que parece inherente al ejercicio de toda volición.)

Pero las normas técnicas no podrían indicarnos el valor relativo de los objetos particulares, ni, por consecuencia, darnos la apetecida ley de subordinación, como no puede la regla del carpintero servir para alinear los términos de una sorites o silogismo continuo. Y entonces vienen en nuestro auxilio las normas éticas. Las técnicas son como la materia o sustancia; las éticas, como la armonía o la forma, de donde les viene su mayor universalidad.

Vemos, pues, que la voluntad humana, orientándose por entre las dobles hileras de fenómenos, se va plegando para regirlos a dos órdenes diversos de disciplinas: las normas técnicas —verdaderas reglas artísticas; las que, resumiendo la experiencia humana, enseñan a conservar la salud, a construir un edificio, a pintar un cuadro— y las normas éticas, que relacionan y ordenan a las otras. Las primeras son facultativas: quien no quiere pintar un cuadro no tiene para qué seguir las de la pintura; quien no quiera alzar una casa no ha de ajustarse a las de la arquitectura; ni es posible, técnicamente hablando, aun cuando éticamente pueda considerarse como un deber, imponer los consejos de la higiene al que, de caso pensado, se ha propuesto morir. Las segundas normas, las éticas, son obligatorias por naturaleza: determinan, de una vez, la situación del hombre en la existencia, en cuanto es éste una unidad de acción. Son obligatorias para él, porque la vida humana es el plano de una actividad racional, y la actividad racional se resuelve siempre en la subordinación de unos fines a otros. Son obligatorias a pesar de él, cuando el propósito social se las impone como superiores a su propósito individual. De las pri-

meras viene el concepto del éxito, del acierto en sí; de las segundas, el del bien. Y como los intereses de la vida humana gravitan en redor de estos dos polos: el hombre y la sociedad, todo sistema de normas éticas determina, necesariamente, la relación entre ambos polos; los armoniza —nueva dualidad fenomenal— y, en casos de perturbación o fricción, establece el sentido de la superioridad, y somete a los rebeldes a ella por medio de la fuerza del Estado.

8. *Dos especies de normas éticas: las morales y las jurídicas.* Para no interrumpir el desarrollo de la exposición, penetremos en el seno mismo de las normas éticas: una nueva dualidad aparece, diferenciada por el grado de la sanción. Porque, en tanto que unas de estas normas no tienen más amparo que la opinión, y abandonan al infractor al castigo de la aversión pública y de la consecuente desgracia personal, las otras, amparadas por el poder del Estado, se resguardan con el aparato de las sanciones jurídicas y, en vez de abandonar al infractor a la pasividad de su suerte, desarrollan contra él un acto positivo de agresión. Las primeras son las normas morales: las segundas, las jurídicas. En efecto: admitimos que la norma jurídica pertenece al grupo de las normas éticas, que implica una subordinación de las normas técnicas, que se propone hacer posible la coexistencia de los propósitos humanos, o sea la convivencia social.

9. *Problema de la diferenciación entre el derecho y la moral.* Entramos, ahora, a terreno resbaladizo: la diferenciación entre el contenido de las normas morales y el contenido de las normas jurídicas. Es cierto, la continuidad sustancial que la naturaleza parece ofrecernos por toda parte nos permite descubrir zonas de crepúsculo y zonas extremas, pero nunca líneas divisorias. *Natura nihil facit per saltum.* Y, desde luego, no hay noción más impregnada de carácter jurídico que la de delito, y delito —dice Garofalo— es toda violación a los sentimientos medios de piedad y de probidad; o, lo que es lo mismo: de los sentimientos morales. Luego la noción más jurídica se define por su carácter moral.

Sin embargo, hay algo en que todos estamos acordes, y, para definirlo, pudiéramos decir, usando una expresión que Merkel emplea con propósito diferente, que entre la noción moral y la jurídica hay una diferencia de *plus-valor* de ésta sobre aquélla.

¿En qué consiste ese *plus-valor*? Korkounov cree resolver el problema de manera harto elemental y esquemática. La moral, dice, cualquiera que sea la teoría que se acepte sobre su fundamento (ya sea un principio de utilidad, ya uno superior e independiente), se propone, siempre, fijar los conceptos de bien y de mal. Ya lo sabíamos nosotros: es un mero aspecto del sí y el no del dilema de la conducta. De manera que, para el autor del libro *Más allá del bien y del mal*, también existen el bien y el mal, sólo que los concibe a su modo; y su libro pudo haberse llamado, de una manera más exacta aunque menos brillante, "Más allá de lo que ciertas gentes entienden por el bien y el mal". Pero volvamos a Korkounov: "El hombre aislado —dice—, fuera de la vida social, puede subordinar su conducta a reglas morales. Nada, en efecto, le impide establecer una armonía entre los diversos objetos que se propone, una vez que los ha apreciado para declarar su mérito relativo. El bien y el mal representan cierta gradación... Cuando varios propósitos se interceptan en su realización, siempre es posible (para el hombre aislado hipotético) determinar según una medida moral cuáles deben ser colocados en lo más alto de la escala y, por consecuencia, cuáles deben ser preferidos." Y continúa, después de haber creído agotar así la descripción del fenómeno moral: "Pero la realidad no nos muestra a los hombres aislados e independientes unos de otros... toda nuestra actividad depende de nuestras relaciones con los hombres; sin esto, la realización de nuestros intereses sería imposible... Así, el hombre está obligado a obrar de acuerdo no sólo con sus personales intereses sino con los de los demás hombres, sin cuya sociedad no podría existir." En cuanto el hombre se pone en contacto con sus semejantes, sus propios intereses chocan con los de éstos, y entonces "la adopción de un criterio común, el establecimiento de la armonía requerida, de un orden determinado entre los diferentes intereses que chocan, se hace mucho más difícil. El interés ajeno contra el cual chocan los míos puede ser, para otro, equivalente a los míos. *El criterio moral, en este caso, no puede dar ninguna indicación para resolver el conflicto de los intereses. Las opiniones personales de un hombre no pueden ser obligatorias para otro...* Se deberá, pues, fijar cierta esfera en la cual cada uno de

los intereses divergentes pueda realizarse libremente o, en otros términos: la realización simultánea de estos intereses, para ser libre, no puede reproducirse sino cuando su respectivo dominio se haya previamente circunscrito". Las normas, concluye, que limitan el campo de acción de nuestros intereses particulares son las normas jurídicas. En resumen, "la moral provee el criterio para la apreciación de nuestros intereses (particulares), y el derecho declara los límites en los cuales deben encerrarse dichos intereses". O, en otras palabras: la moral es una noción solitaria: el derecho, una noción social.

He aquí, a mi entender, una explicación defectuosa y poco convincente por más que en el curso del libro su autor la corrija a fuerza de explicaciones incidentales. Según esto, el bien y el mal son opiniones personales que el hombre se forja en la soledad y que después, cuando se pone en contacto con sus semejantes, tiene que someter a un criterio superior —que es el derecho— para poder avenirlas con las opiniones personales de los demás hombres. Tal teoría reposa en una doble hipótesis que carece de solidez: 1ª) en la existencia del hombre aislado; hipótesis que carece de valor científico desde el momento en que no se la usa de un modo meramente simbólico y provisional, sino que se la quiere hacer producir hechos; 2ª) que el hombre aislado tiene noción moral del bien y del mal. Y tal hipótesis tampoco sería tolerable. Hemos llegado a términos en que ya el psicólogo podrá decir muy poco sobre el origen de ciertas nociones fundamentales, si no confronta constantemente, para hacerlo fecundo, el fenómeno individual con el fenómeno social. No: el concepto del bien y del mal no es un concepto de solitario. Paréceme, más bien, que si podemos aplicarlo a nuestra conducta aislada y particular (con la cual ya hacemos una concesión demasiado generosa, como es la de suponer que hay conducta moral aislada o no-social) es por una traslación o verdadera metáfora psicológica de una noción que tiene su arraigo en las realidades sociales y sólo en ellas. El hombre aislado —admitámosle por un momento— podrá llegar a la noción de lo agradable y lo desagradable, de lo útil y lo dañoso, pero no más allá; pero no a los conceptos verdaderamente morales del bien y el mal; los cuales necesitan, para

engendrarse, de la obra social. Tales conceptos son en su origen, precisamente, un desalojamiento de la conciencia del propio yo al yo ajeno; es decir: al otro individuo social: suponen un esfuerzo de descentralización o altruismo. Sólo en las narraciones dialéctico-fabulosas, como el *Autodidacto* o *Robinson metafísico* que escribió, en el siglo XII, el árabe Abén-Tofail, o en el *Criticón* del genial conceptista español Baltasar Gracián, encontramos al hombre solitario provisto del don inhumano de subir a los más altos grados morales sin el contacto vivificador de *las otras realidades humanas* de sus semejantes.

Y si apuráramos la teoría que venimos discutiendo, tendríamos que convenir, por una parte, en que la noción jurídica supone el encuentro social (lo cual es cierto, desde luego); y, por otra, en que no existe la noción de bien social —lo cual ya no es cierto. Sin embargo, así lo declara Korkounov a la letra: "El criterio moral no puede en este caso dar la menor indicación para resolver el conflicto de los intereses." Luego no hay moral social, no hay bien social, sólo derecho social. Es decir (en el aspecto negativo de la cuestión), que todo lo que se juzga mal social debe tener sanción jurídica: ¡y ya sabemos que, por el contrario, los errores políticos, que son, en nuestras sociedades, la fuente por excelencia del mal social, no tienen necesariamente sanción jurídica, sino que suelen quedar reducidos al mero castigo de la opinión! Y eso que los errores políticos tienen mayor gravedad que los privados; porque, como dicen Funck Brentano y Sorel, el hombre descarriado puede no tener vida suficiente para recibir las consecuencias de todos sus vicios, pero en el Estado, que vive siempre, la consecuencia de un error tiene que llegar necesariamente. No podemos, pues, aceptar la doctrina de Korkounov, que es la de muchos. Él mismo acusa el defecto interno de su doctrina cuando dice, hablando del conflicto socio-moral: "Las opiniones personales de un hombre no pueden ser obligatorias para otro." ¿Luego la noción de la moral es mera opinión personal? Sí, en la absurda hipótesis del hombre solitario; no, en la realidad humana. Porque en la realidad, la moral, originariamente, viene más bien de una especie de opinión social; la cual, más tarde, y en virtud de aquella metáfora psicológica a que he aludido, se traslada a lo indivi-

dual y se refracta en las opiniones morales personales. Y, desde luego, si se quiere, a bulto, descubrir la llaga de la discutida doctrina, baste considerar que, según ella, para poder diferenciar lo moral de lo jurídico, hay que aceptar, por una parte, que lo moral es noción individual —y para aceptarlo hay que aceptar al *hombre natural* de las descaecidas filosofías del siglo XVIII— y, por otra parte, hay que convenir en que lo jurídico es pacto social, contrato social, por medio del cual los hombres, al encontrarse juntos, declaran los límites de sus actividades individuales. Y el pacto social, ya se sabe, sólo es admisible como hipótesis filosófica interpretativa, mas no como realidad histórica. El verdadero valor de la hipótesis del pacto social se revela cuando se le aplica como criterio de justicia; es decir, como decía Kant: una ley es perfectamente justa cuando, en la hipótesis del pacto social primitivo, los hombres la hubieran acatado por unánime consentimiento.

10. *Continuidad de los fenómenos moral y jurídico.* Otra es la diferenciación que se impone. Pero antes, para afirmar el terreno andado, recapitulemos: *a*) Para el ejercicio de la voluntad humana, las cosas aparecen divididas en dos órdenes: cosas que están y cosas que no están bajo nuestro poder. *b*) Estos dos órdenes corresponden al orden práctico y al orden teórico del mundo. La voluntad se refiere al orden práctico. *c*) En el orden práctico, nuestra actividad se rige por normas; las normas se dividen en técnicas y éticas. *d*) Las normas éticas se dividen en morales y jurídicas. Es decir: que hemos procurado deducir el fenómeno jurídico desde su primera fuente espiritual, y sólo nos falta, para precisarlo, definir su situación ante la moral.

Una cosa debemos aceptar desde luego, y es que entre la moral y el derecho hay una íntima relación. En los siglos XVII y XVIII, sin embargo, el extremo individualismo llegó a negarlo. Thomasius (1713) pretendía distinguir ambos terrenos por el contraste entre lo afirmativo y lo negativo, y razonaba así: el derecho ordena: No hagas a los demás lo que no quieras que te hagan; la moral ordena: Haz contigo mismo lo que quieras que los demás hagan consigo mismos. Para Kant la fórmula de la ley moral es: Obra según una máxima de los fines que pueda ser tenida por cada cual como ley universal; y la fórmula del derecho: Obra de manera que

tu libertad pueda coexistir con la de los demás. La distinción entre uno y otro concepto traía la ventaja de impedir las intervenciones del Estado en el fuero interno de los individuos. Pero trae, en cambio, la desventaja de hacer de la ley algo amoral: Con tal de no estorbar la libertad de los demás —diría el derecho—, puedes obrar inmoralmente. Y por eso Fichte, que comenzó pensando como Kant (1796), acabó reaccionando (1812).

Nosotros creemos, con Hegel, que el derecho y la moral son momentos sucesivos en el desarrollo dialéctico de la libertad. Creemos, con Jellineck, que el derecho es un mínimo ético indispensable para la existencia social. Creemos que la moral y el derecho son dos instantes, o mejor aún, dos fases de un mismo desarrollo, cuyo fin es la coexistencia social. En cuanto al criterio de lo *indispensable*, que determina el *minimun* ético-jurídico, nos parece que es variable y relativo con los tiempos y con las sociedades: ahí está la historia humana para comprobarlo. El espartano lisiado entregaba a su esposa al esclavo fuerte para que diera hijos a la patria. En otro momento de la humanidad, el castigo será inminente para la adúltera, y en nuestro siglo no se la podrá castigar si no lo reclama el ofendido. He aquí diversos grados de sanción aplicables el mismo hecho. Y es porque el fenómeno ético, en su totalidad, está sometido a evoluciones. a desarrollos, a rectificaciones perennes, tanto en su aspecto moral como en su aspecto jurídico. Podemos imaginar que el contorno de lo ético vacila constantemente, trasladándose sobre la masa fenomenal y que, dentro de él, los dos contornos circunscritos del derecho y de la moral vacilan a su vez.

11. *Examen de objeciones.* Examinemos las principales objeciones que se oponen a esta doctrina:

1ª: Si el concepto de lo ético se corrige y refunde constantemente, y dentro de él la moral y el derecho constantemente vacilan y se rectifican, ¿qué sentido, qué realidad, qué universalidad pueden tener la ética, la moral ni el derecho? ¿Lo que se corrige no acusa su error? Trátase, pues, de un perpetuo engaño de los hombres, de una tela de Penélope tejida de día y deshilada de noche.

Como desde luego se aprecia, no es ésta una verdadera objeción, puesto que no destruye la teoría que afirmamos: con sólo

aceptar, en efecto, que el derecho y la moral son otras tantas sandeces connaturales al género humano, podríamos seguir adelante afirmando que, de todos modos, son dos fases de un mismo fenómeno. Pero queremos dejar saneado el camino y, como de la teoría que venimos manteniendo podría inferirse el corolario que ahora pasamos a discutir, conviene que de una vez lo rechacemos. No: un concepto que se corrige no acusa su falsedad esencial. Como que puede ser, sencillamente, un concepto que se perfecciona. Platón diría que es un concepto que progresa y asciende aspirando a su arquetipo o paradigma ideal. Nosotros no necesitamos la hipótesis del arquetipo, ni mucho menos vamos a creer que hay un progreso necesario con la marcha de los tiempos, y que lo que hoy se llama moral es más exactamente moral que lo que ayer llamaron moral. No necesitamos argumentar, como Newman lo hace con el Cristianismo, que la moral y el derecho son dogmas que se desenvuelven desde su germen a su fruto, pasando por ocasionales pero inevitables desviaciones. No: la realidad, la eficiencia de todas las doctrinas, de todos los hábitos morales y jurídicos que nos ofrece la historia, por opuestos que ellos aparezcan, y aunque en el campo de las contiendas veamos, como decía Chillingworth, "Papas contra Papas y Concilios contra Concilios", no están en la forma transitoria que revisten, en el andar del tiempo, tales hábitos y doctrinas, sino en la aspiración interior que ellos nos descubren, en la verdad del anhelo de que son fugaces testimonios, anhelo, interrogación o esperanza que son la trama de nuestra vida y el fondo mismo de la historia humana.

2ª Objeción: Siendo así que el derecho contiene ciertas reglas que, precisamente, se proponen asegurar la libertad moral, el derecho no es la moral; que, de ser así, daría cánones morales en vez de tolerar la controversia.

Respuesta: Cuando los legisladores fijan el derecho, lo hacen ateniéndose al saldo de las controversias morales contemporáneas, a los sentimientos de moral media; a las ideas, en fin, que han dejado de ser reyerta de escuelas para transformarse en vida popular. Dentro de este limitado cuadro, escogen el mínimo indispensable para la coexistencia social, que es la *ultima ratio* del derecho. Mínimo indispensable que tiene que variar con los tiem-

pos, puesto que con los tiempos varían las condiciones sociales, las capacidades de subsistencia y, con ello, el riesgo de las amenazas. Así, cuando un error moral, a fuerza de repetido, amenazara la subsistencia social, daría lugar a una prohibición jurídica. Y podemos, como ejemplo, suponer que, en Francia, mañana diera lugar a una prohibición jurídica el mantenerse en soltería para todo hombre de tal edad, de tal fortuna y de tales condiciones generales. A la inversa, el precepto jurídico se distiende y afloja, y vuelve al campo de la pura moral, cuando el legislador se convence de que la prohibición en él contenida se refiere a hechos cuya realización no dañaría la existencia social. Como ejemplo podemos imaginar que, en México, un nuevo código estableciera el divorcio absoluto, convencidos como lo estamos muchos de que esto no traería la ruina social.

Pero todo aquello que sale del mínimo moral indispensable es indiferente al derecho y, en ello, mal podría el derecho estorbar la controversia, cuando que es el derecho un simple auxiliar de la moral, un subordinado de la moral. Adonde el juez aún no ha resuelto la controversia, el amanuense no tiene sentencia que escribir. Adonde la moral no decide, sino que discute, el derecho no tiene precepto que fijar. Y el derecho, como un reconocimiento expreso de su papel subordinado, y para dejar plena libertad a la moral de que deriva, se obliga a respetar las controversias de ésta —que no le atañen—, atando las manos de los gobernantes irrespetuosos.

Además, las leyes se dictan de una vez para muchos años; y, como no se puede prever el movimiento moral que ha de producirse en un largo lapso de tiempo, se deja siempre margen a lo imprevisto. Así, toda controversia moral que, encarnada en hechos públicos, perturbara gravemente el orden o la existencia sociales, caería, bajo prohibición jurídica, dentro de la clase general de las perturbaciones graves al orden o las amenazas a la existencia social.

3ª Objeción: Gran parte del contenido del derecho es *amoral*, es decir: nada tiene que ver con la moral; ejemplo: las reglas del procedimiento en su mayor parte.

Respuesta: Se ha dicho ya que la mayor fuente de los errores

humanos está en la transgresión de los medios a los fines. El hombre se propone un fin; para alcanzarlo, busca un medio; siempre con la mira de su fin, estudia cuidadosamente su medio; lo pule y perfecciona; lo examina por todos lados, se encariña con él: al cabo descubre que, en fuerza de atender al medio, lo ha convertido en un fin por sí mismo; que se ha olvidado de su fin original, que ya no le importa el realizarlo, con tal de acabar el pulimento teórico del medio. Así, podemos suponer (mero supuesto ilustrativo) que la moral, en su forma más elemental, es el arte de la felicidad. Su fin no está en sí misma, sino en la felicidad. Pero, al cabo, hipertrofiada, obstruye el camino de los propósitos humanos, y toma el carácter de fin en sí. Y entonces, el apóstol y sus convencidos se dedican al cultivo de su moral, aunque ello les cueste lágrimas y sangre, olvidados de que, originariamente, se habían propuesto vivir para la felicidad.

Así, también, consideremos que el derecho no es más que un medio para impedir la infracción de las normas morales elementales que cierta sociedad considera indispensables. Pero el medio crece, el órgano se desarrolla al ejercitarse, le brotan apéndices por todas partes, y busca un nuevo ejercicio para cada apéndice. Es como un enorme pólipo que derrama tentáculos por los intersticios de la masa social. Y entonces el derecho se vuelve un fin en sí, cobra ánimos de independencia, se alimenta de sí propio: asistimos a la apoteosis del derecho por el derecho.

Junto a esta razón general, hay muchas circunstancias particulares que pueden explicarnos el amoralismo parcial del derecho. Una de ellas es la obra natural de los gobiernos que, como toda institución, tienden de suyo a persistir. Y como al gobierno se confía la superior vigilancia de la administración del derecho, el gobierno pugna por ir obteniendo del legislador preceptos que no tienen ya más propósito que la conservación del gobierno, aun cuando puedan salirse de la moral. Ejemplo: el delito político puro.

Otra razón más: comenzada la hipertrofia del derecho, creada la profesión artificial del jurisconsulto, este órgano de la hipertrofia tiende a producir necesidades técnicas propias, y la sola existencia del jurisconsulto reacciona sobre la ley, intrincándola y complicándola al extremo. Que tales parasitismos del derecho

pugnen contra su naturaleza, no hay ni que demostrarlo por evidente. La corruptela que introduce en la ley el supuesto de que hay intérpretes profesionales de ella es uno de los más grandes males de nuestras instituciones jurídicas. Por ello se complican los preceptos y las públicas administraciones; las leyes se multiplican, los trámites se fraccionan y subfraccionan con pantanosa fecundidad. Y, consecuentemente, cunde, ante la multiplicación de los obstáculos, la correlativa morosidad para el logro de los derechos, que es una de las causas mayores en la decadencia de los pueblos. Tal morosidad invade a veces el cuerpo mismo de los profesionales de la ley; casi no hay ya cliente que no nos diga, al fiarnos su negocio, que dos o tres abogados lo han tenido en sus manos dos o tres años sin dar un paso. Tal complicación del Derecho Procesal, que a los mismos abogados hace perezosos, viene, en origen, de la institución de la abogacía —la cual se inclina a crear complicaciones técnicas, inútiles para la vida. Problema es éste que debiera preocupar ya a los legisladores. Dorado Montero aseguraba que el legislador que suprima la abogacía prestará un servicio incalculable a su país.

Otra circunstancia, y es la que más explica la corrupción del derecho, su hipertrofia o amoralismo parcial, viene de que, siendo el derecho, en su raíz, un aspecto de la moral, cosa ideológica o meramente psíquica, significa, además, una derivación práctica de la moral; puesto que justamente se diferencia de ella en ser moral sometida a la sanción externa del poder público. Si así es, el ejercicio de esta sanción supone organización administrativa de tribunales, graduación de funcionarios, y reglamentación de las relaciones de éstos con el público. De donde nacen la Administración de Justicia y el Procedimiento Judicial. Naturalmente que Administración y Procedimiento no se deducen, en sus minucias, de ningún criterio moral, sino de criterios empíricos de la acción, absolutamente ajenos a las superiores nociones del bien y del mal.

Todas estas fuerzas, obrando de consuno, determinan el amoralismo parcial del derecho. Corrupción que, prácticamente, es inevitable, pero que nada quita a la esencia del derecho. Creer, pues, que el derecho es amoral, es creer que el río es una corriente de arenas y musgos, sólo porque los arrastra en su seno. El que, par-

tidario de la doctrina de que el derecho es una cristalización práctica de la moral, se confunde al considerar que aparentemente nada tiene que ver con la moral la norma jurídica que dice: "Cumplido tal plazo no se aceptarán más pruebas en tal juicio", podemos decir que se ahoga en un vaso de agua. Tal disposición del procedimiento deriva de la naturaleza empírica de toda acción material (y el derecho es acción material en cuanto mantiene funcionarios que deben abrir sus oficinas a cierta hora y despachar al público en términos especiales). Trátase de una corrupción impuesta al derecho por su contacto con los empirismos de la acción y, superiormente hablando, por la hipertrofia que viene de haberse convertido el derecho, a los ojos de la sociedad, en un fin en sí, cuando sólo es un medio para conservar la moral mínima. De manera que lo ideal sería, por ejemplo, que las pruebas pertinentes se percibieran en todo tiempo: el atraso de un tren nada quita a una buena causa. Pero, junto al ideal, hay la necesidad práctica de acabar algún día el despacho de los negocios. Y la fuerza del derecho padece ante la hipertrofia de su organismo.

Y, en general, si consideramos que el derecho positivo está, por naturaleza, atrasado con relación a la moral (¡puesto que las leyes duran tantos años en los pueblos!), entenderemos todas estas anormalidades prácticas que en nada debieran perturbar la pureza de las nociones. Tenemos en México un Código Civil quizá adecuado para su tiempo, pero que ya es fundamentalmente incompatible con las nociones y necesidades modernas.

Mucho se podría decir aquí de lo que dijeron los enemigos de la codificación, sobre que ella mata la vitalidad de las leyes y les impide el irse plegando a las necesidades actuales; que la ley, sombra de la costumbre, debe abandonarse a la plástica de la costumbre. La célebre controversia que brotó en Alemania, a principios de la pasada centuria, con la aparición del Código Civil francés, y que se ilustra con el grande nombre de Savigny, podría servir como un comentario de lo que sucede con todo cuerpo de derecho si se le compara con la moral del grupo a quien rige.

De todo lo cual inferimos que el derecho es una forma imperfecta de la moral. Y ya decía, en el siglo XVI, el filósofo valenciano Juan Luis Vives, recordando a Platón y a Isócrates, que donde

los hombres han hecho del amor al bien y del odio al mal una segunda naturaleza no hacen falta las leyes para vivir recta y ordenadamente; y donde, por el contrario, tales hábitos faltan, las leyes no los suplen por muy perfectas y numerosas que sean.

Pero con lo dicho basta: quedamos en que el derecho y la moral son, en sustancia, un mismo fenómeno, aun cuando el funcionamiento o vida del derecho suponga un conjunto de normas meramente técnicas. Dentro de la moral hay un mínimo indispensable, y el hombre lo diferencia o destaca del núcleo por una gradación de sanción. Lo que en la moral es opinión se hace, en el derecho, prohibición. Quien dude aún sobre esta manera de entender el problema, considere la ruina a que el legislador nos conduciría si, por un momento, se olvidara de que es servidor de la moral.

II. La sanción y la confianza

1. *Recapitulación.* Expuesto ya, en los párrafos anteriores, nuestro concepto del derecho, prosigamos el análisis del funcionamiento de la voluntad en el orden práctico del mundo. Decíamos que obrar es siempre escoger entre los dos términos de un dilema. Y decíamos también que lo característico de las normas técnicas es buscar el éxito de un objeto particular de la actividad, así como lo propio de las normas éticas es elegir, armonizar y subordinar los varios propósitos.

2. *Las normas técnicas, las leyes naturales y la confianza.* Las acciones humanas, por otra parte, como toda acción, atraen reacciones, que, en el mundo de la conducta, solemos llamar consecuencias. Y es justamente en vista de las consecuencias como los hombres resuelven el dilema de la conducta y optan por el sí o por el no. Pero ¿cómo es posible esta previsión de las consecuencias? La previsión de las consecuencias se funda en que las cosas suceden de cierto modo en determinadas circunstancias; es decir: en que hay uniformidades en los procesos naturales; o dicho de otra manera, en que hay leyes naturales. Y efectivamente, si examinamos el fondo de las normas técnicas, notaremos que todas se basan en el reconocimiento de alguna ley natural, de la ley natu-

ral. Las normas técnicas no expresan más que la relación entre ciertas acciones y ciertas reacciones, son una previsión hecha precepto y brotada de la experiencia. Son una fórmula de confianza. El hombre, en cada uno de sus propósitos particulares, se decide a obrar porque tiene confianza en la previsión de las consecuencias, y esta confianza se mantiene sobre el postulado de la ley natural. Tal elemento de confianza es absolutamente indispensable para que el hombre se resuelva a optar en el dilema de la conducta; es decir: para que se resuelva a obrar; es decir: para que admita vivir. Sin la confianza, el hombre no daría un paso sobre la tierra, temeroso de que ella le faltara bajo las plantas.

3. *Las normas éticas, la desconfianza, la sanción.* Si volvemos ahora la mirada a las normas éticas, notaremos que lo característico en ellas es referirse, no ya al orden de la naturaleza, sino a la conciencia que tenemos de los valores de las cosas, de su bondad o de su maldad espiritualmente concebidas. De seguro que nuestra conciencia de los valores se funda también, en último análisis, en leyes de la naturaleza; pero nosotros no lo sentimos así. Porque toda ley de la naturaleza que usa como agente la conciencia humana se tiñe, real o aparentemente, de libertad. Nos parece que nuestra ley ética es un sistema de subordinaciones espirituales, brotado todo del fondo del alma, y que se asoma al mundo para realizarse en el orden externo, apoyado en las leyes naturales que las normas técnicas postulan. Pero, en todo caso, concebimos que nuestra ley ética pudiera ser de otro modo, pudiera cambiar con el tiempo; y creemos estar seguros, porque sentimos la voluntad libre, de que todos los hombres que nos rodean pueden alterar de un momento a otro —y siquiera temporalmente— su concepto ético del mundo, su conciencia de las subordinaciones. También la ley natural concebimos que pudiera haber sido distinta, pero no creemos que cambiará: tenemos confianza en la continuidad de las uniformidades naturales. Luego ante las normas éticas estamos como desconfiados, porque las tenemos por absolutamente libres. Luego la necesidad de confianza aquí también se experimenta, ¡como que aquí también se ofrece el dilema de la conducta, la necesidad de escoger, la necesidad, pues, de prever las reacciones o consecuencias! Y si en cuanto la norma

ética es mera moral no nos alarma su probable infracción, en cuanto se vuelve *moral mínima necesaria para la convivencia social*, es decir, en cuanto se vuelve norma jurídica necesitamos saber que no se infringirá. Pero la naturaleza nos dice que puede ser infringida, que en el mundo ético, para el hombre al menos, las reacciones no pueden preverse con la seguridad de la ley natural; que un hombre puede, por ejemplo, vengarse y otro no: que uno puede optar por el sí y otro por el no. Entonces, como una surgente natural, como un apremio de la necesidad de confianza, damos reacciones artificiales a las acciones que infringen la moral mínima necesaria, creamos la ley jurídica, e inventamos, para resguardarla, la sanción. Entonces habremos llegado al apetecido término de confianza. Entonces tendremos, por una parte, el mundo técnico resguardado por la ley natural y, por otra, el mundo ético resguardado por la ley jurídica.

4. *Explicación.* Expuesta así, a grandes rasgos, la teoría de la sanción, necesitamos acudir a la infinidad de problemas que ella suscita, para lo cual no encontramos forma mejor que el exponerla bajo diversas perspectivas. Cada explicación parcial recibirá luz del conjunto; cada una aislada será pálida e incompleta. Todas juntas, sin pretender agotar el cuadro de las comprobaciones, agotarán al menos el cuadro de las comprobaciones fundamentales: con buena voluntad lógica, cada quien podrá prolongar para sí las líneas derivadas.

5. *La ley natural y la ley jurídica.* Es frecuente, en los tratados de derecho, comenzar hablando de la ley natural para llegar al concepto de ley jurídica. Aun cuando generalmente haya sido un mero arrastre de homónimos el acercar ambas nociones, parécenos que nunca como hoy admiten ellas el verdadero conferimiento filosófico.

6. *Evoluciones del concepto de ley natural.* Recordemos un poco la historia de los conceptos. El término *ley natural* comenzó por aplicarse, no al mundo exterior, sino a la naturaleza humana. Leyes naturales, se decía, son las leyes de la acción humana que no están escritas en los cuerpos jurídicos, sino en el corazón de los hombres. De aquí a pensar que tales leyes son divinas no hay más que un paso. Y, efectivamente, Zeller nos dice que el con-

cepto de leyes divinas condujo al concepto de leyes naturales. En la filosofía griega, la idea de ley natural (que no aparece en Aristóteles) ha debido introducirse posteriormente, a través de la astronomía y la medicina. Con los estoicos, para quienes la divinidad era como una razón interior del mundo, la ley natural comenzó ya a significar el orden mismo de las cosas. En Lucrecio, el término aparece usado como una descripción de un proceso regular de fenómenos, ligados por una necesidad interior. El concepto alcanza, en fin, su forma propia entre los modernos (tras de pasar por el sentido religioso y moral que le dio la Edad Media), en cuanto se aplica, sobre todo, al dominio de la naturaleza inorgánica. Mas la lucha por el concepto de ley entre los modernos, de que Eucken nos habla, se define precisamente por la ampliación de éste al dominio de todas las ciencias y, especialmente, de las sociales. Y entonces aparece el problema de si la ley jurídica, fruto de la voluntad humana, es o no una ley social, es decir, una ley natural de la sociedad humana.

7. *Teorías sobre la formación del derecho.* El individualismo extremo, que cree que la ley, y el orden jurídico en general, son un producto de la reflexión humana, para nada tiene en cuenta la acción mecánica, sorda y profunda del medio natural —que tanto ponderó Montesquieu. Los excesos de la escuela histórica, por el contrario, acaban por hacer de la formación del derecho un automatismo natural, y del legislador una máquina inconsciente que se limita a declarar las reglas jurídicas que el mundo le da ya hechas. Pero la verdad está en el término medio: porque si ciertamente la ley comienza por ser costumbre, por ser modalidad sociológica natural, no todas las costumbres ascienden a la categoría de leyes, sino que, a veces, se dictan leyes contra ciertas costumbres; junto al cultivo de la costumbre, hay la terapéutica de la costumbre. Lo que nos hace comprender que el legislador interroga el medio social, ausculta, ciertamente, el corazón del pueblo, pero no se limita a auxiliar las inclinaciones naturales dándoles el apoyo de la fuerza pública, sino que las corrige y conduce con un propósito eminentemente finalista, cuya finalidad sólo en la norma moral puede encontrarse, sólo en las normas éticas.

En todo caso, cualquiera que sea la solución que se adopte en

este argumento, lo que por ahora buscamos no es describir el proceso real de la formación del derecho, sino proponer una explicación teórica de su funcionamiento lógico en el ejercicio de la voluntad.

Para esto, nada mejor que descender a la psicología individual y preguntarnos qué sentimientos, qué hábitos mentales provocan en nosotros el reconocimiento de una uniformidad natural (ley de la naturaleza) y el reconocimiento de una uniformidad jurídica emanada del legislador.

8. *Últimas evoluciones y sentido pragmático de la ley natural.* Dicho esto, continuemos el análisis del concepto de ley natural. La idea de causalidad, de relación íntima y necesaria de un antecedente a un consecuente —idea que dominaba ayer el sentido de ley natural—, combatida desde el tiempo de Hume, cede el puesto a la idea de una mera uniformidad lógica de sucesiones fenomenales. Ya la ley no se entiende como causa de los procesos naturales. La ley natural no es metafísicamente necesaria. Humildemente se reduce a ser un mero símbolo o significación verbal de ciertas armonías que el hombre descubre, empíricamente, en la naturaleza.

Pero aún faltaba un paso que dar: faltaba que la psicología hiciera cuerpo en la filosofía y le sirviera como de sustento y raíz. No bastaba el criticismo del conocimiento, era menester el psicologismo del conocimiento. El primero, que es como una previa higiene mental, nos hizo huir del orgulloso concepto de la causalidad: No, nada sabemos de la vida íntima del fenómeno, nos dijo. La ley no lo determina ni lo rige superiormente. Simplemente, el fenómeno acontece de determinada manera, y a eso llamamos ley natural. Así el criticismo del conocimiento depura la percepción, la disgrega de todo elemento no percibido. Pero el psicologismo da un paso más: penetra en la sustancia psicológica de la percepción y trata de decir en qué consiste esa percepción. De manera que, merced a él, el concepto de la ley natural se resuelve en el concepto de la percepción psicológica que determina, en el individuo, una uniformidad exterior. Los psicólogos-filósofos contemporáneos estaban llamados a dar este último toque plástico a la idea de ley natural. William James adelanta su pragmatismo hasta sol-

dar, en el nexo de la verdad psicológica, todas las explicaciones del mundo, por opuestas que sean, y la ley natural viene al fin a ser —según la admirable fórmula que nos da Mach— *una restricción que imponemos a nuestra espera de los fenómenos*: ¡nada más!

Y es verdad: mucho podrá discutirse aún sobre si hay o no hay, en la cosa en sí, una verdadera fuerza íntima de causalidad, si los fenómenos que se suceden son los unos hijos de los otros, o simplemente concomitantes, o si son apéndices o auxiliares; y mucho, en cada proceso particular, podrá debatirse para averiguar si el sentido de la causalidad supuesta es de B a C o si es de C a B. En medio de la ruina de todas las filosofías, esta verdad permanecerá incólume, porque es inherente a la naturaleza humana: que, cualquiera que sea la razón externa de esas uniformidades a que llamamos leyes de la naturaleza, ellas repercutirán siempre, en la mente del espectador, bajo la forma de una restricción impuesta a la espera de las posibilidades externas.

9. *La ley jurídica.* Pues ¿qué otra cosa, si la miramos desde adentro del individuo, o sea psicológicamente, es la ley jurídica? Restringe ella nuestra espera de los fenómenos, porque crea, en el caos de las realidades sociales, ciertas uniformidades de la acción. Restringe ella —ya brote del seno étnico de la vida de un pueblo, ya sea la tiránica imposición de un déspota— nuestra espera de las posibilidades sociales, porque crea un mecanismo artificial de correspondencia entre la infracción y el castigo; y, todavía más, norma y limita los caminos de la conducta lícita, para que pueda ser socialmente eficaz y repose en la confianza del respeto común. Las leyes, acertadas o no, son restricciones. La libertad lógica consiste en la posibilidad de todas las elecciones, simultáneas o individuadas, y aun en la posibilidad de abstención. La ley jurídica diferencia la masa común de estas posibilidades, las divide en zonas, y engendra una continuidad artificial entre los efectos de la acción humana.

El concepto de la prohibición se reduce, pues, en último análisis, al concepto de ley. Y la misma ley moral, de que la jurídica viene a ser un modo de cristalización, puede ser definida como una restricción positiva, como una restricción, no a nuestra espera, sino a nuestra intervención en los fenómenos. Pero lo que para mí es,

considerado como ser activo, restricción positiva, viene a ser, considerado como espectador, una restricción negativa, una restricción —lo mismo que en la ley natural— a la espera de los fenómenos.

10. *Naturaleza espiritual de la confianza. La ciencia.* Si queremos investigar la razón interna de esta lucha por la confianza, interroguemos los datos de nuestra vida espiritual. La conciencia misma tiende a transformarse en un sistema de confianzas. Ella exige, como punto existencial de partida, un centro orientador de confianza adonde reposar de sus exploraciones a través de lo desconocido y al cual ir refiriendo sus nuevas adquisiciones. Los psicólogos nos dicen, efectivamente, que en el progreso del conocimiento vamos siempre de lo conocido a lo desconocido. Nos desconcierta un nuevo pensamiento o una nueva percepción mientras no los atamos, siquiera sea artificialmente, el núcleo de nuestras percepciones familiares. Mientras no podemos prever o esperar el fenómeno, el fenómeno pertenece a la superstición o a la magia, pero no a la ciencia. La ley natural, la restricción a la espera de los fenómenos, nos lo hace científico. Mientras el salvaje no encuentra en su conciencia elementos para explicarse, siquiera sea equivocadamente, el movimiento del sol, el sol es un ser caprichoso y sobrenatural: hay que implorarlo, hay que invocarlo: no se le tiene aún confianza: hay que rogarle que amanezca todos los días: hay que atemorizarse, por la noche, ante la amenaza de su desaparición definitiva. El día en que la conciencia, funcionando por su propio impulso, tratando de avenir aquel raro ser al sistema de sus confianzas —que forman su fondo sustancial—, da al hombre elementos para explicarse el movimiento del sol, y le permite imaginarlo como subordinado a una necesidad superior e ineludible, ese día —aun cuando sea falsa la explicación— el sol deja de ser sagrado. Ya no hay que adorarle ni suplicarle que persista en volver al mundo. Se tiene confianza en que vendrá: ha nacido ya la restricción a la ESPERA de los fenómenos. Ha comenzado la ciencia. La ciencia no es, necesariamente, la verdad, porque sus explicaciones pueden ser falsas. La ciencia no es más que la confianza en la continuidad fenomenal. Creer que el sol gira en redor de la tierra, decimos hoy que es un error: no por eso deja de ser una explicación de carácter absolutamente científico.

11. *La vida social fundada en la confianza.* La vida social, por otra parte, se funda también en la confianza. Confianza que viene, al mismo tiempo, de leyes naturales y de leyes jurídicas. En cuanto el hombre se siente gobernado por la naturaleza, se entrega a la confianza que las leyes naturales le inspiran: en cuanto se siente individuo social, ser libre, su confianza reposa, completamente, en la fuerza de las sanciones jurídicas. Quien no tiene confianza en ellas no desarrolla actos jurídicos. ¡Cuántos hombres hay que al saber, por ejemplo, que la única manera de pleitear sus derechos es la vía civil, prefieren renunciar a ellos, porque sólo les inspira confianza la vía penal!

12. *La canción sólo tiene realidad moral.* La ley natural no puede ser violada. La sanción que la resguarda (para trasladar el término jurídico) es precisamente la ineficacia de la infracción intentada. ¿Cuál es, en cambio, el efecto de la violación ante la ley jurídica? Teóricamente hablando, la violación al precepto jurídico, que es violación a la moral mínima necesaria, tiene por reacción natural un enflaquecimiento de la vitalidad social. Si la sociedad abandonara pues a la reacción natural las acciones violatorias, el resultado sería su propio aniquilamiento. Para impedirlo, interpone, levanta, por decirlo así, en mitad del camino, una reacción artificial que es la sanción jurídica —cuyo cuadro abarca desde la nulidad o la inasistencia jurídica del acto hasta la muerte del infractor. Pero ¿cuál es la verdadera fuerza de esta reacción artificial?, ¿cuál es la verdadera fuerza de la sanción?, ¿impide ella que, en el fondo, suceda el enflaquecimiento de vitalidad social consiguiente a la violación? No por cierto: el daño hecho no es reparable. La indemnización no borra el daño recibido; las garantías violadas no se restablecen. Contra lo ya acontecido, decían los antiguos que ni los dioses tienen poder. La verdadera fuerza de la sanción es enteramente moral: es la fuerza del miedo. El hombre sólo es verdadero dueño de su alma, y la sanción jurídica o reacción artificial, como hija suya, no podía residir sino en el alma, no podía encarnar en el cuerpo mismo de la naturaleza, como la ley de gravedad encarna en las masas. Resulta de aquí que, cuando el anhelo de la infracción es superior al miedo del castigo, la infracción sucede; que, cuando el que desea el mal

ignora el castigo, la infracción sucede; y, en fin, que cuando el que desea el mal cree poder burlar el castigo, la infracción sucede. Y todo porque la sanción jurídica no es una reacción natural; porque la naturaleza no exige que a toda infracción suceda un castigo jurídico, sino un debilitamiento del bien social. Así pues, la sanción es, para el actor normal, el elemento de confianza positiva en que sus actos determinarán tales consecuencias y estarán amparados por la aquiesencia social; para el que anhela la infracción, es la confianza negativa en la posibilidad del castigo. Como se ve, la sanción tiene mayor fuerza para el actor normal que para el anormal. Por donde se descubre el defecto fundamental de todo sistema de derecho. La naturaleza no es, decididamente, enemiga del mal al punto en que lo es el hombre.

13. *Dilucidación.* De lo anterior no resulta, sin embargo, que toda norma jurídica tiene sanción práctica, escrita en ley, amparada por la fuerza pública. Hay normas jurídicas imperfectas: son las que carecen de esta sanción. En principio, sin embargo, y puesto que la verdadera realidad de la sanción es una realidad moral, la sanción existe. La autoridad de la ley reside, sobre todo, en la convicción de que sus prescripciones son necesarias a a la subsistencia social. El desarrollo lógico del derecho consistiría en proveer de sanción práctica a toda ley que carece de ella. En el Derecho Internacional Público, tipo de derecho imperfecto, son ejemplo de esto los constantes y numerosos esfuerzos que se hacen para determinar un estado de confianza mayor.

14. *Justificación lógica del derecho.* Así, pues, y según lo dicho en los párrafos primeros de este capítulo, ambas, la ley jurídica y la natural, determinan el estado psicológico de la confianza: son restricciones a lo posible; toda restricción a lo posible es una conquista de la previsión. Si la libertad disminuye, la fuerza de la previsión crece. Al crecer la previsión, crece el ánimo de obrar, aumenta la posibilidad de la vida. La sanción, pues, en la ley jurídica, que es lo que la hace eficaz y real, tiene por objeto igualar, para el mundo ético, la confianza que el hombre extrae de las leyes naturales. Quiere decir que justificamos el derecho por la fuerza de la sanción; y quiere decir, también, que justificamos el derecho como una necesidad lógica de la acción.

15. *Justificación filosófica del derecho.* Aceptemos *a priori* que es bueno que el hombre exista, que el hombre debe vivir. Como base de todo sistema de consecuencias, habremos aceptado una norma ética. Es la ley de la naturaleza que el hombre sólo puede subsistir en sociedad. Luego la sociedad debe existir. Pero es también de naturaleza que la sociedad no subsiste sin un conjunto de principios morales actualmente indispensables (actualmente: es decir, que pueden variar, para cada grupo social, con el tiempo y las circunstancias específicas de su existencia). Este mínimo moral es el derecho. Toda infracción al derecho estorba, pues, la existencia social y, consiguientemente, la existencia humana. Para impedirlas, en lo posible, aparece la reacción moral llamada sanción jurídica. Es decir: que el sistema de sanciones y, en consecuencia, el derecho mismo, sólo se justifican sobre el postulado optimista de que es bueno que el hombre viva, de que el hombre debe vivir. Es verdad: el pesimismo carece de fuerza lógica para fundar sistema alguno de ética. En el fondo de las actividades humanas, late, como postulado filosófico, la plena aceptación de la vida.

III. FIGURAS DE LA SANCIÓN

1. *Figuras de la sanción.* Conocida la naturaleza de la sanción, conviene estudiar las figuras de la sanción. Entiendo por figuras de la sanción los principales agrupamientos lógicos de las sanciones usadas por el derecho positivo. Tal estudio, para ser completo, requeriría el estudio histórico, y aun el futuro de las sanciones posibles (que tendría que fundarse en apreciaciones personales rectificables): las que se usaron, las que se usan y las que no se usan ni usaron. Más modesto es nuestro propósito. Nos limitaremos al derecho positivo contemporáneo y, al hacerlo, aplicaremos el nombre de la sanción del modo más general e ideológico, sin preocuparnos de que en la lengua jurídica suela ser más restringido su empleo.

2. *Fórmula lógica de las leyes.* Antes es preciso recordar que toda norma jurídica es reducible al tipo lógico siguiente: una declaración del estado de derecho, y una sanción. Lo primero da el

derecho declarativo; lo segundo, el de las sanciones. La declaración, a su vez, implica un supuesto o hipótesis y una orden; es decir: que a determinado cuadro de la acción humana (supuesto) se atribuyera, artificialmente, determinadas consecuencias, reacciones o efectos (orden). Por la hipótesis, las normas jurídicas pueden ser casuísticas o abstractas: más bien denotativas o más bien connotativas. Por la orden que ellas contienen, quería Modestino que se clasificaran en:

—imperativas
—prohibitivas
—punitivas
—permisivas.

Mas nosotros consideramos que lo punitivo o sanción forma cuerpo con la ley lógica perfecta. En cuanto a las permisivas, claro es que no son sino una manera de limitar los contornos de la prohibición o la imperación. Así, pues, reducimos las leyes a dos tipos fundamentales: imperativas o positivas, y prohibitivas o negativas. Aquéllas ordenan una acción, éstas una abstención. La sanción, que es como el doble fondo de toda ley, supone a su vez dos conceptos lógicos: en primer lugar, el supuesto de la infracción de la orden de la ley; en segundo lugar, la definición misma de la sanción.

3. *Clasificación de las sanciones por la naturaleza de la infracción.* Por otra parte, los actos humanos que caen bajo el dominio de la ley pueden ajustarse a ella o no ajustarse. Y, dado que las leyes pueden ser prohibitivas o imperativas, el acto ilícito o ilegal puede serlo por hacer lo prohibido o por dejar de hacer lo mandado; es decir, positivo o negativo. Ahora bien, como la sanción funciona en cuanto sobreviene la infracción, hallamos, ante todo, que las sanciones pueden clasificarse, según que la infracción sea positiva o negativa, en sanciones de prohibición y sanciones de imperación. Las primeras castigan una acción ilícita; las segundas, una abstención ilícita.

4. *Dos clases de sanciones de prohibición.* Analicemos el carácter de las sanciones de prohibición. Trátase de un acto que fue

ejecutado contra la ley, de un acto que no debió ser. Ocurren dos modos de sanción: o bien se exige al actor la responsabilidad de su acto, o bien se conviene en estorbar, en impedir los efectos jurídicos del acto. La primera sanción es un verdadero castigo: la segunda es una sanción meramente lógica: ataca al acto, no al actor.

5. *Dos clases de sanciones de imperación.* Las sanciones de imperación atacan una abstención ilícita y tratan de evitar el daño producido por ella. Ocurren también dos procedimientos: o bien se exige responsabilidad al que dejó de hacer lo que debió, o bien se conviene en provocar los efectos jurídicos que la acción omitida hubiera causado. La primera sanción es un castigo; la segunda es una sanción lógica.

6. *Las sanciones según su naturaleza.*

Sanciones de prohibición	sanción punitiva: prisiones y multas del delito de injuria. sanción lógica: inexistencia de un contrato por falta de solemnidades.

Sanciones de imperación	punitiva: pena al testigo de un delito que no lo denuncia o procura evitar. lógica: el juez firma por el renuente, en ciertos casos, los contratos de escritura pública.

Del ligero examen del cuadro anterior, y atendiendo a los ejemplos propuestos, parece desprenderse que, si bien es útil la clasificación general de sanciones en prohibitivas e imperativas, de hecho ella queda subordinada a las de sanciones lógicas y sanciones punitivas, puesto que, mientras aquella clasificación se rige por la naturaleza de la *orden* de la ley, ésta se rige por la naturaleza misma de la *definición* de la sanción.

Podemos, pues, proponer como más adecuada la inversión siguiente:

Sanciones punitivas:	prohibitivas (prisión y multa de la injuria) imperativas (pena del testigo que no denuncia)

Sanciones lógicas:	prohibitivas (inexistencia por falta de solemnidad)[2] imperativas (el juez firma por el renuente, etcétera).

7. *Aplicación a las clasificaciones del derecho.* Ordenadas así las sanciones según su naturaleza, no podemos ya menos de sentir que estas dos naturalezas de sanción deben corresponder a dos maneras distintas del derecho. Aplicando, en efecto, el resultado de la discusión anterior al cuadro del derecho positivo, sentimos desde luego que nos encontramos ante el problema de la delimitación de los derechos penal y civil.

8. *Derecho penal y derecho civil.* Hemos llegado a problema muy discutido. Las principales teorías que se han emitido para caracterizar el campo propio del derecho penal y el del civil pueden agruparse en tres:

1°) Los primeros atienden, para diferenciarlos, a la naturaleza del derecho violado. El delito penal —dice Merkel— representa un plusvalor sobre el delito civil; el delito penal, se dice generalmente, lesiona intereses de trascendencia social, en tanto que el civil lesiona intereses de importancia individual. Muy vago es este concepto de la trascendencia del delito, ante todo porque lo individual repercute en el orden social, así como lo propio de éste se prolonga siempre hasta el individuo, entra a su casa, lo afecta en lo suyo. Pero, aun desentendiéndonos de la vaguedad del concepto, damos con su falsedad si consideramos, por ejemplo, que

[2] Se conviene hoy en llamar solemnes a ciertos contratos que no lo son en el sentido romano de la palabra. Para los romanos la solemnidad era una fuerza espiritual que daba existencia y realidad al contrato: merced a la virtud, a la magia de ciertas palabras rituales, se consideraba creado el vínculo jurídico. Hoy no atribuimos virtud ni fuerza de gestación jurídica a las palabras. Llamamos, por traslación de concepto, solemnes a ciertos contratos importantes, cuya celebración la ley quiere que conste de determinada manera, para el efecto de crear una prueba preconstituida.

hasta hoy nadie ha demostrado que importe más a la sociedad el robo de una manta que la liquidación civil de una gran casa de comercio.

2º) Las teorías del segundo grupo tratan de establecer la diferencia por la forma misma de la violación: cuando la posibilidad de defensa individual —dicen— es máxima, hay derecho civil; cuando mínima, la fuerza pública acude en auxilio del individuo y entonces hay derecho penal. Pero, como dice Alimena, esta teoría tiene sólo un valor unilateral y, llevada a su última consecuencia, "demuestra la inexistencia del delito penal cuando se haya avisado a la víctima el peligro que corre y se le haya aconsejado no salir de casa".

3º). Se pretende, en fin, diferenciar lo ilícito penal y lo ilícito civil por el ánimo del infractor; y se asegura, entonces, que la ofensa es civil cuando ambas partes tratan de actuar el derecho que creen tener en su favor; y, sin negar la tutela jurídica, cada una se opone a la otra, pero ambas desean que impere la verdad. Hay delito, en cambio, dicen, cuando hay dolo. La diferenciación es por demás pueril: hay quien va al juicio civil a sabiendas de su poco o ningún derecho, por ver si en los enredijos de la notificación, de la razón de publicación o del término improrrogable, la verdad se ofusca y triunfa la verdad artificial del procedimiento.

Y es que el derecho penal y el civil son, en esencia, la misma cosa, y su diferente grado de sanción procede de razones históricas y políticas. Muy semejante es este caso al de la diferenciación del derecho y de la moral. Lo que ayer era relación penal, hoy lo es civil; y, si cierta infracción civil se repitiera hasta hacerse alarmante para la convivencia social, el legislador la diferenciaría de nuevo, arrancándola del grupo civil por una sanción más intensa.

9. *Diferenciación de ambos derechos por la naturaleza de la sanción.* Sin embargo, me parece que si algún criterio se acerca a la verdad, por lo menos en la diferenciación teórica o ideológica de ambos derechos (no en la formación positiva de los códigos), es el de considerar que el derecho civil se caracteriza por las sanciones lógicas, y el penal por las punitivas. Las primeras atacan el acto, provocando consecuencias de una acción no verificada o anulando las consecuencias de una que no debió verificarse. Las

segundas, tanto en el caso positivo como en el negativo (acción ilícita o abstención ilícita), atacan al sujeto del derecho, al hombre.

Observaciones: Debemos entender, sin embargo, que ambas atacan, en último análisis, al hombre, sólo que las punitivas directamente y las lógicas indirectamente. Entre las lógicas o esencialmente civiles tenemos la nulidad, anulabilidad, pérdida de derechos, etcétera. Entre las punitivas, las multas, prisiones y pena capital.

Decimos que las primeras atacan directamente al acto e indirectamente al actor. Hay, sin embargo, anomalías en la relación subjetiva del actor al acto que merecen seria discusión. ¿Cómo justificar, por ejemplo, que la nulidad provocada por falta de notificación en un juicio perjudique a una de las partes y no al juez, que es el supremo vigilante del procedimiento? ¿No es, acaso, el tribunal el que, por esencia, debe no ignorar el derecho? Nos parece que la justicia pide la responsabilidad del juez para ante las partes en todos los casos de lesión del procedimiento. De no aceptar esto, lo más equitativo sería borrar las reglas procesales. ¡Qué gran remedio para las triquiñuelas y trampas que corrompen nuestra vida jurídica, si se exigiera al juez la responsabilidad, en forma de multa por ejemplo, ante cada descuido del procedimiento, y si esa multa se pagara, no al perjudicado por el descuido (porque entonces subsistiría, entre las partes, el interés de la triquiñuela) sino a ambos litigantes por mitad! Sí, ya se sabe: el juez no puede constituirse en abogado, ¡ni sería necesario que se constituyera! Lo sustantivo del derecho está en los valores jurídicos; valores que las partes alegarían por su cuenta y según su ciencia o su sentido común. En cambio, lo adjetivo del derecho, lo procesal, quedaría enteramente bajo la tutela del juez. El día en que el procedimiento fuera directa y constantemente vigilado por él, los asuntos se ganarían por justicia y se perderían por injusticia, mas nunca en vista de la infatuada razón de publicación ni del cómputo mezquino de los instantes. Ese día, el derecho evolucionaría hacia la simplificación procesal; ese día los abogados comenzarían a hacer menos falta. Y esto no sólo es doctrina jurídica o social, sino ideal verdadero de todo hombre bien intencionado. Adelante.

10. *La sanción según la persona.* Aún caben otras clasificaciones de la sanción, pero ya no en vista de su naturaleza, sino de circunstancias ajenas a ella. Así, por ejemplo, si examináramos la sanción atendiendo a la persona que, de hecho, queda garantizada por ella, pudiéramos tropezar con la clasificación tan traída y llevada de derecho público y derecho privado. A pesar de que esta clasificación de la sanción por la persona garantizada no sería importante para el estudio de la sanción misma, quizá lo sería para purificar el concepto de derecho público y privado.

Derecho público y privado. Tal concepto, que surge del predominio del interés inmediato, ya del individuo sobre el Estado, o ya de éste sobre el individuo —fundidos ambos en un indiscernible proceso de continuidad—, es, a menudo, entendido de un modo inexacto. Sería necesario, cuando en los cursos se exponen las clasificaciones del derecho, hacer entender, para evitar constantes errores, que no todos los criterios de clasificaciones se avienen y se corresponden. No: el derecho privado no debe significar el conjunto de tales ramas del derecho positivo, ni el público el conjunto de tales otras. La división de lo público y lo privado puede afectar a cada una de esas ramas interiormente. En el Derecho Administrativo, por ejemplo, hay, a veces, manifestaciones de derecho público y, a veces, de derecho privado. En el Derecho Penal, un simple robo pertenece al privado; la traición a la patria, al público.

Derecho del Estado y derecho del Individuo. La noción del derecho público y privado puede reducirse a la del derecho del Estado y derecho del Individuo. Estos dos términos se funden, a su vez, en el Derecho Constitucional. Éste, en efecto, nos enseña que el Estado es, ante todo, una declaración de voluntad (Poder Constitucional, primero, y luego Poder Legislativo); en seguida, una ejecución de la voluntad (Poder Ejecutivo y Poder Judicial, según que haya o no conflicto).[3] Pero el Estado así constituido necesita definir la calidad individual, puesto que él mismo es suma de individuos; y de esta definición nace, ante todo, el concepto de los

[3] Conviene notar que usamos la palabra poder, no en el sentido de cuerpo de funcionarios, sino en el de función. En este sentido, bien pudiera admitirse la existencia de muchos poderes más.

derechos del hombre, y, después, el concepto de nacionalidad y ciudadanía, cuya última derivación es el concepto de capacidad jurídica en el derecho privado. Por donde el Derecho Constitucional es como un Jano cuyas caras miraran, la una al Estado en toda su abstracción —y de aquí deriva el derecho del Estado—; la otra al individuo en lo más individual y concreto —y de aquí deriva el derecho del individuo.

La anterior digresión puede servir como ejemplo de lo fecundo que sería estudiar el derecho, no desde el punto de vista de las declaraciones, como generalmente se hace, sino desde el punto de vista de las sanciones. En los límites de este trabajo no cabría continuar los desarrollos apenas esbozados. Es materia ésta que no vacilo en recomendar a la meditación de los que se consagran a la literatura jurídica.

Lo dicho basta para sugerir los posibles alcances del estudio de las figuras de la sanción.

IV. FICCIONES DE LA CONFIANZA

1. *Ficciones de necesidad y ficciones de posibilidad.* La necesidad de uniformar el sistema de acciones y de reacciones jurídicas suele ser tan imperiosa, que no se limita a crear mecanismos artificiales, aunque fundados en posibilidades reales, sino que, a veces, superando la realidad, crea verdaderas ficciones o supuestos, sobre los que hace descansar capítulos enteros del derecho. Evidentemente que ciertos principios de derecho, con no ser naturalmente necesarios, tampoco son irreales: una vez que se ha convenido en que pasado cierto plazo no se recibirán pruebas en un juicio, aunque esto no sea naturalmente necesario, se hace necesario por convención y, en todo caso, no es absurdo. Las ficciones por las cuales se atribuyen determinados efectos jurídicos a determinadas circunstancias formales, pueden ser falsas en el sentido de que de dichas circunstancias no resultan de por sí los efectos atribuidos por la ley; mas tal relación artificial de secuencia el hombre la hace real sujetándose a ella, conviniendo en ella por medio de sus leyes, y refrendándola por medio de sus actos

sociales, acatándola. Está en su posibilidad hacerlo: se trata de una ficción de necesidad, no de una ficción de posibilidad: la concatenación de acciones y reacciones que la ley ha establecido no es en estos casos necesaria, pero es siempre posible por el consentimiento humano. Por permitírnoslo así las anteriores dilucidaciones podemos llamar ficciones de la confianza a estas ficciones.

Hay, en cambio, otro género de ficciones, las ficciones de posibilidad, en que el legislador da por supuesta una relación de acciones y reacciones que no sólo no es naturalmente necesaria, sino que es imposible, aun a pesar del consentimiento humano. Como se fundan también en la necesidad de confianza, las podemos también llamar ficciones de la confianza; pero sin que esto quiera decir que las consideramos como indispensables para el sistema de confianzas que persigue el derecho. No: ellas resultan de algún error fundamental que, una vez aceptado, engendra la necesidad de aceptar nuevos y nuevos errores.

Las que llamamos ficciones de necesidad son, por excelencia, los principios técnicos del derecho, sus reglas artísticas, sus modos funcionales establecidos, y todos ellos se resuelven en esta fórmula lógica: atribución artificialmente necesaria, pero naturalmente posible, de ciertos efectos a ciertas causas. Las ficciones de posibilidad son, más bien, los errores de nuestros sistemas de derecho, y responden a este tipo lógico: atribución artificialmente necesaria, pero naturalmente imposible, de ciertos efectos a ciertas causas. Ambas, sin embargo, son el resultado de la hipertrofia de toda actividad que se dialectiza; pero las segundas son las más funestas. Efectivamente: consideremos que las uniformidades jurídicas están garantizadas por la sanción; que las ficciones de la confianza están, pues, mantenidas por la sanción ¡y recordemos que, originariamente, el objeto de la sanción es mantener la inviolabilidad de un mínimo indispensable de normas éticas! De aquella necesidad superior e indiscutible, la sanción, pues, ha degenerado y ha venido, en la práctica, a garantizar ficciones de necesidad, o sea continuidades convencionales de acciones y reacciones que son meras hipertrofias técnicas del derecho; pero que nada tienen ya de necesario; y, lo que es peor, ha venido a garantizar, con las ficciones de posibilidad, el mante-

nimiento de supuestos de todo punto absurdos. Ellos son como la injusticia interior de nuestros sistemas de derecho.

2. *Dos especies de ficciones de necesidad: las técnicas y las éticas.* Pero hay aún otra especie de ficciones de necesidad, además de las técnicas o amorales a que acabamos de referirnos, y son las ficciones éticas. Es cierto: el derecho comienza, ya lo sabemos, por tratar de producir en el mundo práctico una subordinación y armonía de propósitos que permitan la convivencia social. Ahora bien: la naturaleza exterior nos da los propósitos y nos impone, para realizarlos, las normas técnicas; pero nada nos dice respecto a al subordinación de propósitos y orientación de la voluntad —que es el verdadero problema ético. Para reducir el mundo social a las subordinaciones éticas indispensables, no lo abandonamos, pues, a sus naturales evoluciones, sino que le imponemos uniformidades, restricciones, continuidades o leyes artificiales; le imponemos relaciones ficticias (ficticias porque no las da la naturaleza exterior, sino que brotan de nuestro sistema moral) entre ciertas acciones y ciertas reacciones: éstas son las ficciones éticas, y el garantizarlas o hacerlas artificialmente necesarias para el hombre es el papel fundamental y propio de la sanción. Las normas éticas, en efecto, son, desde el punto de vista de la naturaleza externa, ficciones: justamente porque es naturalmente posible desobedecerlas, y porque ellas son necesarias para la existencia humana, es por lo que se las apoya en la sanción.

3. *Las ficciones y el funcionamiento de la sanción.* En resumen, tenemos que, en el derecho positivo, la sanción garantiza tres órdenes de ficciones:

1º) Las ficciones éticas

2º) Las ficciones técnicas

3º) Las ficciones imposibles.

En el primer caso, la sanción garantiza sus objetos propios: nació para eso: está en el centro de su misión.

En el segundo, garantiza supuestos que, sin ser esenciales en el derecho teórico, son, quizá, inseparables del aspecto práctico de todo derecho: en ellos comienza la hipertrofia o amoralismo parcial del derecho. En el tercer caso, la sanción se aplica, con mani-

fiesto error, a supuestos cuyo mantenimiento es irrealizable, aun a pesar de la sanción misma. Es decir: que aquí la hipertrofia ha producido todos sus males. Que aquí la sanción misma se ha hipertrofiado, y rebasa el borde de la realidad: que aquí la sanción es injusta.

En los tres casos la tendencia de la sanción consiste en dar necesidad a lo que no es naturalmente necesario; en hacer continuo y uniforme lo que no lo es: en dar confianza en lo que no la inspira naturalmente: en hacer posible la previsión —que es hacer posible la acción—, que es hacer posible la vida.

4. *Ficción ética: derechos y deberes.* Toda la ética social reposa sobre el postulado de que cada cual es libre de obrar en tanto que no estorbe la libertad de otro. Que cada cual tiene el derecho a su libertad y el deber de respetar la de los demás. Su derecho a la libertad es, a su vez, un deber de respeto para los demás. Los derechos y los deberes son correlativos: a cada derecho corresponde un deber y viceversa. Pero este supuesto ético no es una necesidad natural, desde el instante en que el individuo puede estorbar los derechos de los demás, imponerse a ellos y usarlos como medios para sus propósitos personales. Esta irrupción en el campo del derecho ajeno, que es el tipo general de la violación jurídica, sería la negación de la convivencia social —que es un sistema de equilibrio entre los individuos. Para mantener, pues, este supuesto necesario o supuesto ético aparece la sanción. Los ejemplos de estas ficciones éticas se encuentran en el capítulo que nuestra Constitución llama derechos del hombre (libertad de locomoción, etcétera).

5. *Ejemplo de una ficción técnica: la fe pública.* No sería posible recorrer todo el derecho, por eso no es posible agotar todos los ejemplos de las ficciones técnicas. Para hacer comprender su carácter basta un ejemplo. Una de las más directas y transparentes derivaciones de la confianza que ordena, superiormente, el mundo social, es la necesidad de atribuir por ficción o fingimiento veracidad absoluta a ciertos funcionarios. El principio de la fe pública establece: todo funcionario dice verdad en cuanto declara sobre los hechos particulares que dependen de su función. Como la sentencia en un juicio es una declaración de este género, el prin-

cipio de que la cosa juzgada es la verdad legal puede reducirse al principio de la fe pública, aunque, como ya se sabe, se admiten atenuaciones (recursos contra la sentencia) en los términos que establece el procedimiento. Lo que tiene valor de fe pública tiene, en la teoría de las probaciones, valor de prueba plena. La prueba plena puede, pues, en alguno de sus aspectos, reducirse también al principio de la fe pública —pero ya se entiende que no todas las pruebas plenas son de esta especie; ejemplo: la confesión. Sin embargo, la confesión merece, en las ficciones del derecho, absoluta fe cuando perjudica al confesor. Y en este aspecto de la cuestión, según el cual dice verdad todo el que declara en contra de sí mismo, se percibe claramente lo ficcioso y artificial del principio.

Otro ejemplo de este género de ficciones, que me bastará ofrecer a la meditación sin necesidad de desarrollarlo (así me lo impone la brevedad de la tesis), es el principio de que nadie puede hacerse justicia por sí.

6. *Ficción imposible: nemini licet ignorare jus; nemo jus ignorare censetur; ignorantia legis neminem excusat.* Es tipo de ficción imposible la que supone en todos los individuos el pleno conocimiento de la ley: no es lícito ignorar la ley; a nadie aprovecha ni puede servir de excusa ignorar la ley. ¡Como si los mismos profesionales del derecho pudieran gloriarse de tanto! Funestísima ficción es ésta, sobre todo si se considera la hipertrofia técnica creada en el derecho por la abogacía. Bentham quería que las leyes no se escribieran bajo el tipo de preceptos secos, sino acompañados del comentario científico que las informa, para que a todo el mundo fueran comprensibles siquiera. En cambio, nuestras leyes presuponen ya la existencia del jurisconsulto y del abogado, del intérprete profesional. Y si aun este intérprete oficial es humanamente imposible que las abarque todas y las haya asimilado al punto de poder ajustar a ellas todos sus actos, ¡cómo se ha de pedir tan imposible prodigio al último gañán de la sierra! Es inútil: no se vive conforme a reglas, sino conforme a costumbres. ¡Desdichado pueblo aquel que tuviera que consultar el código para cada grito de alegría o de dolor! Y eso, suponiendo que todo el pueblo supiera leer. Más sabias eran las Leyes de Partidas que

eximían de conocer la ley, en determinadas circunstancias, a los militares que andan en la guerra, a los aldeanos labradores y que viven en despoblado, a los pastores. El pobre pastor es responsable de no haber sabido leer un enredijado precepto que se fijó en carteles por las esquinas de una ciudad que visita de mes en mes; pero el señor magistrado, que tiene la fe pública, y cuyas sentencias, si no se las recurre a tiempo, son *verdades a la fuerza*, verdades con apoyo de reja, máuser y palo de gendarme, puede darse el lujo de descuidar su juzgado, de dejar que el actuario vaya a paseo en vez de ir a notificar los autos; de invalidar, por su abandono, un procedimiento, de arruinar a un hombre por eso, sin merecer la menor reprimenda. ¡Absurdo sistema de ficciones el nuestro!

Se dirá que la ficción de que nadie ignora la ley es impuesta por la necesidad del régimen de derecho en las sociedades. Y bien, no: debemos el afrancesamiento excesivo de los estudios jurídicos el olvido de nuestras verdaderas tradiciones españolas, que se acercan al tipo sajón por el respeto con que miran la verdadera vida popular, la costumbre. El día en que, vueltos a la costumbre, fundamos de nuevo en uno solo el concepto de legislador y legislado, el día en que no seamos liberales a medias, y en que, aceptada la noción de la soberanía popular, convengamos, como es de sentido humano, en que la vida vale contra la ley, en que la costumbre lícita es ley, en que sólo es ley la refrendada por la vida social, en que el pueblo no abandona definitivamente su soberanía en el legislador, este día no necesitaremos tan absurdos supuestos, porque cada precepto jurídico que brote de la costumbre y voluntad sociales no requerirá pregón que lo publique, ni ciencia que lo comente, ni jurisconsulto con ínfulas que pedantee de saberlo: el precepto será una manera de la vida. Y es así como debiéramos entender el derecho.

En tan trascendental cuestión yo no me aventuro sin andaderas: recurro a la grande autoridad de Joaquín Costa, y resumo aquí sus conclusiones: "Supuesto un estado legal como el nuestro —dice—, el principio *nemini licet ignorare jus*, con sus derivaciones, es incompatible con toda otra ocupación o profesión social que no sea la del derecho: incompatible, por tanto, con la vida."

Hay un sinnúmero de manifestaciones del derecho en que el individuo aparece como legislador de sus propios actos, sobre los cuales todo un sistema jurídico pudiera fundarse sin la necesidad del *nemini jus ignorare licet:* derechos individuales como la libertad de elegir profesión o domicilio, de opinar y de pedir; derecho de pactar con fuerza de ley, ya que es, en principio, la voluntad la ley de los contratos y que, como dice Dalloz, la ley pública es un suplemento del contrato y sólo rige cuando las partes no la han derogado expresamente; derecho de libre testamentifacción; derecho de renunciar la ley que nos beneficia; derecho de transigir, comprometer en árbitros, etcétera, etcétera.

Que las leyes se dictan siempre *ad referendum*, esta doctrina de Costa que hoy nos parece tan revolucionaria existió ya entre los juristas y teólogos españoles de los siglos XVI, XVII y XVIII. De hecho, cuando una ley es del todo contraria a la costumbre, cuando en un pueblo, por ejemplo, que apenas sabe leer y escribir y que nunca ha ejercido el derecho del voto, se dicta una ley de elecciones que impone a los vecinos la tarea de levantar actas a mañana y tarde, que establece mil y mil distingos sobre el requisito de vecindad, y sanciona con multas los posibles y probables errores, y una de dos: o el pueblo no vota, o los errores acontecen y se tienen que perdonar. Por eso dice Giner de los Ríos, que "no es la ley sino una como proposición que los poderes presentan a la sociedad, y cuya fuerza depende de que ésta la acepte o no".

Pero tan grave asunto requeriría un libro. Quiero solamente insistir, a punto ya de terminar, sobre las nuevas perspectivas que puede descubrir el estudio de las ficciones del derecho: considérese solamente a lo que se puede llegar una vez que se haya convenido en que la base fundamental de la teoría clásica de las obligaciones no es otra que la ficción en virtud de la cual se supone que la voluntad humana es invariable. Más no sería lícito emprender investigaciones que amenazan conducir a la negación de toda verdad jurídica sin larga experiencia y mayor estudio.

México, julio de 1913.

EXAMEN PROFESIONAL

Caso práctico propuesto por el señor licenciado don Victoriano Pimentel y aprobado por la Dirección de la Escuela Nacional de Jurisprudencia, para el examen profesional de abogado del alumno don Alfonso Reyes.

EN UN juicio ejecutivo iniciado por Pedro contra Juan, el juez dictó auto *ad exsequendum*, y el ejecutor del Juzgado, en unión de la parte, actora, buscó a Juan en su casa a las 3:30 de la tarde; no lo encontró y le dejó citatorio para que esperara a las cuatro de la tarde del mismo día. A esa hora y estando ausente Juan, que no había podido tener noticia de la primera busca, se practicó la diligencia de requerimiento y de traba de ejecución, con el portero de la casa, quien manifestó que, ignorante del asunto, no podía ni hacer el pago ni señalar bienes. A petición de Pedro, se trabó ejecución en un bien raíz, con grave perjuicio para Juan, quien desea vivamente que el secuestro se practique en ciertos muebles que no ha menester y que bastan para cubrir perfectamente el crédito demandado y los recargos legales.

El embargo se acaba de practicar y Juan consulta al sustentante sobre el camino legal que hay que seguir para que el juez declare insubsistente esa diligencia, a efecto de que, practicándose de nuevo, pueda Juan ejercitar el derecho que le otorga el artículo 1048 del Código de Procedimientos Civiles.

El sustentante resolverá las siguientes cuestiones:

1ª. ¿Es legal la práctica de dejar citatorio al demandado para que espere al ejecutor unos cuantos minutos después de la primera busca, dados los términos en que está concebido el artículo 1045 del Código de Procedimientos Civiles?

2ª. Si no lo es, ¿cabe pedir la nulidad o insubsistencia del secuestro practicado? ¿Ante quien?, ¿dentro de qué término?, ¿por medio de qué recurso o promoción?

México, abril 16 de 1913.

SOLUCIÓN DEL CASO PRÁCTICO

El artículo 1045 del Código de Procedimientos Civiles dice: "Si el deudor no fuere habido después de habérsele buscado una vez en su domicilio, se le dejará citatorio para hora fija dentro de las veinticuatro siguientes; y si no espera, se practicará la diligencia con cualquiera persona que se encuentre en la casa, o, a falta de ella, con el vecino inmediato."

El propósito de la notificación es que el notificado se entere real y positivamente del hecho que se le notifica. Si el estado normal de los hombres (jurídicamente hablando) es el de libertad, cuando caen bajo la tutela de un procedimiento se les debe notificar. La ley, por eso, como regla general, establece que la primera notificación se hará personalmente al interesado (artículo 73 del Código de Procedimientos Civiles). En el caso, se trata de una primera notificación. Como tal debe ser personal, aunque *sui generis*, por tratarse de un procedimiento excepcional como el ejecutivo.

La notificación *ficta* sólo es tolerable cuando se ignora el paradero del deudor y no tiene casa en el lugar (artículos 75 y 1046 del Código de Procedimientos Civiles, que establecen, respectivamente, la regla general, y la particular de los juicios ejecutivos). En los casos de notificación *ficta* la ley exige ciertas publicaciones consecutivas en el *Boletín Judicial* y algún periódico, o algunos según el juicio, de gran circulación. En nuestro caso no se trata, pues, de notificación *ficta*, sino real.

Es evidente que el legislador prefiere que el deudor esté presente a la diligencia, puesto que prefiere que el pago se haga en el acto del requerimiento; y puesto que, aun en caso de no hacerse el pago, prefiere que el deudor señale los bienes sobre los que se ha de trabar ejecución (1048 del Código de Procedimientos Civiles). Suponer que es *ficta* la notificación del artículo 1045 es, pues, contrariar el espíritu de la ley.

El mismo texto del artículo nos dice que al deudor ausente "se le dejará citatorio para hora fija *dentro* de las veinticuatro horas siguientes; y, *si no espera*, se practicará la diligencia con cualquiera persona que se encuentre en la casa..." Aun dejando aparte,

pues (por no caer en el extremo contrario), la suposición, que algunos mantienen, de que este uso de la palabra *dentro* no expresa aquí la posibilidad de elección entre los términos, sino el término mismo del plazo (uso que, por otra parte, es recibido y castizo, pero que aquí resultaría un poco forzado) y que, en consecuencia, el ejecutor debe citar al deudor *para* las veinticuatro horas siguientes; aun desentendiéndonos, digo, de esta interpretación extremista, por considerarla algo violenta, no cabe duda que si la ley dice "*y si no espera*", es porque supone que el deudor se ha enterado de la cita. Esto es de sentido común. Justamente, el que se practique la diligencia con cualquiera persona privando así al deudor de la posibilidad de librarse por el pago, o de la ventaja de señalar los bienes del embargo, es uno de tantos castigos del procedimiento contra la rebeldía o desobediencia: y la obediencia supone conocimiento de la orden.

Hay que tener presente, además, que el citatorio del caso no es citatorio para embargo, sino citatorio para requerimiento de pago; y que sólo como medio supletorio, cuando el pago no se hace, aparece el embargo. Si se cita al deudor para requerirlo de pago, es necesario cerciorarse de que el deudor ha recibido la cita, aun cuando no por medio de una plena prueba, siquiera por la presunción, ajustada a la costumbre, de que el deudor ha vuelto a su casa o ha tenido manera de recibir la cita. Presunción que sólo puede existir dando un largo plazo a la cita. El término máximo de veinticuatro horas que da la ley es acertadísimo, porque, en las costumbres ambientes, la rotación de las actividades de un hombre se completa en el ciclo de veinticuatro horas.

Pero todavía, concediendo que ni el criterio general de nuestro procedimiento, ni el texto mismo del artículo discutido, ni los concordantes, nos dieran bastante luz para entender el sentido de dicho artículo (que sí nos la dan), nos bastaría atenernos a los principios de interpretación, los cuales nos enseñan:

1°. Que las leyes están hechas para facilitar el ejercicio de los derechos y el cumplimiento de las obligaciones. Así, pues, todo acto que presuponga la interpretación contraria es ilegal. El ejecutor que deja citatorio de las 3:30 a las 4:00 de la tarde quiere impedir o dificultar el cumplimiento de las obligaciones del deudor,

desde el instante en que, dadas nuestras costumbres, sabe que esas son horas de despacho, de trabajo y no de hogar, y que el deudor no volverá a casa hasta por la noche. Y toda ley, ya se sabe, se dicta sobre el supuesto tácito de la costumbre: la presupone siempre.

2°. Que, en caso de duda, el conflicto civil debe interpretarse conforme a los principios de derecho y decidirse en favor del que trate de evitarse perjuicios y no del que pretenda obtener lucro (artículos 20 y 21 del Código Civil vigente, y también artículo 11 del de 1870, suprimido en éste, que decía a la letra: "El que ejerciendo su propio derecho procura sus intereses debe, en caso de conflicto, y a falta de providencia especial, ceder al que trata de evitarse perjuicios").

De todo lo cual surge:

Que la práctica de dejar citatorio al demandado para que espere al ejecutor algunos minutos después de la primera busca, dados los términos en que está concebido el artículo 1045 del Código de Procedimientos Civiles (aunque sería deseable que fuera más explícito puesto que en su oscuridad se funda el abuso) y dada la única interpretación jurídica admisible, ya por las reglas de derecho, ya por nuestro sistema de procedimiento, o ya por la costumbre implicada en las leyes, *es ilegal*; porque presupone que la notificación a que dicho artículo se refiere es una notificación *ficta* y no real, y porque no concede al deudor el tiempo moralmente necesario para cumplir la obligación creada por la cita, privándola así, dolosamente, del derecho de pagar o del derecho de asignar los bienes del embargo.

Contra la notificación hecha indebidamente cabe pedir nulidad de lo actuado a partir de ella (artículo 97, Código de Procedimientos Civiles). La nulidad, ya se sabe, se pedirá ante el juez del negocio y por medio de un incidente. El término para promover el incidente de nulidad contra la notificación —de que resultará la insubsistencia de la diligencia practicada y su consiguiente reposición— será de tres días, puesto que la ley dice: artículo 115 del Código de Procedimientos Civiles: "Cuando la ley no señale término para la práctica de algún acto judicial, o para el ejercicio de algún derecho, se tendrán por señalados los

siguientes..." Aquí una enumeración de siete casos extraños al nuestro; y, en fin, fracción VIII: "Tres días para todos los demás casos." Estos tres días se contarán a partir del siguiente al en que se hubiere hecho el citatorio, según los artículos 100, 105 y, por exclusión, 110 del Código de Procedimientos Civiles.

ALFONSO REYES

Julio 12 de 1913.

ÍNDICE DE NOMBRES

ÍNDICE GENERAL

I

VIDA DE GOETHE

II

RUMBO A GOETHE

Primera Parte

La perspectiva

Segunda Parte

Contornos

Tercera Parte

SONDEOS

Cuarta Parte

DESDE AMÉRICA

III

TRAYECTORIA DE GOETHE

IV

ESCOLIOS GOETHIANOS

V

TEORÍA DE LA SANCIÓN

Este libro se terminó de imprimir y encuadernar en el mes de diciembre de 1993 en Impresora y Encuadernadora Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), Calz. de San Lorenzo, 244; 09830 México, D. F.
Se tiraron 2000 ejemplares.


9 789681 637859